

F. MIGUEL WILLAM



LA VIDA DE JESÚS

EN EL PAÍS
Y PUEBLO DE ISRAEL

Título de la obra original:
Das Leben Jesu im Lande und Volke Israel

Publicada por:
Herder & Co. G.M.B.H. Verlagsbuchhandlung
Freiburg im Breisgau

Obra original: © Herder & Co., Freiburg im Breisgau, 1949
Versión española: Madrid, 1954

DR. D. FRANCISCO MIGUEL WILLAM

LA VIDA DE JESÚS EN EL PAÍS Y PUEBLO DE ISRAEL

TRADUCIDA POR

JOSÉ SOLÁ, S. J.,

de la cuarta edición alemana, publicada por
Herder & Co., Freiburg im Breisgau, 1934

Revisada por

GUILLERMO SANS HUELIN

según la octava edición alemana publicada en 1949

SEXTA EDICIÓN

MADRID, 1964

NIHIL OBSTAT

Dr. Andrés de Lucas, Censor

Madrid, 7 de Octubre de 1953

Imprimase,

Dr. José María, Obispo Aux. Vic. gen.

ÍNDICE

	<u>Páginas</u>
PRÓLOGO A LA EDICIÓN ESPAÑOLA.....	9
PRÓLOGO A LA PRIMERA EDICIÓN ALEMANA.....	17
PRÓLOGO A LA CUARTA EDICIÓN ALEMANA.....	19
LA VIDA DE JESÚS	
MENSAJES ALEGRES EN TIEMPOS DIFÍCILES :	
Los días del rey Herodes.....	21
La anunciación del nacimiento de Juan.....	24
La nueva del nacimiento del Redentor.....	28
María visita a su prima Isabel y permanece en su casa algún tiempo.....	33
El nacimiento de Juan.....	37
Desposorios de María con José.....	41
NACIMIENTO E HISTORIA DE LA INFANCIA DE JESÚS :	
La región de Belén en sus relaciones con la Biblia.....	45
Nacimiento de Jesús.....	47
Los pastores llegan a Belén.....	51
Circuncisión y Presentación.....	54
Llegada de los Magos a Jerusalén.....	58
La adoración del Niño por los Magos.....	61
La huida a Egipto.....	62
Muerte de los Inocentes.....	63
Turbulencias a la muerte de Herodes el Grande.....	66
La vuelta a la patria.....	68
La vida en Nazaret.....	70
Jesús a los doce años en el templo.....	71
Jesús obrero en Nazaret.....	77
LA ACTIVIDAD PÚBLICA DEL BAUTISTA. COMIENZOS DE LA ACTIVIDAD DE JESÚS :	
La lucha entre Roma e Israel.....	81
Juan el Bautista.....	90
El Mesías se acerca.....	92
La misión del Mesías según los anhelos del pueblo.....	94
El bautismo de Jesús.....	99
Las tentaciones de Jesús.....	102
Primavera en el Jordán.....	108
La legación enviada desde Jerusalén.....	110
El Cordero de Dios.....	111
Los primeros discípulos de Jesús.....	112
Camino de Galilea.....	114
Las bodas en Oriente.....	117
Las bodas de Caná.....	120
Jesús arroja del templo a los vendedores.....	123
La entrevista con Nicodemus.....	126
La prisión del Bautista.....	131
Escasez de agua en Palestina.....	133
Jesús junto al pozo de Jacob.....	135
ACTIVIDAD DE JESÚS EN GALILEA :	
El paisaje de Galilea.....	142
El pueblo de Galilea.....	145
Enfermedades y procedimientos curativos.....	147
Primer discurso de Cristo en Cafarnaúm.—Jesús y los escribas.....	151
Curación del endemoniado.....	158

	<u>Páginas</u>
Curación de la suegra de Pedro.....	159
Numerosas curaciones en la tarde del sábado.....	160
Jesús en la soledad.....	161
Las casas de Palestina.....	162
La curación del paralítico.....	164
Los comienzos del Cristianismo.....	167
Vida de pescadores en el lago de Genesaret.....	171
La pesca maravillosa.....	178
Jesús.—Los fariseos.—El pueblo.....	175
La reserva de Jesús y la de los fariseos.....	179
El sábado en la vida del pueblo judío.....	188
EN LA FIESTA DE JERUSALÉN:	
La curación del enfermo de la piscina de Betesda.....	186
CONTINÚA LA ACTIVIDAD DE JESÚS EN GALILEA:	
La elección de los Apóstoles.....	192
Carácter y estilo literario del pueblo oriental.....	195
Jesús en sus discursos y parábolas.....	200
Jesús y las esperanzas mesiánicas terrenas y nacionalistas de su tiempo.....	204
Del sermón de la Montaña:	
Las ocho bienaventuranzas.....	208
Evita lo malo por amor de Dios.....	212
Haz el bien por amor de Dios.....	217
Escoge bien.....	220
Los banquetes en Oriente.....	228
La pecadora en el banquete.....	228
Correrías apostólicas. Transformaciones de los Apóstoles.....	229
El clima palestino y su influjo sobre la vida pública de Cristo.....	232
Las clases humildes en tiempo de Cristo: esclavos, criados, empleados, jornaleros.....	235
Estado de ánimo del pueblo en el tiempo de las parábolas.....	239
Las parábolas del reino de Dios:	
Parábola del sembrador.....	242
Explicación que da Jesús de la parábola del sembrador.....	245
Parábola de la semilla.....	246
Parábola de la cizaña.....	247
Parábola del grano de mostaza y de la levadura.....	249
Parábola del tesoro y de la perla.....	251
Parábola de la red.....	252
Parábola del padre de familia bien provisto.....	253
Las tempestades en el lago de Genesaret.....	254
Jesús sosiega la tempestad.....	257
Jesús en Nazaret.....	259
La misión de los Apóstoles.....	263
MOMENTO CULMINANTE DE LA VIDA PÚBLICA DE JESÚS. SE DECIDE LA BUERTE DE ISRAEL:	
Ambiente de Pascua en el lago de Genesaret.....	266
La multiplicación de los panes.....	268
Jesús camina sobre las aguas.....	274
La gran promesa en la sinagoga.....	276
Facisión entre los seguidores de Cristo.....	280
EL ÚLTIMO VERANO EN GALILEA:	
Instrucción especial de los discípulos.....	282
Testimonio de Pedro en Cesarea de Filipo.....	283
Primera predicción de la Pasión.....	288
La Transfiguración.....	291
Despedida del lago de Genesaret.....	294
El panorama de Judea.....	295

LA FIESTA DE LOS TABERNÁCULOS ANTES DE LA PASIÓN:

Salida de Cafarnaúm de la caravana de peregrinos.....	299
El ambiente en la fiesta de los Tabernáculos.....	300
Jesús se presenta en Jerusalén mediada la fiesta.....	304
Jesús, fuente de vida.....	308
Jesús, la luz del mundo.....	310
Jesús, Hijo de Dios.....	312
El ciego de nacimiento.....	316
Vida pastoril en Judea.....	323
Jesús, el Buen Pastor.....	325

DESPUÉS DE LA FIESTA DE LOS TABERNÁCULOS:

La nueva oración.....	329
El nuevo espíritu de oración.....	331
Parábola del amigo importuno.....	332
Parábola del juez injusto.....	334
Parábola del fariseo y el publicano.....	335
La época de lluvias.....	336
Jesús en la fiesta de la Dedicación.....	338
Jesús y Herodes Antipas.....	340
El himno a la Divina Misericordia.....	341
Parábola de la oveja perdida.....	342
Parábola de la dracma perdida.....	344
Parábola del hijo pródigo.....	345
Grandes propietarios y arrendatarios.....	348
El mayordomo infiel.....	352
Las formas de comercio en tiempo de Cristo.....	355
Parábola de los dos deudores.....	360
El rico epulón y el pobre Lázaro.....	362
La resurrección de Lázaro.....	365
El mensaje de Betania.....	365
La conversación con las hermanas de Lázaro.....	368
La resurrección del muerto.....	370
Invierno tardío.....	372
Jesús bendice a los niños.....	374
En el camino de Jerusalén.—Tercera profecía de la Pasión.....	376
Zaqueo.....	379
Operaciones bancarias.....	380
Parábola de las diez minas.....	383
Estado de ánimo del pueblo a la llegada de Jesús a Judea.....	385
María unge a Jesús en la cena de Betania.....	387
ENTRADA TRIUNFAL DE JESÚS EN JERUSALÉN:	
Jesús aclamado Mesías delante de la ciudad.....	390
Jesús llora sobre Jerusalén.....	394
Entrada en la ciudad. La súplica de los gentiles.....	396
ÚLTIMAS LUCHAS EN EL TEMPLO:	
Parábola de los viñadores.....	402
La moneda del tributo.....	406
Los que se burlaban de la resurrección.....	409
El Mesías, Señor de David.....	412
Las conminaciones del vencedor en el templo.—Los fariseos, seduc- tores del pueblo.....	413
JESÚS DESPUÉS DE LA REVOCACIÓN DE LA ANTIGUA ALIANZA:	
La despedida del templo.....	419
Profecía sobre la destrucción del templo.....	421
Profecía del fin del mundo.....	423
El juicio final.....	426
Los planes de Dios y los consejos de los hombres.....	428

LA ÚLTIMA CENA :

La preparación del convite pascual.....	431
Palabras de exordio.....	435
El lavatorio de los pies.....	436
Declara Cristo quién es el traidor y éste sale del Cenáculo.....	439
El sacrificio del Nuevo Testamento y su convite sacrificial.....	442
Discursos de despedida del Señor :	
Estado de alma de Jesús en la despedida.....	445
El último mandamiento : Permaneced en mi amor.....	447
El amor une con el Padre.....	450
El amor, lazo de unión con Cristo, Hijo de Dios.....	453
Alegoría de la vid.....	455
El amor, lazo de unión con el Espíritu Santo.....	457
La oblación de los discípulos al Padre en la oración.....	461

PASIÓN Y MUERTE DE JESÚS :

Camino del monte de los Olivos.—La agonía.....	465
Prendimiento de Jesús.....	469
La negación de Pedro.....	473

LOS INTERROGATORIOS ANTE EL TRIBUNAL JUDÍO :

Los interrogatorios en casa de Anás.....	477
Interrogatorio ante el Sanedrín.....	479
Primeros ultrajes contra Jesús.....	482

LOS INTERROGATORIOS ANTE EL TRIBUNAL ROMANO.—LA PASIÓN :

Jesús es llevado al gobernador romano.—El fin de Judas.....	484
Poncio Pilatos, gobernador romano en tiempo de Cristo.....	486
Primer interrogatorio ante Pilatos.—Jesús ante Herodes.....	489
Jesús y Barrabás.....	494
La flagelación y la coronación de espinas.....	497
La última tentativa de Pilatos.....	499

CRUCIFIXIÓN Y SEPELIO DE JESÚS :

Crucifixiones.....	503
Via crucis.....	506
La crucifixión.....	509
Jesús en cruz.....	511
Milagros y testimonios a la muerte de Jesús.....	518
Sepelio de Jesús.....	521
Los enemigos sellan el sepulcro de Cristo.....	523

LA RESURRECCIÓN DE CRISTO :

El sepulcro sellado está vacío.....	525
Las mujeres van al sepulcro.....	526
Pedro y Juan en el sepulcro.....	529
Jesús aparece a María Magdalena.....	530
Se intenta por primera vez negar la resurrección de Jesús.....	532
Camino de Emaús.....	533
Aparición en la tarde de Pascua.....	537
Tomás, el escéptico.....	539
Aparición a orillas del lago de Tiberíades.....	542
Pedro es constituido cabeza suprema de la Iglesia.....	545
Misión de los Apóstoles por todo el mundo.....	547
La última aparición de Jesús en Jerusalén.—La Ascensión a los Cielos.....	549
INDICE ALFABÉTICO.....	553
INDICE DE LÁMINAS.....	571

Prólogo a la edición española

De no habérmelo rogado la Editorial Espasa-Calpe hubiéramos preferido no poner prólogo a esta obra para no distraer ni un momento en lo más mínimo la mirada del alma de los que lean esta Vida de Jesús. Así, el alma, con mirada penetrante y concentrada, se hubiera orientado en seguida hacia la Persona adorabilísima de Cristo Nuestro Señor y los lectores se encontrarían ya, desde el primer momento, en la esfera divinizada de la Vida de Jesús, como en el recinto sagrado de un templo, sin haberse distraído en la contemplación curiosa del pórtico.

Digamos, pues, dos palabras para presentar ante los lectores de habla española al autor de la obra, Francisco Miguel Willam, y la obra misma. Procuraremos hacerlo de manera que, lejos de distraer, más bien concentremos la atención del lector hacia Cristo Nuestro Adorable Redentor.



Francisco Willam reunía en sí, sin género de duda, un conjunto de condiciones nada vulgares, que le capacitaban para la ardua tarea de escribir una Vida de Cristo en la forma armónica que ha sabido darle.

La preparación remota de Willam para esta obra fué el estudio de las lenguas orientales de Palestina y el conocimiento científico del pueblo y de lo típicamente popular, sobre todo en sus relaciones con la religión y el dogma. Este último conocimiento especulativo quedó muy avalorado con el experimental contacto con el pueblo en sus años de vida de párroco en Schoppernau. Con este contacto, sobre todo, se agudizó su espíritu de observación de lo popular, ejercitado por entonces en un pueblo nórdico germánico y

que después supo aplicar con tan buenos resultados al estudio de lo genuinamente popular en los pueblos orientales palestinos y egipcios.

Bien pronto advirtió, sobre todo siendo párroco, la necesidad de trabajar porque ejercieran su influjo en el pueblo las cosas de la Fe, al ver la escisión que existe en el pueblo cristiano entre las obras y las creencias, entre la vida práctica y los dogmas religiosos.

Y quiso hacer obra y misión de su vida el fomentar este influjo por todos los medios que estuvieran a su alcance, a fin de entablar un contacto entre la conciencia religiosa de los fieles y la vida ordinaria; entre las realidades prácticas de la vida y el factor religioso dogmático.

Tal fué la profunda idea que dió origen al plan de escribir una Vida de Cristo que tuviera y lograra esa finalidad; tal fué la idea generadora y la idea polarizadora de la «Vida de Cristo en el pueblo de Israel».

Era, pues, natural que la obra quedara en realidad matizada y especificada por esa finalidad. El propósito de escribir una Vida de Jesucristo que correspondiera a la finalidad que Willam se pre-fijaba imponía un estudio y conocimiento profundo del pueblo de Israel. Y Willam lo acometió como etnólogo culto y como historiador versado en la evolución de las diversas culturas de los pueblos, en cuyo conocimiento se había enriquecido con el estudio de los trabajos científicos existentes sobre cultura y etnología del Oriente, llevado a cabo con su aptitud para ponerse en contacto con otras culturas y para asimilárselas.

A toda esta preparación remota quiso añadir Willam la inmediata, viviendo entre las gentes de aquel pueblo y en el país de Jesús para vivir la vida de sus habitantes y palpar su ambiente; oír y sentir, ver y experimentar en sí mismo y adquirir exacto conocimiento de todo lo que forma el vasto complejo de un pueblo: usos, costumbres, religión, mentalidad, ideología, clima, topografía y arqueología. Todo esto era tanto más útil para la finalidad pretendida cuanto que, en el Oriente conservador e inmóvil, como las pirámides y las esfinges de sus desiertos, que contemplan inmutables las tormentas de arena a través de los siglos, se puede llegar, aun en nuestros días, por razón de esa inmovilidad, al contacto con el pueblo de hace veinte siglos.

La enfermedad que le sorprendió allí y el largo periodo de la

convalecencia ofreciéronle múltiples ocasiones de conocer innumerables pormenores folklóricos relativos a usos, costumbres y mentalidad del pueblo oriental, que tan bien supo aprovechar después para dar realce y realismo a la Vida de Jesús. Durante esa permanencia pudo Willam compulsar, verificar y enriquecer sus conocimientos etnográficos, topográficos y arqueológicos de Palestina. Y con su capacidad de observación, sobre todo visual, que llega en muchas cosas a ser en él casi intuición directa e inmediata, llegó su alma a obtener, usando una comparación moderna, la fotografía del país de Palestina, no sabemos si más exacta, pero de seguro más penetrante, que las que él nos ofrece en este libro, sacadas con su máquina fotográfica. Así se hacía posible concebir la «Vida de Jesús en el país y pueblo de Israel», tal como la concibió Willam.

Mas para escribir esa Vida y describirnos aquellos usos y costumbres, y aquel país y aquel pueblo —el pueblo y el país de la luz y del color— era necesaria una pluma que fuera pincel, que supiera dar, o mejor, conservar a todo aquello, con la magia de sus tintes y colores, los matices que tiene en la realidad.

Y, por fortuna, Willam es eso: el escritor que sabe pintar con la pluma, porque es el poeta de la luz, el artista del colorido, el conocido narrador, tan deleitoso, de «El hombre de la sonrisa» y de «Los siete Reyes». Aun en el sentido real de la palabra, son admirables las observaciones personales que él hace de los colores, y de las magias, y de los cambios de luz del Oriente. Con gracia inimitable ha sabido cubrirlo todo como con una sutilísima gasa de zuro-ras, mediodías y ocasos orientales.

Interpreta con la pluma la vida del Redentor como Hoffmann, en cuanto a la perfección del diseño; como Fugel o como Doré, en cuanto a la idealización majestuosa pero objetiva de las escenas; como Hole, en cuanto al admirable colorido y vitalismo realístico, y como el artista contemporáneo Barberis, en cuanto a la modernidad, que ha sabido dar a la Vida de Cristo, haciéndonos oír frases idénticas o análogas a las del Evangelio en la vida actual del Oriente, permitiéndonos asistir a escenas que parecen reproducción de las del Evangelio, haciéndonos sentir a Jesús entre nosotros o trasladándonos a convivir entre Jesús y sus Apóstoles, y hallando relaciones y conexiones insospechadas entre la vida del tiempo de Cristo y la vida de nuestros tiempos.

Pero más necesarios que los conocimientos científicos y que el

conocimiento experimental de la topografía, la etnología y la lengua y mentalidad, y más que el encanto del colorido de la descripción, era, tratándose de la vida de nuestro adorable Salvador, el amor y el entusiasmo por la persona de Cristo, la unción y la piedad debida a Dios.

Ciencia hecha deleitosa y agradable con el arte y consagrada con la unción de la piedad; arte avalorado con la piedad y la ciencia; piedad no subjetiva, sino dogmática, que hace irradiar la belleza moral: ésas son las tres cualidades que pone al servicio de Cristo en esta VIDA el autor Willam, como hombre de ciencia, como artista y como sacerdote del Señor.

Así he creado esta VIDA tan armónica, cuyo mayor encomio, entre los muchos que ha recibido de los críticos, tal vez sea aquel que parece más vulgar, que es ser un libro nuevo y una vida nueva.

No era empresa fácil escribir una Vida de Cristo nueva dada la gran floración ya existente de vidas de Cristo en todas las lenguas, que se han ido multiplicando prodigiosamente, de un modo especial en este último medio siglo. Y aun así, esta VIDA de Willam no es, ciertamente, la que ha sabido sorprender aspectos menos interesantes, si es que hay en Cristo algunos de esos, ni es la que ha sabido adentrarse menos intimamente en las profundidades de Cristo. Ni será la VIDA de Willam la que menos satisfaga las ansias y hambre de lo religioso, que son las que han motivado la multiplicación de las vidas de Cristo en estos últimos tiempos.

Como protesta a los conatos morbosos del racionalismo y modernismo por destruir aun la existencia real de lo que ellos llaman el Cristo histórico, el coro de las más selectas inteligencias de nuestros días ha elevado himnos llenos de ciencia cristológica y poemas inspiradísimos, sobre todo en las regiones donde el racionalismo llegó al paroxismo, cantando, en obras científicas, la Vida del que es Vida, de esa vida que es luz vital de los hombres. Esos cantos tal vez no hubieran salido ni tan numerosos, ni tan saturados de ciencia, ni tan inspirados, si no hubieran brotado de corazones que se sentían heridos con la afrenta inferida por el racionalismo al que ellos amaban y adoraban como a Dios.

En efecto, contra los estudios y vidas discordantes de Weiffenbach, Schleiermacher, Holzmann, Volkmar, Schenkel, Keim, Weizsäcker, Strauss, Baldensperger..., Colani, Renan, germinó en el campo católico la rica floración de las vidas o estudios sobre Jesús

de Grimm, Friedlieb, Businger, Meschler, Weinhart, Cigoj, Kralik, Fillion, Fouard, Grandmaison, Lagrange, Lebreton, Prat, Huby, Valensin, Durand, Vilariño, Goodier, Papini.

Y entre esa multitud de vidas logra Willam escribir aún una Vida nueva de Jesús. Nueva por muchos capítulos, de un modo especial por el rico conjunto de elementos que ha sabido armonizar en ella.

Nueva, además, para los lectores de raza latina, porque todas las realidades y hechos de la Vida de Cristo que estamos acostumbrados a leer u oír en nuestros autores españoles, inundados de luz y hechos como transparentes por la claridad del genio latino, se nos presentan aquí como pasados por el prisma del genio septentrional.

Por esta razón tal vez puedan aparecer ciertos rasgos, más que nuevos, un tanto exóticos. Tal vez será también necesario, en algunos pasajes sobre todo, concentrar la atención y recoger la pupila de la visión mental para acabar de deslindar y precisar ciertos contornos vagos y difuminados, por los que parecen tener predilección y algo como cierto determinismo racial los pueblos nórdicos.

Pero aun a vuelta de ciertos inconvenientes puede eso tener para nosotros la ventaja de obligarnos a reparar más atentamente en ciertos aspectos que tal vez no habíamos considerado bastante detenida y profundamente.

Estamos en presencia de una vida científica, pero sin el menor aparato científico. No nos da el autor ni un solo libro de bibliografía y, sin embargo, se ve que los conoce todos y que está al tanto de los últimos avances; que conoce la arqueología de Palestina y su historia, su etnografía, su política y las fases nacionales de su historia y sus condiciones sociales y también los últimos descubrimientos de la filología con los papiros desenterrados de las arenas de Egipto.

“Sin hacer alarde de aparato científico”, dice el ilustrísimo Arzobispo de Viena, Innitzer, “el entendido nota bien pronto que Willam tiene una profunda educación teológica, y que ha penetrado totalmente en el sentido completo del Libro de los libros.” Ni una sola nota, ni un solo apéndice en todo el libro: es que ha logrado introducir dentro de la trama misma de la Vida de Cristo, hasta formar un todo con ella, una gran cantidad de conocimientos precisos, curiosos y nuevos, que, aclarándolos, avaloran los elementos que nos proporcionan los Evangelios.

Con todo, es de lamentar que no hayan podido tener cabida, siquiera por vía de insinuación o de recuerdo pasajero, todas las escenas de la vida de Cristo. Tal vez hubiera sido preferible sacrificar en aras de esas escenas, que por ser del Evangelio son divinas, ciertas lucubraciones, tal vez demasiado prolijas, sobre temas no tan relacionados con la Vida de Cristo.

*

Decía muy hermosamente en una conferencia sobre el porvenir de la técnica el P. Federico Muckermann que está la Humanidad en la época actual, respecto de la técnica y de la maquinaria, en un estadio en que la técnica subyuga y domina al espíritu, mientras llega el tiempo en que el espíritu logre sobreponerse y sobrepujar a la técnica, libertándose de ella y espiritualizándola en bien de la Humanidad. Si se nos permitiera el traslado de la imagen, diríamos que en Exégesis y en Teología ha sucedido algo semejante, llegando aquélla a convertirse, sobre todo por el influjo de las corrientes nórdicas, en estudio de filología o arqueología, y la teología misma en estudio de la simple historia de la teología.

No pocas de las Vidas de Cristo del campo católico sufren algo las consecuencias de esa tendencia, anegando lo substancial de la Vida de Cristo en un mar de notas filológicas o bibliográficas, recargándola con escolios y apéndices, las más de las veces sólo para deshacer prejuicios racionalistas o modernistas, con detrimento del personaje principal y de la piedad cristiana.

Willam, en cambio, nos hace el efecto de iniciar en cierto modo la época en que, aprovechando el espíritu todos esos conocimientos, después de haberlos como quintaesenciado en lo que tienen de utilizable, y libre ya de esa especie de pesadilla de modernismo, logra desplegar las alas para proponer al creyente de una manera casi inmediata al Cristo Dios-Hombre en su realidad histórica, encuadrada en el marco del tiempo y del espacio y en su ejemplaridad que trasciende el espacio y el tiempo.

La VIDA de Willam produce además el efecto de lo visto y de lo intuitivo, de lo inmediato a la realidad misma y a la vida. La intuición de Willam parece haber penetrado hasta llegar a percibir todo el complejo del Cristo Mesías, del Cristo Redentor, de la Humanidad y de la Divinidad, del Cristo Revelador del misterio de la

Trinidad, del Enviado que nos promete a todos enviarnos al Paráclito Consolador y Santificador, y del que, volviendo al seno del Padre de donde procedía, nos promete la permanencia entre nosotros hasta la consumación de los siglos, con géneros de presencia nuevos y desconocidos hasta entonces a los hombres. Por eso hace a Cristo amable, amabilísimo, pero amable como se ha de amar a un Dios.

En cuanto a la disposición constructiva, objetiva, que ha dado Willam a la Vida de Cristo, es de gran valor la penetración con que expone la conexión lógica del desenvolvimiento de los hechos, sobre todo en la vida pública, haciéndola girar toda alrededor de las tres grandes escenas caracterizadas por los tres grandes discursos: el de las bienaventuranzas, en el que Cristo propuso su Reino como coronamiento del Antiguo Testamento; el del sermón de las parábolas, en que predijo en una serie de imágenes la suerte de ese Reino, y el de la multiplicación de los panes, en que habla Jesús de la vida íntima de su Reino y de su futura permanencia entre los hombres como manjar de las almas.

Entrelazados con estos acontecimientos, van desenvolviéndose en una trama misteriosa dos hechos históricos de trascendencia suma: de una parte la vocación e instrucción especial de los apóstoles hasta hacer de aquella primitiva sociedad de pescadores por ellos organizada la futura gran sociedad de la Iglesia con Pedro a la cabeza, y de otra parte el ultimátum al pueblo de Israel a creer en él o a separarse de él, y el repudio del pueblo incrédulo y de la sinagoga.

Dos hechos esos que simbolizan para toda la historia de la Humanidad los dos partidos en que se dividen los hombres, o por Cristo o contra Cristo, ya que enfrente de Cristo nadie puede quedar indiferente, nadie puede evadir la decisión concreta, trascendental en las suertes de los hombres, o de decir con San Pedro: "Señor, a quién iremos si nos apartamos de Ti, Tú tienes palabras de vida eterna", o gritar con el pueblo judío y la sinagoga: "caiga su sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos".

En cuanto a la parte constructiva literaria, hay una grande armonía y un ritmo paralelo entre la forma estilística de la obra y la vida misma de Cristo. Empieza como la luz pálida de la aurora de invierno en las escenas preparatorias y en la vida de la infancia, para alcanzar el brillo de la luz del sol de estío en el zenit durante

la vida pública, que luego se transforma en fulgor siniestro de tarde de tempestad durante la Pasión, aunque para transfigurarse en la luz fresca y agradable de aurora primaveral en la mañana de Pascua hasta el día de la Ascensión.

Quiera nuestro adorable Salvador que en este año jubilar de la Redención de los hombres, esta Vida suya traiga a todos los que la leyeren la Redención y la Vida por la fe y por el amor del que es Vida vivificadora, Vida que es luz vital de los hombres, Vida en cuyo conocimiento y amor está la Vida eterna, como decía Él mismo al Padre: "Esta es la vida eterna, Padre: que te conozcan a Ti y a Jesucristo, a quien enviaste."

Roma, 2 de febrero 1935.

Prólogo a la primera edición alemana

Los estudios preliminares de esta obra estuvieron a punto de costarme la vida. Al tener ya delante de mis ojos el libro terminado doy las gracias a cuantos me prestaron sus atenciones en Palestina y en El Cairo. Gracias a Su Excelencia el doctor Francisco Fellingner, obispo de Jerusalén; a la Reverenda Hermana Superiora Berchmana; al Padre Cirilo Michels, y al doctor Rosenauer, del Hospital Papaioannou de El Cairo. Jamás olvidaré las abnegadas solicitudes de la Reverenda Hermana Edeltrudis.

Este libro no pretende suplir a los Evangelios, sino darles realce en cuanto es posible y hacerlos imprescindibles para el lector.

Muchos tienen la idea de que nos hallamos hoy día en condiciones de vida tan anormales, que parece como si Jesús no las hubiera tenido en cuenta en la fundación de su Iglesia, si es que se nos permite hablar de esta manera.

En realidad de verdad, precisamente la vida de nuestros tiempos tiene muchos caracteres comunes con la de los tiempos de Jesús. Graves crisis políticas, sociales y religiosas pesan sobre los hombres ahora como entonces.

Los puntos de contacto de aquel tiempo con los nuestros aparecerán con sólo describir la vida de Jesús tal y como nos la presentan los Evangelios: es decir, lo más objetivamente posible, de una manera concreta y viviente que llegue a hablar aun a los sentidos, y bajo aquel fondo histórico, geográfico y regional que los Evangelistas se contentan con insinuar, sin describirlo por lo común detalladamente, por suponerlo conocido. Con una exposición de esta índole se logrará también despertar en los lectores una simpatía viviente hacia la persona de Cristo.

A ese fin quisiera cooperar este libro, en el que sabemos que

se van a echar de menos algunos pormenores. Ciertas escenas en sí importantes y dignas de figurar aquí, se han sacrificado en razón de la crisis especial por que pasa el libro, debida a la crisis actual económica.

En la transcripción de palabras extranjeras hemos puesto preferentemente las letras que no ofrezcan al lector dificultad ninguna. En la traducción del Evangelio se conservará en general el presente cuando los Evangelios lo emplean. Un examen detenido da por resultado que en tres Evangelistas, Juan, Mateo y Marcos, se encuentran 400 presentes históricos, lo cual indica que ese modo de escribir entra en el estilo propio de las narraciones evangélicas.

Damos las gracias a los que nos han ayudado con la lectura del libro durante su elaboración y con sus sugestivas indicaciones: Señores profesores doctor Edmundo Kalt y doctor Santiago Schäfer, de Maguncia; Padre Enrique Hänsler, O. S. B., de Praga, Abadía de Emaús, y Padre Juan Sonnen, C. M., de Jerusalén, representante de la Asociación alemana de los Santos Lugares. Gracias también al doctor Luis Wurm, de Munich, por el interés que ha mostrado por la obra durante los años de su elaboración.

Alberschwende (Vorarlberg). Fiesta de la Exaltación de la Santa Cruz, 1932.

EL AUTOR

Prólogo a la cuarta edición

El haber tenido esta VIDA DE JESÚS cuatro ediciones en un solo año es manifiesto testimonio del anhelo religioso, siempre creciente. Se ha aprovechado la nueva edición para añadir, no sólo algunas ulteriores mejoras, sino también algunos nuevos capítulos, como el discurso de despedida de Jesús y la escena de Santo Tomás. Gracias a todos por el interés que han mostrado por la obra; a todos suplico se dignen continuar prestándonos su ayuda.

Están en preparación, o terminadas, las traducciones al inglés, francés, italiano, húngaro, holandés, polaco, chino y japonés.

Andelsbuch (Vorarlberg). Fiesta de la Exaltación de la Santa Cruz, 1934.

EL AUTOR

Mensajes alegres en tiempos difíciles

Los días del Rey Herodes

“En los días del Rey Herodes”: así empieza San Lucas su Evangelio (I, 5). En estas palabras va envuelta una alusión a tiempos opresores. Herodes era, como se dice hoy día, un arrivista, que sabía por igual de intrigas arteras y de empresas de violencia, que no retrocedía ante obstáculos cuando se trataba de imponerse a los demás.

Su padre, Antípatro, semibeduino de Edom, había estado al servicio del soberano Hyrkan; aunque, en realidad, él fué quien gobernó al Regente. Hasta que un tal Malichus envenenó a Antípatro, hizo éste todo lo posible por enaltecer a sus dos hijos: Fasaél y Herodes. Este último, más inteligente aún que su padre, llevó la obra adelante. Su hermano sucumbió en las luchas emprendidas por sostener la soberanía, afortunadamente, pues, más tarde o más temprano, era inevitable una división entre los dos hermanos. Herodes desentendíase sin consideración alguna de todo el que le parecía peligroso.

Al mismo tiempo que procedía con la espada y el veneno contra los grandes de la nación, émulos suyos, buscaba el favor del pueblo judío, y, lo que para él era de más importancia, procuraba ganarse la benevolencia de todos los poderosos romanos. Sabiendo que el templo de Jerusalén era no sólo el punto céntrico en el aspecto religioso, sino también el centro nacional de la región, lo hizo agrandar y adornar munificentísimamente. Los orientales, amantes de las magnificencias, hubieran quedado con eso alucinados si el Rey no hubiese hecho construir al mismo tiempo templos para los dioses de Roma, y teatros para los juegos, y estadios para las luchas romanas, y si con eso no se hubiera mostrado amigo

del pueblo dominador, que era lo mismo que declararse enemigo de Israel.

De este modo cayó Judea, durante su reinado, en ese característico estado de cosas que venía a crearse por todas partes en las fronteras del Imperio. Las regiones caían al principio bajo el influjo "romano", y las hacían semirromanas los Reyes nacionales que simpatizaban con aquella potencia mundial. Después bastaba cualquiera reyerta para que desaparecieran los antiguos señores y se declarase la región abiertamente provincia romana. La mayor parte de las veces el arte político de Roma lograba en poco tiempo "tranquilizar" a los habitantes, como se expresaba César; es decir, lograban incorporarles al organismo descomunamente grande del Imperio.

Cualquiera podría presentir que el gobierno de Herodes acusaba uno de estos períodos de transición. Herodes hacía sucederse uno a otro los asesinatos políticos para asegurar el trono a su descendencia. Pero precisamente con eso se brindaba una ocasión más a los romanos para inmiscuirse en los negocios interiores del país.

Es difícil describir al detalle todo lo que traía consigo la absorción del Imperio romano. Baste insinuar las transformaciones que se verificaban en el aspecto religioso.

Con la lengua griega era fácil entenderse en todas las provincias de aquel enorme Imperio; es decir, en Jerusalén y en el lago de Genesaret, en el Eufrates y el Tigris, en el Nilo y en los oasis del Sahara, en los puertos de Italia y de España, en las bahías del Mar Muerto, en el Támesis y en el Rin y en el Danubio. Caían las fronteras que separaban antes a los diversos pueblos. No había nación que pudiera conservar la fe en sus antiguos dioses aborígenes en medio de tales transformaciones. Nadie podía continuar siendo fiel, profunda y seria y sinceramente, a los dioses patrios, patronos protectores de una pequeña región, porque todos esos territorios, con sus antiguas fronteras, se convertían en simples regiones administrativas del único Imperio romano. Una vez que había desaparecido para siempre la antigua fe en los dioses, fuerte en su género, y que había dado la existencia a los pequeños Estados, crecía la tendencia a confiar en dioses que no se conocían tan bien como los propios. Dábase oídos a lo que narraban los advenedizos. Éstos, a su vez, apelaban a misiones, que les confiaban las divinida-

des portentosamente, de hacer prosélitos para sus dioses a favor de la erección de nuevos templos. Con eso surgían entre las ceremonias y fiestas públicas en honor de los antiguos dioses del país, toda suerte de cultos clandestinos en honor de los dioses extranjeros, que eran consultados, como los curanderos al propio tiempo que los verdaderos médicos.

Estas transformaciones habíanse ya realizado antes en no pocos países o se estaban realizando al mismo tiempo que en Judea. El encuentro de Roma con el pueblo de Israel fué una cosa del todo nueva; la manera de ser judía producía en los gentiles cierta irritación, ya se presentaran allí en calidad de oficiales de Roma, ya como comerciantes del Nilo o de España, o como soldados mercenarios de Francia o Alemania —pues Herodes tenía mercenarios aun de nuestras regiones.

Este pueblo, irrisoriamente pequeño, situado sobre mesetas roqueñas, entre las fértiles riberas del Nilo y del Eufrates, resistíase “a la evolución progresiva”. No consentía que se parangonara a su Dios Yahvé con ninguna otra divinidad. El Júpiter romano lo habían relacionado los griegos con Zeus; los egipcios con Ammon, y los pueblos asiáticos con Baal; en cambio, Israel no toleraba intercambio de dioses y no quería saber nada de un Júpiter-Yahvé.

Más aún, pretendía que sólo y exclusivamente él conocía al único y exclusivo verdadero Dios, al Dios que había creado los cielos y la tierra. Él mismo se les había revelado y les había instruído cómo debían orar y ofrecer sacrificios. Todos los demás dioses eran puros ensueños o fantasmas o demonios; quien a ellos sacrificaba, ofrecía sacrificios a ciegas.

Todo gentil que llegaba a este país había de chocar con la actitud del pueblo de Israel, mientras no creyera en el Dios Yahvé. Y era un hecho que el último mendigo del país consideraba aun al más distinguido gentil como a hombre que sabía menos que él, y eso precisamente en las cuestiones más importantes de la vida. Le tenía por incircunciso, como hombre incompleto.

El punto céntrico de este pueblo era el templo de Jerusalén. Allí había un *Sanctasanctorum* en un edificio circundado de amplios atrios. Todas las plegarias que se hacían en este lugar; todos los sacrificios matutinos y vespertinos; todas las fiestas del séptimo día o sábado; todas las lecturas de la Escritura y la explicación de la ley, y en especial todas las grandes fiestas, en las que confluía

a porfía todo el pueblo a Jerusalén, grababan en los israelitas la idea de que ellos eran y seguían siendo el pueblo escogido.

Del gran altar de los holocaustos subía incesantemente al cielo una columna de humo, que se perdía en su azul esplendente como si fuera misteriosamente acogido en lo más íntimo de ese cielo.

Por la mañana y por la tarde se hacía más densa la columna, pues entonces se ofrecían los sacrificios prescritos. Un sacerdote entraba en el *Sancta* y ponía incienso sobre las brasas, que otro ministro había traído del altar de los holocaustos. Resonaban las trompetas. Todo el pueblo se prosternaba. Debía de ser un espectáculo parecido al que ofrecen hoy en día los beduínos del desierto cuando ruegan en muchedumbre, con el rostro por tierra. Un sordo murmullo llenaba los vestibulos; porque el silencio absoluto, en ocasiones tan solemnes, sería contrario al más íntimo sentimiento de los orientales.

Nada extraño que ese aferramiento del pueblo a su fe pareciera a los infieles una conjuración dirigida contra las demás naciones.

Y, a pesar de eso, estaba ahora el poder del pueblo de Israel en manos de extranjeros. Herodes, un odiado semibeduíno, reinaba en su país bajo la protección de los romanos.

Por aquel tiempo debía presentarse el Salvador prometido por Dios, el Mesías. El pueblo andaba agitado en su interior, y ansiaba su aparición.

Esto es lo que significan las palabras: “en los días en que Herodes era Rey de Judea”.

La anunciación del nacimiento de Juan

En los días en que Herodes era Rey de Judea, vivía un sacerdote, por nombre Zacarías; pertenecía al turno de Abías, y su mujer era del linaje de Aarón y se llamaba Isabel. (Luc., I, 5-25.)

San Lucas nos lleva al templo un día en que un sacerdote, llamado Zacarías, había sido destinado por suerte a ofrecer en el *Sancta* el sacrificio del incienso. La vida de este sacerdote era un misterio para los israelitas. Dios había prometido a todos los buenos que no quedarían sin hijos, y que de ese modo, por lo menos en su descendencia, podrían ver los días del Redentor.

Zacarías había llevado una vida tal, que parecía digno de esa promesa. Siendo aún joven sacerdote, había tomado una mujer del linaje de los sumos sacerdotes de Aarón, y había observado con ella durante su larga vida todos los mandamientos y leyes con gran fidelidad. A pesar de eso, no tenían hijos. A la sazón estaban ya tan entrados en años, que no podían esperar tenerlos. En Israel mirábase con desprecio a un matrimonio sin hijos. No hay duda que, aun en nuestro caso, muchos pensarían que una desgracia tal no podía provenir sino de algún pecado oculto. Basta pensar en la pregunta espontánea de los discípulos al ver al ciego de nacimiento: “¿Quién ha pecado, él o sus padres?”

De Zacarías se hace notar en particular que pertenecía a la suerte de “Abías”. Los sacerdotes estaban distribuidos en 24 turnos y ejercían así su oficio en el templo durante una semana, dos veces al año. Fuera de ese tiempo, muchos vivían en otra parte, pues ya por entonces no existían las ciudades sacerdotales. Las circunstancias llevaban consigo que los sacerdotes prefirieran para habitaciones las localidades no muy apartadas de Jerusalén. Así una tradición, que remonta al tiempo de San Juan, da como patria de Zacarías un lugar que es como un modelo de las aldeas judías de montaña.

Ciertos servicios del templo eran echados en suerte entre los sacerdotes. A Zacarías le tocó ofrecer el sacrificio del incienso. Como había varios miles de sacerdotes, es muy posible que Zacarías entrara ese día en el *Sancta* por vez primera. Según una tradición, los sacerdotes no podían ejercer ese servicio más que una vez en la vida, y por eso eran excluidos del sorteo los que ya habían cumplido tal ministerio.

Probablemente habría ya echado Zacarías los granos de incienso y se habría postrado en adoración para salir del *Sancta*, donde no podían detenerse, y he aquí que se le apareció un ángel a la derecha del altar de los inciensos; por consiguiente, junto al candelabro de siete brazos.

Zacarías, como sacerdote, había leído muchas veces en los libros santos apariciones de ángeles; pero eso no obstante, cuando él mismo en su ancianidad lo experimentó, y, arrebatado totalmente sobre el mundo sensible, se vió enfrente de un ángel, se turbó llenándose de temor. Mas el ángel le dijo:

“No temas, Zacarías, porque tu oración ha sido oída, y tu mujer

Isabel dará a luz un hijo, al que llamarás Juan. Y tendrás gozo y regocijo, y se gozarán muchos en su nacimiento. Porque será grande a los ojos del Señor, y no beberá vino ni sidra, y será lleno de Espíritu Santo aun desde el vientre de su madre. Convertirá a muchos de los hijos de Israel al Señor Dios de ellos. Irá delante de Él con el espíritu y virtud de Elías para convertir los corazones de los padres a los hijos, y los incrédulos a la prudencia de los justos, y así procurar al Señor un pueblo perfecto.”

¿Cuál fué la súplica de Zacarías? La promesa del nacimiento de un hijo está tan estrechamente relacionada con la alusión a su oración, que parece que en ella expuso sus anhelos de tener descendencia. Verdad es que Zacarías había renunciado a sus deseos de tener hijos, toda vez que se habían pasado ya las condiciones naturales para ello, y desde entonces no había rogado ya más a Dios en ese sentido; pero apenas habrá vida humana en la que no se repitan casos semejantes. Oraciones que brotaron de un corazón joven, fueron oídas con frecuencia a tiempo que el que las hizo había ya perdido la esperanza. Muchas veces retarda Dios el cumplimiento de esas peticiones para poder dar más tarde, no sólo lo que se le había pedido, sino también otras gracias.

Es propio de los hombres sentirse en un estado especial de desconcierto interior, al ver cumplido de repente un deseo de cuya realización ya habían desesperado. Surge en ellos entonces algo que parece rebelarse, cual si se viera con eso amenazada su paz. La respuesta de Zacarías revela ese rasgo típicamente humano de un hombre que ha combatido en sí un anhelo del corazón, pero sin haber llegado tal vez a rendirse en un grado perfecto a la voluntad de Dios.

Y respondió al ángel con cierta timidez: “¿En qué conoceré esto? Porque yo soy viejo y mi mujer avanzada en días.”

El ángel hace valer su autoridad, bien así como un alto comisario que ostenta documentos sellados: “Yo soy Gabriel, que asisto delante de Dios” (con dichas palabras se compara al cielo con una corte real oriental, en la que sólo los confidentes más íntimos pueden estar “delante del Señor”). “He sido enviado aquí —continúa— para hablar contigo y anunciarte esta buena nueva. Tú enmudecerás y no podrás hablar hasta el día en que esto suceda, porque no has creído en mis palabras, que han de cumplirse a su tiempo.”

Entretanto, el pueblo se había postrado en oración sobre las losas de los atrios. Estaba prohibido al sacerdote permanecer en el *Sancta* más tiempo del necesario y la gente podía apreciar exactamente la duración de la función santa; por eso les llamó la atención que Zacarías tardara tanto, como llamaría también la atención en nuestros días si un sacerdote emplease más tiempo del ordinario en la consagración, entre la elevación de la hostia y la elevación del cáliz. Los orantes se intranquilizaron, temiendo que al anciano sacerdote le hubiera sucedido algo.

Cuando por fin apareció Zacarías, les dió a entender, con un gesto, que estaba mudo. Hubiera podido utilizar una tableta de escribir, pero no dijo nada de la aparición.

Cumplidos los días del servicio, volvió a su casa. La manera de hablar de San Lucas da a entender que esto no sucedió en los últimos días de la semana, sino más bien en el primero, es decir, el sábado, en que se sorteaban los turnos.

Algún tiempo después conoció Isabel que había concebido. Zacarías debió de entenderse con ella de alguna manera, pues ésta, en la circuncisión del niño estaba ya instruída sobre el mandato del ángel de llamar Juan al niño. El cumplimiento de su antiguo deseo la perturbó no poco. Sabía cuán perspicaces son las mujeres en estas cosas; por eso se sustrajo a su trato. Pero la soledad no era para ella una cárcel. Su hijo era un don del cielo, en un grado superior al de los demás; por esa razón se sentía impulsada de un modo especial a consagrar a Dios, con una vida retirada, el tiempo que le llevó en sus entrañas.

La madre del futuro solitario vivió también en la soledad. Las madres israelitas tuvieron siempre el convencimiento de que el hijo, mientras estaba en su regazo, se alimentaba no sólo de su sangre, sino también de su espíritu.

Isabel dará a luz un hijo, al que llamarás Juan. Y tendrás gozo y regocijo, y se gozarán muchos en su nacimiento. Porque será grande a los ojos del Señor, y no beberá vino ni sidra, y será lleno de Espíritu Santo aun desde el vientre de su madre. Convertirá a muchos de los hijos de Israel al Señor Dios de ellos. Irá delante de Él con el espíritu y virtud de Elías para convertir los corazones de los padres a los hijos, y los incrédulos a la prudencia de los justos, y así procurar al Señor un pueblo perfecto.”

¿Cuál fué la súplica de Zacarías? La promesa del nacimiento de un hijo está tan estrechamente relacionada con la alusión a su oración, que parece que en ella expuso sus anhelos de tener descendencia. Verdad es que Zacarías había renunciado a sus deseos de tener hijos, toda vez que se habían pasado ya las condiciones naturales para ello, y desde entonces no había rogado ya más a Dios en ese sentido; pero apenas habrá vida humana en la que no se repitan casos semejantes. Oraciones que brotaron de un corazón joven, fueron oídas con frecuencia a tiempo que el que las hizo había ya perdido la esperanza. Muchas veces retarda Dios el cumplimiento de esas peticiones para poder dar más tarde, no sólo lo que se le había pedido, sino también otras gracias.

Es propio de los hombres sentirse en un estado especial de desconcierto interior, al ver cumplido de repente un deseo de cuya realización ya habían desesperado. Surge en ellos entonces algo que parece rebelarse, cual si se viera con eso amenazada su paz. La respuesta de Zacarías revela ese rasgo típicamente humano de un hombre que ha combatido en sí un anhelo del corazón, pero sin haber llegado tal vez a rendirse en un grado perfecto a la voluntad de Dios.

Y respondió al ángel con cierta timidez: “¿En qué conoceré esto? Porque yo soy viejo y mi mujer avanzada en días.”

El ángel hace valer su autoridad, bien así como un alto comisario que ostenta documentos sellados: “Yo soy Gabriel, que asisto delante de Dios” (con dichas palabras se compara al cielo con una corte real oriental, en la que sólo los confidentes más íntimos pueden estar “delante del Señor”). “He sido enviado aquí —continúa— para hablar contigo y anunciarte esta buena nueva. Tú enmudecerás y no podrás hablar hasta el día en que esto suceda, porque no has creído en mis palabras, que han de cumplirse a su tiempo.”

Entretanto, el pueblo se había postrado en oración sobre las losas de los atrios. Estaba prohibido al sacerdote permanecer en el *Sancta* más tiempo del necesario y la gente podía apreciar exactamente la duración de la función santa; por eso les llamó la atención que Zacarías tardara tanto, como llamaría también la atención en nuestros días si un sacerdote emplease más tiempo del ordinario en la consagración, entre la elevación de la hostia y la elevación del cáliz. Los orantes se intranquilizaron, temiendo que al anciano sacerdote le hubiera sucedido algo.

Cuando por fin apareció Zacarías, les dió a entender, con un gesto, que estaba mudo. Hubiera podido utilizar una tableta de escribir, pero no dijo nada de la aparición.

Cumplidos los días del servicio, volvió a su casa. La manera de hablar de San Lucas da a entender que esto no sucedió en los últimos días de la semana, sino más bien en el primero, es decir, el sábado, en que se sorteaban los turnos.

Algún tiempo después conoció Isabel que había concebido. Zacarías debió de entenderse con ella de alguna manera, pues ésta, en la circuncisión del niño estaba ya instruída sobre el mandato del ángel de llamar Juan al niño. El cumplimiento de su antiguo deseo la perturbó no poco. Sabía cuán perspicaces son las mujeres en estas cosas; por eso se sustrajo a su trato. Pero la soledad no era para ella una cárcel. Su hijo era un don del cielo, en un grado superior al de los demás; por esa razón se sentía impulsada de un modo especial a consagrar a Dios, con una vida retirada, el tiempo que le llevó en sus entrañas.

La madre del futuro solitario vivió también en la soledad. Las madres israelitas tuvieron siempre el convencimiento de que el hijo, mientras estaba en su regazo, se alimentaba no sólo de su sangre, sino también de su espíritu.

La nueva del nacimiento del Redentor

Seis meses después fué enviado por Dios el ángel Gabriel a una ciudad de Galilea, Nazaret, a una virgen desposada con José, varón de la casa de David; y el nombre de la virgen era María. (Luc., I, 26-38.)

Dondequiera que una fuente difunde sus aguas por el árido suelo, surge en Oriente, más tarde o más temprano, un poblado. Así surgieron las casas sobre una loma rocosa junto a la fuente de la hondonada de un monte, en la llanura de Jezrael.

El lugar se llamó Nazaret. Según unos, significa tanto como "la florida" (ciudad); según otros, "la atalaya", "la estación". Los occidentales, cuando hallamos dos significados para una palabra, no descansamos hasta determinar cuál es el verdadero. Para los orientales, en cambio, es un placer esa duplicidad de sentidos de los nombres de lugar. Esto no les impide hacer una aplicación especial a Jesús, sacada de cada una de las interpretaciones de la palabra Nazaret.

Probablemente los primeros pobladores hallaron ya principios de grutas y aun verdaderas cuevas. De todos modos, las habitaciones se edificaron después en la montaña, más bien en su interior que en la pendiente. En tiempos más recientes se construyeron unas series de casas excavadas en torno a la iglesia, donde estaba, según la tradición, la casa de la Sagrada Familia.

Por lo demás, no hay que formarse grandiosas ideas del Nazaret antiguo, bajo ningún punto de vista. Era una "estación de fuentes", y sólo por razón de sus pozos era el punto ansiado de peregrinos y caravanas. En aquellos pozos se presentaban no pocas ocasiones de contiendas y disensiones. Por cierto que la gente de Nazaret no gozaba de buena fama entre sus vecinos. "¿Acaso de Nazaret puede salir cosa buena?", nos dice Natanael, que era de Caná, pueblo vecino, al oír que el Mesías era oriundo de Nazaret. Como eco de los tiempos de Jesús es el dicho usado en Palestina, aun en nuestros días: "A quien Dios quiere castigar le da por mujer a una nazarena."

En el sexto mes después de la concepción de Juan, fué enviado a Nazaret el mismo ángel Gabriel que había hablado con Zacarías.

Porque en esta aldea, cuyos habitantes eran tan desfavorablemente juzgados, vivía la virgen más santa que jamás haya visto la tierra.

Infinitas veces se ha representado ya esta escena: El ángel entra en la habitación de la virgen, que estaba orando. Las más de las veces se ve una sala, con preciosos cortinajes que cubren las grandes ventanas y con policromadas alfombras, sobre un piso de mosaico liso como un espejo. Si la casa de María era semejante a las moradas de la clase media, construídas en las pendientes de Palestina, hay que decir que era una simple cueva, provista de alguna parte edificada en la parte anterior. En lugar de ventanas tendría junto a la puerta un simple orificio, y en vez de las losas cubiertas con alfombras, un piso de barro apisonado, cubierto tal vez con esteras de paja.

María vivía aún en la casa paterna, pero estaba desposada con un artesano, carpintero, y deseaba llegara el día de trasladarse al nuevo hogar.

El desposorio era entonces un contrato jurídico que hacia al hombre señor de la mujer. En lo substancial, pues, el matrimonio se contraía ya con el desposorio. Las bodas no eran más que la ceremonia complementaria del contrato. Con los esponsales obtenía ya el esposo todos los derechos; pero la esposa no podía disponer de sus actos con entera libertad ni antes ni después.

En ninguna parte se vive más apartado del mundo que en las sencillas casas de Palestina, edificadas en la montaña, si se tiene la puerta cerrada. Sólo como de lejos se oye el martilleo de las herraduras del asno, las chillonas voces de los arrieros, la animada charla de las mujeres, las conversaciones de los hombres, los gritos de los vendedores y el regateo de los compradores.

En una habitación de éstas se presentó el ángel a María y la saludó con estas palabras:

“Dios te salve, llena de gracia. El Señor contigo, bendita tú entre las mujeres.”

María había orado tal vez con aquel modo de orar misterioso en que el alma ni siquiera se puede dar cuenta de cómo anda ocupado el entendimiento en las cosas divinas.

Atemorizóse la virgen al saludo del ángel: pero en ella la intranquilidad no podía penetrar, como en Zacarías, hasta lo íntimo del alma, y así no perdió el dominio de sí misma; aunque deseaba comprender lo que ese saludo significaba, pues en Palestina no era

costumbre dirigir el saludo directamente a las mujeres. Y así, aun en las visitas entre amigos, es de más distinción no dirigirse directamente a la mujer, sino interesarse por ella por medio del esposo, dándole en esa forma una muestra de atención.

Y el ángel dijo a María: "No temas, María. Has hallado gracia delante de Dios. Concebirás y darás a luz un hijo, a quien pondrás por nombre Jesús. Será grande y se llamará hijo del Altísimo; Dios, el Señor, le dará el trono de David, su padre, y reinará por los siglos en la casa de Jacob y su reino no tendrá fin."

¡María va a ser, pues, Madre del Redentor!

Después da al ángel una respuesta que supone que sus desposorios con José no tenían por fin el matrimonio como los demás. "¿Cómo será eso, porque no conozco varón?"

Los rabinos habían declarado explícitamente que en ciertos casos la mujer no estaba obligada a observar los votos que sin su consentimiento hubiera hecho el varón como dueño jurídico suyo.

Y así en estos casos podía separarse de él. Que la mujer no pudiera jamás hacer voto de continencia, sin el consentimiento del varón, es cosa que se entiende por sí misma. Pero como el hombre poseía, por razón de los desposorios, los derechos matrimoniales, María se hallaba, respecto a estos votos, en la situación de una casada. Por consiguiente, si delante del ángel dice que no conoce varón, eso supone necesariamente que José estaba enterado de tal propósito y que le había dado su consentimiento.

Pero ¿y por qué se desposó María si quería vivir siempre virgen? Los orientales de entonces se ahorraron, a buen seguro, esta pregunta, conociendo como conocían lo que nosotros ya sabemos, que todas las mujeres estaban toda su vida bajo un tutor. Aun el padre más piadoso consideraba entonces como un deber el casar a su hija. Si María había hecho voto de virginidad, y quería guardarlo, sólo era eso posible al amparo de un matrimonio legal. Hoy mismo no se encontraría otra solución para una encarnación del Hijo de Dios, si se quisiera evitar toda sospecha en contra de la madre.

El ángel le da a entender que con esta embajada de Dios no cambiará en lo más mínimo el género de vida escogido por ella: "El Espíritu Santo vendrá sobre ti y te hará sombra la virtud del Altísimo. Por eso se llamará Hijo de Dios lo Santo que de ti nacerá."

Todo quedaba explicado. Este Niño, según los consejos del Dios eterno, había de tener por Padre sólo a Dios. Los desposorios realizados ya con José no eran, pues, un obstáculo, sino más bien un requisito para el nacimiento del Hijo divino.

El caso de María era distinto del de Zacarías. Éste había perdido ya la esperanza de tener hijos, cuando ya no podía esperarlos conforme a las leyes de la naturaleza. Al hacerle promesa de tenerlo contra estas leyes debió de brotar en su interior una ligera resistencia a creerlo; hecho que recuerda algo aquella escena en que se le promete a Sara tener un hijo.

María había hecho a Dios voto de permanecer virgen, y tenía el alma totalmente abierta a los efectos de la gracia. Por esta razón no tuvo lugar en ella aquella sorpresa que embargó a Zacarías. Estaba poseída tan vivamente de la virtud de Dios, que ni el mayor de los milagros le hubiera hecho perder la presencia de ánimo. Tan pronto como vió que la noticia del ángel era conciliable con el voto que había hecho, no dudó ni un instante.

“He aquí la esclava del Señor. Hágase en mí, según tu palabra.” No podía expresarse más brevemente. ¡Esclava del Señor! La palabra “esclava” ha perdido hoy mucho de su contenido primitivo. En el contexto expresa la perfecta resignación en la voluntad de Dios.

María no había exigido prueba alguna, pero el ángel le dió una: “He aquí que también Isabel, tu parienta, ha concebido un hijo en su vejez. Este es el sexto mes para la llamada estéril, pues para Dios nada hay imposible.”

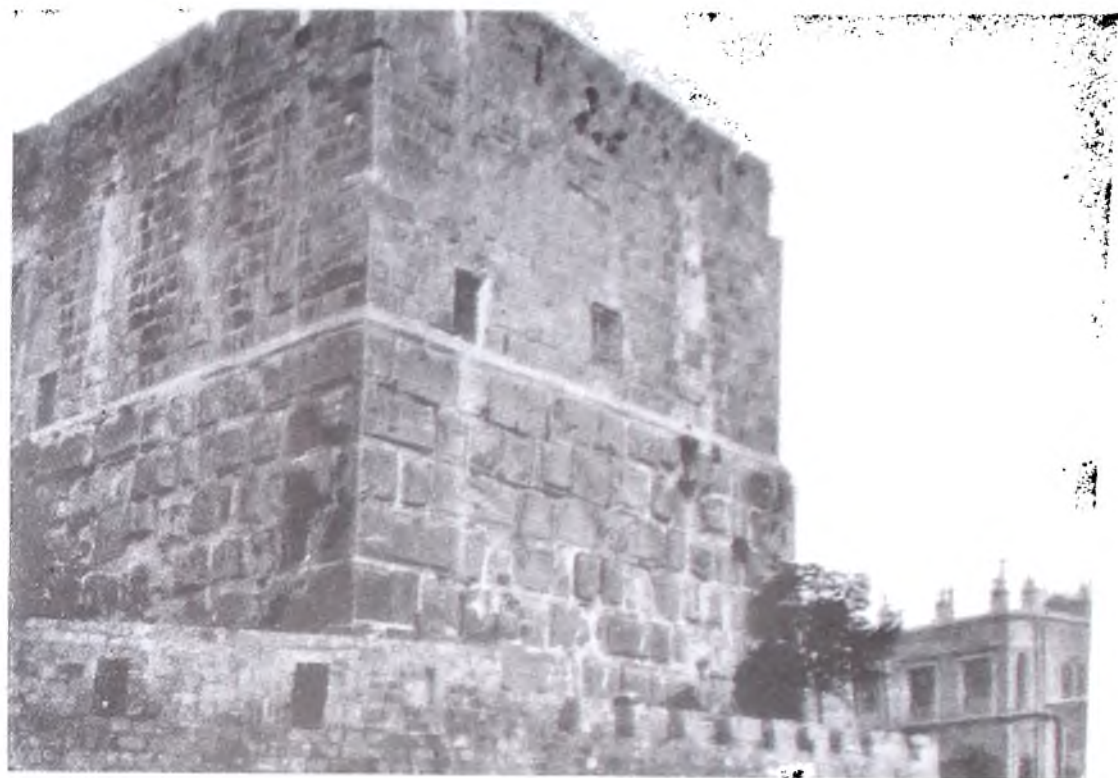
María conocía a su prima, como lo supone el ángel en sus palabras. Tal vez la había visitado ya antes, con ocasión de peregrinaciones a Jerusalén. Era, pues, muy natural que María se pusiera en camino para visitar a su prima, de quien le había hablado el ángel.

JUNTO AL PALACIO DE HERODES

Este palacio era al mismo tiempo guarnición y fortaleza. Los cimientos son todavía del tiempo de Cristo. A la derecha, pasando por la puerta de Jafa, se sale al camino de Belén. Se ve muy bien cómo se han utilizado en la edificación grandes "piedras angulares" escogidas al efecto. Parábola de Jesús de la "piedra angular", que rechazaron los obreros constructores.

GRUTAS HABITABLES

Esta gruta, muy cerca de aquella en que nació Jesucristo, sirve aún a los viajeros de alojamiento durante la noche o por algunos días. Está dividida por un tabique. Dentro se conserva caliente aun en invierno. Reconstruyendo las piedras que yacen a la entrada se obtiene una habitación tal como se ve en la fotografía de la pág. 64. La antigua Nazaret tenía también una pendiente como ésta. La broza proviene de las higueras del campo próximo a la entrada. En la parábola del sembrador habla Jesús de partes del campo en que la semilla cae en el suelo pedregoso y no puede profundizar en tierra; la roca que está debajo y las piedras de alrededor se calientan con el sol. Por eso, éste es el primer sitio en que germina la simiente. Un ejemplo que confirma la fidelidad de la descripción se ve en esta vista fotográfica tomada el 23 de diciembre de 1929. El 29 de noviembre había llovido por vez primera. Aún estaban desnudas las superficies que todos los años se cubren de hierba; pero en el suelo rocoso encima de la gruta, entre la hierba menuda, ya habían brotado las semillas tan densas como el césped de un parque. Después sucede lo que dice Jesús: brilla el sol cada vez más fuerte, las piedras se recalientan, las raíces no pueden profundizar en la tierra, y así los tallos que hacían al principio una impresión de pujanza son los primeros en morir. En la fotografía se puede ver aún la hierba nueva a través de la obscura densidad de los delgados tallos.



María visita a su prima Isabel y permanece en su casa algún tiempo

Por aquellos días se puso María en camino y se fué apresuradamente a la montafia, a una ciudad de Judá. Entró en la casa de Zacarías y saludó a Isabel. Al oír Isabel el saludo, el hijo se conmovió en su seno e Isabel fué llena del Espíritu Santo. (Luc., I, 39-56.)

Los relatos del Evangelio que siguen a la Anunciación de Nazaret se suelen considerar como una serie de escenas de la vida ordinaria palestinese de aquel tiempo, tal como se repiten aún hoy día allí entre la gente sencilla; pero el hecho natural está siempre como saturado de lo sobrenatural, que se desborda al exterior y se convierte en algo inaudito y único.

Una doncella visita a una anciana, que ha concebido como ella, y el saludo de las dos mujeres termina con la entusiasta declaración de que sus esperanzas de madre son también las esperanzas del mundo. Un hombre de la clase humilde no sabe si ha de admitir en su hogar a la mujer ya desposada, y le anuncian del cielo cuál es la voluntad de Dios. Nace un niño en la casa de un anciano, y éste empieza a profetizar. Nace un niño en un establo, y los cielos se abren.

Es un espectáculo interesante observar las gentes sencillas de Palestina en las reuniones públicas; por ejemplo, en Belén, en la plaza mayor, junto a la iglesia del Nacimiento. En la entrada solemne del Patriarca, la víspera de Navidad, se encuentran aquí todos los años los conocidos y parientes de los diversos lugares del país. Las mujeres no son menos numerosas que los hombres. Y siempre se presentan ocasiones de ver cómo las primas se saludan entre sí. Estas pobres mujeres, que cada día se levantan a las tres de la madrugada, para dar vueltas a la piedra del molino, ostentan una nobleza de movimientos y una cordialidad tal, que podrían servir de modelos artísticos para pintar la visita de María a su prima Isabel. Se abrazan, se besan, se saludan en voz alta, sonora y musical. Y por esa su viveza no se contentan con un solo saludo, y al primero sigue un segundo y un tercero, que expresan la alegría con palabras diversas, y si se trata de personas de distinta posi-

ción social, van los saludos acompañados de demostraciones de respeto.

Las mahometanas se saludan todavía como en tiempos de David y en los tiempos de María, con estas palabras: "Paz..., la paz sea contigo." En la respuesta, la afabilidad innata de los orientales incitaba fácilmente a duplicar o a multiplicar el primer saludo.

Una escena semejante hubiera sido de esperar al entrar en la casa de su anciana prima Isabel la joven María, cubierta aún con el polvo del camino.

Inmediatamente después de la conversación con el ángel púsose la Virgen en camino. Era por el tiempo de Pascua, y hubo de ofrecérsele buena ocasión para asociarse a algún grupo de peregrinos que partía de madrugada. El tiempo de lluvias había ya pasado; el sol lucía y daba más calor; la llanura de Jezrael era un mar verde ondulante de espigas, y aun las alturas roqueñas de Samaría y Judea habían tomado tintes oscuros; por doquiera brotaban delicados y recientes retoños; los anchos y lisos cálices de las anémonas y las corolas de los narcisos brillaban al sol; era, en cierto modo, el tiempo más bello del año.

De prever era que Isabel saludaría a su parienta llena de júbilo. ¿Cuándo una madre en esperanza se conmueve más alegremente que cuando otra mujer amiga va a saludarla? También María venía con un fausto misterio. Mientras las madres se saludan, salúdanse también sus hijos, y los misterios se revelan por sí mismos. Al saludarse las dos madres se conmovió el hijo en el seno de Isabel, que fué iluminada por el Espíritu Santo, y conoció por qué la visitaba su prima María. Isabel hubiera añadido, según costumbre, al primero un segundo saludo; pero prescindieron de las fórmulas ordinarias, que en esta ocasión quedaron impregnadas de un nuevo sentido. Aun hoy día se dice, al recibir a una persona de más dignidad: "¿Cómo he merecido yo eso?" Isabel, digna esposa de un sacerdote, habló también así a María: "¡Bendita tú entre las mujeres, y bendito el fruto de tu vientre! ¿Cómo he merecido yo que la Madre de mi Señor venga a mí? He aquí que al saludarme, tu voz penetró en mis oídos, y el infante dió saltos de alegría en mi seno. Bienaventurada la que creyó, porque cumplido será lo que te fué dicho por el ángel del Señor."

"¡La Madre de mi Señor!" Así habló Isabel a María. Con su fe comprendió ya, antes de que el niño viera la luz del mundo, más

que los Apóstoles después de los milagros y prodigios. El saludo convirtiéndose en felicitación: “¡Bienaventurada tú!” También en nuestros tiempos se felicita con las palabras: “Eres feliz, sé feliz.” Pero también esa manera de hablar ha pasado aquí de la esfera de la vida ordinaria al mundo de la fe.

A los europeos, que juzgamos sólo por la impresión que nos hace el texto, nos sorprende la manera de hablar de María, cuando comienza el saludo con este estilo sublime: “Engrandece mi alma al Señor.”

¡Qué no se ha escrito sobre el *Magnificat*, verdadera efusión del corazón de María! Unos lo explican diciendo que es una interpolación o una especie de comentario poético al texto. Otros han querido elevar a María a la categoría de poetisa propiamente tal, como si eso no significara un rebajamiento, si se atiende a que ella es ¡la Madre del Señor!

El punto de vista para una justa apreciación hay que buscarlo en las condiciones de vida de aquel tiempo, que aun hoy día se pueden comprobar en casos semejantes. Ni es preciso para eso ir hasta Palestina.

En los países meridionales de Europa, en Grecia y Córcega, encuéntrase uno, entre la gente sencilla del pueblo, con fenómenos naturales que pueden servir para explicar el *Magnificat*, el *Benedictus* y el *Nunc dimittis*. Mujeres sencillas e ignorantes se convierten en poetisas con la excitación del dolor en casos de muerte y expresan sus sentimientos en estilo elevado. Sus lamentos consisten en parte en un conjunto de fórmulas y modos de hablar tradicionales. Pero las más llegan a crear algo nuevo y personal. Lo mismo se comprueba también en Palestina. En los últimos decenios, las mujeres de los beduínos, como en otro tiempo en los días de David y Saúl, convertíanse en poetisas en tiempo de guerra y celebraban las victorias de sus maridos.

No es, pues, tan de maravillar que María, en el encuentro con Isabel, se remonte a un estilo elevado. En sus palabras se nota el fenómeno que se advierte también en otras partes; hay frases aisladas que provienen de himnos conocidos, entonados en ocasiones semejantes; por ejemplo, del cántico que entonó Ana después del nacimiento de Samuel; la mayoría, sin embargo, proceden de los Salmos.

Mas lo inaudito en María son las ideas. Su cántico tiene un nuevo contenido y una idea central nueva también. Celebra la venida del

Hijo de Dios, con la que apunta una era nueva. ¡Y Ella es su Madre! En este momento tiene ya cumplimiento aquel rasgo admirable que irá resaltando cada vez más en la vida de Jesús: Sus palabras están llenas de humildad profundísima y verdadera y al propio tiempo revelan que tiene conciencia de que son proféticas:

“¡Engrandece mi alma al Señor
y mi espíritu se regocijó en Dios mi Salvador!
Porque posó su mirada en la humildad de su esclava,
y he ahí que desde ahora todas las generaciones
me dirán bienaventurada.”

Una ley férrea había dominado hasta entonces: el poderoso se había hecho más poderoso; el soberbio, más soberbio; el rico, más rico. Y se había hecho al débil más débil, al humilde más bajo y al pobre todavía más pobre. Ahora alboreaba el tiempo de la gracia, y aquella rígida ley de la vida natural quedaba abrogada para todos los que se acercaban a Dios.

“Grandezas obró en mí el Poderoso
y santo es su nombre.
Y su misericordia por edades y edades
para los que le temen;
hizo alarde del poder de su brazo,
desbarató a los orgullosos de espíritu,
derrocó de los tronos a los potentados
y enalteció a los humildes.
Sació de bienes a los hambrientos
y despidió a los ricos con las manos vacías.
Tomó bajo su amparo a Israel su siervo,
acordándose de su misericordia,
como había él prometido a nuestros padres,
a Abraham y a su progenie por los siglos.”

Obsérvese que María no expresa sentimientos que tuvieran su origen precisamente en aquel momento. Desde que el ángel se separó de ella, había tratado de concordar lo que acababa de acontecerle con lo que había leído en los libros sagrados.

De Isabel y Zacarías se dice expresamente que estaban llenos del Espíritu Santo, cuando hablaron proféticamente; de María no se dice, pero se supone, pues ya antes había sido iluminada.

“Entonces dijo María.” Así comienza el *Magnificat*. Hasta ahora no había hablado con nadie. Sólo se podía hablar de esas cosas

con el que creyera como Ella en su verdad y realidad. Sin duda, la doncella se habla preguntado con timidez por el camino cómo revelaría a su prima el misterio del modo más conveniente y cómo ella iba a recibirlo. La circunstancia de que también Isabel, en su vejez, había concebido un niño era ya una preparación, si bien entre este milagro y el obrado en Ella mediaba una distancia inmensa.

Todo lo que había ocultado hasta ahora dentro del pecho quedó patente a su prima, que, iluminada por el mismo Dios, sabía ya de qué se trataba y ya creía en ello. Lo importante en este himno no es el elemento poético, porque siempre es propio de lo poético un elemento de ensueño y algo irreal al lado de la verdad viva y real. La verdad de las palabras y la divinidad del contenido están aquí muy por encima de la poesía.

Lo que en otras cosas es bello como poetización está aquí en forma de verdad, en otro reino, en el reino de la realidad, y es hermoso en otro grado distinto y superior de belleza.

El nacimiento de Juan

Llególe a Isabel el tiempo del alumbramiento y dió a luz un niño. Los vecinos y parientes supieron que el Señor le había hecho esa gran misericordia y se alegraron con ella. El octavo día se reunieron para circuncidar al niño, y querían llamarle con el nombre de su padre, Zacarías. (Lucas, I, 57-80.)

En la visita de María a Isabel tenemos un nuevo cuadro de la vida de aquella gente sencilla. En la casa del anciano sacerdote Zacarías ve la luz del mundo un niño. Pero esta escena se presenta, dentro del marco de todos los pormenores de usos y costumbres, también como un hecho lleno de misterios divinos.

El nacimiento de San Juan fué un grande acontecimiento. El padre y la madre tenían una edad en la que ya nadie podía contar con tales sorpresas. A los habitantes de la pequeña ciudad campestre que seguían los asuntos de familia de sus vecinos hasta en los últimos pormenores, no se les ocultaba, de cierto, que la concepción de ese niño habla coincidido con el tiempo en que Zacarías había vuelto mudo del templo. Se puede suponer, pues, que al saber

la noticia del nacimiento del niño cambiarían su manera de pensar sobre la esterilidad de Isabel. Ahora presintieron que no se trataba de un castigo de Dios, sino de una prueba. El tener un niño es aun hoy día entre los campesinos, y sobre todo entre los beduinos, la suprema aspiración de los padres. Por el número de personas, más exactamente, por el número de varones se mide la respetabilidad de una familia. Las beduinas están siempre hablando de sus maridos que "llevan fusil"; la opinión pública hace gran aprecio de las familias sanas y numerosas. Esa idea trae consigo, naturalmente, la poca importancia que se da en la familia al nacimiento de una niña, en comparación con la que se da al de un niño. Si es niña, consuélase al padre con un "Más vale algo que nada".

Para los israelitas, el nacimiento de un niño tenía, además, una importancia especial, no sólo en el sentido ya dicho, sino desde el punto de vista religioso, porque éstos eran el pueblo futuro, y así en el nacimiento del que continuaría la familia veían una especie de promesa de Dios hecha a los padres de que también su linaje vería en el porvenir los tiempos del Mesías.

Los hombres de una época en que la solidaridad familiar se ha debilitado en grado tan extremo, en que la colaboración de unas generaciones con otras no es ya vitalmente eficiente, no pueden hacerse cargo de los sentimientos de un padre israelita que recibe a su primogénito postrado de rodillas. Quien mejor podría comprenderlo sería el labrador, que en cierto modo sirve al porvenir del cortijo y sólo en un heredero halla la garantía de que su trabajo no ha de ser inútil.

¡En qué estado religioso de alma más elevado se hallaría el anciano Zacarías! Además, sabía que se iba a ver ya entonces libre de la mudez.

Los vecinos, por su parte, no sólo se interesaron en estos alegres sucesos, sino que además debieron de tomar por su cuenta en algún modo el gobierno de aquella casa, donde el padre estaba mudo. Cuando al octavo día se había de circuncidar el niño, todos eran de parecer que el nombre más adecuado era Zacarías, aunque por lo común se evitaba dar al hijo el nombre del padre. Pero a este niño parecía lo más natural llamarle como al padre, pues Zacarías tenía una edad tan avanzada que bien hubiera podido ser su abuelo. Además, estaba mudo, y por eso, según opinión de los presentes, no era tenido en consideración para la vida pública oficial.

Contra esto surgió una resistencia de donde menos era de esperar. La madre era contraria a tal nombre, y no sólo eso, sino que propuso otro: “¡Debe llamarse Juan!” Los presentes comprendían que no quisiera que se le llamara Zacarías; pero ¿por qué se había de llamar precisamente Juan, si en todo su linaje nadie llevaba ese nombre?

Como es natural, dirigiéronse al padre mudo para que decidiera, pues sin duda creían que éste no aceptaría en modo alguno el nombre de Juan. Preguntáronle a él, indicándole que el niño estaba ya pronto para la circuncisión. Zacarías pidió una de las conocidas tabletas recubiertas con una capa de cera. Con estas tabletas iba un punzón terminado en punta por un extremo y por el otro aplanado en forma de espatulilla, de suerte que con él se podía escribir y aplanar la cera cuando convenía borrar algo. En una ocasión se había dicho expresamente que era permitido el día de sábado anotar en una pared el número de los huéspedes; pero que estaba prohibido servirse como en los días ordinarios de una tabla o tableta encerada. Así, pues, la escritura había entrado ya, como se deduce de esto, en los usos de la vida ordinaria.

En una tableta de ésas escribió Zacarías: “Juan es su nombre.” No se sabe cómo hubiera terminado la contienda entre los parientes y los padres, si no hubiera intervenido otra vez el milagro. Inmediatamente después de esa decisión cesó la mudez de Zacarías.

Zacarías había vivido las semanas anteriores más solitario que María a su paso por las montañas. Ahora, como ya podía hablar, comenzó a profetizar, lleno del espíritu de Dios. Lo que hemos dicho antes de los antecedentes naturales para explicar el *Magnificat*, vale también para el cántico de Zacarías. Lo nuevo e inusitado en este himno no fué el haberlo entonado con desbordante alegría y agradecimiento, sino el contenido mismo. Juan es el heraldo que precede al Mesías, “brazo fuerte de salvación”, salvación contra la cual no hay desdicha que valga.

Lleno de júbilo, celebra Zacarías, primero la fidelidad de Dios, que no puede olvidar a su pueblo, en esta forma:

“¡Bendito sea el Señor, Dios de Israel!
Porque ha visitado a su pueblo
y le ha traído redención.

Y nos suscitó brazo fuerte de salvación,
 en la casa de su siervo David,
 como habló por boca de sus santos profetas,
 que fueron desde el principio de los siglos,
 salud de nuestros enemigos
 y de las manos de todos los que nos odian,
 para obrar misericordia con nuestros padres
 y acordarse de su alianza santa,
 juramento que él juró a nuestro padre Abraham,
 de concedernos que, libertados de la mano de los enemigos,
 le sirvamos sin temor, en santidad y en justicia,
 en su acatamiento todos los días de nuestra vida."

Después se dirige a su propio hijo y le habla, no como padre, sino como profeta, que hace entrar en el gran plan de Dios con su pueblo aun a su propio hijo, sabiendo bien que un puesto de honor en ese plan vale más que todo lo que él pudiera darle:

"Y tú, niño,
 serás llamado profeta del Altísimo,
 porque irás ante la faz del Señor,
 para preparar sus caminos
 y anunciar a su pueblo la nueva de la salud
 en la remisión de sus pecados,
 por las entrañas de misericordia de nuestro Dios,
 por las cuales nos visitó el Oriente desde lo alto,
 para alumbrar a los que están sentados
 en tinieblas y en sombra de muerte
 a fin de enderezar nuestros pies
 por el camino de la paz."

Tal vez se preguntó alguno de los vecinos: ¿Y para qué tendrán un hijo estos dos ancianos? Cuando ocho días después sucedieron tantas maravillas en la circuncisión, hablábase de ese extraño caso por todas partes: en la montaña, junto a los pozos, a la sombra de las higueras cubiertas de recientes retoños, en la siembra de los campos y al resplandor de las lámparas de aceite. La turbación y la esperanza conmovían los espíritus.

—¿Qué llegará a ser este niño?

Cuando creció, se vió que no necesitaba educadores humanos. Retiróse al desierto y desapareció de las miradas, y después, también de la memoria de los hombres.

Desposorios de María con José

Y la generación de Jesucristo fué de esta manera: **Estando María, su madre, desposada con José, antes que viiesen juntos, se halló haber concebido en el seno por obra del Espíritu Santo. Y José, su esposo, como era justo y no quería infamarla, quiso dejarla secretamente. (Mat., I, 18-25.)**

María volvió a casa ya muy entrado el verano. Al volver de la montaña de Samaría a la llanura de Jezrael, siguió el camino a través de un mar de cardos campestres, que ya comenzaban a agostarse y a esparcir sus semillas al viento. Al Norte, en el borde de la llanura, en un mar de luz temblorosa, lucían las casas de las cimas, como perlas en conchas pétreas, en la imprecisa lejanía. ¿Qué pensó al ver a lo lejos a Nazaret? Lo que Dios había decretado para Ella valía también para su hijo, que era ciertamente un decreto del más sublime amor. Bien podía abandonarse a Dios en cuanto al rumbo que habría de tomar su vida en lo futuro.

Es de suponer que Zacarías e Isabel harían llegar a la familia de María la noticia de lo que ellos ya sabían. No pocos comentarios antiguos admiten que José se enteró de todo por ese conducto, pero el relato mismo habla más bien en contra.

Las mujeres que vivían con María en la misma casa, fuesen las que fueran, serían las primeras en advertir su estado. Las mujeres tienen para estas cosas una perspicacia especial. Y entonces harían lo que se suele hacer como la cosa más natural en Oriente, donde los desposorios se equiparan jurídicamente al matrimonio; es decir, harían llegar la noticia al esposo.

¿Quién notificó el caso a José? Existen pruebas para afirmar que el contrato matrimonial se realizaba por escrito y después se entregaba en manos del "amigo" del esposo. Éste era precisamente su hombre de confianza. Tal costumbre es muy comprensible en Galilea, pues allí, como se dirá, en contraposición con lo que se hace en Judea, los desposados no viven juntos antes de la boda. Es, pues, probable que también José se enterara del estado de María por el que era su hombre de confianza. Lo cual es posible aun cuando el contrato matrimonial no se hiciera por escrito. Más tarde citaremos otro caso en que también el amigo del esposo juega un papel especial.

La Escritura guarda completo silencio sobre la impresión primera que hizo en José la noticia, y por eso lo mejor es imitar su ejemplo. Con todo, si María se turbó al saludo del ángel, es de creer que José se turbara al oír tal noticia. Su pena debió de ser muy grande, pues estaba libre de celos desordenados que le impulsaran a desentenderse de las dificultades culpando de todo a María.

Para otro joven israelita de entonces un caso semejante pronto hubiera quedado resuelto. Tal vez en un principio no hubiera querido creer esa infamia de su desposada; pero tan pronto como se hubiera cerciorado de la verdad de lo que se le decía, su pundonor ofendido le hubiera llevado a presentarle una acusación jurídica. Aunque hay que decir que en tiempo de Cristo, según todas las probabilidades, había ya sido interpretada benévolamente la ley que perscribía la pena de muerte para la esposa infiel, porque se solían poner dificultades a la comprobación del hecho y por lo menos no se llegaba ya a la lapidación.

Un hecho de estos últimos años deja ver qué ambiente tempestuoso se formaba en casos como ése. Antes de las bodas, cuando todos estaban reunidos, se comprobó con testimonios ciertos que la esposa no había vivido inmaculada. Llamó el padre a todos los varones y les hizo esta pregunta: "¿Qué debo escoger? ¿La vergüenza o la muerte?" "La muerte, la muerte", le respondieron. Tomó, pues, el fusil y mató a su propia hija.

A San Mateo no le es desconocido el modo ordinario de proceder en estos casos. Lo tiene ante los ojos cuando dice que José, como "justo", estaba resuelto a no infamar públicamente a María. Por lo demás, el Evangelista nos da pocos elementos, y eso en notas breves. Como más cómodamente se llega a una idea clara y viva de las cosas es respondiendo a algunas preguntas concretas.

La primera cuestión de importancia decisiva es ésta: "¿Qué pensó José de María? ¿La tuvo por inocente o por culpable? O, más en general, ¿se atrevió a formar algún juicio respecto de ese hecho?"

Las palabras del relato suponen que José estaba persuadido de su inocencia. Dícese expresamente que José era "justo" y que por eso no quiso difamar a María. Si la hubiera tenido por culpable, tal proceder no hubiera sido acción de "justicia", sino más bien señal de embrutecimiento moral.

Una situación parecida por parte de José, aunque no por parte

de María, se halla descrita en una parábola judía. Trátase en ella de un rey que tomó esposa, le presentó la escritura de bodas y la puso luego en custodia del padrino. Pocos días después se difundió un rumor poco favorable. ¿Qué hizo el padrino? Rasgó la escritura de bodas diciendo: "Mejor es que sea juzgada como soltera que como casada." El padrino obró aquí, según sucedía frecuentemente, como representante del esposo.

La otra cuestión que se presenta es ésta: ¿Pudo José sospechar que se trataba de un caso milagroso?

Ciertos sabios que suelen decir que también los paganos contaban y soñaban en nacimientos por parte de vírgenes, y que el primer poeta de Roma, Virgilio, por el tiempo en que nació Jesús hablaba del hijo de una virgen que tendría intervención en el curso de los acontecimientos del mundo... son los que menos pueden oponerse a que se admita que también José pudo sospechar, al menos remotísimamente, tales posibilidades.

La suposición de que se trataba de un misterio fué lo que movió a José a tomar la resolución de dejar secretamente a María. Según la ley judía, la decisión estaba totalmente en manos de José. Él podía dejar a María; ella, en cambio, no tenía medio alguno para separarse de él. Así, a José tocaba mostrar su amor a María renunciando a retenerla.

Con lo cual surge un nuevo problema. ¿Cómo se representó José el desenvolvimiento de los sucesos en lo futuro?

En esto debió de consistir la verdadera prueba de José. Estaba persuadido de la inocencia de María y, sin embargo de eso, se vió obligado, por la naturaleza misma de las cosas, a entregar a una suerte incierta a aquella su esposa, que amaba ahora más íntimamente que antes. José debía renunciar completamente por un tiempo a María, según el plan de Dios, para recibirla después de las manos de Dios ya en otro estado, con el Niño y en otra situación más elevada.

Ese estado de alma de José lo suponen también las palabras del ángel que, en sueños, le descubre todo el misterio. El ángel comienza así: "No temas recibir a María tu esposa." Si José hubiera dudado de la inocencia de María, estas palabras en boca del ángel y al principio de su discurso no podrían menos de sorprender; suponen más bien que José, el justo José, temía y se avergonzaba de tomar a María por esposa en razón del misterio que presentía.

Y el ángel le dice: “Lo que ha concebido es obra del Espíritu Santo. Dará a luz un niño, a quien darás por nombre Jesús, pues él salvará a su pueblo de los pecados.”

Ahora comprendió también José, después de haber ponderado frecuentemente, en horas de angustias, todas las soluciones, cuánta importancia tenía para el futuro Redentor su matrimonio con María en el estado en que ella se hallaba, pues había de ser el que ocultara al mundo el misterio divino.

José recibió de nuevo de parte de Dios a su Esposa, a quien había querido abandonar por miedo al misterio. Es de creer que no había hablado aún con nadie de su propósito.

Nacimiento e infancia de Jesús

La región de Belén en sus relaciones con la Biblia

Jerusalén y Belén distan entre si sólo dos horas de camino, pero pertenecen a dos regiones geográficamente distintas. Viniendo de Jerusalén por la cima plana de la montaña, que, aunque no lo parezca, forma la división de las vertientes de las aguas, el paisaje cambia de repente. Desaparece Jerusalén con sus cauces en los valles, hondos y excavados al pie de la montaña de Sión, y se presenta la región de Belén. El poblado está aún bastante lejos, pero ya se distingue al Este toda la comarca, y sobre la depresión del mar Muerto se ve extenderse como un muro la pendiente hasta la meseta situada sobre el Jordán. Correspondiendo al paisaje aparecen alternativamente campos de labor y verdaderos desiertos. Es espectáculo curioso ver sucederse, desde esta hondonada hasta las vertientes que van hasta el mar Muerto, las mismas zonas de vegetación que se hallan desde los valles hasta las alturas. La hondonada misma es una magnífica llanura de labrantío, una de las mayores de Judea; de ella ha recibido el lugar el nombre "Bethlehem": "casa de pan". Fuera de esa región de cultivo, rodeada de montañas, se ven junto a las pendientes franjas cultivadas estrechas y aisladas; luego vienen los terraplenes, plantados de pujantes olivos; después, otras especies de árboles bastante raquíticos, y allí comienza la región donde, en medio de piedras calcáreas relucientes, se yerguen en el desierto los últimos árboles, como seres espiritualizados. A esta posición, al margen del desierto, debe Belén el haberse podido conservar a través de los siglos sin ser "ane-

xionada" a Jerusalén, a pesar de estar tan cerca. Belén es aun hoy día la ciudad que posibilita la comunicación con el desierto; aquí compran los nómadas grano y frutos; aquí venden ellos sus quesos y sus tejidos.

Para esos pastores nómadas es de importancia especial el que esa hondonada se halla en invierno defendida del viento por la ladera de las montañas del Oeste. El suelo, después de la primera lluvia, no se reseca mucho; en cambio, el aire y la tierra se calientan más con los rayos del sol. Aquí brota, antes que en otras partes, la hierba fina y brillante entre los rastros amarillos del año anterior. Los pastores que buscan parajes protegidos del viento para estación nocturna de sus ganados y puestos con pastos tempranos y frescos, hallan al Este de Belén la región que responde a sus deseos.

Estas circunstancias se reflejan más de una vez en los relatos evangélicos que se relacionan con Belén y su comarca. Basten por ahora estas insinuaciones generales. No está, en modo alguno, fuera de las posibilidades, aun hoy día admisibles, que los pastores tuvieran allí su estación en el tiempo del nacimiento de Cristo y que vigilaran de noche el ganado. También presupone esas condiciones topográficas la conducta de Herodes en la visita de los Magos. Si Belén hubiera estado a dos días y no a dos horas de distancia de Jerusalén, Herodes hubiera obrado seguramente de otra manera. Por eso habla como si todo lo tuviera, por decirlo así, bajo su vigilancia.

Fue también muy posible —y la tradición conviene en ello— que los Magos volvieran a ver la estrella allí donde se pierde de vista Jerusalén y se empieza a ver Belén. Finalmente, la matanza de los inocentes, en su realización, compaginase bien con las condiciones locales. El palacio de Herodes estaba cerca de la puerta de Jaffa; por esta puerta entraban y salían cada día sus mercenarios. A nadie le llamaría la atención que fueran a Belén, pues esta ciudad estaba aún en la región adonde iban a hacer los ejercicios militares.

Nacimiento de Jesús

Y aconteció en aquellos días, que salió un edicto de César Augusto, para que fuese empadronado todo el mundo. Este primer empadronamiento fué hecho por Cirino, gobernador de la Siria. E iban todos a empadronarse cada uno a su ciudad. (Luc., II, 1-7.)

Si Jesús hubiera nacido en Nazaret hubiéranse podido levantar contra María toda clase de sospechas. El plan de la Providencia había señalado a Belén, patria de David, como la ciudad donde naciera el gran descendiente de David y heredero y consumidor de su Reino. A María no la condujo a Belén una revelación solemne, sino una ordenación del César romano Augusto. El año que debía ser de salud fué para Palestina año de desdicha.

No se sabe aún exactamente cómo se ha de considerar el censo de que nos habla San Lucas en cuanto al tiempo y en relación con otros censos. Documentos egipcios, que datan del tiempo de los Apóstoles, refieren tantas cosas, en particular de esos censos, que todo lo que quede aún obscuro será de poca importancia en comparación con los datos ciertos que ya poseemos.

Hace poco más de una generación algunos investigadores científicos afirmaban que las cosas, tal como las cuenta San Lucas, eran, "técnicamente" consideradas, poco menos que imposibles y "prácticamente inconcebibles". Hoy día se han desenterrado de la reseca arena los edictos originales de los gobernadores egipcios. En ellos se halla exactamente la misma expresión que emplea San Lucas. "Inscribir" era la denominación oficial para esos actos civiles. "Apografé" se llamaba el documento que se extendía en varios ejemplares idénticos; ya había, pues, algo que suplía nuestra imprenta. En particular se querían presentar como inverosímiles hasta el extremo las indicaciones de San Lucas cuando dice que no podían inscribirse en la comisión del lugar en que habitaban, sino que tenían que dirigirse al lugar de origen, diríamos hoy al lugar "de ciudadanía oficial", para hacer el empadronamiento. Pero también en este punto los edictos encontrados confirman el relato de San Lucas. Transcribamos aquí uno de esos:

BELEN VISTO DESDE EL CAMPO DE LOS PASTORES

Cuadro evocador del tiempo de la sequía estival. En primer plano hay aún cardos polvorientos, en una tierra desmenuzada en polvo calcáreo intensamente blanco. Detrás de los olivos de color gris plateado se ven los campos segados, después pastados por el ganado y ahora ya reseco, de donde les viene ese color chillón. Sobre ellos se levanta, a la izquierda, la loma con Betsahur, aldea de pastores; más allá, en el fondo, Belén mismo, con la torre de la iglesia del Nacimiento. Todo lo cubre, como una bóveda, la concavidad de un cielo sin nubes, azul y brillante.



"Gayo Vibio Máximo, gobernador de Egipto, notifica: Estando en proyecto el empadronamiento de las familias, es preciso ordenar a todos los que por cualquiera razón se hallen fuera que vuelvan al hogar patrio para realizar el empadronamiento ordinario."

El edicto de que nos habla San Lucas pudo estar expresado en los mismos términos. También en Egipto había que presentarse en el lugar de origen para la apografé o inscripción. En el edicto mencionado se habla de un empadronamiento "ordinario". De hecho se ha demostrado que por entonces se realizaban ya en Egipto tales censos cada catorce años. Si en Palestina era este censo el primero, debía haber ya oficiales que se hubieran ejercitado antes en tales cargos. Por los documentos egipcios se ve también que esas "comisiones" para fines tributarios frecuentemente constaban de gente del lugar y de altos funcionarios que se traían de las grandes ciudades.

El proceso de la inscripción del pueblo en Palestina podemos suponer que se realizó como en Egipto. No es fácil determinar cuál fuera la ocasión de este empadronamiento, que, a lo que creemos, era un censo de la población y de la industria y, al mismo tiempo, una especie de inscripción catastral de las propiedades. Pudieron haber contribuido a ello la edad avanzada de Herodes y la circunstancia de que Augusto, en los últimos años, no se fiaba ya de él tan incondicionalmente y ya preveía lo que sucedería después de su muerte. Era una especie de preparación para la transformación del país en provincia, como sucedió poco tiempo después.

Ya se puede suponer en qué estado de ánimo recibiría el pueblo aquel edicto. Tales disposiciones afectan también a la gente sencilla, que tiene capacidad suficiente para comprender que nunca son en su favor. Las innumerables exacciones e injusticias de tales empadronamientos no se pueden evitar sino cuando se llevan a cabo en regiones no montañosas. Por eso los pueblos de montaña hacen esfuerzos inconcebibles por evitarlos. En un censo posterior de Palestina se llegó a un levantamiento sangriento. San Lucas quiere decir tal vez, con su alusión a un "segundo" empadronamiento, que se trataba del censo más pacífico. Hoy día se puede obtener aun idea aproximada del estado de espíritu que dominaba entonces en todo el país, viendo lo que sucede cuando en Palestina aparecen por algún pueblo de montaña los agrimensores con sus cuer-

das y pértigas y trigonómetros. Basta reparar en los gestos y conversaciones de los habitantes.

Así fué también cuando María y José salieron de Nazaret para dirigirse a Belén. Tres o cuatro veces tuvieron que pernoctar en un albergue. ¡Qué no se diría contra esas medidas de Roma en aquellas aldeas donde no era la delicadeza lo que predominaba! Pocos repararían en José y María, que en silencio tomaban las tortas elásticas de harina, las plegaban y las comían. Y los que repararan en ellos tal vez pensarían: "Son dos que no sospechan lo que Roma prepara al pueblo escogido."

San Lucas insinúa que la estancia de la Sagrada Familia en Belén se prolongó algún tiempo. Tal vez las familias tenían que empadronarse en un orden determinado y tal vez permanecieron los dos allí aun después de terminado el empadronamiento. Hoy día muchos ciudadanos no saben ya de dónde era oriundo su abuelo. Por el contrario, todo oriental que vive en América sabe exactamente a qué parentela pertenece. Lo mismo les ocurría a los israelitas. Por esa razón era cosa relativamente fácil llevar a cabo un censo en Palestina. Las listas, prácticamente, sólo tenían valor cuando se conformaban con lo que la gente sabía, y los registros se hacían por familias.

El rasgo conmovedor de que el Redentor ni siquiera nació en una morada de hombres, sino en un establo, se ha hecho resaltar de tal manera en las explicaciones devotas y en las poetizaciones populares, que parece haberse descuidado, por esa razón, otra circunstancia aún más conmovedora. La mayor dificultad no era tanto que no hallaran casa donde pudieran pasar la noche, sino que no pudieran hallar sitio donde estar a solas. Porque María debía suponer que el alumbramiento del hijo que había concebido tan maravillosamente se realizaría también de un modo extraordinario. Nada, pues, los mortificaba tanto como el pensar que siempre estaban observados por otros.

San Lucas se limita a decir expresamente que pusieron al Niño recién nacido en un pesebre. Un pesebre supone en este caso un establo, y un establo, en Oriente, quiere decir muchas veces una cueva. Esos pesebres los hacen, por lo regular, aprovechando las mismas formas de la roca, en la pared de la cueva; con una cerca de barro hacen una especie de nicho o pesebre, en que se echa el forraje para los asnos y terneros. Estos establos no sirven para

aprisco de ovejas, porque la lana, con el vaho de los animales, se enrarece y pierde su flexibilidad.

Aun en nuestros días se hallan junto a la gruta del Nacimiento gran número de esas cuevas; algunas, con una parte edificada en la parte anterior, sirven de habitación. Desde fuera no se ve en toda la habitación sino la entrada con la puerta. Otras sirven de depósito para leña menuda; otras, alternativamente, de establos y de habitación cuando los pastores nómadas vienen del desierto para el comercio.

En un lugar como éstos dió a luz María a su hijo. Y lo envolvió en pañales. Pormenor acertadísimo del Evangelista para significar que María, que había concebido milagrosamente, dió al mundo a su hijo cual Madre virgen.

Los pastores llegan a Belén

Y había unos pastores en aquella comarca pasando la noche al sereno, y estaban velando sobre su ganado. He aquí que apareció delante de ellos un ángel del Señor, y la claridad de Dios les cercó de resplandor y se amedrentaron con miedo grande. (Luc., II, 8-20.)

Refiérenos el Evangelio que el nacimiento de Jesús se anunció expresamente a un grupo de pastores que “velaban al raso”. Ya hemos insinuado en el capítulo general sobre la región de Belén las razones que pudieron haber movido a estos pastores, precisamente en el tiempo más fresco del año, a ir a las cercanías de Belén. Estos pastores eran verdaderos pastores del desierto y no de los que salen cada día simplemente a apacentar los ganados. Asimismo hay que suponer que sus rebaños eran principalmente de ovejas, que, como ya hemos dicho, no era costumbre recogerlas en establos cerrados. También los escritos judíos conocen la diferencia entre “ganado de establo” o ganado que al atardecer se lleva al establo, y “ganado de campo libre”, o ganado que pasa la noche en el lugar del pasto, desde “Pascua hasta las primeras lluvias de otoño”, o “siempre”. De estos ganados y de estos pastores trátase, sin duda, en el Evangelio. Aun hoy día los pastores nómadas que giran sin rumbo fijo se llaman “los que viven al raso”. La expresión de San Lucas parece ser simplemente la traducción griega que indica esto mismo.

Estos pastores llevaban la misma vida que el Patriarca Abraham y contemplaban todas las noches el ancho cielo, cuajado de estrellas, negro, aterciopelado, que contemplara también Abraham. Eran hombres libres, pero que vivían en una libertad comprada a costa de diarias renunciaciones y fatigas. De este modo habíase conservado en ellos mejor que en ninguno la antigua, piadosa y sencilla fe de Israel. No carece de importancia para entender el sentido de este misterio saber que los pastores pertenecían entonces a las clases despreciables. Un proverbio decía: "No dejes que tu hijo sea ni apacentador de asnos, ni conductor de camellos, ni barbero, ni pastor, ni buhonero, porque son oficios de ladrones."

De repente presentóse ante los pastores un ángel y les iluminó con resplandor celestial. Nadie puede permanecer tranquilo al sentirse ante seres que no están sujetos a las leyes de la vida humana ordinaria. Aun los más valientes se atemorizan. El ángel les tranquilizó; el simple hecho de hablarles obró en su alma como un sedante.

"¡No temáis! He ahí que os anuncio una grande alegría, que lo será para todo el pueblo. Hoy os ha nacido en la ciudad de David el Salvador, que es el Cristo Señor. Esto os servirá de señal: Hallaréis un Niño, envuelto en pañales y puesto en un pesebre."

Los pastores, como creyentes hijos de Israel, comprendieron lo que la nueva significaba. ¡El Mesías había llegado! El ángel les dió aún otra señal para reconocer al Niño, que era al mismo tiempo un milagro. Se trataba de un niño a cuya sola vista se podía deducir en seguida que había sido ya antes esperado, pues la Madre había tenido a punto los pañales. Por lo demás, habían de hallar al niño en un abandono tal como si él y su madre y su padre hubieran sido rechazados por todo el mundo. El niño yacía en un pesebre de asnos o terneros; un establo era su casa y un pesebre su cuna.

A esta nueva del ángel, como relumbrantes nubes, se hicieron visibles ejércitos numerosos de la milicia celestial, y resonó un himno de loor nunca escuchado: "Gloria a Dios en las alturas, y en la tierra, paz a los hombres de buena voluntad."

La gloria de Dios quedaba reparada; la tierra era ya para el Padre celestial la cosa más estimada; entre los hombres moraba su Hijo, hombre también como los demás.

Y extinguióse el resplandor, y las multitudes de los ángeles desaparecieron.

Con alegre entusiasmo declábase los unos a los otros los pastores: "Vamos a Belén, y veamos lo que el Señor nos ha anunciado."

No se dice cómo lograron hallar al niño. Ciertó que la indicación del ángel era para ellos, como pastores, un guía más seguro que para otros. Pastores que pasan día tras día junto al rebaño tienen una memoria especial para los pormenores del paisaje. Los viejos pastores en las altas montañas de los Alpes conocen todas las cabañas, aun de los alrededores lejanos, y saben, en muchos casos, cómo se puede entrar en ellas sin llave; o bien dónde está escondida la vieja llave de madera, que no es diferente de las antiguas llaves, también de madera, de Palestina. Un conocimiento semejante del lugar se puede presuponer en los pastores de Belén. Es probable que el dato del pesebre les facilitaría el encuentro de un modo especial, porque no todas las cuevas que hubieran servido de establos tenían pesebre. También era de suponer que tal establo no cobijaría entonces animales. Sabían, pues, que se trataba de un establo provisto de un pesebre y libre de animales. A eso se añade que aquellos pastores nómadas con frecuencia pasaban la noche en cuevas, como aun hoy día sucede muchas veces.

El sentido literal indica que los pastores se pusieron en camino aquella misma noche. Hallaron después al niño en el pesebre y contarían a María y a José lo que motivaba su visita en un tiempo tan intempestivo. Esto les sirvió también como de cierta excusa, pues no venían por propia iniciativa, sino enviados por un ángel.

Antes de entrar en el establo, o después, cuando ya amanecía, hallaron sin duda gente por el camino y hablarían de aquellos acontecimientos maravillosos. El Evangelista no nos refiere la conducta de los belemitas al oír la noticia; pero les pone en contraposición con María. María "guardaba todas estas cosas en su corazón", las llevaba como un tesoro y todo lo refería a aquel primer misterio que sólo ella conocía. ¡Dios mismo se había hecho hombre! San Lucas hace aquí alusión a María, porque estos relatos sobre la vida de la infancia los debía, sin duda, a las explicaciones de la Virgen.

Los pastores volvieron llenos de gozo a sus rebaños, no exigiendo nada más de aquel Niño recién nacido; bastábales que hubiera por fin aparecido y haber tenido el consuelo de verle.

Circuncisión y Presentación

Y cuando se cumplieron los ocho días para circuncidar al niño, le dieron por nombre **JESÚS**, como le había llamado el ángel antes que fuese concebido en el seno materno.

Y cuando se cumplieron los días de la purificación, según la ley de Moisés, le llevaron a Jerusalén, para presentarle al Señor. (Luc., II, 21-38.)

Con la circuncisión quedaba el niño incorporado al pueblo de Dios; con ella recibía el derecho a entrar más tarde en el atrio interior del templo.

José y María habitaban fuera de su patria; además estaban separados de los demás como con murallas invisibles por los misterios que sólo ellos conocían. Esta circuncisión contrastaba no poco con la de Juan. En la circuncisión de Juan se hallaban reunidos conocidos y parientes; en la de Cristo, sólo María y José, y lejos de su tierra. ¿Qué pensarían las gentes cuando a un Niño que había venido al mundo en circunstancias tan tristes, le dieron por nombre Jesús, “Salvador”?

El nacimiento de un niño, si era el primogénito, traía consigo dos obligaciones para la madre. El hijo debía ser presentado al Señor como primogénito, y después debía ser rescatado; ya que, según la ley, todos los primogénitos varones estaban “dedicados al Señor”. La madre, por su parte, debía, además, ofrecer un sacrificio purificadorio en el templo a los cuarenta días. Las madres ricas tenían que ofrecer en esta ocasión un cordero en sacrificio; a las madres pobres les era permitido ofrecer un par de tórtolas o bien dos pichones como sacrificio compensatorio.

No estaba prescrito expresamente que la madre llevara consigo también al hijo; pero era costumbre piadosa, que respondía muy bien a un sano sentimiento del pueblo. La visita de las madres cristianas a la iglesia después de dar a luz tiene su origen en la Purificación de la Virgen. Así como la bendición de la madre después del alumbramiento tenía en otros tiempos grande importancia en la vida del pueblo, y aun hoy despierta en las madres piadosas y sencillas los más profundos sentimientos religiosos, lo mismo sucedía entonces con la visita y presentación del primogénito en el templo.

Pusiéronse, pues, en camino María y José con el Niño, y fueron a Jerusalén. En el templo había una puerta especial para las madres que se presentaban al sacerdote para ofrecer el sacrificio purificador y rescatar al hijo. Es muy verosímil que María se encontrara allí con otras madres israelitas.

Exteriormente este misterio fué una de tantas escenas de la vida del pueblo palestino: un primogénito que era presentado en el templo. Todo primogénito era, en cierto modo, rescatado de la propiedad especial que Dios tenía sobre él, y después era devuelto al padre. Pero Jesús no tenía otro padre que a Dios, y al ser rescatado fué, en cierto modo, devuelto a su Padre celestial. Y éste exigía de Él que le sacrificara su vida, cosa que perdonaba a los demás.

Esta misión la aceptó Jesús en la circuncisión, al ser incorporado al pueblo de Israel; su alma era ya consciente, aunque no se manifestase aún al exterior. El Espíritu de Dios dispuso que el momento solemne en que el Salvador apareció por vez primera en el templo no pasara inadvertido al pueblo de Israel.

Vivía entonces en Jerusalén un hombre justo y temeroso de Dios, llamado Simeón. El Espíritu Santo le había revelado que antes de su muerte vería al Redentor. Simeón no era sacerdote, ni vivía ordinariamente en el templo. Con todo, a la misma hora en que María y José entraron en los primeros atrios, sin duda con ese cierto tinte de vergüenza y timidez con que la gente sencilla acostumbra a comparecer en público o en actos oficiales (aunque sin duda completamente sumergidos en los misterios que sólo ellos conocían), en esa misma hora fué Simeón conducido al templo y fué iluminado por el Espíritu, para reconocer en aquel Niño al futuro Salvador de Israel.

Simeón vió, tal vez, más allá que el mismo Zacarías; y comprendió la importancia del Mesías para todos los pueblos del mundo —¡Él venía para salvar a todos! ¡Las tinieblas, que eran como una venda en los ojos, se disiparían! ¡Y todo para gloria de Israel!

Señor, puedes ya dejar partir en paz
a tu siervo, según tu palabra,
pues han visto ya mis ojos tu redención,
que preparaste a la faz de todos los pueblos.
¡Luz para ser revelada a los gentiles
y para gloria de tu pueblo, Israel!

BELÉN VISTO DESDE EL CAMPO DE LOS PASTORES

Evocación vespertina de un día de lluvia en diciembre. El suelo, y en parte también las paredes, han tomado con la primera lluvia una coloración más oscura. La formación de las nubes es en Palestina más característica que en otros países. Las nubes suben del Oeste y se muestran imponentes precisamente sobre la cresta principal detrás de Belén. Todo el ambiente toma un aspecto tempestuoso. Lluvia sin viento o sin tormenta es imposible en los comienzos del invierno. Si el mar está libre de nubes por el Oeste, y al atardecer brilla su reflejo en el cielo, señal de buen tiempo. Si el aire está ya cargado de vapor, no se hace esperar la lluvia. (Recuérdense las palabras de Jesús sobre las señales del cielo, es decir, señales del tiempo y de la temperatura.) No se olvide que estas reglas valen solamente para la temporada de lluvia.

Jesús habló en los meses de invierno de las “señales del tiempo”.



Simeón expresa en estilo elevado la alegría de su espíritu. Pero en sus palabras se escucha al propio tiempo al hombre sencillo del pueblo, ya anciano —no son muchas sus aspiraciones, ni son muchas sus palabras para expresar el cumplimiento del único anhelo que tanto tiempo ha abrigado en su pecho—; suena este himno algo así como la despedida de un anciano ya cansado de esperar. Sin embargo, sus palabras expresan la vocación del Redentor en toda su grandeza: “¡De Israel saldrá la salud para todos los pueblos.”

José y María quedaron admirados. Simeón fué hacia aquellos dos modestos esposos, y como si supiera que en este caso sólo la Madre estaba vinculada con el Hijo, dirigió sus palabras sólo a María. Pero lo que le dijo a Ella valía también para el Hijo, que llevaba en sus brazos y que aún no sabía hablar.

“He aquí que éste está puesto para caída y para levantamiento de muchos en Israel y como señal de contradicción.”

Simeón vió cómo se dividirían los hombres al aparecer Jesús. En los palacios y en las chozas, en el mar y en los caminos, en Galilea y en Judea, en aldeas y en ciudades todos se harían mutuamente esta pregunta:

—¿Qué crees tú del Cristo?

Y luego se juntarían para luchar contra Él, como contra un hombre a quien hay que exterminar.

Desde estas lejanías, que se referían al Niño, que estaría entonces dormido, volvió el Profeta a la Madre, que junto a él escuchaba atentamente. Las palabras que decía de su Hijo quedaron grabadas en su interior, como si fueran dirigidas a ella. Y Simeón prosiguió:

“¡También tu alma será traspasada por una espada, para que se revelen los sentimientos de muchos corazones!”

A este pequeño grupo formado en torno del Niño Jesús juntóse una viuda de ochenta y cuatro años. Sólo había vivido con su marido siete años, y siempre había conservado fidelidad a su esposo, muerto hacía unos sesenta años.

La viuda era hija de Fanuel, de la tribu de Aser. Vivía entonces en alguno de los edificios cercanos al templo, enteramente consagrada a una vida de piedad. También ella vino por impulso del Espíritu Santo, y reconoció al Redentor. Como todas las mujeres ancianas y piadosas, tenía muchos conocidos animados de sus mis-

mos sentimientos, a los cuales contaría sin duda lo que había visto y oído del Niño, que era Salvador de Israel.

Con esto terminan las deleitosas escenas de los primeros días de la vida de Jesús. Los que entonces saludaron al Redentor vieron su fe premiada con la contemplación de Jesús cuando aún era niño.

Muchos de ellos descansaban ya en el sepulcro cuando Jesús empezó la vida pública.

Llegada de los Magos a Jerusalén

Quando nació Jesús en Belén de Judá en los días del Rey Herodes, vinieron unos Magos del Oriente a Jerusalén y preguntaron: “¿Dónde está el Rey de los judíos, que ha nacido?” (Mat., II, 1-8.)

El cielo de Oriente, sobre todo en los desiertos de Arabia, es por la noche de una magnificencia indescriptible. No es ya la lejana bóveda en que se mueven las trémulas estrellas, sino un espacio infinito iluminado con su brillo. Las estrellas, están suspendidas, inmóviles, en el abismo negro aterciopelado, brillando tranquilamente como pupilas, y son tan numerosas, que se hace difícil reconocer las de nuestras regiones en aquel enjambre de astros. La vía láctea, que para nosotros es un camino pálido sobre un fondo negro gris, es allí una imponente y luminosa nube. Y esta magnificencia puédese disfrutar noche tras noche, pues rara vez está el cielo cubierto de nubes. De ese modo ha sido posible seguir la aparición y desaparición de determinados grupos estelares y su puesta y su salida.

La fantasía poetizadora creó en estos países para cada constelación los nombres que se usan aun hoy día, y siempre hubo en el Oriente sabios que se dedicaron a observar las variaciones del cielo estelar.

Unos de esos sabios aparecieron en Jerusalén algún tiempo después del nacimiento de Jesús, preguntando: “¿Dónde está el nacido Rey de los judíos? Hemos visto su estrella en Oriente y venimos a adorarle.”

Ver gentes extrañas que en imponente caravana pasan por las estrechas callejas de una ciudad oriental es cosa que excita siempre

la atención. En las voces de los guías, en las más menudas particularidades del enjaezamiento de los camellos, en los arreos y en las razas de los animales se reconoce su procedencia. Al punto salen corriendo de las casas todos los que no se hallan ya en las calles y pregúntanse mutuamente de dónde viene y adónde va la regia comitiva. En tales ocasiones nunca falta alguno que se ofrece, en señal de respeto, a servir de guía. Así debió de suceder también el día que llegaron los Magos a Jerusalén.

Herodes tenía sus espías por doquier, y así pronto llegó a él la noticia de aquellos hombres extraños. San Mateo nos refiere con brevedad admirable: "Herodes se turbó, y toda Jerusalén con él."

Esto acontecía en los últimos días de la vida del rey. Su recelo por ese tiempo llegó a una especie de manía persecutoria, con lo cual crecía también en la gente el miedo a su crueldad.

"El rey de los judíos" no era un rey cualquiera, sino el rey en el sentido más estricto de la palabra: el Mesías. Herodes sabía que en los Sagrados Libros se hallaba todo género de profecías sobre este rey. Llamó a sí a los pontífices y a los escribas, es decir, a la sección de su alto consejo, que le servía de norma en la interpretación de la Escritura, y preguntóles dónde había de nacer ese rey.

Las novedades se propalan en las ciudades orientales de casa en casa con rapidez increíble. Los miembros del sanedrín pudieron, pues, ver en seguida la relación que tenía la pregunta de Herodes con la aparición de los Magos, aunque Herodes no les hablara de ello abiertamente.

El Consejo respondió a sus preguntas sobre el lugar del nacimiento del Mesías:

"En Belén de Judá (nacerá). Así está escrito por los Profetas: Y tú, Belén, tierra de Judá, no eres la menor entre las principales ciudades de Judá, porque de ti saldrá el caudillo que gobernará a mi pueblo Israel."

Esta respuesta, y sobre todo las circunstancias en que fué dada, debieron de tranquilizar a Herodes hasta cierto punto. ¡El Mesías debía, pues, nacer en Belén! Belén era un pequeño nido y no tenía familias principales; la casa de David, originaria de aquella ciudad, no tenía ya allí importancia ninguna.

Pero mayor influjo que la respuesta debió de producir en las medidas ulteriores de Herodes la conducta de los pontífices y es-

cribas. Estos hombres le revelaban a él sin vacilaciones el lugar donde el Mesías había de nacer, y con eso manifestaban que ni ellos mismos tomaban en serio la nueva de los Magos. Herodes se hubiera puesto en ridículo a sus ojos y hubiera puesto en peligro el feliz resultado de sus pesquisas si hubiese dado al caso mayor importancia y si hubiera adoptado medidas que pudieran ser comprobadas por los judíos. Por entonces bastaba ya tener los cabos en la mano.

“Y Herodes llamó en secreto a los Magos.”

En seguida se viene a los labios esta pregunta: ¿Hablaron entonces los Magos con Herodes personalmente por primera o por segunda vez? Del relato mismo se deduce lo siguiente: Aparecen los Magos y preguntan por el Rey; Herodes lo oye y se turba, y toda Jerusalén con él. No se ve claro si Herodes oyó personalmente la pregunta de los Magos sobre el Niño Rey. De Juan, por ejemplo, se dice también que había “oído” de los milagros de Jesús, si bien se trata tan sólo de relatos oídos de boca de otros.

Esta llamada “secreta” debió de suscitar entre los Magos la idea de que Herodes, el antiguo Rey, estaba enteramente de su parte. A Herodes le era fácil enterarse exactamente por su medio del tiempo en que había aparecido la estrella.

Con esto se despidió de ellos y los envió a Belén. Muy junto a su palacio pasaba el camino que atravesaba la puerta y después iba por el valle Hinnom y luego por la llanura hasta la pequeña ciudad de Belén.

La orden que les dió fué ésta: “Id, pues, e informaros bien del Niño! En cuanto lo halléis, hacédmelo saber para que yo también vaya y le adore.”

El no haber enviado Herodes ningún espía demuestra que estaba completamente seguro del asunto. Pero el colmo de su sagacidad está en haber hecho de nobles extranjeros, espías y delatores para sus fines.

Muchas veces se ha hecho ya notar que habría de hacer suscitar dudas sobre la autenticidad de este pasaje el hecho de que Flavio Josefo no nos cuente nada de este suceso.

Pero es interesante en este punto poder consignar que Josefo habla de un rasgo característico del Soberano que está confirmado por el Evangelio. Flavio Josefo dice que Herodes no sólo tenía sus espías en todas partes, sino que él mismo en persona ejercitó el

espionaje. En este pasaje aparece implicado en una empresa de esta especie. Él mismo se encarga de lo que era negocio de espías y hace de sus huéspedes espías subalternos. De la actividad de Herodes en el espionaje nos hablan también los antiguos documentos judíos.

Cuéntase, por ejemplo, que hizo poner al Rabbi Baba una corona de piel de erizo, dejándolo así ciego. Después se acercó al infeliz y procuró sonsacarle, sin darse a conocer, una declaración de su odio contra el rey, diciéndole: "No hay nadie aquí que pueda ir a contárselo al rey. Solos estamos aquí tú y yo." Toda esta escena nos recuerda el misterio que Herodes empleó con los Magos.

La adoración del Niño por los Magos

Los Magos, luego que oyeron esto del rey, se fueron; y he aquí que la estrella que habían visto en Oriente iba delante de ellos, hasta que llegando se detuvo sobre el sitio donde estaba el Niño. (Mat., II, 9-12.)

Los Magos dirigiéronse después hacia el Sur; hasta ahora habían ido siempre de Este a Oeste. En el camino entre Jerusalén y Belén apareció de nuevo la estrella que habían visto en Oriente. Como ya hemos dicho antes, existe un punto entre Jerusalén y Belén donde desaparece Jerusalén y aparece Belén. Aquí fué, sin duda, donde los Magos volvieron a ver la estrella.

La estrella iba delante de ellos, hasta que llegó adonde estaba el Niño, y allí se paró. Se nos habla aquí de un movimiento de la estrella de Norte a Sur y de cómo se fijó en el cielo. Este desplazamiento de la estrella hay que entenderlo del movimiento probable en un trecho de dos horas de camino.

Los Magos entraron después en la "casa" donde estaba la Madre con el Niño. La palabra "casa" tal vez sugiera que María y José fueron recibidos en alguna casa después del nacimiento; por lo menos después que salió de Belén la Comisión del censo. Pero es posible que sea tan sólo una expresión común para indicar "habitación". Un palestino llamará casa, aun hoy día, aunque sea a una cueva. Si se le pone en la disyuntiva de vivir solo en una cueva o compartir con otra familia una casa estrecha, preferirá la cueva en la roca, porque las casas de la gente sencilla sólo tienen un cuarto.

Los Magos se presentaron para rendir homenaje al rey, acto que en Oriente no se concibe sin los dones correspondientes.

Era ya entonces costumbre que los señores se enviaran recíprocamente como dones los más preciosos productos de su país. Herodes mismo había sido un aficionado a soldados mercenarios y animales venidos de países lejanos. Los Magos tomaron consigo, sin duda, los más preciosos productos de su patria y trajeron oro, incienso y mirra.

Estos dones son una prueba de que los Magos venían del Oriente propiamente tal, de la Arabia central o meridional. Allí estaba el antiguo país del oro; de allí traían las caravanas incienso y preciosas resinas. La mirra se pulverizaba y la usaban como ungüento. Incienso y mirra hállanse también en los inventarios de templos egipcios junto con el oro, como regalo “de piadosos donantes”.

Los ingenuos Magos alegrábanse sin duda de poder contar a Herodes cosas del Niño y relatarle la nueva aparición de la estrella. Pero se les ordenó que no “volvieran” a Herodes. La palabra griega significa en toda propiedad hacer un viraje en el camino emprendido, y aquí esa acepción está muy en su punto. Si los Magos hubiesen vuelto otra vez a Herodes hubieran tenido que torcer primero al Norte y después dirigirse al Este. Desde Belén verían sobre el Mar Muerto, que yacía en lo hondo, en primer término, la meseta de la región este del Jordán, que después se extiende lentamente hasta el infinito desierto. Pudieron, pues, bajar luego desde Belén a las barrancas y de allí tomar alguno de los caminos a lo largo del Jordán.

La huída a Egipto

del Jordán, el país "de refugio". Pero aun ahora, en los tiempos del registro de pasaportes, hay bastantes parajes aislados por donde se puede pasar sin ser visto. El camino de Belén a Egipto se puede recorrer bien en cabalgadura, y hay de cuatro a cinco días de viaje por la región del desierto. El ejército de Pompeyo lo recorrió en tres días. El cuadro tantas veces reproducido de la "huída a Egipto", que presenta a la Madre con el Niño en un asno, sin duda responde a la realidad. Un grupo así puede uno encontrárselo aún en nuestros días; una sencilla mujer con vestidos blancos, inclinada sobre un niño que lleva en brazos y lo aprieta contra su seno. El esposo va al lado como guía y de cuando en cuando fija en su esposa la mirada.

José salió de Belén siendo aún noche obscura; tomó un camino hacia el Oeste y bajó a la llanura de la ribera. Lo más natural era que la gente se fuera reuniendo a lo largo del desierto en caravanas con sus camellos y asnos. Una vez pasado el "arroyo de Egipto", o el ancho lecho del río que servía de frontera, aunque casi nunca llevaba agua, estaban ya puestos a salvo.

Después irían ladeando el desierto, en el que los hombres desaparecen, por decirlo así, sin dejar huella.

Muerte de los inocentes

Entonces advirtió Herodes que había sido engañado por los Magos, y dominado por la cólera, mandó matar a todos los niños de Belén y en toda su comarca, de dos años para abajo. (Mat., II, 16-18.)

Como ya hemos dicho, es de importancia para entender lo que ocurrió después de la partida de los Magos, tener presente que desde Jerusalén a Belén no hay más que dos horas a pie, y que el palacio de Herodes en Jerusalén estaba junto a la puerta que mira a Belén.

El rey debió de aguardar algún tiempo la vuelta de los Magos. Vino luego un momento en que surgió en Herodes un miedo que le desasosegó: miedo que en cierto modo provenía, como el júbilo de los pastores, de la creencia en el Mesías. Sólo que en Herodes era esta fe la creencia de un corazón depravado.

VISTA DE BELÉN DESDE LA IGLESIA DEL NACIMIENTO EN LA PENDIENTE OPUESTA

Una escarpada montaña de Palestina. Vista tomada en agosto, en la estación de la sequía. La tierra laborable está pulverizada, brilla casi tan intensamente como el polvo ofuscador de los gastados caminos. Los árboles resaltan por su color negro. Dentro de los campos hay higueras, albaricoqueros y granados. También se encuentran juntas viñas e higueras. En el verano de 1929, por agosto, casi habían ya perdido sus hojas las higueras. En el primer plano se ve la gruta-habitación de la fotografía de la página 33 (parte inferior), con sus alrededores. Delante, un campo con higueras. A la derecha, otra gruta. Arriba, más lejos, una cueva habitada que no se reconoce al exterior más que por la entrada. A la derecha empieza ya la región no cultivada. Señal de eso son los olivos, que no toleran junto a sí ni las plantas que suelen crecer al pie de otros árboles. La fotografía es instructiva, especialmente porque esta pendiente, situada muy cerca de la ciudad, debió de estar en tiempo de Cristo poco más o menos como ahora.



Probablemente Herodes se enteró por medio de espías de que los Magos habían partido de Belén. Así comprobó también que en realidad habían encontrado allí a un Niño y que le habían honrado con sus dones. ¡Esta vez él mismo había sido el inocente!

El rey se enfureció. Quiso ganar el tiempo perdido. De su palacio podía salir para Belén un pelotón de soldados sin llamar la atención en la ciudad. Haciendo matar a todos los niños, desaparecería también el que le ponía a él en peligro. Esta vez quiso asegurar bien el golpe; por eso mandó matar a todos los niños de menos de dos años de edad.

Los soldados partieron y llegaron a Belén. Las escenas que allí se desarrollaron, las pinta el Evangelista aludiendo a unas palabras de la Escritura, breves, pero de gran efecto: "Entonces fué cuando se cumplió lo que había dicho Jeremías.

"Voz fué oída en Ramá,
llanto y alarido grande:
Raquel que llora a sus hijos
y no quiso ser consolada, porque no existen ya."

Nuestra manera de interpretar esta matanza de los inocentes, suele aplicar los conceptos cristianos a un tiempo que no los conocía aún. Matar a un niño era entonces un crimen menor que matar a un adulto. Más aún: el padre tenía, según la concepción pagana, el derecho a quitar la vida al hijo.

Pero lo que es igual en todos los tiempos es la resistencia de la madre cuando quieren arrebatarle al hijo más pequeño, porque éste es siempre para las madres, en cierto modo, el más querido. Sobre este dolor de madre hace converger la atención el Evangelista. El Profeta se representa saliendo del sepulcro a Raquel, en cierto sentido madre de Benjamín y Judá, a tiempo que su descendencia era llevada a la cautividad, y la hace lamentarse sobre el país. Esta profecía se cumplía ahora con un nuevo sentido cuando los esbirros de Herodes arrebatában sus hijos a las madres de Belén y los degollaban.

Turbulencias a la muerte de Herodes el Grande

Todo el país vivía en los últimos años de Herodes en una especie de estado de guerra. Las fortificaciones no eran sólo baluartes contra los enemigos de la región, sino que servían igualmente para oprimir y amedrentar al pueblo. El que era conducido como prisionero a Hircania desaparecía para siempre, como Juan en la fortaleza de Maqueronte. Estaban prohibidas las reuniones y aun el ir en grupos.

Herodes podía atreverse a esos abusos porque había sabido conservar hasta los últimos años de su vida el favor del Emperador Augusto con sus viajes a la corte imperial. En sólo el año 30 va primero en busca del Emperador a la isla de Rodas; luego le recibe en tierra palestina en Ptolemaida, y le acompaña hasta Egipto. Hacia el año 20, cuando Augusto viene a Siria, vuelve a visitarle. Por el año 18 va a Roma a llevarse a sus dos hijos, Alejandro y Aristóbulo, que se habían educado allí, en la casa de Asinio Polión, junto a la corte imperial. El año 12 va en busca de Augusto a Aquileya para entablar proceso contra esos mismos hijos Alejandro y Aristóbulo. Como Menenio Agripa era valido de Augusto, Herodes hace esfuerzos por hacerse también amigo de Agripa. Entre los dos se llega a un cambio frecuente de visitas recíprocas.

Herodes se había casado nada menos que diez veces. Baste recordar aquí sólo aquellas mujeres e hijos que desempeñaron algún papel en el drama que se fué complicando en los últimos años de su vida. La primera mujer fué Doris, desterrada después junto con su hijo Antípatro, quienes por mucho tiempo sólo podían presentarse en Jerusalén en las grandes fiestas. La segunda fué Mariamme, nieta de Hircán, que fué la más apasionadamente amada y precisamente a ésa la mandó matar por celos. De los tres hijos de Mariamme, uno murió en Roma; los otros dos, Alejandro y Aristóbulo, habían de ser más tarde los vengadores de la muerte de su madre. De Malthaque, samaritana, tuvo Herodes los dos hijos Arquelao y Antipas; de Cleopatra, de Jerusalén, tuvo a Filipo. Alejandro y Aristóbulo fueron mucho tiempo los favoritos del soberano. Los hizo educar en Roma, como hemos dicho, y al volver a su corte les

Berenice, sobrina de Herodes. Salomé, madre de esta Berenice, cuyo esposo había sido también víctima de Herodes, no cesó de exacerbar contra éste a los hijos de Mariamme, ni aun después de casados. Para tener a los príncipes en jaque, llamó Herodes al desterrado Antípatro. Éste obtuvo que Herodes entablara querella ante el Emperador contra los hijos que habían sido en otro tiempo sus preferidos. Augusto logró una conciliación, pero dos años después venían otra vez los dos a juicio, y luego fueron ahorcados en Samaria, donde había sido asesinada también su madre. Esto sucedió probablemente el año 7 a. de C.

Antípatro sentíase vencedor. Herodes le había nombrado en su testamento sucesor del trono. Pero el recelo y desconfianza del hombre que ya envejecía se volvía ahora contra el nuevo favorito. Antípatro procuró orillar una desavenencia pública, y se fué a Roma. En su ausencia Herodes logró tener pruebas evidentes de que Antípatro había conspirado contra él. Con toda suerte de halagüenos engaños, logró que volviera a la corte. El hijo no podía sospechar en modo alguno que Herodes estuviera enterado de todo. Apenas entrado en el palacio real fué hecho prisionero. La forma como Herodes atrajo al palacio a su propio hijo con bellas promesas tiene cierto parecido con el proceder empleado con los Magos en el nacimiento de Cristo. Los sucesos coinciden también cronológicamente con poca diferencia.

Cuando se supo que el rey estaba enfermo y que ya no se respondería, se amotinó el pueblo al frente de dos rabinos, Judas y Matías, y quitaron el águila de oro de la entrada del templo edificado por Herodes. Pero el enfermo no estaba aún muerto. Hizo prender a los caudillos y quemarlos vivos. Su última acción fué condenar a muerte a su propio hijo Antípatro. Cambió otra vez su testamento en Jericó al volver de los baños de Calíroe.

Cinco días después de la ejecución de Antípatro murió él también. Su cadáver fué llevado, con una pompa fúnebre inaudita, a la fortaleza Herodium, al sur de Belén, y allí fué sepultado.

El pueblo estaba aún excitado por la ejecución de Judas y Matías. En una manifestación turbulenta exigió a Arquelao, nombrado sucesor en Judea, el castigo de los que habían aconsejado a Herodes la muerte de los caudillos del levantamiento. La fiesta de la Pascua estaba ya muy próxima y Arquelao procuró solucionar el tranque por las buenas. Como eso no bastó, hizo avanzar a los solda-

dos contra las multitudes de la plaza del templo para conseguir la paz antes de la llegada de los peregrinos. Algunos de los alborotadores fueron apedreados; los demás emprendieron la fuga. Arquelao procedió inexorablemente y ahogó el levantamiento con copioso derramamiento de sangre.

Cuando Arquelao fué luego a Roma para hacerse confirmar como rey, en conformidad con el último testamento, se dirigió allí también su hermano Antipas para hacer valer sus pretensiones al trono real como heredero en virtud del penúltimo testamento. Pero fueron detrás de él muchos de sus parientes para protestar contra su nombramiento, pues preferían, según decían, que un gobernador romano tomara el régimen.

Entretanto hubo en Palestina otros motines. El Emperador había enviado a Palestina un procurador propio, llamado Sabino. Como éste oprimía al pueblo por todos los modos posibles, llegóse a un levantamiento con ocasión de la fiesta de Pentecostés. El pueblo se levantó en toda Judea y en la región Este del Jordán. Varo, legado de Siria, avanzaba. Sabino huyó; dos mil levantiscos fueron crucificados.

Por fin Augusto, bajo la impresión de las noticias de Palestina, resolvió dividir la herencia del padre entre los hijos. Arquelao obtuvo Judea; Herodes Antipas, Galilea; Filipo, Iturea y Traconítide. Por este tiempo, más o menos, es de creer que volvió de Egipto José con el Niño Jesús. Huelga decir que en todos los patios de las posadas se hablaría de estos últimos acontecimientos.

La vuelta a la patria

Y habiendo muerto Herodes, el ángel aparece en sueños a José en Egipto y le dijo: "Levántate, toma al Niño y a su Madre y vete a tierra de Israel; porque han muerto los que querían matar al Niño." (Mat., II, 19-22.)

La Escritura no refiere cuánto tiempo estuvo José en Egipto, ni dónde habitó la familia. Tampoco se sabe si María y José se asociaron a una de las numerosas colonias de judíos o si permanecieron aislados.

Sin embargo, por el contexto parece que José, antes de la nueva

del ángel, no supo nada de la muerte de Herodes ni de la división del reino. Esto supone que la Sagrada Familia vivió en Egipto en un lugar pequeño o por lo menos muy retirado, pues los judíos egipcios estaban en relación continua con su patria.

José y María permanecieron pacientemente en el destierro hasta que se le apareció el ángel a José y le mandó volver a su patria. ¡Cuán extraño debió de parecerles aquel país donde, en canales de agua rojo-pardusca, navegaban los grandes barcos veleros y donde las ruedas de madera de las norias gemían y rechinaban noche y día! Aún debieron de sentir más la añoranza de la patria al ver los templos de los ídolos y las procesiones y sacrificios en honor de dioses y estatuas de animales y al enterarse de los mil complicados ritos con que procuraban hacerse propicias las divinidades.

Por fin llegó la hora del regreso. El ángel intimó a José: "Toma al Niño y a su Madre y vete a tierra de Israel, porque han muerto los que querían matar al Niño."

José, María y el Niño atraviesan por segunda vez el desierto. Por el camino, al menos al llegar a Palestina, enteráronse de la división del país hecha entre los hijos de Herodes. Arquelao, el nuevo señor de la región de Jerusalén y Belén, era tenido como heredero de su padre, aun en la crueldad.

José había tenido en un principio la intención de volver a Belén. Tal vez tenía esperanza de hallar, en la cercanía de Jerusalén, condiciones favorables para su oficio. Aun hoy día son buscados preferentemente los belemitas como trabajadores eventuales para las construcciones. Tal vez tenía José la creencia de que Jesús, hijo de David, debía crecer en Belén, la ciudad de David. Cuanto mejor se iba enterando José de los sucesos de Judea, menos claro veía dónde había de establecerse. Durante la noche recibió la orden de volver a Nazaret.

Y así, un día volvió José, el carpintero, a Nazaret con su esposa María. Desde su partida habían transcurrido bastantes años. Nadie pensaba ya en enterarse del modo cómo se hubiera realizado el nacimiento del Niño.

No hay que olvidar que nuestros sentimientos patrióticos no coinciden enteramente con los de los orientales. Mientras en los países occidentales sólo se siente uno en casa estando en su patria, para los orientales un cambio de localidad no significa nada, con tal de que sigan siendo las mismas las condiciones de vida.

Aun hoy se pueden hallar en los vapores del Mediterráneo gentes que cambian de patria con la mayor naturalidad entre el Sudán, Sicilia y Palestina. Cuando José volvió de Egipto con María debió de ser, ciertamente, un acontecimiento para los viejos vecinos de Nazaret su retorno, pero no tuvo el hecho nada de "sensacional".

La vida en Nazaret

Y José al volver vino a morar en una ciudad que se llama Nazaret. (Mat., II, 23.)

Poco tiempo después del regreso, ya habían olvidado las gentes de Nazaret que José había estado algún tiempo fuera. Le llamaban simplemente "José, el carpintero"; también en los documentos egipcios se usan los oficios para distinguir a los hombres del mismo nombre. Allí se dice, por ejemplo, de uno "Kannis, el carpintero".

Naturalmente que no debemos representarnos en José un carpintero en el sentido específico de las distinciones modernas de los oficios, y así no hay dificultad en llamarle carpintero o albañil. Como instrumentos manuales del carpintero se citan en la Biblia el hacha y la sierra, el martillo, el cepillo, la plumada y el compás. Los trabajos de estos carpinteros abarcaban todo lo que se podía hacer de madera en un país tan pobre en bosques como Palestina; por eso se contaban entre las herramientas las que hoy usa el constructor de carros. Uno de los trabajos principales sería la preparación de las grandes vigas que soportan los techos y la de los palos y estacas menores que en forma de empalizadas sostenían en los carros la paja cuando era transportada. También trabajaría José en la construcción de puertas y llaves de madera. Las puertas se contaban entonces también entre los "muebles" de casa. En los contratos egipcios de alquiler que aún se conservan dícese expresamente que el inquilino, al dejar la casa, "ha de dejar también las puertas y llaves". Otra vez se habla de una "puerta robada".

María, la Madre de Jesús, tendría que hacer los trabajos de una madre de familia pobre más bien que modesta. Como las mujeres de hoy, se levantaría ya al canto del gallo para moler el trigo del pan de aquel día en el molino de mano. Iría a la única fuente de Nazaret

a buscar agua en grandes cántaros, y también enviaría a la fuente al Niño Jesús con vasijas menores y además hilaría y tejería la ropa que necesitaran en la familia.

En este hogar de Nazaret creció el Niño Jesús. Para nuestros tiempos este silencioso artesano, en una pequeña aldea, es de una importancia especial. Su trabajo no tenía en sí nada de ese grito descompasado de mercantilismo: "Trabajar y no desesperar"; pero aún tenía menos de ese espíritu moderno que considera al obrero como "esclavo" y le hace a él mismo sentirse como tal. Era una vida de mucho trabajo; pero sin pensar en ello demasiado, porque se pensaba más en Dios que en el trabajo.

Jesús a los doce años en el templo

Los padres de Jesús iban todos los años a Jerusalén en el día solemne de la Pascua. Y cuando tenía doce años subieron a Jerusalén, según la costumbre del día de la fiesta. Acabados aquellos días, cuando se volvían, se quedó el Niño Jesús en Jerusalén, sin que lo advirtiesen. (Lucas, II, 41-50.)

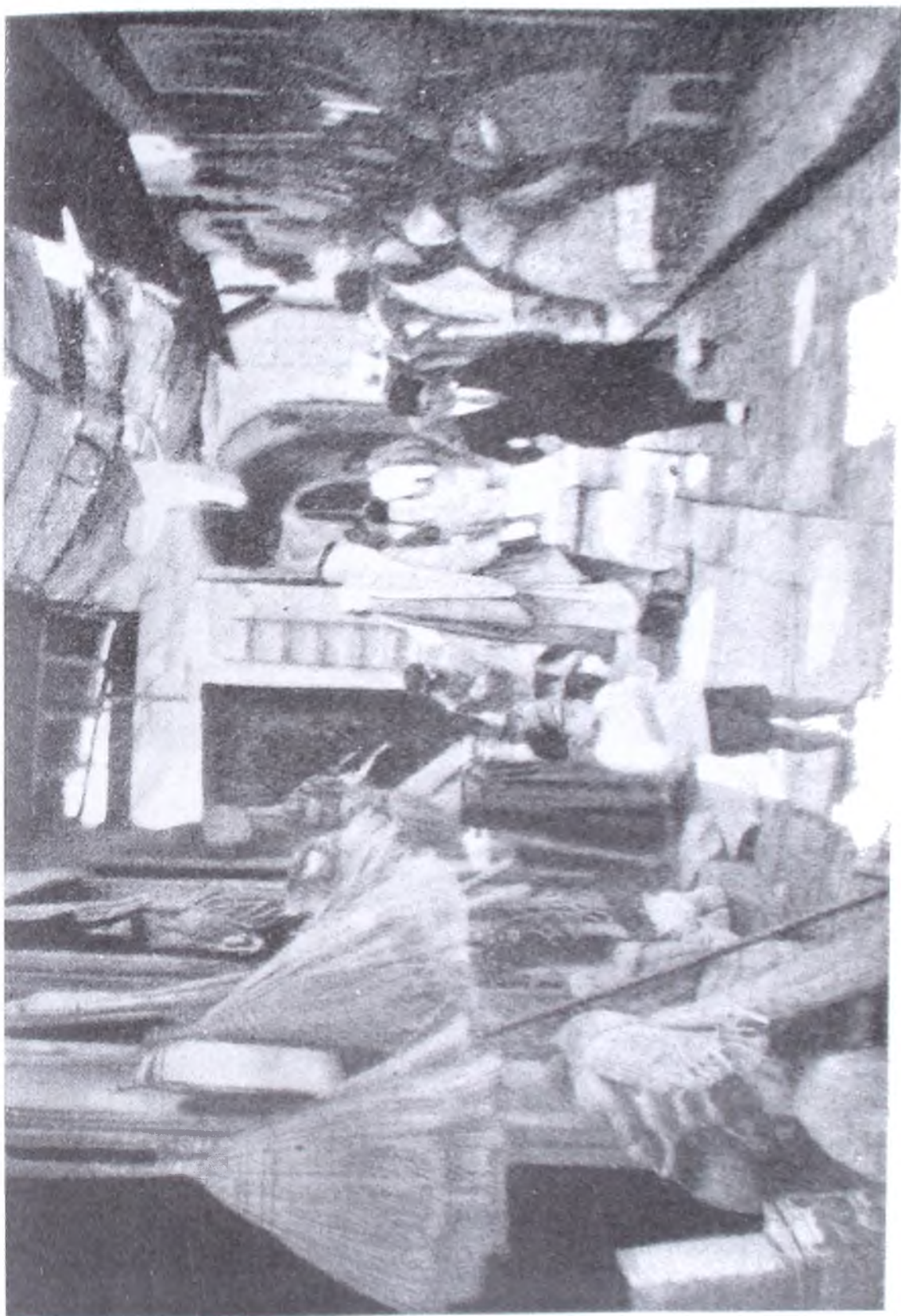
Entretanto Jesús iba creciendo; el niño se hizo adolescente. Y cuanto más consciente se iba mostrando y más se iba desarrollando su cuerpo, tanto más se iba manifestando en Él su vida divina.

Como todos los niños, tendría al principio esos movimientos y gestos que son comunes a todos y que, como vacilantes tentativas de algo personal, cambian en todos de día en día; pero después, poco a poco iría adquiriendo otros inimitables, propios y exclusivos del joven Jesús. La Madre observaba mejor que nadie aquel misterioso cambio y conocía aquella maravillosa manifestación al exterior del interior de Jesús.

Y la maravilla entre esas maravillas viene más tarde, cuando, a medida que la conducta exterior es más personal, se hacen también más apreciables, sobre todo en los niños, ciertas disposiciones e inclinaciones intelectuales y morales que aparecen como una nueva y repentina creación. Un joven que nunca ha visto esculpir, toma un leño en la mano y comienza a darle una forma; el otro no ha oído música con más frecuencia que los demás, ni tiene a su disposición más instrumentos que ellos, y, sin embargo, de repente, se

CALLE DEL NAZARET ANTIGUO

Prescindiendo de los trajes, la fotografía ofrece un cuadro de la vida y tráfico en las estrechas calles de las ciudades israelíticas en tiempo de Jesús. Los artículos de comercio están expuestos delante de la casa. Unos toldos defienden de los ardores del sol. Por esas calles fué Jesús de niño a la sinagoga y a la fuente, y después las recorrió siendo artesano. ¡Qué confusión hubo sin duda cuando sus conciudadanos echaron de la sinagoga al “hijo del carpintero” y lo llevaron a empellones!



despierta en él la pasión por la música; otro pasa las noches al raso para poder contemplar el curso de las estrellas del cielo, y llega a ser un astrónomo célebre.

En el momento en que este algo interior se despierta, se abre el hombre a destinos propios en los que otros no pueden seguirle. La hora en que esto sucede es para todos los que aman al joven, especialmente para su madre, una hora de amarguísima pena, pues el niño comienza a independizarse. También la Madre de Jesús debió de advertir que su Hijo estaba ya tan lejos de ella que bien podría seguirle, pero ya nunca más alcanzarle.

Esta misteriosa manifestación de su ser interior se realizó cuando Jesús, a la edad de doce años, subió al templo de Jerusalén. Desde el primer momento de su existencia conoció, por el divino conocimiento que tenía de sí mismo, de dónde venía y para qué le había enviado el Padre al mundo. Sin embargo, su desarrollo humano se acomodó a las leyes de la Naturaleza y conforme a ellas se realizó ese desarrollo en su plenitud cuando su naturaleza divina podía influir con más fuerza en su manera de ser humana.

A los doce años el joven israelita era tenido como adulto y había de responder por sí ante la ley. Desde esa edad estaba obligado a las grandes peregrinaciones a Jerusalén. Por Pascua, por Pentecostés y en la fiesta de los Tabernáculos debía presentarse en el templo. La ida a Jerusalén requería tres o cuatro días de camino, pues había que recorrer el largo trecho de unos 140 kilómetros. María, aunque no estaba obligada a ello, subió a Jerusalén con José y Jesús.

Cuando Jesús entró en la casa de su Padre quedó hondamente impresionado en lo íntimo de su alma. Todos los sacrificios que allí se ofrecían, todas las ceremonias que los acompañaban, todas las fiestas en el transcurso del año, sobre todo el sacrificio del cordero pascual, en el cual Él tomó parte en la fiesta de Pascua, le impresionaron como voces que su Padre le dirigía a Él. Entonces llameó la divina voluntad en su alma como un incendio y le sustrajo a todo lo de este mundo, aun a su misma Madre. Él debía estar a solas con su Padre; entonces tuvo mayor conocimiento, como hombre, del futuro lema de su vida: "Yo he venido para hacer la voluntad de mi Padre."

Entretanto acercábase la hora del regreso. Las costumbres observadas en los viajes en el tiempo de Jesús las han conservado

las caravanas aun en la vida actual. Juntanse todos en grupos, parten al mismo tiempo y se fija de antemano el lugar del descanso y las posadas para la noche. Es natural que la gente vaya más estrechamente unida en las regiones poco seguras. Por lo demás, cada uno es dueño de sí mismo. Ordinariamente el primer día de viaje no se hace más que una especie de ensayo corto y al día siguiente no se reanuda el camino sino cuando ha pasado lo más fuerte del calor.

No creemos apartarnos de la realidad representándonos los acontecimientos después de la fiesta de Pascua de este modo: La mañana del último día de Pascua van María y José con Jesús al templo para asistir otra vez al culto divino. Los peregrinos de Nazaret convienen entre sí en la hora de la partida, en el punto de reunión y dónde quieren pasar la primera noche. Jesús, que como "hijo de la ley" es ya un adulto, tiene completa libertad; por eso los padres no se preocupan de él cuando al salir del templo no se halla a su lado.

La partida de las caravanas de peregrinos mahometanos para la fiesta de Nebi-Musa, celebrada en el santuario de Moisés, en el desierto de Judá, sugiere al que la contempla una idea fiel de la vida y agitación que reinaría en Jerusalén al final de los días festivos. Contemplando desde la puerta oriental del muro del templo la calle que mira a Betania se la ve rebosante de peregrinos. Allí se canta, se toca la flauta, suenan los sordos y chillones instrumentos de percusión; todos se entregan a una excitación infantil. Así, en aquellos días después de las grandes fiestas desembocaban por todas las puertas de Jerusalén interminables cadenas de grupos de peregrinos hacia los diversos distritos de la región. En una de estas comitivas volvían también a su aldea María y José.

Al encontrarse los peregrinos por la tarde en la plaza del lugar de parada notaron que Jesús no estaba en la caravana. María y José hubieron de separarse de los demás y volver por el mismo camino por donde habían venido. En todos los grupos de peregrinos que encontraban antes de llegar al fin de la jornada buscaban al niño perdido y preguntaban por él. De ese modo llegaron otra vez a Jerusalén.

¡Qué temor se debió de apoderar de ellos al entrar por la puerta en las callejuelas rebosantes de gente! ¿Quién era capaz de hallar allí a un niño?

Tres días después, según nuestro modo de hablar al tercer día,

hallaron a Jesús en el templo. En los peristilos del templo se sentaban los doctores en banquillos bajos y los que querían escuchar sus enseñanzas se ponían alrededor a sus pies. Discípulos y maestros estaban, pues, juntos y al mismo tiempo separados; pero, sobre todo, los maestros eran los que estaban ordinariamente separados unos de otros. Cada cual tenía su puesto para enseñar. María y José dieron con un grupo, compuesto todo de doctores de la ley, todos, pues, ya ancianos, y en medio de ellos estaba Jesús, joven de doce años. Escuchaba sus explicaciones y les hacía por su parte preguntas; se presentó, pues, ante ellos como un igual.

¿Cómo vino a caer en medio de aquella reunión? Aun hoy día se conciben muy bien casos de éstos, dada la manera de enseñar de los orientales. Un oyente, tal vez joven, propone al doctor una cuestión; éste contesta. El joven hace otra pregunta; el maestro ya no le pierde de vista. Siguen nuevas preguntas. Sin saber cómo, lleva el doctor la conversación a un punto determinado para examinar al oyente. Desde entonces tiene ya un discípulo. Traban un diálogo, el maestro se persuade de que tiene ante sí alguien que será un día una celebridad. No puede mantener oculto su hallazgo; otros maestros tienen que comprobar que ha descubierto un talento.

Las preguntas de los discípulos constituyen una parte esencial de la enseñanza en Oriente; cosa que dice muy bien con la vivacidad oriental. El rabí Chanina dice: "Yo he aprendido mucho de mis maestros; de mis compañeros más aún que de mis maestros; pero, sobre todo, he aprendido de mis discípulos." También se habla de preguntas y respuestas en el proverbio que dice: "El que visita a un maestro y le pregunta y responde, saca algo; el que se sienta y calla no saca nada." En la autobiografía de Flavio Josefo hallamos un pasaje curioso paralelo a esta escena. Afirma con cierta presunción que a la edad de catorce años estaba tan versado en la ley, que los sumos pontífices y los del Consejo de Jerusalén le buscaban "para que les diera explicaciones exactas sobre la ley".

Al ver María y José a Jesús entre los doctores "no supieron lo que les pasaba"; así hay que traducir la expresión algo fuerte del Evangelio. El texto griego resulta frecuentemente atenuado porque la atención, más bien que a María y José, se dirige a los maestros. Hay que ponerse con todo en su situación, y entonces se ve todo el sentido de esa expresión.

Habían buscado a Jesús con temor y zozobra. El pensamiento de que entretanto estaría Jesús consumiéndose de añoranza por ellos les haría el dolor aún más amargo. Cuando por fin le encontraron, viéronle en un estado de alma tal que no pudieron menos de quedar en los primeros momentos amargamente desengañados, y debieron decirse: “¡No nos ha echado de menos!” De los labios de María desbordóse en seguida aquel grito doloroso: “Hijo, ¿por qué lo has hecho así con nosotros? Mira, tu padre y yo, angustiados, te buscábamos.” Así se queja la Madre en el momento en que ve al Hijo tan amado como distanciado interiormente de Ella. Hasta que llegó esta hora no habló a su Hijo de su propia pena. La respuesta del Hijo causó a la Madre nuevos pesares, pues reveló que ese encuentro con sus padres no había conmovido su alma, lo cual les dejó como desconcertados. En esa respuesta brilla algo de aquella serenidad y calma mayestáticas que no se podía esperar más que en Jesús al volverse a encontrar con sus padres: “¿Por qué me buscabais? ¿No sabíais que me conviene estar en las cosas de mi Padre?”

Estas palabras, precisamente las primeras que nos refieren de Cristo los Evangelistas, son las más extrañas que Jesús dijo en su vida. Si no suelen sorprender tanto, es porque no se considera bien la ocasión en que se profirieron, interpretándolas más bien en función de la idea que se tiene de Jesús por los relatos posteriores.

El respeto a los padres es una de las características esenciales en un oriental bien educado. Aún no han perdido ni los hijos mayores la costumbre de levantarse cuando el padre entra en casa, y no se sientan hasta que él se lo indica. Delante de Jesús están su padre putativo y su Madre. ¡Oh, cómo se hubieran llenado de regocijo si se les hubiera adelantado echándose en sus brazos! Pero Él continúa sentado y tranquilo. Es que está lejos de ellos. Profiere palabras que les son ininteligibles. En presencia de un hombre a quien la Madre llama padre de Jesús, hace Jesús alusión a otro Padre. “¿Por qué me buscabais? ¿No sabíais que debo ocuparme en las cosas que son de mi Padre?”

El Evangelista añade luego: “Ellos no entendieron la palabra, que les habló. Pero María guardaba todas estas cosas en su corazón.” Entonces “no entendió María aún”; veía lo que velan los demás: Jesús estaba sentado entre los doctores como si nada

hubiera acontecido. La Madre oía lo que todos oían: Jesús habla aquí de un Padre cuya voluntad valía tanto a sus ojos que aún el dolor de María y de José le era a él, en apariencia al menos, indiferente.

María no comprendió lo que su Hijo había sufrido con esta separación, sino más tarde, cuando se reveló a sus ojos interiores la vida entera de Jesús. Jesús se había ofrecido a su Padre celestial con todo el amor al sacrificio de que era capaz su corazón. Con la impaciencia de un joven que no quiere esperar más, resuélvese a pasar tres días separado de sus padres. Una sombra se proyectó sobre Él al dar principio a su vida como “hijo de la ley”, sombra que cubrió también a la Madre; esa sombra fué como una fianza, que adelantaba ya el Padre, del desenlace de la vida de su Hijo y de su reposo de tres días en el sepulcro.

La “teoría de la evolución” ha querido también establecer una evolución en la conciencia de Jesús, como hijo de Dios. Pero si se trata de la conciencia que Jesús tenía de sí mismo y no de su desarrollo experimental de las verdades teológicas con esa conciencia relacionadas, no existe ni la menor huella de evolución, desde las primeras palabras que salieron de su boca: “¿No sabíais que me conviene estar en las cosas que son de mi Padre?” hasta la última exclamación del taumaturgo condenado en cruz: “Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu”.

Jesús obrero en Nazaret

Después bajó Jesús con ellos a Nazaret y estaba sujeto a ellos. Y su Madre guardaba todas estas cosas en su corazón. Y Jesús crecía en sabiduría, en edad y en gracia delante de Dios y de los hombres. (Luc., II, 51-52.)

La manifestación en el templo había sido algo transitorio. Jesús no se quedó en Jerusalén, donde más de un doctor de la ley le hubiera admitido de buen grado como discípulo. Regresó a la ciudad de Nazaret, en la apartada Galilea, y volvió a estar sujeto a sus padres como antes de esta escena misteriosa. Una vez que Jesús había ido ya en peregrinación a Jerusalén entre las muchedumbres de los mayores de edad, fué considerado en su casa también como adulto, según prescribía la ley. También en los pueblos

del Norte el joven era tenido en otros tiempos como miembro del pueblo al recibir solemnemente la espada a los doce años.

La expresión que se emplea después al hablar de Jesús como del “hijo del carpintero” indica que ejerció el mismo oficio que su padre putativo. El oficio pasó, pues, del padre al Hijo. Así es en nuestros días y lo fué en tiempos antiguos, como se comprueba con documentos egipcios. El oficio de carpintero era en Jesús un hecho más que le hacía aparecer exteriormente a los ojos de sus vecinos como un hombre como los demás.

En estos tiempos en que más se aprecia el fruto del trabajo que al trabajador mismo tiene que producir efectos saludables el pensar en el Hijo de Dios hecho obrero. Después de muerto José, su padre putativo, Jesús, como dueño del oficio, haría lo que le encargaran los vecinos de su aldea. Con frecuencia esos artesanos poseían en propiedad o tomadas a renta parcelas de tierra situadas en la cercanía de los pueblos. Así, por ejemplo, en un documento egipcio se habla de un tal Pavetis que ejercía, como Jesús, el oficio de carpintero y tomó en arriendo un campo. Las condiciones actuales de la vida de Palestina confirman esta hipótesis. De este género de vida derivan las parábolas que más tarde propuso Jesús. Por alguna razón habla él tantas veces de edificar, y habla de puertas y piedras angulares, y de fundamentos, de yugos y arados, de siembras y siegas. Él mismo ayudó tal vez en la construcción de las casas, hizo yugos y arados y tal vez también sembró y segó.

Trasladándose a la vida real de una aldea oriental, no puede uno substraerse a la idea de que Jesús, a pesar de ser un hombre de una bondad sin límites, no tenía en toda la aldea ningún verdadero amigo. Todos debieron de presentir, con aquel fino sentido propio de las clases sencillas, que aquel Jesús, el hijo del carpintero José, era interiormente algo que no eran ellos. Podían tal vez sentirse atraídos hacia Él, pero nadie podía llegar a imaginarse que él fuera para Jesús imprescindible. Y sin embargo, ese es precisamente muchas veces el más íntimo anhelo de la gente sencilla: llegar a ser imprescindible para alguno.

José murió sin duda antes de que Jesús dejara Nazaret. Pero María, después de lo acontecido en el templo, ya no se sentía segura, temiendo que aquella vida que llevaba Jesús se pudiera acabar un día de improviso.

Aquí, en Galilea, transcurren los años relativamente tranquilos.

Herodes Antipas, hijo de Herodes el Grande, se procuró una vida más cómoda que la de su padre. En cambio, en Judea había regido entretanto Arquelao, hijo también de Herodes el Grande, con suma astucia y crueldad, hasta que fué depuesto por los romanos, a petición de los judíos. A pesar de esto, no terminaron las desgracias. Los romanos declararon al país, con la capital Jerusalén, provincia romana. Con esta ocasión se realizó, hacia el año 6 de J. C., un nuevo censo. El levantamiento a que dió ocasión este censo fué sofocado con crueldad inexorable. Ya por el tiempo en que Jesús fué a Jerusalén, a los doce años, tenía el mando del país un gobernador romano. Pero de seguro que también en Nazaret se oiría hablar de los sucesos del Sur. Y cada vez que María iba con Jesús a Jerusalén para alguna fiesta temería que se repitiera aquella terrible pérdida de Jesús, con una pérdida aún más penosa, es decir, quedándose allí Jesús para siempre.

NINO DE UNOS DOCE AÑOS DE EDAD

Este niño va por agua a la fuente; va con los pies desnudos por un suelo abrasador. La túnica de lino, ceñida; en la cabeza, un gorro de lana, pues es peligroso exponerse al sol con la cabeza descubierta. Los hombres se ponen, sobre el gorro de lana, la *keffije* o turbante sujeto por un doble cerco de cordones de lana. (Véase el hombre de la fotografía anterior, a la izquierda.) Si hubiéramos visto a Jesús a la edad de doce años, tal vez nos hubiera producido una impresión semejante a la que nos produce este niño. A ambos lados del polvoriento camino, paredes sin argamasa. Jesús, en sus viajes por Palestina, fué muchas veces por sendas como ésta. El suelo y las tapias reflejan sobre el viandante el resol y el calor. La piedra calcárea pone áspera la piel de los pies y la agrieta. Al pobre viajero le hieren literalmente en la cara las olas de calor que se levantan del suelo. ¡Qué alivio cuando al entrar en una casa se acerca inmediatamente un criado y le lava a uno con agua los pies! La mujer de familia acomodada conoce a la primera mirada si se ha tenido o no con el huésped esta atención y si lo han dejado ir al comedor con los pies cubiertos de polvo, como sucedió a Jesús en casa de Simón, parco hasta el exceso en sus atenciones con el Señor



La actividad pública del Bautista. Comienzos de la actividad de Jesús

La lucha entre Roma e Israel

La transformación de Judea en provincia romana trajo consigo tal perturbación de las relaciones cívicosociales, que es difícil llegar a formarse idea exacta de ellas. Y sin embargo, ese cambio de cosas tiene gran influjo en la vida de Jesús.

La idea más aproximada nos la dan los documentos de Egipto. Este país se puso en contacto con Roma por el mismo tiempo que la Judea, poco más o menos. Los documentos allí descubiertos demuestran cuánto llegaron a conseguir los romanos en el viejo y culto país del Nilo. El mismo fin se propusieron también en Judea. Sólo que aquí no lo consiguieron, según iremos viendo.

En tiempo de Cristo, la Roma imperial actuaba con su soberanía y sus legiones sobre los pueblos orientales con una magia omnipotente. Y en este punto no hay diferencia esencial entre el campesino egipcio que para vender trigo va Nilo abajo en almadías hasta Alejandría, admirando allí los imponentes veleros de Italia, y aquellos príncipes y reyes cuyo mayor timbre de gloria era ser llamados "*amicus et socius populi romani*" (amigo y aliado del pueblo romano).

Por las cartas que se conservan del buen joven Apión, testigo dotado de un realismo maravilloso, se puede ver hasta qué punto estaban sujetas a esa fascinación las clases inferiores del pueblo. Apión, joven egipcio, embarcado para Italia como recluta para recibir la instrucción militar, muéstrase, ya a los pocos días, orgulloso de poder servir en el ejército de la Roma dominadora del

mundo. Como buen joven que es, escribe a casa una carta en la que se reflejan con maravillosa naturalidad sus sentimientos, aunque algo confusamente. “Te ruego, señor padre, me escribas una cartita. Primero escíbeme cómo te va; segundo, cómo les va a mis hermanos; tercero, tendría gusto en poder besar aquí algo que venga de tu mano, porque tú me has dado una buena educación; por esta razón espero llegar rápidamente a un cargo, si los dioses lo quieren.”

A través de los sentimientos infantiles de respeto, revela aún con el “primero, segundo, tercero” la manera de concebir de un estudiante. Por lo demás, cuanto más escribe el muchacho, mejor se advierte, a través de su añoranza por la patria, que se siente cada vez más “grande”. Ya se ha hecho “pintar” en un cuadro. Ya parece un romano genuino con uniforme y tiene nombre romano. Allá lejos, en el Nilo, se van a quedar pasmados cuando llegue una carta suya desde Italia. Se acuerda de los buenos compañeros de su tierra: “Muchísimos saludos a Capitón y a mis hermanos y a Serenilla y a los demás amigos. ¡Te envío también un retrato mío! Ahora me llamo Antonis Máximos.”

Otros reclutas de su patria fueron a verle y buscaron un sitio entre las líneas del papiro para escribir su nombre. Y lo escribieron a través y a un lado en la parte inferior de la carta, enviando igualmente sus saludos allende los mares. El documento se asemeja bastante a las cartas escritas desde el frente, en tiempo de la gran guerra.

Con ese amor que mostraba al padre, parecía poder esperarse que Apión se conservara en Italia siempre egipcio. En su carta se revelan además sentimientos de piedad a los dioses patrios, pues dice a su padre: “Doy gracias a Serapis, el Señor, porque cuando mi vida estuvo en peligro en el mar me libró con presteza.”

Pero se conserva otra carta de Apión. En ella aparece su vida ya cambiada, no sólo en lo exterior, sino también en su interior. En la primera carta había alabado mucho a Serapis. En la segunda ya ha olvidado a su dios egipcio. Después de las frases comunes de introducción, dice a sus hermanas —su padre entretanto debió de haber muerto—: “Me acordaba precisamente de ti, ante los dioses del país en que habito, al recibir una cartita de las manos de Antoneinos.”

Apión es ya padre de familia. El primer hijo fué un niño. Lo

más natural hubiera sido llamarle Serapión por el nombre del dios egipcio, en memoria de la patria y de su salvación en la tormenta. Pero el pequeño se llama Máximus, aunque es verdad que también un primo suyo había llevado este nombre en Egipto. Tiene además dos niñas. Pero no se llaman, por ejemplo, por el nombre de las diosas egipcias, Hathor o Isis, sino Elpis (Esperanza) y Fortunata (Afortunada). Ya hace tiempo que no escribe a casa con la misma diligencia, a pesar de asegurar con las palabras que aprovecha cualquiera ocasión que se le ofrece para escribir cómo se hallan él y los suyos. Es que el valiente Apión se ha hecho romano en cuerpo y alma.

Lo mismo sucedía en su patria, junto al Nilo, por aquel tiempo con el pueblo egipcio aún como pueblo; es decir, que estaba también subordinado al Imperio mundial. Los romanos entran en una región que posee ya una cultura elevada y una profunda religiosidad. Los edificios más bellos son los templos, que brillan bajo un cielo azul intenso; los días de fiesta más solemnes son las fiestas de los dioses.

Estos templos tienen un sanctasanctórum donde se veneran la imagen propia del dios y las estatuas de los dioses secundarios. En los inventarios no falta nada. Hay bustos de oro, plata y bronce; peanas de oro, campanas de plata, copas destinadas al culto divino, lavamanos, candelabros, incensarios, imágenes, bustos y andas. El calendario señala gran número de fiestas. Por ejemplo, en el santuario del dios Soknopaïos, centro de peregrinaciones, se señalan nada menos que ciento cincuenta y cinco días de fiesta al año, entre ellas diez que duraban siete días, como las principales fiestas judías.

Hay allí oblaciones sin cuento. Sacrificios cruentos de animales degollados, examinados de antemano detenidamente y señalados oficialmente; ofrendas de comidas y bebidas, miel, pan, vino, aceite y leche. No faltan tampoco ceremonias en el acto de vestir y ungir imágenes de dioses, incensaciones y aspersiones, procesiones y coronaciones e iluminaciones solemnes, cosas todas que habían de realizarse ajustándose a determinadas prescripciones litúrgicas. Oro, incienso y mirra son de mucho uso; los mismos dones que los Magos ofrecieron al Hijo de Dios recién nacido.

Los romanos consideraban a los dioses de un país conquistado, en cuanto era factible prácticamente, como siervos subyugados a

sus propios dioses. Por eso los trataban como a súbditos de Roma. Y así los sacerdotes de Egipto que ejercieron, aun bajo los Ptolomeos, un influjo decisivo, debían presentar cada año a las autoridades romanas una notificación de los "Ingresos del dios". Exigiase el inventario de todos los objetos del culto de los dioses. Se había de dar cuenta de los ingresos y gastos, como en las empresas de transporte o en las otras grandes industrias. Aun los regalos dados habitualmente por "piadosos donantes" estaban sujetos a los impuestos fijos.

Las revisiones de cuentas eran muy temidas. Los cohechos en los oficiales eran cosa corriente. Véase, por ejemplo, una carta de un oficial, que ofrece sus servicios. "Te comunico que el revisor de las cuentas del templo ha llegado aquí y tiene encargo de visitar también tu distrito. Pero no te asustes, yo lo arreglaré. Si te es posible, junta todos los libros de cuentas y envíamelos. El revisor es escrupuloso en extremo. Con todo, aun cuando no te sea posible enviar los libros, puedo ayudarte, pues estoy con el revisor en muy buenas relaciones de amistad. Trabajaré, antes de que vaya a verte, para que todo marche como una seda. El señor, naturalmente, tiene la facultad de entregar al sumo sacerdote, con una escolta, a los que no quisieren avenirse a la revisión. ¡No te preocupes! Pero tampoco te olvides de comprarme (regalado, por supuesto) lo que a su tiempo he indicado por carta. Y si tienes aún algunos... de sobra, envíamelos (te ruego sea de balde), pues podría utilizarlos."

Los sumos sacerdotes, en tiempo de los romanos, ya no son egipcios. Los cargos de títulos pomposos y de ricas retribuciones están ya todos en posesión de los romanos. Allí aparece, por ejemplo, un sumo sacerdote, Claudio Agátocles. Por supuesto que todos esos sumos sacerdotes están de parte del Gobierno. Todo el cuerpo sacerdotal está bajo una autoridad suprema romana que exige cada vez mayores tributos. Las recaudaciones opresoras de los pobres labriegos se las encomendaban a los naturales. A veces lográbase la docilidad de los sacerdotes "con suspensión de salario".

El elemento militar desempeña un papel importante en estas "regiones ocupadas". El centurión es al mismo tiempo director de policía; a los soldados se los emplea como policías y verdugos. Por todas partes, especialmente en las calles principales y en las oficinas de Aduanas, hállanse estacionados cuerpos de tropa más o me-

nos numerosos. Los soldados jubilados y los comerciantes ricos iban comprando las tierras. En una lista egipcia, de trece propietarios, doce son romanos; ocho de ellos tienen arrendatarios y de éstos sólo uno es romano.

Hacia el año 100 de J. C. es ya Egipto el "país del turismo". Y así sabemos que el senador Lucio Memmio piensa hacer un viaje por Egipto el año 112. Un oficial mayor de Alejandría comunica esa noticia Nilo arriba antes que parta de Alejandría el vapor con "el distinguido pasajero", como se dice hoy en los relatos. "El señor ha de ser recibido lo más solemnemente posible; los cuartos han de estar bien preparados. Al bajar de la barca se le presentan los dones siguientes..." ¡No se dice quién es el que paga! Se advierte expresamente que al visitar los cocodrilos sagrados haya preparados bocados exquisitos para los animales: algo así como cuando hoy, en un programa de circo o en una guía de parque zoológico, se pone una tasa especial para alimentar a los animales.

Arquelao, hijo y sucesor de Herodes el Grande, heredó de su padre el reino de Judea y también su crueldad y dió ocasión a los romanos para aplicar en Palestina su antiguo lema: "*Divide et impera*" (Divide para dominar). Venían en ayuda del oprimido pueblo judío contra los tiranos, y transformaban en provincia romana la Judea con su capital Jerusalén, centro religioso del país.

Comparado con Egipto, el diminuto pueblo de Israel era como nada; pueblos pequeños y pobres de esa clase habían sido incorporados al Imperio romano sin la menor resistencia. Mirando las cosas superficialmente, las condiciones de Palestina eran hajo muchos puntos de vista semejantes a las de Egipto; también el país de Israel estuvo más de cien años bajo la dominación de los Ptolomeos egipcios. También aquí hay un templo con su sanctasanctórum, un sumo sacerdote, un estado sacerdotal dividido en familias y una multitud de pobres labriegos que dependen de los grandes propietarios.

Y sin embargo, siendo todo igual en los dos países, en Palestina van las cosas de muy diversa manera, sin que los romanos puedan explicarse el fenómeno.

El sanctasanctórum de Jerusalén no tiene imágenes de ídolos; es un recinto magníficamente exornado, pero vacío. El mismo

sumo sacerdote no entra en él más que una vez al año. Porque, según la fe de los judíos, en aquella tienda está presente, aunque invisible, el Dios que creó el cielo, la tierra y todo lo que existe. Estas simples palabras son como una amenaza contra el Imperio de Roma. Un pueblo que tiene tales creencias tendrá que ser y permanecer necesariamente enemigo de Roma mientras Roma no cambie de ideas.

Roma quería introducir en Palestina las mismas condiciones de vida que había implantado en Egipto, comprobadas con documentos. Pero todo israelita, tanto el último de los labriegos como el más grande doctor, veía en todas las medidas que tomaba el gobernador un ataque a su libertad religiosa. Los gobernadores, por su parte, más versados en las cuestiones políticas que en las religiosas, veían en esa resistencia la expresión de un fanatismo intransigente y bárbaro, cual no se les había presentado en ningún otro país conquistado para el romano Imperio. Los griegos consideraban como un honor el que se pusiera su Zeus junto a Júpiter; los egipcios hasta ponían listas para poder conmutar los nombres de los dioses: "Hathor es Afrodita; Zeus es Ammon", etc. Pero estos israelitas decían que aquellas divinidades eran ensueños o demonios; que su Dios era el único verdadero, que se había manifestado tan sólo a los patriarcas.

Prescindiendo de los valores religiosos que latén en el judaísmo, la comparación del diminuto pueblo de la pedregosa Palestina con el esplendor del mundo cultural grecorromano extendido alrededor del mar Mediterráneo resulta bien poco favorable a Israel. Por eso los jefes de Roma desprecian desde lo más profundo de sus almas a esa raza asiática. Y eso que, en general, por entonces ya se habían apasionado mucho los romanos por el Oriente. Cicerón, por ejemplo, tenía de profesor a un cierto Antíoco, originario de Ascalón. Filodemo de Gadara parece haber sido el poeta de moda. En los rollos escritos que se han hallado en las excavaciones de Herculano, junto al Vesubio, se hallan numerosos fragmentos de sus obras. Pero aquel interés por el Oriente no era siempre ventajoso para los israelitas ni con mucho. En el desafecto a los judíos se habían aunado también los pueblos colindantes de Palestina.

Así Cicerón, en la defensa de Flaco, llama a la religión de los judíos "superstición bárbara". Tácito habla de "las costumbres culturales de los judíos imbeciles y repugnantes"; otra vez los

llama "raza abominable". Juvenal se desata en insultos y habla de un país "donde existe aún una vetustísima y delicada sensibilidad con los viejos puercos; tanto que ni la carne humana es más apreciada". Les llama "haraganes" porque cada siete días no hacen nada, y "adoradores de nubes" porque no conocen las estatuas de los dioses. Apolonio les llama los menos dotados de todos los bárbaros, "razón por la cual no han contribuido con ningún invento al progreso de la civilización". Y no sólo se les tiene por pueblo sin civilización, sino que se les llega a tildar de ateos porque no representan a su Dios Yahvé en imágenes, ni permiten inscribirlo en el catálogo general de dioses asiáticorromanos. Plinio les llama raza "conocida de todos por su vergonzoso ateísmo". Tácito, "despreciadores de los dioses". Apolonio Molón, "impíos". Así pensaban también los gobernadores que se sucedieron en el país. El tono con que Pilatos habla del "Rey de los judíos" en el interrogatorio de Jesús se explica conociendo la disposición de ánimo que tenía con los judíos.

Con todo, los relatos de los Evangelios y las descripciones de Flavio Josefo muestran claramente que los romanos chocaron en Palestina con una resistencia que no lograron dominar.

Por ejemplo, la actitud que tomaron los romanos respecto de la institución del sumo sacerdocio existente en Jerusalén pone de manifiesto la diferencia con Egipto. Aquí se hacen desaparecer los "sumos sacerdotes" nacionales y se ponen en su lugar sacerdotes romanos. En Jerusalén no se atreven a eso. Verdad es que la dignidad de sumo sacerdote se hace venal como otro oficio cualquiera y se cambian los sumos sacerdotes lo más frecuentemente posible; pero la institución, como tal, queda intacta.

Por otra parte, los judíos tuvieron que resignarse a que ya el primer gobernador se llevara para custodiarlo en su casa el vestido de gala del sumo sacerdote, aunque no quisiera que se usara sino en las cuatro fiestas más solemnes. Así se practicó precisamente desde el año sexto hasta el 36 de J. C.; es decir, el tiempo de la vida de Jesús, lo cual tiene un sentido simbólico. Al sumo sacerdote permítesele también el poder supremo en las cosas temporales, aunque el gobernador se reserva la posibilidad de intervenir siempre que quiera. Por eso la historia de los gobernadores romanos en Palestina se convierte en una cadena de "conflictos" con el pueblo y sus jefes.

Junto con los oficiales, publicanos y negociantes romanos aparecen también los soldados de Roma. Y así se les encontraba en las calles de las ciudades y en los caminos del país. Todos los puntos principales estaban ya ocupados militarmente. Los soldados hacían también las veces de policía, pues ésta, en el sentido moderno, no existía aún. La fuerza prevalecía con frecuencia sobre el derecho.

Ya al comienzo, cuando estaba para empezarse el censo para la tributación de la nueva provincia, hubo una sublevación. Al influjo del sumo sacerdote Joasar se debe que no terminara en una guerra. Pero el sumo sacerdote en realidad de verdad no podía apaciguar a aquel pueblo que vivía constantemente en una actitud levantisca, de la cual los principales fautores eran los galileos.

No hay todavía un estudio definitivo sobre la cuestión del estado de la tributación en tiempo de Cristo, aunque ya sabemos que se pagaban tributos al César, que el templo cobraba los diezmos y que los Herodianos exigieron, como ya antes los Ptolomeos, tributaciones especiales por los frutos de las tierras.

A juzgar por lo que se hacía comúnmente entre los romanos, es de creer que los gobernadores dejaron que subsistieran todas las antiguas clases de tributos; pero las rentas mismas las hacían llegar en cuanto era posible al erario imperial. Tácito cuenta que el año 17 de J. C. fué a Roma una embajada de Siria y Palestina para obtener una disminución en los exorbitantes tributos.

La vida iba empeorando de año en año, a pesar de que la actividad del pueblo no disminuía. Y, como acontece siempre, una vez excitados el recelo y el odio contra Roma, la gente propendía con demasiada facilidad a atribuir a los romanos la culpa del mal-estar, aun cuando tuviera su origen en otras fuentes. Liberación del yugo romano parecía significar liberación de todas las miserias.

Y se fué desarrollando una nueva generación, siempre pronta a la revuelta, insegura de sí misma y llena de suspicacia e irritabilidad. Aun el último mendigo se sentía en cierto modo amenazado. Un solo hombre que se lanzara valeroso contra los intrusos; más aún, uno solo que se levantara con audaces reclamaciones y programas radicales, podía contar con numerosos secuaces. Pero aún entonces, mejor dicho, precisamente entonces, mantuvieron firme los hijos de Israel que ellos eran el pueblo privilegiado y escogido por Dios. Y Dios mismo les había prometido un Salvador, que debía

aparecer cuando la desgracia llegara al colmo, cuando el cetro saliera de Judá.

Pero no todas las clases ni partidos del pueblo adoptaron la misma actitud. En punto a normas directivas y partidos, dentro del país pusiéronse de frente los fariseos y saduceos.

El partido de los fariseos era el que dominaba; hasta cierto punto tenía algún derecho a ello por razón de su historia. Cuando los últimos regentes de la familia de los Asmoneos se dejaron inocular el espíritu extranjero, entraron a actuar hombres que fundaron un nuevo partido y se llamaban a sí mismos los “separatistas”, los “segregados”, la “flor y nata religiosa y nacional”.

Los pueblos gentiles tenían razón hasta cierto punto cuando decían que su propio bienestar se identificaba con el bienestar de sus dioses. Pues sus dioses, como tales, vivían sólo mientras vivían los que los servían y eran poderosos en el tiempo y en la medida en que lograban y conservaban el poderío sus adoradores. Entre los israelitas las cosas iban por otros caminos. Los jefes del pueblo que querían conservarse fieles al verdadero espíritu popular debían ponerse incondicionalmente de la parte de la honra de su Dios, como lo habían hecho en los tiempos pasados los Profetas y en las últimas grandes persecuciones del pueblo también los Macabeos.

A juzgar por las apariencias exteriores, el celo de los fariseos hacía la impresión de que no se preocupaban más que de Dios; pero en realidad de verdad lo que buscaban al fin de cuentas era únicamente su propia honra. Todos sus sentimientos y aspiraciones tenían el origen en esta idea: ¡Nosotros somos hijos de Abraham! Dios ha de interesarse por nuestra causa, pues de no ser así no podrá cumplir sus promesas.

Luego diremos cómo se habían formado una idea terrenal y nacional del Mesías, fundados en las promesas de los Profetas.

Además de los fariseos había otro partido. Era natural que éste defendiera en muchas cuestiones lo contrario de lo que defendía el otro, o que declarara más convenientes otros medios de lograr el fin, aun cuando éste fuera el mismo. Era el partido de los saduceos. Hablando en conceptos modernos, eran los “internacionales” y declaraban la política de los “hechos consumados” como la única razonable. La jactancia por las prerrogativas del pueblo judío la creían una exaltación simplista.

Siendo los romanos el primer pueblo del mundo y la cultura grecorromana la única verdadera, sería un contrasentido que se les quisiera poner de frente un pueblo de pastores, labradores y pescadores. Por tal camino no se llegaba más que a provocar complicaciones arriesgadas. Este modo de pensar hacía que los saduceos defendieran de buen grado la amplia interpretación de la Biblia; alegrábanse siempre que encontraban una concordancia entre un lugar de la Escritura y un dicho de algún filósofo griego. Cultivaban ya con gran celo una especie de ciencia de las religiones comparadas, no viendo en sus libros santos más que una creación de la índole de los mitos y fábulas de otros pueblos.

En una cosa, sin embargo, iban acordes los dos partidos de fariseos y saduceos en medio de todas las discrepancias, y era en que ninguno de los dos tenía jefes desinteresados que estuvieran prontos a sacrificar la vida por sus convicciones. En cuanto apareció un hombre verdadero israelita de sentimientos nacionales, cual correspondía a los destinos religiosos del pueblo, se aliaron contra él para quitarle la vida.

Juan el Bautista

En el año décimoquinto del Imperio de Tiberio César, siendo Pilatos gobernador de Judea, Herodes tetrarca de Galilea. Filipo, su hermano, tetrarca de Iturea y de Tracconite, y Lisánias tetrarca de Abilena; siendo sumos sacerdotes Anás y Caifás, vino palabra del Señor sobre Juan, hijo de Zacarías, en el desierto, y fué por toda la región del Jordán predicando bautismo de penitencia para remisión de pecados. (Luc., III, 1-6; Marcos, I, 1-6; Mateo, III, 1-6.)

En los días turbulentos que siguieron a la ocupación romana de la Judea, apareció en los vados del río Jordán, en su parte baja, allí donde a lo largo del río se extiende el desierto, Juan el Bautista. Ya desde joven se había retirado a la soledad. Mientras Jesús, como “carpintero” de Nazaret, se había puesto en contacto con todas las clases sociales, Juan vivía en la soledad. Vestía una piel de camello o un manto hecho de piel cerdosa y tosca de camello, sujeto con un cingulo de cuero. Esta vestimenta hacía superfluo el trabajo de las mujeres. Tampoco para su alimentación necesitaba de nadie,

pues “vivía de langostas y miel silvestre”. Aun en nuestros días recogen langostas los beduínos pobres y las tuestan para comerlas.

En una tradición judía hay un rasgo que demuestra cómo las langostas secas constituían ya en los tiempos antiguos un artículo de venta. Los comerciantes —se dice— “las rociaban con vino” para darles un aspecto atrayente. Por miel silvestre se ha de entender aquí, no sólo el producto de las abejas silvestres, sino también la resina que producen algunos arbustos.

El tiempo y el lugar eran los más indicados para su aparición. Allí arriba, en las alturas, soplan a ambos lados del Jordán, durante los meses fríos del año, los recios vientos, que traen consigo los tan esperados cuanto desagradables aguaceros. En la parte sur del valle del Jordán, que está a más de 300 metros bajo el nivel del mar Mediterráneo, puede decirse que hace calor. Las temperaturas son poco más o menos las de los días suaves del verano de Europa. Las nubes que dejan caer al Oeste sus grises aguaceros suelen pasar por encima de este valle sin descargar.

Así se explica cómo era posible predicar al pueblo al aire libre. A los vados confluían de todas partes los caminos que solían seguir las caravanas. El tráfico no es hoy día tan grande. Todavía aparecen ahora en las fotografías sacadas desde aeroplanos esas redes de caminos, semejantes a una tela de araña, que cubren todo el desierto.

El predicador del Jordán pronto recibió un sobrenombre: el Bautista. Pues lo que más llamaba en él la atención era que comenzó a “bautizar”. La palabra “bautizar” recibió de Jesús el sentido que hoy tiene para nosotros, pero entonces significaba lo mismo que “sumergir”. Con frecuencia significó también lo mismo que nuestro “anegado, estar anegado”; por ejemplo, “bautizado en el dolor”, significaba “estar anegado en el dolor”.

También Jesús habla de un “ser bautizado”, es decir, de un quedar como “anegado” en las ondas del dolor.

Los orientales son extraordinariamente sensibles a las acciones simbólicas. De ahí que hiciera en ellos un efecto tan vivo la nueva del bautismo de Juan. ¿Qué significaba eso? ¿Es que Juan quería, como en otro tiempo Gedeón, reunir en su derredor un grupo de hombres selectos para realizar después con ellos, entre prodigios y milagros, la liberación del pueblo de la esclavitud romana?

Los hombres han conocido siempre las abluciones como acciones religiosas. Y es cosa enteramente conforme a la naturaleza, escoger las purificaciones exteriores como símbolo de la interior. También en nuestros tiempos se sumergen millares de indios en las corrientes del Ganges. Y si se les preguntara qué significa eso, quizás no sabrían explicarlo.

Entre los judíos estaban expresamente ordenadas por la ley esas purificaciones después de ciertos actos relacionados con el origen de la vida y con la muerte del hombre.

Todos entendían que Juan no quería introducir con su bautismo ninguna nueva purificación legal, porque el agua del Jordán no servía para tales purificaciones. Además, el bautismo no se podía recibir más que una vez, y fuera de eso no eran admitidos a él sino los que confesaran contritos sus pecados.

Estas confesiones de pecados no eran para los judíos tan raras como se piensa. Hay un consejo que dice: "Cuando alguien está enfermo de muerte dile: Haz confesión de tus pecados." En el día de la "gran reconciliación", cada uno tenía que hacer consigo mismo una confesión de los pecados.

Algunos doctores de la ley llegaban a exigir que cada uno se confesara de los pecados en particular. El bautismo de Juan ocupa, de hecho, una posición media entre la purificación usada hasta entonces, meramente externa, y el futuro bautismo cristiano.

¡El Mesías se acerca!

Y como el pueblo estuviese en expectación y todos pensaran en sus corazones si por ventura Juan era el Cristo, respondió Juan y dijo a todos: "Yo en verdad os bautizo en agua; pero viene otro más fuerte que yo, de quien no soy digno de desatar la correa de sus zapatos. Él os bautizará en Espíritu Santo y fuego." (Luc., III, 15-18; Mat., III, 11-12; Marcos, I, 7-8.)

Juan era, después de cuatro siglos, el primer profeta que se presentaba. Bajo la impresión que hizo su aparición sobre el pueblo despertáronse en los espíritus las más atrevidas esperanzas. Pero tal vez lo que produjo mayor impresión fueron las obras que Él hacía. Muchos miraban al predicador como si quisieran decirle: "¡Revélanos ya lo último de tus planes!"

Y Juan comenzó diciendo: "Yo os bautizo en agua; pero viene otro más fuerte que yo, de quien no soy digno de desatar la correa de sus zapatos. Él os bautizará en Espíritu Santo y fuego. Tiene en su mano el biello para limpiar su era y aventará la parva y allegará el trigo en su granero, y la paja la quemará con fuego que no se apaga."

En breves y claras frases declara el Bautista el concepto que tiene de sí mismo. Ni siquiera es digno de prestar al futuro Mesías los más humildes servicios. Antiguos relieves nos muestran esclavos que, de rodillas ante su señor, le quitan las sandalias antes de que él se eche en los divanes. Desatar o llevar las sandalias era tenido como un oficio propio de esclavos. Ésta era la primera orden que un señor daba a un siervo nuevo, para expresar con ello el derecho de propiedad que tenía sobre él.

La obra del que ha de venir es obra mayor que la de Juan, como el que ha de venir será también mayor que el que lo anuncia. Juan ha bautizado con agua; pero el agua sola no es capaz de hacer efecto alguno en lo interior del hombre. En cambio, el bautismo que va a instituir el Mesías transformará enteramente al hombre. El Espíritu Divino penetrará en él entonces como un fuego que consume aun las impurezas ocultas de su alma. El hombre puede substraerse a este fuego, y por eso la aparición del Mesías lleva a una diferenciación de los hombres entre sí.

Después de la siega flota en el país de Palestina un ambiente singular. Las gavillas se ponen en las afueras de las aldeas, en las eras, formando grandes hacinas, y después se trillan. Como se siegan las espigas muy corto y están muy secas, se va formando, bajo los cascotes de los animales y los trillos arrastrados por encima de las mieses, una mezcla de bálago, cascarilla y granos limpios. Esa mezcla se recoge hasta formar altos montones. A muchas horas de distancia antes de llegar a las aldeas relucen al sol estos montones de color de oro pálido. Después hay que aventar lo trillado, antes de que lleguen las primeras lluvias, y "limpiar la era". Al atardecer, en el verano, empieza casi cada día a soplar el viento oeste del mar, y los aventadores con los biellos lanzan a lo alto la mezcla, y los granos y la cascarilla caen verticalmente; la paja ligera vuela al viento, en nubes brillantes de bálago. Lo que queda a los pies del aventador se hace pasar por tres cribas diversas, hasta que el grano y la cascarilla quedan separados. Estas fae-

nas de la era son las que tiene San Juan presentes en su discurso. Sólo ha olvidado las granzas, que son un excelente pienso para animales.

Como la mezcla de grano y residuos duros de la era, así las multitudes de los hombres serán tamizadas por el futuro Mesías. El trigo lo mete en sus trojes; es decir, a los elegidos los admite en su reino. La paja, es decir, los que no se dejan purificar con el fuego del Espíritu, serán entregados al fuego, que no tendrá por objeto purificarlos, y por esa razón no se extinguirá. Dícese comúnmente que en la frase “la paja la quemará con fuego inextinguible” San Juan pasa de la imagen a lo significado por ella. Pero esto no es enteramente exacto. Según la manera de hablar de los orientales, puede decirse aun de la paja, que se quema en un fuego inextinguible. Estos montones de paja arden de hecho durante semanas enteras.

La alusión al castigo por el fuego del infierno haría junto al Jordán una impresión especial. Estaban en las cercanías del mar Muerto, donde Sodoma y Gomorra habían perecido en fuego y azufre. Entonces, como hoy día, se cernía frecuentemente sobre el valle una pesada atmósfera cobriza gris como última llamarada lenta de aquel incendio.

La misión del Mesías según los anhelos del pueblo

Cuando los exégetas e intérpretes judíos de la Escritura llegan a hablar de “los días del Mesías”, su vivacidad alcanza un grado extremo. Y precisamente desde el año 150 a. de J. C. hasta la aparición de Jesús sube de pronto en el pueblo esa interna ansia de expectación cada vez más hasta llegar al paroxismo.

La ocasión externa de esa exaltación fué el cerco de Palestina, con la ocupación de los romanos, y también la incorporación de Judea entre las provincias del Imperio. Siempre que se hablaba del “Imperio” pensaba el israelita en la omnipotente Roma. Los más de ellos perdían la tranquila visión del aspecto religioso leyendo las profecías del Mesías venidero. Con todo, las mismas profecías son, por este tiempo más que antes, objeto preferente de discusiones. Lo que ha llegado hasta nosotros, ¡y no es poco!, repre-

senta tan sólo una pequeña parte de lo que entonces circulaba por el pueblo.

Es opinión muy arraigada que los sueños de un reino venidero eran tan sólo fantasías de los doctores de la ley, y que no trascendían más allá del círculo de sus discípulos. Pero cuando se examinan de cerca esos sueños se deduce, por su mismo contenido, que no se trata tan sólo de fantasías de doctos apartados del mundo real, sino de sueños que son un reflejo de la vida del pueblo de entonces.

Toda miseria que oprime al pobre ciudadano debe terminar en los días del Mesías, y el oprobio de la dominación extranjera, y la preocupación por el pan cotidiano y el vestido, y el continuo temor de sequía y la falta de agua. En lugar de todo eso vendrá lo que más fascina al oriental: una vida de riqueza y de espléndida magnificencia.

La opresión ejercida por la dominación extranjera debe desaparecer. "Roma es el enemigo", era frase que resonaba a través de los escritos, y los escritos eran sólo un eco de lo que se decía en los albergues pueblerinos, en los caminos de las caravanas, en las plazas de los mercados, en las puertas de las ciudades, en los prados solitarios y en las barcas de los marinos balanceadas por las olas. La primera condición de una "redención", tal como la esperaba el pueblo en los días del Mesías, era que quebrantara el poderío de Roma.

Véanse algunas imágenes que describen el despuntar del tiempo mesiánico. "En el tiempo en que el mismo Dios determinará, aparecerá en Israel el Rey mesiánico, el Hijo de David, el ungido del Señor, el Cristo. Armado con virtud de Dios, aniquilará a los injustos dominadores (Roma y sus aliados) y los hará pedazos, como un tiesto de alfarero con una barra de hierro. La palabra de su boca destruirá a los insolentes gentiles, y retrocederán a su amenaza. Tendrá los pueblos bajo su yugo, para que le sirvan; limpiará a Jerusalén de los gentiles que lo han deshonrado. Ningún extraño y ningún advenedizo podrá habitar en la región santa. Enviado por Dios, no se apoyará en caballos y guerreros, ni en plata ni en oro, ni en la fuerza del pueblo. El mismo Dios es su Señor y su esperanza. El cual le hace fuerte en el Espíritu Santo, sabio en prudentes consejos, que Él lleva a cabo con fortaleza y justicia. Nunca vacilará su esperanza en el Señor; por eso nadie podrá nada

contra Él; Él conservará al pueblo, rebaño del Señor, religiosa y fielmente, y no permitirá que ninguno de ellos venga a caer. Por eso, feliz el que viva en aquellos días y pueda ver la salud de Israel en la unión de las tribus, que Dios ha llevado a cabo."

Y asimismo se lee.

"Como el lirio se marchita cuando caen sobre él los ardores del sol, y reflorece de nuevo con el rocío, así los israelitas están como marchitos en este tiempo, mientras dura la sombra de Esaú (Roma); pero en lo futuro (en los días del Mesías) desaparecerá la sombra de Esaú, y los israelitas recibirán más savia; eso quiere significar lo que está escrito: "Yo seré como rocío de Israel, para que florezca como el lirio de Jacob." Es promesa de Dios: Si tú (Israel) me buscas a mí (tu Dios) con todo tu corazón y con toda tu alma, te daré mucha salud en justicia. Y te transformaré en planta de equidad, y serás para bendición y no para maldición, y serás cabeza y no cola. Porque los israelitas observaron la ley aun viviendo con ellos (los edomitas = Roma), les hará Dios heredar un día (en el tiempo mesiánico) el trono de la grandeza como está escrito: 'Les haré heredar el trono de la magnificencia.' Porque Dios dará entonces el dominio a Israel como está escrito: 'Y la dominación y la fuerza y la grandeza de los reinos, bajo todo el cielo, será dada al pueblo de los santos del Altísimo.'

Dios promete además:

"Cuando estuvisteis en Egipto, yo os libté por mi nombre; también en Edom (Roma) lo haré por mi nombre; como os libté en esta edad os libtaré también en el tiempo futuro (en los días del Mesías). El último soberano (Roma) que entonces retendrá el trono, seguirá viviendo; cuando sean destruidos todos sus grandes ejércitos, será encadenado. Y lo levantaréis sobre la colina de Sión, y mi Mesías le pedirá cuenta de todos sus crímenes, y reunirá y pondrá ante sus ojos todas las acciones de sus ejércitos, y después lo matará; y apoyará y defenderá al resto de mi pueblo que se halle en la región que yo escogí para él."

Con la opresión de fuera desaparecerá también para siempre en los días del Mesías el peso de las preocupaciones de cada día que agobian al pueblo. Entonces no habrá malas cosechas. Los hombres no tendrán que pisar las uvas bañados en sudor. Las mujeres no necesitarán levantarse de madrugada para moler con el frío de la noche en el molino casero el trigo para aquel día.

En una tradición judía se lee lo siguiente:

“Entonces (en los días del Mesías) el trigo brotará como una palma y crecerá hasta la cima de las montañas. Tal vez digas: ¡Trabajo dará a los segadores!

Y la Escritura nos dice:

“Su fruto hará estrépito como el Líbano. Dios hará venir el viento de sus antros, que soplará por encima (y rozará las espigas), haciendo caer la harina fina del trigo candeal. El hombre saldrá de casa y buscará un plato lleno de esa harina, y con eso tendrá su alimento y el de los suyos. No habréis de fatigaros ni pisando el lagar ni con la vendimia; sino trayendo un racimo sobre un carro lo pondrás en un ángulo de tu casa (donde solía estar el cántaro del vino) y te podrás proveer como el que bebe de un gran cántaro.”

En los días del Mesías caerá también el pan del cielo, que alimentó a los israelitas en el desierto: el maná. En aquel tiempo lloverán provisiones de maná, y en aquellos años comerán de él. Como el primer libertador (Moisés), así será también el último (el Mesías). Así como el primero hizo bajar maná del cielo, así también el segundo hará descender el maná. En el manjar con que Dios les alimentó en el desierto hay que reconocer lo que él les procurará al fin, en los días del Mesías, pues entonces caerá nuevamente el maná.

Tampoco se conocerán ya en los días del Mesías el miedo de las malas cosechas o de la falta de pastos y agua para los hombres y animales, por la escasez de lluvia. Diez cosas devolverá Dios en lo futuro (en los días del Mesías)... La segunda es: Dios hará que mane constantemente agua de Jerusalén y curará con ella al que esté enfermo, como está escrito: “Y sucederá que todo ser viviente que se halle donde llega esa corriente... será curado y vivirá.” Como el primer libertador hizo brotar la fuente (en el desierto), así el último libertador hará brotar el agua, como está escrito: “Saldrá una fuente de la casa de Jahvé y regará el valle de Schittim.” ¿Por qué una puerta de las del templo se llama “puerta del agua”? Porque por ella se entraba el recipiente con agua para el sacrificio el día de la fiesta (de los tabernáculos). Junto a esa puerta manaban un tiempo las aguas, que eran luego conducidas bajo el umbral del templo.

También se acabará la preocupación por el vestido y por el

trabajo de hilar y tejer. Se cuenta que un Rabbi dijo una vez: "En los días del Mesías dará la región de Israel pan fino y vestidos de lana." Un discípulo que le oía se echó a reír. El rabino salió con él y le mostró hongos parecidos a panes y el afilado tronco de palmera entretejido con finas fibras. Parece que de esto había de deducir el discípulo que si el mundo ya ahora había dado productos como pasteles, e hilos finos como tejidos, no sería increíble que también en los días del Mesías produjese panes finos y tejidos ya hechos.

Alhajas y adornos, que para el oriental son parte tan esencial de su vida como el beber y comer, no podían menos de darse también en abundancia para todos. Entonces estarán los confines de Jerusalén llenos de piedras preciosas y perlas y vendrán los israelitas y tomarán a discreción. Mientras en este tiempo se señalan las fronteras de las naciones con piedras y con cebollas albarranas (cuyas raíces son difíciles de extraer), en el tiempo mesiánico se fijarán las fronteras con piedras preciosas y perlas. Eso va significado por lo que está escrito: "Todo tu contorno es de piedras preciosas." Cuando en lo futuro uno deba algo a otro y el deudor le diga: "Vayamos a proponer el asunto al Rey Mesías en Jerusalén", sucederá que al llegar a los confines de esta ciudad, que estará llena de piedras preciosas y perlas, tomará el deudor dos de ellas y dirá al otro: "¿Te debo aún más?" Y le responderá: "Menos es lo que me debes; ya has cumplido."

La afirmación categórica de que en el tiempo mesiánico cada uno tendrá su propiedad privada, es buen argumento para probar que se trataba de anhelos fantásticos de la gente sencilla. Los pobres labriegos de Palestina y Egipto escucharían de buen grado, aun ahora, si alguien les prometiera esas cosas. Allí se promete que cada uno tendrá tres clases de campos: uno en las regiones elevadas, donde el calor del verano no aprieta tanto; otro en la llanura hacia Jaffa, donde hay tierras fértiles, y el tercero en lo profundo del valle, en las hondonadas del Jordán, donde el invierno es caliente y templado, y el más tolerable para hombres y animales. Ninguno se verá entonces obligado a emigrar por razón de la pobreza, y los emigrantes, los comerciantes, etc., volverán a la patria. La repartición de bienes en el tiempo futuro (en los días del Mesías) no será como la de estos tiempos (refiriéndose a la repartición de terrenos bajo Josué). En ese tiempo tenía tal vez un

ciudadano campo para trigo; pero no tenía huerto, o bien tenía huerto, pero no campos. En el tiempo futuro no se hallará ni un solo hombre que no tenga un campo en la montaña y otro en la llanura y un tercero en lo profundo del valle. Dios mismo se lo dará. Entonces, en el tiempo mesiánico, todos los artesanos hallarán su apoyo en los campos, como está escrito: "Descenderán de sus naves todos los que mueven remos; los marinos y veleros del mar hallarán su apoyo en las posesiones de tierra." El hombre que no tiene un campo, no es hombre, porque está escrito: "El cielo es cielo para Yahvé; pero la tierra la ha entregado a los hijos de los hombres."

Eso eran "los días del Mesías", tales como se los imaginaba el pueblo. Verdad es que no todos los pasajes aducidos son del tiempo de la vida pública de Cristo. Pero el pueblo había comenzado ya antes a crear e imaginar, como suele, durante dos o tres generaciones de hombres.

El bautismo de Jesús

Entonces vino también Jesús de Galilea al Jordán para hacerse bautizar por Juan; mas Juan se lo estorbaba diciendo: "¿Yo debo ser bautizado por ti y tú vienes a mí?" (Mat., III, 13-17; Marc., I, 9-11; Luc., III, 21-22.)

El bautismo de Jesús es el solemne exordio de la vida pública del Redentor; pero es también al mismo tiempo, y eso se olvida con frecuencia, el término de su vida oculta. Volviendo en espíritu a Nazaret y teniendo presente que Jesús, a la edad de treinta años, comienza una nueva vida, como si hubiera cambiado de opinión sobre su vocación, se llega a una concepción más viva de este hecho.

José había muerto ya; María vivía sola con su hijo, y los días eran para ambos un encanto. Por entonces llegaron también a Nazaret las primeras noticias de la aparición del Bautista. Sucedió sin duda, a la sazón, lo que sucede siempre entre el pueblo cuando algún acontecimiento sacude su vida religiosa: que confunde los hechos con sus opiniones y esperanzas y da él mismo a todo el complejo una finalidad. Los que opinan del mismo modo sobre los hechos se juntan para comentarlos. Con ese fin fueron sin duda algunos nazarenos al taller o al lugar donde trabajaba el

carpintero Jesús, refiriendo cosas del hombre del Jordán, preguntándose: “¿No estaremos ya en los tiempos del Mesías?”

Llegó un día en que Jesús recogió sus herramientas de trabajo. En la humanidad del Salvador se había realizado, en los treinta años, un callado y misterioso crecimiento, no una lucha por conocer claramente su vocación, sino una preparación, oculta aún a todos, para su vida futura.

Oyó hablar, sin duda, de las calamidades de su pueblo, bajo el yugo de Arquelao, hijo de Herodes, y de la transformación del reino de Judá en provincia romana. Amaba a su pueblo más que cualquier israelita. El hombre maduraba en Él para resolverse a hacer su presentación en medio de aquellas calamidades como Redentor divino. Despidióse, pues, Jesús de su Madre y fué donde estaba Juan, a las orillas del Jordán.

El relato del bautismo de Jesús nos da a conocer algunas particularidades del rito del bautismo de Juan. No se trataba de baños en común, como acaece, por ejemplo, en las inmersiones solemnes de los griegos en el Jordán, aún en uso el día de Reyes, en memoria del bautismo de Jesús, sino que los que querían bautizarse con Juan habían de presentarse personalmente y él mismo asistía al acto de la inmersión como testigo oficial, en cierto modo.

Con esas mismas ceremonias se realizó también el bautismo de Jesús. Un hombre, galileo a juzgar por el habla y la indumentaria, deseaba ser bautizado. El Espíritu Santo había revelado sin duda a Juan que el Mesías en persona vendría a él. Por eso mira a cada uno de los que se le presentan delante —también a Jesús—, como examinándolo; al instante siente que esta vez pone sus ojos en otros que ven más que los suyos y dice a Jesús:

“¿Yo debo ser bautizado por Ti, y Tú vienes a mí?”

“Deja ahora, porque así nos conviene cumplir toda justicia.”

La respuesta de Jesús, acomodada a las circunstancias, hubiera tenido que ser, dentro del estilo de la cortesía oriental, en estos términos más o menos: “¡Tú no necesitas ser bautizado por mí!” Pero Jesús da una respuesta que no se puede entender si no se supone que él es consciente de su filiación divina.

Cristo hace valer su superioridad sobre Juan para resolver la cuestión. Lo que los dos deben hacer no es preguntar por su rango, sino sólo cuál es la voluntad de Dios.

El bautismo y el ayuno que le siguió era la última preparación

de Jesús para su aparición pública como Redentor. Hasta ahora había vivido como un sucesor al Trono a quien su Padre ha criado en secreto para heredar más tarde el reino perdido. Solamente unos pocos privilegiados habían tenido noticia de ello. Ahora se acercaba el tiempo en que debía aparecer públicamente y Juan era el destinado por Dios para que le proclamara como fundador del nuevo Reino. Jesús tomó desde entonces la redención como una obra a la que debía dar cima sin tardanza. Un hijo de reyes que toma posesión de la soberanía se interesa por el estado del Reino de otra manera que quien sólo sabe que más tarde será nombrado Rey. La misión dada por el Padre se hizo sentir en Jesús, al bajar al Jordán a ser bautizado, con una claridad y fuerza nunca sentida hasta entonces. Cuando entró en las aguas siempre turbias del Jordán, agolpóse en torno suyo, en cuanto Hijo de Dios y cabeza responsable del género humano, todo el flujo de los pecados de los hombres. Él era quien debía desvirtuar el veneno del pecado para todos los que quisieran justificarse con su sangre.

Es muy probable que los otros israelitas hicieran la confesión de sus pecados estando aún de pie en el agua, lo cual responde muy bien al sentimiento oriental. De Jesús se nos dice que “inmediatamente” después de ser bautizado salió del río. Su bautismo, pues, ni comenzó ni terminó como el de los demás hombres.

Toda la descripción que sigue es extraordinariamente gráfica. Jesús ora con la faz alzada al cielo; esta misma actitud conserva en todo lo que viene después. Ve cómo se le abre el cielo —delante de Él y no encima de Él perpendicularmente— y el Espíritu de Dios descende en forma de paloma y “se posa sobre él”. Con estas palabras se describe una escena que no coincide con la que representan generalmente las imágenes, en que está Jesús las más de las veces aún en el agua, teniendo los ojos bajos y orando y la paloma volando sobre Él, pero sin que pueda verla.

Y resonó una voz del cielo que decía: “Éste es mi Hijo amado, en quien me he complacido.”

Con eso había dado Dios testimonio solemne ante Juan y el pueblo allí presente de la misión de Jesús.

Las tentaciones de Jesús

Entonces Jesús fué llevado al desierto por el Espíritu, para ser tentado del diablo, y vivía entre animales salvajes. Después que hubo ayunado cuarenta días y cuarenta noches, tuvo hambre. Entonces se le acercó el tentador y le dijo: "Si eres Hijo de Dios, manda que estas piedras se conviertan en pan." (Mat., IV, 1-11; Mar., I, 12-13; Luc., IV, 1-13.)

Después del bautismo se retiró Jesús a un lugar del desierto desde donde ya no se veían los caminos, semejantes a blancas cintas, que conducían a Jerusalén a través de las gargantas del valle del Jordán, ni se oía el traqueteo de asnos y camellos ni los gritos de sus guías. Muy contados eran los que se atrevían a pasar solos por aquellas desiertas regiones.

No es fácil encontrar más fuerte contraste que el que existe entre un desierto y una ciudad oriental, en la que todos los artesanos prolongan hasta la calle su taller si les resulta demasiado estrecho dentro; donde están siempre abiertas las puertas de todas las casas, adonde todos, sin distinción, tienen derecho a entrar; donde cada uno vive con todos y todos están relacionados entre sí. Jesús vivió sin duda totalmente esa vida propia de una aldea como Nazaret, según lo está demostrando el uso que hace después en sus discursos de las comparaciones sacadas de las particularidades de esa vida.

Ahora vive Jesús entre los animales del desierto, como se expresa San Marcos; estas palabras parecen extrañas; pero no son más que la descripción de la vida del desierto. Aun en nuestros días se conserva una frase semejante: "Está fuera con los animales." Jesús debió de recordar como algo ya muy lejano su larga vida pasada en aquel taller de Nazaret, que pocas semanas hacía había él desalojado y abandonado.

Los pecados de todo el mundo pesaban ahora sobre Jesús más sensiblemente que antes; pero, al mismo tiempo, se apoderó de él un ansia ardiente de emprender la lucha contra el reino del pecado y reparar así el honor de su Padre. En razón del creciente fervor del trato interior con su Padre celestial quedó como substraído a

las leyes ordinarias de la vida del cuerpo y a la espantosa soledad.

Cuando se dice que Jesús ayunó “cuarenta días y cuarenta noches” no se dice una cosa que fuera inusitada. También los judíos conocían, además del ayuno del día, el ayuno durante “el día y la noche”, o bien noche y día, pues ellos empezaban a contar el día desde la puesta del sol. Si la lluvia no llegaba después de un ayuno ordinario se emprendía un ayuno de tres días, durante el cual no se podían tomar alimentos ni aun por la noche.

Los días y las noches se van sucediendo regularmente según leyes fijas y constantes. Allí arriba, en las montañas de Moab, se levanta por la mañana el sol, y después de describir un arco como el que describe en nuestras regiones en invierno, húndese por la tarde tras de las peladas montañas que caen delante de Jerusalén. Con frecuencia levántanse sobre las solitarias alturas del Oeste nubes como altas torres, cual si quisieran desplomarse sobre el desierto, y recios aguaceros se precipitan sobre el país montañoso. Pronto empiezan a resonar las barrancas entre las pendientes de los montes. El agua de las peladas planicies reúne en los arroyos y se precipita al valle. El ruido que se produce entonces en medio de aquel silencio es espantoso, y cuando ya las aguas cesan de correr, un nuevo silencio, como un opresor destierro, extiéndose por la montaña que parece muerta.

Largas y frías son en este tiempo las noches del desierto. En la obscuridad resuenan los lamentos de chacales errantes más recios o más débiles alternativamente, como gemidos de niños. Parecen el llanto de un mundo maldecido. A veces sube un bramido de lo profundo del valle del Jordán. De cuando en cuando, el ligero crujir de la arena en la obscuridad delata que rondan animales por las cercanías.

En lo alto, sobre la tierra, arquéase un espacio tachonado de estrellas centelleantes, que brillan serenamente sobre el silencio de muerte del abrasado desierto. Cuando viene la luz blanca de la luna, parece alargar las ondulaciones del desierto en uniformidad cenicienta; las sombras de las piedras son negras como carbones y parecen tener más realidad que las mismas piedras bañadas en luz lunar.

Jesús no conocía ese apasionamiento por la soledad propio de los hombres modernos, pero de alguna manera estaba bajo la im-

VISTA DE JERUSALÉN, TOMADA DESDE EL PINACULO DEL TEMPLO HACIA LA PARTE MÁS HONDA DEL VALLE CEDRÓN

El camino que está en primer término conduce desde la pendiente en que estaba la antigua Jerusalén hasta el puente del Cedrón. Siguiendo este camino se llega, por la derecha, a la fuente de Siloé. A la izquierda se extiende, en la pendiente, la aldea del mismo nombre. Las casas están construídas en parte excavadas en las rocas; los tejados son planos. Las ventanas, que parecen tener marcos blancos, los tienen en realidad azules. El azul, color de cielo, es el color santo. Las ventanas tienen dos batientes siempre, en memoria de las dos tablas de la Ley. La fotografía da una idea de la antigua Jerusalén, porque así como ahora, a la izquierda del valle, en la pendiente de Siloé, se ha edificado en gradas aterraplenadas, así en tiempo de Jesús una parte principal de la ciudad de Jerusalén estaba edificada en la pendiente, a mano derecha, donde ahora sólo hay campos.

LAVATORIO RÍTUAL ANTES DE LA ORACIÓN

Los mahometanos han tomado de los judíos la costumbre de bañarse antes de la oración. La fotografía muestra un canal del Nilo. El aire profusamente dorado del ambiente vespertino parece adivinarse de algún modo aun en la fotografía monocroma. En la orilla derecha se inclina un hombre para beber echándose agua a la boca con el hueco de la mano. Ya los héroes de Gedeón bebieron de esa manera. En la otra parte se ven hombres ocupados en quitarse o ponerse los zapatos, antes o después de bañarse. La oración la hacen sobre una estera de paja. Si no se tiene a mano, se extiende el turbante y se sientan sobre él.



presión de esta vida de desierto. Es algo más que pura casualidad que todos los pasajes de la Escritura aducidos contra Satanás estén tomados del relato de la peregrinación del pueblo de Israel por el desierto.

Pasados los cuarenta días hizose sentir el agotamiento con un hambre que había llegado al grado extremo. Hay una canción beduína que evoca a maravilla, mucho mejor que largas descripciones, los sentimientos que se apoderan de los hombres agotados por la vida de desierto. No sin razón, la frase “ir al desierto” significa también en esas regiones “morir”.

Un sentimiento parecido de debilidad debió también de apoderarse de Jesús cuando el espíritu, cesando ya aquella alta oración, hubo de sentir necesariamente el estado en que se hallaba el cuerpo. El estado de alma de Jesús durante aquellos cuarenta días tal vez era más semejante de lo que nosotros creemos al del monte Olivete.

No sabemos en qué forma se le acercó el tentador. Pero hay que creer que se le presentaría en una apariencia acomodada a lo que decía y a las demás circunstancias externas. El demonio comienza un diálogo tomando pie del hambre de Jesús. Las representaciones en que se pintan las tentaciones de Jesús son inexactas en cuanto al elemento más íntimo, si presentan a Satanás como un ser horrible junto a Jesús.

Dícele el tentador: “Si eres hijo de Dios, di que estas piedras se conviertan en pan.”

Estas palabras no se pueden explicar sino en boca de un nombre visible. Una circunstancia secundaria insinúa que el demonio había tomado figura humana, pues la indicación “estas piedras” supone un gesto. Aunque con eso bien se puede conciliar que Satanás se presentara ante Jesús como un ángel, pues también los ángeles se aparecen en forma humana. “Que estas piedras se conviertan en pan.” De hecho hay en el desierto de Judá unas piedras que parecen panes brillantes. Son restos de pedernales, redondeados y pulidos después por la acción combinada del viento y la arena.

Verdad es que Jesús experimentaba temblando aquella angustia que se apodera de los hombres que se sienten agotados en la soledad. Pero nunca jamás quebrantará la voluntad de su Padre para hacerse la vida más llevadera. Ve delante de sí los millones de

hombres que obran cobardemente, porque por unos motivos u otros, según dicen, les es imposible proceder de otra manera.

“No sólo de pan vive el hombre, sino también de toda palabra que sale de la boca de Dios.”

Jesús aduce un pasaje del relato de la peregrinación por el desierto. Los israelitas padecen hambre y Dios les envía el maná. Dios puede ayudarles sin sacarles inmediatamente del desierto y sin hacer llegar caravanas con cargamentos de pan. Jesús dice, conforme a eso: “Yo confío en Dios. Él es quien determina el tiempo y la forma de venir en nuestra ayuda.”

“Entonces le tomó consigo el demonio y lo llevó a la ciudad santa y lo puso sobre el pináculo del templo.”

“A la ciudad santa”. Los árabes llaman aún a Jerusalén “El Kuds”, la ciudad santa. Por el pináculo del templo se podía ir sin peligro de caer. Era probablemente una torre angular de los muros que rodean la ciudad, provista de almenas como las murallas de nuestras fortalezas. Egesipo refiere que Santiago el Justo fué arrojado desde lo alto de esta plataforma.

En contra de la interpretación que se da a veces de las tentaciones como si se hubieran seguido una después de otra inmediatamente, téngase en cuenta la siguiente observación: Satanás apoya la primera tentación en el hambre terrible de Jesús. Ahora bien, no parece verosímil que Cristo, hambriento como estaba, soportara inmediatamente después las largas jornadas desde el desierto al templo y desde el templo al alto monte de que nos habla el Evangelio.

El proceso de la tentación es el mismo que se usa en las luchas desesperadas. Se echa mano de estratagemas opuestas, que se suceden con rapidez. Jesús confía en Dios, y Satanás procura inducirle a una confianza tal que en substancia viene a ser de nuevo arrogancia.

“Si eres Hijo de Dios, échate de aquí abajo, porque escrito está que a sus ángeles dará órdenes respecto de Ti que te guarden y te sostengan en sus manos para que no se hiera tu pie en alguna piedra.”

“Pero también está escrito, replicó Jesús: No tentarás al Señor tu Dios.”

Si Jesús hubiera hecho su aparición en las plazas de los atrios del templo, como descendiendo del cielo, todo el pueblo le hu-

biera saludado por Mesías; pues, según una tradición popular judía, el Mesías debía manifestarse en el techo del santuario. “Nuestros maestros nos han enseñado que cuando se revele el Rey Mesías vendrá y estará en el techo del santuario. Y anunciará a los israelitas y les dirá: “Pobres, el tiempo de vuestra libertad ha llegado.”

Misterioso juego es el que Satanás comienza. Cita la palabra de Dios para apartar a Cristo de Dios. Pero Jesús no se deja desviar por la palabra divina.

Otro cambio de decoración. Esta vez toma el demonio a Jesús consigo, le traslada a una montaña muy alta y le hace contemplar en un momento todo el poderío y magnificencia del mundo. Desde esta cumbre, que de suyo permite un panorama dilatado, la realidad se transforma en mundo imaginario, como las pintadas decoraciones de un escenario de teatro. Al engaño de la imagen se añade la mentira de las palabras: “Todo esto te daré, pues todo me pertenece y puedo darlo a quien quiera, si postrado en tierra me adoras.”

Al pasar de una tentación a otra, Satanás se iba acercando cada vez más a lo que el Padre tenía decretado acerca de su Hijo, pues como Hijo de Dios tenía el don de hacer milagros. Más tarde, no para sí, sino para otros, multiplicará los panes, hará milagros mayores que si se hubiera arrojado del pináculo del templo a las plazas de los pórticos. Y Dios le ha concedido el reinado sobre el mundo entero. Lo que Dios ha predestinado para Cristo, se lo ofrece ahora el demonio como un don suyo, poniéndole la condición de que le tribute el honor a que sólo Dios tiene derecho. En esto se revela manifiesta y claramente el secreto proceso de toda tentación. Satanás se insinúa confidencialmente: “Tales tesoros no a todos se pueden mostrar. Pero tú me pareces digno de ellos. Sólo una nonada, una ligera demostración de honor, y convenimos los dos.”

Es conmovedor pensar que esta “montaña” de la tentación se hallaba en el desierto de Judá y, por consiguiente, si lo que le presentó el demonio fué la realidad, presentaba el mismo panorama que Jesús contempló cuando ascendió a los cielos desde el monte Olivete. Entonces poseía Él realmente lo que Satanás le había prometido de mentira; y podía decir: “Me ha sido concedido todo poder en el cielo y en la tierra.”

Jesús recurre de nuevo a la Escritura: "Vete, Satanás, porque escrito está: Al Señor tu Dios adorarás y a Él sólo servirás." También en esta última cita de la Escritura es importante que Jesús no se declara abiertamente como Hijo de Dios. Escoge una palabra de la Escritura que cualquiera puede usar contra Satanás en las tentaciones. Pero a través de la humanidad de Cristo debió de resplandecer algo de su ser divino, y Satanás huyó.

Por misteriosa manera corresponden estas tentaciones con la futura agonía de Jesús en el monte de los Olivos. Aquéllas eran la última preparación a la aparición ante Israel, como las horas de Getsemaní representan el comienzo de la pasión. El mismo Evangelista parece que quiere insinuar esta correspondencia, notando al fin que el diablo le había dejado "entretanto", hasta que llegara "su hora", es decir, la hora de la condenación a muerte y de la crucifixión.

Luego aparecen ángeles y sirven a Jesús. Esa frase tan corta significa tal vez más de lo que nosotros creemos. ¡Tan agotado estaba Jesús que sin un refuerzo no tenía fuerzas para volver a la región habitada!

Primavera en el Jordán

Para toda la Palestina, pero muy singularmente para el valle del Jordán, el mes de marzo es el tiempo más hermoso de todo el año. Mientras en las mesetas que se extienden a ambas orillas del Jordán continúan en marzo las lluvias unos ocho días y pueden las noches aún ser muy frescas, domina junto al río una temperatura más regular y muy agradable. El trigo ha alcanzado ya su mayor altura, y los árboles que en el invierno pierden la hoja se cubren de nuevos brotes. Por la noche hace ya tanto calor, que no apetece dormir en casa y se puede dormir lo mismo al aire libre. Sin embargo, hay que envolverse bien, pues con el calor vuelven las moscas y los mosquitos. A medida que el calor se afianza en el valle y llega a las alturas, comienza a derretirse la nieve de la montaña del Líbano. El Jordán crece y ensancha su cauce en los parajes llanos. El agua pierde enteramente la transparencia, y así no carece de peligro la travesía del río; la misma arena, al parecer seca, está tal vez por debajo impregnada de agua, y

puede uno hundirse de repente en el fango sin fondo. En general, este era un tiempo muy a propósito para viajar. Si le sorprendía a uno la lluvia, podía secarse pronto al sol, que ya calentaba bastante. Aun hoy dice un refrán a propósito de este tiempo: "El pastor chorrea (por la lluvia), mas se seca luego al sol."

Esas particularidades se dejan entrever en el fondo de los relatos evangélicos; sirven como para definir las líneas de estos mismos relatos, y, al mismo tiempo, son como un testimonio de su veracidad histórica.

En el Evangelio se advierte que el interrogatorio hecho al Bautista por la legación venida de Jerusalén no tuvo lugar en el Jordán mismo, sino en Betania, al otro lado del río. Es que Juan se había retirado del río en el tiempo del máximo caudal de agua y había buscado para su oficio de bautizar un lugar rico en fuentes.

En nuestros días se celebra aún, más o menos por el mismo tiempo, al llegar la primavera, en las primeras elevaciones del desierto, la fiesta mahometana de Moisés, "Fiesta de Nebi-Musa". Por algún tiempo surge en torno al santuario de las peregrinaciones una nueva aldea.

Algo parecido pudieron observar también los romanos al aparecer el Bautista. Camello tras camello, un asno tras otro, van viniendo cargados con lo poco que un oriental necesita cuando quiere celebrar una semana de fiesta: es decir, ropa para cubrirse por la noche, los paños de la tienda, perchas, pan y odres para el agua. Eso basta. Así surgió también alrededor de Juan una especie de aldea. Los israelitas que estuvieron más tiempo con el Bautista no vieron en eso nada extraordinario; por el mismo tiempo comenzaban a dormir al aire libre aun los que tenían casas.

En este círculo de discípulos que rodeaban a Juan reinaba un sentimiento religioso solemne. Juan era el centro de todos. Por la manera de ser de los orientales, se reunían juntos los de una misma región, pero todo eso con libertad de acción y sin desorden. Se iban y volvían cuando querían. Se reunían en grupos alrededor del Bautista; después se iba cada uno de por sí y luego volvía cuando le parecía a escuchar sus palabras y a instruirse sobre la manera de vivir religiosamente.

La legación enviada desde Jerusalén

Este es el testimonio de Juan, cuando los judíos de Jerusalén le enviaron sacerdotes y levitas para preguntarle: "¿Tú, quién eres?" (Juan, I, 19-28.)

Los que no reconocieran la vocación divina de Juan se debieron de escandalizar con su aparición. ¿Adónde se iría a parar, si cada uno pudiera introducir a su capricho nuevas prácticas religiosas? ¿En qué vendrían a parar las múltiples purificaciones religiosas si se podía ir al Jordán a someterse allí a una purificación que no necesitaba ya ser repetida? Por eso se presentó ante Juan una Comisión de Jerusalén, compuesta de sacerdotes y levitas. Los levitas venían, al parecer, como acompañantes, pues convenía a los sacerdotes presentarse con cierta nota de oficialidad. Y le preguntaron: "¿Tú quién eres?" ¿Por quién te tienes, pues introduces tales novedades en el pueblo de Israel?

Juan respondió certeramente a lo que en el ánimo de los enviados era el objeto de la pregunta diciéndoles: "Yo no soy el Mesías." Cobran ánimo con esa declaración y prosiguen:

"Pues entonces, ¿quién eres? ¿Eres Elías?"

"No soy."

Según las opiniones populares de entonces (véase el capítulo "Jesús y las esperanzas terrenas mesiánicas de su tiempo"), Elías había de aparecer para ungir al Mesías como Rey. No pocos esperaban que después del largo tiempo pasado sin profetas vendría uno mayor que todos que pusiera orden en aquel estado confuso de cosas.

"¿Eres tú el Profeta?"

"No."

El hombre del desierto no dice palabra superflua. Gente que tiene muy rara vez ocasión de hablar, sabe dar con frecuencia las respuestas más oportunas y escuetas. Juan ha rechazado con ese "no" todos aquellos títulos que, según la opinión de los enviados, hubieran podido justificar el bautismo.

Por eso insisten resueltamente en su pregunta.

"Pues, ¿quién eres? Dínoslo para que podamos dar respuesta a los que nos han enviado. ¿Qué dices de ti mismo?"

Juan responde: "Yo soy la voz del que clama en el desierto. Pues así está ya escrito en el Profeta Isaías."

Los jefes de los enviados pertenecían al partido de los fariseos. Estos revelan, por fin, abiertamente, lo que de un modo especial les había disgustado en Juan.

"¿Pues cómo bautizas si no eres el Cristo, ni Elías, ni el (esperado) profeta?"

Aquí se expresa Juan ya más claramente acerca de su oficio, aunque las palabras que emplea debieron de parecer a los incrédulos fariseos mortificantes por lo misteriosas.

"Yo bautizo en agua. Entre vosotros (entre el pueblo, cuyos jefes sois vosotros) está el que vosotros no conocéis, que ha de venir en pos de mí y ha sido engendrado antes de mí, a quien yo no soy digno de desatar la correa del zapato."

El Cordero de Dios

Al día siguiente vió Juan que el mismo Jesús venía a él. Y dijo: "He aquí el Cordero de Dios, he aquí el que quita el pecado del mundo." (Juan, I, 29-34.)

Al día siguiente se presentó Jesús en Betania. Precisamente tenía entonces Juan en su derredor discípulos fieles e incondicionales. Y, señalando a Jesús, dijo solemnemente: "He aquí el Cordero de Dios, el que quita el pecado del mundo. Este es Aquel de quien yo dije: Después de mí viene otro que existió antes de mí, porque primero era que yo."

El título de "Cordero de Dios" aludía ya abiertamente a la manera cómo Jesús había de redimir a los hombres, es decir, sacrificándose por sus pecados y cancelándolos de ese modo.

Juan declara después a los discípulos cómo supo él que Jesús era el Mesías:

"Yo he visto al Espíritu bajar en forma de paloma y posarse sobre Él. Entonces todavía no sabía nada de Él. Pero el que me envió a bautizar con agua me había anunciado: Sobre quien tú vieres descender el Espíritu y reposar sobre Él, ese es el que bautiza en Espíritu Santo. Y yo lo vi, y di testimonio de que éste es el Hijo de Dios."

Los primeros discípulos de Jesús

Al día siguiente otra vez estaba Juan allí y dos de sus discípulos. Y mirando a Jesús que pasaba dijo: "He aquí el Cordero de Dios." Y le oyeron dos de sus discípulos, y siguieron a Jesús. (Juan, I, 35-42.)

El primer encuentro de Jesús con sus futuros Apóstoles, Juan y Andrés, es en cierto sentido la escena más curiosa de todas las de su vida. Jesús está allí como un desconocido ante unos hombres que no saben de él otra cosa sino que el Bautista le ha llamado Cordero de Dios. ¿Este hombre misterioso se puso a tratar con ellos, cuyos vestidos olían a algas marinas y aceite de pescado? Sabido es que los pescadores contaban entre las clases despreciables. Ambos siguieron con gran interés detrás de Jesús, a quien Juan acababa de dar un nombre misterioso.

Jesús hizo como todo el que siente que le siguen los pasos. Volvióse y preguntó: "¿Qué buscáis?"

Entonces vieron a Jesús por vez primera. En Oriente, ni el mendigo pierde la presencia de ánimo ante un gran señor. Cierta cortesía noble es herencia de estos viejos pueblos. Los discípulos se contentaron con preguntarle: "Maestro, ¿dónde vives?"

Entonces pronunció Jesús las primeras palabras a sus primeros discípulos: "Venid y vedlo."

Era una palabra que, además del sentido de invitación ordinaria que tenía en aquel momento, tenía otro más profundo: el de una vocación velada. Los discípulos acompañaron a Jesús y vieron dónde moraba. La palabra "casa", aunque se pudiera haber empleado aquí de hecho, no se halla en el texto, y eso o casualmente o por la sencilla razón de que en realidad no se trataba aquí propiamente de una casa.

Los discípulos se quedaron aquel día con Jesús.

Hubiera sido muy interesante saber de qué hablaron en este primer encuentro con Jesús. Pero Juan (sumergido como estaba totalmente en sus dulces recuerdos y olvidando que nosotros ignoraríamos, si él no nos lo decía, todo lo demás) nos comunica tan sólo una cosa, es decir, que este encuentro se tuvo diez horas después de la salida del sol: a las cuatro de la tarde, poco más o menos.

Si Jesús había sido hospedado ya en alguna familia, la hospitalidad oriental pedía que se invitara a los dos compañeros a quedarse. Eso acontecía dos horas antes de ponerse el sol. Por esta época del año se pone el sol tras la meseta de Judea, que en estos parajes tiene mucho de montañosa, por razón de sus abruptas pendientes. En cambio, a esas horas brilla aún el sol en las pendientes de la meseta del este del Jordán; la luz comienza a temblar sobre las desnudas rocas con un delicado brillo rosa pálido, y las sombras van tomando en los bordes de las barrancas una coloración bañada en púrpura. El valle mismo conserva aún su característico gris pálido.

Todos los que estaban allí sentados eran galileos. Fuera de la patria surgió, pues, en seguida el sentimiento de solidaridad. Jesús les dijo en esta ocasión, tal vez al despedirse, de dónde era Él, pues Felipe muestra al día siguiente que ya lo sabe. Es posible que convinieran entonces el volver juntos a Galilea.

Aquella misma tarde o a la mañana siguiente, Andrés, uno de los discípulos, fué a buscar a su hermano Simón, que pertenecía tal vez a los discípulos de Juan. Andrés es ya fuego y llama para Jesús, con quien no ha estado aún más que algunas horas. Está ya lleno de aquel entusiasmo especial que se despierta al encontrarse por vez primera dos almas que tienen los mismos sentimientos, aunque no sean de la misma condición social. Después se van conociendo más; pero la primera impresión es ya viva y profunda. Y así Andrés va a Simón con esta gran novedad: "Hemos hallado al Mesías."

En el encuentro de Jesús con Simón sucedió algo que llamó la atención de aquellos hombres. "Jesús clavó su mirada en él", y le miró como se mira a uno a quien se ha esperado para confiarle una misión determinada. A eso respondían las significativas palabras, pero envueltas todavía en el misterio: "Tú eres Simón, hijo de Jonás. Tú serás llamado Pedro, la piedra."

Pedro no podía sospechar entonces más que una cosa: que ese cambio de nombre significaba futuros planes de Jesús sobre él. Y todos veían con evidencia que Jesús les recibía para que formaran parte de su compañía.

Camino de Galilea

Al día siguiente Jesús se decidió a ir a Galilea. Halla a Felipe y le dice: "Sígueme." Felipe era de Betsaida, ciudad de Pedro y de Andrés. Felipe encuentra después a Natanael y le dice: "Hemos hallado aquel de quien escriben Moisés y los Profetas. Es Jesús, el hijo de José el de Nazaret." (Juan, I, 43-51.)

El encuentro de Felipe y Natanael pudo muy bien haber tenido lugar más arriba, en la región de Galilea. El día de la partida hacia Galilea lo llama Juan el "segundo día" de su relato de los encuentros de Jesús con sus primeros discípulos. En relación con esto, nota Juan después, que Jesús al día siguiente, por consiguiente el tercer día, llegó a Caná de Galilea.

En el encuentro con Felipe es Jesús mismo quien intima a un desconocido a seguirle con la palabra: "Sígueme".

Pero ¿cómo fué Felipe a Jesús? Las frases siguientes del Evangelista lo declaran: "Pues Felipe era de Betsaida, es decir, de la misma ciudad de Pedro y Andrés." Puédesse deducir de ahí que se hallaban ya en una región donde era fácil dar con conocidos. O bien hay que suponer que Felipe era de los discípulos de Juan. Poco después halló Felipe a Natanael. Estos hombres sólo hacen prosélitos entre los de su misma condición. Felipe habla ya en nombre de un grupo de galileos, cuando, no sin cierta solemnidad, dice a Natanael: "Hemos hallado Aquel de quien escribe Moisés en la Ley y los Profetas. Es Jesús, el hijo de José de Nazaret."

Felipe había dicho ya con eso demasiado. La última palabra "de Nazaret" anulaba toda la impresión de la noticia. Natanael era de Caná, lugar cercano a Nazaret, y los habitantes de Nazaret no gozaban de muy buena fama, como ya hemos dicho. Cuando se quieren conocer las cualidades de un pueblo o aldea basta preguntar a la aldea vecina. En medio de exagerados prejuicios, se oyen pareceres que son buen testimonio de la fina observación del que los da.

Natanael prorrumpe en esta expresión: "¿Puede salir cosa buena de Nazaret?" Estas palabras hay que tomarlas como dichas, no con aire indignado, sino acompañadas de una sonrisa benévola y por un palestino de rostro tostado por el sol.

Felipe no se siente ofendido lo más mínimo. Es hombre que no se excita fácilmente. Si las cosas no van bien de un modo irán bien de otro. Renuncia a defender a todos los nazarenos, y se contenta con decir, tranquilo y seguro de sí mismo: "Ven y lo verás."

Podemos representarnos a esos dos hombres cómo le siguen apresuradamente, con cierta excitación y hablando sin cesar.

Mientras en el encuentro con Pedro Jesús dió a entender, con el cambio de nombre, que conocía lo futuro, al presentarse Felipe trayendo a Natanael manifestó que conocía las cosas que sucedían a distancia. Jesús recibe al hombre que tan mal concepto tiene de los nazarenos con estas palabras: "He aquí un verdadero israelita en quien no hay doblez."

Ésta es una de las escenas en que no se puede uno imaginar a Jesús sino iluminado con cierta sonrisa de bondad y simpatía. La observación que se hace a veces que Jesús jamás rió como ríen los hombres modernos es exacta; pero, por otra parte, hay una serie de dichos de Jesús, transmitidos literalmente, que es imposible concebirlos en un oriental sin cierta sonrisa benévola.

Natanael, en todo caso, debió de convenir en lo que Jesús decía, pues simular, ciertamente, ni sabía ni podía. Hace poco acababa de dar su juicio sobre la gente de Nazaret, por cierto sin reserva alguna. Y pregunta atinadamente: "¿De dónde me conoces?" Y Jesús revela su infinita sabiduría:

"Antes que Felipe te llamara, te vi cuando estabas debajo de la higuera."

Nadie sabía —y nosotros tampoco lo sabemos— qué había hecho Natanael debajo de la higuera. Era costumbre plantar las higueras en las cercanías de las casas, y si no se hacían demasiado altas, pendían hacia abajo las ramas alrededor del tronco en ondulantes curvas. A esos rincones sombríos se retiraban para el estudio y la oración. Tal vez había orado Natanael allí, y es posible que orara por la venida del Mesías y aun tal vez había hecho algún voto condicionado, si él mismo alcanzaba a verle, pues no es raro hallar mencionados en los escritos judíos votos de esa índole. Al descubrirle Jesús los secretos de su alma delante de todos se olvida Natanael de que está delante de un nazareno, y con su vivacidad natural, arrebatado totalmente por la impresión que Jesús hace sobre él, exclama:

"Maestro, Tú eres el Hijo de Dios. Tú eres el Rey de Israel."

La respuesta de Jesús es de una importancia especial para probar la conciencia que tenía de ser el verdadero Hijo de Dios. Natanael le había llamado, en un desbordamiento de sus sentimientos, "Hijo de Dios", entendiendo esta palabra en sentido metafórico, conforme a las opiniones de entonces. Jesús se vió, humanamente hablando, en un compromiso. No era Hijo de Dios en aquel sentido en que lo entendía Natanael; no podía, pues, aprobar tales palabras con una simple afirmación. Por otra parte, los discípulos no estaban aún dispuestos para un conocimiento de un grado superior. Jesús suaviza su respuesta con tal arte, que, sin ser demasiado explícita, rectifica primero el juicio de Natanael, y luego, ya rectificado, lo aprueba.

"¿Porque te he dicho que te vi debajo de la higuera crees? Cosas mayores que ésta verás."

Y prosiguió Jesús, dirigiéndose a todos los que habían oído las palabras de Natanael: "En verdad en verdad os digo que veréis el cielo abierto y los ángeles de Dios subir y descender sobre el Hijo del Hombre."

Con estas palabras insinuaba Jesús que su relación con el cielo era mucho más estrecha de lo que pensaban antes "los circunstantes". Las barreras entre el cielo y la tierra habían desaparecido. Los ángeles hacían el oficio de mensajeros entre Jesús y el que le había enviado. Misteriosamente se dice que primero subirán y que luego bajarán. El punto de partida, pues, de estos sus servicios de mensajeros no era Dios en el cielo, sino el Hijo del hombre en la tierra.

En vez del título "Rey de Israel", "Hijo de Dios", se puso entonces Jesús a sí mismo el nombre que después se dió comúnmente: "Hijo del Hombre". Y aquí, donde Él se llama por vez primera Hijo del Hombre, usa al mismo tiempo, también por vez primera, la aseveración "amen, amen", que se suele traducir generalmente por la forma "en verdad, en verdad". Jesús emplea aquí esta expresión en un sentido que no era el ordinario. "¡Amen!" se decía entre los judíos cuando se aprobaban las palabras de otro. Si el otro había afirmado algo, significaba el amen una confirmación (así es); si había deseado algo, significaba la aprobación del deseo (sea así); si había dado el otro un testimonio, significaba que se asentía (también yo doy fe). En cambio, Jesús usa aquí esa palabra para corroborar sus explicaciones. Siendo así que ordinariamente el

amen se usa como frase que pone fin a lo que otro dice, Jesús, en los momentos solemnes, empieza a hablar con un “amen”. —Nuestra palabra “en verdad” no traduce todo el sentido del hebreo, y puede permitirse a falta de otra mejor. La palabra “amen” no se usa jamás, ni aun fuera de la Biblia, en el sentido de: “En verdad os digo”—. En todos los pasajes en que aparece el “amen”, habla Jesús como “Hijo del Hombre”, con autoridad divina. —El amen solemne suple en Él a los juramentos que usaban los judíos, contra los que habla Cristo en el sermón de la montaña—. Esta palabra tiene otro matiz en el contexto, porque este “amen” aparece por vez primera precisamente cuando Jesús usa también por vez primera el apelativo de “Hijo del Hombre”.

Las bodas en Oriente

Apenas hay otra escena de la vida de Jesús que esté más desfigurada en los cuadros, aun de pintores famosos, como suele estarlo la de las bodas de Caná. Brillantes y finamente pulidas losas de mármol cubren el atrio; cuando es posible, una vista panorámica a través de un magnífico vestíbulo de columnatas, con problemas de perspectiva; en el fondo, la sala, amplia y elevada y ricamente adornada con guirnaldas. Cosas todas que serían tolerables si se tratara simplemente de la representación ideal de unas bodas; pero en este caso concreto se hace violencia a la verdad interna del relato del Evangelio. En un país de vino, como la vieja Palestina, no se puede concebir que en un palacio como ése se llegue a un serio conflicto por la falta de vino en unas bodas.

La lectura de este pasaje del Evangelio tal vez produzca cierta extrañeza en los hombres de nuestros tiempos, que en su mayor parte ya no tienen ocasión de conocer la vida, natural y sencilla, del pueblo. ¿Es posible? ¿Jesús en una boda? ¿Jesús convirtiendo el agua en vino?

Para la gente sencilla, una boda dentro de su vecindad es casi la única fiesta que interrumpe por un breve espacio de tiempo la vida de trabajo. Se han creado cuadros que dejan entrever la alegría extrema a que se puede llegar a veces en las bodas; pero son contados los casos de representaciones de bodas de gente sencilla, en que todo se desenvuelve con una dignidad tan noble, en tanta inti-

midad y con tanta elevación, que no tengan nada que envidiar a ninguna fiesta, ni aun de las clases más altas. Y, sin embargo, esas posibilidades hay que presuponerlas como fondo en la boda de Caná y en las parábolas que expuso Jesús.

Relevemos sólo algunos pormenores que ayuden a dar a los hechos del primer milagro de Jesús su verdad original. Las fiestas de bodas en Oriente son aun en nuestros días casi exactamente las mismas que en tiempo de Jesús.

La boda, en este país de clima cálido, comienza siempre por la tarde, y si no todos los huéspedes se quedan siete días, dura, al menos, más de un día. Ya mucho tiempo antes se han preocupado de procurarse huéspedes para esos días, y la preocupación empieza tanto más pronto cuanto más pobres son los novios. Los platos preferidos son carne de carnero hervida en leche, toda clase de legumbres frescas y frutas secas, como higos y pasas. Cualquiera al oír esto pensará que esa gente vive opíparamente. Pero esa misma gente pasa semanas enteras sólo a pan y agua. “¿Y el vino?” Se consideraba entre los héroes homéricos y en la antigua Palestina no como bebida de placer, sino como un alimento. Y no se olvide que el vino iba siempre mezclado con agua. Además, está comprobado que en los países de vino los que se embriagan son menos que en el Norte, y precisamente en las fiestas del pueblo sencillo esos casos ocurren raras veces. Los meridionales están acostumbrados ya desde la juventud a guardar en esas ocasiones las reglas de urbanidad, porque toda su vida, más o menos, la pasan fuera de casa.

En Oriente, el vino se conserva con mucha frecuencia en hidrias, sobre todo si se trata de fortunas como la de la familia de Caná. En el Evangelio se habla expresamente del “vino para la boda”. Parécenos ver a la pobre familia delante de las hidrias diciendo: “Este es el vino para la boda. No se puede tocar hasta entonces.”

Como en todos los pueblos sanos, también en Israel una boda era un acontecimiento no sólo para las dos familias interesadas, sino también para todos los parientes de ambas partes, y aun para toda la localidad. Y así fué invitada María, la Madre de Jesús, y Jesús también, cuando se mostró en público, y con Él todos los que le seguían. Asimismo tenían entrada libre todos los habitantes del lugar, sin distinción. En vano se buscarán las huellas del rígido ceremonial que se advierte en los cuadros que nos quieren presentar gráficamente el milagro de Caná. En cambio,

en un punto es la costumbre oriental más severa que entre nosotros: hombres y mujeres están separados. Pero, por lo demás, tienen plena libertad, se sientan mientras duran las pausas, dentro o fuera de la casa, todos en esteras, y se reúnen en grupos en la azotea.

Es de capital importancia para comprender lo que sucedió en la boda advertir que con la venida de Jesús y sus discípulos aumentó el número de huéspedes; el compromiso nació también de que se hizo muy notoria la venida de Jesús en la aldea, puesto que Natanael, uno de los nuevos acompañantes, era de Caná, y, hombre de genio tan vivo como el que mostró en el primer encuentro con Jesús, de seguro que no se calló. Es muy conforme a la manera de ser de las aldeas orientales que todos los demás se contagiaron por el celo de Natanael y que hicieran uso de la libertad que había para entrar en la casa de los esposos.

En los escritos rabínicos se supone la posibilidad de que en una boda, después del comienzo, aparezcan nuevos huéspedes.

Había un hombre, el “maestresala”, que se cuidaba de atender a los huéspedes; mejor, tal vez, le podríamos llamar escanciador. Él era quien mezclaba el vino con el agua, según el grado del vino, lo adovaba con especias y daba a los sirvientes sus instrucciones, lo cual era un oficio muy honroso. La preparación de las comidas tocaba a las mujeres, y en esto las hermanas y primas de los novios prestaban su ayuda. Esto hay que suponerlo tratándose de María, si no es que está ya bastante claramente expresado, cuando se dice de la Madre de Jesús que “estaba allí”, y no se dice simplemente que “estaba invitada”. Las mujeres de la casa le mostraron, sin duda, en cuanto llegó, todas las provisiones en comida y bebida y también “el vino de la boda”. En Oriente, más aún que entre nosotros, las mujeres hallan su felicidad en tales ocasiones en la complicada preparación de la fiesta.

También conviene tener en cuenta para el resto del relato que la boda duraba más de un día. Si durante varios días fué llegando una cantidad de huéspedes mayor de lo que se esperaba, era natural que fuera subiendo también de grado la diferencia entre la cantidad de vino que se había computado como suficiente y la que en realidad se necesitaba, proporcionalmente al número de huéspedes.

Las bodas de Caná

Y de allí a tres días se celebraron unas bodas en Caná de Galilea. La Madre de Jesús estaba allí. Fueron invitados a la boda Jesús y sus discípulos. Pero no tenían más vino, porque el vino de las bodas se había acabado. (Juan, II, 1-11.)

Con frecuencia se pasa por alto la soledad en que María había vivido antes de ir a Caná. Hacía varias semanas que la había dejado sola su querido Hijo, después de haber vivido juntos treinta años. Cada vez que veía las herramientas del taller sentía como una punzada en el alma. El silencio no era ya interrumpido por el agradable ruido del trabajo, que le sonaba antes como una conversación con su Hijo. Las mujeres que pasaran por delante de la casa asomarían la cabeza por la puerta y la preguntarían cuándo volvería su *Yeschúa*; porque no podían interpretar la acción del hijo como un abandono de la Madre, poco digno, pues siempre la había ayudado como un buen hijo. De cuando en cuando entraba algún hombre a encargar algún trabajo. Y se entablaba un diálogo doloroso: —¿No está *Yeschúa*? —No. —¿Cuándo volverá? —No lo sé. —¿Adónde ha ido? ¿Qué hace en tierra extraña?

En Caná vió María inesperadamente a su Hijo.

¡Qué efecto debió de producir en la Virgen contemplar, rodeado de discípulos, como un doctor de la ley, a quien había visto hasta entonces como un carpintero! Cada hora que pasaban juntos en Caná veía con más claridad María que Jesús era ya para ella enteramente otro.

Si María ayudó —según la costumbre— a la preparación de la boda, se comprende mejor que notara la falta de vino. La forma en que María habló después con los sirvientes y cómo éstos la obedecieron, supone que eran ya conocidos de la “Madre de Jesús”.

María fué, pues, a su Hijo y le dijo: “No tienen más vino.”

Esa frase, literalmente, es una simple noticia; pero por las circunstancias en que fué dicha es un ruego. La ocasión fué, sin duda, la costumbre que había de que todos los participantes a las bodas ofrecieran a los esposos algunos regalos, como compensaciones de los gastos. Pero la razón íntima de esta petición fué la firme fe de María de que Jesús podía ayudar a los esposos en esa situación, y

el interés que Ella tenía en que lo hiciera. Estas breves palabras adquieren su sentido pleno considerando las circunstancias y todo el conjunto de la escena. Especialmente deben tenerse en cuenta las palabras que siguen. Jesús dijo a María, su Madre: "Mujer, ¿qué nos va a mí y a ti? Mi hora no ha llegado todavía."

Ante todo se ha de observar que la palabra "mujer" en este caso no es término de desaire, sino más bien señal de un trato elevado y por consiguiente también algo distanciado, como acontece muchas veces dentro de la vida familiar en Oriente. El oriental puede hablar en ciertas coyunturas, aun de sí mismo, en tercera persona, y lo mismo hace con otros, pues es la forma de expresión empleada en el trato elevado. El oriental dice no sólo a su esposa, sino también en ciertos casos a su misma madre: "já mara", "¡oh mujer!" Así hay que interpretar también aquí el trato de "mujer". En el segundo caso en que se repite este trato, es decir, en la última palabra de Jesús a su Madre: "Mujer, he ahí a tu hijo", a nadie se le ocurre dudar de esa interpretación.

La respuesta de Jesús es una advertencia afable, pero decidida, de que tanto Él como su Madre han de conformarse con la voluntad de Dios. Con esto tributó Jesús a su Madre ante su Padre celestial la mayor honra que podía tributarle. Habíale pedido ayuda a Él como Mesías e Hijo de Dios, y Él le da la respuesta como Mesías. De ahí el título que le da de "mujer" y el indicarle que Él está ahora sujeto sólo a los mandatos del Padre. "Mujer, ¿qué nos va a mí y a ti? Aún no es llegada mi hora." María resistió a la prueba que se le presentó, y fué la primera que con su confianza inquebrantable hizo violencia, por decirlo así, a Jesús.

Todo se realizó con aquella parquedad de palabras que se suele usar precisamente entre personas que han convivido tratándose muchos años.

La Madre va a tratar el asunto con los sirvientes. Aquel ir y venir y hablar unos con otros, en una reunión de bodas orientales no significaba, en modo alguno, perturbación del orden. "Haced cuanto él os dijere", dice; por consiguiente, María esperaba ayuda de Jesús, a pesar de la respuesta aparentemente repulsiva. No se pase por alto cómo María allana interiormente los caminos del milagro, tanto en los sirvientes como en el mismo Jesús. Sólo porque la "Madre de Jesús", es decir, la Madre de aquel hombre de quien hablaban todos los comensales, había ganado a los sirvientes,

estuvieron éstos preparados para ejecutar el mandato de Jesús, que de suyo parecía un contrasentido.

Había allí seis hidrias de piedra para las purificaciones ordinarias de los judíos, en cada una de las cuales cabían dos o tres cántaras. Jesús dijo a los criados: "Llenad las hidrias de agua." Aquí se ve la exactitud de las descripciones, pues se habla de hidrias "de piedra", las cuales, en oposición a las vasijas de arcilla, no podían atraer ninguna impureza legal, y por eso eran muy apreciadas para el agua de las lociones. En Jerusalén se descubrió en los últimos años una casa, derrumbada, por todas las apariencias, en una erupción volcánica, en la que se hallaron algunas de esas hidrias de piedra. Cada una podía contener de 80 a 120 litros.

El regalo que se traía a los esposos (como sucede ahora), muchas veces era vino. En una antigua máxima de moral de los judíos se da la norma de que no se vaya a una boda con la vasija vacía, si no se es miembro de una sociedad que haya ofrecido ya al esposo una dádiva como sociedad. Entre la multiplicación del vino en Caná y la del pan junto al lago, existen concordancias curiosas. En la del vino dice María: "No tienen vino." En la del pan dicen los apóstoles: "No tienen pan." El vino y el pan se multiplican en los dos casos en las manos de los sirvientes.

No se dice que Jesús diera el mandato inmediatamente después de la conversación con la Madre. Un cierto espacio de tiempo que mediara entre las dos acciones es de mucha importancia para quien vea en la contestación de Jesús: "Mi hora no ha llegado todavía", una promesa explícita de un milagro en tiempo posterior. Como las bodas, según la costumbre, duraban varios días, la conversación de Jesús y María pudo muy bien no haber tenido lugar delante de los huéspedes, sino en el momento de alguna "pausa".

Los sirvientes, intruídos ya por la "Madre de Jesús", obedecieron. Llenaron las hidrias hasta el borde, y Jesús les dió esta orden: "Sacad ahora y llevad al maestresala."

Si los sirvientes no hubieran estado preparados antes por María, hubieran pensado bien lo que se hacían. "¿Y qué haremos —hubieran dicho— si se llega a un conflicto con el maestresala?" Pero obedecieron. Sacaron con jarrones lo que ellos creían agua y la presentaron al maestresala, como antes el vino.

El maestresala llamó al esposo. No sabemos en qué tono habló

al joven dueño de casa; solamente nos son conocidas estas palabras suyas: "Todo hombre sirve primero el buen vino, y después que han bebido bien, entonces da el que no es tan bueno; mas tú guardaste el buen vino hasta ahora." Lo cual puede significar muy bien "pero tú eres un astuto". Así se interpreta con frecuencia, aunque también puede significar: "Tú has quebrantado la costumbre de mostrar al maestra sala todas las provisiones de vino."

En realidad, nunca son los orientales tan quisquillosos como cuando desempeñan ciertos cargos honoríficos.

Jesús arroja del templo a los vendedores

Después de esto descendió a Cafarnaúm Él, su Madre, sus hermanos y sus discípulos, y estuvieron allí no muchos días. Y estaba cerca la Pascua de los judíos, y subió Jesús a Jerusalén. Y halló en el templo vendedores de bueyes, ovejas y palomas, y a los cambistas sentados. (Juan, I, 12-22.)

De Caná bajó Jesús a Cafarnaúm. No sin razón se habla de bajar; el camino iba primero por la meseta y después se hundía por una garganta que descendía abruptamente al lago, a 300 metros de profundidad.

En Cafarnaúm tenía la suegra de Pedro una casa. La parada en esta ciudad servía esta vez más bien de descanso y preparación para la peregrinación a Jerusalén. De aquí precisamente partían las caravanas a la Ciudad Santa. Para los nazarenos esto significaba un buen rodeo. Pero los orientales no llevan, como los europeos, un reloj junto al corazón.

Bastaba, como razón para tomar un camino más largo, la circunstancia de que la partida de los peregrinos desde el lago se realizaba con especiales solemnidades, como en nuestros días las caravanas de peregrinos a la Meca se ponen en movimiento desde las grandes ciudades por razón de los festejos oficiales.

Además, yendo por el valle del Jordán se evitaba pasar por la región de Samaría; sabido es que la tensión religiosa entre judíos y samaritanos daba origen a conflictos, sobre todo cuando se encontraban en las peregrinaciones. Para la fiesta de la Pascua, en particular, era más indicado el camino más profundo, aun por

la simple razón de que el acampar al aire libre llevaba consigo menos incomodidades, pues arriba, en la meseta, por la noche podían arreciar aún bastante el viento y el frío. “Hacía frío”, dice San Juan de una noche de la semana de Pasión.

Jesús iba esta vez a Jerusalén rodeado de una doble comitiva: los parientes, es decir, “los hermanos” —el oriental llama hermano o hermana a los parientes cercanos—, y sus discípulos, sus “hermanos espirituales”.

Al llegar a lo alto del monte de los Olivos, desde donde se veía la ciudad, todos se entregaban a demostraciones de júbilo. Allá se veía, algo más abajo, sobre la profunda depresión del valle Cedrón, la Ciudad Santa. El edificio del templo resplandecía, con los mármoles y oros, como una fortaleza de Dios; los atrios brillaban, con sus plazas enlosadas y sus vestíbulos con columnatas. Los muros circundantes alzábanse, elevados e imponentes, sobre los tejados de la Ciudad de la Montaña. Ante tal visión, los peregrinos se prostaban de hinojos con gran entusiasmo, y se preparaban para hacer la entrada solemne, entre música de flautas y el sonido de tambores.

No es fácil formarse una idea exacta de lo que significaba un edificio grandioso, de manos de hombres, para la gente que vivía siempre de cara al desierto. Pero aún es más difícil comprender lo que Jesús sintió al entrar en el recinto santo por las sombrías puertas. ¡Esta era la casa de su Padre! ¡Y Él venía como Enviado suyo!

El gozo de Jesús mezclóse con santa ira ya al entrar en el primer atrio. Un confuso resonar de gritos de hombres y ruido de animales le hirió los oídos.

En Oriente, todo comercio se realiza en una forma espectacular. El comprador da a entender con grandes gritos y múltiples gestos que los precios son muy altos; el vendedor responde a cada grito y a cada gesto con un nuevo grito y un nuevo gesto. Sepáranse para volverse a encontrar; otros comerciantes intervienen y procuran atraer al parroquiano. Nunca faltan espectadores que van siempre adonde el alboroto es mayor.

Los días de Pascua ofrecían la ocasión más propicia para el comercio de todo género. La gente debía adquirir un cordero pascual y otros animales para sacrificios privados. Debían pagar los tributos del templo en moneda de curso legal. Los que venían de lejos tenían que hacer el cambio. Los cambistas estaban sentados

detrás de unas mesitas; en platillos llanos tenían ante sí la calderilla; en un cajón o en el cinturón guardaban las monedas de oro. Aun ahora se ven por las calles de la ciudad espectáculos como ése. El resultado fué que en la plaza del templo se desarrollaba un verdadero mercado en las mayores proporciones. A eso se añadía la agitación producida por la conducción y el albergue de los animales, que estaban allí o yacían sobre las losas de piedra, rompiendo la paz y el silencio, fatigados de las largas marchas y consumiéndose de sed por el calor. El mismo espectáculo se contempla hoy en la Meca. El alboroto del mercado lo domina todo, y los peregrinos que van allí por vez primera y quieren comprar un cordero para un sacrificio en honor de Alá, son estafados por los avaros comerciantes.

Y haciendo Jesús un látigo, quizá de tiras de cuero, como se usa en Palestina, comenzó a limpiar el templo. La majestad de Jesús tenía en sí algo que manifestaba su ira divina. Conmovido en lo más íntimo, se presentó, si embargo, con completo dominio propio. Ante un hombre así, toda oposición cae por tierra. Arrojó con el látigo a los animales, bueyes y ovejas; desbarató las mesas de los cambistas, tiró la calderilla por los suelos y mandó a los comerciantes de palomas, que estaban junto a las jaulas de caña, que dejaran el atrio. Lo que les dijo, en cuanto al sentido, vale para todos: "Sacad esas cosas de aquí y no hagáis de la casa de mi Padre una plaza de mercado."

Los discípulos estaban seguramente tan sorprendidos como los comerciantes y los demás espectadores. ¡Jesús, el galileo de Nazaret, se atrevía a lanzarse contra los abusos tolerados por los sacerdotes!

Y en seguida se procedió a una especie de examen. Jesús fué interrogado:

"¿Con qué señal puedes tú demostrar que te es permitido hacer eso?"

Por el modo de preguntar se concedía tácitamente que Jesús había obrado conforme al sentido de la ley, y que Dios podía confiar a un hombre esa misión. Pero este hombre tenía que demostrar con un "milagro" que en realidad era enviado de Dios.

Jesús respondió:

"¡Destruid este templo, y yo lo reedificaré en tres días!"

"¡Os doy una señal! Pero esta señal no aparecerá hasta que,

pervertidos en vuestra conciencia interior, lleguéis a darme muerte. Entonces reedificaré el templo que habréis destruído. Yo resucitaré al tercer día."

Ni los que preguntaban ni los discípulos comprendieron entonces la respuesta. Pero los discípulos no se distanciaron de Jesús porque dijera cosas que ellos no entendían. Los examinadores, en cambio, los maestros de la ley, nunca pensaron que otro pudiera decir palabras que ellos no entendieran en el acto. Y así, se burlaban de él:

"¿Cuarenta y seis años ha costado construir este templo y tú quieres reedificarlo en tres días?"

Los judíos aluden a la imposibilidad de reconstruir en tres días un edificio como el templo. (En ese tiempo, de hecho se cumplía el año cuarenta y seis de la construcción del templo. La había comenzado Herodes, dieciocho años antes de Cristo, con un magnífico murallón.) Pero no llegan a comprender lo que significa "destruir el templo", de lo cual les hace Jesús responsables a ellos mismos.

La entrevista con Nicodemus

Había un hombre del partido de los fariseos, que se llamaba Nicodemus, magistrado de los judíos. Éste visitó a Jesús de noche y le dijo: "Rabí, sabemos que eres Maestro venido de Dios. Porque nadie puede obrar los milagros que tú obras, si Dios no está con él." (Juan, III, 1-21.)

Nicodemus es un fariseo cultísimo y bien versado en la ley. En contraposición a otros muchos, había conservado, en medio de toda su ciencia y saber, algo de aquel sentido con que la gente sencilla distingue las cuestiones esenciales de la vida de las no esenciales. Tal sentido es el que le impulsó a dar un paso que, sin ser un acto heroico, por las circunstancias externas, da fe de cierta valentía y, sobre todo, de nobleza científica.

Nicodemus aparece ante Jesús de noche, no por sólo respeto humano. Quería examinar el "caso" de Jesús a fondo y preguntarle a él mismo sobre su doctrina. Pues bien, para tales conversaciones la mejor hora en Oriente es la última de la tarde. En otros escritos se citan también conversaciones de doctores de la ley

que duraban hasta muy entrada la noche. En un país de grandes calores son tan naturales esas conversaciones como el estudio nocturno.

Nadie empieza en Oriente una conversación, por trivial que sea, sin iniciarla con una demostración de benevolencia. Aun en la taquilla de una estación, a la apremiante pregunta europea: "¿Qué desea usted?", un simple campesino puede responder tranquila y amigablemente con un "He venido para saludarle", y después dice que quiere un billete. Así también Nicodemus comienza con una afirmación que se oye con algo de extrañeza en la boca de un hombre que visita de noche a Jesús:

"Rabí, sabemos que eres Maestro enviado por Dios. Pues nadie puede hacer los milagros que tú haces, si Dios no está con él."

Según el uso normal de una conversación oriental, Jesús hubiera tenido que responder también en tono amistoso; poco a poco hubiera sido Nicodemus más explícito y, finalmente, hubiera rogado a Jesús que le diera una exposición de su doctrina. Pues todo doctor de la ley tenía ciertos dichos y ejemplos que le eran propios. En cambio, Jesús entra en seguida en la última cuestión religiosa, que para todos los miembros de su reino, para los campesinos de Galilea y para los doctores de la ley de Jerusalén, era la misma.

"En verdad, en verdad te digo: el que no naciere de nuevo, no puede ver el reino de Dios."

Nicodemus comprende que Jesús le habla aquí del último fundamento de su doctrina, pero la frase misma no la entiende. El doctor de la ley, acostumbrado a encontrar dificultades y a solven-tarlas victoriosamente, manifiesta al punto sus reparos, que expresa en una forma bastante ergotista, y con ellos pone de manifiesto cuán poco ha entendido.

"¿Cómo puede un hombre entrado en años nacer de nuevo? ¿Acaso puede volver a entrar en el seno de su madre y nacer otra vez?"

Jesús responde con calma absoluta a la dificultad puesta con una viveza propia de quien está seguro de sí mismo. Repite la misma expresión, declarando en qué consiste ese segundo nacimiento del hombre.

"En verdad, en verdad te digo: El que no renaciere en agua y en espíritu no puede entrar en el reino de los cielos. Lo que ha nacido de carne, carne es; lo que ha nacido de espíritu, espíritu es."

Jesús distingue dos clases de nacimientos, como principios de vida: el nacimiento de la carne, que da vida corporal, el cual, como bien nota Nicodemus, no se puede repetir, y el nacimiento de agua y de espíritu, nacimiento que puede despertar en el hombre nueva vida espiritual, mientras el hombre está en este mundo. Ya Juan había hecho alusión al bautismo de espíritu.

Nicodemus debió de hacer ante aquellas palabras uno de los muchos gestos con que manifiestan los orientales su extrañeza, más expresivo que una desaprobación en voz alta.

“¡No te maravilles de que te diga que os es indispensable nacer otra vez!”

“El espíritu sopla donde quiere; y oyes su voz pero no sabes de dónde viene ni adónde va. Así es todo el que ha nacido de espíritu.”

Todos los días se levanta del mar en los meses más calurosos una brisa refrescante que sopla sobre las altas cimas de Palestina hacia la depresión del Jordán. Un cielo luminoso y despejado luce sobre la comarca; el viento sopla con regularidad; por ninguna parte se ven nubes oscuras o bravías cordilleras, que pudieran tomarse como punto de origen o como término del viento. Los cipreses se balancean en blanda flexibilidad y se perfilan en el azul del cielo. En todos los árboles de hojas secas y rígidas gime el viento como en nuestros abetos; pero aun en las peladas y bravías lomas, donde no se divisa un árbol en mucho trecho a la redonda, se oye el silbido de la invisible corriente. Este juego de la naturaleza vuelve día tras día y suele durar hasta muy entrada la noche. Es muy verosímil que ese viento soplara también en aquella hora en que Nicodemus estaba sentado delante de Jesús. Para un judío, como también para un griego, esta alusión al viento era tanto más sugestiva cuanto que en estas lenguas los conceptos “espíritu” y “viento” se expresan con un mismo fonema, pues precisamente de la percepción experimental del viento se suscitó la palabra “espíritu”, que es lo mismo que decir lo invisible.

Lo que sucede con el viento sucede también con el nacimiento en espíritu; no se le ve ir ni venir, ni cuándo crea en el alma la nueva vida; pero la vida misma se comprueba por sus efectos.

Hasta ahora no había comprendido Nicodemus cuán grande es el abismo que media entre la doctrina de Jesús y la de los fariseos.

“¿Cómo es posible cosa semejante?”

“¿Tú eres maestro de Israel y no sabes eso?”

Jesús le ha declarado cómo transforma el espíritu a todos los hombres interiormente en una nueva criatura. Ya los profetas del Antiguo Testamento habían anunciado que vendría un tiempo en que el Espíritu Santo se difundiría, no sólo sobre algunos particulares, sino sobre todos. Jesús hace observar al famoso doctor de la ley que debería saber algo de estas cosas. Por lo demás, Nicodemos, por lo que sabemos, es el único hombre (un doctor) a quien Jesús, durante toda su vida pública, ha echado en cara expresamente la falta de ciencia, y esto sólo por pura bondad, a fin de hacerle más dócil para la siguiente instrucción.

Después se le revela como el Profeta enviado por Dios, quien, no sólo sabe más de lo que tendría que saber el doctor de la ley, Nicodemos, sino que posee en todo el supremo grado de certeza, pues lo sabía todo, en razón de su visión beatífica. Y sabe más que los otros, porque conoce los verdaderos misterios del Cielo.

“En verdad, en verdad te digo: Anunciamos lo que sabemos y atestiguamos lo que hemos visto, y, con todo, vosotros no queréis admitir nuestro testimonio. Si no me queréis creer, ni siquiera cuando os hablo de cosas terrenas, ¿cómo me creeréis cuando os anuncie las celestiales? Nadie ha subido al Cielo fuera de Aquel que ha bajado de allí, el Hijo del Hombre, que está en el Cielo.”

Nicodemos estaba ya desconcertado cuando Jesús le hablaba de cosas celestiales que, en cierto grado, pueden comprobarse en la tierra. ¿Cómo va a poder seguirle cuando Jesús revele cosas que son exclusivamente un misterio del Cielo, y que no puede conocer sino el que ya pertenece al Cielo?

Ahora sigue el gran misterio:

“Así como Moisés levantó la serpiente en el desierto, así es menester que el Hijo del Hombre sea levantado, para que el que crea en Él no perezca, sino que tenga vida eterna.”

El Hijo del Hombre viene a la tierra para salvar a los hombres; Él los libertará como a los israelitas que quedaron libres en el desierto de la mordedura de la serpiente. Mirando a la serpiente con fe y esperanza en Dios escapaban a la muerte. Así debían salvarse todos los hombres, mirando con fe al Hijo de Dios, pues también él debía ser “levantado” como la serpiente.

Misteriosamente alude Jesús a su futura crucifixión. Tal insinuación debía ser más inteligible para los hombres de aquella época

que para nosotros. La crucifixión se realizaba muchas veces fijando el madero vertical, clavando después las manos del sentenciado en el madero transversal, estando aún éste en tierra y levantando al crucificado. Por consiguiente, en verdad, era "levantado". En este caso la crucifixión era una verdadera exaltación. Este rasgo se comprende gráficamente con una advertencia de un libro de ensueños del antiguo Egipto: Cuando se sueña que "danzando", es decir, girando, se está suspendido en lo alto, eso significa que amenaza la muerte en cruz.

Nicodemus no puede seguir más, a pesar de que Jesús fundaba su imagen en la serpiente de bronce que le era conocida. Como no sabe poner más objeciones, pierde las ganas de preguntar. Jesús, en cambio, sigue instruyéndole.

Como la nueva vida depende de la buena o de la mala voluntad de cada uno y no del saber en el sentido del mundo, por eso las condiciones de la salvación son las mismas para todos los hombres.

"Tanto ha amado Dios al mundo —a los hombres, en general—, que le dió su unigénito Hijo, a fin de que nadie que crea en Él perezca, sino que tenga en sí vida eterna. Porque Dios no ha enviado su Hijo al mundo para juzgar al mundo, sino para que el mundo se salve por Él."

Los hombres no se salvan a sí mismos. Dios los salva. Por eso la salvación no depende de la ciencia en el sentido del mundo; al contrario, esa ciencia puede ser un impedimento para la salvación por parte de Dios. Porque la salvación por parte de Dios supone, como única pero imprescindible condición, que el hombre la acepte de buena voluntad de la mano de Dios. Tan pronto como Dios ofrece a uno la salvación se realiza "automáticamente", como diríamos ahora, este decreto: "el que cree en Él no es juzgado. El que no cree en Él, por el mismo hecho está ya juzgado, porque no ha creído en el nombre del Hijo unigénito de Dios."

Este pensamiento se expresa aún más claramente con una comparación. Sucede entre Dios y el hombre algo que tiene su correspondencia en la vida ordinaria. Durante la noche brilla repentinamente una luz en una calle oscura. Hay unos que van a ella llenos de gozo; pero hay otros que se enfurecen con la luz y se esconden en tinieblas más oscuras.

"En eso consiste el juicio, que viniendo la Luz al mundo, los hombres amaron más la oscuridad que la Luz, porque sus obras

eran malas. Pues todo el que obra mal, odia la luz y arroja la luz del camino, a fin de que no se descubran sus obras. Pero el que vive según la verdad, tiende hacia la luz, para que se sepa que sus obras están hechas en Dios."

Esta conclusión lleva al pensamiento que late como una corriente subterránea en todas las palabras de Jesús: "Todo hombre lleva en sí mismo la decisión sobre su suerte eterna."

La prisión del Bautista

Herodes había enviado esbirros que prendieran a Juan, y le tuvo en custodia a causa de Herodías, mujer de Filipo. (Marc., VI, 17-18; Mat., XIV, 3-5; Luc., III, 19-20.)

La salud no es contagiosa; las enfermedades, sí. Lo mismo puede decirse de la vida de los individuos y de la de los pueblos que viven en contacto. Así se observa en tiempo de Cristo cómo los hombres y mujeres de las clases sociales de Israel que hicieron amistad con los potentados adquirieron en seguida las costumbres livianas que llevaron a la ruina al mundo cultural grecorromano.

Herodías, asmonea por parte de la madre, estaba casada con Filipo, hijo de Herodes el Grande. Después conoció al hermano de su marido, Antipas, y se encariñó de él. Pero Antipas estaba ya casado y tenía como mujer una hija del príncipe beduino Aretas, de la región oriental del Jordán. Herodes el Grande, su padre, había hecho construir en la frontera un palacio-castillo, que podía servir de fortaleza en tiempo de guerra y de lugar de visitas amistosas cuando las relaciones eran pacíficas. Este castillo se hallaba junto a la ciudad de Maqueronte, y por eso llevaba este mismo nombre. Estaba situado en el sitio en que la meseta del desierto declina hacia el Mar Muerto, y se divide ya en cimas aisladas entre sí.

Herodes muestra su carácter irresoluto, que se deja guiar por los acontecimientos, ya desde el principio de las relaciones con Herodías. Antes de resolverse a dejar a su mujer, enteróse ésta de lo que la amenazaba. Se despidió para ir al castillo de Maqueronte, y de allí se escapó a la casa de su padre. Esto mismo se repetirá más tarde. Herodes deja obrar por sí solas a las mujeres, o bien lo deja todo en manos de otros.

Ni Herodes ni su mujer habían contado con un hombre como Juan Bautista. Un día compareció éste ante el soberano y le echó en cara su concubinato. El hermano no había renunciado a sus derechos; allí estaban también un hijo y una hija suyos; era, pues, un concubinato en toda forma. Sin ningún miedo le dijo el Profeta: "No te es permitido tener la mujer de tu hermano."

Herodes estaba ya hechizado por su esposa cuando hizo prender a Juan, en inteligencia y tal vez con la ayuda de los fariseos, y le hizo llevar al castillo de Maqueronte. Allí no había que temer que sus adictos pudieran libertarle con un golpe de violencia. Flavio Josefo dice que Juan había sido víctima de la política; pero ésta no fué sino un pretexto de las medidas adoptadas.

El príncipe de los beduinos, Aretas, no podía olvidar que su hija había sido repudiada. También esas relaciones tirantes que tenía Herodes con Aretas fueron la causa de que Herodes habitara ahora más frecuentemente en Maqueronte, aunque tal vez su esposa intervenía en todo ese juego, pues no estaba satisfecha con la sola prisión del Bautista, y así se propuso obtener de su marido, con adulaciones y artimañas, la orden de ejecución.

Herodes vaciló. Por una parte, también él guardaba rencor a Juan; por otra, tenía una admiración extraordinaria por él. Es frecuente que hombres de carácter indeciso se entusiasmen con audaces proezas. Escuchaba gustoso al Bautista, pero no podía resolverse a nada. Si la mujer le exigía que lo matara, avergonzábale ante el crimen. Reprochábale Juan su injusticia, y no se atrevía a ponerle en libertad.

Como frecuentemente acaece en casos semejantes, debía dar el golpe decisivo una "buena ocasión".

Al tener Jesús noticia de la prisión de Juan, abandonó la Judea para substraerse a las asechanzas de los fariseos. La prisión del Bautista fué para Jesús la señal del tiempo de su aparición pública en Galilea.

En Judea la policía estaba también sujeta inmediatamente al Sumo Sacerdote, como a su superior civil, y Jesús, como Juan, hubiera hallado obstáculos ya al principio mismo de su actividad. En cambio, en Galilea el influjo del Sumo Sacerdote no podía ir más allá de lo que le permitía la sumisión voluntaria de los judíos, según fuera su celo religioso.

Escasez de agua en Palestina

Palestina es una región entre desiertos. Al oeste del mar Muerto se extiende la duna de un desierto; al Sur y al Este se va dilatando el país insensiblemente hasta el gran desierto arábigo. Las cordilleras mismas se componen de innumerables cimas calcáreas, redondas o alargadas. El agua resbala de estas cumbres rocosas cuando llueve y se hunde en las resquebrajaduras y en las simas. Además, desde fines de abril hasta octubre no llueve. En este tiempo de verano avanza el cerco de desiertos que rodean a Palestina hasta el interior mismo del país.

Durante el calor fuerte de varios meses la provisión de agua va decreciendo continuamente; los vientos del Oeste, que soplan todos los días, contribuyen mucho a la sequía, a una con el sol ardiente. La tierra de los campos pónese tan agrietada y reseca, que parece polvo de viejas cenizas. Las gruesas gotas de los primeros chaparrones del otoño no pueden calar la tierra; se descomponen en bolitas, que, rodando, se cubren todas de una capa de finísimo polvo.

De tan poca profundidad de suelo salen relativamente muy pocas fuentes, pero como tienen depósitos muy extensos pueden manar durante todo el verano; la mayor parte del país ha de defenderse con el agua de lluvia del tiempo más fresco del año, que se recoge en cisternas o en depósitos subterráneos; pero tampoco esta agua es siempre suficiente. Porque sólo las fuertes lluvias dan un contingente tan grande de agua que baste para llenar las cisternas.

Después de inviernos pobres en agua se puede producir una escasez tan grande de este elemento que llegue a ser la sequía más terrible que el hambre. En los últimos años, sin ir muy lejos, pueblos enteros tuvieron que emigrar por esa falta de agua y huir a la depresión del Jordán.

Todos los palestinos experimentan alguna vez, más tarde o más temprano, y muchos varias veces en la vida, lo que significa estar en peligro de muerte por la sed. Se interrumpe la múltiple corriente de los humores acuosos en el cuerpo, y es cosa horrible cuando a una debilidad siempre creciente se junta una excitación aún mayor. La lengua se agita sin poder descansar; los labios se resquebrajan y se ponen pálidos. El hombre se siente amenazado y acometido

como por un enemigo dentro de su propio cuerpo. Los árabes procuran distraerse de este estado llevando una piedra en la boca.

Cuando, después de caminar por un "país sin agua", se llega a algún pozo, se desarrolla enormemente ese instinto interno de procurarse lo que es indispensable para la vida. El *glogló* de las aguas corrientes alborota a todo el hombre. El vapor húmedo de la oscura mina de un pozo de agua es ya un refrigerio indecible. Nada extraño que en estos países haya canciones dedicadas no sólo a los vasos rebosantes de vino, sino también odas al rebosante "húmedo cántaro de agua".

Por esa razón se despierta allí en el hombre, por decirlo así, un sexto sentido: el sentido del agua. Es que el agua es un verdadero elemento vital que no se puede substituir con ningún otro. No sin razón se dice en un antiguo proverbio judío: "Si en un viaje se encuentra uno en la necesidad de vaciar una botella de aceite o una de agua, hay que sacrificar el aceite."

Buscar agua, beber agua, es aquí una de las principales ocupaciones. *¡Moje, moje!* Este grito resuena por todo el país; sólo el oírlo parece que trae alivio al hombre.

Sería raro que el oriental no dejara aparecer en las metáforas lo que el agua es para él. Y así por toda la Biblia, que está llena de imágenes orientales, aparece esta idea: "Dios es para el alma lo que el agua es para el cuerpo." Los orientales comprenden aún hoy día mucho mejor que nosotros cuando Ezequiel, queriendo ensalzar al Mesías, habla de una verdadera inundación del agua que da vida. El desierto domina y subyuga todos los años durante algunos meses a este país, y Ezequiel describe la plenitud de la gracia del tiempo mesiánico con una imagen que pinta el caso inverso.

Una fuente brota en el templo, su agua mana bajo el umbral y comienza a crecer y bullir. Mientras los arroyos y ríos del país no llevan más que una ligera capa de agua y durante la canícula se secan y quedan absorbidos en la arena, aquellas aguas forman en su curso nuevas fuentes: la corriente a las mil varas de distancia le llega al espectador a los tobillos; después de otras mil varas le llega a las rodillas; a las otras mil, a los lomos; después es tan profunda que no se puede vadear. Y a sus orillas crecen árboles sin cuento: un paisaje como el que se ve junto al Nilo. Pero mientras los otros ríos se secan al entrar en el desierto, esta corriente aco-

mete al desierto allí donde se muestra más terriblemente enemigo de la vida. Después desciende al sepulcro del Mar Muerto. Aquí relucen las hondonadas entre los médanos incrustados de sal amarga, aquí se extinguen toda vida en el agua corrosiva. Pero el agua del Mar Muerto viene a ser "saneada" por aquella corriente, y se hace potable. Comienzan a pulular los peces; todo a lo largo de la costa sucédense los sitios de pesca unos a otros. La corriente llega a hacer desaparecer el Mar Muerto. Sólo las charcas que no admiten sus aguas siguen siendo lo que antes eran: pozos donde se reúne lo que da la muerte a todo ser viviente. El follaje de los árboles plantados junto a esta corriente no cae nunca; deliciosos frutos que prosperan un mes tras otro durante todo el año sirven al hombre de alimento y sus hojas curan las dolencias.

De Cristo sale esa corriente de gracia hacia el mundo muerto por los pecados y rejuvenece a todos los que la reciben. Dos veces se llama a sí mismo Jesús fuente de vida: una vez hablando a solas con una mujer, junto a un pozo, es decir, en una conversación en que se trataba de un alma sola, y otra vez en el templo, donde se trataba de la suerte de todo el pueblo.

Jesús junto al pozo de Jacob

Jesús debía atravesar la región de Samaria. Y llegó a una ciudad samaritana, por nombre Sicar, que estaba junto a la posesión que Jacob había dado a su hijo José. Allí mismo se hallaba también la fuente de Jacob. Jesús se sentó, fatigado del camino, con toda naturalidad sobre el brocal del pozo; era hacia mediodía, y en esto viene una samaritana a buscar agua. (Juan, IV, 4-42.)

La conversación con la samaritana tiene una correspondencia sorprendente con la conversación entre Cristo y Nicodemus.

Nicodemus era un profesor famoso; la samaritana era una mujer vulgar de Oriente. Las mujeres no reciben allí instrucción ninguna; se las considera incapaces de cultura intelectual. Pocos años hace, una mahometana que se había hecho católica y después tuvo que defenderse ante la autoridad, fué absuelta por la razón de que una mujer no es responsable de todo lo que hace.

Nicodemus tenía alrededor de sí un valladar de prejuicios y

era un hombre ajeno a la vida; la samaritana, si bien no en el buen sentido, es mujer experimentada en todos los casos de la vida, y está libre de prejuicios. Esa cualidad es la que hace posible la conversación entre ella y Jesús. Nicodemus vino de noche y se reservó todo para sí; la samaritana viene a mediodía y anuncia a todo el mundo que ha encontrado al Mesías.

Jesús se hallaba camino de Galilea; Samaría es aun, en cuanto al paisaje, un país de transición entre Judea y Galilea. Las alturas son aquí comúnmente más llanas; la roca, más blanda; las hondonadas entre las partes de una misma montaña, más anchas y alargadas. La llanura, junto a la antiquísima ciudad de Sicar, forma una de las más bellas hondonadas. Aquí tuvo lugar la escena que nos describe San Juan.

Jesús llega a este pozo hacia mediodía en una jornada desde Judea. Hoy se eleva en este paraje una iglesia a medio acabar; el pozo ha sido rehecho. Más lejos, al Norte, se ven aún, camino de Galilea, antiguos pozos cuyos brocales sirven de bancos para el descanso. En uno como éstos se sentó Jesús, "fatigado del camino". Había enviado a los discípulos a la ciudad para que compraran de comer. Aun en nuestros días se repiten entre los naturales escenas como ésta; descansan junto al pozo, van a la ciudad vecina y allí compran pan, y en verano también algunas frutas. Eso basta.

Según las últimas palabras que dijo Jesús a sus discípulos, esto ocurrió cuatro meses antes de la siega, tal vez en enero o febrero. Pero debía de hacer tiempo claro, pues con lluvias nadie emprende una larga jornada.

Cierto que se ha querido defender la opinión que pone esa escena en verano. Pero, entre otras cosas, lo contradice el hecho de que Jesús, hacia mediodía, se encontró junto al pozo con una mujer sola. Y un pozo como el de Jacob, situado en un lugar de tráfico, se hubiera hallado en verano a esa hora rodeado de hombres descansando.

Mientras Jesús descansa sobre el brocal del pozo llega una samaritana con el cántaro en la cabeza y el pozal y la cuerda al brazo. El pozo tiene aún hoy 23 metros de profundidad. Mira la mujer al extranjero, reconoce en seguida que es un judío y no se preocupa más de él. Pero Jesús le dice:

"Dame de beber."

Esto para ella era algo inaudito. En Palestina no es de gran

distinción preguntar a una mujer ni para enterarse de un camino. Además, precisamente en este pozo, atribuido al patriarca Jacob, se había llegado con más frecuencia que en ninguna otra parte a contiendas y luchas entre judíos y samaritanos. Y ella se encuentra con un judío que obra como si nada supiera de tales altercados. Entretanto la samaritana ha comenzado a dejar caer la cuerda del pozo por una de las múltiples ranuras de la piedra y ofrece agua a Jesús. Nunca puede beber un oriental sin ofrecer el vaso a los presentes, acompañándolo con una frase acomodada a las circunstancias.

“¿Cómo puedes tú, siendo judío, pedirme a mí, samaritana, que te dé de beber?”

Jesús responde:

“Si conocieras el don de Dios y supieras quién es el que te dice: dame de beber, tú, de cierto, le pedirías a él y te daría agua viva.”

Estaba allí en pie la samaritana junto al pozo y miró al fondo, que entonces estaba a más de treinta metros. Allí había agua viva. El pozo de Jacob es pozo de cuerda, y recoge los manantiales que desde la montaña Garizim descienden hasta este paraje rocoso. El extranjero habla de agua y no tiene ni pozo ni soga. La samaritana siente en seguida que el desconocido le habla con santa seriedad. Y a este hombre, a quien hace un momento ha tratado de judío en tono indiferente, le da ahora el título de “Señor”.

“Señor, tú no tienes con qué sacar agua y el pozo es hondo. ¿De dónde quieres tú tomar esa agua viva que prometes? No creo que tú seas mayor que nuestro padre Jacob, que nos dejó en herencia el pozo. Él mismo bebió de él, y sus hijos, y sus ganados.”

Jesús va a hablar ahora más claro, pues ella ya le ha tomado confianza. Sólo que, naturalmente, para la samaritana resulta la conversación con eso más misteriosa.

“Quien bebe de esta agua vuelve a tener sed; pero el que bebe del agua que yo le daré no tendrá ya más sed por toda la eternidad. El agua que Yo le daré se le convertirá a él en fuente, cuya agua salta hasta la vida eterna.”

La mujer ha venido infinitas veces en el rigor del verano al pozo, desganada y medio muerta de fatiga. Si ella lograra una agua

que apagase la sed para siempre, desaparecería el cansancio de soltar la soga y luego tener que subirla. Ella, siendo mujer, no era tan tímida como Nicodemos, y se atreve a decir:

“Señor, dame esa agua para que no tenga sed ni venga aquí a buscarla.”

Jesús pasa ahora a otra cosa diversa para ella, pero no para Él.

“Ve, llama a tu marido y vuelve.”

Estas palabras debieron de llegarle a la mujer hasta el alma. ¿Qué quiere este desconocido? De su vida pasada le vienen ahora a la memoria toda suerte de recuerdos.

“No tengo marido.”

Corta la pregunta con una frase lacónica, pero la conversación ya se va haciendo demasiado personal y del primer pasmo cae en otro mayor, pues el extranjero va adelante con el mismo sosiego que antes, y le dice:

“Bien has respondido diciendo: No tengo marido. Cinco has tenido ya, y el sexto, con quien ahora vives, no es el tuyo. En ese sentido, verdad has dicho.”

La samaritana advierte que está delante de un hombre que penetra su alma, y replica con una de esas frases que siempre tienen a punto los orientales, especialmente las mujeres, en el momento crítico, y dice:

“¡Señor, veo que eres profeta! Nuestros padres adoraron allí arriba, en la montaña, y vosotros decís que Jerusalén es el lugar en donde hay que adorar!”

La samaritana, al decir esto, señalaba la cima del Garizim. ¡El templo que hubo allí arriba, hacía siglos que estaba derruido! ¿Es verdad que debe ella ir a Jerusalén si quiere orar a Dios?

Dícele Jesús solemnemente:

“Créeme, mujer; llega la hora en que no habrá que ir ni a ese monte ni a Jerusalén para adorar al Padre. Vosotros adoráis lo que no entendéis, y nosotros adoramos lo que conocemos, porque la salud viene de los judíos.”

La mujer debió de mirarle entonces con un ligero desengaño, pensando en su interior: ¡Bah!, también éste es orgulloso, como todos los israelitas.

El Desconocido sigue tomando un tono cada vez más solemne.

“Pero llega la hora, y estamos ya en ella, en que los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad. Pues esos

hombres desea Dios como adoradores. Dios es espíritu; en espíritu, pues, y en verdad deben sus adoradores adorarle."

Estas palabras anuncian una nueva forma de adoración de la divinidad, más perfecta que la antigua. Más perfecta en cuanto al lugar: desde ahora se podrá adorar al verdadero Dios, no sólo en Jerusalén, sino en todas partes. Más perfecta en cuanto a la forma: desde ahora no se ofrecerá ya más a Dios una víctima que es sólo un símbolo de lo que los hombres quieren y deben hacer, sino que se darán a Dios honores verdaderamente divinos.

La mujer no ha comprendido toda la plenitud sagrada que encierran aquellas palabras, sino con un cierto presentimiento o barrunto. No penetra hasta el fondo todas las expresiones. Tiene a Jesús por un Profeta, que, al fin de cuentas, debe también esperar como ella a que aparezca el Mesías. Convencida de que el Desconocido, al igual que ella, anhela también esos tiempos, dice terminando:

"Sé que un día vendrá el Mesías. Cuando Él venga nos instruirá (a mí samaritana y a Ti judío) sobre todo eso."

Ahora que la mujer confiesa delante de él, con el alma rendida, su esperanza en el Redentor, Jesús no aguarda ni un momento más:

"Yo soy Ese (el Mesías), que habla contigo."

No se puede imaginar que se realizara esta última escena sin que fuera acompañada de una mirada mutua. Una mirada de los ojos de Jesús, que decía: "¡Yo digo la verdad!" Una mirada de los ojos de la samaritana, que confesaba: "Creo".

En este mismo momento llegan los discípulos. La mujer, dejando allí el cántaro, se volvió a toda prisa a la ciudad. Las mujeres llevaban los cántaros en la cabeza, y así les era imposible ir de prisa. Fué toda una novedad cuando aquella mujer, conocida de todos, volvió del pozo con esta noticia: "¡Venid y ved al Hombre que me ha dicho todo lo que he hecho! ¡A ver si no es el Mesías!"

La mujer, con mucha prudencia, deja a sus convecinos mismos que resuelvan. La curiosidad se apoderó de todos. Quien con una conversación había transformado de ese modo a aquella mujer, no era ciertamente un hombre vulgar.

Jesús había conversado con una samaritana, siendo así que de ordinario no se solía entrar en conversación con una mujer: a los doctores de la ley les estaba prohibido enteramente; por eso los

discípulos se admiraron. Pero con finura genuinamente oriental procuraron ocultar esa admiración y esforzándose por sacar al Maestro de tal situación, diciéndole:

“Maestro, come.”

Era un cuadro que aun hoy se puede ver junto a las fuentes. Habían comprado tortas de pan, las plegaban y las comían. El agua estaba a mano. Le ofrecieron, pues, también a Jesús de comer.

Pero Jesús dice, como quien vuelve de otro mundo:

“¡Yo tengo otro manjar para comer que vosotros no conocéis!”

Los discípulos se miran uno a otro. ¿Le habrá traído alguien algo de comer? Tal vez aquella mujer...

“¡El manjar mío es hacer la voluntad de Aquel que me ha enviado y dar remate a su obra!

”¿No sois también vosotros de aquellos que dicen: Sólo cuatro meses y llega el tiempo de la siega? Pues yo os digo: Mirad, alzad los ojos y ved los campos cómo brillan ya blancos para la siega.

”El segador recibe su jornal y recoge frutos para la vida eterna, y así se gozan juntamente el que siembra y el que siega. Porque aquí cuadra bien el refrán: Uno es el que siembra y otro el que siega! Yo os he enviado a segar lo que no labrasteis. Otros labraron y vosotros habéis entrado en sus labores.”

La llanura Machna, que se extendía entonces ante sus ojos, es todavía un excelente campo de cultivo. Así se extendían también entonces los campos verde mate con las lluvias invernales entre las cimas calcinosas. Esos tallos maduran en cuatro meses. Dios había determinado para un tiempo posterior la siega de las almas de los samaritanos, pero se veía ya que la siega en Samaría estaba más cerca a la madurez que en Israel.

La samaritana, en comparación con Nicodemus, avanzaba, por decirlo así, el tiempo de una cosecha; es decir, unos cuatro meses. En Nicodemus había de germinar aún el tallo; en ella ya brillaba la madura espiga.

No es una expresión puesta a la ligera, sino visión vivísima, la que emplea Jesús cuando dice que los campos maduros “brillan ya blancos” para la siega y no dorados. El grano de Palestina, nunca mojado por la lluvia, se pone seco al mismo tiempo que madura, y tiene un brillo luminoso blanco amarillento.

Entretanto habían llegado los samaritanos e invitaron a Jesús, a pesar de ser judío, a que se detuviera en su ciudad. Jesús per-

maneció entre ellos dos días: el tiempo que solían permanecer generalmente los huéspedes en las aldeas.

Por las palabras con que termina el relato vemos que los samaritanos envidiaban un poco a su convecina, por haber sido la primera en ver a Jesús. En general, el juicio de la mujer no era tenido como fidedigno; no debía, pues, engreírse demasiado. Y ahora ellos mismos habían hablado ya con Jesús: “¡No creemos más por lo que nos dices, pues nosotros mismos hemos oído y visto que Éste es verdaderamente el Salvador del mundo!”

Actividad de Jesús en Galilea

El paisaje de Galilea

Se suele decir que la belleza de la Judea es seria y adusta; Galilea es un país de un encanto grandísimo, muy ameno y variado. Samaría, región entre Galilea y Judea, es una transición entre las dos. En cuanto se entra en Galilea se está ya en la llanura de Jezrael, que por sí sola produce más grano que toda la Judea. Aquí sólo algunas montañas son de piedra calcárea. Los precipicios de las montañas de Nazaret, por ejemplo, recuerdan aún la Judea. Por lo demás, domina el basalto volcánico; de ahí que las elevaciones tengan formas más redondeadas y que las rocas cedan a la erosión más fácilmente; la tierra es fértil; las pendientes de los terraplenes con hondonadas cultivadas comienzan más arriba y son aquí más frecuentes. Aun hoy es Galilea el granero de Palestina. En tiempo de Cristo no era de otra suerte; las parábolas evangélicas de Galilea son el reflejo de una región rica en grano.

Galilea también tiene su centro distinto del de Judea. Así como Jerusalén se halla en el paraje más áspero de Judea, Galilea tiene otro centro donde su amenidad es superior a la de todo el país: “el mar de Galilea” o lago de Genesaret.

Quien hoy día llega a aquella región viniendo de Nazaret y ve por vez primera el lago, no deja de sentirse algo desilusionado.

La mayor parte del año se ve la superficie, intensamente gris azul, por encima de una loma recubierta de cardos y hierba amarillenta y reseca. La luz intensa refuerza los contrastes entre el agua y la tierra, de ordinario ya muy marcados. Al agua viva sucede la costa reseca, luminosa, en tonos fuertes amarillentos-

grisáceos. Acercándose más, descubre la vista algunos grupos de árboles sin formar conjunto artístico unos con otros, y que por eso no llegan a formar un cuadro armónico.

Muy distinta, en cambio, es la impresión que se tiene al ver cómo prospera junto a las orillas la vegetación, merced a la obra de regadío. El lago está ya a unos 200 metros bajo el nivel del mar Mediterráneo. La temperatura más alta se mantiene en invierno ordinariamente sobre 15 grados Celsio. En verano sube de 38 a 40 grados.

Marzo es el mes más hermoso del año, comparable a nuestro mayo. En este tiempo ya se balancea la espiga sobre el tallo firme. El trigo alcanza una altura de 1 a 1,20 metros, mientras en la meseta de Judea apenas le llega al segador a la rodilla. En tiempo de siega, fines de abril, puede hacer ya tanto calor que no se pueda usar la hoz más que a la mañana con el rocío, pues de lo contrario se desgranarían las espigas. La cebada llega a un metro de altura junto al lago en las laderas más secas, y en Judea mide con frecuencia sólo un palmo, aun la desarrollada normalmente.

Trigo y cebada se siegan casi al mismo tiempo. El primero se siembra de diciembre a febrero; es el tiempo de primavera; la segunda, desde mediados de diciembre hasta enero. Las lentejas maduran ya a mediados de abril; las habas a veces ya a principios de abril. Las calabazas tienen ya en enero fruto sazonado. A fines de junio están los higos en sazón y en junio se pueden vendimiar las primeras uvas. Aun los dátiles maduran aquí más seguramente que en la meseta y las palmas dan fruto copioso. Se decía, con exageración oriental, que era más fácil mantener en Galilea una legión con lo que dan de sí únicamente los olivos, que criar un niño sólo con lo que dan de sí en Judea.

Considerando las obras de los Lazaristas en Tafgha y teniendo presente que en tiempo de Cristo todo el terreno que rodea el lago era de regadío, gracias a las fuentes y canales allí existentes, o bien por medio de norias que elevaban el agua del lago, se comprende sin dificultad la imagen que Josefo traza de esta región paradisíaca. También es muy parecido el panorama que nos ofrece hoy el Egipto de regadío. El invierno trae los frutos de nuestro verano, y el verano los frutos tropicales. Todo retoña pujante con el conveniente regadío bajo el influjo del sol. Coronas de palmeras se

GALILEA: VISTA DE LA LLANURA DE JEZRAEL

Galilea es el granero de Palestina. La fotografía presenta una vista de la llanura de Jezrael hacia el Sur. En tiempo de Jesús era toda esta llanura un campo de cultivo. Pasa por el camino un pastor, cuyo ganado va delante. Su vestido recuerda las palabras de Jesús cuando envió a sus Apóstoles. Lleva, pendiente de la cintura, un zurrón; un palo en la mano, sandalias en los pies. En lo alto del cielo brillan algunos jirones de blancas nubes, últimos restos de las "nubes de rocío" del verano; se deshacen hacia el mediodía y el sol hace sentir sus ardientes rayos. Hombres y animales proyectan sus sombras como planchas oscuras que andan con ellos. También se ve cómo se arrea el pollino con la burra y cómo éste anda dócilmente al lado de ella. Así irían la borrica y el jumentillo, uno junto al otro, en la entrada triunfal de Jesús. El suelo del camino está desmenuzado por la sequía hasta formar una amalgama de polvo y piedra. El calor y la excesiva luz le hieren a uno en la cara. Esta irradiación que viene de abajo, desde el camino, y de arriba, desde un cielo que echa lumbre, es lo que tanto molesta a la vista. No sin razón se dice en la Escritura que la luz perfora los ojos, pues en realidad ésa es la sensación que se tiene. En una pendiente como ésta está situada Naín.



cimbreaan bajo un cielo sin nubes y siempre azul, y brillan los sembrados, y las cepas producen un año tras otro.

Pero aun estos paraísos tienen sus plagas. Abundan los mosquitos y no sabe uno cómo procurarse en verano un poco de fresco. Los turistas del norte de Europa solamente admiran la exuberante magnificencia de esos paisajes, sin pensar cuánto trabajo supone abrir los canales y conservarlos y las faenas del regadío.

El pueblo de Galilea

Los israelitas, por razón de su religión, estaban separados, aun como raza, de los gentiles que los circundaban. Por eso las propiedades geográficas características de los diversos distritos, en el transcurso de los siglos, ejercían un influjo cada vez mayor en el modo de ser del pueblo. En tiempo de Jesús, los habitantes de Judea habían tomado ya algo de su país. Desde Jerusalén, punto céntrico religioso y político, dominaba toda la región el partido de los fariseos. Así como en nuestros días, en el mundo musulmán, no hay separación entre los preceptos religiosos y las leyes civiles, así entre los judíos la "ley de Moisés" lo regulaba todo. Los doctores la habían subdividido en mil prescripciones particulares y se asemejaba a las cimas de Judea, recubiertas con innumerables ruinas de antiguas fortalezas.

La subordinación religiosa llevaba consigo también la económica. La obligación vigente de dar al templo los diezmos era ya de grande importancia. Toda resistencia al partido era considerada como resistencia a la ley misma. Los extranjeros desempeñaban en Judea un papel relativamente insignificante. El gobernador romano residía comúnmente en Cesarea, junto al mar, y no iba a Jerusalén más que en tiempo de las grandes peregrinaciones. Tales fiestas eran entonces, como todavía hoy, la época de los levantamientos populares político-religiosos; los disturbios de estos últimos años han coincidido también con las fiestas judías y mahometanas.

El soberano de Galilea, Herodes Antipas, hijo de Herodes el Grande, era más inclinado a una vida de placeres y de orgías que a las grandes empresas. También sus súbditos tenían su manera propia de ser, conocida ya entonces, a pesar de que no se

cultivaba aún la “ciencia etnográfica”. Los galileos se mostraban, en comparación con la población montañesa de Judea, más vivos y excitados, más sociables y abiertos. Un refrán decía: “Los galileos estiman más el honor que el dinero; los judíos, más el dinero que el honor.”

Pero si en Galilea se hubieran querido observar puntualmente las prescripciones farisaicas sobre el trato con los gentiles, pronto se hubieran terminado sus relaciones comerciales. Al sur y en parte también al oeste del lago habitaban los gentiles, en poblaciones aisladas; la ciudad de exportación del comercio de pescado, Tariquea, tenía que ser visitada, de grado o por fuerza, por todos los pescadores. Por aquí, junto al lago, pasaban también los antiguos caminos de caravanas, que llevaban de Siria (Babilonia y Filistea) a Egipto. Los alquiladores y guías de camellos y asnos se ganaban allí bien la vida.

La pronunciación de los galileos es tenuta por defectuosa en los antiguos escritos. Se contaban historias que, trasladándolas al español, americano o andaluz, serían así: Cuando un galileo dice “caso” o “vaso” no se sabe si dice “caso” o “cazo”, “vaso” o “bazo”. En medio de los tristes sucesos de la noche de la pasión, aparece una alusión a la peculiaridad de la pronunciación galilea. Dijeron a Pedro: “Tu habla te delata.”

También desde el punto de vista religioso formaban los galileos una agrupación especial; los galileos, como vecinos de los pueblos gentiles, se sentían no poco enorgullecidos de pertenecer al pueblo escogido. En Jerusalén mismo se les consideraba como israelitas de segunda categoría, porque tenían que estar muy relacionados con los paganos y estaban separados por Samaría de la Judea propiamente dicha. A pesar de eso, probablemente tenían en la capital, ante las autoridades, mejor fama que muchos judíos que obraban sólo por temor servil. Es significativo que los discípulos, que a veces pueden llegar a mostrarse muy vivos, no arriesgan nunca una manifestación contra los doctores de la Ley.

La posición misma de Galilea hizo que la institución de las sinagogas llegara a ser de importancia extraordinaria. Después de la cautividad de Babilonia habían abandonado los israelitas toda transigencia en el culto de los ídolos. Ya no sacrificaban más “bajo todo árbol verde y en toda colina”. Únicamente se ofrecían sacrificios en el templo de Jerusalén, adonde iban en peregrinación en las

grandes fiestas. Pero ¿qué habían de hacer los sábados, cuando estaban en Galilea? Así se fué desenvolviendo el sistema del culto divino en las sinagogas. Cada municipio israelita se construyó una casa de reuniones adonde se dirigían los sábados. Por la misma naturaleza de las cosas, la instrucción de la ley vino a ocupar el primer lugar en estas sinagogas, en vez del sacrificio.

Cada sinagoga tenía un jefe, una junta y una especie de sacristán. Este abría la arqueta que contenía los rollos de los libros y buscaba lectores e intérpretes. Había también en cada municipio personas autorizadas que actuaban en el culto con especial frecuencia, aunque, en principio, cualquiera tenía derecho a presentarse. Se invitaba de buen grado, sobre todo a los huéspedes, a que hablaran en la sinagoga. El pueblo estaba sentado enfrente del ábside del coro, donde se hallaba la arqueta con los rollos. Pero los “notables”, sentados en bancos o sillas propias, estaban en la parte opuesta, hacia el pueblo. Estos eran “los primeros puestos”, de los cuales habla también Jesús.

La vida de Cristo, en cuanto Hijo del Hombre, estaba sujeta a las leyes del modo de ser humano. Los sitios apropiados para la instrucción religiosa eran las sinagogas de las respectivas aldeas y en ellas se presentó también Jesús al principio; pero cuando fué creciendo el concurso comenzó a predicar al aire libre.

Enfermedades y procedimientos curativos

Los relatos de los Evangelios sobre las curaciones milagrosas de Jesús comienzan con la curación del hijo de un oficial regio de Cafarnaúm. Para todos estos pasajes es de grande importancia conocer qué ideas se tenían entonces sobre las enfermedades y qué remedios se aplicaban contra ellas.

Cada país tiene sus enfermedades propias. En el clima de Palestina se dan con frecuencia bruscos cambios de calor y frío. El tiempo frío del año, con temperaturas relativamente bajas, se acaba casi sin transición con los “días hamsin”, o “días con viento del sur del desierto”, en los cuales la temperatura sube a 40 grados en la sombra. Este cambio trae consigo muchas enfermedades.

Por los escritos de San Cipriano sabemos que los sacerdotes

poseían en Africa facultades especiales para los apóstatas en ese tiempo en que se daban frecuentes casos de muerte. Cada día el atardecer trae consigo en las llanuras un fuerte descenso de temperatura, no poco peligroso para la salud. Con el viento del Oeste viene un denso vapor marino, que en las terrazas de Jerusalén puede llegar a humedecer los vestidos. Pero no todos tienen las posibilidades suficientes para tomar todas las medidas preventivas necesarias en esos cambios de temperatura, por ejemplo, al tomar agua o comida, sobre todo frutas; o para no verse obligados, por necesidad, a esfuerzos excesivos de trabajo. Por eso son muy frecuentes las enfermedades a consecuencia de enfriamientos.

Como en todos los países cálidos, así también en Palestina, ciertas enfermedades contagiosas pertenecen casi a la vida del pueblo bajo. Muchos son los atacados de alguna, sobre todo de disentería, la cual entra en un estadio agudo con los cambios de tiempo en otoño y en primavera y con los grandes esfuerzos en el trabajo. En los últimos años se ha descubierto en la Universidad judía de Jerusalén un nuevo bacilo de disentería. En tiempo de Cristo era también muy frecuente la malaria en las regiones pantanosas; a eso se añadían toda clase de erupciones de la piel: sarampión, viruela y sarna.

La luz fuerte, las grandes polvaredas, traen también consigo muchas enfermedades oftálmicas. En el hospital de San Juan de Jerusalén, para enfermos de los ojos exclusivamente, se trataron en 1931 no menos de 19.000 casos, y éstos todos de Jerusalén y sus alrededores. Las enfermedades oftálmicas epidémicas coinciden ordinariamente con tiempos de sequía, es decir, con veranos que suceden a inviernos pobres de agua. La ceguera es muchas veces consecuencia de la irritación de la conjuntiva. A los ciegos y tuertos se añaden los enfermos de cataratas.

Pero la enfermedad más temible es la lepra, que se presenta en dos formas: una trae consigo hinchazones en las articulaciones; la otra produce úlceras que se descomponen y supuran. Todavía no se ha hecho claridad completa sobre este terrible azote. Consta que la lepra es incurable. Recientemente se ha defendido la opinión de que es hereditaria, pero no contagiosa. Si así fuera, no tendrían razón de ser las medidas contra los leprosos, a quienes tantas molestias procuraban. Pero, en contra de esa opinión, es de notar el hecho de que misioneros europeos oriundos en regiones

libres de lepra quedaron contagiados cuidando a los enfermos; así, por ejemplo, el P. Damián, el tan conocido apóstol de los leprosos.

En tiempo de Cristo los leprosos tenían que vivir separados de los demás. Las prescripciones de la ley eran muy rigurosas; no les era permitido entrar en ninguna localidad y debían gritar a todo el que se les acercara: "Impuro". Así como ahora no siempre se observan las prescripciones en tiempo de peste, parece que tampoco se observaban entonces. Por eso un leproso pide la salud a Jesús dentro de una ciudad y aun dentro de una casa. Los escritos judíos llegan a decir que a esos enfermos se les asignaba un lugar especial en la Sinagoga. Cristo insiste con los hombres sanados por Él en que se presenten a los sacerdotes y se hagan examinar conforme a la prescripción de la ley. Y así les ordena: "Id y mostraos a los sacerdotes." Las palabras que siguen: "mostraos para un testimonio" se explican, conforme a eso, de la manera menos violenta, así: "para que os puedan extender un certificado" (después del examen).

Las gentes no distinguían las diversas clases de enfermedades. Lo que se hacía más bien era agruparlas según los fenómenos que las acompañaban. Lo que más frecuentemente acompaña a muchas enfermedades es la "fiebre". Y así se conocían toda suerte de "fiebres": la fiebre diaria, en la cual incluían también la disentería; una fiebre que se presentaba cada dos días, otra cada tres; además existía la fiebre fría y la fiebre ardiente. San Lucas llama a la fiebre de la suegra de Pedro "fiebre grande", y con ello usa un término técnico en medicina. En la fiebre alta las enfermedades toman frecuentemente un curso rápido. Los egipcios afirman, de la disentería amibática, por ejemplo, que los enfermos de quince a veinticinco años no escapan nunca. No es, pues, casualidad que en la vida de Cristo se trate con frecuencia de curaciones de enfermos de fiebre, de ciegos y de leprosos, y que los tres muertos que Cristo resucitó fuesen jóvenes.

¿Qué hacían contra ese siniestro mundo de fiebres y otras plagas? Los papiros que se conservan y los escritos rabinicos son ricos en documentos preciosos. La imagen que ofrecen es casi la misma que presenta hoy la medicina popular y que el pueblo conserva tan tenazmente. Característico es en todos estos casos que todos los remedios van acompañados de una multitud de acciones mágicas. Muchos se ríen de tales procedimientos, sin advertir que

en este punto son muchos los procedimientos primitivos que se han conservado en uso hasta nuestros días. Había raíces que no se podían arrancar simplemente si se quería que conservaran la virtud, sino que al cogerlas había que decir ciertos conjuros; no se podían coger más que “en una buena hora y en un día de suerte” y se habían de llevar a casa en un lienzo limpio. Había que meter en el agujero de la raíz siete granos de trigo y de cebada untados con miel. Existían imprecaciones contra las enfermedades y gentes que aseguraban conocer algunas imprecaciones, de una eficacia especial. La práctica no ha cambiado mucho en nuestros días. En documentos antiguos se hace mención del sahumerio con resina de pinos. Aún se pueden encontrar ahora en calles públicas conjuradores con incensarios.

También era uso general en el pueblo judío orar por los enfermos. En esa ocasión se citaban frecuentemente pasajes de la Escritura. Junto a esto desempeñaba un gran papel el escupir. Según opinión de muchos, este acto tiene su último fundamento en la idea de que se podía ahuyentar a los malos espíritus con la repugnante saliva. Pero cabe preguntar si la última causa no radica en la fuerza desinfectante y curativa de la saliva, que ya se admite como un hecho. Las insalivaciones se aplicaban sólo en dolores y heridas localizadas.

Cuando alguien escupía en una herida, y al hacerlo pronunciaba el nombre de Dios, tenía el caso una dificultad especial y se vino a acordar que se podía pronunciar el nombre de Dios después de escupir, pero no antes. Si Jesús tocó la lengua del sordomudo con saliva, lo hizo como acción simbólica de la que pudiera deducir el sordo que Jesús le quería sanar; por lo demás, este caso es distinto de los de los curanderos, pues Cristo no “cuchichea” ninguna fórmula curativa, y restituye al enfermo el oído con su palabra omnipotente: “Ábrete”.

Los diversos tratamientos de esos curanderos supersticiosos coincidían en que se había de establecer cierto contacto con el enfermo; había que agarrarle, o tomarle por los cabellos o vestidos o por otra parte que tuviera con él relación vital. Al mismo tiempo “cuchicheaban” largos conjuros con toda clase de nombres misteriosos o ininteligibles, según tiempos y señales determinadas.

Estos usos presuponen la creencia de que las enfermedades estaban de algún modo en relación con un poder infernal; es decir,

que eran obra del demonio o del pecado. La aplicación de este principio llevaba a injusticias cuando en casos concretos se deducían, sin más, de la enfermedad de un hombre, pecados en cuyo castigo se sufrían aquellas enfermedades. El mismo Jesucristo reprende a los discípulos porque, al ver al ciego de nacimiento, preguntaron: "¿Quién ha pecado, él o sus padres?" Pero desde el punto de vista del Cristianismo esta manera de ver es más profunda que la de aquellos que declaran sin más preocupaciones: Esta o aquella enfermedad proviene de este o aquel bacilo, y no preguntan por qué los hombres han sido entregados a esos seres microscópicos.

Primer discurso de Cristo en Cafarnaúm.

Jesús y los escribas

Entraron, pues, en Cafarnaúm. Y el sábado siguiente fué Jesús a la sinagoga y enseñaba. Y se maravillaron de su doctrina, porque les enseñaba como quien tiene potestad y no como los escribas. (Mar., I, 21-22; Luc., IV, 31-32; Luc., IV, 31-32.)

El primer día que Jesús se presentó públicamente en Cafarnaúm era sábado. Como todos los judíos fieles a la ley, fué a la Sinagoga, y allí, o bien se había anunciado Él mismo para hablar o fué invitado a ello por el jefe de la Sinagoga. La impresión que hizo en los presentes está descrita muy lacónicamente con estas palabras: "Y se pasmaron de su doctrina, porque los instruía como quien tenía potestad", que, por consiguiente, podía resolver todas las cuestiones por sí mismo, y no como los escribas.

¿Qué autoridad tenían, pues, los escribas? ¿Por qué el pueblo establece en seguida relación entre Jesús y esos hombres?

Los escribas eran, dicho en una palabra, los profesores de teología, los filólogos y juristas de su tiempo. No les faltaba más que una cosa: ser sacerdotes. Como en el tiempo de Cristo los escribas pertenecían casi sin excepción al partido de los fariseos, se les puede llamar los representantes científicos del fariseísmo. Eran al propio tiempo maestros de los jóvenes que después habrían de continuar su oficio.

Su manera de enseñar estaba condicionada tiempo hacía a la

LABRADOR ARANDO

Es después de las primeras lluvias de diciembre. El suelo está ya compacto. La tierra ya rozada se diferencia de la que está sin arar por el hermoso color pardo rojizo. Piedras, no faltan. Al que ha puesto la mano en el arado y vuelve la vista atrás cáesele la esteva de la mano o se le sale el arado del surco. El hombre está vestido de invierno; la temperatura le parece fría, pero en realidad está a 15° centígrados.

LA TRILLA

Con el nombre de era se entiende en Palestina el lugar donde se trilla y al mismo tiempo se custodia el grano, que yace allí hasta que se mete en el granero. Un jovencito beduino de la tribu de los sameiri va en el trillo. Ha procurado aumentar su poco peso con una piedra. Ese montón en cuyo derredor gira el caballo es de espigas segadas muy corto. De ahí se van echando bajo el trillo nuevas capas, hasta que el centro del círculo queda vacío. Y entonces se comienza a pasar el trillo otra vez por encima. Cuando sopla el viento uniformemente se arroja a lo alto lo trillado; las granzas pesadas caen junto con el grano que suelta el tamo, y después el trigo es cribado con diversas series de cribas y cedazos. La paja que queda sirve para el fuego o se la deja allí mismo, hasta que se pudre. A esto alude San Juan. La cizaña se quema muchas veces con la paja. (Parábola de Jesús sobre la cizaña.) En el fondo se ve una de esas tiendas de verano como las que se solían levantar en la fiesta de los tabernáculos y en las viñas. Sobre fuertes soportes hay estacas transversales con carrizo y encima capas de paja. Dos beduinos están sentados en el tejado aireándose al viento del Oeste, que ya sopla (como se puede observar en las puntas de los vestidos, que revolotean en la espalda del muchacho, y en los vestidos del joven que está de pie detrás; éste llama a sus compañeros, que están lejos, en el lago). De las cimas que se ven al fondo bajó Jesús una mañana después de la elección de los Apóstoles. Todo el relato supone que Jesús se hallaba con el pueblo en una comarca donde la mayor parte del terreno eran pastos y que, por consiguiente, se podía andar por él sin causar daños.



ley de que todo se había de transmitir oralmente de generación en generación.

Dondequiera que no hay libros de escuela, la enseñanza se hace aprendiendo de memoria, y no puede menos de ser así. Esta circunstancia influye en maestros y discípulos. El profesor ha de procurar en sus lecciones resumir lo substancial en frases cortas, fáciles de ser cogidas, o con ejemplos. Para aclarar la ley, los escribas preferían los ejemplos, así como Cristo prefería las parábolas. Pero también el discípulo sabía que había de formar en su memoria una especie de libro de texto espiritual, y así fijaba en ella frases doctrinales y ejemplos. La memoria de la gente que se educa sin libros suele ser de una tenacidad y seguridad increíbles. Los jóvenes judíos que se forman para rabinos saben de memoria, aun en nuestros días, grandes trozos de los Libros Santos con sus explicaciones.

Sobre la manera de enseñar dicen mucho las expresiones que se usan para significar esa acción. La palabra para expresar el “aprender” significa lo mismo que “repetir”; por consiguiente, “decir siempre lo mismo”. Alternando las preguntas con las respuestas, se iba repitiendo siempre lo mismo; el discípulo estaba obligado a atenerse a la expresión del maestro. El discípulo ideal, según eso, era el que se asemejaba a “una cisterna recubierta de cal, que no pierde una gota”.

Jesús se atuvo también a la instrucción oral. Por consiguiente, es seguro que dijo las mismas cosas varias veces; eso es lo más natural, y hay que tenerlo en cuenta en las “repeticiones” de los relatos evangélicos.

Toda enseñanza comenzaba por la Ley y terminaba en la Ley. La “Thora” o Ley era el libro de escuela para los niños. Con el tercer libro de Moisés, con la narración y descripción de los sacrificios comenzaba la instrucción para aprender a leer y las nociones de cosas. La escuela se llamaba por esta razón “la casa del libro de la Ley”. Al principio se daban a los niños sólo fragmentos aislados, para ejercitarse. En lo substancial se conservó también esta misma forma de instrucción con los discípulos de los escribas que se preparaban para enseñar o para el “doctorado”.

Para lo cual, naturalmente, se habían de aprender y ejercitar no pocas cosas. Se tenía que saber desenvolver el pensamiento en la forma prescrita. La “deducción” desempeñaba en esta enseñanza

un gran papel, sobre todo en saber deducir una cosa difícil de otra fácil, y viceversa. Jesucristo no tiene reparo en hacer uso de esas conclusiones, como cuando dice: “¿Si Dios viste así la hierba que hoy está en el campo y mañana es arrojada al horno, cuánto más tendrá cuidado de vosotros?” “¿Si esto sucede en el leño verde, qué será en el seco?”

Las fórmulas para citar pasajes de la Escritura, que, naturalmente, se debían saber de memoria, tenían también una importancia especial. Una vez se apropiaba mejor al texto una fórmula; otra vez, otra. Cuando un discípulo podía probar en seguida una frase tras otra con una cita acertada, o bien un texto más importante con una cadena de citas entrelazadas una con otra, inconscientemente experimentaba un sentimiento de triunfo que le hacía feliz. Ya hemos notado antes que las preguntas de los discípulos eran una parte de la instrucción.

En una cosa se diferenciaba no poco la relación de discípulos y maestros de entonces de la que predomina hoy día. La comunicación del saber era considerada tan sólo como una parte de la enseñanza. Tenía la misma importancia la convivencia de los discípulos con el maestro; los discípulos debían conformarse enteramente a su manera de vida en todo lo que hacía o dejaba de hacer. De ahí que los discípulos acompañaran al maestro en los viajes. La diferencia de estado aparecía, no sin desagrado de los discípulos, en que el rabí iba a caballo y ellos, detrás, a pie. Por tal razón la frase “ir detrás de alguno” tomó el sentido de “ser discípulo”. Conforme a eso, cuenta un antiguo escriba: “Cuando yo iba aún detrás del rabí Yojanán...” O bien se dice: “Una vez sucedió que rabí Yojanán (muerto ochenta años después de Cristo) cabalgando sobre un asno salía de Jerusalén y sus discípulos seguían detrás.” Imagen ésta que involuntariamente nos hace pensar en ciertas escenas de la vida de Jesús; sólo que Jesús, a diferencia de los rabinos, iba siempre a pie, como sus discípulos. De lo contrario, no les hubiera regocijado tanto el encargo que les hizo, antes de la entrada triunfal en Jerusalén, de prepararle un borriquillo.

Los discípulos, hechos ya maestros, no sólo usaban en sus explicaciones las instrucciones de su maestro, sino que a veces se contentaban con decir concisamente: “Antes se resolvía de este modo o del otro; mi maestro lo resolvió así o así; hay que resolver, pues, aún así o así.”

Los discípulos estaban obligados a prestar al maestro los servicios que puede exigir un señor a sus siervos. Pero no les podía exigir trabajos que fueran tenidos como de esclavos, como por ejemplo, desatar las sandalias, lavarle los pies, etc.

Naturalmente, tampoco entonces eran todos los discípulos lumineros de ciencia. Un proverbio los dividía en cuatro grupos: esponjas, es decir, discípulos que lo cogían todo, lo esencial y lo no esencial; embudos, es decir, discípulos a quienes lo que les entraba por un oído les salía por el otro; coladores, o discípulos que se dejaban escapar el vino y sólo retenían las heces, que reparaban sólo en lo secundario; cribas, o discípulos que retenían lo importante y sólo olvidaban lo inútil.

El fin de la enseñanza se había logrado cuando el discípulo, al hacerle una pregunta, podía citar en el acto como respuesta los pasajes de la Escritura y sus comentarios, las consecuencias de los comentarios y las prescripciones fundadas en las explicaciones tradicionales.

Cuanto más literalmente se ajustaran sus palabras a las explicaciones del rabino, más favorable era el juicio respecto del examinando. Porque también aquellos estudiantes tenían que hacer un examen antes de ser promovidos. Tampoco entonces, como ni ahora, eran todos aprobados.

El nombramiento y el título de rabí llevaba consigo el pleno derecho a presentarse como maestro y como juez. La transmisión del poder del maestro a los discípulos se simbolizaba imponiendo el maestro las manos sobre el discípulo, transfiriéndole así el oficio de enseñar y juzgar. La promoción llamóse, por esa ceremonia, "impesición de manos". La fórmula común más tarde era ésta: "Yo te nombro rabí; quedas, pues, nombrado." Un escriba que no recibía su poder de otro escriba no entraba en la cadena de maestros que descendía desde Moisés. Se creía que si se interrumpía una vez completamente esta cadena, ya no se podría volver a continuar.

Los escribas, apoyándose en las palabras de la Escritura: "Harás conforme a lo que te dijeren", exigían una obediencia incondicionada a sus decisiones, que se proponían como simples deducciones de la ley de Dios. Ya en tiempo de Cristo había escribas que tenían de sí una opinión tan alta como la que se trasluce en un dicho de tiempo posterior: "De más peso son las palabras de

los doctos que las de los Profetas. Sucede en esto como con un Rey que envió dos secretarios suyos. Respecto de uno, escribió: “¡Si no os muestra mi firma y mi sello, no le creáis!” Respecto del otro escribió: “Aunque no os muestre firma alguna, tenéis que creerle, aun sin ella y sin sello.” Según esto, los escribas estaban sobre los Profetas. Estas opiniones influyeron contra Juan y contra Jesús cuando hicieron su presentación ante el pueblo.

Muchos de estos escribas, a pesar de su distinguida condición, vivían en pobreza; se habla de escribas que servían en una nave porque padecían necesidad, y de otros que, “siendo tan sabios que podrían contar las gotas del mar, sin embargo sufrían durísima necesidad”. Por eso era acción singularmente meritoria el ayudar a un rabino con dinero y otros regalos. Hasta se hacían colectas oficiales para ellos. Con frecuencia ellos mismos procuraban ganarse la vida personalmente con trabajos manuales. Así como Pablo fué tejedor de lonas, así se habla también de un escriba que era batanero.

Esta casta de hombres daba gran importancia a todo lo exterior, como se podría ya deducir *a priori*, dada la predilección del oriental por todo lo que hiere los sentidos. Lo que Cristo echaba en cara a los fariseos respecto de las anchas filacterias y las borlas llamativamente grandes, es aplicable de un modo especial a los escribas. Cuando se dice en San Marcos (XII, 38) que los fariseos se paseaban con sus vestidos largos, revélase otro de los rasgos característicos de su manera de presentarse. Todos tenían derecho a llevar un manto; pero los escribas llevaban mantos especiales que los daban a conocer a todos como hombres de dignidad. Como se reconoce a los hombres que están siempre al fuego, así se conoce en seguida al sabio en su andar (lleno de majestad), en sus palabras (que nunca desdicen de su dignidad) y en el modo como andan cubiertos con sus mantos (que es exclusivo suyo). Sin el manto no se podía concebir un acto oficial. El echárselo encima pertenecía al ceremonial preparatorio. Dícese con frecuencia: “Se cubrió con su manto e hizo oración.” Según una declaración de tiempo posterior, el juicio empieza “tan pronto como los jueces se cubren con sus mantos”. No se podía dar la dispensa de un voto sin ese traje oficial. Un hombre viene al rabí Gamaliel (90 después de Cristo) y le pide dispensa de un voto. El rabí le ha escuchado montado en

un asno. Se apea, échase encima el manto, se sienta y le dispensa del voto.

Tal es precisamente el mundo religioso entonces existente, dentro del cual empezó Jesús, el carpintero de Nazaret, su magisterio público. Teniendo en cuenta estas circunstancias, ya se comprende cómo todo escriba que no creyera en la misión divina de Jesús, había de ver en él un adversario peligroso. Se podía hacer valer contra Él que no había tenido maestro, que no había recibido nombramiento de doctor y que, por consiguiente, no estaba autorizado para enseñar. Tan pronto como Jesús explicaba un pasaje de la Ley en otro sentido que el de la escuela, se podía alzar contra Él la queja de propalación de doctrinas falsas y entablar contra Él un proceso judicial. El sermón de la montaña, en cuyo exordio se leen estas palabras: "No penséis que he venido a abrogar la ley: he venido a perfeccionarla", va dirigido, por toda su contextura, contra acusaciones como éstas hechas por los escribas.

Por lo demás, la vida de Cristo, a pesar de todo, tiene muchos puntos de contacto con la vida de los doctores de la Ley. A veces andan muy juntas las cosas comunes a ambos y las diferencias. Jesús viaja con sus discípulos por la región, como los doctores de la ley viajaban con los suyos en calidad de maestros y, sobre todo, de jueces. Pero los doctores de la Ley cabalgan en un asno, y Jesús va a pie como sus discípulos. Jesús vive, como ellos, de limosna; pero Jesús deja que corra a cuenta de un grupo de mujeres que le acompañan el dinero y el atenderle a Él; en cambio, los doctores de la Ley no admitían a las mujeres. Los doctores dan mucha importancia a las exterioridades, al vestido propio de su dignidad y cosas semejantes; en cambio, de la vestidura de Jesús sólo oímos hablar en el paraje de la hemorroísa y cuando ya está pendiente en cruz y los soldados se la sortean. Los doctores buscan ser llamados juristas y jueces; Cristo rechaza ese título explícitamente: "¿Quién me ha constituido juez?" "No me llaméis Rabi." Quiere ser sólo maestro religioso, pero no juez civil.

También Jesús tomaba la Ley como punto de partida de su enseñanza, sobre todo cuando daba el sábado instrucción sobre algún pasaje de la Escritura. Pero la Escritura, en su boca, sonaba de muy diversa manera! Pasajes que pasando de un doctor a otro parecían ya monedas desgastadas, cuando Él los usaba parecían

nuevos. También Él cita los libros sagrados, pero se siente que no los cita, como los escribas, para justificar con ellos su opinión propia ante los demás y declararla como obligatoria para todos. Él habla de las palabras de la Ley más bien como el autor que la había compuesto y que luego la explicaba a los demás.

Curación del endemoniado

Y había también un hombre en la sinagoga que tenía en sí un espíritu inmundo, el cual dijo a voces: “¿Qué tienes tú con nosotros, Jesús de Nazaret? Yo sé quién eres tú: el Santo de Dios.” (Marc., I, 23-28; Luc., IV, 33-37.)

Durante el discurso de Cristo o inmediatamente después tuvo lugar una escena que dio a conocer a Jesús como hombre dotado de un poder divino.

Hallábase en la Sinagoga un hombre que hasta entonces había estado tranquilo. De repente empieza a gritar a Jesús: “¿Qué tienes Tú con nosotros, Jesús de Nazaret? ¿Has venido para perdernos? Ya sé quién eres: el Santo de Dios.”

Estas palabras produjeron un horror repentino. La mirada del que las profirió vino sin duda a reforzar la impresión.

En aquel momento pareció como si no se hallaran en la Sinagoga más que dos personas: Jesús y aquel hombre. Los presentes presintieron que detrás de aquellos dos hombres había poderes sobrehumanos. “¿Qué tienes tú con nosotros?” Después, contra su voluntad, vino la confesión, y la voz al fin profirió lo que más terror causaba en quien la profería: “Yo sé quién eres Tú: el Santo de Dios.”

Sólo uno entre los circunstantes quedó impávido: Jesús. Avanzó ante el endemoniado y dijo con la misma firmeza con que acababa de hablar:

“¡Enmudece y sal de este hombre!”

La fuerza oculta sacudió al pobre hombre otra vez, y en la sinagoga resonaron nuevos gritos, como de un enemigo vencido. Ya en el sermón de Cristo había sentido la gente que “tenía potestad”. Ahora quedaba demostrada con este hecho.

Curación de la suegra de Pedro

Al salir de la sinagoga dirigióse Jesús, con Santiago y Juan, a la casa de Simón y Andrés. La suegra de Simón estaba enferma con fiebre, y le hablaron luego de ella. (Mat., VIII, 14-15; Marc., I, 29-31; Luc., IV, 38-39.)

Terminado el servicio divino, Jesús, Juan y Santiago se dirigieron a la casa de Simón y Andrés. Simón y Andrés tenían, pues, una casa común en Cafarnaúm. Para los orientales la casa es sólo el lugar donde conservan sus cosas y donde buscan protección del frío en tiempo de lluvia. Por eso pueden vivir juntos más tiempo que nosotros, personas de distinta condición. Algunos documentos de Egipto nos hablan de derechos sobre la posesión de una casa, o de una séptima parte de la casa (en el año 23 después de Cristo), o de una décima parte, o de una vigésima y aun de una trigésima parte (en el año 72 después de Cristo). En un caso habitan en la "décima parte de una casa" más de veinte personas.

En la misma casa de Pedro vivía también su suegra. Es posible que la casa perteneciera a ella primitivamente. La suegra padecía aquel día de "fiebre". Es natural que Pedro y Andrés hablaran de ello a Jesús. Tal vez fueron sus palabras un ruego para que la curara, pero no se dice en el Evangelio.

Las mujeres tenían una habitación o un departamento especial. Las personas de condición modesta yacían, aun en caso de enfermedad, en jergones de paja en el suelo, cubiertas con mantas.

Jesús se dirigió a la enferma, la tomó de la mano y le mandó levantarse. A su palabra desapareció la fiebre. No sabemos si se trataba de una enfermedad pasajera o si era crónica.

Después de una fiebre de éstas quedaba el enfermo pálido, fatigado y débil, y se sentía al principio de la convalecencia peor que durante la enfermedad. La suegra de Pedro se levantó a la palabra de Jesús y se puso a servirlos. Por donde se ve que Jesús era tratado en casa de Pedro como un miembro de la familia. Si hubiera sido propiamente huésped no le hubiera servido una mujer.

Numerosas curaciones en la tarde del sábado

Al caer de la tarde, y puesto ya el sol, le trajeron todos los enfermos y endemoniados. Toda la ciudad estaba reunida ante la puerta de la casa. (Marc., I, 32-34; Mat., VIII, 16-17; Luc., IV, 40-41.)

La curación de la suegra de Pedro había tenido lugar en sábado. En estos días gustaba la gente de pasearse por las calles, o bien iban al lago, o se visitaban amigos y vecinos. Estas eran las mejores condiciones para que la noticia de la curación se extendiera rápidamente por toda la ciudad.

De seguro que muchos habitantes de Cafarnaúm miraron a Jesús con cierto estremecimiento cuando salió de la sinagoga. Ese Hombre lo sabía, lo veía y lo podía todo. Después se propagó la noticia de que había curado a la suegra de Pedro. Las suegras, en las familias, no eran entonces, tanto como ahora, víctimas de chistes y chismeras.

La noticia del milagro despertó la confianza de la gente. Si Jesús había sanado a una anciana con fiebre, se podía ir a Él con cualquier enfermo.

El trasladar los enfermos de una parte a otra, y aun el tratamiento medicinal con ellos, estaba prohibido en sábado, según las interpretaciones de los doctores de la Ley. Llenos de impaciencia, esperaron, pues, hasta la puesta del sol. Ordinariamente, se encerraba a los enfermos al anochecer, por miedo a influencias nocivas. Pero esta vez al atardecer los trajeron por las calles. Toda la ciudad se reunió delante de la puerta.

Es un cuadro típicamente oriental, de esos que se pueden ver aun en nuestros días. Si en alguna casa sucede algo especial, todo el mundo afluye allí; llaman, gritan, preguntan, repiten precipitadamente las preguntas, comunicanse las respuestas nerviosamente a los que están lejos o a los recién llegados. Las ventanas de las casas vecinas se llenan de cabezas humanas; aparecen curiosos en las azoteas, que se inclinan para observar. Una nube de polvo se levanta sobre el hervidero de la muchedumbre, que llega a cargar la atmósfera. Pronto se desvanece el crepúsculo vespertino en el Oeste y con él se extingue la última luz en las estrechas callejuelas.

Los enfermos traídos ante Jesús padecían diversas enfermedades. Los “curanderos”, que ordinariamente recorrían la región, conocían para cada enfermedad determinados conjuros y acciones misteriosas. Cuando una vez no surtía efecto, se aseguraba que era razón para que la otra obrara infaliblemente.

Jesús se presentó como Señor de la vida; curaba todos los achaques de la misma manera, sin diagnosis, sin palabras ya determinadas antes, sin ademanes preparatorios. Ponía asimismo en libertad a los endemoniados y, sin embargo, no consentía que se hablara de Él. Quería devolver a los hombres la fe en Dios Padre. La fe en el demonio la habían conservado bien hasta entonces los gentiles.

Jesús en la soledad

A la mañana siguiente, muy de madrugada, levantóse Jesús y se fué a un sitio solitario y hacía oración allí. Simón y sus compañeros lo buscaron y encontrándolo le dijeron: “Todos te andan buscando.” (Marc., I, 35-39; Luc., IV, 42-44.)

A la mañana siguiente hizo Jesús una cosa que entonces pareció a los discípulos incomprensible y aun hoy a muchos les parece muy enigmática. Y, sin embargo, ese proceder extraño de Jesús interpreta a maravilla algo que es característico de un sentimiento genuinamente humano; sólo que son relativamente pocos los que se ponen en disposición de poderlo experimentar en sí mismos en su realidad íntima.

Muy de madrugada, ya en el primer despuntar de la aurora, levantóse Jesús, dejó la casa de Pedro y se dirigió a un lugar solitario para orar. ¡Cuán humanamente conmovedor es este rasgo! Despertó, y su alma se puso en seguida en actividad.

Entretanto habíase extendido la noticia de sus curaciones por la ribera del lago, que estaba muy poblada. La gente que ayer no tenía aún bastante confianza y otros que hasta entonces no sabían nada de Jesús vinieron a Pedro y Andrés. Los dos se pusieron en camino para buscar a Cristo, y al hallarlo le dijeron: “Todos te andan buscando.” En eso se reflejaba su excitación y una falta de comprensión, mezclada con cierta indignación, como si dijeran:

¿Pero cómo puedes Tú alejarte precisamente cuando todos acuden a Ti?

Debió de causarles no menor maravilla ver que Jesús no mostraba deseo de volver con ellos a Cafarnaúm; antes les decía: “¡Vayamos a otra parte, a las cercanías, para predicar allí! ¡Pues a esto he venido!”

Aún hay personas que menean la cabeza al leer esta “huída” de Jesús y la prohibición de que se propagaran sus milagros. Y, sin embargo, esta manera de proceder está fundada en la manera de ser del hombre. A todos los que viven en Dios les causa una pena especial tener que aparecer, en palabras o en obras, como saliéndose del modo de ser de los hombres ordinarios. Léase, por ejemplo, en las confesiones de Santa Hildegarda, cómo no cedió, sino ante una presión penible, a escribir y hacer cosas que no son de una persona ordinaria. No ha habido santo que no haya experimentado estos sufrimientos.

Estos tormentos agitaron también a Jesús en grado extraordinario. Obraba milagros que habían de ser como los mojones que ponía en el camino que conduce a Dios. Y los hombres comenzaban a tomarlos no como mojones, sino como fin. Con este primer apartamiento de la muchedumbre del pueblo, que le apremiaba, comenzó en Jesús el sufrimiento interior, las ansias por estar en paz y a solas con su Padre.

Las casas de Palestina

Como en Palestina casi todo el año se vive al aire libre, cualquiera, mejor que entre nosotros, aunque sea poco acomodado, puede reducir al mínimo los gastos que trae consigo el sostener un hogar y una habitación. Gran parte de la gente vive en casas de un solo piso, y la mayor parte de las veces no tienen más que una habitación. Tampoco les preocupa mucho la construcción del tejado. Colocan de una pared a otra las vigas sin desbistar y encima ponen, en sentido transversal, carrizo y leña menuda; después se echa encima barro de tierra cocida o una especie de hormigón, que luego se apisona; se endurece al sol y resulta un tejado ideal para el tiempo del calor, pues conserva fresco el local interior. Al mismo tiempo sirve a las mujeres para secadero de higos y uvas, para

estercolero y de sitio para la leña menuda y aún de habitación en las horas de la mañana y de la tarde.

Como el piso del tejado pertenece a las "habitaciones", constrúyese también las más de las veces una escalera por la que se puede subir a él sin entrar en la casa. Las casas que están edificadas en una ladera no tienen necesidad de escalera, pues el tejado mismo llega por una parte hasta el monte.

Lo malo de esos tejados es en tiempo de lluvias, pues se deshace la masa de barro. Por eso en cada casa hay un rodillo con que apisonar el tejado cuando llueve para que la capa de barro se conserve dura. Estos rodillos eran ya conocidos en los tiempos antiguos, pues en cuestiones judiciales se daba el caso del que haciendo rodar sobre el tejado un rodillo, lo deja caer, hiriendo a alguno en la calle.

Lo característico de la casa antigua judía no es precisamente el edificio, sino el atrio que está delante, cercado con un muro, cuya puerta de entrada daba al camino público. Con frecuencia varias casas tenían un patio común, y entonces todos podían disponer de él con igual derecho. Se dice en un proverbio: No se puede prohibir el trabajo a un vecino en un patio común diciéndole: "No puedo dormir por los golpes de tu martillo, o por el chirriar del molino, o por los gritos de tu hijo." Hácese notar expresamente que si junto a uno de esos atrios comunes es necesario contruir una garita para el guarda, por hallarse en sitio de tráfico, se puede obligar a las casas colindantes a cubrir los gastos. Los atrios de estilo tirio, sobre todo, tenían garitas de estas junto a las puertas de las ciudades. El que quería entrar en ellos debía golpear a la puerta que estaba en el muro del patio. Allí es donde el portero tenía su habitación. Un guarda de esos debía de tener presente Jesús cuando dijo: "Si el fuerte custodia el atrio, todo está seguro." Esos atrios, por lo demás, debieron de desempeñar un papel importante en la vida del Salvador, como en general en la vida del pueblo. ¡Cuántas veces no debió de reposar y enseñar estando en Cafarnaúm, o durante sus expediciones, en esos atrios sombríos! En un atrio de este género ejerció Él, sin duda, el oficio de carpintero hasta los treinta años.

Aun en nuestros días se caracterizan los caminos de Oriente por quedar encuadrados por ambas partes entre muros de atrios.

A trechos más o menos largos van apareciendo las puertas. La gente mira adentro, pero también miran de dentro afuera y observan para ver quién se acerca.

La curación del paralítico

Cuando Jesús volvió a Cafarnaúm, después de varios días, se supo que había llegado a casa. Confluyó tanta muchedumbre, que ni siquiera delante de la puerta cabían. Y así les enseñaba. En eso pasan por delante algunos que traen un paralítico, y lo llevan entre cuatro hombres. Pero por razón de la muchedumbre no les es posible llegar a Jesús. (Marcos, II, 1-12; Mateo, IX, 2-8; Luc., V, 17-26.)

Jesús había vuelto en secreto a Cafarnaúm, tal vez protegido por el crepúsculo. En aquellas ciudades sin alumbrado, cada uno atendía a sí sin preocuparse de los demás. A Jesús le fué bien difícil continuar mucho tiempo en casa de Pedro sin que la gente lo advirtiera. Pronto se supo que había llegado; la gente llenó la casa y se aglomeró a la puerta.

También los escribas y fariseos habían contado con esa vuelta y se habían asegurado esta vez un puesto, no sólo junto a la puerta, sino en la habitación misma, muy junto al Maestro, sea que fueran los primeros en llegar, sea que con su modo de presentarse en público se abriesen paso entre la muchedumbre.

A lo que parece, en este primer encuentro no se habían propuesto más que espiar a Jesús. Jesús mismo fué quien les obligó a tomar públicamente y pronto una actitud en su casa y les negó por su parte todo derecho sobre su Persona.

De repente, en medio del discurso, prodúcese una gran perturbación. Ya antes se pudo haber oído que alguien andaba por el tejado; ven que en el techo se va formando una abertura; trozos de tierra apisonada caen a través de las capas de carrizo; desde arriba alguien arranca las capas de juncos y se dejan ver por la abertura algunos hombres, que descuelgan ante los pies de Jesús una camilla con un enfermo. Los datos de los Evangelios no excluyen la hipótesis de que los cuatro hombres se subieran primero al techo de otra casa y que después se acercaran por los tejados hasta la casa en que habitaba Jesús.

Todos los ojos están fijos en el Maestro; todos se hacen esta pregunta: ¿Lo curará o no? Todos se hacen oídos para escuchar las palabras de Jesús; y los del tejado acechan por la abertura. Pero los que están más en tensión, a su modo, son los fariseos. El enfermo mismo se siente apartado de los que le han traído. Sin duda que ve al Maestro, y los circunstantes todos pueden leer en su mirada esta súplica única: "Dame la salud del cuerpo."

Y sucede lo que menos se podía esperar. Jesús dice al enfermo, que le está mirando: "Tus pecados te son perdonados."

No hay duda que todos los que oyeron estas palabras se dieron cuenta de lo inaudito de esta manera de hablar. ¡Pues perdonar pecados no podía hacerlo más que Dios! Las circunstancias en que Jesús dijo esto aumentaron la impresión: hablaba a un enfermo del cuerpo y las enfermedades eran tenidas como castigos por los pecados.

Se han hecho toda suerte de investigaciones sobre la evolución de la "conciencia de la filiación divina" en Jesús. Si no se quieren violentar los documentos originales, hay que admitir que en lo substancial no se da evolución en las declaraciones de Jesús respecto de su dignidad de Hijo de Dios y Redentor. Ante los fariseos se ha atribuído Jesús, en esta ocasión, un poder divino con su palabra "perdonar". Poco después dió a entender que conocía los pensamientos secretos de sus enemigos. Dirigiéndose a ellos les dice: "¿Por qué pensáis así dentro de vuestros corazones?"

Jesús mismo pone al descubierto la cuestión que les traía preocupados: "¿Qué es menos difícil, decir: tus pecados te son perdonados, o decir: levántate, toma tu camilla y anda?"

La palabra griega usada aquí significa en toda propiedad "no difícil"; la gradación o el comparativo de esta palabra se formará en nuestra lengua, en cuanto al sentido, con la expresión "menos difícil" y no "más fácil". Pues en este mismo caso se supondría que las dos cosas son fáciles, y en el primero, que las dos son difíciles. Y Jesús aquí quiere decir que en los dos casos se trata de cosas difíciles.

O los fariseos no pudieron responder nada, o que Jesús mismo puso la pregunta, conforme al estilo oriental, simplemente como una introducción a las palabras que siguen. Pero aun así vale la pena darse interiormente la respuesta a esta pregunta. Las dos cosas son difíciles: decir: "tus pecados te son perdonados", y de-

cir: “levántate, toma tu camilla y anda”. Estas dos cosas sólo las puede hacer la potencia divina. Porque, además, “decir” está aquí en el sentido de que lo dicho se realiza realmente. Pero hay una diferencia entre estos dos mandatos, que significan en el que los da plenitud de poderes. Si un hombre dice a otro: “Tus pecados te son perdonados”, nadie puede comprobar la eficiencia de estas palabras. Por el contrario, si el mismo hombre dice a otro: “Levántate, toma tu camilla y anda”, otros testigos pueden comprobar el efecto de las palabras. Si se levanta el enfermo, el que las profirió posee una fuerza sobrenatural. Y si se demuestra eficiente la palabra del que dice: “Levántate, toma tu camilla y anda”, se le puede creer cuando dice: “Tus pecados te son perdonados”. Y eso es señal de que se trata de un Enviado de Dios.

Jesús quiere indicar con su pregunta todo eso, y todo eso sirve de fondo a las palabras y hechos que siguen. Jesús continúa:

“Pues para que veáis que el Hijo del Hombre tiene potestad en la tierra de perdonar pecados —aquí Jesús interrumpe la frase, deja a los fariseos, se dirige al enfermo, y le manda—: A ti te digo: ¡levántate! Toma tu camilla y vete a casa.”

Al oír esta voz, se levanta el enfermo, toma su camilla y se va, a la vista de todos.

Jesús expone ya en este primer encuentro, en lo substancial, la cuestión por la que se le condenará a muerte. Se llama a sí mismo “el Hijo del Hombre” y se atribuye potestad de perdonar pecados en la tierra; es decir, se atribuye poder divino. La última defensa ante el tribunal supremo termina con una alusión al “Hijo del Hombre” que tiene dominio en el Cielo.

Según los fariseos, ni el mismo Mesías tendría el poder de perdonar pecados. Y ellos demasiado entendían que Jesús no quería decir que todo hijo de hombre o todo hombre poseía ese poder. Estas interpretaciones eran entonces para todos más extrañas que hoy día, cuando “perdonar pecados” se tiene con frecuencia por los protestantes como sinónimo de declarar que los pecados son cosa sin importancia.

Pero ¿qué pensaban de ese hombre que se atribuía a sí mismo la dignidad de “El Hijo del Hombre”, es decir, el Hijo del Hombre en concreto, el Hijo del Hombre, único en su dignidad de Hijo?

De seguro que conocían el pasaje del Profeta Daniel donde se habla de uno que se acercaba sobre las nubes del cielo y que tenía

la apariencia de un hijo del hombre. Pero ¿dónde estaba, tratándose de ese carpintero, que se daba a sí mismo ese nombre, el acercarse del Cielo y la nube de la magnificencia de Dios? *Ese Hombre* era algo demasiado vulgar para que ellos, jefes y señores del pueblo, se tuvieran que doblegar ante él.

Los comienzos del Cristianismo

Mucho es lo que ya se ha escrito y hablado sobre el origen del Cristianismo. Mientras se conservaron en lo substancial los principios cristianos, aunque no siempre se viviera conforme a ellos, se tomaron por una misma cosa Cristianismo y cultura. Según esto, todos veían en los primeros mensajeros del Cristianismo, los Apóstoles, ante todo, unos genios iluminados. Hablábase del genio de San Pablo, sin recordar que se había ocupado en tejer lonas, y de Juan el profundo, sin mencionar que había sido pescador.

En los tiempos modernos se ha hecho una revolución que ha llevado las cosas al otro extremo sin quedarse en el término medio. Proponíase como un hecho histórico que “el Cristianismo en sus comienzos había sido, sin género de duda, un despertar de las clases privadas de fortuna de los más diversos matices”. A los “comienzos del Cristianismo” pertenecen aquellos Apóstoles que fueron llamados los primeros: Pedro, Andrés, Santiago, Juan. La cuestión de los comienzos es al mismo tiempo cuestión de las clases del pueblo a que pertenecían aquellos hombres.

Si solamente se admiten dos clases sociales, como se hace en las clasificaciones ordinarias, los Apóstoles no se pueden colocar entre los “aristócratas” y “cultos”. Pero en todo pueblo o nación se dan, en realidad, tres clases: una la alta, rica, más o menos homogénea; otra la baja, como sin raíces, falta de fortuna; y la clase media —que es ineludiblemente necesaria, dada la biología de los pueblos—. Ésta comprende gentes que se sostienen, a sí y a su familia, por sí solas o con ayuda de sus iguales, aun en condiciones difíciles, siempre que sean normales. Sin la clase media no puede subsistir un pueblo.

Basado en esa clase levantó Cristo su obra en la tierra, en cuanto depende de condiciones naturales, y a ella le confió, sobre todo, la continuación de esa misma obra.

Estos principios parecen una afirmación caprichosa, que tal vez pueda ajustarse a la exposición de los Evangelios; pero que no se puede deducir de ellos. En realidad, la historia de la vocación de los primeros Apóstoles nos hace entrever la vida de la clase media de entonces en dos pasajes que ordinariamente se pasan por alto..

Como por pura casualidad, con la espontánea naturalidad con que se afloran en general en una narración las cosas ya conocidas, dícese en la pesca milagrosa (Luc., V, 7): "Hicieron señas a los aparceros (koinonoi)" y un poco después: "le sobrecogió a Pedro el asombro y a todos los que estaban con él, e igualmente a Santiago y Juan, que eran socios de Simón (metécontes)".

Muchas veces se traduce "sus compañeros", "compañeros de Pedro", como si se tratara simplemente de pescadores que estaban por casualidad juntos. Así se desvirtúa lo que esas expresiones significan.

Investigaciones y confrontaciones más exactas hacen muy verosímil que esas dos expresiones tengan, en realidad, un sentido más específico y técnico de lo que generalmente se cree. En documentos contemporáneos de Egipto y Grecia se encuentran las mismas palabras como expresiones técnicas para indicar la naturaleza de las sociedades, ya en tan alto grado allí desarrolladas. La palabra para indicar "sociedad" en nuestro sentido, es "koinonía". Los "socios" o miembros se llaman en Egipto "koinoneis", expresión idéntica en cuanto al valor literal a "koinonoi", que aparece en la historia de la pesca milagrosa. Las "koinoniká" son los tributos que debía pagar la sociedad como persona moral que posee o adquiere algo.

Más frecuentemente aún que la denominación "koinoneis", para indicar los miembros de una sociedad, aparece la palabra "métocoi" o "metécontes". Puede decirse que esta expresión representa la denominación oficial. Demóstenes habla de los "metécontes" en este sentido. La misma expresión aparece en los Evangelistas, pocas líneas después, en la misma perícopa, como palabra de sentido análogo a koinonoi. Santiago y Juan se llaman los "metécontes" de Pedro.

Ante la ley debe haber uno que represente a la sociedad en cuanto ésta es un organismo. La fórmula está ya fijada gramaticalmente como la de hoy día: "Satabus kai metocoi" = "Sátabo

y compañía". El representante de la sociedad se llama "hegemón" "presidente", "presidente del gremio", o "arjón", "jefe".

Los documentos egipcios dan copiosas informaciones sobre la extensión de las sociedades en la clase media del pueblo. Se puede decir, exagerando tal vez un poco la nota, que la clase media (a la que pertenecen no sólo los pescadores, sino también los pequeños agricultores, los arrendatarios, los artesanos independientes) no aparece en la vida pública la mayor parte de las veces sino en sindicatos (usando ya la palabra moderna), y sólo así puede sostenerse enfrente a la aristocracia y a los propietarios. En forma de sociedad corporativa se hacen empréstitos. Así, Auno, hijo de Onophris, en el año 47, junto con Soeris de Stotoetis, pide prestadas 84 dracmas por un año, con interés al 12 por 100. Así Harpaesis, en el año 41-42, con seis socios de Stotoetis, pide prestadas 50 dracmas. Los arrendamientos se llevaban también a cabo corporativamente. En el año 88, Akusilaos, con tres socios, solicita una cesión en arriendo de un local de batanero, junto a Nilópolis y Soknopaiu Nesos, por 240 dracmas. Por el año 200 después de Cristo se queja un tal Demas de que se le impide el cultivo del terreno arrendado. Y habla no en nombre propio, sino en nombre de "25 socios". En la misma condición se halla un tal Apynquis, también con "25 socios", hacia el año 207.

Pedro y Andrés eran hermanos, y también Santiago y Juan. Tenemos, pues, el caso de unos hermanos, que son miembros de la misma sociedad. Un documento egipcio, casi del mismo tiempo, nos ofrece un caso semejante. En el año 75 después de Cristo, un tal Satabus, hijo de Panefremmis, recibe 25 artabos, o sea 1.500 litros de trigo de un gremio que se componía de Pisais, Tesenufis, Harpagazes, Tesenufis, Arpagazes, Horos, Panefremmis, Horos. De estos ocho hombres que formaban una sociedad de arriendos, como las que parecen frecuentemente en Egipto, hay también dos hermanos Harpagazes y Tesenufis, hijos de un cierto Satabus.

Las condiciones de pesca en el lago de Genesaret, como existían hasta la ocupación del país por los ingleses, hacen creíble ese estado de cosas. El derecho de pesca, como el del diezmo de los campos, era arrendado al mejor postor, generalmente a algún rico señor que habitaba en Beirut. Ese señor cedía parte de los derechos a subarrendadores de Tiberíades y Safed, bajo los cuales había grupos aislados de pescadores o familias de pescadores, que corres-

pondían de algún modo al grupo que hallamos en el Evangello, en la pesca milagrosa. Los ingleses en pocos años experimentaron tan malos resultados de la libertad de pesca, que han tenido que volver a la antigua usanza.

Con razón cabe preguntar si la frase "los cuales eran socios de Pedro" no dice más de lo que parece a primera vista. ¿No sería Pedro el "jefe"? Jesús le encarga a él cosas que tocan a todos los pescadores, y Pedro responde en nombre de ellos. Él se muestra como persona competente; quiere, por ejemplo, echar mano a la red cuando se está vaciando.

Así se aclara una cuestión que casi nunca se propone, pero que en realidad existe. ¿Cómo están juntos en el lago de Genesaret precisamente Andrés y Juan, Pedro y Santiago, los mismos que abajo, en el Jordán, se presentan mutuamente a Jesús? Si formaban juntos una sociedad de pescadores, era muy natural que interrumpieran al mismo tiempo su trabajo para ir a Juan, que estaba en el Jordán, y que los primeros que encontraron a Jesús fueran a buscar a sus compañeros de oficio. Y era natural también que pescaran juntos a la vuelta, como antes de ir al Bautista. Una tal sociedad, que debió llamarse "Chaburah", no supone necesariamente que todo lo conveniente para el oficio fuera común. Simón tiene una barca propia. Tal vez eran comunes sólo las redes, como suele suceder hoy. También se puede concebir una sociedad en que las naves fueran de los particulares; pero los "socios" se obligaran a pescar en común y a vender en común la pesca. La agrupación de varios pescadores se hacía imprescindible, por razones prácticas. Para echar ciertas redes eran necesarias dos barcas y el doble de hombres que para las ordinarias.

Estas breves indicaciones pueden parecer sin importancia. Pero en ello se revela algo admirable. Si eso es así, Jesús escogió como Apóstoles y jefes en la gran sociedad de la Iglesia a hombres que estaban acostumbrados a trabajar con otros en una pequeña asociación. Pedro, el primero de una sociedad de pobres pescadores en el lago de Genesaret, llega a ser el primero en la mayor de las sociedades, ¡en la sociedad de la Iglesia! Juan (llamado más tarde la "columna" de la Iglesia) es primero la columna de una sociedad de pescadores. Y los versículos que relatan esto provienen de San Lucas, el discípulo de Pablo, que aprendió el oficio manual de tejedor de

lonas, y como tal debió de pertenecer en Tarso a alguno de los gremios; pues en Asia Menor, como en Egipto, los gremios y sindicatos abundaban.

Vida de pescadores en el lago de Genesaret

La pesca se suele tener por uno de los “deportes más agradables”. Se fantasea sobre ella y se citan los versos de Goethe:

Miró al anzuelo tranquilamente,
refrigerado hasta en el fondo del corazón.

Todo eso es verdad, pero sólo para el que tiene qué comer cuando anzuelo y red no sacan nada.

Con cuadros y descripciones idealizadas ha sido desfigurada bajo muchos aspectos la áspera realidad de los pescadores del lago de Genesaret. Y con todo, esa vida dura, con sus muchos fracasos, fué precisamente la escuela de la futura vocación de los Apóstoles. Las condiciones de la pesca han cambiado desde entonces acá tan poco como el mismo lago. La vida de los actuales pescadores nos da idea de la de los Apóstoles antes de su vocación.

Los pescadores son, por lo general, gente sencilla y poco culta. Estos hombres enjutos, curtidos al sol y al viento, viven entregados totalmente a su oficio. Tienen que pasar noches enteras sin dormir, en maniobras ininterrumpidas con las redes, y muchas veces los sorprenden las repentinas tempestades características de este lago. Si se salva la vida, como de ordinario sucede, la barca puede estropearse; si ésta queda intacta, se rompe la red en muchos casos o va a la ronza. El alimento de estos hombres se reduce muchos días a pan y pescado frío y agua, que del lago “echan a la boca” con el hueco de la mano. Esta frase pinta su peculiar manera de beber. Sin embargo, como acontece siempre en los hombres cuyo oficio es una continua lucha con las fuerzas de la naturaleza, tienen mucho apego a su vida, aunque sea dura, y no quieren pensar en cambiar mientras no están pervertidos y se conservan sanos de alma.

Los relatos de la Sagrada Escritura suponen que la pesca se hacía de diversas maneras; también hoy es así. Existe una “red que se arroja” y se suele usar de día; se usa también la gran red

“copo”, que tiene una longitud de 200 a 250 metros, y alcanza hacia la mitad unos cinco metros de anchura. Esta red cuesta más de 1000 pesetas. Si un pescador llega a tener una red como ésta y además un bote propio, ha realizado el más atrevido ensueño de su vida. El copo se echa con dos botes y una tripulación total de seis a ocho hombres. Un bote lleva la red y otro la va echando en el agua, mientras se rema lentamente desde el primero. Esta red se emplea sólo en los sitios lisos y arenosos de la costa. Si la profundidad aumenta mucho de repente o si emergen del fondo rocas o arrecifes, en los que puede enredarse esa red, hay que valerse de otras redes. La red, al fin, es arrastrada a tierra desde la costa halando de las dos cuerdas que arrancan del ribete reforzado con que aquélla termina.

La tercera clase de redes que se supone en el relato de la gran pesca en el día de la vocación de los Apóstoles nos es menos conocida. Se “descuelga” en el agua un sistema de varias bandas de red. La banda delantera y la posterior tienen mallas de 10 a 20 centímetros; la de en medio sólo de dos centímetros y medio. Se descuelgan estas bandas, una detrás de otra, en la parte profunda del lago o en las costas abruptas. Ordinariamente salen cuatro hombres y dejan caer la red al agua. Aquí no se habla de “echar”; la palabra griega *jaladso* insinúa un movimiento lento. Los pescadores se alejan de la red y agitan el agua con los remos, acercándose de nuevo a las bandas de red descolgadas. Ahora se hace también ruido con cajas vacías de bencina, nuevo instrumento del Oriente que sirve para todo, y empujan a los peces contra las bandas, que cuelgan paralelas entre sí. Los peces se cuelan por entre las mallas anchas de la primera; en las mallas estrechas de la segunda buscan una salida y la aprietan con eso hacia atrás, formándose así bolsas en la tercera banda de detrás de anchas mallas, y los peces se enredan tanto más cuanto más se esfuerzan por escapar.

Cuando se tiene fortuna, aun en nuestros días se puede lograr una pesca abundante. Hace varios años se cogieron con la segunda clase de red de una vez 15.000 kilogramos de pescado. Con una red de la tercera clase se pueden pescar hasta 600 kilogramos. Pero esas son “cogidas” sonadas, de las que se habla aun muchos años después. Con más frecuencia conocen los pescadores lo contrario. Salen, descuelgan las redes en el agua, golpean con los remos.

levantan la red y sienten pronto en el peso que “no han cogido nada”. Piden consejo mutuamente, van por los sitios del lago donde otras veces han tenido suerte, llegan allí, extienden la red otra vez, se adentran y se hallan después con lo mismo. Sólo les da fuerza para soportar noches como ésta el estar ya hechos a tener paciencia y aguante. Fatigados de cuerpo y abatidos de espíritu, suben a la orilla, limpian las redes del fango y otras materias acarreadas y arreglan las roturas. La conservación de una red grande consume en siete años, poco más o menos, la suma necesaria para comprar una nueva.

La pesca maravillosa

Y aconteció que atropellándose la gente que acudía a Él para oír la palabra de Dios, Él estaba de pie a la orilla del lago de Genesaret. Y vió dos barcas que estaban en la ribera; los pescadores habían bajado y lavaban las redes. Jesús entró en una de las dos, que era de Pedro, y rogó a éste que remara un poco mar adentro, y sentado enseñaba desde la barca al pueblo. (Luc., V, 1-11.)

Jesús no había llamado aún definitivamente a los Apóstoles; por eso volvieron a pescar como antes. Una mañana los siguió al lago y comenzó a enseñar. Entretanto volvieron los discípulos del trabajo, que había durado toda la noche. Estaban algo desalentados, pues se habían fatigado en vano, hora tras hora.

Cuando los orientales tratan de oír a alguien que habla, guardan pocas consideraciones. Logran su fin con apiñamientos y apreturas, a empellones y golpes. Cuando en el Evangelio se dice que la turba “apretaba” a Jesús, no hay que entenderlo metafóricamente.

La mirada de Jesús se posó en las naves que habían vuelto ya. Subió en la de Simón y le dijo que navegara un poco, mar adentro. Así formaba el agua una barrera, y Jesús podía adoctrinar desde la nave de Pedro. También había allí pescadores del lago. “Pescadores”, es decir, gente que no pueden hacer desaparecer de sus vestidos el olor del aceite del pescado. Pero el Maestro no creía contrario a su dignidad el vivir en familia con tales personas.

Jesús, al terminar, se dirigió a Simón, dueño de la nave, y le dijo: "Ve hasta el mar profundo, y echa las redes para pescar."

Pedro había recibido toda la tradición oral del oficio y se había enriquecido con su propia experiencia, y así no hubiera hecho caso a otro pescador que le hubiera venido con una proposición como ésa. Pero cuando manda Jesús, ordena alguien que sabe y puede más que un pescador. No obstante, Pedro hace constar antes de ir:

"¡Maestro, toda la noche nos hemos afanado y no hemos cogido nada! Pero a tu palabra echaré la red."

Y navegaron hasta alta mar.

Es cosa por demás sabrosa hallar en medio de los relatos evangélicos y en cosas secundarias expresiones que se oyen aún en nuestros días en Palestina. Estas expresiones se parecen a las monedas que han pasado a través de los siglos, de generación en generación. Así, por ejemplo, todavía dicen los pescadores: "Bitna nitla al bahr" (Vayamos a alta mar). Pero eso no se dice sino cuando se va a una distancia de unos 150 metros. Este hecho no carece de importancia aun para el relato de la pesca maravillosa. La gente que queda en la ribera y la que va en las barcas mantienen cierta unión mutua.

A juzgar por toda la descripción, los discípulos tienen una red de esas que penden verticalmente. La dejan caer y luego espantan los peces. Los taruguillos que sobrenadan comienzan a moverse bruscamente y son arrastrados hacia la mitad entre los dos extremos debajo del agua. Los pescadores cogen los extremos de las redes y las arrastran; pero esta vez la red es muy pesada para poderla elevar con la carga; algunas mallas comienzan a romperse. Dejan la red en el agua y hacen señas a sus aparceros. Entre hombres que ya han estado juntos tantas veces en el mar esas señas se comprenden en seguida. Llegan los otros, toman la red entre las dos barcas y la vacían por los dos lados. La barca, al peso de los peces, se hunde cada vez más en el agua, así que han de ir muy poco a poco.

Ya son varios los milagros que han visto los apóstoles. Pero éste halla a los pescadores en su propio terreno, y Simón siente que ese hecho se relaciona de algún modo con él. Olvida el lago y las barcas, y en un sentimiento, al mismo tiempo dulce y amargo, de su propia indignidad, balbucea: "¡Señor, apártate de mí, pues yo soy un hombre pecador!"

Pero Jesús le descubre el sentido más profundo del milagro: “¡No temas! ¡Desde ahora serás pescador de hombres!” “Entonces lo dejaron todo.”

No era mucho. Pero digamos a un campesino montañés genuino: “Deja tu granja”, y esperemos a ver lo que responde. Así se puede barruntar lo que significa esta frase: los pescadores dejaron el lago y “siguieron a Jesús”. Para ser discípulo de otro, según el concepto de los israelitas, no basta simplemente aprender junto con él, es necesaria la conveniencia mutua. “Ir detrás de un Maestro, estar entre los acompañantes de un maestro”, significaba lo mismo que ser su discípulo.

Jesús. Los fariseos. El pueblo

¡Cuántas veces, implícita o explícitamente, se ha presentado a los fariseos como sacerdotes y a los sacerdotes como fariseos! Hay cristianos que creen que entonces, “por desgracia, fué así en realidad”. Y si hay algo de verdad, es precisamente lo contrario. Pues los fariseos, por su manera de ser y por su historia, no son un partido de sacerdotes y nobles, sino un partido popular. Los sacerdotes de las antiguas familias, sobre todo los sacerdotes de las clases de jerarquía superior, por consiguiente, los que habitaban en Jerusalén mismo, pertenecían por lo regular al partido de los saduceos, que no podían sostener su posición sino con la ayuda de maniobras políticas y con concesiones a los señores del país, fueran los que fueran. Flavio Josefo no da en eso lugar a duda; pues dice de los saduceos: “Sólo los afortunados están en su favor; la masa del pueblo no quiere saber nada de ellos. Son pocos los que participan de tal mentalidad, pero son los más autorizados.” Con la misma claridad afirma que los fariseos eran un partido del pueblo. “Su influjo sobre el pueblo es, en realidad, tan grande, que se pueden poner sin más en rebelión con el Rey o con el Sumo Sacerdote. También los saduceos condescienden con lo que desean los fariseos, porque si no serían intolerables en el pueblo.”

Con un estudio más detenido se ve que los relatos de los Evangelios coinciden con los datos de Flavio Josefo. Basta conservar una idea clara de lo que es popular y de lo que no lo es, en cuestiones de ideología. Lo esencial de la lucha formidable entre

PESCADORES TRABAJANDO CON LA RED DE TIRO

En los parajes de playa lisa se extiende la gran red de tiro. Uno la levanta del agua y otros la van sacando del mar. La agitación que se origina espanta a los peces hacia tierra. Antes de que toda la red esté afuera ávidas manos se apoderan del botín. Los peces buenos son saludados con exclamaciones de alegría, y los que no son buenos, con palabras despectivas. Aquello es un verdadero "tribunal de justicia".



Jesús y los fariseos está en esto: Los dos, Jesús y sus adversarios, luchan por que les siga espiritualmente el pueblo.

Quien quiera ejercer influjo en el pueblo ha de sintetizar sus ideas en pocos pensamientos, y si es posible, en uno solo fundamental; después ha de llevar ese pensamiento al pueblo, no teóricamente, sino con ejemplos que arrastren. Además, como jefe del pueblo, ha de saber conservarse a distancia del mismo. Jesús y los fariseos se dan cuenta de eso, y por esta razón es la lucha más encarnizada.

Jesús tiene una idea única, que inculca siempre en sus discursos: la doctrina del sermón de la montaña. Sólo el servir a Dios hace al hombre feliz; en comparación con el amor de Dios, ninguna otra cosa tiene importancia.

Los fariseos tienen también otra idea, y desde ese punto de partida abarcan toda la vida humana. El cumplimiento de la Ley en la observancia de todas las declaraciones y derivaciones de las prescripciones legales es el baluarte de toda felicidad; aun sobre el mismo Dios se puede así ejercer cierta coacción.

Los dos, Jesús y sus adversarios, llevan estas ideas al pueblo sencillo de una manera genuinamente popular, es decir, con ejemplos. Las ideas son diversas, y por eso lo son también los ejemplos. Jesús muestra siempre en sus "parábolas del Reino de Dios", al hablar de su naturaleza y de su destino, de sus miembros y de su cabeza, que lo que importa no es la posición del hombre respecto de otro hombre, sino la posición de cada uno con Dios. Sus ejemplos, es decir, las parábolas, elevan los hechos de la vida ordinaria hacia Dios.

También los fariseos exponen al pueblo la idea de su doctrina con ejemplos. La Ley, como tal, es para ellos todo, principio y fin. Sus ejemplos van, pues, a poner todo el reino de las actividades humanas en relación con la Ley y no en relación con Dios, como hacía Jesús. Así, pues, para cada estado de vida tratan de fijar el modo "cómo en él se ha de obrar conforme a la Ley". No sin razón se suele hablar contra el espíritu mezquino de los fariseos. Aunque no hay que negar que, a pesar de todo, su proceder tiene en sí algo de realmente popular. Su grande error consistía en que se ponían a sí mismos y a la Ley en lugar de Dios. Pero partiendo de este punto de vista, cuando las relaciones con Dios, que deben ser relaciones de amor de la criatura para su Creador, del hijo al Padre, se han transformado en relaciones que más bien se asemejan a la de

dos personas jurídicas y caen dentro del dominio de la Ley, es cierto que está de acuerdo con el espíritu del pueblo presentar este sistema en una serie de casos. Que esto sea genuinamente popular se puede comprobar en las antiguas jurisprudencias populares. También estos derechos, como las “tradiciones” de los doctores de la Ley, fueron transmitidos en un principio oralmente. A estos derechos populares se asemejan en este punto las perícopes de la tradición farisea, tal como las aduce Jesús en su gran discurso contra los fariseos, en todo su ritmo y estructura. Asimismo se nota en tales derechos propensión a preferir lo exterior y formal a lo interior.

Pongamos un ejemplo. El segundo mandamiento ordena: “No jurarás en falso.” Júrese por el templo o por el oro del templo, por el gran altar de los sacrificios o por la víctima que está sobre el altar, lo esencial del juramento está siempre en que se invoca a Dios por testigo. Pero los escribas relegaron a Dios, testigo vivo, con toda clase de distinciones, a segundo plano. Según su doctrina, un juramento “por el templo” es inválido; hay que jurar “por el oro del templo”; y un juramento “por el altar de los sacrificios” no es lo mismo que un juramento “por la víctima que está en el altar”.

La misma tendencia a estimar hasta el exceso las ceremonias exteriores y a buscarles un significado existe también en las jurisprudencias populares. Los juramentos son avalorados hasta tal punto por los adjuntos extrínsecos, que casi desaparece de ellos Dios como testigo. La fórmula que hay que emplear en cada caso es de un valor importantísimo. Allí se ven junto al juramento por el Evangelio, juramentos por la barba (como pasa en Israel), por el cabello, por el pecho, por las montañas, las rocas, las piedras, el sol y la luna. Por eso era posible escoger un juramento de categoría inferior a otros juramentos.

Contra todas esas interpretaciones van las palabras de Jesús cuando dice: “¡Ay de vosotros, guías ciegos, que decís: Si uno jura por el templo no vale el juramento; pero si jura por el oro del templo queda obligado! ¡Necios y ciegos! ¿Qué es más importante: el oro o el templo, que santifica el oro? No debéis jurar ni por el cielo, porque es el trono de Dios; ni por la tierra, porque es el escabel de sus pies; ni por Jerusalén, porque es la ciudad del gran Rey. Tampoco por tu cabeza debes jurar, porque no puedes hacer blanco o negro ni uno de tus cabellos.” Aun los cabellos están, en último tér-

mino, en relación con Dios, como lo están los cielos, pues todos están contados.

El pueblo quiere fórmulas fijas y principios que aclaren cada caso y le sean inmediatamente aplicables. Por eso no existe ningún jefe popular que no tenga tales fórmulas.

Como en los casos de los escribas, así empiezan también las fórmulas en el Evangelio: "El que hace esto..., el que no lo hace..., el que tiene esto..., el que no lo tiene..." Esa manera de concebir es necesaria, pero siempre encierra en sí el peligro de que postergue al segundo plano lo esencial.

La reserva de Jesús y la de los fariseos

Un jefe popular debe saber conservar las distancias. Este es un punto en que no es difícil equivocarse, sobre todo en nuestros días, que son tiempos de "democracia". El verdadero jefe popular es siempre reservado; debe guiar, y no puede hacerlo si renuncia a esta actitud o la olvida. Pero la reserva de Cristo es tan diferente de la de los fariseos como la vida desinteresada de Jesús es diversa del frío egoísmo de los otros. Jesús es reservado interiormente. En ninguna de las numerosas escenas de los Evangelios falta ese admirable dominio de sí mismo.

En el pozo de Jacob no se atreven los discípulos a preguntar qué relación tenía Él con la samaritana. Una vez viene uno y le dice: "Di a mi hermano que parta conmigo su herencia." Al hombre popular de hoy no lo podemos imaginar sino lleno de celo, aprovechando toda ocasión de ayudar a un oprimido. Jesús, en cambio, responde: "¿Quién me ha constituido juez y repartidor de herencias?" En Jerusalén han sido ajusticiados 18 galileos, que son, pues, paisanos del Maestro. Jesús se opone a la agitación del pueblo. "Si no hacéis penitencia, todos pereceréis igualmente." Este mantenerse interiormente sobre sí es uno de los rasgos esenciales de Jesús y al mismo tiempo de los más admirables, que habla como pocos en favor de la verdad histórica de los relatos evangélicos. Porque es cosa imposible idealizar una figura que esté siempre en medio del pueblo y al mismo tiempo sobre el pueblo y fuera del pueblo.

También los fariseos sabían que la gente sencilla no obedece a la larga más que a los jefes que son reservados. Pero el retrai-

miento de éstos conforme a su espíritu era de un género enteramente distinto. Era puramente exterior, y levantaba entre el pueblo y ellos barreras infranqueables.

Buen testimonio de ese alejamiento y de su naturaleza lo tenemos ya en sus mismos nombres. Aun en nuestros días los partidos suelen tener dos nombres: uno, que se dan ellos mismos, y otro, que se lo dan sus adversarios. Cuando un partido logra imponerse, sucede a veces que, aun dentro de él, se usan los antiguos nombres difamatorios. El nombre oficial primitivo de los fariseos parece que fué “chabrim”, es decir, “miembros de la alianza”, pues se tenían por los únicos israelitas verdaderos; por eso eran ellos solos también “hermanos o compañeros del pueblo” en el sentido de la Ley. Ya este nombre significa, dicho sea de paso, que era un partido popular. Las palabras “compañero” y “camarada” aparecen en no pocos partidos, pero nunca en las asociaciones aristocráticas.

La denominación de “fariseos”, que es lo mismo que “separados”, parece que la usaron primero sus adversarios. Más tarde los fariseos mismos se llaman ya así. Porque esta expresión permitía al mismo tiempo una interpretación en el sentido de *chaber*.

Ese distanciamiento exterior se manifestaba de manera muy aguda en el trato social, conforme al carácter popular oriental. Reglas minuciosas determinaban para cada caso particular qué había de hacer o no hacer un chaber o fariseo cuando se ponía en contacto con un “Am-haarez” o campesino. “El que quiere ser chaber no vende frutas al “Am-haarez” ni frescas ni secas; no le compra frutas frescas, no se hace su huésped ni lo recibe a él como huésped.”

En esta relación entre los fariseos y la gente del pueblo sencillo desempeñaba un papel bastante importante lo que hoy se llama “terror”. Al lado de la rigidez con que los fariseos observaban todas las prescripciones referentes a la pureza legal y a los diezmos, procedían en la vida ordinaria como una sociedad que boicotea inexorablemente a todo comerciante que no esté adscrito a ella. Los doctores de la Ley comprendían hasta cierto punto que eran más temidos que amados. El rabí Eleizer, muerto noventa años después de Cristo, dice: “¡Si no nos tuvieran por necesarios para el comercio, nos matarían!” Un rabino de tiempo posterior opina que “el odio con que aborrecían los Am-haarez a los discípulos de los doctores

era mayor que aquel con que odian los idólatras a los israelitas, y el odio de sus mujeres es aún mayor que el de los hombres”.

Si las mujeres de los Am-haarez aborrecían de un modo especial a los doctores fariseos, como se dice en ese pasaje, tenían sus buenas razones, pues éstos, por su parte, censuraban sin piedad a las mujeres de las clases inferiores y a sus hijas. Los siguientes dichos muestran bien cuánto se estimaban a sí mismos los doctores y lo que pensaban de esas mujeres y de sus hijas. “Los doctores han enseñado que el hombre ha de vender todo lo que tiene para poderse casar con la hija de un discípulo de un doctor. Esto se asemeja a racimos de uva junto a racimos de uva, que es cosa bella y graciosa, y no a racimos junto a espinas, que es cosa fea y poco amable. Si alguien no halla a la hija de un discípulo de doctor, que se case con la hija de hombres ilustres de su tiempo; si no halla ni una de éstas, tome la hija de un jefe de sinagoga; si ni eso halla, tome la hija de un recaudador de limosnas; si tampoco eso halla, tome la hija de un maestro de escuela. Pero que nunca tome la hija de un Am-haarez, porque éstos son una canalla y sus mujeres una abominación.”

Los fariseos fueron en esto tan lejos, que concedieron facilidades especiales para el divorcio cuando se trataba de un hombre que quisiera apartarse de una mujer de la tribu de los Am-haarez. Se podía abandonarla sin pagarle la suma que se había ajustado para un tal caso al contraer matrimonio. Y aun se le llegaba a aconsejar el divorcio, porque era un desatino “el vivir más tiempo con una serpiente en un cesto”. Y se aconsejaba esto aun por el simple hecho de que una mujer diera de comer a su marido alguna cosa por la cual no se hubieran pagado los diezmos.

Aunque no todas estas prescripciones datan exactamente del tiempo de Cristo, la tendencia que a eso conducía había ya empezado entonces con toda su fuerza. ¿Qué impresión debió de causar Jesús en ese ambiente? Así se entiende cómo los discípulos se admiraron de su conversación con la samaritana. Con esto adquiere un tono especial en labios de las mujeres aquella alabanza: “Bienaventurado el vientre que te llevó.” Así se puede suponer cómo miraría la gente a las mujeres que acompañaban a Jesús. Esto da a conocer también, desde otro punto de vista, la oposición de los Apóstoles contra las madres que traían sus hijos a Cristo.

Tampoco es de admirar que los fariseos se desataran contra

Jesús con estas palabras: "Trata con publicanos y pecadores y aun come con ellos." Porque los fariseos no conocían más que prescripciones exteriores y guardaban distancias sólo en las apariencias. Y no es menos significativa la respuesta de Jesús: "No son los sanos los que necesitan de médico, sino los enfermos"; máxima de la que brota aún nueva luz, pues Jesús es en esto semejante a un médico. ¡Cómo resalta la diferencia de su retraimiento del de los fariseos! Él es el médico, que está sobre los enfermos, y, sin embargo, se sacrifica por ellos. Él está lejos y al mismo tiempo cerca.

Por eso se enciende la lucha entre Jesús y los fariseos. Los choques en Galilea son ejemplos típicos de enemistades cuyo verdadero fin es hacer impresión en el pueblo. Los fariseos tachan a Jesús de todas las violaciones de la Ley notadas en Él. Jesús los fustiga con sentencias cortas propias de su estilo, con parábolas y textos de la Sagrada Escritura. En Judea priva otro género de lucha contra Jesús. Encuéndense discusiones en que se trata, no de esta o aquella prescripción, sino de la actitud que hay que tomar respecto de la Ley en general. Jesús ¿está sobre la Ley, o no? Las diferencias se hacen con esto más manifiestas. En la fiesta de los Tabernáculos se llega al punto culminante (más allá ya no se puede ir) en las expresiones verbales. Jesús dice: "Yo soy el Hijo de Dios. Vosotros sois hijos del diablo."

Las discusiones posteriores, aun las de la Semana Santa, son, por decirlo así, escaramuzas realizadas en el mismo campo de batalla. Pero para Jesús en cierto sentido no representan más que ecos de batallas ya libradas. Por encima de todos esos discursos mira Él ya a la Cruz. Y ha venido a Jerusalén para morir en ella.

Hay una cosa en que de ningún modo se pueden parangonar los fariseos con Jesús, y es en su perfecta entrega a su obra y en la conciencia de su divina misión. Cada una de sus palabras lleva en sí un efluvio de esa entrega total. Y esto es también lo primero que advierte la gente del pueblo. Enseña como quien tiene potestad.

Las palabras de Jesús son en casos muy contados profecías explícitas que permiten a los oyentes mirar al que las profiere como a un Profeta. Y en estos casos tiene como oyentes sólo a los discípulos estrictamente tales. Siempre, pero sobre todo cuando habla del reino de los cielos, se oculta detrás de su palabra la imperturbable seguridad y la tranquila majestad del Profeta. Esa conciencia profética ejerció influjo también en su estilo y le creó

una especie de distancia moral entre Él y el pueblo que no aureolaba a ningún otro doctor de la Ley.

Los milagros que Jesús obraba provocaban otra clase de inaccesibilidad moral.

Jesús obró muchos milagros, muchos más de los consignados en los Evangelios. Con demasiada facilidad se supone que la gente se iba acostumbrando poco a poco a ellos. Y se olvida enteramente que son muy pocos los milagros que respondieran a las esperanzas mesiánicas del pueblo. Fueron sobrecogidos de un modo especial por la milagrosa multiplicación de los panes. Pero nunca ocurrió lo que ellos esperaban de un momento a otro; es decir, que Jesús mismo viviera de una vida milagrosa o que se revelara con esa vida. Multiplicaba los panes, pero dejaba que sus discípulos sufrieran hambre; curaba enfermos, pero Él mismo se cansaba, tanto que se durmió en seguida, como una persona que está agotada, al chasquido de los remos, en el húmedo ambiente del lago. Hizo que un pez trajera el dinero para el tributo del templo; pero, al mismo tiempo, vivía, como un pobre, de lo que otros le daban. Teniendo a la vista esa vida de estrecheces, los milagros eran para el pueblo un misterio; si pensaban en los milagros, se les hacía incomprensible su modestia. De este modo, aun los milagros producían una especie de distanciamiento moral.

El sábado en la vida del pueblo judío

El mandamiento del descanso sabático influía en la vida de todos los israelitas más que ningún otro precepto, no sólo en alguna que otra ocasión, sino cada siete días. Sus transgresiones las podía advertir cualquiera más fácilmente que las otras violaciones de la Ley. Los doctores habían hecho una lista de 39 ocupaciones que estaban prohibidas los sábados. Pero lo malo no era la existencia de este catálogo de ocupaciones, sino el espíritu con que lo interpretaban. Los fariseos, en este punto como en otros, inocularon una especie de veneno en el organismo de la Ley.

Como Jesús fué reprochado varias veces de violación del sábado, pondremos aquí en resumen las prescripciones más importantes de los doctores de la Ley.

Según la Ley, estaba prohibido “segar” (número 3 de la lista).

El concepto de "segar" fué ampliado por los doctores de la Ley, con lo que se agravó el precepto de una manera exorbitante. Según sus declaraciones, era "segar" que un joven se subiera a un árbol en sábado y echara al suelo algunos higos maduros; por eso no se podían comer esos higos. Ni siquiera estaba permitido gustar los frutos que se hubieran caído por sí solos en sábado.

Por la misma razón se negaba a las amas de casa la facultad de usar los huevos puestos por las gallinas en sábado.

Los profetas se habían opuesto a su debido tiempo a que las grandes caravanas de comerciantes prosiguieran su camino en sábado. Los doctores de la Ley, por su parte, dieron a la acción de "llevar cargas" la siguiente declaración: "Es culpable de violación del sábado el que transporte la cantidad de comestibles equivalente a un higo seco, o la cantidad de vino que basta para la mezcla de una copa, la leche que se toma en un sorbo, la miel que se pone en una herida, el aceite necesario para ungir un miembro pequeño, el agua que se requiere para la unción de los ojos." Hasta estaba prohibido llevar en sábado el portamonedas. Se aconsejaba darlo a llevar a uno que no fuera judío o ponerlo sobre un animal de carga. Ni siquiera estaba permitido transportar de un lugar a otro un papel del tamaño de un pasaporte. La mujer no podía salir de casa con una aguja de coser, ni con un anillo que tuviera algún engaste, ni con una pastilla de perfume, ni con una botella de bálsamo.

Así se comprende que el curado de Betesda llamara la atención porque iba con su camilla a la espalda.

Eran especialmente rígidas las prescripciones sobre las primeras curas en las caídas, y sobre los tratamientos de los enfermos: "Es permitido ungirse y darse fricciones, pero no es lícito hacer para eso esfuerzos ni verdaderos masajes. No se puede tomar emético artificial. Si se trata de un niño pequeño, no está permitido estirarle los miembros (no hacer ejercicio de músculos) ni ajustar una ruptura. Si se desencajan la mano o el pie, no puede el paciente moverlos metiéndolos y sacándolos del agua. Sólo puede lavársele con un lavado ordinario, mas no se puede hacer para curarle."

En una vida llena de semejantes interpretaciones hay que encuadrar la vida de Jesús. Así se comprende que se llegara a encuentros entre Él y los doctores de la Ley. Según toda probabilidad, hubo un tiempo en que se dió como santo y seña de partido el hacer

sospechoso a Cristo como violador del sábado y recoger material para una acusación. Dos son los casos de esa índole que nos relatan los Evangelios como ocurridos en Galilea: cuando los discípulos desgranaron las espigas y la curación del hombre que tenía la mano seca; y cuatro los casos de Judea: la curación del enfermo de treinta y ocho años, la del ciego de nacimiento, la del hidrópico y la de la mujer encorvada.

Conviene no perder de vista, tratándose de la desnaturalización a que se llegó de la fiesta del sábado, la importancia que éste tenía para el pueblo. Aun en nuestros días domina en los barrios judíos durante el sábado un ambiente especial, comparable sólo con la paz del domingo en un pueblo cristiano. El precepto del descanso del trabajo es observado con mucho rigor. En un sábado puede ocurrir que el oficial supremo tenga que ir a pie porque el chofer no quiere poner en marcha el auto por nada del mundo.

Después de la función religiosa, los judíos se paseaban por las calles con su vistosa indumentaria; con cuerdas tirantes se marcan las fronteras del camino sabático; uno que no esté iniciado puede tomarlas desde lejos por instalaciones de antenas de radio. La restricción de la vida a un pequeño espacio lleva, naturalmente, al trato social con los vecinos. En las aldeas, las huertas y los campos caen en parte dentro del espacio sabático; así, los discípulos de Jesús pasaban un día por un sembrado y arrancaron algunas espigas.

También se cuentan en la vida de Cristo escenas en las que la institución del sábado tiene su aspecto atrayente. Dos veces es Jesús invitado en sábado a un convite: una vez en casa de un fariseo, otra en casa de Simón el leproso. Los platos para los convites del sábado se habían de preparar el día anterior. A pesar de todo, esos días se solía invitar con preferencia a los amigos y huéspedes. Mucha gente tomaba en el sábado, que debía ser día de alegría, tres comidas, contentándose en los días ordinarios con dos. Con todo, la comida principal se tenía los sábados inmediatamente después de la festividad religiosa de la mañana, y no por la tarde. Así es natural que se prolongara la sobremesa más de lo ordinario y que se conversara más tiempo. Para los fariseos era de buen tono entretener conversaciones religiosas. En ese sentido era muy conforme a los usos y costumbres el que Jesús diera instrucciones durante el convite en casa del fariseo.

En la fiesta de Jerusalén

La curación del enfermo en la piscina de Betesda

Después vino una fiesta de los judíos y Jesús subió a Jerusalén. Hay en Jerusalén, en la Puerta de las Ovejas, una piscina llamada en hebreo "Bethesda", que tiene cinco portales con columnas. Allí yacía una gran muchedumbre de enfermos: ciegos, tullidos, desvalidos, que esperaban el moviniento de las aguas. Pues un ángel del Señor bajaba de tiempo en tiempo a la piscina y agitaba el agua. El primero que se sumergía después de la agitación del agua quedaba sano de cualquier enfermedad que tuviera. Allí se hallaba también un hombre que estaba enfermo hacía ya treinta y ocho años. Jesús le dijo: "¿Quieres sanar?" (Juan, V, 1-47.)

Es cosa interesante conocer los diversos estados de alma de un enfermo que tiene que sufrir toda la vida. Años enteros sigue tal vez con una atención intensa todas las pequeñas mejoras y recaídas, y por eso se halla unas veces lleno de esperanza y luego dominado por el desaliento. Pero con el tiempo, semejante a un resorte que pierde su elasticidad, aprende a dar menos importancia a esos pequeños cambios. Al mismo tiempo, se opera en sus allegados el mismo proceso: al principio siguen lealmente con él esas variaciones, después se distancian interiormente.

Al fin, el enfermo puede llegar a convencerse de que ya se ha habituado a ese estado. Pero es más ilusión propia que realidad. Basta que se le acerque uno que se interesa por él con cierto afecto, y luego se hace locuaz y cuenta una vez más las historias con que ha ahuyentado ya a tantos visitantes, y ahora lo hace más por extenso que nunca. Entre cien personas el enfermo reconocerá al instante al que sienta por él compasión sincera. Un enfermo de

esta índole siempre será el primero en experimentar en sí esa mutua inteligencia que se despierta cuando se encuentran dos desconocidos de almas gemelas.

Espectáculo curioso debió de ser el encuentro de Jesús con un enfermo de esos en Jerusalén un día de fiesta, que probablemente era la Pascua del segundo año. Era un día de sábado. La gente paseaba dentro de la ciudad. Al norte del templo había una piscina cuyas aguas, como narra San Juan, eran agitadas de tiempo en tiempo por un ángel. El enfermo que bajaba primero quedaba sano, ya se tratara de enfermos ordinarios, o de ciegos, o de paralíticos, o de tuberculosos. La piscina tenía alrededor una serie de galerías, que protegían de los ardores del sol o de la lluvia a los enfermos que esperaban.

Allí yacía un hombre que hacía treinta y ocho años que estaba enfermo. Había pasado ya por todas las alternativas de la enfermedad. Una esperanza le quedaba aún: podía hallar la salud en la piscina. Pero aun esa esperanza iba unida a una especie de desesperación, pues era paralítico, y siempre se le adelantaban otros.

Jesús entró en las galerías y comenzó a hablar con este desgraciado, preguntándole:

“¿Quieres quedar sano?”

En seguida penetra el hombre, con la rapidez propia de un enfermo, en los sentimientos de Cristo. Pronto se hace locuaz y mira al Desconocido, lleno de confianza y de abandono.

“Señor, no tengo nadie que me meta en la piscina cuando el agua se agita. Si voy solo, siempre hay otro que se me adelanta.”

Entonces dice Jesús serenamente y con el mismo sentido interés con que había comenzado:

“¡Levántate, toma tu camilla y anda!”

El enfermo cree. En el mismo instante se levanta. Jesús ha desaparecido ya entre la muchedumbre. Por lo visto, había acudido allí mucha gente, sobre todo de los que visitaban enfermos parientes o conocidos.

Todos los indicios nos sugieren que se trataba de un hombre de la clase pobre. Y así su cama debía de consistir probablemente en una manta de lana que servía de colchón y en un manto que haría de cubierta, como es común entre la gente sencilla de Palestina. Mientras él se alejaba de allí, la gente se paseaba por las calles. Lla-

máronle la atención y le dijeron: "Es sábado y no te es permitido llevar tu camilla."

El curado estaba demasiado contento para dejarse impresionar con semejante reconvención. En ese estado de alma siempre se halla una respuesta certera:

"Aquel que me ha curado me ha dicho: Toma tu camilla y anda."

"¿Quién ha sido el que te ha dicho: Toma tu camilla y anda?"

Jesús no había querido llamar la atención en el pórtico y había curado al enfermo a ocultas, algo así como un malvado suele cometer un atentado, y en seguida desapareció entre la muchedumbre. Pero cuando después halló Jesús en el templo al enfermo curado, le habló. Este hombre había caído enfermo, en castigo de sus pecados, y Jesús le dijo: "¡Mira, ahora estás ya sano! No peques más, no te vaya a suceder algo peor."

Es posible que el enfermo, en el abandono en que estaba, no hubiera oído nada acerca de Jesús hasta aquel momento. Así se entiende mejor que anduviera contando por todas partes quién le había curado. Pues era obvio, pensaba él, que se hiciera conocer a los demás un Hombre de Dios tan extraordinario.

Pero los fariseos no recibieron la notificación del hecho como el enfermo se esperaba, aunque al enfermo lo absolvieron porque la violación del sábado recaía sobre el que lo había curado. No mucho tiempo después se llegó a un encuentro entre Jesús y los fariseos.

Jesús había sido ya acusado de violación de sábado en Galilea. La manera y el estilo con que el Maestro se justifica aquí ante los hombres de la Ley difiere algo de la adoptada en Galilea. En Galilea refutó a los adversarios con algunas breves advertencias; en Jerusalén entra con ellos en discusión muy por extenso. Declara abiertamente que sus acciones no son obras que estén sujetas a las prescripciones sabáticas, porque no pertenecen a las obras humanas de finalidad terrena y temporal, sino a las divinas, que tienen por fin el alma y la eternidad, ya que obra como Hijo de Dios las mismas cosas que su Padre, el cual no ha cesado en su actividad después de la creación del mundo. La obra del Padre que Cristo tiene ante los ojos al decir esto, es en primera línea la actividad de Dios en las almas de los hombres.

"Mi Padre está activo hasta esta hora, y así Yo también lo estoy. En verdad, en verdad os digo: no es posible al Hijo hacer

nada sin mirar a lo que hace el Padre, porque lo mismo que hace Aquél, lo hace de igual modo el Hijo, porque el Padre ama al Hijo y le comunica todo lo que Él mismo hace. Y aun le comunicará mayores obras que las pasadas, de tal suerte que vosotros quedaréis maravillados.”

Las obras que están sobre los milagros sensibles y que el Hijo realiza con el Padre son las de la gracia dentro de las almas. Pero como no todos reciben la gracia o la vida divina, el ofrecimiento de esa gracia será acusación el día del juicio en todos aquellos que la rechacen. Y juzgará precisamente Aquel que ofreció la gracia.

“Así como el Padre resucita a los muertos (los muertos a la gracia) y les da vida, así también el Hijo da vida a quien él ha escogido. Asimismo el Padre no juzga a nadie, sino que ha confiado todo juicio al Hijo, a fin de que todos honren al Hijo de igual modo que al Padre. El que no honra al Hijo, tampoco honra al Padre, que lo ha enviado.”

Esta acción divina del Hijo engendra en todos los pecadores que acuden a Él la vida eterna y los preserva de la condenación a una muerte asimismo eterna.

“En verdad, en verdad os digo: El que escucha mis palabras y cree en ellas, tiene vida eterna y no está ya sujeto a juicio, pues ha pasado de la muerte a la vida. En verdad, en verdad os digo: llega la hora, y ya ha llegado en que los muertos oirán la voz del Hijo de Dios, y si la oyen, obtendrán vida eterna. Pues como el Padre tiene vida en sí mismo, así concede también al Hijo tener vida en sí mismo, y le dió poder de juzgar, porque es el Hijo del hombre.”

Los oyentes debieron de mostrar con gestos y señas su extrañeza, pues Jesús prosigue, aludiendo a esa extrañeza: “No os maravilléis de esto. Viene, en verdad, la hora en que todos oirán su voz en los sepulcros; entonces, todos los que han obrado el bien se levantarán a resurrección de vida, y los que han hecho el mal, a resurrección de juicio. Yo no puedo hacer nada por mí mismo; doy sentencia según lo que oigo del Padre. Por eso mi juicio es también justo, porque yo no busco mi voluntad, sino la voluntad de Aquel que me ha enviado.”

Jesús se ha manifestado igual al Padre en la esencia. Los judíos así entendieron sus palabras. Jesús expone ahora el camino por donde los judíos pueden llegar a conocer que Él dice verdad res-

pecto de sí mismo. Porque no hay que dar fe sino a aquel cuya veracidad está demostrada, sobre todo cuando de sí mismo dice cosas tan grandes.

“Si Yo doy testimonio de Mí mismo, mi testimonio no es verdadero. Pero hay Otro que da testimonio de Mí, y del cual Yo sé que su testimonio es verdadero.”

Por vía de introducción nota Jesús que para los judíos podría bastar el testimonio de Juan; pero como eso no les basta, apela a otro testimonio más importante.

“Vosotros mismos enviasteis una legación a Juan, y Juan dió testimonio de la verdad. Yo no apelo a testimonio de hombres. Sólo para salvaros os digo que Juan era la antorcha que ardía y alumbraba; pero vosotros os alegrasteis en su claridad sólo por breve tiempo. Yo tengo a mi favor un testimonio que es mayor que el de Juan. Pues las obras que me confió el Padre para que las cumpliese dan testimonio de que el Padre me ha enviado.”

No sólo estas obras dan testimonio del origen divino de Jesús. Su Padre le hizo anunciar ya por los Profetas antes de su aparición; por eso también la Sagrada Escritura da testimonio de Jesús:

“El Padre que me envió es quien ha dado testimonio de Mí. Vosotros, naturalmente, nunca habéis oído su voz ni visto su figura, ni custodiado en vuestro interior su palabra, pues no creéis en Aquel que Él ha enviado. Vosotros escudriñáis siempre las Escrituras, esperando hallar en ellas vida eterna. Precisamente son las Escrituras las que dan testimonio de Mí y, con todo, no estáis dispuestos a venir a Mí para recibir vida eterna.”

Jesús no va movido de ambición de honra cuando se queja de que no se le cree, y de que creen a otros que no merecen crédito. “No obro Yo por la honra de los hombres, sino más bien porque tengáis en vosotros el amor de Dios. Pues Yo he venido en nombre de mi Padre; pero no me recibís; si otro viniera en su propio nombre, lo recibiríais.”

La resistencia de los judíos a creer, fundada, según ellos dicen, en que les parecen insuficientes los testimonios para probar una misión divina, se dirige, en realidad, contra la misma autoridad de Dios; ellos sienten que su propio poder ya se acaba.

“¿Cómo queréis obtener fe vosotros, que buscáis los unos la honra de los otros, no importándoos nada la gloria de Dios?”

Eso suena a acusación, Pero Jesús les hace notar que Él no es

acusador, sino juez. El acusador es más bien Moisés, cuyas prescripciones sobre el sábado querían ellos aplicar contra Jesús.

“No penséis que yo os he de acusar delante del Padre. Moisés mismo es quien os acusa, en quien vosotros habéis puesto vuestras esperanzas. Si creyérais, en verdad, a Moisés, me hubiérais creído a Mí; pues él escribió de Mí; si no creéis a sus escritos, ¿cómo creeréis a mis palabras?”

Estas palabras, como las de Galilea con ocasión del milagro del hombre de la mano seca, les movieron a tomar la decisión de dar muerte a Jesús. Esta decisión significaba en Jerusalén, donde los fariseos tenían también el poder civil en sus manos, algo que era más peligroso que la resolución de Galilea. Así que Jesús dejó entonces la Judea y se volvió a Galilea.

Continúa la actividad de Jesús en Galilea

La elección de los Apóstoles

En estos días sucedió que Él subió a un monte a orar. Toda la noche la pasó así en oración. Al romper el día llamó a los discípulos a Sí y escogió doce de ellos, a quienes llamó Apóstoles. Eran éstos: Simón, a quien había dado el nombre de Pedro, y su hermano, Andrés; después llamó a Santiago, Juan, Felipe, Bartolomé, Mateo, Tomás, Santiago, Alfeo Simón, por sobrenombre Celotes; Judas, hermano de Santiago, y Judas, que fué el traidor. (Luc., VI, 12-16; Mat., X, 1-4; S. Marc., III, 13-19.)

Sobre las cumbres que rodean el lago tienen las noches cierta religiosa solemnidad. Los montes se elevan y se hunden en formas sencillas y grandiosas; la hondonada del lago y el lago mismo, más que verse claramente se dejan sólo adivinar por las formas de las cimas circunvecinas. Brillan algunas luces aisladas. El viento del Oeste se hace sentir aún con frecuencia y sopla sobre las secas hierbas y los cardos. Susurros como suspiros interrumpen el silencio. Las rocas volcánicas, de color oscuro, se parten ordinariamente en pedruscos redondos. Negros y netamente recortados se perfilan algunos arbustos aislados, mirtos y bosquecillos de encinas de hoja perenne, y sobre todo eso abre el cielo sus profundidades infinitas. Las estrellas, que centellean suavemente, giran innumerables en el espacio con majestuosa lentitud.

Una tarde subió Jesús con sus discípulos a una cima sobre el lago y allí permaneció toda la noche. Estos hombres estaban acostumbrados a dormir al raso. Buscaban un sitio protegido del vien-

to, o construyan con piedras una pequeña cerca y se cubrían con un manto. La norma que para eso se sigue, aun ahora, es ésta: se sale fuera de casa en la fiesta de la invención de la Santa Cruz, y se entra en la fiesta de la exaltación de la Santa Cruz.

Jesús se había retirado para orar. Mientras todos los demás hombres, para orar huyen, por decirlo así, a un santuario espiritual y tienen que apartar de sí toda clase de distracciones que como huéspedes los molestan, Jesús nunca era Él mismo en tan perfecto grado como cuando oraba. Tenía que arrancarse violentamente de sí mismo, en cierto modo, cuando acababa la oración.

Así Jesús está solo sobre el monte. Contempla las montañas obscurecidas por el crepúsculo y los ejércitos de estrellas que lucen tranquilamente en la negra aterciopelada inmensidad de los espacios del cielo; pero todo eso es para Él tan sólo un tenue vislumbre que apenas roza el interior de su alma. El orar en la soledad le proporciona una felicidad indecible. En toda la extensión de la tierra es el único que puede orar al Padre como conviene.

En estas horas de éxtasis Cristo ve, como a través de tenues velos, todo lo creado en el mar de la infinitud divina eternamente tranquilo y al mismo tiempo siempre activo.

En todos los momentos de su vida fué Jesús, por misteriosa manera, vidente de su propia suerte. Pero en un grado eminente lo era en esas noches. Entonces se apoderaba de Él aquel misterioso estado en que el alma abarca en un instante todas las horas y en que las horas enteras se hacen instantes. Ve cómo proceden de su Padre las muchedumbres de las criaturas, cómo se difunden por el universo y se pierden en el mundo. Ahora Él viene al mundo para reunir las de nuevo.

Por la banda del Oriente, el firmamento se pone claro y brillante como metal cubierto de rocío; esparce, en el horizonte, una luz incierta por encima de la tierra aún oscura, y después se tiñe de oro vivo. Por el Oeste toma al mismo tiempo un color azul y gris intenso, y de todos los alrededores surgen los contornos ya matizados de color.

En la hora matinal escogió Jesús a doce entre los discípulos. Como había quedado con él en la montaña una grande muchedumbre, debió hacer una verdadera selección. Jesús les llamó por sus nombres, uno tras otro, y a Pedro el primero, y establecióse una diferencia entre los que fueron llamados y los otros cuyo nombre

no pronunció. Al mismo tiempo estrechóse un fuerte lazo entre los que se acercaron al lado de Jesús. Como pertenecían todos al Maestro, así se pertenecían todos entre sí; los que antes habían sido sólo hermanos carnales eran ahora hermanos en espíritu.

¿Qué clase de hombres eran los doce?

No sabemos de todos qué oficio habían ejercitado antes de este día. Pero conocemos precisamente el de aquellos que están más íntimamente vinculados con la fundación de la Iglesia.

Pedro, el primer Vicario de Cristo después de su muerte; Santiago el Mayor; Juan, el discípulo a quien Jesús amaba con predilección, habían sido pescadores galileos.

Esos hombres crecieron en una vida libre de engañosas esperanzas. Manos encallecidas y con rasguños de tanto tirar de la sogá y sumergirla en el agua del lago; sus rostros, atezados por el viento y el sol y los golpetazos de las olas. Sus movimientos han tomado algo del balanceo de las barcas por haber estado días enteros en ellas. No están acostumbrados a pararse ante los bazares ni a perder el tiempo a la sombra de las puertas de la ciudad; antes de toda salida que emprenden tienen la conciencia de que tal vez todo esfuerzo será inútil. Sus alegrías reflorece sobre un fondo de sufrimientos y peligros.

Tienen la prudencia de los hombres sencillos. No se preocupan demasiado de las cosas que no pertenecen a lo substancial de la vida. No preguntan más que cuando tienen la firme voluntad de obrar conforme a la respuesta que reciban; por eso tienen tal vez menos problemas "trascendentales" que los doctores de la Ley.

A estos hombres llamó Jesús a su lado. Se sienten llamados en lo más íntimo; a Cristo no le asusta que lleven blusas descoloridas por el agua del lago y el sol, ni que tengan manos hinchadas y rudas, ni que sus cabellos sean toscos y sus rostros sucios por el sudor.

Allí, en el interior de los discípulos, se desarrolla y llega a sazón un amor a Cristo con el que ningún otro puede compararse. El amor puramente humano se nutre de un modo misterioso, precisamente de las mismas deficiencias que tienen las personas que se aman. Pero su Maestro está sin sombra de falta; así lo reconocen ellos, si bien tan pronto como quieren mirar al alma de su Maestro sienten lo que los hombres que quieren escudriñar el interior del sol.

Algo grande ha sucedido en esta quietud matinal de la montaña. Jesús ha desgajado del árbol de Israel 12 vástagos insignificantes para hacer una nueva plantación. Los vástagos eran aún débiles y sin raíces propias, pero estaban sanos.

Carácter y estilo literario del pueblo oriental

Había antiguamente un modelo y patrón que servía para describir todos los pueblos orientales. Son perezosos, se decía, no quieren trabajar, desprecian los dos axiomas que dan al ser humano su dignidad de hombre: "El tiempo es oro", "Trabaja por amor del trabajo mismo". Quejábanse muchos de su locuacidad y de sus metáforas hiperbólicas. Se relacionaban esas descripciones, más o menos abiertamente, con la vida de Jesús y se decía: "Cierto, la doctrina de Jesús representaba para pueblos de esa naturaleza un progreso real. Pero no es menos cierto que una tal doctrina no se puede ya proponer al pie de la letra a nuestro siglo, plasmado con una conformación enteramente diversa."

Hoy día, en que ya se ha experimentado adónde se va con el "Trabajo por el trabajo mismo" y con el dicho "El tiempo es oro", se piensa de otra manera sobre esos pueblos "primitivos". La manera oriental, tal como se manifiesta en sus formas del trato ordinario y en su elocuencia popular, se va entendiendo mejor.

Vamos a exponer sumariamente aquello que distingue el estilo oriental del europeo. Procuraremos orientar la exposición con el mayor rigor posible hacia lo genuinamente semítico. Las últimas causas de estas cualidades proceden tal vez de que todos esos pueblos, en sus orígenes, llevaron vida de desierto, donde el hombre siente un impulso especial a llenar el vacío del mundo real con otro mundo de imágenes.

En pocas palabras: según nuestro gusto, un discurso es perfecto cuando descompone una idea fundamental en ideas parciales, desenvolviendo cada una de ellas, ordenadamente, según su relación lógica. A lo cual se añade una introducción que prepara el tema y una conclusión que vuelve otra vez a ese tema. En cambio, entre los palestinos un discurso es perfecto, no cuando descompone la idea fundamental en otras parciales, desenvolviéndose en esa forma, sino cuando va exornado con varias repeticiones del mismo

concepto, que toma diversos aspectos, y cuando, si es posible, hace la idea sensible con imágenes y comparaciones que cautivan al hombre entero. Como el pensamiento central se desenvuelve, no una sola vez, sino repetidas veces, no es necesario realzarlo con una introducción, que puede existir, y se emplea frecuentemente sobre todo cuando de ahí se hacen derivar una serie de imágenes que dan realce a la idea central. A veces, este movimiento artístico consiste en comenzar en seguida con imágenes que cautiven, dejando adivinar al oyente lo que se quiere decir por medio de una sucesión de imágenes. Los teorizantes han estereotipado la expresión "Parallelismus membrorum" (paralelismo de partes) para caracterizar esa modalidad especial de la exposición semítica. Con estas palabras se expresa bien lo que es propio de una ley, en el sentido estilístico. Mas, a pesar de estos principios establecidos, podría pasar inadvertido cómo y hasta qué punto son esas leyes de un modo especial propias de la oratoria popular.

Para mostrar cómo se manifiesta esa "ley", aun en las más simples maneras de expresión oriental, citaremos un ejemplo de la vida popular ordinaria, es decir, el saludo. Cuando dos occidentales se encuentran, se saludan una sola vez, aun cuando lo hagan de todo corazón. En este único saludo se pone toda la cordialidad. En Palestina la escena del saludo entre dos amigos se desarrolla de un modo muy diverso. Se aprietan la mano varias veces, añadiendo cada vez un saludo; a un extranjero le hace la impresión como si los dos se dieran determinado número de apretones de manos y cada uno fuera contándolos a media voz; pero, en realidad, están sosteniendo un diálogo como éste:

Ali dice: "Dios te dé buen día."

Gamal responde: "Y a ti te dé cien días buenos."

Ali: "Tus días sean sin desgracia."

Gamal: "Y los tuyos sean llenos de felicidad."

Ali: "Tu día sea doblemente feliz."

Gamal: "Y el tuyo sea bienaventurado y feliz."

Ali: "Dios bendiga tu casa."

Gamal: "Dios bendiga la tuya y a tus hijos."

Ali: "Hace tiempo deseaba verte."

Gamal: "Yo he llorado de añoranza tuya."

Aquí se ve la forma primitiva semítico-palestinense de toda conversación elevada; prefieren una serie de saludos a un solo saludo

mezclado con cosas secundarias. Esta forma primitiva puede volver otras veces en las conversaciones algo largas.

No siempre se reconocen fácilmente esas repeticiones, pues algunas están veladas. Si además en la traducción tal o cual palabra no está bien escogida, se hace imposible reconocer la manera y estilo primitivo.

Pero es propio de los palestinos no sólo el inculcar una idea central, exponiéndola varias veces bajo diversas facetas, sino también la tendencia a hacer sensible una verdad importante con una serie de imágenes o con una serie de parábolas. Un ejemplo de la vida de Cristo, que es la razón de esta digresión, ilustrará en todos sentidos lo anteriormente dicho.

Todos conocemos este pasaje del Evangelio: "Venid a Mí todos los que estáis fatigados y cargados, que yo os aliviaré. Aprended de Mí, que soy manso y humilde de corazón, y hallaréis reposo para vuestras almas. Porque mi yugo es suave y mi carga ligera." (Mat., XI, 28-30.)

En la traducción apenas se puede reconocer cómo la idea está expuesta con un artístico acoplamiento de imágenes. El que se junta a Mí, tendrá un buen dueño. Bajo dos imágenes se expresa esta verdad, la primera imagen es la de un animal de tiro, que ha pasado de un labriego malo a otro bueno. El mal labriego advierte muy tarde que el yugo que pone al animal no se acomoda bien a su cuello, y no se preocupa si los dos palos que van delante rozan la piel del animal, causándole en cada movimiento fuertes dolores. ¡Qué bien se siente ese animal cuando va a parar a un dueño que le escoge un yugo apropiado!

La segunda imagen está tomada del animal de carga. Lo que se ve aún en nuestros días en Palestina debía de suceder entonces con más frecuencia. Cargan a un asno tanto, que el animal, para no caer, tiene que levantar con precaución sus patas entre piedra y piedra. Se ve cómo tiemblan los tendones en tensión y, sin embargo, el arriero empuja y golpea con el acicate en las heridas purulentas, que a propósito no deja que se curen. ¡Qué bien se siente el borrico cuando no se le pone encima más de lo que puede llevar fácilmente; trotta entonces ligero, juega con las orejas, mueve la cabezota y meneas la cola!

Si estos animales de tiro y de carga hablaran, dirían que para ellos era un descanso el trabajo hecho bajo el nuevo y bondadoso

dueño. Tal es la doble imagen que Jesús propone a los palestinos cuando dice:

“Venid a Mí todos los que estáis trabajados (como un animal de tiro en el arado) y cargados (como los animales de carga). Yo os haré descansar. Aprended de Mí, que soy manso y humilde de corazón, y hallaréis descanso para vuestras almas. Porque mi yugo (vuelve la comparación del animal de tiro) es suave, y mi carga (vuelve la comparación del animal de carga) es ligera.”

En latín se dice: Mi yugo es *suave*. Suave quiere decir aquí suave para el tacto, y significa lo que está pulimentado, liso, que se adapta bien y que no aprieta. Si no se tiene en cuenta este significado de *suave* se hace desaparecer la imagen.

A Jesús le gusta usar una serie continuada de parábolas. Una parábola se sobrepone a otra, pero de suerte que la idea fundamental aparezca común a todas ellas. El sermón de la montaña, el primer discurso extenso del Señor que nos ha sido transmitido, es rico en esas series de parábolas y casi no consta más que de series de imágenes y contraposiciones.

En el lenguaje popular de los orientales se pueden distinguir, según la función de la parábola dentro del discurso, dos clases de parábolas, las de exordio y las de epílogo. En la música se habla en esos casos de “overtura” y “finale”. Son parábolas de introducción las que se usan para disponer la voluntad del oyente. Es propia de las parábolas de esta índole la descripción minuciosa de los más insignificantes pormenores y a las veces tienen una digresión que produce el efecto de un descanso. Un ejemplo excelente lo tenemos en la parábola del sembrador. En ella no se pasa por alto nada de lo que se hace en un campo palestino.

Las parábolas que se pudieran llamar de epílogo tienen un significado distinto, y por eso tienen otra estructura exterior. Cuando un oriental quiere resolverse por una cosa u opinión y al mismo tiempo desea dar a entender que no quiere admitir discusión, se sirve de buen grado de parábolas cortas. A veces añade también el interlocutor a la parábola la palabra “¡Jalaz!” (Asunto concluído). Y con esto declara explícitamente el sentido interno de la parábola.

Cuando Jesús, en lucha con los fariseos, quiere evitar una discusión, emplea esa clase de parábolas-epílogos. Las refutaciones a las primeras acusaciones de los fariseos son ejemplos clásicos

en este género. En ellas se ve abiertamente cómo la finalidad de las parábolas tiene influjo en su estructura. Trátase, no de descripciones realizadas con cariño hasta los últimos matices, sino de rápidas alusiones a cuadros de la vida ordinaria, familiares a los oyentes. Jesús responde, por ejemplo, al reproche de que trataba con los publicanos y pecadores, con el dicho: "No son los sanos los que tienen necesidad del médico, sino los enfermos." Cuando los fariseos preguntan por qué no ayunan los discípulos, vienen tres parábolas, una tras otra, todas con el mismo carácter. "¿Está bien, quizá, que los padrinos del esposo ayunen, mientras el esposo está con ellos?..." "Nadie echa un pedazo nuevo en un vestido ya viejo..." "Nadie echa vino nuevo en los odres viejos."

Este género de enseñanza, que caracterizaba el estilo del lenguaje del Antiguo Testamento y del Nuevo, tiene su importancia en el plan de Dios. Indiquemos algunas ventajas que tiene. Es propio, no sólo del pueblo palestino, sino de cualquier pueblo de sana sensibilidad, seguir más gustosamente un discurso adornado con imágenes y comparaciones que otro que sea una simple exposición abstracta de ideas. Se supone, naturalmente, que se emplean imágenes que son del dominio común de todo el pueblo; la gente del campo posee un rico tesoro de imágenes que suelen coincidir en lo substancial con las de la Biblia. En cambio, el repertorio de imágenes de la gente de ciudad es muy reducido, y las que le son familiares carecen del vasto contenido que encierran en sí las relaciones del hombre con el hombre y las del hombre con la naturaleza.

Las parábolas son además una ayuda a la memoria. No es pura casualidad que los Evangelios las relaten tan extensamente. Es también significativo que nos transmitan a veces a pares, sin que haya que admitir, sin más, que se trata de la resultante de dos parábolas "fundidas". También hay que ser cauto en querer explicar dos parábolas semejantes, como si fueran simplemente desdoblamiento de una parábola única, como si una de las concepciones no fuera de Cristo.

Las parábolas son, aun en nuestros días, un subsidio de la memoria, y las conocen con frecuencia aun los hombres que no saben gran cosa de las verdades religiosas.

Tampoco hay que olvidar que las parábolas, por extraño que parezca, resisten el análisis crítico mucho más de lo que se pudiera creer. Se las puede pulverizar y descomponer cuanto se

quiera; pero a los pocos años causará admiración que se haya podido dudar de cosas tan claras aun para los hombres más sencillos. Son las parábolas como las pelotas de goma: si se oprimen, parece que ceden; pero en cuanto se aparta el dedo, se redondean de nuevo, como si nada hubiera sucedido.

Digamos también que las parábolas eran para muchísimos cristianos que no sabían leer, como la *Biblia de los analfabetos*, compuesta por el mismo Cristo.

Hay gente culta que no aprecia tanto las parábolas porque son, dicen, "historias" que hablan más al sentimiento y a la fantasía que al entendimiento. Así es en realidad, pero por eso Cristo usó estas parábolas preferentemente en sus discursos al pueblo. Cuando hablaba solamente con los doctores de la Ley se podía expresar como nadie con razonamientos de ideas abstractas y las parábolas pasaban a ser rápidas comparaciones. Aunque, por otra parte, hay que decir que precisamente la vida de las ciudades modernas aun hoy día está más determinada por la fantasía que por el entendimiento. El arte de los anuncios, por ejemplo, se dirige tan sólo a la fantasía, para no hablar del cine y otros "medios de formación" semejantes.

Jesús en sus discursos y parábolas

Las parábolas de Cristo se aprecian en su justo valor cuando se tiene presente la manera de ser del pueblo para quien se proponían. Aquella gente estaba más habituada que nosotros a oír parábolas, prescindiendo de que la vida de la cual tomaba Jesús las suyas era la vida propia de ellos. Sabían además de antemano que Cristo con esas narraciones quería sensibilizar y grabar en el corazón verdades muy concretas, y sabían también que no se podía aplicar cada particularidad de las parábolas a un aspecto de la verdad en ella contenida.

Es también útil dejar consignado que las parábolas de Jesús, aun permaneciendo dentro de la esfera semítica, se diferencian, no obstante, de las de los profetas y profanos. Y de ordinario se atiende relativamente poco a tales diferencias; pero como nos revelan de un modo singular el espíritu de Cristo, vamos a decir algo sobre eso, siquiera sea brevemente.

Cristo escoge sus parábolas, por un rasgo que le es característico, de los acontecimientos de la vida de los hombres, de los animales, de las plantas y de la naturaleza inanimada. Los Profetas presentan siempre nuevas imágenes y parábolas con propensión a lo inaudito, a lo espantoso o a lo interesante por los elementos extrínsecos. Cristo, en cambio, evita, por decirlo así, por principio, aquellos hechos que cautivan la atención de los oyentes porque les son nuevos, y más bien escoge los que son conocidos de todos. Pero los cuenta tan bien que hacen tanto efecto como si fueran nuevos.

Las imágenes que usa son familiares a todos, pues Palestina es un país en que aun las aldeas montañosas tienen un acentuado carácter campesino. Aun en nuestros días brillan las hacinas de las eras fuera de las fulgurantes casas de piedra, y en medio de la ciudad se encuentra uno a veces pastores con cabras negras y ovejas blancas. Doquiera hay uno que pesca, edifica, ara, siega, de seguro que hay por las cercanías alguien que lo contempla. Por eso existe entre ellos cierto conocimiento general de las actividades y oficios humanos, como existía también antes en nuestro pueblo. Ese es el único género de ciencia que presuponen las parábolas de Cristo.

Otra modalidad de las parábolas de Cristo, sorprendente en alto grado, en especial para los modernos, es que Cristo las toma, más frecuentemente que los Profetas, de la vida callada y oculta de la Naturaleza; en cambio, rarísima vez ofrece hechos de la vida de los animales para sensibilizar hechos de la vida humana. Las parábolas de la carroña y los buitres, de los cerdos y las perlas, son casos aislados. Entre los griegos y rabinos eran preferidas especialmente las fábulas de zorros. Del rabino Bar Cappara se dice que no bajaban de 300 las fábulas de zorros que sabía, y que una vez en un festín desesperó a todos porque se puso a contar hasta que todos los platos se enfriaron. Jesús nunca propone parábolas del género de esas historias. Cuando en las parábolas aparecen animales, se trata sencillamente de la relación del hombre con los animales; tal, por ejemplo, las parábolas de pastores y pescadores.

Los animales salvajes: leones y chacales, hipopótamos, cocodrilos y monstruos marinos no se encuentran en las parábolas de Jesús. Las parábolas que tienen por base las relaciones de hom-

bre a hombre se fundan en hechos y experiencias de la vida ordinaria.

La selección de imágenes tomadas de la vida ordinaria da a las parábolas un carácter especial: por eso son interesantes, cautivan la fantasía y al mismo tiempo obran en el hombre, no excitándolo propiamente, sino reconcentrándolo. Esta peculiaridad viene reforzada por la forma de su composición. Rara vez propone Jesús una parábola algo extensa narrando en tiempo presente; casi siempre habla de tiempos pasados; proyecta los acontecimientos en la lejanía y deja al oyente más pensativo que excitado. Por eso llevan tantas parábolas ese impreciso exordio: "Había una vez un hombre que tenía...", etc.

A esa concepción de las parábolas debían de acomodarse también, sin duda, los gestos de Jesús. Las parábolas hacen más efecto cuando se tiene presente que Cristo en realidad las contaba y no las dictaba. La acción, pues, debió de acomodarse estrechamente al contenido en cada parábola y a cada rasgo dentro de la misma parábola. El oriental, así que empieza a narrar algo, remóntase a un tono elevado y a un modo de hablar declamatorio sujeto a ciertas leyes rítmicas, y aunque sea un hombre ordinario, a buen seguro que no hará ni un gesto menos propio.

Si se comparan en este punto los discursos de Jesús con los de los Profetas, se tiene la impresión inevitable de que jamás abandonó a Cristo cierta solemnidad mayestática. Ni una sola vez se desbordan en Él las palabras como ondas impetuosas. Tiene en sí algo de aquellos hombres de claro entendimiento que toman vivo interés por todo y, no obstante, en cuanto hablan, se advierte que juzgan las cosas por intuición íntima.

La predilección de Cristo por las parábolas de escenas de la naturaleza y de la vida de los hombres, conocidas de todos los oyentes, va tan lejos que en las parábolas se transparentan las condiciones especiales de las regiones donde él las propone, tanto, que se pueden distinguir con toda razón las "parábolas de Galilea" y las de "Judea". Galilea era, como hemos dicho ya antes, la región de los campesinos y pescadores, y así el núcleo principal de las parábolas de Galilea está tomado de las imágenes de la agricultura y de la pesca. Judea era el país de la viticultura y de las higueras, que prosperaban en medio de los viñedos. Pero Judea era también la región de la gran ciudad de Jerusalén absorbente

y donde se destacaban cada vez más agudamente las diferencias de clases entre señor y esclavo, entre rico y pobre, que no se conocen en una vida patriarcal. Aquí había bancos y negocios de bolsa y casi todo lo que hoy conocemos en materia de economía. Y en Judea es también donde Cristo habla de viñas e higueras, de buenos y malos bajaes, de negocios económicos, de capital, de instituciones bancarias y de contribuciones. En Judea es donde cuenta Jesús las parábolas que se ven realizadas en muchos de los caminos que son tan frecuentados como el de Jerusalén a Jericó.

En muchas parábolas no puede uno substraerse a la impresión de que Jesús tuvo cuenta de la estación del año y que escogió los ejemplos que respondían a las ocupaciones de la temporada.

También desde otro punto de vista es eminentemente característica la relación de las parábolas de Jesús con las demás de la antigua literatura judía. Del rabino Hillel, que murió mientras Jesús vivía oculto en Nazaret, no se conservan más que dos parábolas. En la época siguiente sube la ola de las comparaciones en la literatura hasta el 30 de J. C., poco más o menos. Con el rabino Me-ir (muerto en 135) cesan los narradores de parábolas. Así, pues, la edad de oro de esta forma de enseñar había pasado ya. A esto se añade otro hecho: en las escuelas superiores de Mesopotamia, que representan el espíritu judío tan bien como los de Palestina, no se puede comprobar ninguna época de florecimiento de la enseñanza por parábolas, y así emplean con mucha parsimonia esta forma oratoria aun por los tiempos en que las parábolas constituyen precisamente la parte integrante y esencial de la enseñanza en la patria de las parábolas. Considerado esto desde el punto de vista puramente literario, ocurre preguntar: ¿La coincidencia de la edad de oro de la narración por parábolas con la aparición de Jesús es simplemente cronológica, en Palestina, o hay también en eso relaciones más estrechas? ¿Influyó el ejemplo de Jesús en el hecho de que las parábolas, que ya gozaban del favor del pueblo, fuesen aceptadas como medio pedagógico y vinieran a ser, por decirlo así, "clásicas"? No se podrá rechazar sin más esta opinión, si se atienden los hechos que hemos aducido.

Jesús y las esperanzas mesiánicas, terrenas y nacionalistas de su tiempo

Ya hemos dicho antes cómo los israelitas esperaban en los días del Mesías el comienzo de una nueva era. Hay que responder aún a la cuestión de la relación que ponían ellos entre el Mesías y esa época. En las descripciones del tiempo mesiánico se dice muchas veces: "Así y así será en el tiempo del Mesías." Pero raras veces se atribuye el cambio de cosas a una acción inmediata del Mesías. Sin embargo, se puede afirmar que al Mesías se le considera como autor de toda esa transformación. Por varias razones se hablaba muchas veces en formas imprecisas. En general, está muy en la naturaleza del estilo del oriental emplear esos giros vagos en las predicciones. Además, se hablaba así para evitar el pronunciar el nombre de Dios y, después de todo, ambas cosas, la venida del Mesías y la transformación de los tiempos, se atribuyen a Dios.

Los falsos Mesías, que excitaron al pueblo bajo la dominación romana, demuestran que esa transformación se relacionaba con la intervención personal del Mesías.

Un tal Teudas apareció y se declaró dispuesto a dividir el Jordán de suerte que se pudiera pasar a pie enjuto, como en otro tiempo, cuando la conquista de la tierra de promisión, y ese hecho debía ser la señal de su misión, y la nueva conquista, es decir, la liberación del país del yugo de Roma, era considerada como la continuación de la de otros tiempos. El gobernador hizo detener a sus secuaces. Teudas fué muerto, y su cabeza se llevó a Jerusalén, en señal de victoria. Más tarde, un egipcio reunió en el desierto un ejército en torno suyo y le prometió que a su palabra se derrumbarían los muros de Jerusalén, tan pronto como llegaran al monte de las Olivas. Pero el gobernador Félix le salió al encuentro en el desierto y le derrotó con todo su ejército. El egipcio sucumbió.

Sobre la aparición del Mesías se habían esparcido también por el pueblo opiniones concretas y precisas. El Mesías viene de Belén. Vive oculto; según unos, en el paraíso; según otros, en el Norte o en Roma mismo. Aparece de repente. Elías es quien, como heraldo, le anuncia y quien le unge por rey. Un pasaje dice así:

"¡Alégrate y regocíjate, hija de Sión! ¿Cuándo se cumplirá esta

palabra? En la hora en que Dios redimirá a Israel. Tres días antes de la aparición del Mesías vendrá Elías y se pondrá en pie sobre los montes de Israel y llorará y se lamentará y dirá: "Vosotros, montes del país de Israel, ¿cuánto tiempo queréis estar en sequedad y aridez y soledad?" Y su voz será oída del uno al otro confín del mundo. Y después les dirá: "Paz ha venido al mundo." Al oír esto los ateos se alegrarán todos y dirán: "La paz ha venido para nosotros." Al segundo día vendrá y en pie sobre las montañas de Israel dirá: "Lo bueno ha venido al mundo." Al tercer día vendrá y dirá: "La salud ha venido al mundo." Al ver a los ateos, que dirán que para ellos ha venido la paz, responderá él: "Eso vale para Sión; tu Dios ha sido hecho rey." En aquella hora dejará Dios que su gloria y su soberanía regia se revelen a todos los que vienen al mundo, y redimirá a Israel y se manifestará al frente de Israel, como está dicho: Se levantará el que derriba las puertas (el vencedor), ellos derribarán las puertas, entrarán y saldrán y entrará su rey ante ellos y Yahvé al frente."

Según San Justino, dice el judío Trifón: "Supuesto que el Mesías haya nacido ya y habite en alguna parte, es aún desconocido, y no sabe nada de sí mismo (que él sea Mesías), no tiene ningún poder hasta que llegue Elías y le unja y le dé a conocer a todos."

Los Evangelios confirman en varios pasajes los testimonios de los escritos judíos, aunque sin hablar explícitamente de esto. Cuando aparece el Bautista estaba todo el pueblo en tensión, porque pensaba "que sería el Mesías prometido". En la vida de Cristo se refiere con frecuencia que la gente contaba con la posibilidad de que "Jesús fuese el Mesías". Después de la primera multiplicación de los panes quieren "tomarle y hacerle rey". Naturalmente que piensan en el rey que les liberte de Roma y haga volver los días del maná. Cuando Cristo exclamó en el templo: "El que tenga sed, venga a Mí", preguntábanse muchos si era el Mesías. Pues de Él se esperaba que haría brotar una nueva fuente en el templo, precisamente en el lugar en que Jesús pronunció estas palabras. La gente se preguntaba también: "El Mesías, cuando aparezca, ¿obrará más milagros que Éste?" El entusiasmo fué ya desbordante cuando Jesús entró solemnemente en Jerusalén. ¿Qué otra cosa podía significar eso, sino el comienzo del nuevo reino? Los Evangelios confirman también que en el pueblo dominaba la opinión de que el Mesías aparecería de repente, pues dicen, hablando de Jesús:

“De Éste sabemos de dónde viene. Pero cuando venga el Mesías, nadie sabe de dónde vendrá.”

En los relatos evangélicos se supone frecuentemente que Elías será visto antes de la primera venida del Mesías. El Bautista es interrogado: “¿Eres tú Elías?” Cuando Cristo anuncia su cercana muerte en Jerusalén, los discípulos, movidos por esas opiniones, preguntan si no deberá venir antes Elías.

¿Cómo se interpretaban los pasajes de la Sagrada Escritura que hablan de la Pasión del Mesías? En esos sufrimientos se veía en parte los padecimientos del pueblo de Israel en general, y algunas expresiones en particular se interpretaban metafóricamente. O bien se concebía esta humillación del Mesías como una etapa pasajera de su vida durante la lucha contra los gentiles y los israelitas aheos, a las que seguirían inmediatamente “los días del Mesías”. Así se llegó a perder en el concepto de “redención” toda relación al concepto de pecado. La “redención”, según las esperanzas de los judíos, consistía tan sólo en la liberación del yugo romano y en la realización de un reino universal, terreno y nacional, que tendría a Jerusalén por capital.

Teniendo en cuenta esto se hacen comprensibles no pocos pasajes de la vida de Jesús que a primera vista sorprenden. Jesús procura evitar todo aquello que pudiera seducir al pueblo a tenerle a Él por ese Mesías que se habían forjado con su mentalidad terrena. Por eso se llama a Sí mismo siempre el “Hijo del Hombre”, escogiendo precisamente el nombre que infunde menos esperanzas en un reino terreno. Sólo hacia el fin, cuando ya sale al encuentro de la cruz, se llama a Sí mismo también Hijo de David, y solamente ante el sumo sacerdote se aplica a Sí el título de Mesías.

¿Cómo concebían al Mesías en su relación con la Ley? La Ley era el centro de todo el estudio y de toda la vida. No se podía, pues, concebir al Mesías sino como un doctor de la Ley que superara a todos en sabiduría. De hecho tiene poder sobre todos los misterios de la justicia; conoce, no sólo todos los preceptos de la Ley, sino que puede dar también “la razón” de todas las prescripciones. “Las cosas que hasta entonces habían estado ocultas serán para Él como un cristal.” Así el Mesías, aunque no aporte nada que no esté ya en la Ley, con todo será como un Maestro que traiga, por decirlo así, una “nueva ley”. Esas interpretaciones no están ya tan lejos de las palabras que Jesús pronunció al principio del sermón de la

montaña, al exponer su actitud respecto de la Ley: "No penséis que he venido a abrogar la Ley; no, no he venido a abrogarla, sino a darle coronamiento."

El Mesías posee un conocimiento tan extraordinario de la Ley porque está más cerca de Dios que los demás; después de Abraham, Job, Ezequías, Él es el cuarto y último que reconoce en Sí mismo a Dios. También en eso se hallan reminiscencias de lo que Jesús decía de Sí mismo.

Jesús sabe que también sus discípulos están imbuídos de esas esperanzas nacionalistas y terrenales. Delicadamente va haciendo desaparecer de sus mentes tales ideas con la revelación de su naturaleza, verdaderamente divina, y con las alusiones a su muerte redentora en Jerusalén. Aun en los últimos días antes de su Pasión esperaban los Apóstoles un reino mesiánico de índole terrena, y el pueblo aun estaba más apegado que ellos a sus antiguas ideas. Los milagros de Jesús eran los que despertaban de nuevo en el pueblo la esperanza de que fuera el Mesías que ellos se habían figurado. Parecía imposible que uno que tuviera ese don en la medida en que Jesús lo poseía se propusiera otra misión más importante que la de hacer milagros sobre milagros.

Teniendo presentes estas esperanzas del pueblo, se ve que el sermón de la montaña, primer discurso de Jesús sobre los fines que a Él le animaban, se dirige ya interiormente con toda energía contra esas falsas esperanzas mesiánicas.

Del sermón de la montaña

Las ocho bienaventuranzas

Y descendiendo con sus discípulos se paró en un llano. Allí había una gran multitud de discípulos, y un grande gentío de toda la Judea, y de Jerusalén, y de la parte del mar, y de Tiro, y de Sión, que habían venido a oírle y a que los sanase de sus enfermedades. Y los atormentados de espíritus inmundos eran curados. Y toda la gente procuraba tocarle, porque salía de Él virtud y los sanaba a todos. Después empezó a enseñar, diciendo: "Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos." (Mat., V, 1-11; Marc., III, 7-10; Lucas, VI, 17-19.)

Innumerables veces han representado los artistas la escena de Jesús predicando las ocho bienaventuranzas. Y casi siempre se ve a Jesús ante una multitud que, a juzgar por sus modales, cree ya en las ocho bienaventuranzas. Rara vez se trasluce (esto es muy difícil de expresar, casi imposible) aquella mezcla de sentimientos que debieron de excitarse en la gente cuando Jesús empezó con la frase: "Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos."

Así hablaba Jesús después de haber curado enfermos y haber libertado endemoniados, manifestándose Señor de la naturaleza y Soberano de los malos espíritus. ¿Estaba preparado ni siquiera uno solo de los oyentes para oír estas palabras de Cristo? ¿Estábanlo siquiera los Apóstoles? No. Ni se puede decir tampoco que la impresión principal de estas palabras fuera el que le escucharan todos como hechizados. Estaban, es verdad, embelesados; pero, como refieren los Evangelistas, era más bien el embeleso de un asombro desconcertado. Jesús habló de cosas que a ellos jamás se les habían ocurrido. Pero en el mismo momento en que las decía se sintieron sobrecogidos en lo íntimo del alma. Desde lo más profundo del alma, desde donde jamás había brotado en ellos una palabra, alzóse una voz que les decía: "Este Jesús Nazareno dice la verdad." ¡Y experimentaron como el despertar de un letargo!

Y al decir letargo no es que admitamos, ni de lejos, la opinión, insinuada unas veces paladinamente, otras veladamente, de que las

doctrinas de Jesús hablaban de un modo muy especial al “soñador Oriente”. Obvio es que allí, como entre nosotros, hubiera soñadores; gente que no estuviera en contacto con la vida real y que fantaseara, por consiguiente, una vida ideal; pero el pueblo que estaba ante Jesús en un rellano de montaña sobre el lago no pertenecía a éstos.

Eran gentes del pueblo sencillo; es decir, pescadores y agricultores, artesanos, arrieros y conductores de camellos. Ya hemos hablado de la vida laboriosa de los pescadores. La masa principal de los oyentes pertenecía a la clase campesina del país. Si no se usaba aún la palabra “agricultor”, la clase existía ya. Es cierto que ya entonces se hablaba de los agricultores con ese tono despectivo que se da hoy cuando en Palestina se dice a uno: *Ja fellaj*: «campesino», «agricultor». Los fariseos los llamaban también así, es decir, *Am haarez*, “pueblo de la tierra”, que, si se traduce según el sentido, viene a significar algo así como *Ja fellaj*. Los habitantes de muchas aldeas eran, y son todavía en parte, agricultores que trabajan sus campos, sus viñedos o sus olivares.

Del estado de cosas que se ha conservado hasta nuestros días se pueden inferir en muchos aspectos las condiciones de los tiempos de Cristo. Describamos en pocas palabras la dura vida de uno de esos labradores palestinos.

Son ya muchas las penalidades y desengaños que tienen que sufrir de parte de la naturaleza del país. Si faltan las lluvias otoñales, se hace imposible la siembra a su debido tiempo. Si las lluvias de primavera no llegan, las espigas maduran resacas o raquílicas. Los olivos dan fruto sólo cada dos años; el trabajo de los viñedos es muy penoso; sólo el mantener los terraplenes exige horas de extremo esfuerzo. Sea dicho de paso, pero es un hecho que los campesinos tienen mucho aguante para soportar las vicisitudes de la Naturaleza.

Hay aún otra clase de gravámenes que pesan sobre el pueblo por las injusticias y exacciones que sufren de parte de las autoridades y clases superiores. Nos hallamos con un campesino en la era, donde al claro sol brilla el trigo, es decir, la cosecha de un año penoso, trillada ya y limpia.

El primero que exige inexorablemente parte del montón de grano del campesino es el “arrendatario de diezmos”, el *asjar*: *asjara* significa “diez”. El diezmo, o la entrega de la décima parte de los frutos del campo, es un tributo que en tiempo de Cristo se

pagaba al templo. Conociendo la estabilidad de las instituciones orientales, podemos suponer que la recaudación de los diezmos traía para la gente sencilla de entonces los mismos apremios que trae aún hoy día. (El Gobierno mandatario inglés en Palestina ha modificado esta costumbre, y el campesino paga hoy una suma global.) El Estado arrienda el diezmo. Primero se tiene una reunión en la que se valúa el producto del año corriente. Por de contado que el representante del Gobierno nunca quiere saber nada de malas cosechas. Después se subasta el diezmo de las distintas localidades y se otorga al mejor postor. El que lo ha comprado, recibido ya del Gobierno un certificado con plenos poderes, entra después en "su" pueblo como un soberano. Ante él todos se doblegan, todos se inclinan. El arrendatario nombra en seguida un inspector, que se queda en el pueblo hasta el fin de la cosecha. La mayor parte de las veces están obligados los campesinos a su manutención. Este inspector tiene la misión de sacar lo más posible para el arrendatario. Él "precinta" el montón de grano para que nadie lleve nada a casa antes de que se pague el diezmo (lo alisa con la pala y deja grabado en él un sello con un modelo de madera). Durante el día custodia la era y durante la noche duerme en ella.

El arrendatario cobra el diezmo aun de lo que se ha perdido, de lo que se dejó en el campo y de lo que se comieron los asnos o camellos. Si el almacén está en el mismo pueblo, el campesino debe llevar gratis allí el diezmo. Y el arrendatario puede obligarle siempre a transportarlo a una hora de camino. Pero ni aun con eso se suelen contentar los arrendatarios, sino que exigen simplemente un aumento del "diezmo", de suerte que "la décima parte" sea a veces la novena parte, la octava, la séptima o la sexta de la cosecha. Si no acceden los campesinos, el arrendatario les amenaza con alguna denuncia a las autoridades, pues sabe que éstas están de su parte. El espíritu de venganza oculto en el alma se va transmitiendo de ese modo en el pueblo de generación en generación. De cuando en cuando el fuego que arde ocultamente rompe en llamas. En los últimos años, durante una carrera de caballos, fué asesinado un arrendatario de diezmos en la región donde Jesús pronunció el sermón de la montaña; abriéronle después el vientre, le metieron una gavilla y le prendieron fuego.

Pero aun hay otros que viven del montón de trigo del campesino. El guardia que ha custodiado los sembrados de los animales y la-

drones espera también su parte; también esperan el acarreador que ha transportado las gavillas con sus asnos y camellos, y el que ayudó a segar, y las gavilladoras, y los trabajadores de la era, y los jóvenes trilladores.

Las condiciones no eran diversas en tiempo de Cristo. Los fariseos mostraban grande empeño en que el pueblo observara las prescripciones de los diezmos, y en eso se fueron introduciendo nuevos abusos. De suyo, el diezmo correspondía a los levitas, pero los sacerdotes reclamaban para sí el derecho de recaudarlo. Y así como éstos habían suplantado a los levitas, así los suplantó a ellos el sumo sacerdote antes de la destrucción de Jerusalén. Envío "sus agentes a los pueblos" e hizo recaudar los diezmos. Al que se les oponía le hacían sentir el palo.

Flavio Josefo refiere que los Ptolomeos introdujeron en Palestina el sistema egipcio de subastación en los tributos. La forma del arrendamiento del diezmo respondía hasta en los últimos pormenores al sistema de los Ptolomeos. Los documentos egipcios de aquel tiempo hablan de la valoración del producto en la época de la siega en el campo mismo, de la cesión al mejor postor y de la obligación de transportar al depósito el diezmo por cuenta del que lo paga. Se puede suponer que los campesinos de Palestina en tiempo de Cristo sufrieron ya los mismos gravámenes que ocurren hoy día. En estas condiciones vivían, pues, aquellos hombres que se agrupaban alrededor de Cristo para oír el sermón de la montaña. Además, el pueblo estaba entonces sin ninguna defensa, porque el país era "región ocupada". Bajo este aspecto, su condición era poco favorable, tanto si tenían sobre sí un gobernador romano como si tenían un príncipe de la familia de Herodes. Por eso el pueblo esperaba de Jesús el resultado concreto de la liberación de tiranías pequeñas y grandes. ¿No había demostrado ya que tenía a su disposición el poder del cielo? Pero Jesús abrió la boca y comenzó diciendo:

"¡Bienaventurados los pobres de espíritu!"

La gente escuchaba atenta. Su asombro fué ciertamente más grande y muy otro del que nosotros nos imaginamos. Ellos viven en la pobreza, en la indigencia y en la opresión; Jesús puede hacer desaparecer todo esto, y, sin embargo, les dice palabras de las cuales deducen que, sabiendo Él bien cuál es su género de vida, está resuelto, no a disminuirles esa indigencia, sino a contentarse con ayudarles a soportarla.

Eran pobres, y la pobreza debía continuar. Pero había que soportarla por amor de Dios. Estaban en la opresión y la tenían que tolerar por Dios. Bienaventurados eran, según Cristo, los que lloraban, los que tenían hambre y sed de justicia, los que ejercitaban la misericordia, mientras el mundo reía, y los que hacían las paces en vez de atizar la contienda.

Finalmente, Jesús insistió, subiendo, por decirlo así, en sus máximas a la cumbre de lo inesperado. Habían venido a Él como perseguidos, y les habla de una nueva persecución, de una persecución por su causa. “¡Bienaventurados los perseguidos por la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos! Bienaventurados seréis cuando os injurien por mi causa y os persigan y digan de vosotros, con falsedad, todo el mal posible. Alegraos y regocijaos, porque vuestro galardón es grande en el cielo. Pues así han perseguido también a los profetas que vivieron antes de vosotros.”

En verdad, estas palabras parecieron entonces tan “inauditas” como nos parecen todavía hoy. Sólo el que cree que Cristo es el Hijo de Dios está seguro de que sus palabras, a pesar de las dificultades que tienen, son verdaderas.

Por lo demás, estas ocho bienaventuranzas son un ejemplo magistral de elocuencia popular, muy del gusto de los orientales. La idea central: “Sólo Dios basta, y Dios basta siempre y en toda circunstancia”, se hace sensible en cada frase nueva bajo una nueva imagen.

Son ocho exclamaciones. Y estas ocho exclamaciones juntas son, a su vez, una introducción a todo el sermón. El principio: “Sólo Dios basta a los hombres. Dios basta siempre y en toda circunstancia” se inculca luego a los oyentes en ampliaciones más extensas.

Evita lo malo por amor de Dios

No penséis que he venido a abrogar la Ley o los profetas. No he venido a abrogarlos, sino a perfeccionarlos. (Mateo, V, 17-48.)

El sermón de la montaña lo cuentan San Lucas y San Mateo; pero no tiene en ambos ni la misma extensión ni el mismo contenido exactamente. San Mateo procede en su Evangelio con más frecuencia esquemáticamente; pone, dentro de los mismos relatos, expresio-

nes que guardan entre sí cierta relación, unas después de otras, aunque estén separadas cronológicamente. Entre los fragmentos que San Mateo nos transmite del sermón de la montaña se hallan verdaderas perlas de elocuencia genuinamente oriental. Quien no quiera conceder que estos pasajes están transmitidos según las palabras del mismo Jesús, se ve en la necesidad de admitir como probable que San Mateo "mejoró" las palabras de Jesús y que les supo dar una disposición clara y ordenada.

En todo caso, no se puede menos de observar en el sermón de la montaña, tal como nos lo transmite San Mateo, diversidad de pasajes con cierta unidad del todo, desarrollados a base de una idea fundamental única, que se presenta, según el estilo oriental, en imágenes siempre nuevas. El pensamiento básico es éste: "Sólo el servir a Dios hace feliz al hombre." En la introducción lo expone Jesús en una serie de exclamaciones que comienzan todas con "Bienaventurados", y por eso se ha llamado esa parte las "Bienaventuranzas".

A continuación expone Jesús el mismo pensamiento central más extensamente, comparando su propia doctrina con la ley. Los mandamientos del Antiguo Testamento habían sido proclamados en orden al servicio de Dios. Jesús no ha venido para abrogarlos, sino al contrario, todas estas prescripciones se deben observar desde ahora más perfectamente que antes, por amor de Dios, y por eso más escrupulosamente.

"No penséis que he venido a abrogar la ley o los profetas; no he venido a abrogarlos, sino a perfeccionarlos. Porque en verdad os digo que hasta que pase el cielo y la tierra no pasará de la ley ni un punto ni una tilde sin que todo se cumpla. Por lo cual, quien quebrantare uno de los más mínimos mandamientos y enseñare a quebrantarlos a los hombres, el menor será en el reino de los cielos; mas quien hiciere y enseñare, éste será grande en el reino de los cielos."

A esas palabras se preguntaron algunos: ¿Pero no han llevado ya la ley a su más alta perfección los fariseos? Jesús añade: "Yo os digo que si vuestra justicia no fuere mayor que la de los escribas y fariseos no entraréis en el reino de los cielos."

La primera idea fundamental se aclara ahora en esta nueva exposición con varios ejemplos sacados de los mandamientos, ejemplos independientes entre sí, aunque de una construcción análoga

a los anteriores. No se olvide que en el sermón de Jesús existe una doble antítesis cuando se dice: "Habéis oído que se dijo a los antiguos: ¡No matarás! Pero yo os digo: El que se enoja con su hermano obligado será a juicio." En la frase: "se dijo a los antiguos" van comprendidos tanto los israelitas del tiempo pasado como su legislador Moisés. A esos israelitas del tiempo pasado y a su legislador Moisés se contraponen ahora los israelitas del tiempo mesiánico y Jesús. Por eso en griego están las palabras "yo" y "vosotros" como palabras antitéticas.

"Habéis oído que se dijo a los antiguos: No matarás. El que mata a otro será llevado a juicio. Pero yo os digo: El que no hace más que enojarse con su hermano, será juzgado. El que le diga *raca* (cabeza vacía), será llevado a concilio. Y el que le llamare *moros*, será reo del fuego del infierno. Por tanto, si al tiempo de presentar tu ofrenda delante del altar te acuerdas que tu hermano tiene alguna queja contra ti, deja allí mismo tu ofrenda delante del altar y ve a reconciliarte con tu hermano, y después ven a presentar tu ofrenda."

Así habló Jesús ante oyentes que pertenecían a un pueblo de viva sensibilidad y, por lo mismo, a veces demasiado susceptibles. Por pequeñeces se llega entre ellos a graves insultos. *Raca* significa un "hombre vacío", un hombre de "cabeza huera", y la expresión se debió de usar mucho. Aparece con mucha frecuencia en la literatura no bíblica y significa un hombre poco dotado intelectualmente. *Moros* significa literalmente "loco", pero debe tomarse en el sentido de "abandonado, olvidado de Dios"; indica, pues, la ínfima degeneración moral.

"Habéis oído que se dijo a los antiguos: No cometerás adulterio. Pero yo os digo: Cualquiera que mira una mujer para codiciarla, ha cometido adulterio en su corazón con ella.

"Si tu ojo derecho te es escándalo, sácalo y échalo de ti; porque mejor es que pierdas uno de tus miembros antes que todo tu cuerpo sea arrojado al fuego del infierno. Y si tu mano derecha te sirve de escándalo, córtala y échala lejos de ti; porque mejor es perder un miembro antes que todo tu cuerpo vaya al fuego del infierno."

Exteriormente, la separación entre hombres y mujeres es en Oriente, desde muy antiguo, más rigurosa que entre nosotros. Pero con eso no se cortaban completamente las posibilidades del pecado.

Jesús, con esas palabras, se refiere a los peligros que también allí existían.

"Habéis oído que se dijo a los antiguos: No jurarás en falso; mas cumplirás al Señor tus juramentos. Pero yo os digo que de ningún modo juréis ni por el cielo, porque es el trono de Dios; ni por la tierra, porque es la peana de sus pies; ni por Jerusalén, porque es la ciudad del gran rey; ni por tu cabeza, porque no puedes hacer un cabello blanco o negro. Mas vuestro modo de hablar sea: sí, sí; no, no; porque lo que excede de esto, del mal procede."

Aun hoy es una gran tentación para los orientales de temperamento vivo entremezclar o terminar sus afirmaciones con juramentos, y por los consejos de Jesús vemos que entonces no era de otra manera. Se juraba por el cielo, por la tierra, por Jerusalén, por la cabeza, como, por ejemplo, hoy se jura por la barba del profeta. El espíritu de mentira es lo que lleva a los hombres a tales juramentos en el trato de sociedad. Si este espíritu desaparece, el "sí" es en verdad un "sí" y el "no" en verdad un "no", y todos los juramentos son superfluos.

"Habéis oído que se dijo a los antiguos: Ojo por ojo y diente por diente. Pero yo os digo que no resistáis al malo; si alguno te hiere en la mejilla derecha, vuélvele también la izquierda. Y a aquel que quiere ponerte pleito y tomarte la túnica, déjale también la capa. Y al que te obligare a dar mil pasos, acompañaile otros dos mil más."

No en vano baja aquí Jesús a tantos pormenores. Todo lo que dice Cristo aquí se podía observar entonces, como hoy, aun en las mismas calles. Empiezan dos un altercado, y con la celeridad de un rayo uno de ellos levanta la mano y da una bofetada. No en vano habla Jesús de la manía de los procesos, porque es una mala costumbre ya antigua y común en Oriente, donde puede suceder que dos vecinos que se han enemistado se estén haciendo todo el mal posible años enteros. Por fin, van a algún jeque famoso, que habite lo más lejos posible, para hacer resolver el caso, el cual lo "resuelve" y exige por ello más de lo que valía lo que fué objeto de la contienda.

También se dan casos en que uno fuerza a otro a que le acompañe una milla. Ciertamente Jesús no añadió nada de su propia cuenta en los ejemplos precedentes, pues están tomados de la vida real ordinaria de la gente sencilla. Un caso semejante ocurrió en

la Palestina turca. Los obligados al diezmo debían transportar el grano una “hora de camino” a su propia cuenta; según los documentos egipcios, en tiempo de Cristo había prescripciones semejantes a éstas. En griego se emplea la palabra *angareuein*, que significa un deber que hay que cumplir por una orden dada (“ordenar” en el sentido del lenguaje militar). La misma expresión se halla en el Evangelio cuando se habla de Simón, a quien “se ordenó” que llevara la cruz de Cristo.

“Habéis oído que se dijo a los antiguos: Amarás a tu prójimo y aborrecerás a tu enemigo. Pero yo os digo: amad a vuestros enemigos y rogad por los que os persiguen, para que seáis hijos de vuestro Padre celestial, el cual hace nacer el sol sobre buenos y malos y hace llover sobre justos e injustos. Si amáis sólo a los que os aman, ¿qué recompensa podéis esperar? ¿No hacen eso también los publicanos? Y si no saludáis más que a vuestros hermanos, ¿qué hacéis de más? ¿No hacen eso mismo los paganos?”

Nuevas pinceladas de la vida oriental. La venganza y el odio duermen en la sangre de estos pueblos, donde los municipios y parentelas semejan un cuerpo con muchos miembros. Todo lo que cae fuera de esta esfera es tenido como “enemigo” y no tiene derecho a consideraciones. Tal es el “derecho natural” en pueblos sanos, pero “demasiado naturales”. Predicando hace pocos años un misionero católico en la región Oriente del Jordán sobre el amor de los enemigos, se levantó un jeque beduino y le replicó: *Abuna jalads* (Eso es demasiado). ¿Cómo es creíble que aquellos hombres del lago de Genesaret aceptaran simplemente esas palabras como la cosa más natural cuando Jesús las pronunció por vez primera?

Es muy significativo que se recuerde aquí explícitamente el salutar. Las ceremonias del saludo son en Oriente, como ya hemos notado, más complicadas que entre nosotros. Por eso se deja de saludar a los enemigos más fácilmente que entre nosotros. El oriental sabe, además, hacer notar de un modo extraordinario esa abstención intencionada del saludo.

Después de esa serie de pasajes que expresan la misma idea revestida en diversas formas, se expresa de nuevo al final ese pensamiento central, en una forma nueva:

“Sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto.”

Haz el bien por amor de Dios

Mirad que no hagáis vuestra justicia delante de los hombres, para ser vistos por ellos; de otra manera, no tendréis galardón de vuestro Padre, que está en los cielos. (Mateo, VI, 1-18; VII, 1-6.)

Jesús había dicho solemnemente: “Yo no soy un destructor, sino un perfeccionador de la Ley.” Ahora dice: “Los fariseos son los profanadores de la Ley.” “Mirad que no hagáis vuestra justicia delante de los hombres para ser vistos por ellos; de otra suerte, no tendréis galardón de vuestro Padre, que está en los cielos.”

Se ha de hacer el bien para agradar a Dios; no, como los fariseos, para ser vistos por los hombres.

Esta expresión es la frase básica para una nueva serie de tres cuadros doctrinales.

“Cuando das limosna, no hagas sonar la trompeta delante de ti, como hacen los hipócritas en las sinagogas y en las calles para ser alabados de los hombres. En verdad os digo: Esos tales ya han recibido su galardón.”

La sentencia de Jesús penetra en la vida de entonces más de lo que sospechamos. Además de los tributos para los pobres, cuyo pago era obligatorio, se recogían también ofertas voluntarias a favor de los necesitados. Eso se hacía en las sinagogas y, con ocasión de las solemnidades del ayuno, también en las plazas públicas. Con mucha frecuencia sucedía que algunos prometían ante la reunión del pueblo grandes cantidades que después no daban. Por razón de estas ofertas se recibía a veces un puesto de honor en las sinagogas. Las callejuelas de la ciudad y los locales de la sinagoga eran como tribunas siempre preparadas para los hombres que querían “descollar como piadosos”. Si se presentaban allí para ser honrados de los hombres, no recibían el “pagaré” de Dios: eran como los que tienen un recibo en que va escrito *apejo*, es decir: “pagado”. Innumerables son los recibos como éstos, escritos en griego, que se han desenterrado de las arenas de Egipto. Se podría, pues, traducir en frase familiar: El que da limosna sólo por respeto a los hombres no tiene “nada que reclamar de Dios”.

El que quiera ser galardonado por Dios, haga su limosna en secreto.

“Cuando das limosna, no sepa tu izquierda lo que hace la de-

recha, para que tu limosna permanezca en oculto, y tu Padre, que ve en lo oculto, te galardonorá.”

La expresión “galardonar” responde a la anterior “pagar”. Los que así hacen la limosna son los que tienen el “pagaré” que da Dios para ser galardonados.

Segundo cuadro doctrinal:

“Y cuando oréis no hagáis como los hipócritas, que gustan de orar de pie en las sinagogas y en las esquinas de las calles para ser vistos. En verdad os digo: Ya han recibido su galardón.”

Otra escena oriental. Las iglesias y mezquitas tienen allí algo de salón de reuniones. En eso se suele hacer hincapié con cierta indignación; con menos frecuencia se hace notar que las calles de las ciudades son allí sitios en que se pueden cumplir los deberes religiosos. En Oriente aparece a veces uno de repente aun en la estación del ferrocarril, se quita los zapatos, se sube a un banco y comienza a hacer su oración con todos los gestos prescritos.

En tiempo de Cristo, el que era piadoso hacía su oración, cuando llegaba la hora, aun en medio del alboroto de la circulación y el tráfico callejero. Los escribas trataron exprofeso la cuestión de cómo se habían de hacer los saludos durante esas oraciones. Y distinguían los saludos de reverencia y respeto de los saludos ordinarios. Los primeros estaban permitidos, pero no los segundos. Estaba más fácilmente permitido saludar durante una interrupción natural de la oración que en medio de una súplica. La oración en las calles se supone igualmente en los escribas no bíblicos, por ejemplo, en la historia de un judío piadoso que, orando en la calle, no saludó a un comandante romano que pasaba por allí, y éste le pidió explicaciones. Jesús reprende esa manera de orar, pero sólo en el caso en que eso se haga con el fin de ser visto.

Quien ora por amor de Dios renuncia gustoso a que le vean testigos humanos.

“Cuando quieras orar, entra en tu cámara y, cerrada la puerta, ruega a tu Padre en secreto. Y el Padre, que ve en lo oculto, te recompensará.”

La cámara es propiamente el “desván”, un local sin luz en que se ponen las tinajas de barro con el grano y los cántaros con el vino. Genuinamente popular es la contraposición de la calle pública y el oscuro granero. En este pasaje toma un sentido especial la

frase “que ve también en lo oculto”. Estos juegos de palabras son un placer para el oriental.

También los días de ayuno eran una exteriorización de la vida pública religiosa. Sigue, pues, el tercer cuadro doctrinal:

“Cuando ayunéis no os pongáis tristes como los hipócritas, que desfiguran sus rostros para mostrar a los hombres que ayunan.”

Jesús ataca de nuevo una mala costumbre. En el oriental a todo estado de alma responde una manifestación al exterior, y, naturalmente, con demasiada facilidad viene a ser ésta para él lo principal. Como se adornaban los días de fiesta, así había gente que en los días de ayuno se abandonaban intencionadamente y hacían ostentación de que tenían hambre y de que estaban débiles.

El que ayuna por amor de Dios ha de procurar que no haya nada en su exterior que exteriorice el sacrificio.

“Cuando ayunes, unge tu cabeza y lava tu cara, para que no vean los hombres que ayunas y sólo Dios lo sepa, que ve también en lo secreto. Y el Padre, que ve también en lo secreto, te recompensará por ello.”

El que todo lo hace por amor de Dios, se guarda también de todo espíritu de crítica y complacencia propia.

“No juzguéis, para que no seáis juzgados. Pues con el juicio con que juzgareis, seréis juzgados; y con la medida con que midiereis, os medirán. ¿Por qué, pues, ves la paja en el ojo de tu hermano y no ves la viga en tu propio ojo? O ¿cómo dices a tu hermano: “Estáte quieto, voy a quitarte la paja del ojo”, si en el tuyo hay una viga? ¡Hipócrita! Saca primero de tu ojo la viga y entonces verás de quitar la mota del ojo de tu hermano.”

También ésta es una forma de hipocresía: esa especie de co-mezón de juzgar el estado interior de los demás. El hombre que se esfuerza únicamente en servir a Dios no se preocupa de los demás dando juicios sobre la relación en que se hallan respecto de Dios. Eso hay que evitarlo, aun para no provocar a Dios a un juicio riguroso contra uno mismo.

En una imagen gráfica pinta Jesús lo inconveniente de tal proceder; es decir, nos pone delante uno que teniendo en su ojo “una viga”, va al otro, en quien descubre una paja, y se ofrece a librarle de ese defecto. Si lo que importara fuera sinceramente evitar faltas porque ofenden los ojos de Dios, a buen seguro comenzara por las suyas, que son mucho mayores.

Un hombre que mira sólo a Dios le deja a Él el juicio sobre sí mismo y no habla de su propia vida interior, sino cuando hay razón para ello. En esa forma refinada de complacencia puede anidar muy bien la hipocresía. ¡Ay del que habla de los misterios de Dios a hombres poco dignos!

“No déis lo santo a los perros, ni echéis vuestras perlas a los puercos, no sea que las huellen con sus pies y, revolviéndose contra vosotros, os despedacen.”

Una imagen realista que daba mucha repugnancia a los judíos. Los perros y cerdos eran tenidos por animales inmundos. El reproche “perro cristiano” es todavía un recuerdo de esto. Cuando se echa algo a una banda de perros medio salvajes o puercos hambrientos, se precipitan encima; pero si lo que se les echó no es comestible, se ponen furiosos contra el que fué tan loco que los engañó. La expresión “perlas” se usaba en general para significar un bello pensamiento.

La parábola de los cerdos enfurecidos es un raro ejemplo entre las parábolas de Jesús, en cuanto que es la única vez en que se emplea el animal como imagen para las cosas de la vida del hombre.

Estos eran, pues, los mandamientos de Jesús. ¡Evita el mal, por Dios! ¡Calla acerca de ti y de los demás, por Dios!

Escoge bien

Entrad por la puerta estrecha; porque ancha es la puerta y espacioso el camino que lleva a la perdición y son muchos los que andan por él. En cambio, ¡qué estrecha es la puerta y qué angosto el camino que lleva a la vida, y cuán pocos son los que atinan con él! (Mat., VII, 13-20, 24-27; Luc., VI, 46-49.)

Con frecuencia se cree consciente e inconscientemente que Jesús hablaba entonces “a hombres del todo diferentes” de los de hoy, o que sus discursos eran tan ajenos al mundo real que no hubieran producido conmoción ninguna en las malas circunstancias actuales.

Ambas cosas son inexactas si se estudian más de cerca. Aquellos hombres tenían los mismos defectos que los de hoy; eran ciertamente tan agresivos como hoy, y eran, en alto grado, capaces de

poner a riesgo no sólo la vida ajena, sino aun la propia, con tal de satisfacer sus pasiones.

Sólo la majestad de Jesús podía impedir que le interpelaran como aquel jeque: “¡*Jalads*, basta! Eso es demasiado.” Y muy bien sabía Jesús lo que pensaban. Relacionamos la oración nocturna de Jesús con la elección de los Apóstoles, pero olvidamos relacionarla con el sermón de la Montaña. No hay duda que Jesús vió en espíritu en aquellas horas del monte, la vida de la humanidad y de cada uno de los hombres; precisamente por eso comenzó con la palabra: “Bienaventurados...”

Allí está el pueblo de Palestina a sus pies; son campesinos, jornaleros, pescadores, artesanos, arrieros, con un turbante de lino descolorido en la cabeza, el zurrón del pan atado a la correa, caras amarillentas, morenas y rojas, sudando por el gran calor. Muchos de ellos se sostienen a fuerza de las mayores privaciones, y en las condiciones en que viven han de ayunar mucho para “lucir” un nuevo turbante o un collar de perlas. Muchos tienen todo su capital envuelto en el *tarbuch* o en un harapo sucio. Hombres que escuchan encorvados, cubiertos de polvo, cargados de espalda por los grandes pesos soportados.

Jesús conocía esa pobreza, y sin embargo de eso les había dicho: “Vosotros entraréis en mi Reino; vosotros todos, sin excepción. Seréis de veras felices, sin sentirlos felices en el sentido del mundo.” Movido de un amor mayor que el que ellos mismos se tenían a sí mismos, les había anunciado con variedad de imágenes: “Hacedlo todo por Dios y seréis hijos del Padre celestial.”

Jesús los penetraba con su mirada. Sabía que ellos le miraban desde lo más íntimo de su alma, nunca tan despierta como entonces, y se veían obligados a resolverse por una parte o por otra en una cuestión en la que hasta aquel momento no habían pensado nunca.

En la última serie de cuadros doctrinales, Cristo les amonesta que no juzguen por las apariencias.

“Entrad por la puerta angosta. Porque ancha es la puerta y espacioso el camino que lleva a la perdición, y muchos son los que van por él. En cambio, ¡qué estrecha es la puerta y qué angosto el sendero que lleva a la vida, y cuán pocos son los que lo hallan!”

Las puertas estrechas todo el mundo las conocía. Todo cortijo algo grande tenía, además de la verdadera puerta de entrada, alguna portezuela, reservada tan sólo a los de la familia. Senderos es-

trechos había allí en abundancia. Aun hoy se ven esas veredas entre cardos y otras malas hierbas, como estrechas cintas blancas que suben por las montañas, luego se ramifican y se pierden.

¿Acaso no siguen todos el sendero estrecho cuando saben que conduce al fin y sigue por él aun cuando muchos otros anden por falsos caminos anchos y llanos?

Nunca faltaba quien sedujera a otros para hacerles abandonar el buen camino. Una nueva imagen se junta a las anteriores: "Guardaos de los falsos profetas que vienen a vosotros vestidos de ovejas, pero por dentro son lobos rapaces."

Y la imagen cambia.

"Por sus frutos los conoceréis. Atended a lo que hacen, no a lo que dicen. ¿Acaso se recogen uvas de los espinos o higos de los abrojos? Así, todo árbol bueno produce frutos buenos; y el árbol malo produce frutos malos. No es posible que un árbol bueno produzca frutos malos, ni un árbol malo frutos buenos. Todo árbol que produce frutos malos será cortado y arrojado al fuego. Por sus frutos, pues, los conoceréis."

Estas imágenes son en Palestina más apropiadas aún que para otros países. La región, con sus rocas predominantemente calcáreas y su sequía de verano, es, en verdad, la región de los espinos y de los abrojos, que en Oriente se pueden parangonar en altura con las higueras; junto al lago de Genesaret, en cuyas cercanías Jesús proponía esas comparaciones, son tan crecidos, que desaparecen entre ellos el caballo y el jinete.

En un tercer grupo de ideas se exponen en una doble imagen las consecuencias de resolverse por la doctrina de Jesús o contra ella.

"Todo aquel que oye estas mis palabras y las cumple, comparado será a un varón sabio, que edificó su casa sobre roca. Descendió lluvia, vinieron ríos, soplaron vientos y dieron impetuosamente en aquella casa, y no cayó, porque estaba cimentada sobre roca. Y todo el que oye estas mis palabras y no las cumple, semejante será a un hombre necio que edificó su casa sobre arena; descendió lluvia, vinieron ríos, soplaron vientos y dieron impetuosamente sobre aquella casa, y cayó, y fué su ruina grande."

Nunca se ha descrito en tan pocas palabras ni tan hermosamente en todos sus aspectos un aguacero invernal de Palestina. Todos los cambios de temperatura se efectúan allí con una brusquedad y rapidez extraordinarias. Allí no existe la lluvia de campo, sus-

rrante, fina, regular, y en un aire tan silencioso, que apenas si se nota que llueve. Se conocen allí los vientos sin agua, pero no el agua sin viento. Las lluvias caen frecuentemente en chaparrones tormentosos; las grandes y pesadas gotas caen casi horizontalmente y penetran en las junturas de los muros. La tierra, seca como ceniza, no está dispuesta a recibir el agua y ésta resbala; pronto se forman riachuelos y arroyos.

Los habitantes están acostumbrados a esto. Para la construcción de una casa se ahonda en los fundamentos hasta llegar a la roca, aunque se haya de ahondar tan profundo como alta ha de ser la casa. Sólo así los muros no podrán ser minados por las aguas que caigan, pues las casas edificadas sobre arena están en peligro.

Esta es la última advertencia de Jesús en el sermón de la montaña: "Edificaos una casa donde podáis cobijaros al tiempo de la tormenta."

Los banquetes en Oriente

De la etiqueta oriental se puede decir lo mismo que de la liturgia de Oriente. Todo el sistema de usos y ceremonias es para nuestro gusto una mezcla inextricable de la mayor libertad y de las más escrupulosas precauciones.

Con clima tan cálido, los hombres no sienten gran necesidad de comer. Sobre todo durante los meses de calor, en el estado de adormecimiento general que producen los abrasadores calores del mediodía, se pierde el sentido del hambre.

Al atardecer se levanta el viento del Oeste, el viento bienhechor de Palestina; entonces viene el despertar y es la hora en que se sientan a comer. Cuando en la Biblia se habla de banquetes de carácter más oficial, hay que entender, por lo común, la comida al atardecer, al sol poniente, en un cielo inundado de luz blanca dorada, cuando sopla el viento Oeste.

Como la luz entra principal o exclusivamente por las puertas, éstas están siempre abiertas. Por eso en Oriente no tienen refrán correspondiente al nuestro: "Mi hogar es mi fortaleza." El hogar de una familia acomodada que invita huéspedes es más bien una sala de teatro, con libre entrada. El que quiere puede entrar y mirar; por de pronto, siempre hay jóvenes y viejos que tienen gusto y

tiempo para ello. Se reúnen ante la puerta, y allí se quedan. Su suprema regla de vida también en estas cosas es ésta: "Dios está con el que no se precipita; la prisa es de Satanás." Como quien no quiere, pasan luego al comedor, y también entran pobres y mendigos, con una naturalidad llena de dignidad. Cuando Jesús recomienda que se invite gente de la calle, y en sus parábolas supone que sucede así, es cosa que cae dentro de las posibilidades orientales, como lo demuestran documentos no bíblicos. Entre los nómadas del desierto, esos curiosos se instalan junto a las lonas de las tiendas. Un jeque justo nunca dejará de mostrar su grandeza en la generosidad y en dejar llegar algo de las fuentes del primer círculo de invitados a los del círculo exterior.

Toda comida tiene el carácter de una conversación. El tono lo determinan los huéspedes, pero en ella son parte imprescindible los discursos y las narraciones. Siendo así, la comida se puede elevar fácilmente a una esfera espiritual más alta. Entre los fariseos era de buen tono hablar de la Ley en los banquetes. El rabino Simón dice: "Si hay tres que comen juntos a una mesa y no conversan entretanto de la Ley, es como si hubieran hecho una ofrenda a los muertos; pero si se sientan tres juntos a una misma mesa y conversan sobre la Ley, es como si hubieran comido a la mesa de Dios." Como la comida es un acto de sociedad, solamente se celebra entre los que se tienen por amigos. Así se comprende que los fariseos echaran en cara a Jesús, en especial, que comiera con publicanos y pecadores. Si no hubiera hecho más que saludarles o hablarles, pase, ¡pero comer con ellos era demasiado!

En Palestina, por hallarse situada entre dos grandes naciones que estaban de moda en la antigüedad, cambió con frecuencia la etiqueta exterior de los festines. En tiempo de Cristo era uso corriente "estar echados" durante el convite. No consta si se echaban en esteras o en tablas colocadas oblicuamente o en canapés. Tal vez de todas esas formas al mismo tiempo, pues en Palestina gustan de entremezclar lo extranjero con lo nacional.

Respecto de las conversaciones, es de importancia para las escenas de banquetes de la vida de Cristo saber que, como se estaba apoyado sobre el brazo izquierdo, no se tenía una vista de conjunto de todos los comensales. Todos tenían los pies orientados hacia afuera. Así podían muy bien hablar con sus vecinos; en cambio, con los que estaban enfrente no era fácil conversar. Nosotros, al

contrario, conversamos precisamente con los de "entrente" con mas comodidad. Así pudo Jesús, en la casa de Simón, entablar un diálogo sólo con éste, que era el anfitrión.

El recibimiento de un huésped se hacía litúrgicamente con toda solemnidad. Todavía hoy se hace algo semejante. El mismo Jesús nos enseña, con las palabras que dirige a Simón, algo del ceremonial de su tiempo. Ya a la entrada aparecía un esclavo con agua y la derramaba sobre los pies, lo cual tenía, además, una utilidad práctica, pues se entraba en la casa con los pies más o menos polvorientos. Después tendíanse en esteras o tapices. Antes de la comida se lavaban las manos. Como la piel se resecaba con el polvo, y la aspereza se hacía sentir precisamente después de lavarse, procurábase evitarla ungiendo los miembros con aceite.

El dueño recibía a los invitados con un beso y un abrazo. Y en las casas distinguidas no se iba inmediatamente al comedor, sino a una antesala. Aquí se hacía la presentación de los huéspedes que no se conocían y se traían los aperitivos. El dueño de la casa veía al mismo tiempo cuántos habían venido, y daba a la cocina las correspondientes instrucciones.

Si se tenía mucho interés por que asistiera algún personaje determinado, aún había tiempo para invitarle por última vez, como sucedió en la parábola que propuso Jesús del gran festín. No era raro que se declinaran las invitaciones.

Una vez había invitado un publicano a su casa, según se cuenta, a los miembros del Consejo. Éstos no comparecieron. Entonces, como el amo de casa de la parábola de Jesús, hizo venir a los pobres. De los fariseos de Jerusalén se dice que no iban a los banquetes sino cuando sabían quiénes habían sido los invitados. En el recibimiento tan frío que Simón hizo a Jesús influyó tal vez el enojo de algunos fariseos allí presentes, porque le había invitado.

La pecadora en el banquete

Una vez rogó a Jesús un fariseo que fuese a comer con él. Y habiendo entrado en la casa del fariseo, se sentó a la mesa. Y una mujer pecadora, que había en la ciudad, cuando supo que estaba a la mesa en casa del fariseo..., entró en la casa. (Luc., VII, 36-50.)

Simón no tuvo dificultad en que Jesús entrara en su casa sin las ceremonias usadas en la recepción; es decir, que entrara como un mendigo tolerado y no como un huésped invitado.

No se menciona por qué le invitó. Pero por lo que sabemos le debieron de mover a ello ciertos compromisos o conveniencias exteriores más que una amistad interior. Imagínese una aldea pequeña donde se presenta una celebridad, que no pertenece al mismo partido de tal o cual persona, pero que por entonces es quien lo arrastra todo detrás de sí; a buen seguro que se haría con él algo semejante a lo que hizo Simón con Cristo. Se tomaría parte en el acontecimiento, pero con cierta reserva.

La tensión angustiosa que dominaba en la casa de Simón ya desde un principio subió de punto por un suceso imprevisto. Presentóse en la sala del festín, con un vaso de ungüento aromático, una mujer, de la que se podían historiar toda clase de casos, y poniéndose a los pies de Jesús se inclinó para ungirlos. Venía movida por la esperanza de que Jesús no la había de despreciar, porque Él, el omnisciente, conocía no sólo su vida pecadora del pasado, sino su arrepentimiento actual. En los mayores pecadores puede encenderse como una llama el deseo vehemente de honrar las personas buenas, y sólo cuando otro les estima pueden llegar a recobrar la estima de sí mismos.

La pecadora, al comenzar la piadosa acción, postrada a los pies de Jesús, perdió la presencia de ánimo. Su arrepentimiento se manifestó al exterior. Corrieron lágrimas de sus ojos, que caían sobre los pies de Jesús. Destrenzóse su cabellera, que estaba cubierta con un velo, y secó con ella los pies de Jesús. Después realizó lo que era el objeto de su venida, ungiendo los pies de Jesús con el bálsamo aromático.

En una mujer se puede suponer que en seguida, a la primera mirada, advirtiese que ni siquiera habían lavado a Jesús los pies

antes del convite. Los pies, después de una jornada, quedan cubiertos de polvo y blancos como harina, y no hay nada que más mueva a una mujer como ver tratado menos dignamente al que ella estima. En esos casos desaparece todo respeto humano.

Simón, el anfitrión, miró a la mujer con muy malos ojos. Las costumbres de Oriente le prohibían arrojarla sin motivo; pero Jesús podía haber dado fin a aquella enfadosa escena. Por eso toda la mala voluntad se concentró contra el Maestro.

Le tenían por profeta; pero, por lo visto, veía poco; si no, no se hubiera dejado ungir los pies por una pecadora pública.

El modo cómo se introduce la conversación entre Jesús y el anfitrión es de un viveza insuperable. Ambos se esfuerzan por observar exactamente las fórmulas de cortesía que se suelen usar entre dos hombres interiormente distanciados entre sí, empleadas muchas veces para dar curso a la conversación, diciendo, por ejemplo: "¿Me sería permitido hacer una observación?" "¡Oh, sí, por favor!"

Así comenzó Jesús, tranquilo en su interior y con cierta reserva, actitud que no abandonó en todo el curso de la conversación.

"Simón, quisiera decirte una cosa."

"Maestro, di."

Y Jesús cita un "caso". Los doctores de la Ley gustaban de ejemplos de esa índole, a los que se añadía al final una pregunta. La forma del caso era para llamar la atención, pues al principio no se veía qué pormenores serían de importancia para la pregunta final.

Jesús, pues, comienza a contar:

"Un acreedor tenía dos deudores: el uno le debía 500 denarios; el otro, 50. (Un denario es poco más o menos tres pesetas.) Pero como ninguno de los dos tenía con qué pagar, les perdonó la deuda. ¿Cuál de los dos le amará más?"

Entonces existían ya, como expondremos después, todas nuestras instituciones bancarias. Ninguno de los dos deudores "tenía con qué pagar", lo cual significa tal vez que no tenían ninguna cosa de algún valor. El acreedor tenía aún otra manera de hacerles pagar: hubiera podido asalariarlos y hacerles trabajar para sí como esclavos. Pero les perdonó la deuda.

Jesús termina con la pregunta: "¿Quién de los dos le amará más?"

La historia estaba contada en estilo claro; no había frase alguna ambigua. Y la pregunta aún era más sencilla. Pero Simón

veía que Jesús no se la proponía en vano. Con cierta mezcla de reserva y seguridad personal manifiesta cómo entiende él la cosa. "Pienso que aquel (le amaré más) a quien él perdonó mayor cantidad."

"Has respondido bien."

Y Jesús comienza entonces, siempre con cierta reserva, a demostrar a Simón que Él es profeta, pues sabe lo que la mujer piensa, mientras sigue postrada a sus pies, esos pies que Cristo tuvo que poner cubiertos de polvo sobre los tapices. Y sabe también lo que Simón ha pensado en silencio de esta mujer y de Él mismo.

Jesús levanta su mirada de suerte que pueda ver y señalar a la mujer, y prosigue vuelto a Simón:

"¿Ves esta mujer? He entrado en tu casa y no me has dado agua para mis pies; ésta, en cambio, ha regado mis pies con sus lágrimas y los ha secado con sus propios cabellos. Tú no me has dado el beso; ésta, en cambio, desde que entró, no ha dejado de besar mis pies. Tú no has ungido mi cabeza con óleo; pero ésta ha ungido hasta mis pies con bálsamo oloroso. Quería, pues, decirte que perdonados le son sus pecados, sus muchos pecados, porque amó mucho. Pero aquel a quien menos se perdona, ama menos."

Jesús dirigía sus palabras ya desde el principio a la mujer que estaba a sus pies, y quería hacer su apología. Ella había pecado mucho; pero también tenía grande amor a Cristo y grande arrepentimiento de sus pecados. Jesús no propone con eso el pecado como condición previa para la santidad. Con ocasión del jubileo agustiniano, el año 1931 aparecieron libros, por lo demás no poco meritorios, que sostenían este principio. Jesús, en realidad, establece la comparación entre un gran pecador que se convierte y se entrega con toda su alma al servicio de Dios, y un hombrecillo de miras pequeñas, que no se convierte, porque, pagado de sí mismo, cree que la pequeñez de su corazón es la perfección de la piedad. Agustín, a quien conmovió esta escena hasta hacerle derramar lágrimas, era el hombre apropiado para penetrar atinadamente su íntimo sentido.

Jesús no ha hablado todavía con la pecadora ni una palabra, la cual, entretanto, debió de sufrir lo indecible. Había venido con "fe"; por consiguiente, con el fin de obtener del Señor el perdón de sus pecados, y Jesús le dice la palabra ansiada:

"Tus pecados te son perdonados."

La admiración creció de punto. Había allí presentes fariseos, a quienes Simón había invitado tal vez para formar con tales invitaciones una muralla protectora en torno suyo, como también hoy ocurre en recepciones oficiales que personalmente no agradan. Esos invitados, sin duda habían permanecido hasta entonces sentados y meditabundos. Ahora se avivaron un poco. ¿Cómo? ¿Este Jesús había perdonado pecados? ¡Qué intromisión en los derechos divinos! “¿Qué le sucede, que hasta declara perdonados los pecados?”

Jesús no quería justificarse en aquella sociedad, en la que Él era un simple invitado, pues eso hubiera llevado seguramente a una contienda pública. Todo lo que hizo fué en defensa de la pecadora arrepentida. A ella se dirigió de nuevo y le dijo:

“Tu fe te ha salvado. Vete en paz.” “Má essalamé.”

Con eso daba, naturalmente, también la respuesta a los enemigos. Otra vez se había arrogado, según ellos, el poder de perdonar pecados, y a los pecados se refería Él con las deudas de que había hablado en su parábola.

Correrías apostólicas. Trasformaciones de los Apóstoles

Y aconteció después que Jesús caminaba por ciudades y aldeas, predicando y anunciando el Reino de Dios, y los doce con él. También le acompañaban algunas mujeres que él había sanado de espíritus malignos y de enfermedades: María, llamada Magdalena, de la cual había echado siete demonios, y Juana, mujer de Chusa, procurador de Herodes, y Susana, y otras muchas que le asistían con sus bienes. (Luc., VIII. 1-3.)

Se dice explícitamente de Jesús que emprendió jornadas largas en Galilea y que entró en ciudades y aldeas, según se iban presentando por el camino, en calidad de predicador y Maestro. Los doce Apóstoles le acompañaban y también algunas mujeres que le estaban muy obligadas y eran las encargadas de los gastos de aquella escuela ambulante.

La vida a que aquí se hace alusión es la vida de caravana, como la que llevan durante los viajes los naturales de la región. Cuando hay inseguridad, júntanse en grupos. Una caravana de esas forma como una familia en cuanto a la parte económica, y si el viaje es

bastante largo surge espontáneamente cierta organización; los trabajos que se presentan, las compras necesarias y las informaciones del camino las realizan los nombrados para el efecto. Lo demás, sobre todo la cocina y el remiendo de vestidos, corre a cuenta de las mujeres que viajan en la comitiva.

Así pasó Jesús en las diversas estaciones del año por las cimas de los montes y a través de las extensas mesetas de Galilea.

En primavera están las laderas que rodean las hondonadas de los campos recubiertas de magníficas flores: narcisos, anemonas, espadañas y tulipanes, y el cielo difunde de lo alto su brillo de radiante azul.

En verano todo se marchita; los sembrados maduran primero junto al lago; después, en las laderas, y finalmente en las alturas. Se pasa a través de campos en que se oye la canción del segador, y los gavilladores y espigadoras inclinan sus rostros, hechos ascuas por la canícula, a la espiga que brilla radiante sobre el suelo quemado y duro. Se encuentran borricos con haces de trigo al lomo que se balancean y camellos que avanzan perezosamente. El saludo ordinario es éste: "La paz sea con vosotros"; y se contesta: "Y también con vosotros sea la paz."

Después, la vida se traslada al emplazamiento de las eras, donde brillan las altas hacinas de las espigas segadas. Se uncen a los trillos los asnos y los camellos; el joven va encima espoleándolos, pasa con el rodillo sobre la parva extendida y los granos se desprenden al roce del trillo. Nuevas capas de espigas vienen sobre la mies ya triturada.

La canícula lo paraliza todo. Durante el día se descansa a la sombra de los olivos; toda la naturaleza centellea hecha ascuas fuera del techo de ramas. El apetito no es grande; con un poco de pan hay bastante. Pero una cosa no puede faltar en las cercanías del lugar de reposo: una fuente o un pozo de garrucha y cuerda. Si no se tiene un pozal de cuero —los discípulos no lo tenían en el pozo de Jacob—, se pide prestado a algún habitante del lugar. Unos sacan el agua, otros van a hacer las compras necesarias.

Pero el caminar fatiga. El camino o está cubierto de un polvo gris o blanco como harina, que hay que vadear, o se asemeja a un cauce de arroyo lleno de guijarros, con protuberancias de roca viva en medio del camino. Se siente uno aliviado cuando después de mediodía se levanta el viento del Oeste, a cuyo soplo cimbrea en

blando balanceo los cipreses; y los olivos, en su centelleo gris, empiezan a agitarse. Los pámpanos y el follaje de las viñas semejan lenguas de llamas verdes sobre el reseco suelo. El susurro del viento suple al susurro de los arroyos.

Entonces se habla más y con más vivacidad. El cielo del Oeste se pone de color amarillo áureo; el del Este, de azul púrpura. El sol tramonta. Si brillan como un ensueño dorado en las cercanías los muros de las casas de una ciudad o el edificio de alguna granja, se apresura el paso para llegar; de lo contrario, se descansa en el sitio en que se está; se pone una piedra debajo de la cabeza del patriarca de la caravana y se duerme bajo un cielo que brilla aún largo tiempo con un azul intenso.

A lo lejos se oyen rebuznos de asnos; después empiezan a agitarse los perros: primero ladran uno a uno, después se juntan y vagan en jaurías por los alrededores. Las cigarras cantan en las ramas de los árboles.

Así iba pasando la vida de aquellos hombres, que estaban acostumbrados a pescar día tras día.

Estos viajes llegaron a obrar en ellos como un cambio de vida.

Libres de los lazos de la vida rutinaria, cruzaban su patria, en compañía de Jesús, como en una segunda juventud, sin preocupaciones. ¡Sí, su patria! Es curioso que los relatos de Galilea sean relativamente ricos en referencias topográficas, siendo pobres los de Judea.

Las conversaciones de temas religiosos en las jornadas cuadran mejor con la índole de los orientales que con la de los europeos. El rabino Simón supone estas costumbres al formular el dicho siguiente: "El que caminando va repitiendo la Ley y se interrumpe con exclamaciones: ¡Magnífico árbol! ¡Hermoso campo!, según las Escrituras, pierde el derecho a la vida." Cuán diferentes son las palabras de Jesús: "¡Contemplad los pájaros del cielo, contemplad los lirios del campo!"

En el corazón de los discípulos iba subiendo de punto el amor al Maestro. Suspensos esperaban después de un discurso otro, y después de un milagro otro y, sobre todo, aguardaban a lo que vendría después de todo.

Habían iniciado una nueva vida, que no se medía ya por los tiempos de pesca y por las horas de descanso, por los días de lluvia y los períodos de sequía, sino por las palabras que Él les

hablaba y por los milagros que Él obraba. ¡Qué alegría para estos hombres sencillos ver ante el pueblo a Jesús como orador elocuente y taumaturgo, y después, al atardecer, sentarse todos juntos con Él, como un padre o hermano, en el recinto de las cuatro paredes de una casa! Nunca habían estado tan libres, pero tampoco nunca tan atados. Estaban encadenados al Maestro, sin saber adónde iba con todo eso.

Después vienen los días en que por la mañana yace la tierra bajo la niebla, y cuando el sol la ahuyenta brillan en los rastros ressecos y en los cardos desflorados grandes perlas de rocío.

La cosecha está ya recogida. Con cierta solemnidad se mide en la era el trigo; la gente mira en silencio al medidor que entiende en su oficio. Hunde su medida de madera en los montones de trigo, la sacude para que se apriete el grano y vuelve a rellenarla. Entonces está la medida no sólo llena, sino que está como coronada con el dorado grano. Eso es la medida agitada, llena y rebosante. Algunos trabajadores sostenían su vestido en forma de saco para que vaciaran “en su seno”, como recompensa, una medida de esas que describe Jesús en su parábola.

Y el Maestro se iba transfigurando a sus ojos, como se transformaba la contemplación de la patria en sus viajes. Nuevos milagros y nuevos discursos brillaban a sus ojos y proyectaban una luz especial sobre los milagros pasados. Él se iba transfigurando de día en día, y ellos le iban conociendo cada vez mejor. Pero era aún como cuando la niebla cede a la luz del sol. Se percibe la diferencia entre las nubes y el astro; pero la luz se hace al mismo tiempo cada vez más ofusadora, de suerte que, aunque se ve más que antes, parece que se percibe menos.

Ya no faltaba mucho para la madurez, cuando puedan tributarle el testimonio: “Tú eres el Hijo del Dios vivo.” Los acontecimientos empezaban en cierto modo a precipitarse.

El clima palestino y su influjo sobre la vida pública de Cristo

Cuando se recorren con la mente las escenas que conservamos de la vida de Jesús se nota en ellas cierto ritmo, sobre todo en los relatos de su permanencia en Galilea. Entre una serie de mani-

festaciones que son más bien encuentros de Jesús con personas particulares se entremezclan grandiosas escenas colectivas.

Estas aglomeraciones de masas populares marcan el punto culminante de la actuación de Jesús en su propia patria y son la del sermón de la montaña, la del gran discurso de las parábolas y la gran reunión del pueblo a la que Jesús hizo seguir el milagro de la multiplicación de los panes.

Es buen argumento para conservar la división tradicional de los hechos, aunque poco atendido, que esas tres grandes reuniones de pueblo caen en estaciones del año a propósito para tales asambleas, que recuerdan algo el ritmo de las peregrinaciones a Jerusalén; porque aun para éstas debieron de tenerse en cuenta, desde el principio, las diversas estaciones del año. La misma salida de Egipto la puso Dios, según la tradición judía, en aquella estación del año en que las condiciones de temperatura eran lo más propicias posible. Las fiestas de las peregrinaciones a Jerusalén caen, o en el tiempo de reposo entre la siembra y la siega (Pascua), o en el tiempo que sigue a la recolección (Pentecostés), o inmediatamente después del verano propiamente tal (fiesta de los Tabernáculos). Ninguna de esas fiestas cae en invierno, por razón de la inseguridad del tiempo.

Los israelitas sabían bien que las grandes fiestas de peregrinaciones caían en épocas en que, por una parte, los trabajos del campo no sufrían con ellas y, por otra, los peregrinos no sufrían por las inclemencias del tiempo. Un rabino hace hablar a Dios así: "Con la fiesta de la Pascua os encerraré los vientos y las lluvias para que os podáis ocupar de las faenas del campo. En cambio, con la fiesta de los Tabernáculos os encerráis vosotros para mí (permanecéis después de esta fiesta hasta la primavera lejos del templo, como si lo hubiérais cerrado), y en ese tiempo abro yo las cámaras de mis tesoros en que están los vientos y las lluvias." Esa división de las fiestas en tiempos oportunos está expresada con acierto en una parábola: Dos comerciantes van a una ciudad para abrir allí un negocio. Ven que se hacen competencia y convienen en tener abierto el bazar uno cada semana. Así también, entre Dios e Israel, está dividido el año en tiempos para las fiestas y semanas para el trabajo; de suerte que el culto divino y el trabajo del campo no se impidan mutuamente.

En la vida de Cristo existe también esa misma división. La re-

unión para el sermón de la montaña cae en el tiempo de descanso entre la labranza y la siega; el gran discurso desde la barca cae, según la tradición común, en el tiempo de descanso después de la cosecha, en el otoño del mismo año; la última y decisiva reunión junto al lago la fija el mismo Evangelio en el tiempo de los días de Pascua; por consiguiente, en primavera.

Pero estas tres reuniones guardan además entre sí estrecha relación internamente y representan como los tres grandes jalones de la actividad pública de Cristo en Galilea. El sermón de la montaña es la invitación solemne al nuevo Reino; la reunión intermedia muestra al pueblo en suspensión; la tercera trae consigo el desenlace decisivo después de una pasajera efervescencia de entusiasmo.

También el modo de enseñar de Cristo manifiesta los cambios que se iban obrando. En el sermón de la montaña expone Jesús, en un lenguaje ideológicamente muy elaborado, los fundamentos del nuevo reino; ha de cumplirse lo que se había iniciado o prometido en el Antiguo Testamento; las parábolas y los cuadros didácticos sirven para dar vida al discurso.

En el segundo discurso presupone Jesús el sermón de la montaña y contiene estos pensamientos: "El ingreso en el nuevo reino exige del hombre que se desprenda de lo terreno, que es algo que se ha de realizar sin ruido de palabras." Jesús se dirige, pues, en esta ocasión contra las falsas esperanzas mesiánicas.

En el tercer gran discurso se revela por vez primera lo más íntimo del plan divino de la Redención; Jesús se presenta como alimento para la vida de las almas. Ahora o hay que inclinarse a Él en espíritu de fe o hay que abandonarle.

Las escenas particulares que tienen lugar entre estas reuniones populares caen en las temporadas en que los hombres no trabajan por el excesivo calor o por el excesivo frío. Sobre todo, las excursiones a las regiones de los gentiles se realizan en tiempos de descanso, durante los grandes calores. Los dos meses de invierno, enero y febrero, se llaman en Palestina aun hoy día "meses del silencio", y se observa en ellos la norma siguiente: "En los dos (meses) de silencio quédate en casa y abrígate bien."

Las clases humildes en tiempo de Cristo: esclavos, criados, empleados, jornaleros

Para comprender los Evangelios es conveniente formarse una idea exacta de esas clases inferiores del pueblo de Israel y de los países del Mediterráneo que pertenecen de algún modo a lo que llamamos "clase obrera".

Digamos algo, en primer lugar, de la esclavitud. No sabemos cómo se ha abierto camino la opinión, muy común, de que en Oriente pululan los esclavos. Cuando se tiene ese prejuicio es cosa fácil suponer que se trata de esclavos siempre que se habla en la Biblia de criados o siervos.

Eso es cierto, de algún modo, tratándose de Roma, Atenas y otras grandes ciudades antiguas. En Oriente, y especialmente en Israel, las relaciones entre el señor y los esclavos están determinadas, en general, no sólo por prescripciones jurídicas, sino aun por las costumbres patriarcales. Aunque si se quiere formular en breves palabras lo que los documentos nos refieren, no es muy halagüeño lo que de este estado se nos dice.

La forma misma como se habla de los esclavos muestra toda la aspereza que el antiguo paganismo tenía con ellos. Todos los casos que ocurren en nuestros días en la cría de los animales aparecen en los documentos, como hechos que acompañaban la esclavitud. Si se arrojaba en el montón de escombros de una ciudad un niño que pareciera a los padres superfluo, pronto se presentaba gente a bucear; examinaban al niño, y si les parecía que prometía algo, le tomaban e iban a una nodriza para que le criara y educara por cierta cantidad. Se conserva un contrato de esos del año 50 de J. C. Tesenufis, de cincuenta años de edad, da para criar a la nodriza Tasuquis un "esclavillo", una niña llamada Termutarion. Tasuquis, representada por su esposo Apynquis, se obliga a dar alimento, vestido y todo lo que sea necesario. Una empresa así podía fracasar, y por eso a veces se tomaba a la nodriza su propio hijo como indemnización.

En la venta de esclavas se estipulaba, mediante contrato, que pertenecían al nuevo señor con toda la descendencia eventual. Dos esclavos sirven en una ocasión de base como hipoteca junto con

fondos y terrenos; como podían alimentar dos dueños en común un camello, así podían poseer en común esclavos. Los dos esclavos mencionados, por ejemplo, no pertenecían del todo al que hacía la hipoteca.

Así como se vendían los esclavos como animales, así se hablaba también de ellos como si lo fueran realmente. En el citado documento de deuda con hipoteca se habla de *dulicá sómata*, de dos "piezas de esclavos". En el contrato para la cría de jóvenes esclavos se halla ordinariamente la expresión *somation dulikón*, "cuerpecillo de esclavo".

Pero bajo muchos conceptos las ideas vulgares sobre la esclavitud no responden del todo a los hechos. En especial había una clase inferior de pueblo que por sus condiciones de vida no tenía esclavos porque no podía sostenerlos.

En el año 71-72 el maestro regional de tráfico Heráclides de Arsinoe, en un documento oficial que comprende 385 obligados a los tributos, pone como posesiones de los particulares sólo 44 esclavos. Por consiguiente, a cada nueve que pagaban tributo correspondía un esclavo. Pero, en realidad, sólo 30, en números redondos, de 385 tienen esclavos. Los más tienen uno solo, seis tienen dos, uno tres, uno cuatro y una vez se hallan en una casa siete esclavos juntos. Tal vez algunos esclavos tenían dos señores.

Es de notar que de esos dueños de esclavos aparecen más veces como poseedores de esclavos las mujeres que los hombres, pues las mujeres, naturalmente, tenían más necesidad que los hombres de sostener un esclavo para los trabajos difíciles.

En casos como el aducido, comprobado documentalmente, es fácil deducir que, por razones económicas, las clases más pobres, pequeños agricultores, arrendatarios y artesanos, eran los que no tenían esclavos. Pero es también cierto que a veces no podían sobrellevar todo el trabajo y que debían tomar quien les ayudara para todo el año o para determinadas temporadas.

Con eso hemos dicho ya algo de las condiciones sociales de Palestina en tiempo de Cristo. Los relatos evangélicos presuponen un estado de cosas semejante al que nos describen los documentos egipcios.

En las traducciones se atiende ordinariamente poco a que la palabra *dulos* puede significar siervo en el sentido de un empleado estable, o siervo en el sentido de esclavo. Ni siquiera se distingue

siempre entre las palabras *hyperetes* y *dulos*. *Hyperetes* se emplea en la Biblia sólo en el sentido de empleado estable. El sacristán en la sinagoga es un *hyperetes*; los “hombres de servicio” del sumo sacerdote son *hyperetes*. Que *hyperetes* y *dulos* no significan lo mismo se puede ver por San Juan, XVIII, 18, donde se dice que los *duloi* y los *hyperetai* se calentaban al fuego.

Los *duloi* pueden ser tanto esclavos como criados libres o empleados. Trátase de un esclavo cuando el jefe romano nos habla de su *dulos* y de su *pais*. Pero cuando se habla de los *duloi* del labrador de la parábola de la cizaña puede referirse muy bien a hombres libres o bien a los “siervos de labranza”, de los que hablaremos después. No siempre se puede resolver en cada caso particular si se ha de traducir “esclavo” o “criado”. Pero habrá que tener presente que los dos sentidos son posibles.

En Palestina se pueden presuponer en el pueblo condiciones de vida semejantes a las de Egipto, cuales nos las transmiten los documentos de los papiros. Pero en Palestina la religión influía más en determinar las condiciones de la compra y de la retención de esclavos.

Eso valía, sobre todo, tratándose de esclavos “hebreos”, es decir, israelitas. Porque había una diferencia esencial entre un esclavo “hebreo” o un “cananeo”, es decir, no israelita. Un israelita podía caer en la esclavitud aun en tiempo de Cristo, si él mismo se sometía a algún señor como esclavo o si era comprado como tal por un acreedor a quien no podía pagar, o por la justicia si no podía dar nada como indemnización por algún robo.

Así supone Cristo en la parábola de los dos deudores que se pueda vender al acreedor el deudor con toda su familia. En este caso el esclavo hebreo era muy favorecido por la Ley; la compra misma había de efectuarse en secreto, pues el esclavo no se podía “exponer en la piedra de esclavos” en el mercado público. Tampoco estaba permitido ocuparle en trabajos propiamente de esclavos, mandarle, por ejemplo, llevar al señor las sandalias o servirle durante el baño. Un siervo alquilado era preferido en muchos aspectos al esclavo hebreo, pues éste además había de ser puesto en libertad a los seis años. No sin razón decía un refrán judío: “El que compra un esclavo hebreo, compra un señor.”

A los esclavos no israelitas, en cambio, se les despojaba simplemente de todo derecho. Se procedía con ellos como en Egipto, aun-

que ya advierte Herodoto que en los países orientales los trataban más humanamente que en Grecia. El precio de un esclavo ascendía de 30 a 40 monedas de plata (1 moneda de plata = 6 pesetas). Las 30 monedas que había que pagar cuando se mataba a un esclavo que pertenecía a otro, representaban la tarifa de indemnización. Esa prescripción muestra también que a los esclavos se les valoraba como a los animales. Con demasiada frecuencia eran tratados también como bestias.

Cuando Cristo cuenta en la parábola del mayordomo que en ausencia de su señor comenzó a maltratar a los esclavos y esclavas, lo toma de la vida real. En la tradición judía se habla, por ejemplo, de un señor que arroja a la cara de su esclavo una copa de vino; y de una matrona que al entrar en un palacio se horroriza al ver los azotes y látigos preparados para los esclavos. En Egipto servían los esclavos, como hemos visto, de base para hipotecas, equiparados a bienes inmuebles; en cambio, en Israel se declara como jurídicamente inválido ese proceder, tratándose de esclavos hebreos.

Además de los esclavos y criados, se habla también en los Evangelios de jornaleros, tal, por ejemplo, en la ya citada parábola de los trabajadores de la viña. El Zebedeo tenía también en su casa jornaleros.

Hoy día, en Palestina, todo labrador que puede permitirse ese gasto alquila al principio del año económico sus “criados de labranza”. El contrato que hace con ellos es bastante semejante a los que aparecen ya en el antiguo Egipto. Ante todo, un criado recibe de su amo la comida y el vestido, a lo que se añade cierta cantidad de grano o una determinada suma de dinero, o las dos cosas. Por usanza y costumbre están obligados estos criados, no sólo a trabajar en el campo, sino a emplearse en la preparación de la comida y en servirla, si el dueño se lo manda.

De la parábola de los siervos inútiles (Luc., XVII, 7-10) se deduce clarísimamente que Cristo se pudo referir en sus parábolas a estos criados y no a esclavos propiamente tales. Pues parece que la palabra “harrat”, que aún está en uso en Palestina, y que significa “siervo que ara”, está traducida literalmente al griego con la expresión *dulos arotrion*. Paralelamente se habla del *dulos poi-mainon*, “criado que pastorea”. Según las palabras de Cristo, vuelve el señor a casa y manda al “siervo labrador”: “Tráeme algo de

comer, clñete y sírveme.” Preparar las comidas, y, sobre todo, amasar el pan, no se cuenta como trabajo propiamente servil; está declarado explícitamente que a un esclavo hebreo, a quien había que considerar en todo como un jornalero, se le podía obligar a amasar el pan.

Pudiendo la palabra “duloi” significar también criados libres, quedan resueltas las dificultades contra la parábola suscitadas por los que dicen que Jesús, con esa parábola, excluye toda recompensa por las buenas obras. Porque en ese caso existe una relación jurídica entre señor y siervo. El siervo está obligado a determinados trabajos, y el señor le da la paga convenida. En boca de esos criados caen muy bien las palabras: “siervos inútiles somos” (siervos de los cuales el señor no reporta ningún lucro en el propio sentido de la palabra). Nosotros no hicimos más que lo que debíamos (conforme al contrato, por el cual quedó estipulado de parte del señor el salario y de parte nuestra el trabajo). La palabra griega “ofeilein”, que se emplea aquí por “deber”, cae mejor en la boca de un siervo libre que en la de un esclavo. Este “deber” es la consecuencia de un convenio entre personas jurídicas. Los esclavos, en cambio, eran tenidos como “bienes” del dueño. “Son como fincas de “campos” —decían los escribas.

El sentido, pues, de la parábola cambia en cierto modo, según se consideren esos siervos como esclavos o como criados.

Estado de ánimo del pueblo en el tiempo de las parábolas

Aquel día salió Jesús de la casa y se sentó a la orilla del lago. Y reunióse en su derredor tan gran muchedumbre de gente, que hubo de subir a una barca y tomar en ella asiento. Mientras tanto, todo el pueblo permaneció en pie en la ribera. Y les dijo muchas cosas por parábolas. (Mat., XIII, 1-3.)

El pueblo galileo advirtió en seguida, desde la primera presentación de Jesús, que el Profeta de Nazaret no se desdeñaba de hablar con campesinos, pescadores, publicanos y pecadores. El entusiasmo por Cristo cundió entre aquella gente, hecha a ver explotar sin conciencia el poder y la dignidad. Pero poco a poco fueron

viendo claro, hasta cierto punto, por las palabras y obras de Cristo, cuál era la última razón de esa llaneza. Es que Cristo vela en el hombre como tal algo de gran valor, de tanto que para Él lo mismo era el mendigo que, por mover a compasión a la gente, ostentaba un muñón por entre un andrajo de camisa, y el rico que se paseaba con policromo manto, para hacer ostentación de riqueza.

También otros habían enseñado que todos los hombres son iguales; pero habían afirmado también que el hombre no vale nada. Jesús, en cambio, enseñaba que, en último término, todos son igualmente apreciables, porque todos pueden ser semejantes al Padre celestial, entrando así en sociedad con el ser supremo e infinito. Haciéndose semejante al Padre, el hombre entra en el Reino celestial y está unido con Dios más estrechamente de lo que un hombre puede unirse con otro.

El hombre era, según su doctrina, algo superior a lo que se hubieran atrevido a creer antes los sabios. Algo superior, naturalmente, no en cuanto señor de este mundo, tal como se habían visto los judíos en sus ensueños del Reino mesiánico, sino como herederos de aquel cielo que habían olvidado.

Jesús quería hacerles pensar y juzgar como Él. El hombre debía apreciar y amar al prójimo como Dios le apreciaba y amaba. Todos debían ser como los compañeros de viaje en una caravana del desierto; en la caravana cualquier peligro que amenaza a uno se afronta como si fuera peligro de todos, y cuando llegan las tormentas de arena, todos deben estar dispuestos a sacrificar lo propio para salvar en común la vida. Así debían atender los hombres a la vida del alma propia y a la de los demás.

Pero eso parecía a muchos una redención comprada a precio demasiado alto. El Mesías de sus sueños era un héroe que no daba tanto valor a los hombres; les procuraba de comer y de beber y después les dejaba que vivieran por su cuenta. Jesús comenzó a hablar de nuevo en parábolas de aquel Reino, que había anunciado tan solemnemente en el sermón de la montaña. Ellos no lo veían todavía, y preguntaban continuamente: "¿Cuándo viene el Reino de Dios?"

Jesús estaba otra vez junto al lago, en el corazón de Galilea. Como arterias, descendían de todo el país a la ribera anchos caminos y senderos. Este país montañoso, con sus laderas y hondonadas y las riberas de su lago era el granero de Israel. Aun hoy ful-

guran sobre el fondo del esplendor azul de cimas lejanas los montones blancoamarillentos del grano, ya trillado, que abundan aquí más que en ninguna otra parte.

La serie de parábolas en que habla Cristo del Reino de los Cielos es una cadena de cuadros sugestivos, en los que se evoca de un modo especial la vida de Galilea, y así son genuinamente “parábolas galileas”. Ni una sola vez propone Cristo cuadros como éstos en la rocosa Judea, con sus laderas cubiertas de verdes viñedos y sus olivares de fulgor ceniciento. Expuso la suerte de su Reino en este mundo pintando la suerte que corre el grano de simiente desde la siembra hasta la siega.

Dos advertencias harán aparecer más vivamente unidas con la personalidad de Jesús estas parábolas. Jesús huye de las escenas catastróficas. No describe una sequía que haga al país semejante a un ardiente desierto; no habla del avance de las nubes de langostas (que tanto teme de nuevo la gente del país desde 1915), ni trata de las devastaciones de los ratones, que destruyen en pocos días la cosecha.

La otra advertencia, también importante, es que Jesús creció en Galilea y que Nazaret era una ciudad de carácter agrícola. Aun hoy se halla una era debajo del lugar de la antigua Nazaret, donde Jesús vivió como hijo de José. En esa era conducen los jóvenes el trillo sobre el espléndido montón de paja y grano. Otros miran cómo se van desgranando las espigas y cogen un puñado del montón para probar. Estas parábolas de la vida de los agricultores galileos son como un recuerdo del tiempo en que Jesús mismo vivía entre ellos como uno de tantos.

Las parábolas del reino de Dios

La parábola del sembrador

Una vez salió un sembrador a sembrar, y cuando sembraba, algunas semillas cayeron junto al camino y vinieron las aves del cielo y las comieron. Otras cayeron en sitios pedregosos, en donde no tenían mucha tierra, y nacieron luego los tallos porque no tenían tierra profunda; pero, en saliendo el sol, se quemaron y se secaron, porque no tenían raíz. Otras cayeron sobre las espinas, y crecieron las espinas y las ahogaron. Y otras cayeron en tierra buena, y rendían fruto, una a ciento, otra a sesenta y otra a treinta por uno. El que tenga oídos para oír, oiga. (Mat., XII, 4-9; Marc., IV, 1-9; Luc., VIII, 4-8.)

El cuadro es éste: El brillo ardiente de los rayos del sol y el calor enervante han aflojado ya. Nubes grises, densas, hacia tiempo deseadas, se han extendido desde el Oeste sobre el país y han bañado la tierra con aguaceros más o menos torrenciales. El sol está más bajo —es noviembre o diciembre—; el cielo azul se arquea sobre las cimas de las montañas; las sombras se agrandan en las cavidades rocosas, y por el blando ambiente están como saturadas de rocío, apareciendo escuetamente delineado durante el día el límite de luz y sombras, impregnadas éstas de un suave fulgor azul, que fácilmente se torna purpúreo. Los colores parecen más fuertes y húmedos en las blancas nervaduras de las rocas, en las hondonadas por la primera hierba silvestre, y en los campos aún por arar por las malas hierbas crecidas. Las primeras flores primaverales aparecen ya: el azafrán y los narcisos; la cebolla albarrana está ya casi desflorada.

Es el tiempo en que sale el gañán al campo, llevando los bueyes delante de sí y el arado sobre el lomo de un borrico o sobre su hombro. El suelo está reblandecido con la lluvia; el humus de la tierra, que en verano se había resquebrajado, ha vuelto a quedar compacto. Donde aún se conserva un poco de tierra en las hondonadas, entre los guijarros y la piedra firme, mete el agricultor la aguda reja del arado, que más que ararla lo que hace es rozarla simplemente. Hay también sitios en que la tierra está tan mezclada con piedras, que el arado cruje y rechina; hay sitios en que han crecido después de la siega verdaderas cosechas de cardos. En muchas partes del campo, que se asemeja con frecuencia a una

piel extendida con cien jirones, viene la roca inmediatamente debajo de una capa delgada de tierra. Un campo así, recién arado, tiene algo de magnífico al sol brillante de Palestina. Brilla con denso color pardo rojizo, bajo un cielo azul puro. Como todos los campesinos genuinos, así el de Palestina acompaña la siembra con una oración, en la cual dice, entre otras cosas: "Señor, nuestro es lo rojo (es decir, el arar del campo, que después brilla "rojo"); lo tuyo es lo verde" (Tú das el crecimiento). "¡Oh, Señor: Tú nos alimentas, y alimentas por nuestro medio a otros! ¡Oh, Señor: Yo soy el agricultor. Tú el dador."

Comienza, pues, la siembra. Algo de simiente cae en un sendero, que pasa junto al campo o lo cruza, donde la tierra nunca está blanda. Alrededor están acechando nubes de gorriones. Apenas han caído los granos en el sendero, donde quedan más visibles, ya están allí los pájaros picoteando. Llegan a robar el grano al campesino hasta del saco, si no lo ha cerrado bien; luego cruzan el campo, cogiendo la simiente mientras cae.

Parte de la semilla cae sobre suelo pedregoso, que cruje al ser pisado por el pie del sembrador, cuando da el paso, de un voleo a otro. ¿Qué será de esa semilla?

La descripción de Jesús es de una fidelidad tal, que ni el hombre moderno puede seguirla si no la ha observado bien. Lo raro en este punto es que en Palestina los brotes en los sitios pedregosos, con fondo rocoso, llevan ventaja al sembrado en tierra profunda, en un determinado período del crecimiento. Aun hoy se puede observar lo mismo; la simiente en tales sembrados de sitios pedregosos germina antes, pues el fondo de roca impide que las aguas se filtren a mayor profundidad, con lo cual la tierra queda en esos puntos más humedecida, y, por otra parte, el fondo de roca se calienta muy pronto a los rayos oblicuos del sol.

El campesino siembra aun donde la tierra está entrecruzada con raíces de toda suerte de malas hierbas. El terreno no es aquí malo; pero por eso precisamente es propicio para los cardos, de cuyo enorme desarrollo en esas tierras no tenemos nosotros ni idea. Un campo arado por diciembre, después de las primeras lluvias, en algunas partes de junto al lago de Genesaret, hay que ararlo de nuevo por enero, y en marzo pueden ya tener los cardos un metro de altura, de suerte que hay que empezar por segarlos antes de pensar en preparar el campo para la siembra del verano. Allí el grano puede

ser con toda verdad “ahogado” por los cardos, tomando la palabra en su sentido propio de violencia. No en vano se dice en una canción: “¡Oh, si no hubiera cardos!, ¡si no germinaran, ni se dejaran ver!” De un campo como éstos, cubierto de cardos, puede muy bien un segador expresar este deseo, como se hace en otro canto: “¡Oh parcela de sembrado, ojalá fueras yermo!” El campesino siembra con especial cuidado en el terreno bueno y profundo.

En la tierra gruesa la semilla no germina tan pronto como en los pedregales, pues las plantas trabajan más bien hacia abajo, hasta formarse una red de raíces cuyas fibras penetran más hondo.

Los delicados brotes, que germinan en esa tierra, de un intenso color pardo rojizo, iluminados por el resplandeciente sol, que los colora con un fulgor de oro verdoso, son de una belleza indescriptible en este mundo palestino de color gris pedregoso. No es, pues, extraño que esos brotes lleven en el lenguaje de los campesinos un nombre que tiene también su significado en el reino de Dios, y que se llaman “los mensajeros, la embajada” —“Evangelio”— (*mbeschschir* = buena nueva).

Cuando hay mucho sol y terreno fecundo, brota no sólo un tallo simple, sino varios juntos, pues hay matas que producen de diez a veinte tallos en sitios propicios. La multiplicación de los tallos está insinuada en la parábola cuando se dice que la simiente germina y “se multiplica”.

Cuando Jesús habla de granos que producen ciento por uno, tiene ante los ojos el máximo rendimiento de una cosecha excepcional. Los campos del Haurán, la región más fecunda en grano, dan un promedio de cincuenta y hasta sesenta por uno; los de junto al lago dan de treinta a cuarenta; los de las montañas dan cincuenta. Está dentro de la esfera de la realidad que algunos campos o parcelas de campo den cien por uno, aunque sea una excepción, como también lo es lo que Cristo quiere significar.

Explicación que da Jesús de la parábola del sembrador

Jesús, propuesta la parábola del sembrador, y antes de aclararla, expuso al pueblo otras. Antes eran las parábolas cuadros didácticos como partes de un discurso; ahora no tenían conexión especial, lo cual era en Él una novedad.

Los discípulos le preguntaron tan pronto como volvieron a casa por qué les hablaba por parábolas.

Y Jesús les dijo:

“A vosotros os es dado saber los misterios del reino de los cielos; mas a ellos no. A los que están fuera del reino se les expone todo en parábolas para que aun mirando miren y no vean, y aun escuchando escuchen y no oigan, y así no se conviertan ni logren perdón.”

Esas palabras pueden parecer extrañas a quien las lee por vez primera. En ellas se encierra, al fin de cuentas, el misterio de la predestinación, aunque es verdad que en la lengua semítica, a la que pertenecía la lengua materna de Jesús, esa formulación no tiene la rudeza que percibimos nosotros en esas frases. Todo discurso semítico consta siempre de frases fuertes puestas en relieve por agudas antítesis. Por lo demás, bien se puede considerar como una especie de misericordia de Dios el permitir que se cieguen los hombres de suerte que mirando no vean y escuchando no oigan, antes de que su responsabilidad crezca hasta el extremo.

Las parábolas no son en sí mismas misterios. Los discípulos, como el mismo Jesús lo dice, hubieran podido comprender la parábola del sembrador.

“¿Vosotros no entendéis esta parábola? Pues ¿cómo entenderéis las otras?”

“El hombre que siembra, siembra la palabra. Como un sembrado sobre el camino son los hombres a quienes, tan pronto como han oído la palabra de Dios, Satanás se la arrebató de sus corazones, donde había sido sembrada. Como sembrado en terreno pedregoso son los que, al oír la palabra de Dios, al principio la reciben con alegría; pero como no tienen raíces se dejan arrastrar por los acontecimientos del momento y son vencidos tan pronto como se echan encima las dificultades y el sufrimiento por causa de esa palabra. Otros son como sembrado entre cardos: oyen la palabra, pero después la solicitud por las cosas de este mundo, las seducciones de las riquezas y la codicia de las demás cosas se echan sobre ellos, ahogan la palabra y se hace infructuosa. Semilla en buen terreno son los que oyen la palabra y la reciben y dan fruto: el uno de treinta, el otro de sesenta y el otro de ciento por uno.”

No tenemos la pretensión de añadir una explicación a la dada por Jesús. Hagamos, sin embargo, una observación sobre un cierto punto. Es preciso no olvidar cuán importante es poseer una explicación de parábola tan detallada como la del sembrador, de la pro-

pia boca de Jesús. Esta explicación es un modelo al que hay que atenerse en la explicación de las otras parábolas. Jesús explica el sentido de la parábola en su conjunto, pero también explica, hasta cierto punto, los acontecimientos particulares descritos en la parábola. Por consecuencia, se puede establecer este principio para la explicación de las otras parábolas. Cuando éstas tienen varios conceptos separados, cada concepto de por sí puede tener una importancia especial. Cuando las parábolas describen un hecho formando una unidad, es preciso ante todo buscar la doctrina en el pensamiento principal.

Parábola de la semilla

El reino de los cielos es como la semilla que siembra un hombre en la tierra. El hombre duerme de noche y se levanta de día, y la semilla germina y crece sin que él lo advierta. (Marc., IV, 26-29.)

Esta parábola es una de las más cortas, suave y sin apariencias, como el hecho que propone. Pero al mismo tiempo, de todas las parábolas de Jesús, es la que más se acerca al sentimiento moderno de la naturaleza y la que más se aparta de las parábolas típicas del Antiguo Testamento.

El campesino ha sembrado la semilla en su heredad. Por la tarde vuelve a su casa, fatigado del trabajo del día. Sabe que se realiza en la semilla un desarrollo en que él no tiene influjo ninguno. Después no se preocupa de la semilla. Esa despreocupación no es propiamente abandono. Si fuese y removiera la tierra para observar, produciría un entorpecimiento o la aniquilación de la vida que despierta. El germen se transforma en planta, según leyes fijas y constantes. El agricultor no ha ideado nada de todo eso, y no puede activarlo en nada.

En Palestina es relativamente corto el tiempo entre la siembra y la siega; en diciembre o enero se siembra el trigo, y al final de abril se siega ya, junto al lago de Genesaret. El trigo crece allí con rapidez sorprendente. Jesús, conformándose al modo de expresarse de los labradores, nos habla de los diversos estados por que pasa el grano sembrado, tallo, espiga vacía, grano lleno en la espiga. En Palestina, en cuanto el grano está maduro, hay que segarlo en seguida; de lo contrario, se ponen las espigas tan resacas, que se enrollan las cabezas y entonces no se puede segar sino mientras

dura el rocío de la noche, a lo más hasta las nueve o las diez de la mañana. Si sopla el viento caliente del desierto, hay que suspender en absoluto la siega.

Interpretación: Para el hombre hay tiempos en que debe disponer el campo con sus propias manos y tiempos en que ha de dejarlo todo a la Naturaleza. Él debe sembrar, pero el tallo se yergue por sí mismo; por sí solas aparecen las espigas, por sí solas se llenan las brácteas con el grueso grano. Con menos palabras no se puede describir el milagro del crecimiento, que todos vemos y ninguno comprende. Lo mismo sucede con el nuevo reino.

El Hijo del Hombre dispone su campo, que es el mundo; luego sigue un tiempo en que la divina simiente obra por sí misma; el divino sembrador entretanto se retira. Más tarde vuelve para segar. Tal vez se piensa que entretanto Dios ha olvidado su semilla y que le ha abandonado a sí misma; pero la ha dejado sola porque es ley suya, pues no quiere violentar la vida de la simiente.

Parábola de la cizaña

Jesús les propuso otra parábola diciendo: "Semejante es el reino de los cielos a un hombre que sembró buena semilla en su campo. Mientras los hombres dormían, vino su enemigo, sembró cizaña en medio del trigo y se fué." (Mat., XIII, 24-30, 36-43.)

El labrador no ejerce influjo ninguno en el crecimiento de la semilla, pero puede alejar los obstáculos que pueden perjudicarla. Por eso su trabajo consiste, sobre todo, en arrancar la mala hierba que crece entre el grano bueno.

En inviernos lluviosos y templados prospera en Palestina no sólo el grano, sino también la cizaña. El arado rompe el suelo, sin revolverlo propiamente, y así quedan con vida entre los surcos toda clase de raíces; además, el suelo guarda del verano pasado múltiples semillas, que pueden germinar. Quien no combate la cizaña no puede esperar buena cosecha. Porque todas esas plantas se desarrollan más aprisa que el tallo de los cereales y se entrelazan con toda suerte de zarcillos. Por eso todos van a escardar, acordándose del refrán que dice: "El que ha escardado, ha hecho más que el que haya arado."

Pero hay una mala hierba, la cizaña, que no se distingue tan

fácilmente de los cereales; es una especie de trigo vano, que pertenece a la familia del trigo; crece al mismo tiempo que él y se le parece exteriormente, hasta que se forman las espigas.

Jesús habla de un amo que tiene criados; con ellos ha arado y sembrado el campo; pero después todo lo deja al cuidado de esos criados. Éstos vienen a descubrir un día que por todas partes ha crecido la cizaña entre el trigo.

Van al señor indignados y le dicen: "Señor, ¿no has sembrado buena simiente en tu campo? ¿Pues de dónde tiene cizaña?"

El espíritu de venganza, que duerme años enteros y se inflama después cuando se ofrece la ocasión, no es nada raro en Oriente. Aquellas gentes que, al parecer, olvidan pronto, a veces no pueden perdonar por nada del mundo. El dueño sabe mejor que sus criados que hay uno que le odia a muerte. Él es quien ha sembrado la cizaña por la noche, protegido por la obscuridad y cuando la gente dormía. También los documentos egipcios nos hablan de devastaciones nocturnas y de robos de sembrados. Así un campesino testifica que en la noche del 14 al 15 de febrero (por consiguiente, en tiempo en que el sembrado está ya maduro) le han devastado los campos. A otro le matan por la noche una vaca que pacía junto al dique de un canal. Un tercero notifica el daño de sus sembrados para asegurarse de antemano la rebaja de los tributos.

Los criados se indignan y quieren arrancar inmediatamente la cizaña con un celo impetuoso e inconsiderado, porque es imposible arrancar las raíces de la mala hierba sin arrancar también el trigo.

El dueño ordena a los criados que por entonces dejen crecer el trigo y la cizaña. Lo que quieren hacer ya ahora, en su impaciencia, será el primer trabajo que habrá que hacer al tiempo de la siega.

Por todos los indicios, se trata de un labrador rico, pues toma para la siega otros segadores. La orden que desearían recibir ya ahora estos criados la dará él después a los segadores, quienes al segar el trigo deberán recoger en gavillas aparte la cizaña para quemarla en la era con la paja y con los demás desperdicios. Sólo el grano, llevado por asnos y camellos, llega al granero del señor. También esta faena incumbe a los trabajadores ajustados para la siega.

Interpretación: Esta historia debió de ser para los orientales extraordinariamente sugestiva. ¡Con qué atención escuchan cuando se les cuentan actos de venganza realizados durante la noche! En boca de Jesús esta narración resultaba llena de misterio. En casa, entre

las paredes protectoras del hogar, rogaron los discípulos otra vez al Maestro: "Explicanos la parábola de la cizaña y el trigo." Y Jesús comenzó: "El que siembra la buena simiente es el Hijo del Hombre. El campo es el mundo. La buena semilla son los hijos del reino, la mala semilla son los hijos de la iniquidad. Y el enemigo que la sembró es el demonio. El tiempo de la siega es el fin del mundo; los segadores son los ángeles.

Como la cizaña se recoge y se quema en el fuego, así sucederá en la consumación del siglo. El Hijo del Hombre enviará sus ángeles y reunirá a todos los malos y violadores de la Ley y los arrojará a los hornos de fuego. Allí será el llanto y el crujir de dientes. Los justos, en cambio, brillarán como el sol en el reino de su Padre. El que tiene oídos para oír, oiga."

La división entre los elegidos y los réprobos que esperaban impacientes los israelitas se había de realizar no en la primera venida, en la que el Hijo de Dios sembraba, sino en la segunda. Entretanto seguirían los malos sin castigo y los buenos sin recompensa, porque para ambos es la vida el tiempo de la prueba y el tiempo del crecimiento, conforme a las leyes naturales.

Los discípulos no podían indignarse si el mal crecía aun dentro del Reino de Dios. Hubo un antiguo enemigo que persiguió al Maestro y sembró mala semilla donde Él había esparcido la buena. Estos malos pueden ser tan semejantes a los buenos y pueden vivir juntos con éstos, tan íntimamente, que sería destruir las condiciones naturales de la vida si el malo recibiera en seguida su castigo. Por eso no convenía que así sucediera, y la división no llegará hasta el día del juicio final.

Parábola del grano de mostaza y de la levadura

Jesús les propuso otra parábola diciendo: "Semejante es el reino de los cielos a un grano de mostaza, que lo tomó un hombre y lo sembró en su campo. Este es el más pequeño de todos los granos de simiente, pero cuando crece es la mayor de todas las legumbres, y se hace árbol, de modo que las aves del cielo vienen a anidar en sus ramas." (Mat., XIII, 31-33; Marc., IV, 30-32; Luc., XIII, 18-21.)

Para todo el que es susceptible de admiración, las fuerzas vitales que se esconden en una semilla son un milagro nunca bastantemente admirado. No sólo es un misterio el despertar de la

vida de ese granito tan delicado, que por la figura se asemeja a una piedra inanimada, sino lo es también la desproporción de la semilla con la planta. De pequeñas semillas se desarrollan muchas veces plantas grandes y de grandes semillas plantas pequeñas. En el Oriente llaman la atención bajo este respecto especialmente las diversas clases de mostaza que allí crecen. Una subespecie de éstas es la mostaza de vainas negras, que alcanza la altura de tres a cuatro metros. El tallo se hace como de madera, de suerte que los árabes pueden hablar con razón de “árboles de mostaza”. Son muchos los pájaros que gustan muchísimo de esas semillas y con ellas se alimentan.

La parábola es típicamente galilea, pues la mostaza alta crece tan sólo junto al lago de Genesaret y en el valle del Jordán. Su cultivo estaba prohibido en las huertas; por eso Jesús habla de una siembra en el campo. Cuando Cristo llama al árbol de la mostaza la mayor de las plantas, entiende las plantas de cultivo, es decir, las legumbres. También en Egipto aparece la palabra *lájanon* con mucha frecuencia en un contexto en que se trata de plantas de campo.

Interpretación: Los milagros fantásticos que se cuentan de Mahoma, por ejemplo, y que desempeñan un gran papel en el mundo de las leyendas árabes, dan testimonio de la idiosincrasia de los habitantes semíticos del desierto. Con demasiada facilidad se dejan seducir por los hechos impresionantes y se dejan arrastrar en esos momentos por la magia de la personalidad.

El Reino de Cristo no se funda en escenas de esa clase, magníficas en la apariencia exterior; pero no por eso es lícito tomarlo por algo que carece de virtualidad.



“Semejante es el reino de los cielos a la levadura que la toma una mujer y la esconde en tres medidas de harina, hasta que toda la masa queda fermentada.”

Jesús añadió otra parábola a la del granito de mostaza. Estas series de imágenes son para los orientales como una repetición de la creación del mundo, y eso les agrada porque dan variedad a las imágenes; nosotros, en cambio, censuramos con demasiada precipitación el que los pensamientos sean siempre “los mismos”.

Se puede admitir que las parábolas de Jesús tenían por fondo no sólo las observaciones de un hombre de edad madura, sino tam-

bién las cosas que experimentó y sintió ya en su juventud. ¿Cuántas veces en la casita de Nazaret María habría llenado con harina la artesa en la que había conservado, cogiéndola de la masa anterior, un poco de levadura? Sin duda se había encogido con el calor y se había resecado en la superficie y estaría como un grano de simiente no reblandecido. Después tomaría María ese resto, lo mezclaría con agua y harina y dejaría que se fuera formando la masa. Amasar es un trabajo al que asisten gustosos los niños, aun cuando se amase cada día, como en Palestina. Se hacía así a fin de que el pan no se resecara y también para no tener que estar demasiado tiempo sentados ante el molino de mano con el que se molía el trigo en aquella región.

De seguro que en las pequeñas casitas de Nazaret no se tomarían tres medidas de harina (de 20 a 40 litros). Esa es la medida de harina con que cuenta, por ejemplo, Sara, esposa de un rico príncipe de nómadas como Abraham, o la dueña de casa de un señor que tiene una multitud de siervos y esclavos. Jesús, al contraponer tan gran cantidad de harina con la levadura, quiere poner gráficamente de manifiesto la fuerza de fermentación de la levadura.

Interpretación: El trozo de levadura contraído está como muerto, del mismo modo que el grano de semilla. Pero también en ese trozo de levadura duerme la vida, que es capaz de transformar una gran artesa de masa, sin ningún ruido, como también las plantas crecen sin estrépito. La virtud es lo eficaz, y no el tamaño.

Se suele hacer notar que esta parábola de la levadura, a diferencia de la del granito de mostaza, pone más de relieve la penetración interior de la doctrina de Cristo y la transformación interior que obra en el hombre. Esta parábola, tomada de las faenas de la mujer, presenta al mismo tiempo la actuación oculta en el Reino de Dios que parece corresponder como misión propia a las mujeres. Piénsese, si no, en una madre cristiana y piadosa.

Parábola del tesoro y de la perla

Semejante es el reino de los cielos a un tesoro escondido en el campo: que cuando lo halla un hombre, lo esconde de nuevo, se va lleno de alegría y compra aquel campo. (Mateo, XIII, 44-46.)

Esta parábola excita la atención de los orientales más que la de los europeos. Aun hoy se cuenta de viajeros de éste o de aquel país en que “uno descubrió una vez un gran tesoro”. Sobre todo en la región de Madaba se repiten continuamente los casos de hallazgos de tesoros. Así era también en tiempo de Cristo. En tiempos de revuelta se escondían los tesoros preciosos en el campo y con frecuencia no volvía el dueño a sacarlos. También en los escritos judíos no bíblicos se mencionan esos hallazgos; por ejemplo, el de un rabino a quien se le cayó la vaca, cuando estaba arando, en un hueco subterráneo y se halló en él un tesoro. Del siglo tercero leemos quejas curiosas sobre la “inutilidad de ocultar tesoros”, diciendo que no servía ya de nada, pues había “hurones de tierra” (que buscaban en tierra tesoros escondidos), “perforadores de vigas” (que buscaban las oquedades en el maderamen de las casas), “golpeadores de paredes” (que descubrían los huecos en las paredes con ciertos golpes).

Según el derecho judío y romano, un tesoro pertenece al dueño de la posesión donde se halla. El que encuentra un tesoro, lo primero que hace es esconderlo de nuevo cuidadosamente. Después se va contento y vende todo lo que tiene para comprar aquella finca. Debe sacrificarlo todo, pero de buen grado, pues sabe que gana más de lo que gasta. El reino de los cielos es semejante a uno de esos tesoros: aun cuando se da la vida por él, no es demasiado caro.

“Semejante es el reino de los cielos a un negociante que busca buenas perlas y habiendo hallado una de gran precio se fué, vendió cuanto tenía y la compró.” También esta parábola ofrece más interés a la vida oriental que a la nuestra. Todo lo brillante y fulgurante regocija a los hijos de aquella tierra soleada. Sucede que un muchacho vive a pan y agua meses enteros soñando feliz en el anillo que se comprará con las monedas ahorradas.

Parábola de la red

Semejante es el reino de los cielos a una red que, echada en el mar, recoge todo género de peces. (Mat., XIII, 47-50.)

Los pescadores han extendido una red “copo” después de hallar un sitio llano de la playa, sin arrecifes ni rocas, pues en ellas pudieran quedar prendidas las mallas. Tiene una longitud de 200 a 250 metros. Después se remolca a tierra tirando de las gruesas cuerdas atadas a las mallas por los extremos, marcando el compás con ciertas palabras y con cantos; otros, sentados en cuculillas, atienden a la pesca y la van reuniendo. Todo pez bueno es saludado con una exclamación de gozo; todo pez malo es arrojado con un calificativo despectivo. Se realiza, pues, un verdadero juicio.

Explicación: El tiempo que corre entre la primera y la segunda venida de Cristo se puede comparar a las horas en que la red está en el agua. Como ningún pescador juzga de la pesca hasta que está remolcada a tierra la red, y como después no todos los peces se recogen sin distinción —pues hay un pez en el lago de Genesaret que era tenido por los judíos como “impuro” y por eso no lo querían—, así sucede también con el reino de los cielos. Extiéndense las redes y recógense en ellas juntos los peces buenos y los malos, y la separación de buenos y malos no se realizará hasta el día del juicio.

Parábola del padre de familia bien provisto

Jesús les preguntó: “¿Habéis entendido todas estas cosas?” Y dijeron: “Sí.” Y prosiguió Jesús: “Todo escriba bien instruido en el reino de los cielos es semejante a un padre de familia que saca de su tesoro cosas nuevas y viejas.” (Mat., XIII, 51-52.)

Jesús termina con una parábola sobre el valor de las parábolas del Reino de Dios. Los discípulos son los nuevos escribas. Por eso se les confían a ellos las doctrinas antiguas y las nuevas declaraciones. Y son como un padre de familia que está bien provisto de todo. En las antiguas casas de campesinos se ven aún arcones, como existen en Palestina junto a las paredes, en los que se guarda todo lo que se quiere poner a salvo de ratones y ladrones: el grano y la fruta seca, los vestidos y los objetos de adorno.

Las arcas llenas, que no los libros de caja, son allí los custodios e índices del grado de riqueza. Los que conservan en la memoria las parábolas del Reino de Dios son como el padre de familia que esta provisto de todo lo necesario, pues a lo antiguo han añadido mucho nuevo, y así están bien provistos para lo futuro. A los escribas famosos se les suele comparar, por sus muchos conocimientos, con el recinto donde se guardan los tesoros o con un cesto lleno de especias.

Las tempestades en el lago de Genesaret

El lago de Genesaret está a 208 metros bajo el nivel del vecino mar Mediterráneo. Su cuenca es la hondonada grande que está más al norte del valle del Jordán, así como la del mar Muerto es la hondonada que está más al Sur. Los vientos tormentosos del mar se precipitan hasta el interior del país. Además de estas derivaciones de las tormentas del mar existen tormentas locales. La diferencia de temperatura entre la meseta y la depresión del lago es muy notable y hay temporadas en que se hace en cierto modo palpable. Las grandes nubes, de una blancura brillante, que se levantan al Oeste, densas y apelotonadas, que avanzan proyectando obscuras sombras sobre la llanura de Jezrael y sobre la alta planicie, se disipan en la atmósfera caldeada de la hondonada. Cadenas aún más largas de nubes que amenazan sobre el lago siguen inmóviles en el horizonte Oeste; al Este, en cambio, descompónense en forma de vedijas de lana.

Por la noche baja mucho la temperatura en la meseta, mientras abajo, junto al lago, desciende muy poco. Las tormentas, más bien locales, se presentan por esa razón con más frecuencia en las horas nocturnas, estando el cielo las más de las veces sin nubes. La luna llena luce en estas regiones con una luz tan fuerte, que todo conserva sus contornos precisos. Por eso puédense observar bien desde lo alto de las montañas en lo bajo del lago las naves amenazadas y seguir la lucha con la tormenta. Eso se supone cuando Jesús apaciguó la segunda tempestad, pues se dice: "Jesús vió que el viento les era adverso."

Los vientos borrascosos del Oeste chocan desde lo alto con toda su furia, no contra las costas, sino contra las aguas del centro del lago. La imagen típica es, pues, la siguiente: Por la ribera

oeste de Tiberíades pasa por las alturas lo recio de la tormenta, y en la orilla preséntase a veces el agua casi sin movimiento. En cambio, más lejos, hacia adentro del lago, prodúcese una verdadera zona borrascosa donde se precipitan las masas de aire sobre el agua en forma de remolinos. De esa zona se habla en las dos tormentas de importancia en la vida de Jesús que se sucedieron relativamente muy pronto una después de otra.

La primera vez, al atardecer, iban los Apóstoles de la ribera Oeste hacia la del Este y fueron sorprendidos en la región peligrosa del lago por una tormenta de éstas. San Lucas emplea la expresión técnica: "Sobrevino una tempestad de viento en el lago..." Parécenos ver a los pescadores acechando las alturas del Oeste. En lo alto se sienten rumores y rugidos; pronto se desencadenará abajo la tormenta.

En la segunda tempestad tienen las condiciones locales mayor influencia en el desenvolvimiento de los acontecimientos. Esta vez van los discípulos al atardecer desde el Este a Cafarnaúm y caen en el foco de la tormenta. Avanzan un poco "cruzando" con la barca —no se habla de velas para nada—, pero no lograron salvar la verdadera zona de la borrasca, que estaba, poco más o menos, en la mitad del lago, y allí quedaron estancados.

Se llamaría a engaño quien se imaginara, basándose en esos datos, como sucede a veces, que los Apóstoles estuvieron a punto de perecer en el lago de Genesaret. El hecho es que pasan allí generaciones enteras sin naufragios. Las tormentas vienen de repente, pero no inesperadamente. Para las fuertes borrascas que vienen del mar hay una especie de servicio meteorológico natural. El romper de las olas en los escollos de la costa siria, sobre todo en Ras-en-Nakura, se oye en el lago de Genesaret. Ras-en-Nakura quiere decir en castellano "la gran caja"; con esta palabra se quiere significar una espaciosa cavidad de rocas junto a la costa, en cuyo interior se refuerza el bramido de las olas que chocan contra la roca, como el sonido de un instrumento músico se refuerza con un resonador. El sordo rugido se propaga hasta el lago por vibraciones terrestres, y los pescadores lo oyen y exclaman: "La caja grande ruge"; dentro de veinticuatro horas estará allí la tempestad, y ya no se embarcan. Las tempestades que se precipitan al lago desde el Hermón van acompañadas las más de las veces de perturbaciones atmosféricas borrascosas, anunciadas por los re-

lámpagos del Norte. Las tormentas locales, que no por eso dejan de ser peligrosas, no tienen estos preparativos; con todo, se forman en tiempos determinados: entre el mediodía y la medianoche. Los pescadores, que, como en el tiempo de Jesús, son al mismo tiempo dueños de los botes, no salen al lago cuando hay peligro. Sus barcas, además, están construídas de suerte que avanzan, es verdad, con lentitud, pero no se vuelcan fácilmente. Y así, en las descripciones de la tempestad de la Biblia no se dice, como tal vez esperaríamos nosotros, que las barcas estuvieron a punto de volcarse, sino que “quedaron llenas del agua que entraba en ellas”.

Lo característico, pues, de los dos viajes en que fueron sorprendidos los discípulos por la borrasca no está propiamente, si bien se mira, en que se desencadene una tempestad que venga inesperadamente, sino en que Jesús las dos veces les haga remar en el lago en un tiempo en que los pescadores, siguiendo su experiencia, se hubieran quedado en casa.

La primera vez les mandó Jesús ir al atardecer a la ribera oriental, cuando ordinariamente los pescadores siempre salen hacia allí por la mañana, de madrugada; la segunda vez les manda volver por la tarde de la costa oriental a la occidental, viaje que emprenden los pescadores, cuando es posible, antes de las primeras horas de la tarde.

En la represión de Jesús a los discípulos se presupone eso precisamente. Si Él les mandaba ir al lago en un momento en que no era prudente, se debieran haber fiado enteramente de Él, pues hacían el viaje en su nombre. El caso es, pues, semejante al de la pesca milagrosa, en que Jesús mandó a Pedro echar la red en un tiempo en que parecía inoportuno, según las reglas de la pesca; aquí les manda remar en el lago a una hora en que, a no ser por el mandato, los pescadores hubieran evitado el viaje.

Las fuertes tempestades marinas tienen lugar de noviembre a mayo. Entre los griegos y los romanos, en el plazo fijo del 3 de noviembre al 19 de mayo, era el mar como “innavegable”; entre los judíos, desde la fiesta de los Tabernáculos hasta Pascua. Esta época es en el lago de Genesaret, por decirlo así, la de las tempestades, pues el lago está en relación climatológica con el Mediterráneo. La primera tormenta de que se habla en la vida de Jesús cayó, según toda probabilidad, en ese tiempo; de la segunda se dice expresamente: “La fiesta de la Pascua estaba vecina.”

Jesús sosiega la tempestad

Y aquel día, siendo ya tarde, les dijo Jesús: "Pasemos a la otra orilla." Y después de haber despedido a la gente, le tomaron así como estaba en la barca. Y se levantó una gran tempestad de viento, y las olas entraban en la barca de manera que ésta se llenaba de agua. (Marc., IV, 35-40; Mat., VIII, 23-27; Luc., VIII, 22-25.)

Las predicaciones de Jesús no se podían encuadrar, a la manera occidental, en días fijos y determinadas horas. Jesús hacía sus interrupciones, como lo confirman las introducciones especiales que pone a veces a algunas parábolas. Estos momentos de descanso, en los que conversan unos con otros, o bien están allí simplemente de pie o sentados en el suelo, son muy del gusto de los orientales, que aunque tengan reloj no acostumbran mirarlo.

Jesús dió al pueblo allí reunido ocasión de descanso, pues al fin de las parábolas se despidió de ellos y mandó a los Apóstoles, que ya no pensaban más que en la vuelta a Cafarnaúm, "que navegaran a la orilla opuesta".

Ellos obedecieron y, dice el Evangelio, "le tomaron en la barca así como estaba". Esta es una frase que parece superflua, pero refleja vivísimamente la escena tal y como la guardaban en su memoria los testigos oculares. Ellos son pescadores que han pasado ya más de una noche bogando por el lago. Pero Jesús no está hecho a eso; para un viaje así se toma, por lo menos, otra túnica para cubrirse.

Así, pues, parten de la orilla con la barca en que va sentado Jesús, las otras barcas siguen detrás. La última luz de la tarde pósase sobre las crestas de los montes del Oeste. Como pescadores, conocen el lago con todos sus grandes y pequeños senos y salientes de la costa. Saben lo que sucede cuando el agua duerme paralizada bajo un diluvio de luz y calor, lisa y lánguida, cuando aun el último rizo de ola muere lento en la orilla lejana entre los guijarros amarillo-rojizos y oscuros. Saben ya de antemano lo que va a venir esta noche. El ambiente refresca, el vapor húmedo hace pesados los vestidos y rígidos como si fuesen nuevos. En estos meses son de temer de un modo especial las tormentas del Oeste.

La atmósfera del lago fatiga y adormece al que no está acostumbrado a ella desde joven. Jesús ha hablado al pueblo mucho tiempo y con toda su alma. Ahora se dejan sentir los efectos; al rumor acompasado de los golpes de los remos se duerme el Señor. En la barca hállase, por lo menos, un cabezal en la popa, junto al timón. Allí mismo hay siempre, en una pequeña barca de viaje, entre la quilla y el banco de remos, tanto espacio libre como para poderse echar un hombre. En la odisea de Homero se duerme Ulises “como un muerto”, después de un día de plena excitación, en la proa de la nave, en cuanto sube a ella.

Hay que haber visto con qué cuidado y con qué noble orgullo sirven en cascos semejantes los criados orientales a su señor a quien tanto estiman. No de otra manera sucedió en esta barca. Los pescadores estaban de antiguo acostumbrados a remar todos a una. Bregando silenciosos en común regulaban el curso de la nave que llevaba a su Maestro. De pronto los pone alerta el zumbido del Oeste.

En un abrir y cerrar de ojos cambia la escena por completo. La barca se halla en medio de la zona borrascosa, suben las olas; cuando sus crestas pasan airadas junto a la nave, cae el agua dentro. Esto es lo más peligroso; la nave pierde con eso su movilidad; fracasa todo arte en el remar y maniobrar. A determinados trechos llegan los remolinos. Pero lo peor es que los mismos marineros pierdan la esperanza. En esta situación encuéntranse los Apóstoles. Hace un momento se alegraban, como orientales que son cariñosos, de poder llevar por el lago a su Maestro que duerme. Ahora han perdido toda la esperanza en sus habilidades.

No les queda más que una fe de otro género: la fe en el poder de su Maestro; pero no es tan firme como para quedarse tranquilos esperando; y así inclínanse sobre Jesús y le despiertan. A través de ese grito resuena la impaciencia: “Maestro, ¿no te inquieta el que perezcamos?”

Frase cargada del horror del momento es ésta: “Señor, sálvanos, que perecemos.”

Jesús, levantándose, conminó al viento: “Cesa”, y a las olas: “Sosegaos”.

Los Evangelistas narran concisa y objetivamente: Desencadenase una tormenta, suben las olas, el agua entra en la nave. Aún son más concisos al contar el efecto de las palabras de Jesús: El viento cesó en seguida; el lago quedó liso. Son gente de mar

experimentada; saben cómo, después de cesar el viento, siguen las olas aún mucho tiempo después, agitadas y amenazadoras. Por eso observan expresamente que no sólo se apaciguaron las olas, sino que el lago quedó como un espejo.

Es éste un milagro que, como a pescadores, les impresiona en lo más íntimo, y quédanse mirando al Maestro.

Jesús les sonríe con suave y bondadosa melancolía: "¿Por qué habéis desconfiado? ¿Aún no tenéis fe?" Su fe hubiera sido como la deseaba Jesús si le hubieran dejado seguir durmiendo, firmemente persuadidos de que sabía, a pesar de todo, el estado en que se encontraban.

Los Apóstoles no pueden menos de hablar entre sí del milagro. En la Biblia se pone siempre el dominio sobre las olas como un derecho especial de la soberanía de Dios. Con una admiración ilena de presentimientos recuerdan los pasajes de la Escritura que expresan ese derecho. Jesús realizó lo que Dios se reserva para Sí solo. "Pues ¿quién es Éste, que aun el viento y las olas le obedecen?"

Jesús en Nazaret

Jesús fué a Nazaret, en donde se había criado. El sábado entró, como era costumbre, en la sinagoga, y se levantó a leer. Se le dió el rollo del Profeta Isaías, lo desplegó y dió con el lugar que dice: "El Espíritu del Señor está sobre mí." (Luc., IV, 16-30; Mat., XIII, 34-38; Marcos, VI, 1-6.)

Una ciudad oriental de estilo antiguo es algo típico. La población está dividida en familias vinculadas entre sí, que muchas veces habitan en sectores determinados de la ciudad. En las ciudades más pequeñas, las más de las veces, algunas grandes familias son las que dan el tono. Las otras familias más sencillas y pobres se pueden comparar a la argamasa que une los grandes sillares. Aquéllas viven casi siempre en lucha pública o privada, alternando en la victoria y en la derrota. Tal es el cuadro que se presenta a la observación del que está algo iniciado en los secretos de esos grupos de casas cúbicas que brillan deslumbradoras al sol de Palestina.

Pero por más que luchan entre sí esas familias de la ciudad, la reyería nunca va tan lejos que se trasluzca al exterior. Si un

extraño pretendiera entremeterse en los negocios de las familias, irían a una todos los parientes contra él, a pesar de estar entre sí en lucha; pues en cuanto un desconocido entra en una ciudad de éstas, corre la noticia de casa en casa. Por de pronto, el alcalde del lugar es el primero que sale a examinar lo que pasa en su pueblo. Pronto se forma sobre el huésped extranjero una opinión pública, que los particulares han de admitir. Todo ciudadano está persuadido de que no sólo pertenece a la comunidad de una familia, sino también a la comunidad de la ciudad; que debe, por tanto, respetar a los otros conciudadanos, conservando el derecho de vigilar la vida y acciones de cada uno de ellos y en determinados casos el de imponerle ciertas obligaciones en nombre de toda la comunidad. Esto es la “vida natural”, y así se le llama enalteciéndola, tanto más cuanto más se cae en una vida innatural.

Esa “vida natural” está, con todo, sujeta a las leyes de la “humana naturaleza”, y se apoya en las maneras de ver y juzgar de los hombres de la clase media. La oposición de la sociedad se despierta en toda su inflexibilidad cuando un ciudadano quiere lograr algo, aunque sea noble, si no es del gusto de la mayoría.

Tal es el fondo de la escena que se desarrolló cuando Jesús se presentó como maestro en la sinagoga de Nazaret, su patria. Algunos exegetas sostienen que Jesús visitó Nazaret primero al volver de Judea, a los comienzos de la vida pública, y después otra vez. Es lo cierto que la ruptura entre Jesús y la ciudad de Nazaret cae en un tiempo en que Cafarnaúm era ya “la ciudad de Jesús”.

Jesús llegó a Nazaret, de vuelta de sus peregrinaciones por Galilea, junto con sus discípulos, y se detuvo allí hasta después de un sábado.

¿Cómo debió impresionarse Jesús al volver al pueblo en que había crecido y había trabajado como carpintero toda su vida, donde había servido en el aislamiento a su Padre celestial? Como en otro tiempo, los asnos pasaban por las piedras salientes y desgastadas; las caravanas de camellos cruzaban la ciudad baja; los guías gritaban a todo pulmón; los muchachos saltaban detrás. La aglomeración de las callejuelas, con los bazares y los talleres de artesanos, y las mujeres con los cántaros camino de la fuente: era un espectáculo común a todas las ciudades de Israel, pero aquí en su patria tenía todo eso otro tono y colorido; agolpábanse los recuerdos de los días silenciosos ya pasados, de la juventud y de

la vida oculta; la ida a la sinagoga en los sábados; allí estaba la fuente donde, cuando niño, se lavaba las manos antes de entrar en la casa de oración, y allá estaba la puerta con su marco de madera. Recordaba el culto divino con la oración del que dirigía el rezo y las respuestas del pueblo.

Después del pasaje de la Ley se leía un fragmento de los Profetas. Todo israelita podía ofrecerse a ello y después decir a los presentes algunas palabras de edificación. Siguiendo esta costumbre, se adelantó también Jesús. El que dirigía la liturgia le dió el rollo de las Escrituras; Jesús lo desplegó y empezó a leer un pasaje de Isaías.

Para los nazarenos no era posible seguir a Jesús con la adhesión especial que Jesús exigía sin verla antes justificada con razones.

Conocían a María, su Madre; creían conocer a su padre y conocían a sus parientes. Había vivido entre ellos muchos años como carpintero. No pocos podían contar que les había arreglado una puerta o les había reparado un arado. Para esa gente, la decisión que se imponía al presentarse ante ellos Jesús consistía o en remontarse a una fe más clara que la de los otros, o en despeñarse en la incredulidad más espantosa. Por eso no visitó Jesús a los de Nazaret sino cuando ya era para ellos como un extraño y cuando ya se había manifestado en Cafarnaúm por muchas formas su poder de hacer milagros.

“¡El espíritu del Señor está sobre Mí! Por eso me ha ungido; para traer la buena nueva a los pobres me envió; para anunciar a los cautivos la redención y a los ciegos la visión; para poner en libertad a los quebrantados; para publicar el año de gracia del Señor.”

De seguro habría oyentes que pensarían en el ardor de su fantasía siempre en actividad: Aquí, hoy mismo, dirá abiertamente Jesús: Yo soy el Mesías. Y Nazaret, nuestro Nazaret y suyo, será la primera ciudad del nuevo reino. A estos pensamientos dió Jesús una respuesta, evitando de intento la palabra “Mesías”.

Le miraban todos con sus ojos negros y encendidos, y sus morenos y amarillentos rostros tomaron un aire extraño de viveza y al mismo tiempo de retraimiento. Y Él les mira también. Él que los conocía no simplemente por el nombre, como ellos a Él, sino viendo lo más íntimo de su ser.

Comenzó, pues, Jesús solemnemente diciendo: “Hoy se ha cumplido este pasaje de la Escritura mientras me escuchabais.”

El Evangelista no refiere más que aquella parte del discurso en que Jesús se justifica de no obrar en Nazaret ningún milagro. Jesús se dirige a sus conciudadanos y les dice:

“Vosotros me diréis sin duda este proverbio: Médico, cúrate a ti mismo. Los milagros que has obrado, según sabemos, en Cafarnaúm, óbralos también aquí, en tu patria.

“En verdad os digo: Ningún profeta es bien recibido en su patria. En verdad os digo: Muchas viudas había en Israel en los días de Elías, cuando el cielo estuvo cerrado tres años y seis meses, cuando hubo grande hambre por toda la tierra; mas a ninguna de ellas fué enviado Elías, sino a una viuda de Sarepta, en Siria. Muchos leprosos había asimismo en Israel al tiempo del profeta Eliseo, y, sin embargo, ninguno fué curado sino Naamán el de Siria.”

Mientras Jesús hablaba, realizóse un cambio en los espíritus de la muchedumbre allí reunida. No conviene olvidar que los círculos dirigentes habían hecho a Cristo en su interior, ya desde el principio, esta última propuesta: Si desde ahora sale por los fueros de Nazaret, le perdonaremos el haberse trasladado a Cafarnaúm.

Si hubiesen sido creyentes hubieran tenido que decir: Damos testimonio de que está inspirado por Dios, porque habiendo vivido entre nosotros como carpintero, no ha tenido tiempo ni ocasión de instruirse en la Ley. Pero, en cambio, razonaron así: ¿Cómo Éste puede saber más que nosotros, si no ha frecuentado ninguna escuela? Tiene virtud de hacer milagros, pero es cosa muy sospechosa. ¿Cómo es posible? Así, tan de repente. ¿No es el carpintero, el hijo de María, el hermano (es decir, pariente) de Judas y Simeón, de Santiago y José; no viven sus hermanas (primas) aquí entre nosotros? La conclusión de sus cavilaciones es ésta: Es un carpintero sin cultura; la parentela de donde procede tampoco es cosa especial. ¿Cómo hemos de creer en este Jesús cuando nos dice que las profecías de los profetas se refieren a Él, si en otro tiempo tuvo que oír nuestras instrucciones?

Si Jesús no era el Mesías, se había hecho reo de blasfemia contra Dios con sus desmedidas palabras, a lo cual correspondía, según la Ley, la lapidación.

Cosa rara es lo que sucede tratándose de aglomeraciones de hombres de sentimientos opuestos y entre los que urge tomar una decisión. A todos los circunda un misterioso flúido; en los ánimos se verifican cambios de opinión callada y rápidamente, y en todas

partes al mismo tiempo hay algunos pocos que se convierten en centros populares alrededor de los cuales se concentra la tensión. Basta una señal suya, muchas veces una mirada y un gesto, pues los orientales son para tales fenómenos más susceptibles que los europeos.

En la sinagoga diríase que se ejecuta algo que se había ya resuelto de antemano. Rodean a Jesús, le echan a empuellones y le empujan por las estrechas calles hasta un lugar de donde lo pueden precipitar. La expresión "precipitar" se emplea para expresar toda caída en que se pierde el equilibrio, sea cual fuere la altura; por ejemplo, se dice "precipitar", hablando del que cae de un muro, del que cae del caballo. El intento es, pues, echar a Cristo de una roca para poder después apedrearle.

Querían ver un milagro; ahora obra Jesús uno. Nadie se atreve a tocar al "carpintero", y Él pasa por en medio de ellos.

Este hecho es un prenuncio de la muerte en Jerusalén; un prenuncio para Cristo y para su Madre, que estaba sin duda presente, aunque no se suele pensar en ella en esta escena. Como la aldea de Nazaret se volvió contra Jesús porque no empleó su poder en fomentar las ventajas temporales de sus conciudadanos, así se levantó en Jerusalén todo el pueblo contra Él.

Jesús debía morir porque tenía del pueblo de Israel una opinión superior a la que el mismo pueblo tenía de sí, y porque quería darle algo superior a lo que el mismo pueblo reclamaba para sí. En Jerusalén le declararon traidor a su patria, como los nazarenos habían visto en Él un traidor a su ciudad natal.

La misión de los Apóstoles

Jesús envió a los doce, dándoles las siguientes instrucciones: "No vayáis camino de gentiles ni entréis en las ciudades de samaritanos. Id más bien a las ovejas perdidas de Israel. Anunciad en vuestra misión que el Reino de Dios está cerca. Sanad enfermos, resucitad muertos, limpiad leprosos y arrojad demonios. Dad gratis lo que gratis habéis recibido." (Mat., X, 5-14; Marc., VI, 6-11; Lucas, IX, 1-5.)

Las últimas lluvias venidas del Oeste han caído sobre el lago. Los sembrados están ya muy crecidos. Es el tiempo del descanso. Los hombres se sientan al sol y charlan. Todo forastero es un

huésped que es recibido con gusto. Reúnese la gente en grupos y se sientan en círculo alrededor de Él en las esteras y le escuchan.

En ese tiempo debió de caer la misión de los Apóstoles, porque a su vuelta ya estaba inminente la Pascua. Fué para ellos una sorpresa que Jesús un día les diera el encargo de recorrer como Él ciudades y aldeas, predicando la buena nueva del reino de los cielos.

Las instrucciones que les dió para este viaje pueden parecernos a nosotros algo extrañas, pero no lo fueron para ellos.

Jesús en eso tiene presentes los preparativos de viaje que hacía entonces un hombre, no del todo desprovisto de medios de fortuna, el cual se proveía, ante todo, de dinero. Mientras en casa se pagaban la deudas las más de las veces con valores reales de cosas, para un viaje se tomaba consigo dinero: monedas de oro, plata y cobre. No sin razón especificamos las monedas, pues no todas se llevaban bajo el cinturón; las de bronce había que tenerlas a mano; las de plata y oro estaban mejor ocultas a las miradas de todos. De casa se tomaba también la "maleta" de entonces: un zurrón de cuero, que colgaba de una correa al cuello. También pertenecía a los preparativos una especie de manto. Al ponerse el sol, el campesino se vestía otra túnica y se ponía un paño que cubría cuello y cabeza, para protegerse de los enfriamientos; asimismo se iba provisto de zapatos y sandalias; estas últimas eran simplemente unas suelas sujetas a los pies con correas, y, por supuesto, no podía faltar un recio bastón.

Estos eran los preparativos de los naturales para los viajes. Jesús, al enviar a sus Apóstoles, puso toda suerte de limitaciones. Debían ir como hombres que no tenían nada: no habían de llevar ni "grandes" ni "pequeñas" monedas; habían de ir sin zurrón de viaje, con una sola túnica y sin sandalias, a pie desnudo y sin bastón. No sólo debían salir como mendigos, sino que habían de continuar así como mendigos en el viaje: "Gratis lo habéis recibido, gratis debéis darlo."

Estos enviados de Jesús forman un gran contraste frente a los mensajeros de los dioses y diosas que recorrían entonces las regiones de los gentiles y venían de Siria al lago de Genesaret y decían hacer esos viajes "por mandato de los dioses". Hubo, por ejemplo, un tal Lucino, quien, como ministro de la diosa Atargatis, reunía donativos para los sacrificios de su santuario. Salió como "men-

digo", pero no volvió ya como mendigo. Admitió dones en honor de la diosa, que se fueron multiplicando; compró un asno para transportar los donativos, o se lo hizo regalar; después adquirió un segundo asno; luego un tercero; la recua de asnos se alargó; alquiló un guía y llegó finalmente al santuario como el patriarca de una caravana. En tono triunfante dice él en una inscripción: "En cada viaje traía setenta sacos llenos."

Los Apóstoles, no obstante su pobreza, eran los mensajeros de un gran señor. Por esa razón habían de aceptar la amistad hospitalaria y aun debían presentarse como hombres de cuyo favor no todos eran dignos, y como quien les traía algo más precioso de lo que ellos podían darles.

"Cuando entréis en una ciudad o villa, buscad uno que sea digno de vosotros y permaneced con él hasta que salgáis. Al entrar en una casa, saludadla diciendo: "Paz sea en esta casa", y si la casa es digna, descenderá sobre ella la paz que le habéis deseado. Si no fuere digna, vuestra paz volverá a vosotros."

Esta forma de desear la paz pertenece al ceremonial usado cuando uno se encuentra con otro. El desear la paz se considera como un don que "se hace al otro". Esta manera de ver da lugar a escenas que nos pueden extrañar algo a nosotros. Cuando un mahometano "desea la paz" a otro que encuentra por el camino y luego comprueba que ha hablado a un cristiano, puede volverse atrás y exigírsela diciendo: "Devuélveme mi paz."

"Si no os reciben o no oyen vuestras palabras, salid de la casa o ciudad y sacudid el polvo de vuestros pies."

"En verdad os digo: El día del juicio serán Sodoma y Gomorra mejor tratadas que aquella ciudad." Cuando los judíos volvían de las regiones de los gentiles, sacudían el polvo de sus pies, pues los países de los infieles eran tenidos como legalmente impuros. El que rechazaba a los Apóstoles quedaba excluido del nuevo Israel, del reino de Dios.

Momento culminante de la vida pública de Jesús. Se decide la suerte de Israel.

Ambiente de Pascua en el lago de Genesaret

Las circunstancias mismas nos llevan a la última y más nutrida reunión del pueblo ante Jesús. En la primera, en el sermón de la montaña, había anunciado Jesús su Reino como cumplimiento del Antiguo Testamento; en la segunda, en el sermón de las parábolas, había predicho a sus oyentes las vicisitudes de su Reino en una serie de parábolas, a tiempo en que aún estaba todo en formación; ahora, en la tercera reunión, habla Jesús de la vida más íntima de su Reino, de la futura permanencia suya entre los hombres como alimento de las almas.

El tiempo que precede a la Pascua es, junto al lago de Genesaret, el más hermoso del año. Hoy día podemos vislumbrar y rastrear, por las parcelas que aún se cultivan, el cuadro magnífico que debía de presentar aquella región en tiempo de Jesús.

En nuestras tierras, entre el despertar de las primeras flores y el cubrirse todo de follaje, media un espacio muy corto de tiempo: la primavera viene precipitadamente. De ahí la tendencia a imaginarnos la primavera en los países meridionales, cual Palestina, como algo todavía más emocionante. Y, sin embargo, lo contrario es la realidad, pues allí el despertar de las plantas se realiza en un largo período del año; cada una tiene su tiempo propio: la primera flor primaveral es la de la cebolla albarrana; la flor del alfollos de los griegos ostenta ya en noviembre sus primeros racimos de flores; después vienen los crocus; luego los narcisos, en especial una clase cuyo peciolo produce, en un solo corimbo, muchas menudas florecillas; después siguen los gladiolos, primero los blancos,

unicolores, y después los azules pálidos y violáceos; por ese tiempo, fines de enero, florece el almendro; en febrero y marzo sigue la familia de las anemonas, que se presentan en este país, rico de sol, multicolores al mismo tiempo; al lado del color blanco ordinario se encuentra el amarillo, el color lila y el rojo púrpura. Por entonces florece además no sólo el pie de gallo amarillo, sino también otro del color de la amapola y de las anemonas. Así que durante un buen espacio de tiempo el color dominante de las flores es el rojo púrpura. A las orillas del lago abren sus flores, en abril, las adelfas silvestres, y los espléndidos nenúfares rojizos afloran en su magnificencia sobre las aguas azuladas y grises.

En el tiempo que precede a la Pascua hay algunos días —rara vez son semanas— en que sucede algo extraordinariamente sorprendente.

Todo parece crecer a porfía y la naturaleza se despliega tan magnífica que parece que las cuatro estaciones del año se hallan como fundidas en una. Los campos de cebada, junto al lago, y las laderas de los montes lucen con un oro brillante; aun muy adentro en el desierto se ha desplegado la vegetación silvestre. El sembrado tardío de invierno se muestra crecido. Parece que el país se olvida de sí mismo, y casi se llega a concebir por un momento la esperanza de que todo seguirá siempre así sin cambiar ya nunca.

Pero basta que sople el viento del desierto y las flores caen por tierra, agostándose las plantas silvestres que se ponen rígidas, y el trigo muere antes de llegar a sazón. En todo lo cual se pueden advertir analogías sorprendentes: lo que sucedía en la naturaleza repetíase en las reuniones del pueblo junto al lago. La semilla que sembró Jesús y la que había sido esparcida por los discípulos se juntaron alrededor del lago. Allí estaban los hombres que había conquistado Jesús y los conquistados por los discípulos. Por un momento parece que el pueblo se supera a sí mismo, como la tierra junto al lago por la Pascua, al reunir en sí todas las estaciones del año. Pero así como un viento del desierto lo marchita todo, así desapareció a los dos días todo aquel entusiasmo del pueblo en torno a Jesús, con lo cual quedaba perdido, no el trabajo de Jesús, sino el pueblo. En la época de la siembra había anunciado Jesús en las parábolas de la labranza la suerte del nuevo reino. Ahora que está la siembra casi en sazón, comienzan ya a cumplirse las parábolas: Sólo una parte de la semilla da fruto en Galilea.

La multiplicación de los panes

Y allegándose los Apóstoles a Jesús, le contaron todo lo que habían hecho y enseñado. Y les dijo: "Venid aparte a un lugar solitario y reposad un poco." Porque eran muchos los que iban y venían, y ni aun tiempo para comer tenían. Y entrando en una barca se retiraron a un lugar desierto y apartado. Pero los vieron muchos cómo iban y le conocieron y corrieron allá a pie de todas las ciudades y llegaron antes que ellos. Al desembarcar vió Jesús una grande multitud y tuvo compasión de ellos; porque eran como ovejas que no tienen pastor, y comenzó a enseñarles muchas cosas. Y como ya fuese muy tarde, se llegaron a Él sus discípulos y le dijeron: "Desierto es este lugar, y la hora es ya pasada. Despidelos que vayan a las granjas y aldeas de la comarca a comprar que comer." Y Él les respondió: "Dadles vosotros de comer." (Marcos. VI. 30-40: Mat., XIV, 13-21; Luc., IX, 10-17.)

Al volver los Apóstoles al lago después de su misión, estaban ansiosos por contar al Maestro, embargados por el gozo, todo lo que les había sucedido; pero habíase reunido tanta gente deseosa de hablar con Jesús, que ni siquiera podían comer. Esa fué la razón por la que Jesús les dió orden de cruzar el lago. Pronto se puso en movimiento también la gente junto a la orilla, siguiendo la "ruta de la sirga" para no perder de vista la barca. Y muchos otros observaron la partida. En casos como éstos lo que hace espontáneamente el oriental es asociarse al movimiento. ¿Sucedé algo especial? Pues eso ya le basta para sumarse a la multitud. Y naturalmente que todos quieren llevar la delantera. Así se explica cómo los que iban a pie llegaron al lugar antes que la barca.

Con esto se había creado para Jesús un nuevo conflicto. Su corazón, que había sentido compasión antes de la partida por los discípulos que estaban oprimidos por la gente, sentía ahora más misericordia por estas muchedumbres, pues eran como ovejas sin pastor.

Jesús, pues, comenzó a hablar al pueblo; hablaba y hablaba hasta olvidarse de sí mismo y de los que le rodeaban, del lugar donde estaban y del día que iba expirando.

El sol había traspuesto en Occidente. Los discípulos estaban

intranquilos y se creyeron en la obligación de llamar la atención de su Maestro sobre el conflicto en que había puesto a sus oyentes, por estar muy lejos de todo poblado. Jesús no hubiera podido reunir en su derredor tanta gente sino en un paraje despoblado. De no estar en las cercanías del lago, antes que la falta de víveres se hubiera dejado sentir la falta de agua. Estaban ya agotadas las provisiones de pan que cada uno había traído consigo en "cestas" o bolsas flexibles de paja; era precisamente el tiempo de las provisiones escasas. Probablemente mucha gente que sabía lo que necesitaba para la provisión suficiente no había podido traer tanta como hubiera querido. Fuera de esto, muchos habían salido, sin duda, en la persuasión de que a las pocas horas estarían de vuelta en casa. El "pan" es para esta gente no sólo "un manjar", sino "el manjar" en absoluto. Con frecuencia pasan días enteros sólo a pan y agua. Esta circunstancia no carece de importancia para entender el discurso que tendrá más tarde Jesús, con su transición del "pan" alimento del cuerpo al pan alimento del alma.

¿En qué estado de ánimo se hallaba Jesús? Para un hombre que vive exclusivamente entregado a los demás no hay felicidad mayor que el ver cómo los otros se imponen también sacrificios por su causa. Esto le incita a la entrega absoluta de Sí mismo; el amor se desborda, triunfador de todos los diques que se le pueden oponer. De una manera misteriosa desaparecen los individuos en particular, y al mismo tiempo le están más cerca que nunca.

De cuán estrechas miras debieron de parecer a Jesús las palabras de los discípulos: "Señor, despídelos que vayan a las granjas y aldeas de la comarca a comprar que comer."

Ya se adivina la conmoción de su corazón y se le ve como irradiando alegría, que brota de su interior, cuando les responde:

"¡Pues dadles vosotros de comer!"

Los Apóstoles no entendieron que su corazón estaba dispuesto a todo y que quería arrastrarles también a ellos para hacerles partícipes de su alegría. Aquí, junto al lago donde habían trabajado antes, aparecen de nuevo los pescadores de antaño, que sabían calcular exactamente cuánto costaría dar de comer a toda aquella multitud. Felipe, que en diversas ocasiones se había mostrado hombre de serena reflexión, entra en escena: "Doscientos denarios de pan no bastarán para que cada uno tome un poco."

¿Cómo se le ocurren a Felipe esos doscientos denarios? La cantidad de pan para una persona ya mayor —el pan es el principal alimento— es el que se puede hacer con un litro de harina. Por un denario se compraba ordinariamente una hogaza de pan de harina de trigo o dos de cebada, calculando la hogaza, con cifras redondas, en doce litros de harina. Por un denario se obtenía, pues, el “pan cotidiano” para doce personas tratándose de harina de trigo, y para veinticuatro si se trataba de pan de cebada. Por los 200 denarios que propone Felipe se hubiera tenido el pan cotidiano para 2.400 personas mayores, si era de trigo, y si era de cebada, para 4.800. Ahora bien: había allí, contando solos los hombres, 5.000, y se trataba de una comida en la que no se daba ningún otro “aditamento”; la cantidad de dinero tenía, pues, que ser mayor. Con razón nota el Apóstol que no bastaría el pan por 200 denarios, tanto más si se trataba de pan de trigo.

Tal vez al mismo tiempo se habían dirigido los Apóstoles a los que estaban cerca para enterarse, en su solicitud prosaica, de cómo andaba la cosa. Andrés, hermano de Pedro, preguntó a un joven que tenía más de lo estrictamente necesario: “Aquí hay un muchacho que tiene cinco panes de cebada y dos peces; pero ¿qué es esto para tanta gente?”

A pesar de las cercanías del lago, hay que creer que se trataba de peces en salmuera. En Palestina el pez fresco no dura más que un día. Por eso cuando se pesca al anzuelo no se mata a los peces en seguida, sino que se los conserva en agua. El pez en salmuera es, con el pan, el principal alimento del pueblo. “Una comida sin pescado no es comida”, dice el proverbio. Jesús menciona expresamente el pez como alimento, inmediatamente después del pan, en el discurso que hizo acerca de la oración.

Los Apóstoles creyeron haber convencido de la dificultad al Señor, que se había abstraído en su celo. Pero les manda el Señor disponer allí mismo a los oyentes, en grupos de cien y de cincuenta, como para un banquete. San Juan nota que había allí “mucha hierba”. Lo cual hay que interpretarlo conforme a las posibilidades de una región de estepa; los orientales hablan de una “vegetación exuberante” donde nosotros no vemos más que unos cuantos brotes verdes.

Los Apóstoles, que habían ya aprendido a presentarse como

ministros del Maestro delante de las muchedumbres, pusieron por obra el mandato.

Las turbas se habían ya acomodado. Los “montones”, como los llama gráficamente San Lucas, eran semejantes a los cuadrados en que queda dividida una región de regadío por la red de ribazos y caminos. En general gustaban los orientales de comparar la gente sentada con orden, por ejemplo, los discípulos en una escuela, a los cuadros de un jardín.

El pan se había de tratar con respeto. Cuatro reglas lo expresan bien. No se pone nunca carne cruda en el pan; no se ofrece nunca sobre el pan un vaso lleno; no se echan por tierra los men- druguillos, ni se ponen muy cerca del pan las fuentes. Estaba prescrito también recoger los pedacitos sobrantes hasta los del tamaño de una oliva.

Jesús se conformó al estilo de una comida judía. Solíase dar la bendición sobre el manjar antes de comer, oraban y después se recogían las sobras del pan.

Todos los Evangelistas refieren que Jesús tomó los cinco panes y los dos peces, levantó los ojos al cielo, bendijo y partió los panes y los dió a sus discípulos para repartirlos, o, más exactamente, para que los “sirvieran”, pues la imagen está tomada de los criados que sirven en un banquete. Lo mismo hizo con los peces.

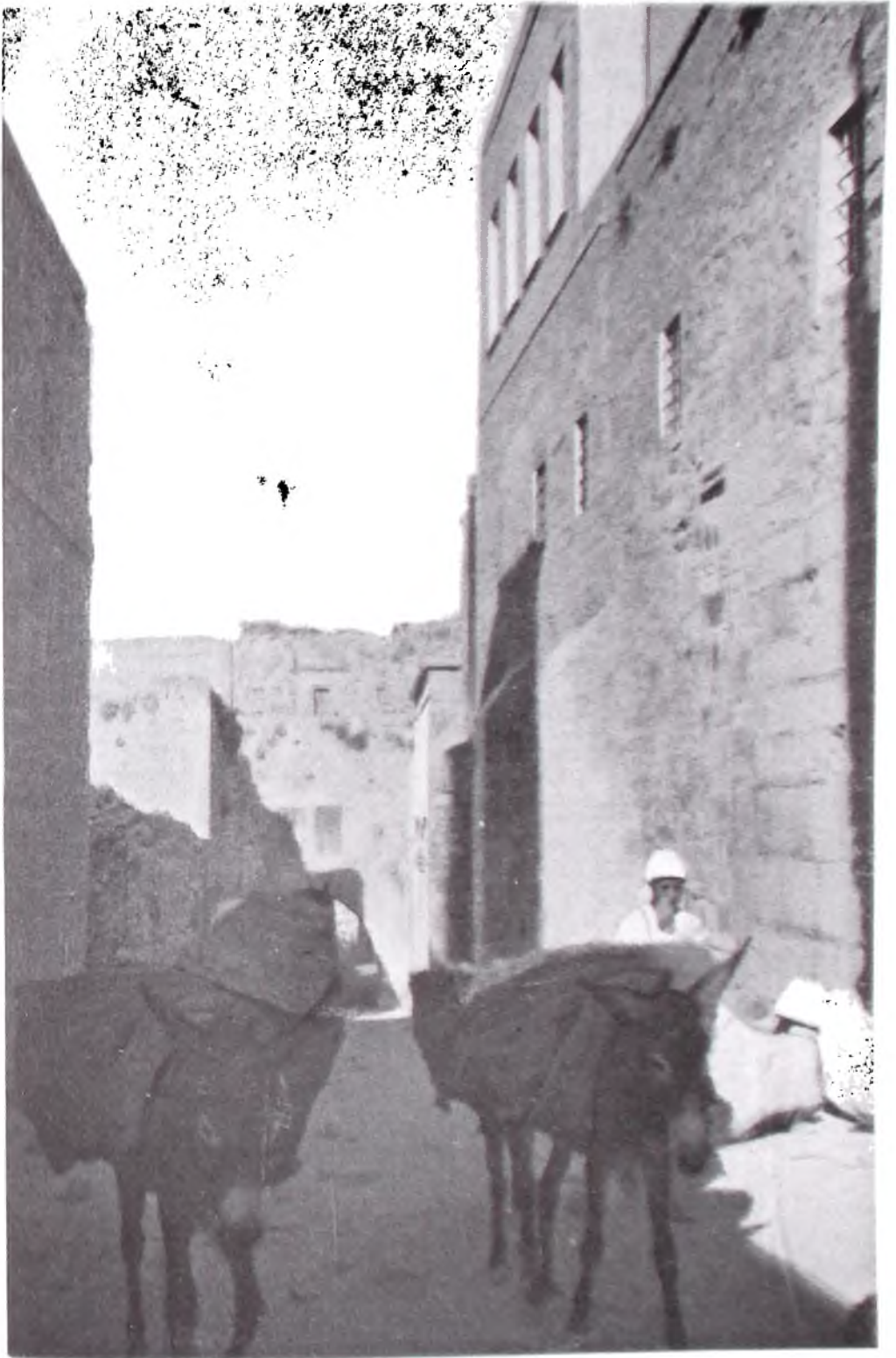
Y aquí se realiza el milagro de Jesús en donde fueron testigos oculares mayor número de hombres y donde más fueron los agraciados.

El pan multiplicábase o en las manos de Jesús o en las de los Apóstoles, o bien la multiplicación comenzaba en las manos de Jesús y se continuaba en las de los Apóstoles. Lo último es lo más verosímil. Porque si la multiplicación se hubiera realizado tan sólo en las manos de Jesús, la distribución hubiera durado horas, puesto que eran 5.000 los hombres.

Durante la comida se empezaron a contar los grupos. Cinco mil hombres, “sin contar las mujeres y niños”. Esta advertencia es muy característica para el Oriente, en que sólo el hombre es tenido en cuenta en la vida pública. Los hombres se sentaron separados de las mujeres y de los niños, según era usanza entre ellos; también estaban separados en la solemnidad de la iluminación en la fiesta de los Tabernáculos. Túvose por superfluo contar las mujeres y los niños. Este dato habla en favor de la realidad del suceso.

ASNOS CON CESTOS DE MANO Y CON ANGARILLAS

El asno de la derecha lleva un cesto que va a través sobre todo el lomo; son las llamadas angarillas o “espuestas”. En la segunda multiplicación de los panes se dice que se recogieron ocho espuestas. La cantidad debió de ser igual o mayor que en la primera multiplicación, pues en ésta se habla de doce “canastos”, es decir, doce cestos de mano. El asno de la izquierda lleva encima uno de esos canastos, vuelto hacia abajo. Cestos como ése se pueden ver ya en imágenes egipcias por el año 1500 a. de J. C. Nótese cuán acentuadamente se destacan la luz y la sombra, y el contraste aún es mayor para los ojos de los que lo ven en la realidad.



Al final de una comida judía se recogían cuidadosamente las sobras del pan. Jesús encargó también a los Apóstoles que lo hicieran después del milagro. Tomaron para recogerlas canastos de paja o bolsas de mano como las que tejían los israelitas en Egipto; las pinturas antiguas presentan las mismas formas que se usan aun ahora comúnmente en Palestina. Al comienzo de la comida había cinco panes y los Apóstoles volvieron con doce canastos llenos de pedazos. Haciendo el cálculo, se habían saciado, pues, con cada pan mil hombres. Y al fin traía cada Apóstol de los que habían repartido pan un canasto lleno de mendrugos.

No se oía allí más que una voz: “Este es verdaderamente el Profeta que ha de venir al mundo.”

Acercábase ya la Pascua y con ella las peregrinaciones. Por otras escenas semejantes de la historia reciente de Palestina podemos deducir qué hubiera sucedido si Jesús hubiese dado libre curso al desarrollo de los hechos. A tiempo en que los judíos recientemente inmigrados estaban en la cumbre de su triunfo, levantaron sobre sus hombros a su jefe popular preferido y le llevaron por las calles de Jerusalén entre aclamaciones de júbilo. Con intenciones semejantes quisieron “apoderarse” de Jesús los testigos de la multiplicación de los panes. San Juan sabe por qué empleó esta expresión.

Jesús se adelantó a estas escenas para evitarlas. Insistió en que los discípulos subieran en seguida a la barca y partieran. Después se separó de las turbas y subió a la cima del monte.

¡Con qué sentimientos miraron a Jesús cuando desapareció en la penumbra! Les parecía como si se hubieran dejado engañar por un espejismo.

Pero muchos no volvieron a sus casas, sino que se quedaron allí para esperar a que volviera Jesús. A principios de abril no hay ya dificultad en dormir al raso, junto al lago.

Jesús camina sobre las aguas

Y Jesús hizo subir a sus discípulos en la barca y que pasasen antes que Él a la otra ribera del lago, mientras despedía a la gente. Y luego que la despidió, subió solo a un monte para orar. Y cuando vino la noche estaba Él allí solo. Y la barca, en medio de la mar, era combatida de las ondas, porque el viento era contrario. (Mat., XIV, 22-23; Marc., VI, 45-52; Juan, VI, 16-21.)

Jesús estaba solo en la montaña. Grandes misterios se agitaban en su alma. Era como un hombre que, si bien no desistía de su antiguo plan, se proponía seguir un nuevo camino para lograr su fin. El pueblo de Galilea era mejor que el de Judea; sin embargo de eso, no se dejaba ganar como pueblo para el nuevo Reino. Y los jefes, los fariseos, después del milagro de la multiplicación de los panes, emprendieron la campaña contra Cristo con crecido odio. El tiempo, pues, urgía. No quedaba más que un camino: revelar los últimos misterios de su Reino y después poner a sus oyentes ante la disyuntiva de creer en Él o abandonarle.

En tal estado de alma rogaba Jesús al Padre celestial, como se puede deducir de los sucesos del día siguiente.

La Pascua se celebraba siempre en la semana del primer plenilunio de primavera. La blanca luna brillaba, pues, en el cielo con intenso fulgor. En tales noches se ve más que en los días estivales, en que no hay sombras y el reverbero de la tierra da a todo un temblor como cuando hay espejismo.

Los pescadores que remaban hacia la orilla oriental, calculaban para poder estar de vuelta en la costa occidental lo más temprano posible. Después de mediodía se suele levantar el viento Oeste, y entonces bien puede suceder que los remeros tengan que emplear cuatro horas, si van de Este a Oeste, para navegar un trecho que la barca puede salvar en un cuarto de hora yendo de Oeste a Este al impulso del viento. Con frecuencia todo esfuerzo es inútil.

Eso es lo que sucedió aquella noche a los discípulos: estaban a cuatro o cinco kilómetros de la costa, y no podían avanzar adelante. Esa situación de los Apóstoles era, al mismo tiempo, imagen del estado interior de su espíritu. Barruntaban que se hallaban en presencia de grandes sucesos, y se preguntaban en qué iba a parar

todo aquello. ¿Por qué los había mandado Jesús subir a la barca? ¿Por qué Él no los había acompañado? Sin duda tendrían también un cierto temor de no haber obrado en todo rectamente.

Jesús veía desde la montaña —en la clara noche de luna— que los discípulos no eran dueños del viento. A las tres de la madrugada se acercó a ellos andando sobre las olas, como si fuera por tierra firme. La visión, como hacen los fantasmas, parecía que quería evitar la proximidad de los vivos. A los discípulos no se les ocurrió que pudiera ser el Maestro mismo en persona. No era, pues, extraño que todos aquellos hombres, pues todos veían la aparición, prorrumpieran en esta ruidosa exclamación: “¡Un fantasma!” Sólo cuando Jesús se dirigió a ellos y les dijo: “Tened buen ánimo, Yo soy, no temáis”, desapareció el miedo.

Entonces gritó Pedro al Maestro: “¡Señor, si eres Tú, mándame ir a Ti sobre las aguas!”

Jesús le dijo: “Ven.”

Saltó Pedro de la barca al agua y no se hundió. Como por tierra firme avanzó hacia Jesús. Pero, poco a poco, comenzaron a ocurrírsele toda suerte de imaginaciones; al fin y al cabo era cosa arriesgada. Le agitó el viento en bruscos choques; tuvo miedo; empezó a hundirse, y dió voces, diciendo: “¡Señor, sálvame!”

Pedro había levantado las manos hacia el Maestro y Éste lo sostuvo fuertemente y le reprochó como un amigo: “Hombre de poca fe, ¿por qué has dudado?”

Tan pronto como subió Jesús a la barca se apaciguó el viento. Los Apóstoles cayeron a los pies de Jesús, y lo adoraron diciendo: “Verdaderamente eres Hijo de Dios.”

La gran promesa en la sinagoga

Al día siguiente, la gente que estaba de la otra parte del mar vió que no había allí sino sólo una barca y que Jesús no había entrado en ella con sus discípulos, sino que éstos se habían ido solos. Y llegaron otras barcas de Tiberíades, cerca del lugar en donde habían comido el pan, después de haber dado gracias al Señor. Cuando la gente vió que no estaba allí Jesús ni los discípulos, entraron en las barcas y fueron a Cafarnaúm en busca de Jesús. Y cuando le hallaron en la otra parte del mar, le dijeron: "Maestro, ¿cuándo llegaste aquí?" Jesús les dijo: "En verdad, en verdad os digo que me buscáis, no por los milagros que visteis, sino porque comisteis del pan y os saciasteis." (Juan, VI, 22-59.)

Existe la costumbre de no pernoctar jamás con las barcas en la costa oriental del lago, pues el oleaje es allí muy bravío. Y así, para evitar las molestias del viento Oeste de la tarde, pasan las barcas ya antes a la costa occidental.

Todo esto se presupone tácitamente en el relato de San Juan.

Después que el pueblo había comido era ya tarde. Las barcas que se habían quedado en las cercanías durante el día habían ya hecho el viaje de vuelta. Así, muchos resolvieron aguardar a que Jesús volviera de la montaña. Una noche al aire libre no les daba miedo; por este tiempo se suele ya dormir en las azoteas. Los que no tuvieran lejos sus viviendas irían tal vez a casa a la luz de la luna por el puente del Jordán.

Más tarde la tormenta trajo cierto malestar a los que estaban al aire libre. Al amanecer se apaciguó aquélla y entonces salieron a pescar hacia Oriente los pescadores que durante la noche se habían quedado al abrigo, con sus barcas, en la costa del Oeste. Allí encontraron a los que se hallaban esperando en la orilla Este, los cuales se hicieron llevar por los pescadores al Oeste hasta Cafarnaúm. No fué poca su admiración al encontrar a Jesús en la sinagoga de la ciudad.

No habían desistido del plan de proclamar a Jesús rey; pero estaban irritados. ¿A qué fin había alimentado Jesús maravillosamente a las turbas si no quería interesarse por ellos? ¿Quién se

podía entender con Él? ¿Y de qué manera había llegado de la costa del Este a Cafarnaúm sin ser visto por ellos?

Esa es la primera pregunta que le dirigen: “Maestro, ¿cuándo llegaste aquí?”

Los orientales, cuando no ven claro qué actitud tomará el interpelado ante lo que ellos desean, comienzan con frases benévolas. Son hábiles en extremo para encauzar desde lejos la conversación hacia un fin determinado. Así ahora quieren deducir del tiempo de la llegada la manera cómo ha llegado Jesús de la costa Este a la del Oeste. Y, sin embargo, la cuestión que a ellos propiamente les interesa es esta otra: ¿Está Jesús dispuesto a presentarse como Mesías de la manera que ellos desean?

La multiplicación de los panes es el hecho que flota ante los ojos de todos: de Jesús, de sus discípulos y de los que le preguntaban. A los ojos de Jesús, la multiplicación de los panes es sólo un “signo”, un símbolo de un grande acontecimiento futuro; a los ojos de los que participaron en el milagro es éste ya el último cumplimiento de promesas; Jesús quiere llevarles del signo a la realidad cumplida; ellos, en cambio, sólo desean la repetición de ese signo, y nada más. Así se teje, hablando metafóricamente, una lucha en torno al sentido de la multiplicación de los panes. Jesús procura ganarlos para sus fines; ellos, en cambio, aférranse a sus propios anhelos; si Él da cumplimiento a estos deseos, ellos le reconocerán como Mesías. Por eso aun el discurso tiene un cierto vaivén en las ideas, hasta que Jesús les propone abiertamente las condiciones necesarias para poder entrar en el nuevo Reino.

Los judíos habían comenzado de muy lejos: “Maestro, ¿cuándo has llegado aquí?”

Cristo va derecho a la cuestión, a la causa por que lo buscan.

“En verdad, en verdad os digo que me buscáis no por los milagros que habéis visto, sino porque comisteis de los panes y os saciasteis. Trabajad, no por la comida que perece, sino por la que permanece para vida eterna, la que os dará el Hijo del Hombre. Porque el Padre, Dios, le ha acreditado para eso.”

Los que le preguntaban no prestan oído más que de pasada a esas palabras y dejan entrever que se harán adictos de Cristo si continúa a manifestárseles de la misma manera que en la multiplicación de los panes.

“¿Qué haremos para hacer las obras de Dios?”

¿Qué intención última se oculta tras esas palabras de un tono tan vago y tan piadoso? ¿A qué “obras de Dios” se refieren con eso? En todo caso, son obras que responden a sus ideas de los “días del Mesías”. El sentido debe ser, pues, éste: ¿Qué condición nos pones para retener siempre la comida milagrosa que prometes?

Jesús les dice:

“Esta es la obra de Dios: que creáis en el que Él ha enviado.”

Ellos lo encaminan todo a obtener de Jesús la promesa de renovar el milagro de la multiplicación de los panes. “¿Pero qué milagro haces para que viéndolo te creamos? ¿Cuál es tu obra? Nuestros padres comieron el maná en el desierto, como escrito está: Pan del cielo les dió a comer.”

La alusión al maná se presentaba por sí misma, pues en la tradición de entonces se decía: “El último Salvador (el Mesías) será como el primero (Moisés). Como el primero hizo descender maná, así hará bajar maná el segundo.”

Parece como si Cristo hubiera tenido ante los ojos esas palabras al sugerirles que el maná que les dió Moisés no descendía propiamente del Cielo, como el pan que Él les iba a dar.

“En verdad, en verdad os digo: No os dió Moisés pan del cielo; mi Padre os da el pan verdadero del cielo. Pues el pan de Dios es el que baja del cielo y da la vida al mundo.”

Como en otro tiempo la Samaritana, así ellos responden con una frase que no deja ver claramente hasta qué punto la entiendan.

“Señor, danos siempre este pan.”

Aquí Jesús es quien toma la dirección de la conversación. Comienza hablando de aquel pan del cual la multiplicación de los panes, la que todos tenían presente, no era más que un símbolo.

“¡Yo soy el pan de la vida! El que viene a Mí no tendrá hambre, el que en Mí cree no tendrá más sed. Pero en vosotros se realiza lo que ya he dicho: Me habéis visto, pero no habéis creído en Mí. Todo lo que mi Padre me da, a Mí vendrá, y no rechazaré al que venga a Mí. Pues yo he venido del cielo no para hacer mi voluntad, sino la voluntad de Aquel que me ha enviado. Y esta es la voluntad del que me ha enviado: que no se pierda nada de lo que Él me ha dado, sino que lo resucite en el último día. Porque esta es la voluntad de mi Padre: que todo el que ve al Hijo y cree en Él, tenga vida eterna y Yo lo resucitaré en el último día.”

Algo han entendido los judíos. Jesús se guarda bien de per-

mitir que imaginen milagros como el de la multiplicación de los panes, como si fueran el verdadero cumplimiento de las profecías mesiánicas. Por eso declara que todos los que creen en Él gustarán un pan más precioso que el maná. Este pan proviene del Cielo, no tan sólo aparentemente, sino en realidad de verdad, y no sólo mantendrá en ellos la vida corporal, sino que será alimento de aquella vida divina y misteriosa del alma, que no sufre merma ninguna con la muerte.

Ahora los que preguntaban se dirigen abiertamente contra la personalidad misma de Jesús.

¿No es éste Jesús, el hijo de José, de quien sabemos quién es su padre y quién su madre? ¿Cómo puede decir ahora, sin más: “Yo he bajado del Cielo?”

Aquí se oculta de nuevo en el fondo aquella idea popular de la venida del Mesías: “Del Mesías nadie sabe de dónde viene. De repente se presentará.” Jesús no puede ser el Mesías, se dicen, porque su origen es conocido de todos. Jesús les hace caer en la cuenta de que no le conocen, por razón de su incredulidad, más que por el exterior; que, por consiguiente, no conocen tanto como piensan de su origen.

“No murmuréis entre vosotros. Nadie puede venir a Mí si no le trajere el Padre que me ha enviado. En los profetas está escrito: Todos serán enseñados por Dios. Todo el que oyó a mi Padre y se instruyó llega a Mí. No es que nadie haya visto al Padre sino aquel que vino de Dios, éste ha visto al Padre. En verdad, en verdad os digo: “El que cree en Mí tiene vida eterna.”

Jesús da un pan especial para el alma; el alma vive de la comunicación con Dios; nadie puede ver a Dios, pero el que cree en el Hijo entra en comunión con el Hijo, y por el Hijo, en comunión con el Padre. Esas son las ideas que Jesús expone aquí.

Después comienza a amplificar la idea principal: “El que está en comunión con el Hijo vive al mismo tiempo en posesión del pan del alma”, determinando con eso más en concreto el sentido de aquellas palabras primeras e identificándose Él mismo con el pan del Cielo. El creyente recibe de Cristo más de lo que recibieron los padres con el maná. Él es y da un pan que preserva al alma de la muerte, y que devolverá un día al cuerpo su propia vida.

“Yo soy el pan de la vida. Vuestros padres comieron el maná en

el desierto y murieron. Este es el pan bajado del Cielo, para que el que coma de él no muera.”

“Yo soy el pan que tiene en sí mismo vida y desciende del Cielo. El que coma este pan vivirá eternamente; y cierto, el pan que yo os daré es mi carne, que yo entrego por la vida del mundo.”

Al oír estas palabras crece la excitación entre los oyentes; algunos gestos delatan oposición.

“¿Cómo nos puede éste dar a comer su carne?”

Jesús confirma que le han entendido bien e inculca otra vez:

“En verdad, en verdad, os digo: Si no coméis la carne del Hijo del Hombre y no bebéis su sangre, no tendréis vida en vosotros. En cambio, todo el que come mi carne y bebe mi sangre, en Mí mora y Yo en él. Como me envió el Padre, que tiene en sí la vida, y como Yo vivo del Padre, así vivirá de Mí el que me come. Este es el pan que desciende del cielo, no como el maná, que comieron vuestros padres y murieron. El que come de este pan vive eternamente.”

Escisión entre los seguidores de Cristo

Muchos de sus discípulos que habían oído estas palabras dijeron: “Duro es este razonamiento. ¿Quién lo puede oír?” (Ju., VI, 60-71.)

Jesús había manifestado con palabras bien claras lo que significaba en el plan de Dios la multiplicación de los panes. Era un milagro típico, que anunciaba un manjar del Cielo por medio del cual se conservara la vida del alma. El nuevo pan era superior al maná: daba una vida más perfecta y la conservaba eternamente.

Cuanto más claro hablaba Jesús, más inadmisibles debían de parecer sus palabras a los hombres que no renunciaban a sus ideas puramente terrenas de la Redención. Se trataba de comer pan, y en la predilección oriental por los juegos intencionados de palabras, comparan las palabras mismas de Jesús a un pan, un pan tan duro y de corteza tan reseca que no se puede comer.

“Duro es el razonamiento. ¿Quién lo puede oír?”

Jesús hace alusión a la falta que cometen con su desaprobación precipitada. Porque aún no les ha dicho cómo su carne y su sangre son alimento y bebida del alma. Entretanto, lo único que les pide es que crean de veras en su promesa. La fe en Cristo ten-

drá otras garantías; Jesús volverá otra vez al Padre del cual salió, y entonces empezará una existencia especial como Hombre Dios, en virtud de la cual se entregará al alma como alimento.

“¿Esto os escandaliza? ¿Qué haríais si vieseis al Hijo del Hombre subir adonde antes estaba? El espíritu es el que da vida; la carne nada aprovecha. Las palabras que Yo os he dicho, espíritu son, y vida son.

”Hay entre vosotros algunos que no creen. Por eso os he dicho que nadie viene a Mí si mi Padre no se lo concediere.”

La verdad es siempre verdad, y Dios ha previsto en su plan que no todos la admitirán.

Muchos discípulos que habían seguido hasta entonces a Jesús, le abandonaron al oír estas palabras. Pero eso era precisamente lo que Jesús había provocado; nadie tenía excusa ya para no tomar una actitud clara respecto de Cristo. Jesús se dirige aún a sus mismos elegidos. Pero debió de revelarse algo especial en sus ojos y en su actitud al dirigir esta acre pregunta a aquellos hombres con quienes siempre hablaba paternalmente: “¿También vosotros queréis marcharos?”

Y en nombre de todos, dijo Pedro: “Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna. Nosotros hemos creído y sabemos que eres el Santo de Dios.”

Ellos quedaron espantados cuando Jesús prosiguió: “¿No os he escogido Yo a los doce y, sin embargo, uno de vosotros es un demonio?”

Peor que aquellos que perdieron la fe y abandonaron a Jesús era aquel que, sin tener fe, permanecía con Jesús: Judas. Al mismo tiempo que ocurría esta escisión en Galilea, se empezaba a preparar el desenlace en Jerusalén.

El último verano en Galilea

Instrucción especial de los discípulos

Con la vuelta de los peregrinos de la fiesta de la Pascua empezaba un nuevo período del año: el tiempo de la siega. Entonando canciones blandían los segadores las hoces, segaban el trigo y la cebada y los acarreaban a la era. Las uvas comenzaban a madurar; los higos estaban ya blandos y en sazón. Había que protegerlo todo contra ladrones y animales de rapiña. Quien no dormía en la era para guardar los montones del grano quedaba guardando la viña. Resonaban gritos de júbilo y se saludaban alternativamente unos a otros con estrofas. Hacia el mediodía el calor y la cargazón de la atmósfera lo paralizaban todo. Por la tarde el viento Oeste traía nueva vida. El reseco paisaje desleíase cada vez más en tonos cenicientos, claros y blancoamarillentos.

Durante estas semanas, como en los dos “meses mudos” del invierno, cesa la vida pública. Por lo mismo, todos los años en el verano sufre una interrupción la enseñanza de Jesús. Pero esta vez el estado de inacción venía además determinado en su nota característica por otras circunstancias.

El milagro de la multiplicación de los panes por parte del Salvador había sido la última tentativa. El pueblo de Galilea no se rindió en su totalidad a aceptar una concepción más elevada del ministerio del Mesías; esto era ya un hecho evidente. Por eso evita Jesús desde entonces la aglomeración de grandes masas de gente. No se detiene ya mucho en las ciudades, como antes lo hacía, por ejemplo, en Cafarnaúm. Cuando obra milagros, pone empeño, aún más que antes, en evitar las aglomeraciones de pueblo.

El zigzag de las líneas que marcan sus peregrinaciones es ahora

incomparablemente más extenso y complejo. Los viajes por la región de los gentiles coinciden con los meses calurosos del último verano que Jesús pasó aún en Galilea, y en ese tiempo realiza también algunas excursiones junto al lago, aparentemente sin finalidad, y aún cruzó alguna vez el lago con la barca. A esta época corresponde también la subida al monte de la Transfiguración.

Al apartarse Jesús del pueblo se consagró de un modo especial a la instrucción y formación de sus discípulos. Precisamente los viajes por las regiones de los gentiles habían de ser en este sentido de grande importancia.

Confesión de Pedro en Cesarea de Filipo

Iba Jesús con sus discípulos a la región de Cesarea de Filipo. Después de haber orado a solas les preguntó: "¿Quién dicen los hombres que es el Hijo del Hombre?" Y ellos le respondieron, unos dicen que Juan Bautista, otros que Elías, otros que Jeremías o uno de los profetas." Y entonces les preguntó: "¿Y vosotros quién decís que soy Yo?" Pedro respondió: "Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo." (Mateo, XVI, 13-20; Marc., VIII, 27-30; Luc., IX, 18-21.)

Cuando Jesús se retiró a las regiones de los gentiles se halló solo y aislado; los fariseos no querían exponerse al peligro de hacerse legalmente impuros por el contacto con los paganos, y el pueblo sencillo, no se alejaba, en general, tanto de su patria.

Jesús pasó la frontera sólo con sus discípulos. Esta vez fué desde el lago de Genesaret, a lo largo del valle del Jordán, hacia el Norte. Los Apóstoles, que se habían criado toda su vida junto al lago, dedicados a la pesca, habían orientado con frecuencia sus barcas en tiempos anteriores hacia la desembocadura del Jordán, cuyas aguas arrastraban toda clase de cebo para los peces y los atraían en los ardores del verano con su frescura. Ahora iban con el Maestro por las cumbres y veían el río allá abajo, unas veces espumante a través de gargantas profundamente cortadas, otras deslizándose por depresiones pantanosas. Ante ellos se erguía el Hermón; aun en lo más ardiente del verano brillaban los lentiscos por la nieve semejantes a blancas nevaduras en sus formidables laderas redondeadas. Las aguas del deshielo penetraban la tierra, juntábanse en las simas y cauces subterráneos e irrumplan después

al pie de las montañas como potentes surtidores que parecían provenir del mismo infierno. Junto a una de las tres grandes fuentes del Hermón había hecho construir una ciudad el tetrarca Filipo, dándole el nombre de Cesarea de Filipo, "Ciudad imperial de Filipo", para halagar al César romano. Ya su padre, Herodes, había levantado allí mismo un templo en honor del dios Pan. En todo el contorno resonaba el aire por el ruido que producían las aguas en las simas.

Los discípulos, como galileos y antiguos vendedores de pescado, no debían de ser demasiado tímidos en el trato con los gentiles; pero se sentían extranjeros junto a los templos paganos y las estatuas de los dioses, y llamaban la atención de la gente. En los vestidos y en los rostros se les conocía que eran israelitas. Sabían lo que se decía de ellos. "¿Qué quieren éstos entre nosotros? No son ricos señores, pues ni siquiera tienen asno para viajar; pero tampoco son mendigos." De todas partes eran espiados: detrás de los árboles y de las cercas de las viñas, por las esquinas de las casas y desde las negras cavidades de las ventanas abiertas en paredes intensamente iluminadas por el sol. Los Apóstoles conocían eso, pues ellos mismos lo habían hecho antes.

Un día se apartó Jesús de ellos para orar. La soledad se prolongó mucho tiempo, y se sentían más desamparados que nunca. Siempre que Jesús volvía a ellos después de un alejamiento como éste, se les hacía en cierto modo más extraño. ¿Qué podía significar aquella oración en el país de los gentiles, lejos de Israel?

Al volver les preguntó: "¿Quién dicen los hombres que es el Hijo del Hombre?"

Mucha gente había ya procurado enterarse por los discípulos de lo que pensaban de su Maestro, y les habían manifestado a ellos su propio parecer sobre Jesús.

Todos convenían en que Jesús no podía ser simplemente un hombre. Sólo los enviados de Dios se presentaban con tan grande dignidad y obraban tales milagros. Pero Jesús era para ellos demasiado pobre, demasiado sencillo, demasiado bondadoso para tenerle por el Mesías. Por eso los unos decían: "Juan el Bautista ha vuelto de nuevo al Mundo", y muchos otros pensaban que Elías era quien había venido.

Elías es en Palestina la figura popular de la santidad. Por eso todos celebran su fiesta: los judíos, los cristianos y los mahometa-

nos. Un papel semejante y en cierto modo superior desempeñaba el Profeta en tiempo de Cristo. Era considerado como fiel protector del pueblo; se interesaba por todas las necesidades; se preocupaba de ayudar en todas las tribulaciones. El haber sido arrebatado a los Cielos antes de la muerte suscitaba en la fantasía las más variadas cuestiones. El pueblo se lo imaginaba unas veces como viviendo en la otra vida con los patriarcas; otras, tal como se mostró en la tierra entre su pueblo, es decir, auxiliando a los buenos y dando salud a los enfermos. Hasta llega a aparecer en alguna parte la idea de que revela a los hombres más “misterios celestiales” de lo que está permitido, y que por eso es corregido por Dios. ¿Qué cosa más natural que llegar a ponerle en relación con el Mesías? Malaquías hablaba de la vuelta de Elías “al fin de los tiempos”, y se entendían con esa expresión “los días del Mesías”. Según esta opinión, Elías era quien aparecería como heraldo del Mesías. Justino hace decir al judío Trifón, conforme a esta opinión: “Suponiendo que el Mesías ha nacido y que está en alguna parte, es aún desconocido y ni Él sabe de sí mismo (que es el Mesías) hasta que venga Elías y le unja y le proclame ante todos.”

Otros, a su vez, tenían a Jesús por Jeremías o por algún otro Profeta.

Los Apóstoles responden a Jesús lo que saben: “Unos dicen que eres Juan el Bautista; otros, que eres Elías; otros, que Jeremías a uno de los Profetas.”

Jesús hace aquí una pausa, y los Apóstoles presienten por la actitud del Maestro que ahora viene la pregunta que era el motivo de aquella conversación.

“Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?”

Cuando se ama se sigue buscando cuando los otros se dan ya por satisfechos, se reflexionan las cosas que a otros parecen ya claras y se busca modo de penetrar cada vez más adentro en la manera de ser íntima del amado. Eso es lo que ha hecho Pedro en los años transcurridos junto a Cristo, y en su interior brota como luz radiante un conocimiento extraordinario de Cristo. Jesús no es un legado como los Profetas; es Hijo de Dios, es ¡“el” Hijo de Dios! Pero no titubea ni retrocede, deslumbrado o desconcertado ante esa idea. Lleno de gozo y entusiasmo confiesa a Cristo, con la convicción de un hombre sencillo, que sabe por certeza íntima algo que le embarga completamente.

“Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo.”

La confesión de Pedro es un don del Padre celestial. Como el Padre fué quien envió al Hijo que se encarnó, así Él es quien ha revelado a Pedro el gran misterio. Pues Pedro debe ser el primero en la sociedad que el Hijo funda en la tierra; es decir, debe ser el jefe de la Iglesia.

Jesús anuncia solemnemente a Pedro su vocación futura:

“¡Bienaventurado eres, Simón, hijo de Jonás! ¡Ni la carne ni la sangre te han revelado eso, sino mi Padre, que está en los cielos. Y por mi parte yo te digo: Tú eres Pedro, la piedra, y sobre esta roca edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella. A ti te daré las llaves del reino de los cielos; y todo lo que ligares en la tierra será ligado en el cielo; y todo lo que desatares en la tierra será también desatado en el cielo.”

Las palabras de Jesús se corresponden hasta en lo más mínimo con las del Apóstol. Simón ha dicho a Cristo: “Tú te llamas Hijo del Hombre, pero eres el Mesías, el Hijo del Dios vivo”, y Jesús responde: “Tú te llamas Simón, hijo de Juan; pero tú eres Pedro, la piedra; tú eres la piedra sobre la que yo edifico mi Iglesia. El mismo Padre celestial así lo quiere; porque Dios el Padre, que no “carne y sangre”, no un hombre, es quien ha hecho que reconocieras quién soy yo.”

La expresión “carne y sangre” en el sentido de “hombre” era comúnmente usada; así dicese una vez: “El modo de Dios no es como el de la carne y sangre.” Al Dios “Rey de reyes” se oponen con frecuencia los “reyes de carne y sangre” o los reyes humanos.

Las palabras: “Tú eres Pedro y sobre esa piedra quiero yo edificar mi Iglesia” se podrían traducir por estas otras: “Tú eres Pedro, la piedra, y sobre ti, como piedra, edificaré mi Iglesia.” En arameo, que es la lengua en que fueron dichas estas palabras, como lo indica la frase “carne y sangre”, se dice con frecuencia “este hombre” en vez de “tú”, o más propiamente “el hombre, que eres tú”. Así la expresión “esta piedra” significa tanto como “la piedra que tú eres”. Por eso está muy en su punto la “y” antes de la expresión “esta roca”. ¡Las puertas del infierno no prevalecerán! Existe ya una sociedad, la sociedad de Satanás, que desde las puertas del averno se precipitará contra la nueva sociedad de Dios, pero no logrará aniquilarla. La expresión “las puertas del infierno” está en vez de “la potencia del infierno, el poder de los malos espí-

ritus". De igual modo la expresión "la puerta de oro" significaba "el gobierno" turco en Constantinopla. Aun hoy día se llaman los gobiernos por las calles o plazas donde están situados.

¿Qué quiso expresar el Señor con estas palabras? Ante todo, con perfecto paralelismo, así como Simón dice: "Tú eres el Mesías, el Hijo de Dios vivo", así dice Jesús a Simón: "Tú eres Pedro, la piedra." Pedro es ya, por consiguiente, la piedra. Como tal se ha acreditado ya; se ha acreditado como roca, precisamente por haber confesado con tan firme entereza la filiación divina de Jesús. Más tarde será edificada sobre él, sobre esta roca, la sociedad de los creyentes. Era corriente entre los judíos usar la palabra "edificar" en sentido espiritual. Aun la Ley se compara con un edificio. Asimismo la palabra "iglesia, sociedad", en el sentido de la "sociedad de los fieles", no era nueva. En el texto griego está insinuado que se corresponde entre sí la frase: "Tú eres el Cristo (el Mesías), el Hijo del Dios vivo", y la otra: "Tú eres Pedro" (la roca). No se dice "y yo te digo", sino "y yo de mi parte te digo a ti" (quién eres tú, como tú me has dicho a mí quién soy yo).

"A ti te daré las llaves del Reino de los Cielos." El que posee las llaves, tiene derecho a disponer de la casa. En ese sentido hablaban los judíos de las "llaves de la lluvia", que Dios no confía a nadie. El sólo es quien dispone de la lluvia. El que tiene las llaves del Reino de los Cielos puede abrir y cerrar. Con frecuencia hablaban los judíos también del Reino de los Cielos como del lugar donde Dios juzga, del "tribunal de justicia superior", por oposición al "tribunal de justicia inferior", o tribunal de la tierra, donde juzgan los doctores, representantes de Dios.

Jesús declara la imagen del poder de las llaves con otra imagen, hablando aún de las decisiones en el cielo y en la tierra. "Lo que tú ligares en la tierra, será también ligado en el Cielo; lo que tú desatares en la tierra, será también desatado en el Cielo." Las palabras "ligar" y "desatar", en el sentido del ejercicio de un poder espiritual, eran tan conocidas, que Flavio Josefo, que se ve que se esfuerza por escribir en buen griego, las toma literalmente del arameo, sin dar explicación ninguna. Pedro recibe, pues, el poder de representar a Dios en la tierra. Las dos imágenes, la de las llaves y la del atar y desatar, no eran miradas como dos comparaciones completamente diferentes, porque se usaban también las palabras "abrir y cerrar", en vez de "atar y desatar".

Se ha procurado explicar esta conversación junto a Cesarea de Filipo como una interpolación posterior. A lo que contradice por de pronto el simple hecho de que apenas hay otro lugar en los Evangelios en que se amontonen tantas expresiones genuinamente arameas. Sólo en arameo se podía decir: "Tú eres Pedro, la piedra"; en griego, por ejemplo, la palabra piedra es del género femenino. Aramea es también la expresión "sobre esta roca", en el sentido de "sobre ti, la roca"; aramea la expresión "carne y sangre", para significar "hombre"; aramea la imagen de las "llaves" y del "poder de atar", y aramea la imagen de las "puertas del infierno".

Primera predicción de la Pasión

Jesús mandó a sus discípulos que no dijese a ninguno que Él era Jesús el Cristo. Desde entonces comenzó a declarar a sus discípulos que convenía que Él fuera a Jerusalén y padeciera muchas cosas de los ancianos y de los escribas y de los príncipes de los sacerdotes, y que muriera y resucitara al tercer día. Y, tomándole Pedro aparte, comenzó a increparle diciendo: "Lejos esto de ti, Señor; no será esto contigo." Y vuelto hacia Pedro, le dijo: "Quítateme de delante, Satanás. Estorbo me eres, porque no entiendes las cosas que son de Dios, sino las de los hombres." (Luc., IX, 22; Marc., VIII, 31-33; Mateo, XVI, 20-23.)

Cuando un señor estaba ausente mucho tiempo, hacía entrega de las llaves a un representante y administrador, traspasándole todos los poderes. Los principales propietarios de Palestina moraban gran parte del año en Damasco o en El Cairo.

Con un sentimiento de noble orgullo en el corazón habían atravesado los discípulos su patria, al lado de su Maestro, que se había declarado solemnemente el Mesías. No hay cosa que vincule más como los secretos comunes. ¡Y ahora les decía Jesús estas palabras! Lo más peligroso para Cristo no era la permanencia entre los gentiles, sino la permanencia en Israel, y dentro de Israel la permanencia en Jerusalén, y aquí en Jerusalén no eran los pobres despreciables, sino las más altas autoridades, es decir, los ancianos, los príncipes de los sacerdotes y los escribas, los que atentaban contra su vida.

Sombras lúgubres cerníanse sobre Pedro con aquella imagen de la futura entrega de las llaves. ¿Iba a suceder con Jesús como con los grandes de la nación? ¿Se iría el Señor y dejaría sólo al administrador y representante? Pedro sentía gozo en llevar las llaves, pero sólo a condición de que fuera al lado del Maestro. ¡Y ahora quería el Maestro ir a Jerusalén, para sufrir y morir! ¿Qué sería del nuevo Reino?

El corazón violento arrebató al pescador del lago de Genesaret. ¡Él, el futuro Vicario de Cristo, bien tenía derecho a hablar un poco con Jesús; menos mal que se le alcanzó que no era decoroso hacer una advertencia a Jesús ante los demás. Y así se procuró en su celo una ocasión para hablar a solas con el Maestro; no podía ser por mucho tiempo, razón de más para expresarse él más enérgicamente.

“¡Por amor del cielo, Señor! ¡Nunca te suceda tal cosa!” Los palestinos acostumbran a decir después de cualquiera noticia mala: “Lejos eso de ti.” Por ejemplo, dice uno: “Fulano cayó y murió —lejos eso de ti—. ¡Que el Cielo te preserve de eso!” Esa misma expresión debió de emplear Pedro con el Maestro.

Pedro ya no piensa en que hace poco que ha confesado que Jesús es el Hijo del Dios vivo.

Los otros discípulos les alcanzaron. Les acuciaba el deseo de saber qué tenían que tratar los dos así en privado, y también habían quedado algo celosos con Pedro después del gran suceso de Cesarea. Jesús cortó rápidamente la conversación delante de todos, diciendo a Pedro:

“¡Apártate de mí, Satanás! Eres para mí un seductor! Tú no piensas como Dios, sino como los hombres.”

Los discípulos quedaron sobrecogidos. Una centella de aquel enojo de que era capaz sólo el Maestro, había brillado en la faz de Jesús, y eso estando en conversación con aquel discípulo, a quien el Maestro permitía más que a los demás, según ellos pensaban en sus celos exagerados.

Pero la bondad natural de Jesús reapareció pronto y se sobrepuso a su severidad momentánea. Todos eran sus queridos discípulos, el precipitado Pedro y los curiosos oyentes. Todos le amaban y estaban resueltos a perseverar junto a Él. A estas alturas ya no podía tardar más en revelarles los oscuros caminos a través

de los cuales tenía que pasar Él y todos los que quisieran llegar a la gloria del Padre.

“Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame.”

Esas palabras fueron un golpe seco y rudo para los discípulos. En el primer momento de sorpresa debió de parecerles como si el Maestro no les amara a ellos tan intimamente como ellos a Él, porque no les prometía lo que deseaban, sino otra cosa superior, incomprendible aún para ellos.

“Tome su cruz y sígame.”

¡Esas palabras sonaban tan mal a sus oídos! Pues significaban nada menos que una condenación a la mayor ignominia. ¿Cómo había podido descender el Maestro hasta emplear esa imagen? En los tiempos agitados de entonces eran frecuentes las crucifixiones de malhechores. El infeliz condenado llevaba el palo transversal al hombro hasta el lugar del suplicio. El temperamento ardiente de los discípulos se revolvía contra esta imagen.

Y Jesús grabó, por decirlo así, esa imagen en el corazón de sus discípulos. Más aún: el que no quisiera perder al Maestro tendría que seguirle por el camino de la cruz; no podía volverse atrás cobardemente ni por los sufrimientos de su propio cuerpo, ni por las palabras, ni por las miradas de los demás. Pronto sería necesario un ánimo audacísimo para ponerse de parte de Jesús Nazareno.

“¡Quien quisiere atender a su vida, la perderá; pero quien la perdiere por mi causa y por razón del Evangelio, éste la ganará! ¿Qué aprovecha al hombre ganar todo el mundo, si con eso pierde su alma? ¿Qué dará el hombre en cambio por recuperarla? El Hijo del Hombre, cuando aparezca con los santos ángeles en la gloria de su Padre, se avergonzará de quien se avergonzare de Él y de sus palabras, ante esta generación adúltera y pecadora.”

Lúgubre como la muerte era el camino que debían andar con Él los discípulos. Pero a la noche seguía un amanecer y una gloria superior a todo lo que se puede imaginar. Los que perseveren junto a Él alcanzarán los tiempos en que su Reino se extenderá sobre toda la tierra. Y un resplandor de esa gloria lo verán ya dentro de pocos días algunos de ellos. “Entre los que están aquí hay algunos que no gustarán la muerte hasta que vean venir al Hijo del Hombre en su Reino.”

La Transfiguración

Seis días después tomó Jesús consigo a Pedro, a Santiago y a Juan y les llevó aparte a un monte alto. Y entre tanto que hacía oración, la figura de su rostro se transformó y sus vestidos se tornaron resplandecientes y blancos como la nieve, y tanto que ningún batanero de la tierra los puede hacer tan blancos. Y he aquí que hablaban con Él dos varones: Moisés y Elías, que aparecieron en forma gloriosa, que hablaban de la muerte que había de sufrir en Jerusalén. (Marc., IX, 2-13; Mat., XVII, 1-13; Lucas, IX, 28-36.)

Seis días después llegó Jesús con sus discípulos al pie de un monte. Y tomó consigo a Pedro, a Santiago y a Juan, y subió con ellos hasta la cumbre. Los demás discípulos debían esperar la vuelta en la última población.

Era verano. Cuanto más alto subía la pequeña comitiva, tanto mejor veían el panorama por encima de las cadenas de montañas y las llanuras que entre cordillera y cordillera se extendían.

En ese tiempo es raro ver en el cielo verdaderas nubes. Las nieblas que por la mañana emergen del lago subiendo a las mesetas se evaporan pronto con los ardientes rayos del sol y quedan absorbidas por la caldeada atmósfera. La cosecha ha terminado ya. Las zarzas y cardos que crecen en los campos después de la cosecha están ya desflorados y ya maduras las cápsulas que contienen las semillas. Los campos de cultivo apenas se pueden distinguir de las partes no cultivadas por lo reseco que están y lo brillantes que se ponen con el polvo que arroja sobre ellos el viento. Todo se deslía en un gris amarillento monótono, sobre el que resaltan como islas pequeñas algunas manchas verdes.

Un mar de luz solar inunda la comarca. Yérguense a la redonda, bañadas en intenso resplandor y atravesando el fulgor de la atmósfera, las anchas y abruptas cumbres de las cordilleras; brillan los yacimientos de piedras calcáreas, relucientes y carcomidas, y la maleza verde oscura hace la impresión de un salpullido entre las rocas.

Probablemente emprendió Jesús la subida después de mediodía, pues estando el sol en el cenit no se acostumbra a caminar en Palestina. Al atardecer, empieza cada día a soplar el viento

Oeste sobre montes y valles. “El viento del Oeste ha soplado, levántate de la sombra” —dice un cantar.

Los tres discípulos debieron de preguntarse por qué no había querido el Señor que vinieran los demás. Si Jesús deseaba orar como de ordinario, habrían de pernoctar en la montaña.

No les espantaba el tener que pasar la noche al raso. Pues en las ardientes noches de verano todo el mundo evitaba la atmósfera sofocante de las habitaciones. Se echaban en la azotea, cubiertos con un manto, teniendo una piedra o leño por cabecera; muchas veces se levantaba una tienda veraniega, hecha de ramas de árboles, parecida a las que se hacen para guardar las viñas.

Ei viento de la tarde traía algo de frescura, y los discípulos se durmieron después de la fatiga de la subida. De pronto les despertó un resplandor ofuscante. Levantaron los ojos y vieron que el fulgor salía del cuerpo de Jesús. Su rostro brillaba como el sol, y la irradiación de su cuerpo atravesaba el vestido y lo nimbaba. Junto a Él había dos hombres aureolados igualmente de gloria. Por sus palabras reconocieron que eran Moisés y Elías, los cuales hablaban con Jesús de algo que los Apóstoles no querían comprender: sobre la pasión y muerte de Cristo en Jerusalén.

Pedro, sumergido en la contemplación, se olvidó de todo lo demás. Cuando Moisés y Elías se apartaron de Jesús, trató de retenerlos, diciendo al mismo tiempo a Jesús:

“Maestro, bueno es que nos estemos aquí y hagamos tres tiendas: una para ti, otra para Moisés y otra para Elías.”

Eran tres señores y tres siervos. Nada, pues, más acertado. Esa es la costumbre entre la gente distinguida. Los señores duermen en palacios o tiendas; los siervos, envueltos en su manto, se echan en el desnudo suelo delante de la puerta, como se ve en Palestina y en Egipto. Al amanecer se dejaba sentir en las alturas el fresco. Y Pedro pensaba que Jesús, Moisés y Elías estarían bien protegidos en tiendas de ramas y de árboles. No vela Pedro que Moisés, Elías y Jesús, hallándose en tal estado, no sufrían con el frío y el rocío, y que, por consiguiente, tampoco necesitaban habitación terrena.

Sobre la cumbre del monte se formó una nube luminosa y se desplegó como un pabellón. Moisés y Elías desaparecieron en ella.

Los tres discípulos no habían pensado hasta entonces de dónde hubieran venido los dos hombres a la montaña. Al ver adónde se

retiraban, sintieron alegría con cierto temor y estremecimiento. Cuando Jesús estaba ya solo, en la nube resonó una voz del Cielo que dijo: “¡Este es mi Hijo muy amado, oídle!”

Los discípulos, que tan familiarmente trataban con el Hijo de Dios, al oír la voz, cayeron sobre sus rostros. El Altísimo estaba cerca.

Y entonces notaron que Jesús les tocaba. Levantan los ojos a lo alto. Pero todo lo maravilloso había desaparecido a su alrededor. Jesús está delante de ellos con los vestidos ordinarios de cada día.

Los discípulos ardían en deseo de contar a los otros compañeros la maravillosa transfiguración de su Maestro. Pero mientras descendían les mandó Jesús que callaran esos sucesos hasta que Él “hubiera resucitado de entre los muertos”. Mientras bajaban los Apóstoles por entre malezas y bosques iluminados por el sol, hablaban entre sí sobre la relación que pudieran tener esas palabras: “resucitar de entre los muertos” con el establecimiento del nuevo reino. A su parecer, todo estaba preparado del modo más conveniente para anunciar desde el monte el nuevo reino. Pues ¿por qué no bajó Elías con ellos, ya que tantas veces habían oído decir que precedería al Mesías? Por esa razón preguntaron al Maestro: “¿Por qué dicen los escribas que Elías debe venir primero?”

Y Jesús les dijo: “Verdad es que ha de venir Elías y restablecerá todas las cosas. Pero ¿cómo se han de interpretar las palabras de la Escritura que el Mesías sufrirá mucho y que será objeto de desprecio? Respecto a esto os digo que Elías ya ha venido; pero los hombres no le conocieron, antes hicieron con él cuanto quisieron. Así también harán padecer al Hijo del Hombre.”

Juan fué el Elías para la primera venida de Jesús, siendo el precursor del Mesías, y lo fué también porque, a pesar de su celo, no halló aceptación en el pueblo. En su suerte se podía prever lo que esperaba al Maestro. Así la transfiguración sobre el monte terminó con una nueva predicción de la muerte humillantísima.

Despedida del lago de Genesaret

Entonces comenzó a reconvenir a las ciudades en que había obrado más milagros, porque no se habían convertido: "¡Ay de ti, Corozain! ¡Ay de ti, Betsaida!" (Mat., XI, 20-24; Luc., X, 1315.)

Por entonces o algunas semanas después, entre la fiesta de los Tabernáculos y la de la Dedicación del templo, cae la despedida definitiva de Jesús del lago de Genesaret. No sabemos cuándo manifestó Jesús a sus discípulos lo que entonces le movió a marcharse de allí. No obstante, en alguna ocasión habíase manifestado al exterior la suave melancolía y la tristeza del amor despreciado, que ahora se desbordó en estas palabras de queja:

"¡Ay de ti, Corozain! ¡Ay de ti, Betsaida! ¡Si en Tiro y en Sidón se hubieran obrado las maravillas que se han obrado en vosotras, tiempo ha que hubieran hecho penitencia en cilicio y ceniza! Por eso os digo: Tiro y Sidón serán tratadas con menos rigor que vosotras en el día del juicio. Y tú, Cafarnaúm, ensalzada hasta el cielo, hasta el infierno serás sumergida. Si se hubieran hecho en Sodoma los prodigios que se han obrado en ti, aún estaría en pie. Pues bien; yo os digo: Sodoma será tratada en el juicio más favorablemente que tú."

Por última vez miró el Señor las ondas del lago verdeazuladas, que dormían entre las pendientes requemadas de las montañas del desierto y miró también las orillas, densamente pobladas. Allí se extendían, entre las aguas del lago y las pendientes, verdaderos bosques de árboles frutales, que ya en aquellos meses del avanzado verano formaban manchas de color gris, parduscas y verdinegras. Allí no se hacía sentir nunca la escasez del agua, pues la del lago era potable. Allí no había nunca sequía en los campos colindantes, ni en los viñedos, ni en las huertas de frutales, porque las norias y arcaduces conducían el agua hacia el interior de la comarca. Jesús preveía cómo descendería el desierto, por decirlo así, de las alturas en todas direcciones; las magníficas huertas y los arbolados morirían, las casas se hundirían en la arena. Veía cómo con el tiempo no quedaría nada de esos pueblos tan florecientes de las riberas del lago.

El paisaje de Judea

Judea es una alta meseta con incontables crestas de montañas, redondeadas o alargadas, casi todas de la misma altura; geológicamente son de una piedra calcárea muy consistente. En las cimas lisas de los montes brillan los pedregales revueltos, entre los cuales crecen, a lo más, espinos enanos y cardos. Estas plantas hacen a la vista la misma impresión que el brezo en las estepas o el rododentro en los Alpes. Los estratos diversos de estas cordilleras corren siempre horizontalmente; los bordes presentan el aspecto de blancos listones. A trechos aparecen los estratos cortados por hondas simas, en la dirección del valle, por las que se precipita a lo profundo el agua de torrenciales aguaceros, arrastrando consigo la poca tierra que se había ido reuniendo en la pendiente. Los valles ordinariamente no tienen agua. Sólo en algunos parajes aislados, como Jerusalén y Belén, se hallan grandes hondonadas con buena tierra laborable.

Hay allí dos plantas de cultivo que prosperan precisamente en el suelo de rocas calcáreas consistentes; éstas son la vid y el olivo. Las dos tienen la propiedad de penetrar por el suelo en una grande extensión, con sus finísimas raíces, que absorben los jugos. Cuando los chaparrones destruyen los cercos de los terraplenes y deshacen la tierra, se pueden observar algunas raíces de cepas, cuya red alcanza una longitud de 10 y más metros. Las vides soportan relativamente bien los ardores del verano y recogen en sus hojas, como en copas, el rocío. El esplendor de los pámpanos sobre un suelo amarillento-gris, requemado, se cuenta entre las bellezas naturales más características de este país. El cultivo de la viña ha disminuído no poco desde el tiempo de Cristo, a lo cual ha contribuído la prohibición del vino, impuesta por Mahoma. La comarca del Hebrón, rica aún en viñas, da idea de lo que el país era en aquel tiempo.

Con la misma fuerza que la vid, el olivo cubre el subsuelo con una espesa red de raíces filamentosas. Por eso no se plantan en el mismo campo vides y olivos, porque su crecimiento quedaría comprometido por la lucha subterránea de las raíces.

Aun hoy día es Judea una región de olivares. El olivo, donde mejor prospera es donde tiene que "extraer el aceite de las rocas".

LA MESETA DE JUDEA

Esta fotografía, en su conjunto y en sus particularidades, da una idea de Palestina en general y de Judea en particular. Las montañas se componen de estratos horizontales dispuestos unos sobre otros como en gradas. Esos terraplenes naturales vienen a ser completados, ensanchados y multiplicados por la mano del hombre. Las torrenciales lluvias invernales arrastran la tierra de erosión de las lisas cumbres hacia los valles; por eso las partes altas de las montañas están desnudas y desiertas. En tiempo de Jesús debía de haber bosquecillos en algunos puntos. En las terrazas inferiores se siembra grano y se plantan copas. En tiempo de Cristo, antes de la prohibición del vino por Mahoma, había en Judea muchas más viñas que ahora. En casi todos los campos cultivados hay higueras. Algunas se pueden distinguir por sus sombras en las franjas de los campos recién arados. La fotografía está hecha en diciembre, cuando empieza la labranza. Las higueras tienen aún algunas hojas amarillentas en la copa. Más allá de las parcelas labradas se ven las huellas y las líneas de antiguos terraplenes que en tiempo de Jesús estarían, sin duda, también cultivados. Esas filas de árboles oscuros redondeados son plantaciones de olivos. Resalta muy bien cómo la distancia de los árboles es cada vez mayor cuanto más cerca están de la cumbre y cómo las copas aparecen cada vez más pequeñas; hacen el efecto de un salpullido en la espléndida ladera. En primer término se ven los antiguos tipos de casas; a la derecha, junto al margen, una cúpula abovedada recubierta con barro. En el centro tropieza la vista con el tejado de barro de una casa, bien apisonado. Antes de las lluvias se echa paja corta y se apisona. A la derecha, en el ángulo, se puede ver el agujero por donde se recoge el agua en la cisterna. Los niños se inclinan sobre el borde y gritan en la dirección del patio que está detrás. Cuando en una aldea hay una reunión importante, sube el jeque al tejado para pronunciar un discurso. "Lo que se os ha dicho al oído, anunciadlo desde los tejados." En general, el tejado (mejor, *azotea*) es del dominio de la mujer. Aquí se ponen a secar las pasas y las algarrobas, los higos y las hojas del tabaco; allí hay estiércol y espinos para el fuego, y se ponen al ardiente sol los cántaros de barro recién hechos. La frase de San Marcos: "Descubrieron el tejado, y, habiendo hecho un agujero, dejaron caer la camilla" se entiende así mejor. Entre la casa y el margen de la fotografía, algunas higueras ya sin hojas extienden sus ramas al aire. En la fotografía siguiente se aprecia el aspecto de esta casa por la fachada.



Por eso alrededor de las poblaciones de Judea se disfruta siempre el mismo cuadro. Junto al poblado o en alguna hondonada están los pocos campos y las viñas que aún se conservan; después vienen las plantaciones de olivos. Los árboles están en hileras; cuanto más arriba se va, tanto más rala se va haciendo la plantación y tanto más raquíticamente se desarrollan los olivos. El olivo nunca tiene la apariencia del árbol joven; las hojas de los nuevos retoños, guarnecidas con un finísimo fieltro, son sólidas y densas como las de los ramos ya viejos y crecidos y tienen el mismo color. El follaje de olivo apenas tiene savia; por eso es ligero, diríase que oscila en el aire sin pender de los ligeros ramos ni serles una carga. Las hojas de los retoños más pujantes crecen casi verticalmente y los enveses brillan con un gris plateado cuyo fulgor se percibe desde lejos con la fuerte luz del Oriente.

Comparando los cuadros de las parábolas de Cristo con el cuadro real del paisaje, hay una cosa que cuanto más se piensa más llama la atención. ¿Por qué Cristo nunca menciona en sus parábolas el olivo? No sabemos dar otra respuesta sino ésta: creemos que Cristo nunca nombró este árbol porque no daba pie a una parábola para ilustrar su doctrina, por ser más bien una representación de su propia persona y una evocación perdurable de aquellas horas de agonía que pasó en Getsemaní bajo los olivos.

De naturaleza enteramente diversa es una tercera planta de cultivo de Judea, la higuera. Necesita, es verdad, tierra profunda; pero no exige gran extensión para sus raíces, agradece cualquier cuidado y es una planta que puede vivir entre las vides y en los campos de cultivo.

Las hojas son gruesas y verdinegras, brillan como si estuvieran pulimentadas, tienen pecíolos fuertes y curvan con su peso las ramas hacia el suelo.

Es árbol de hoja caduca. Cuando vuelve el calor del verano, reaparecen. Los higos son de grande utilidad en la meseta de Judea, donde no maduran los dátiles, ni en invierno hay abundancia de legumbres. Este fruto, fresco y seco, constituye un verdadero alimento del país. Poderse sentar bajo una higuera que da frutos maduros y está rodeada de cepas con racimos era, en el Antiguo Testamento, el ideal de tiempos felices.

Los cuidados que exigen esas tres clases de plantas, comparándolos entre sí, se expresan en un proverbio de esta manera: La vid

es una señorita que siempre da que hacer; la higuera es una campesina que en la mayor parte de los casos se arregla ella sola; el olivo es como la mujer de un beduino, que vive en el desierto y no necesita nada.

No soportando el olivo en su derredor otras plantas, se explica cómo, nombrándose en la Escritura frecuentemente la vid junto con la higuera, no se nombre nunca el olivo con la vid o con la higuera.

El punto céntrico de Judea era Jerusalén, la ciudad de las grandes reuniones de masas de pueblo y de peregrinos. Situada en la meseta de Judea, relativamente pobre, hacía la impresión de una gran ciudad de nuestros días. En sus alrededores, la población era medio campesina, medio ciudadana. Las diferencias entre ricos y pobres eran grandes; las formas exteriores de vida traían consigo los cambios correspondientes a tales diferencias.

Ya hemos dicho cómo las parábolas de Cristo reflejan las características de Judea, y también se ha hablado de las parábolas en particular.

La fiesta de los Tabernáculos antes de la Pasión

Salida de Cafarnaúm de la caravana de peregrinos

La fiesta de los judíos, llamada de los Tabernáculos, estaba próxima. Y sus hermanos dijeron a Jesús: "Deja esta región y ve a la Judea, para que tus discípulos vean también las obras que haces. Pues ninguno permanece oculto si quiere ser conocido; si puedes hacer esos prodigios, manifiéstate al mundo." Porque ni aun sus hermanos creían en Él. (Juan, VII, 2-9.)

Estando Jesús aún en Cafarnaúm, en la casa de Pedro, coincidió el tiempo en que las caravanas de peregrinos tenían que subir a la fiesta de los Tabernáculos. La despedida de los peregrinos en los diversos centros de reunión era una fiesta en la que todos tomaban parte, como hoy día toman todos parte oficial cuando los peregrinos mahometanos van a la Meca.

Los israelitas de la meseta de Galilea se dirigían hacia el lago y se encontraban en las ciudades costañas. Así habían llegado a Cafarnaúm varios parientes del Maestro (los parientes cercanos se llaman "hermanos" en todos los pueblos meridionales), y en casa de Pedro hicieron una visita a Jesús, que era la gloria de la familia. Sabían cómo la fama de Jesús iba disminuyendo en el pueblo. Pero ¿qué tenía que ver que se le retiraran los galileos, si se declaraban por Él los principales del pueblo en Jerusalén? ¿No era una especie de locura juntarse con pescadores, agricultores y publicanos en la despreciable Galilea? Jesús les parecía a ellos demasiado apocado y tímido, pues no sabía mostrar sus cualidades y su poder

donde convenia, y cuadra muy bien con la manera de ser de aquel pueblo, si pensaron que era la parentela a quien le tocaba intervenir en este caso. Diéronle, pues, un buen consejo, expansionándose como lo suelen hacer los parientes en casos semejantes:

“Sal de aquí y ve a la Judea, para que tus discípulos vean también las obras que haces. Pues ninguno actúa en oculto si quiere valer algo en la vida pública; si tan grande es tu poder, manifiéstate al mundo.”

Jesús tenía el designio de entrar algún día en Jerusalén al frente de las muchedumbres de peregrinos y hacerse allí aclamar solemnemente. Pero esa entrada traería consigo su muerte; por eso no podía tener lugar antes del tiempo fijado por su Padre. Eso es lo que Jesús insinúa en la respuesta que da a sus parientes:

“Mi tiempo aún no ha venido; mas para vosotros cualquiera es oportuno. No puede el mundo aborreceros a vosotros; pero a Mí me aborrece, porque Yo doy testimonio de que sus obras son malas. Subid vosotros a esta fiesta, porque mi tiempo no es aún cumplido.”

Jesús rehusa con estas palabras tomar parte en la caravana; mas no revela nada sobre sus planes.

El ambiente en la fiesta de los Tabernáculos

Mas después que sus hermanos hubieron subido, Jesús subió también a la fiesta, no públicamente, sino como en oculto. (Juan, VII, 10.)

La fiesta de los Tabernáculos no era la principal, pero sí la más popular de todas. Instituída en memoria de la peregrinación del pueblo de Israel por el desierto bajo la protección divina, era, al mismo tiempo, una fiesta de acción de gracias por la cosecha y de rogativa para obtener la lluvia y prosperidad de los campos en el año venidero. En esta fiesta, que se celebraba en el mes de septiembre, se reanudaban las rogativas que habían terminado en la Pascua.

Por aquel tiempo ya estaba recogido en todas partes el trigo, aun en las tierras montañosas de Judea. Ya lo habían llevado en burros y camellos a la era, lo habían trillado con rodillos o de otro modo, habían aventado las parvas y, después de cribar el trigo y de medirlo con cierta solemnidad en silencio, había sido, por

último, transportado a casa y metido en vasijas de barro. La uva había sido vendimiada, excepto los racimos que se retrasaban de intento dándoles sombra. El mosto, que brillaba al sol como sangre fresca, se había recogido, pisando los racimos y cayendo gota a gota en la tina. De allí había sido envasado en barriles. Por entonces también habían madurado los higos de todas clases: los amariloverdosos y los morados, los que son por dentro blancos y los negroazulados, y los que son por dentro de color rojizo. Semanas enteras permanecía la familia o parte de ella, sin ir a casa, en las viñas en que había higueras. Las olivas estaban todavía verdes; pero ya habían alcanzado todo su desarrollo y empezaban a almacenar dentro de sí el precioso aceite.

Las plantas de verano, que se protegen contra el rigor de los rayos abrasadores del sol con una corteza filamentosa o con sus hojas brillantes, duras y punzantes; las diversas especies de menta y toda clase de cardos están ya endurecidas como el leño y muertas. La tierra donde ha pisado varias veces el pie del hombre o la pata del animal se ha pulverizado en partículas más menudas que la más fina harina, y levántase en nubes de polvo tan ligero que queda flotando sobre el camino; penetra en la piel, reseándola; anida en los vestidos y se mete en todas las casas. Los lechos de los arroyos, que en la primavera y principios de verano aún llevaban agua, brillan entre oscuros matorrales como zanjas resacas.

En las cisternas, a fuerza de sacar agua, se llega ya al fondo; en el pozal sobrenadan mil suciedades cuando llega arriba. Y contento puede estar el que llega a sacar algo de agua para refrescarla en grandes y porosos cántaros y hacerla de algún modo potable.

El desierto parece haberse tragado la tierra; sólo los mojones de los linderos y los montones de cantos rodados indican la tierra cultivada. En blanquecinos y amarillentos tonos, semejante a un paraje que nunca ha estado verde y nunca puede estarlo, extiéndese la comarca bajo un cielo claro de luz resplandeciente.

Pero en cuanto caen las lluvias otoñales comienza la tierra a germinar. En todas las grietas y hendiduras germinan y retoñan las plantas, y el aspecto del país cambia en pocos días. Tras la pesada canícula del verano, era el otoño en Palestina lo mismo que para nosotros la primavera tras el frío mortal del invierno.

Lo que cada particular sentía en ese tiempo pasaba a ser manifestación pública y nacional en los ocho días de la fiesta de los Tabernáculos. Presentábanse todos ante el Señor para dar gracias, llenos de alegría, por los dones del año pasado y suplicarle al mismo tiempo que refrigerara y despertara a nueva vida con torrenciales lluvias del cielo la tierra seca y yerma como un desierto.

En esta fiesta no se vivía en las angostas moradas ordinarias, sino en alegres tiendas, como las que se levantaban en las viñas y en las azoteas de las casas. Sobre estacas horquilladas se colocaban palos transversales y encima carrizo y ramos de árbol con espeso follaje. Jesús, con sus discípulos, habitó también, naturalmente, cuando llegó a Jerusalén hacia la mitad de la fiesta, en esas tiendas de follaje. La pendiente del monte de los Olivos se prestaba muy bien, por estar fuera de la ciudad, para tales tiendas, porque bajo los olivos estaba el suelo sin cultivar. Por eso no es imposible que Jesús viviera ya durante esos días en el huerto de Getsemaní.

Sólo los hombres estaban obligados a vivir en las tiendas, y allí debían comer y dormir. En esos siete días, por norma general, debía el hombre vivir en ellas, y sólo accidentalmente podía estar en su casa. Para dar a entender exteriormente esa permanencia se llevaba a las tiendas "el ajuar precioso" y las adornaban con los frutos del granado, con uvas y con coronas de espigas. Del rabí Gamaliel (80 años después de Cristo) se cuenta que una vez le llevaron a su casa dos dátiles y un vaso de agua y dijo: "Llevadlo fuera a la tienda de follaje." Con tanta escrupulosidad tomaba él la obligación de comer en las tiendas. El vivir en las tiendas se consideraba como señal de gratitud por los favores de Dios durante el paso por el desierto. Las tiendas mismas se tomaron espontáneamente como símbolos de la protección de Dios.

Todos tenían empeño en llegar a tiempo a Jerusalén, pues la primera noche de esta fiesta era lo más grande que un israelita podía imaginarse. Mientras brillaban en todas las cornisas y ventanales del templo las lámparas y las grandes teas de los altos candelabros, el coro del templo entonaba los salmos graduales sobre las quince gradas entre el atrio de los hombres y el de las mujeres. En la noche de verano, con su cielo misteriosamente negro aterciopelado, tachonado de enjambres de estrellas, resplandecían las tem-

blorosas llamas como una danza de teas. Aquel espectáculo interesaba aún a las personas más distinguidas de Jerusalén y a los severos doctores de la Ley. En la obscuridad resonaban los gritos de júbilo de los espectadores, como resuenan, por ejemplo, aun hoy día al empezar la iluminación festiva, la víspera del nacimiento de Mahoma.

Después, día tras día, se sucedían sin interrupción los sacrificios. Esperaban con interés la función siguiente, pero felices ya con lo que veían. Los primeros días de la fiesta eran de acción de gracias y el último de rogativa para obtener la lluvia, que debía despertar nueva vida en la región reseca y polvorienta. En la fuente de Siloé, que brotaba en el interior de la montaña del templo, se llenaba de agua una jarra de oro. Mientras se ofrecía el sacrificio matutino, descendía un sacerdote y la llevaba a la puerta del templo que se llamaba precisamente en razón de esta fiesta, “la puerta del agua”.

Allí esperaban los sacerdotes y el pueblo. El sumo sacerdote era recibido al son de las trompetas y entre los cantos del coro. Después se encaminaban al gran altar de los holocaustos. El sumo sacerdote derramaba el agua en una bandeja junto al altar del sacrificio y entretanto decían los sacerdotes el verso del salmo: “Con gozo sacaréis agua de las fuentes de salud”. El son de las trompetas llegaba hasta el pueblo, el cual, al oírlo, postrábase en tierra.

Siete veces rodeaban después los sacerdotes el altar, llevando en la mano derecha el ramo festivo, que se componía de un limón enano llamado *ethrog*, una palma, dos ramas de sauce y tres de mirto. Los relatos de los rabinos y de Flavio Josefo coinciden literalmente con toda fidelidad. El uso de palmas supone, como la escena de la entrada triunfal de Jesús, que entonces había en Jerusalén más palmas que hoy. Como diríamos hoy, el ramo era el “distintivo” religioso de la fiesta. Con el ramo en la mano se tomaba parte en la función litúrgica, oraban con él y lo llevaban por las calles. Con ese ramo apareció Jesús en el templo acompañado del séquito de los Apóstoles.

Cuando los sacerdotes, en el canto del salmo 128, llegaban al lugar que dice: “¡Hossanah! ¡Ah, Señor, ayúdanos! ¡Ah, Señor, da prosperidad!”, agitaban los ramos. Junto con ellos, el pueblo allí reunido imploraba del cielo, que aún estaba sin nubes, como suele estar en verano, la bendición de Dios.

No en vano decía el proverbio: “El que no ha visto el júbilo

en el lugar donde se saca el agua (el júbilo en las solemnidades de la fiesta de los Tabernáculos en el templo), ése no sabe lo que es júbilo." Ninguna otra fiesta traía consigo días de tan alegres emociones. Bastaría un hombre que excitara al pueblo con palabras arrebatadas contra los enemigos del país, los romanos, para que se produjera el levantamiento. No en vano los parientes de Jesús le propusieron precisamente esta fiesta para que hiciera su presentación en Jerusalén.

Jesús se presenta en Jerusalén mediada la fiesta

Los judíos buscaban a Jesús en el día de la fiesta y decían: "¿En dónde está aquél?" Y había grande murmullo acerca de Él entre la gente, porque los unos decían: "Es bueno." Y los otros: "No, que engaña a las gentes." Pero ninguno hablaba abiertamente de Él por miedo de los judíos. Y mediada la fiesta subió Jesús al templo, y enseñaba. Y se maravillaban los judíos y decían: "¿Cómo sabe éste letras, no habiéndolas aprendido?" (Juan, VII, 11-36.)

Este año, ya desde el principio, el ambiente de la fiesta de Jerusalén no era el de una alegría libre de cuidados y preocupaciones. A todos les dominaba el pensamiento de cómo acabaría la lucha de los escribas y fariseos contra Jesús Nazareno. Por miedo a los jefes de partido, la gente hablaba de Jesús en pequeños grupos y en voz baja, observando con ojo avizor en su derredor quién se acercaba. Muchos estaban influídos por provocaciones hostiles de los fariseos, y mientras unos decían: "Es bueno", protestaban ellos con toda energía: "¡Nada de eso! ¡Es un seductor del pueblo!"

Hay una cosa que no tolera jamás un hijo amante de su padre, y es que no se le tenga por hijo verdadero, sino por hijo adoptivo. El hombre todo se rebela contra un agravio semejante. El hijo no se avendrá a aceptar ningún título que se le ofrezca si tiene que renunciar a ser tenido por hijo verdadero de su padre.

En esta situación se hallaba Jesús frente a los judíos. Ellos estaban dispuestos a reconocerle, si se contentaba con el título de "Mesías", tal como ellos lo concebían.

La importancia especial de esta fiesta de los Tabernáculos está

en que Jesús declaró a sus enemigos de modo irrefutable que nunca renunciaría a su título principal de "Hijo de Dios", porque lo era en realidad de verdad.

Había pasado ya media semana de fiesta cuando apareció en el templo el hombre de quien todos hablaban en voz baja, por miedo a las autoridades.

Aun en los intervalos en que no había en el templo solemnidades litúrgicas, mucha gente permanecía fuera de los amplios atrios de la plaza del templo y en los peristilos que los circundaban. Siempre había allí algo que ver y que oír. Los doctores de la Ley, las grandes personalidades, como Hillel y Schammai, se sentaban en banquillos en los peristilos y enseñaban; todos podían oírles, sentados en el suelo, con las piernas cruzadas, o de pie en el fondo. La gente, de buen temple aquellos días, por ser festivos, iba de un Maestro a otro preguntando el nombre de cada uno y escuchándoles.

Cuando Jesús, el perseguido, entró en la plaza del templo, empezó a enseñar por vez primera como los doctores de la Ley. Cual reguero de pólvora corrió la noticia por la soleada plaza, y aun los escribas y fariseos se le acercaron.

Jesús se sentó, pues, delante de sus oyentes y enseñaba como un doctor. Había que recibir lecciones durante muchos años para aprender a leer con la debida entonación las perícopes, y además se debían conocer los comentarios de los rabinos más célebres. Era, pues, necesaria no sólo la escuela, sino también la práctica escolar; el que no era versado se vendía a la primera frase que leía. Jesús leyó y explicó la Escritura, sin equivocaciones ni tropiezos. Con todo, ¿no era una osadía presentarse así ante los hombres que se habían dedicado años enteros, día y noche, a la investigación de la Escritura? Por eso se produjo entre ellos un cierto murmullo: "¿Cómo sabe éste letras, no habiéndolas aprendido?"

Jesús interrumpe su discurso y contesta a las observaciones que le hacen: "La doctrina que yo expongo no es mía, sino de Aquel que me ha enviado. El que está dispuesto a hacer Su voluntad, conocerá si esta doctrina viene de Dios o si yo hablo de Mí mismo. Quien de sí mismo habla, busca su propia gloria. Mas el que busca la gloria de Aquel que le envió, Éste habla la verdad y no hay en él injusticia."

Es necesario poder apelar a un maestro del que se haya reci-

bido la ciencia. Pues bien; Jesús puede hacerlo también y su doctrina es la más sublime, porque la ha recibido de Aquel que está sobre todos, de su Padre, que está en el cielo. No enseña nada nuevo para crearse un nombre, sino que se limita únicamente a comunicar lo que recibió del Padre en el mismo cielo. No se necesita saber las opiniones de todas las escuelas para poder juzgar sobre la veracidad de sus palabras; la buena voluntad basta para ello. Pero precisamente ésta falta a sus enemigos.

Por eso, siendo Él fiel al espíritu de la Ley pueden llegar a reprocharle de ser despreciador de la Ley y sin derecho a la vida.

“¿No os ha dado Moisés la Ley y ninguno de vosotros observa la Ley? ¿Por qué me queréis matar?”

Entre las multitudes que se han reunido en torno de Jesús hay gente de diversas comarcas. Junto a Él hay algunos que no saben que los fariseos de Jerusalén han resuelto dar muerte al Salvador. Como era de esperar, estos extraños se mezclan en la conversación sin miramiento ninguno.

“Estás poseído de un mal espíritu. ¿Quién piensa en matarte?”

Y procuran tranquilizarlo diciéndole: “Padeces manía persecutoria. Nadie te hace daño.”

La respuesta de Jesús se dirige a aquellos que saben que está decretada su muerte y conocen el pretexto que se aduce para ello. Se le acusa de violación del sábado, porque curó al enfermo de treinta y ocho años en día de sábado.

“Una sola obra hice, y todos os extrañáis. Moisés os dió la circuncisión (no porque ella sea de Moisés, sino de los patriarcas), y circuncidáis al hombre aun en sábado. Si recibe el hombre la circuncisión en sábado, para que no se quebrante la Ley de Moisés, ¿por qué os ensañáis contra Mí por haber curado a todo el hombre en sábado? No juzguéis por las apariencias, sino según justicia.”

Aun los doctores de la Ley enseñaban que estaba permitido pasar por alto ciertas prohibiciones de la Ley para poder observar otras prescripciones. Así, por ejemplo, se podía circuncidar en sábado a los niños. La curación obrada por Jesús suponía un trabajo mucho menor del que se requería para la circuncisión.

Un grupo especial entre los oyentes lo formaba la gente de Jerusalén, que sabía que estaba decretada la muerte de Jesús; pero no sabía más. ¿Cómo es posible?, se decían. Ahora se presenta en

el templo como doctor ese Jesús a quien quieren dar muerte. ¿Es que esos señores del sanedrín se han convencido, al fin, en alguna conversación con él, de que Jesús es el Mesías? ¡Imposible! No se necesita ser un sabio para resolver el problema. "De Éste sabemos de dónde es; pero cuando se manifieste el Mesías nadie sabrá de dónde viene."

La respuesta de Jesús llega a la profundidad más íntima, como un rayo luminoso. Estas gentes han llegado apenas a la puerta por donde se llega a su interior, y creen escudriñar ya el fondo.

"¿Luego vosotros me conocéis y sabéis de dónde soy? Yo no he venido por propia voluntad; mas es veraz el que me ha enviado a quien vosotros no conocéis. Yo lo conozco, porque de Él soy y Él me envió."

Jesús "gritó", se dice en San Juan, y San Juan no gusta de emplear ordinariamente frases fuertes. ¿Qué ha sucedido? Yérguese Jesús, se pone en pie ante sus oyentes, con una conmoción que le transfigura en cierto modo y lanza un grito. Aquellos hombres querían un Mesías cuyo origen les fuera desconocido. Pues bien; en realidad el de Jesús no lo conocían; solamente sabían que en Nazaret dos hombres, descendientes de David, eran tenidos como padres suyos. Más allá ya no podían penetrar, mientras no creyeran en Él, y en Él no podían creer sino uniéndose a Dios con corazón recto. Esta era una manera nueva de enseñar. Los demás doctores de la Ley tomaban, por decirlo así, la Escritura palabra por palabra y la exponían ante sus oyentes comenzando así: "El rabino Tal o Cual interpreta así. Pues así es, en realidad."

Jesús, en cambio, apelaba al Dios del cielo, de quien había recibido la doctrina. O Él decía verdad, y en ese caso estaba Dios más cerca de Él que de ningún otro mortal, o hablaba tan arrogantemente como jamás lo había hecho mortal alguno.

Y se produjo una de esas escenas que en Oriente ponen fin muchas veces a una conversación acalorada. Hay un momento en que parece inevitable la violencia y el derramamiento de sangre; pero de pronto la tensión cesa tan rápidamente como se encendió, lo mismo que una llama.

Un grupo de oyentes se lanza contra Jesús, entre la gritería, amenazándole. Pero hay algunos que, al ver la grandeza sobrehumana y misteriosa de Jesús, exclaman: "Cuando venga el Mesías, ¿hará más milagros de los que Éste hace?"

Los fariseos que están allí presentes pierden la serenidad y se dicen: "Si Éste empieza a lograr adictos aun en el templo, estamos perdidos", y los empleados en la custodia del templo recibieron la orden de prender a Jesús.

Llegan los guardias. Jesús no sabe lo que es miedo. Hablando al mismo tiempo a los que están cerca de Él y a los que le rodean, da a entender que sabe con qué fin le envían esa gente y quién los envía. Han de tener paciencia todavía. Su muerte no está ya muy lejana. Pero después en vano esperarán otro Mesías.

"Aún estoy con vosotros un poco de tiempo; después voy a Aquel que me envió. Entonces me buscaréis y no me hallaréis, porque no podéis venir adonde yo estoy."

Estas palabras no dan a los enviados ninguna solución. Pues qué, ¿ni siquiera podrán seguirle los pasos? ¿Adónde quiere ir que no podremos encontrarle? ¿Quiere ir tal vez a los países de la dispersión para instruir a los gentiles? ¿Qué significa esa palabra: "Me buscaréis, pero no me hallaréis", y lo que añade luego: "Adonde yo voy, no podéis venir vosotros"?

Jesús, fuente de vida

El último día de la fiesta, el grande, estaba Jesús de pie y dió voces diciendo: "Si alguno tiene sed, venga a Mí y beba. Del interior del que en Mí cree manarán, como dice la Escritura, ríos de agua viva." (Juan, VII, 37-52.)

Había amanecido el último día de la fiesta. Todos estaban bajo la impresión del solemne sacrificio del agua y de la procesión de rogativa en torno al altar. El resurgimiento del país a nueva vida por las lluvias del otoño se empleaba en la Escritura como imagen para indicar la transformación del mundo en el tiempo mesiánico. (Véase el capítulo "La escasez de agua en Palestina".) La multitud avanzaba a través del atrio del Sancta, siguiendo con festiva animación cualquier sugestión o impulso.

Este día, según la creencia del pueblo, era el decisivo para la prosperidad o la desgracia del año venidero. Según la tradición, se observaban las columnas de humo del altar de los holocaustos. Si el humo se inclinaba hacia el Norte, señal que el viento venía del

Sur, y era indicio de un año húmedo y fructífero; si se inclinaba hacia el Sur, el viento venía del Norte, y anunciaba tiempos secos y malos; si se dirigía hacia el Oriente, anunciaba una cosecha normal; si hacia el Oeste, era que dominaría el viento del desierto, que traería consigo sequía y hambre.

La fiesta de los Tabernáculos de este año fué para todo Israel un día en que se decidió su suerte.

De nuevo refiere San Juan, como testigo ocular, que Jesús “gritó”. Otra vez se esfuerza por ganarse los corazones. Aludiendo a la festividad del agua, les dice en alta voz: “Si alguno tiene sed, venga a Mí y beba. Del interior de quien cree en Mí manarán, como dice la Escritura, torrentes de agua viva.”

La profecía de Ezequiel de que debajo del umbral del templo brotaría una fuente que se transformaría en río, era interpretada entonces por la tradición judía como si se tratara de una verdadera fuente. “Así como fué el primer Redentor (Moisés), así será también el último. Como el primero hizo brotar la fuente en el desierto, así hará brotar el agua el último Redentor como está escrito: “Una fuente saldrá de la casa de Jehová y regará el valle Sittim.”

Así se comprende que los oyentes, al oír esta exclamación de labios de Jesús, se preguntaran si era o no el Mesías.

La muchedumbre se divide en partidos. Unos dicen: “Éste es en verdad el profeta”, y por “el profeta” entienden ellos el que anuncia la proximidad del Mesías. Otros, tal vez los que han venido de lejos y no están aún intimidados, dicen: “Es el Mesías.” Pero también éstos hallan oposición. Los que están siempre prontos a replicar, dicen, sin informarse antes de si sus afirmaciones coinciden con los hechos: “Pues qué, ¿de Galilea ha de venir el Cristo? ¿No dice la Escritura que ha de venir del linaje de David, y de Belén, donde vivió el mismo David?” Jesús es oriundo de Nazaret, piensan ellos; por consiguiente, no es el Mesías.

Entonces se produjo un movimiento hostil, como ya antes cuando Jesús habló de sí en forma profética. Pero cuando se trató de prenderle, nadie tuvo el valor de ir contra Él. Dominados por la impresión de las palabras de Jesús, los enviados prefieren volver como habían venido.

Por eso son recibidos por los que les habían enviado poco amistosamente, y les preguntan: “¿Por qué no le habéis traído?”

Esos hombres han apresado y conducido, con toda sangre fría,

a más de un hampón y alborotador. Pero Jesús es cosa muy diferente. "Nunca hombre mortal ha hablado como este Hombre."

Los fariseos están fuera de sí de rabia. Esos ministros ni siquiera tienen la obediencia suficiente para conformar su juicio con el de sus mandatarios. "¿También vosotros os habéis dejado seducir? ¿Por ventura ha creído en Él ni uno siquiera del Consejo ni de los fariseos? Sólo la plebe que no sabe la Ley, esos malditos, (han creído)."

Aquí, en medio de la escena, estalla aquel odio que dominaba a los fariseos. Esta frase: "Sólo la plebe que no sabe la Ley" es sencillamente reproducción, en cuanto al sentido, de la expresión "Am-haarez". Y la maldición que se añade delata el odio inflamado de aquellos hombres que se ponen furiosos en cuanto el pueblo no obra según su voluntad.

Pero aquí sucede algo peor. Aun en el alto Consejo se produce una ruptura. Nicodemus, el que estuvo de noche con Jesús, se atreve a salir en defensa del Salvador, y hace notar ante el pueblo a sus compañeros de Consejo que ellos, a juzgar por todas las apariencias, no conocen la Ley. "¿Por ventura, nuestra Ley condena a un hombre sin haberle oído primero y sin informarse de lo que ha hecho? ¿Es posible una cosa como ésta?" En presencia de la guardia del templo, el famoso doctor de la Ley, Nicodemus, pone al descubierto a todo el partido. Y se desatan contra él: "¿También tú eres galileo? Mira las Escrituras y convéncete que de Galilea no ha salido ningún profeta."

De ese modo se fué abriendo paso la escisión entre amigos y enemigos de Jesús, desde los simples campesinos de la montaña, pasando por los de la capital y por los hombres de la guardia del templo, hasta los círculos del alto Consejo y el partido de los fariseos.

Jesús, la luz del mundo

Jesús les habló otra vez, diciéndoles: "Yo soy la luz del mundo. El que me sigue no anda en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida." (Juan, VIII, 12-20.)

La luz para el oriental es parte de su vida misma, luz clara de un diáfano cielo con la que todo el país, en su constitución rocosa, parece transparente. En cuanto se pone el sol, parece que la vida

se ha extinguido. Como olvidados de su carácter, los que tan ágiles eran antes, vagan ahora perezosamente o se apelotonan juntos en sus casas como prisioneros y rehuyen estar mucho tiempo al aire libre una vez puesto el sol. Con frecuencia tropiezan en los caminos pedregosos, cuyas piedras calcáreas, blancas, lisas y sin musgo, no dejan distinguir formas ni distancias.

Al Mesías le habían descrito los profetas como una luz que arrojaba las tinieblas y las sombras de muerte y alumbraba no sólo a los israelitas, sino a todas las gentes. Una fiesta con grandes iluminaciones servía de introducción a la de los Tabernáculos.

Jesús aprovecha la imagen y la aplica a sí mismo:

“Yo soy la luz del mundo; el que me sigue no anda en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida.”

Los fariseos entienden al instante que con estas palabras se atribuye una dignidad divina. Llenos de celo le interrumpen:

“Tú das testimonio de Ti mismo. Tu testimonio, pues, no vale.”

Sin derecho aplican a las palabras de Jesús las reglas de la Ley; esto es, que para la validez del testimonio se requieren dos o tres testigos. Si Dios lo ha enviado, y esto lo ha demostrado con milagros, sólo falta que declare en qué consiste su misión en este mundo.

“Aunque doy testimonio de Mí mismo, mi testimonio es fidedigno, porque sé de dónde vine y adónde voy. Vosotros, en cambio, no sabéis de dónde vengo ni adónde voy. Vosotros juzgáis según la carne; mas yo no juzgo a ninguno, y cuando juzgo yo, mi juicio es verdadero, porque no soy solo, sino Yo y el Padre que me envió. En vuestra Ley está escrito que el testimonio de dos es digno de fe. Yo soy uno de los que da testimonio de Mí, y el Padre que me ha enviado da también testimonio de Mí.”

Todo lo que Cristo dice de la Ley es exacto —piensan para sí los judíos—; pero el segundo testigo no lo ven por ninguna parte, y así le preguntan burlonamente: “¿Dónde está tu Padre?”

Sólo con los ojos de la fe se puede ver al Padre viendo a Jesús; pero a ellos les falta la fe en Cristo; por eso, en realidad, no conocen ni a Él ni al Padre.

“Vosotros no me conocéis ni a Mí ni al Padre. Si me conocierais a Mí de verdad, conoceríais también a mi Padre.”

Esta vez termina la lucha sin alborotos. Tal vez los contuvo el lugar, porque Jesús pronunció esas palabras en la sala del tesoro o en uno de los peristilos adjuntos.

Jesús, Hijo de Dios

Otra vez les habló diciéndoles: "Yo me voy. Después me buscaréis. Pero moriréis en vuestro pecado." (Juan, VIII, 21-59.)

La expresión "esgrima de palabras" en ninguna parte cuadra mejor que en los altercados que se tienen entre los orientales. Ya bajo este punto de vista es muy expresiva la palabra "esgrima", porque se viene a tales contiendas unas veces inesperadamente, otras después de un plan premeditado, y también porque a veces una reyerta que empieza por cosas de poca monta se convierte en verdadero combate. Esas disputas no son conversaciones en que partiendo de ideas concretas se aduce prueba contra prueba hasta cerrar la cadena del raciocinio, sino que las frases se encienden ya desde el principio al choque de las grandes olas de la pasión y ésta es la que las dicta y gobierna. Un reproche sigue a otro, sin que el segundo dé satisfacción al anterior. Un ataque sigue a otro. Nuevos puntos que interesan dan pie para altercados incidentales.

Se engañaría quien creyera que de este modo nunca llegan a ponerse en claro las ideas de las dos partes. Al contrario: en el fuego de esas frases y entre el ímpetu agitado de réplica y contra-réplica saltan como chispas expresiones agudísimas.

En la fiesta de los Tabernáculos se llegó a una de esas disputas entre Jesús y los fariseos, que acabó por ser un verdadero combate.

"Abraham—nuestro padre Abraham—hijos de Abraham—pueblo de Abraham". Estas palabras se repiten sin fin en los discursos de los fariseos. Dios ha prometido a Abraham hacerle padre de un gran pueblo y bendecir en él a todas las gentes. Y estaban orgullosos de esa promesa pensando no tanto en Dios, que es quien les había dado todo, cuanto en sí mismos, que creían poder exigirlo todo como herederos de Abraham. Y llegaban a creer, como atestigua San Justino, que Dios no podía en modo alguno condenar a un descendiente de Abraham.

Comienza la disputa sin cosa especial. Jesús les dice que pronto se pasará el tiempo en que puedan convertirse. Pero si ellos rechazan al verdadero Mesías, no les servirá de nada creer en otro Me-

sías falso. "Yo me voy de aquí, y vosotros me buscaréis. Pero vosotros moriréis en vuestro pecado. Adonde yo voy no podéis venir vosotros."

Decían entre sí: "¿Por ventura se matará a sí mismo, pues ha dicho: adonde yo voy vosotros no podéis venir?"

Pensaban que se refería a la caída en pecado, al suicidio; porque al Cielo ellos, los escogidos, podían seguirle.

Jesús les echa en cara abiertamente: Exactamente lo contrario es la verdad: vosotros sois los pecadores. "Vosotros sois de abajo, Yo soy de arriba. Vosotros de este mundo. Yo no soy de este mundo. Por eso os he dicho que moriréis en vuestros pecados. Porque si no creéis que Yo soy, moriréis en vuestro pecado."

"Que Yo soy". Bien saben ellos que Jesús con estas palabras quiere revelarse como Hijo de Dios, y ellos tropiezan precisamente en esa expresión.

"Pues, ¿quién eres Tú?"

"¿Para qué os lo estoy siempre enseñando? Por lo que a vosotros toca, tendría muchas cosas que decir y condenar; pero el que me ha enviado es veraz, y yo anuncio al mundo lo que le oí a Él... Cuando ensalcéis al Hijo del Hombre, entonces entenderéis que Yo soy y que nada hago de Mí mismo, sino que anuncio simplemente lo que el Padre me ha enseñado. El que me envió está conmigo. No me ha dejado solo, porque hago siempre lo que es de su agrado."

Muchos no llegaron nunca a comprender el pensamiento fundamental de que se volvía a su Padre celestial, o lo perdían de vista, y no son pocos los que creen en Él cuando habla en tono profético de su muerte.

Jesús se dirige a los creyentes y les hace esta promesa: "Si perseveráis en mi palabra, sois de veras mis discípulos y conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres."

Los enemigos vuelven a revolverse. ¿Qué? ¿Habla Jesús como si hubiera entre ellos esclavos, esclavos de la idolatría? ¿Por ventura no tienen la verdadera fe? ¿Hay entre ellos ídolos, como entre griegos y romanos?

"Linaje somos de Abraham; a nadie hemos servido jamás. ¿Cómo dices tú: seréis libres?"

Jesús dirige contra ellos palabras que parecen saetas.

"En verdad, en verdad os digo que el que comete un pecado, esclavo es del pecado; y el esclavo no queda en la casa para siem-

pre; sólo el hijo queda para siempre. Pero si el hijo os pone en libertad, seréis realmente libres.”

El nombre de Abraham, que ellos mismos pronuncian, hace el efecto de una descarga de ira reprimida. Jesús les replica:

“¡Ya sé que sois descendientes de Abraham! Y, sin embargo, queréis matarme, porque mi palabra no halla aceptación en vosotros. Lo que he visto en mi Padre, eso os digo, y vosotros hacéis lo que habéis oído a vuestro padre.”

En su excitación no debieron de comprender la diferencia misteriosa. Jesús tiene un Padre a quien Él puede ver y oír; ellos tienen un padre a quien pueden sólo oír. Irritados, dicen interiormente: “¿Qué dice de un padre que no se llama Abraham?”

Y le replican ellos altaneros: “¡Nuestro padre es Abraham!” Jesús les dice: “Si sois hijos de Abraham, haced las obras de Abraham! Ahora tratáis de darme muerte a Mí, que os he dicho la verdad, que he oído a Dios. Abraham no hizo esto. Vosotros hacéis las obras de vuestro padre.”

Jesús aún no dice el nombre del “padre de ellos”. Están irritados. ¿Quiere tal vez decir que ellos no sirven al verdadero Dios?

“Nosotros no somos hijos de adulterio; un solo padre tenemos, que es Dios.”

Según una tradición, los sacerdotes decían en voz alta, al llegar la procesión a la puerta del agua: “Yahvé es nuestro padre, a Yahvé están dirigidos nuestros ojos.” La réplica de los fariseos concuerda con estas palabras de modo sorprendente, sólo que en vez de Yahvé, nombre que no les era permitido pronunciar, debieron poner la palabra “Dios”. Jesús repite expresamente esa frase en su respuesta.

“Si Dios fuera vuestro padre, me amaríais a Mí, porque yo de Dios salí y vengo, y no de Mí mismo; mas Él me envió. ¿Por qué no entendéis mi lenguaje? Porque no podéis oír mi palabra. Vosotros tenéis por padre al diablo y queréis cumplir los deseos de vuestro padre. Aquél fué homicida desde el principio (ahora os incita a vosotros a un asesinato) y no permaneció en la verdad, porque no hay verdad en él; cuando habla mentira, de suyo habla, porque es un mentiroso y el padre de la mentira. Pero a Mí no me creéis, porque os digo la verdad.”

En serio apremio les invita Jesús otra vez a abandonar al seductor mentiroso. Y ellos toman estas palabras como ofensa personal. Su enojo se manifiesta en interrupciones acaloradas y en

gestos de horror. Jesús se enfrenta probablemente contra esas demostraciones cuando prosigue:

“¿Quién de vosotros me convence de pecado? Si digo la verdad, ¿por qué no me creéis? El que es de Dios, oye sus palabras. Por eso precisamente no las oís, porque no sois de Dios.”

Estas frases salidas de la boca de Jesús son como otros tantos golpes certeros. Nunca ha hablado Él públicamente tan sin rebozo, pues sabe que en esos momentos se está decidiendo la suerte de ese pueblo.

Y ellos le echan en cara: “¿No decimos bien nosotros que Tú eres samaritano, y que tienes un demonio?”

¡Samaritano! ¡Hombre sin sentimiento nacional! Los mestizos son peores que los de sangre enteramente extranjera. ¡Poseído de un espíritu malo! ¡Sí! Porque ¿cómo un hombre en sus cabales les podía reprochar a ellos, los piadosos, que eran hijos del diablo?

Jesús no hace caso de la palabra “samaritano”. Por lo demás, repite lo que ya ha dicho antes, indicando que nadie puede echarle en cara que las palabras que les dice sean duras, o que las declaraciones sobre su persona tengan aparentemente un tono arrogante.

“Yo no estoy poseído de un espíritu malo, sino que honro a mi Padre, y vosotros me deshonráis a Mí. Pero yo no busco mi gloria; hay quien vela por ella y juzga.”

Otra vez les atrae con la promesa de la vida eterna; vuelve, pues, a las ideas del principio de la disputa, que había subido ya al punto más álgido.

“En verdad, en verdad os digo: El que guardare mi palabra no verá la muerte para siempre.”

Ellos creen que pueden reducirle a silencio.

“Ahora conocemos que tienes demonio. Abraham murió y los profetas también, y Tú dices: “El que guardare mi palabra no gustará muerte para siempre.” ¿Eres Tú acaso mayor que nuestro padre Abraham, el cual murió, y los profetas también murieron? ¿Quién te haces a Ti mismo?”

Con esta comparación entre Jesús y Abraham, entre su vida y la vida de Abraham, han tocado, en cierto modo, lo más íntimo de Jesús. Excusándose ya de antemano de lo que va a decir, empieza Jesús:

“Si yo me glorifico a Mí mismo, mi gloria nada es. Mi Padre es quien me glorifica, el que vosotros decís que es vuestro Dios, y no

le conocéis; pero yo le conozco, y si dijere que no le conozco, sería mentiroso como vosotros; pero le conozco y guardo su palabra."

Jesús vuelve a empezar; ellos le escuchan:

"Abraham, vuestro padre, deseó con ansia ver mi día; lo vió y se regocijó."

Irónicamente replican:

"¿Aún no tienes cincuenta años y has visto a Abraham?"

Emplean un tono que sólo se usa cuando se habla con uno que se está confutando a sí mismo con las propias palabras que dice.

Entonces se levantó Jesús; parecía como transfigurado; su interior se reveló y empezó solemnemente: "En verdad, en verdad os digo que antes que Abraham fuese, Yo soy." Jesús se declara eterno y partícipe de la naturaleza divina.

Hay que creerle o hay que considerarle como un blasfemo. En el atrio interior del templo no era difícil hallar piedras, pues siempre estaban de obras en una parte o en otra. Indignados, se inclinan para cogerlas. Pero Jesús se retira, porque la hora de su muerte no ha llegado, aunque los homicidas ya estén preparados.

Esta disputa, leída, se nos hace tal vez algo larga, y no sin repeticiones. Pero, en realidad, las proposiciones y las respuestas no sólo se siguen rápidamente una a otra, sino que se sobreponen entre sí como los dientes de una rueda, impeliéndose hacia delante; las frases fueron como estocadas, dichas en voz cada vez más alta y con entonación más fuerte. Jesús aparentemente fué arrebatado por la disputa; cada ataque lo repella con un nuevo avance y una nueva revelación, hasta que la respuesta, en la última frase, no es ya de palabras, sino de piedras.

El ciego de nacimiento

Al pasar vió Jesús un ciego de nacimiento. Los discípulos le preguntaron: "Maestro, ¿quién pecó, éste o sus padres, para haber nacido ciego?" (Juan, IX, 1-41.)

Israel no tenía instituciones de beneficencia, en el sentido moderno; hoy ya comienza a ser otra cosa. El que no tiene bienes de fortuna no puede invocar autoridad alguna, sino que ha de ir a mendigar. Aunque esa mendicidad puede ser molesta a veces, pero también es ocasión de rasgos humanamente hermosos.

Mendigar es en Oriente un derecho de los pobres dado por el mismo Dios. Los mendigos, como gremio, tienen obligaciones de urbanidad y sus sentimientos de honor. Es tenido por cosa poco noble el invadir el distrito del otro. Los que son más miserables, como, por ejemplo, los ciegos de nacimiento y otros por el estilo, son objeto de consideración especial.

Sucede muchas veces que pobres que pasan al lado de otros pobres, aun siendo ellos más pobres, les dan una limosna.

Un mendigo de éstos estaba llamado, según los consejos de Dios, a realizar una campaña en favor de Jesús. El que sólo poseía la ciencia religiosa ordinaria de la infima clase del pueblo, debía presentarse a probar la misión divina de Jesús con los mismos argumentos que Jesús mismo había aducido, y revelar así, ante todo el mundo, que lo que hirió con ceguedad a los fariseos no fué la falta de claridad, sino la falta de buena voluntad.

La historia nos la refiere San Juan con tanta viveza que, al leerla, parece que la vivimos.

Al dejar Jesús el templo sintieron los fariseos cierta satisfacción, porque, como ellos pensaban, habían logrado arrojarle de allí. En seguida o poco después encontróse Jesús con un ciego de nacimiento, que desde su puesto ordinario pedía a los transeúntes.

Los Apóstoles no habían tomado parte en la disputa del templo. Ahora sentían la necesidad de renovar con el Maestro la convivencia confidencial interrumpida; la desgracia de este ciego les dió ocasión para ello. Probablemente Él había intercalado en las frases que decía para pedir limosna, que había nacido ciego. Según la concepción popular, toda desgracia era un castigo por algún pecado; si no era su propio pecado, habían intervenido los de sus padres.

Los discípulos, según esa concepción, preguntaron:

“Maestro, ¿quién pecó, para que éste naciera ciego, él mismo o sus padres?”

Sin darles una extensa instrucción sobre el origen del sufrimiento, corrige Jesús el concepto de los discípulos en este caso particular:

“¡Ni él pecó ni sus padres. Sucedió así para que la gloria de Dios se manifieste en él. Yo he de hacer las obras del que me ha enviado mientras es de día. Viene la noche, en la que nadie puede obrar. Mientras estoy en el mundo, luz soy del mundo.”

Después de decir esto escupió en tierra, hizo un poco de barro, lo puso sobre los ojos del ciego y le dijo: "Ve y lávate en la piscina de Siloé."

El ciego, con el fino sentido que suelen tener esos pobrecillos, había comprendido, por las frases de los que le rodeaban, que Jesús estaba delante de él. Y merced a su sinceridad, a pesar de no tener ojos, había visto de la persona de Jesús más que los fariseos que le andaban espiando tanto tiempo hacía. Él obedeció a la palabra de Cristo. Tal vez caminaba solo; hay ciegos de nacimiento, bien conocidos de todos los de la localidad, que recorren calles enteras ellos solos y llegan a ser guías de los forasteros.

Allá abajo, en la piscina que recogía las aguas del interior de la montaña del templo, se lavó el ciego el barro de los ojos. Por el camino le pareció como si no fuera ciego de nacimiento, sino sólo por razón del barro que le oprimía y le privaba de la luz.

Verdad es que los judíos, como todos los pueblos primitivos, utilizaban la saliva como medio de curación para ciertas enfermedades, pero el barro terroso era algo que, según toda su naturaleza, quitaba la luz de los ojos más bien que darla.

Lavándose el barro se libró también de la ceguera y recibió al mismo tiempo el don de una vista normal. Parece que no habitaba muy lejos del sitio donde mendigaba. Dada la viveza de los orientales y el papel que allí desempeña la calle pública, apenas cabe pensar sino que el ciego contó inmediatamente su curación por todas partes. Era sábado; todos estaban, pues, por las calles. Así que pronto le cercó una multitud de curiosos. Entre ellos, sus parientes y otra gente que tal vez le habían visto aquel mismo día mendigar en el lugar de costumbre. En el rostro de este mendigo, antes tan inexpresivo, brillaba ahora una alegría pura, que lo transfiguraba completamente.

Pronto se entabla allí un diálogo. Unos preguntan al llegar: "¿No es éste el que estaba sentado y pedía limosna?" Otros dicen: "No es éste; es uno que se le parece." Entonces toma parte el ciego mismo y dice: "Yo soy."

Nadie duda ya del hecho de la curación.

"¿Cómo, pues, te han abierto los ojos?"

El ciego está aún embargado por la emoción, y cuenta con brevedad dramática: "Aquel hombre que se llama Jesús (a quien

todavía no ha visto), hizo barro, me ungió los ojos y me dijo: "Ve y lávate en la piscina del Siloé." Fui, me lavé y veo."

En seguida le preguntan: "¿Dónde está Aquel?"

El curado dejó a Jesús cuando era aún ciego; no le conocía, pues, de vista, y por eso dice: "No lo sé."

Poco después está el mendigo delante de los fariseos. En tono de interrogatorio judicial preguntanle por el proceso de la curación, que ellos, por lo demás, ya conocen. Él repite exactamente lo mismo: "Puso lodo sobre mis ojos, me lavé y veo."

Por consiguiente, ¡había habido una violación de sábado! En sábado sólo era permitido poner sobre los ojos un emplasto, cuando se trataba de una nueva enfermedad. Así lo prescribían los doctores de la Ley. Algunos hacen al punto la aplicación y dicen: "Este hombre no es de Dios, porque no observa el sábado." Otros, empero, dicen, impresionados por el nuevo milagro: "¿Cómo podría obrar tales milagros un pecador?"

Los fariseos no pretenden más que una cosa: que el milagro desaparezca. Tal vez el ciego se deje persuadir y se acomode al juicio que ellos tienen sobre Jesús. Con afabilidad, pues, dirígenle a él y le preguntan: "¿Y tú qué opinas del hombre que te abrió los ojos?"

"Que es Profeta" —responde con rapidez y entereza el curado.

Los fariseos sienten la oposición. Ahora buscan una prueba de que el ciego no había sido ciego y que, por consiguiente, no había habido tal milagro. Llamam a los padres, y en el estilo de altos magistrados interrogan a estos dos ancianos acobardados:

"¿Es éste vuestro hijo, el que vosotros decís que nació ciego?"

Es de esperar que ya entienden de qué se trata. Basta que digan que no se puede afirmar con completa seguridad. Pero los dos ancianos salen del compromiso, a la manera de la gente sencilla, que no quiere tener nada que ver con las autoridades.

"Sabemos que éste es de veras nuestro hijo y que nació ciego. Mas no sabemos cómo ahora tenga vista; y quién le haya abierto los ojos, tampoco lo sabemos. Preguntádselo a él. Ya tiene su edad y puede dar cuenta de sí mismo."

Los padres tienen miedo. Tal vez se puede hacer cambiar de parecer al curado, si le ayudan presentándole más claramente qué es lo que debe pensar sobre todo este negocio.

UN CIEGO JUNTO AL CAMINO

Día tras día, está sentado ese ciego en esta subida. Los mendigos tienen su sitio destinado para ellos. Así hay que imaginarse al ciego de nacimiento hasta el día en que le curó Jesús

ENTRADA DE UNA CASA EDIFICADA EN EL MONTE. VISTA TOMADA A TRAVÉS DEL ATRIO

La casa tiene una habitación interior, que en gran parte es subterránea. Véase la ventana con alambrado. En invierno este local se templea con el calor almacenado en el suelo



Dirigense, pues, a él otra vez los fariseos, y en tono piadoso, pero con énfasis, empiezan así:

“¡Da gloria a Dios! Nosotros sabemos que ese hombre es pecador. ¡Y nosotros entendemos de esas cosas algo más que uno que ha sido mendigo!”

El ciego ha llevado una vida dura. Está acostumbrado a contar con hechos concretos y reales. ¿Qué tienen esos sabios que preguntarle aún tan prolijamente? Se siente superior a ellos; para él ya no hay más que investigar. Por lo demás, no se deja ganar por los otros mendigos a expresar su pensamiento con palabras claras, y el temor ya lo ha olvidado.

“Si es pecador, no lo sé. Una cosa sé, y es que habiendo sido yo ciego, ahora veo.”

Como si se encubriera, precisamente detrás de este milagro, algo muy sospechoso, prosiguen:

“¿Y qué ha hecho contigo? ¿Cómo te ha abierto los ojos?”

“Ya os lo he dicho, y lo habéis oído. ¿Por qué queréis oírlo otra vez? ¿Por ventura queréis también vosotros haceros sus discípulos?”

Aquí asoma ya el lenguaje fuerte del antiguo mendigo. ¡Hasta burlarse quiere de ellos!

“Sé tú su discípulo; nosotros somos discípulos de Moisés, de quien sabemos que Dios habló con él; mas Éste no sabemos de dónde es.”

El curado entiende bien este significado “de dónde es”.

En un oriental no se pueden imaginar las palabras que siguen, sino con las manos extendidas.

“¡Es cosa maravillosa que no sepáis vosotros de dónde es, y Él me abrió los ojos! ¡Sabemos que Dios no oye a los pecadores! ¡Cuando uno teme a Dios y observa su palabra, Dios le oye! Desde que el mundo es mundo, nunca se ha oído que uno por sí mismo abra los ojos de un ciego de nacimiento. Si Éste no fuera de Dios, no pudiera hacer cosa alguna.”

La prueba de este hombre sencillo coincide con las palabras del mismo Jesús, aunque él nada sabía de ellas. Llenos de ira, desvirtúan los fariseos su raciocinio como el de Jesús. A Jesús le tuvieron por endemoniado; a éste le llaman condenado. Sin reparo declaran su ceguera como señal evidente de la perversión moral,

que le había envilecido siempre. Los judíos creían realmente en la posibilidad de que el hombre pudiera pecar antes de nacer.

“En pecados naciste tú todo entero ¿y quieres enseñarnos?”

Con eso cortaron la conversación y le echaron de la sinagoga.

Jesús se enteró de todo; señal de que esta conversación se hizo notoria, y fué en busca del curado, ya que aquel hombre sencillo había salido en su defensa tan valerosa y denodadamente.

Jesús le pregunta: “¿Crees tú en el Hijo de Dios?”

¡Oh!, él desea creer de buen grado en aquel a quien Jesús, su Salvador, quiera conducirle.

“Señor, dime quién es para que crea en Él.”

Jesús le responde bondadoso: “Ya lo has visto, y es el mismo que habla contigo.”

Antes solamente había oído hablar a Jesús; ahora lo ve.

“Creo, Señor.”

Los doctores están día y noche ocupados en el estudio de la Ley y no reconocen al Mesías; este ciego, que durante toda su vida no ha hecho otra cosa que proferir siempre unas mismas frases para mendigar, se entrega ahora a Cristo con fe absoluta.

A los labios de Jesús afloran, envueltas en cierta ira, estas palabras: “Yo he venido al mundo para juicio, para que los ciegos vean y los que ven sean hechos ciegos.”

Nunca está Jesús sin alguien que le espíe. Algunos fariseos que estaban cerca le oyeron estas palabras. Bien saben a quién se refiere cuando dice: “Los que ven, sean hechos ciegos.” Su obstinación les arrastra a declarar públicamente que no les importan nada de sus palabras.

“¿Somos también nosotros ciegos?”

No están ellos en tan buena disposición como para ver eso. A los ciegos que confiesan que son ciegos puede Jesús curarlos; pero esos fariseos son ciegos que alardean de que ven bien.

“Si por lo menos fuerais ciegos no tendríais pecado. Pero vosotros mismos decís que veis. Por consiguiente, vuestro pecado permanece.”

*

San Juan habla de la fiesta de los Tabernáculos con una prolijidad inusitada. De los 21 capítulos del Evangelio, casi cuatro están dedicados a esta fiesta, y eso que Él supo hacer mejor que los

otros Evangelistas una selección intencionada de los acontecimientos. ¿Por qué, pues, dió tanta importancia a esta fiesta? La razón es ésta:

Considerando las cosas sólo humanamente, Jesús está en el momento culminante de su actividad. La escisión, por el Mesías de Nazaret o contra Él, va penetrando ya en todas las clases, hasta dentro del Consejo Supremo. En estos días se ha decidido la suerte de Israel en su relación con Jesús. Cuando Jesús entra solemnemente en Jerusalén, el domingo de Ramos, como Mesías, se presupone este hecho ya consumado. Por eso, la fiesta de los Tabernáculos puede compararse con la escena culminante de un drama y con el “desenlace”. La aparición de Jesús en la fiesta de la Dedicación del templo y las luchas de la semana que precedió a la Pasión corresponden a las escenas del “cuarto acto”. En alguna que otra ocasión aparece aún como posible el remedio, pero en la subconsciencia queda siempre el sentimiento de quien ha perdido toda esperanza. Un espectáculo análogo nos ofrece Cristo mismo el domingo de Ramos. Mientras los Apóstoles se regocijan y le aclaman en el monte de los Olivos, Jesús rompe a llorar.

La liturgia de la Iglesia revela también una interpretación parecida de los hechos de la fiesta de los Tabernáculos, pues el domingo de Pasión, por consiguiente inmediatamente antes de la Semana Santa, se lee una perícope de los discursos polémicos de estos días.

Vida pastoril de Judea

Como entre nosotros, en las regiones de los Alpes, sube el ganado hacia el monte en verano, así en Judea bajan los rebaños hacia el valle en invierno. Y en ninguna provincia de Palestina toma la población tanta parte en ese acontecimiento como en Judea. En el otoño dejan los ganados las cumbres de las innumerables montañas, ya agostadas y reseca por el sol y por el viento, y van a las hondonadas y a los valles más profundos, donde hay parajes con agua, matorrales siempre verdes y hierba vieja. Las partes del Este y del Oeste abundan en parajes de esta clase. Las poblaciones del Este poseen además derechos de pastoreo en las depresiones del Jordán, que son zonas calientes y protegidas de los vientos. Los rebaños se componen en su mayor parte de ovejas

y cabras. El ganado vacuno necesita mucha agua; por esa razón no puede criarse en estas regiones.

En estas regiones solitarias los pastores forman entre sí un gremio libre. Tienen un sitio común para los ganados, circundado las más de las veces con una tapia, encima de la cual ponen haces de cardos y espinas sujetos con piedras. Si los ladrones o animales de rapiña suben, caen las piedras y llaman la atención del que vela. Hoy se emplean también como instrumentos de alarma latas de bencina ya usadas, con algunas piedras dentro.

Durante el día van los pastores cada cual con sus rebaños; por la tarde todos los ganados se reúnen en el aprisco y los rebaños se mezclan formando una numerosa grey. Por regla general, durante la noche vela un solo pastor, que se coloca a la entrada. A la madrugada cada pastor se pone delante de su ganado y lo llama con la suavidad con que él sabe hacerlo. Al punto se levantan sus ovejas; pero solamente las suyas. Cuando, por ejemplo, se halla en la majada el ganado de tres pastores y del primero hay cincuenta ovejas, sólo estas cincuenta siguen su voz. Si un extraño quisiera llevarse por fuerza las ovejas, no le seguirían.

Cuando cada pastor ha reunido a su alrededor sus ovejas, cada uno va con la doble flauta delante de su rebaño y lo siguen en largas hileras de dos en dos o de tres en tres. No sin razón se comparan en el *Cantar de los Cantares* los rizos de la esposa a los rebaños de cabras, porque estos rebaños de cabras (que son, casi sin excepción, negras), cuando van por las lucientes cumbres de las montañas calcáreas una tras otra aparecen como trenzas negras.

Lobos y salteadores son un peligro para el rebaño. Por eso ningún pastor va sin cayado. En momentos críticos hay gran diferencia entre el pastor que conduce sus propias ovejas y el pastor asalariado de algún rico señor. El amo expone su vida; el pastor asalariado, al contrario, procura ante todo salvarse y huye.

Jesús no se hallaba ya en Galilea, tan rica en cereales, sino en la Judea de las estepas, que semejaba un desierto y era mejor para el pastoreo. Las parábolas de Jesús reflejan este cambio, y las parábolas de pastores son "parábolas de Judea".

Jesús, el buen pastor

“En verdad, en verdad os digo: El que no entra por la puerta en el redil, sino por otra parte, es ladrón y salteador. Mas el que entra por la puerta, pastor es de las ovejas.” (Juan, X, 1-21.)

Ya hemos notado antes que las alegorías desempeñan un papel especial en la conversación del oriental, a quien son también familiares las parábolas en serie. Éstas no son parábolas diferentes entre sí unas de otras empleadas para expresar un pensamiento fundamental, sino, al contrario, son las mismas parábolas en lo substancial, empleadas para expresar diversos pensamientos.

Por consiguiente, no son las imágenes las que se subordinan a un pensamiento fundamental, sino que en una sola imagen, que sigue siendo la misma, se expresan diversos pensamientos fundamentales. Si son tan sólo rápidas alusiones, se parecen a los concisos párrafos de un diccionario en el que expresiones metafóricas siguen a las palabras importantes. Tenemos, por ejemplo, la palabra “sal”, y partiendo de ella dice Jesús: “Todos serán salados con fuego, como todo sacrificio se sala con sal.” En este caso la sal da la imagen del dolor que quema. Después prosigue: “Procurad tener sal en vosotros y tener paz unos con otros.” Esta frase sigue inmediatamente a continuación; la imagen permanece la misma, sólo cambia el pensamiento. Aquí “tener sal” significa estar impregnado del buen espíritu.

Un ejemplo de una belleza singular, en que se ve bien lo que es esa serie de ideas que dependen de una imagen como de un *leitmotiv*, son las parábolas de pastores contadas por Jesús, que debió de proponerlas poco después de las luchas de la fiesta de los Tabernáculos. Las parábolas del pastor se dirigen especialmente contra los fariseos, y al fin los oyentes hablan expresamente de la curación del ciego de nacimiento.

Una y otra vez se ha comparado Jesús con los fariseos que querían pasar por los pastores del pueblo de Israel. Ahora hay más tranquilidad en su derredor; tranquilidad no porque ellos se le hayan rendido, sino porque han roto con Él para siempre. Jesús prevé aquellos días en que su lucha contra los fariseos terminará con su muerte. Ellos, los pastores malos, triunfarán, al parecer,

contra el buen pastor, pero éste precisamente entregando su vida por su rebaño manifestará la grandeza de su amor.

Alrededor de la idea central de la "vida pastoril" manifiesta Jesús ante sus oyentes los pensamientos y sentimientos que le embargan una vez pasadas las luchas de la fiesta de los Tabernáculos.

Primera exposición de la imagen

"En verdad, en verdad os digo: el que no entra por la puerta en el aprisco de las ovejas, sino por otra parte, es ladrón y salteador. El que entra por la puerta, pastor es de las ovejas. A éste abre el portero y las ovejas oyen su voz, y llama a las ovejas propias a cada una por su nombre y las saca. Y cuando ha sacado fuera sus ovejas, va delante de ellas, y las ovejas le siguen porque conocen su voz. Pero al extraño no le siguen; antes huyen de él, porque no conocen la voz de los extraños."

En esta parábola, Jesús mismo es el pastor que se acerca por la mañana al vigía que está a la puerta del aprisco en busca de sus ovejas. Puede acercarse tranquilo al portero; sólo los ladrones y salteadores "suben por otra parte". Con miras a los fariseos, insiste Jesús con esto en la legitimidad de su misión; ellos, los "pastores que velaban cabe la puerta", no debieron haberle prohibido el acceso al pueblo.

Las ovejas oyen la voz de los pastores; así también oyen a Jesús los que son de Dios.

Segunda exposición de la imagen

"En verdad, en verdad os digo: Yo soy la puerta de las ovejas. Todos los demás que vinieron, ladrones son y salteadores. Por eso no los oyeron las ovejas. Yo soy la puerta. El que por Mí entrare será salvo y entrará y saldrá y hallará pastos. El ladrón viene sólo para robar y matar y para destruir; Yo he venido para que tengan vida y la tengan en más abundancia."

En esta imagen ya no es Jesús el buen pastor, sino la puerta para las ovejas. La parábola sigue la misma; el sentido cambia. La idea de la Iglesia se perfila claramente en el fondo del cuadro. Jesús es la puerta por la que entran las ovejas al redil. Los otros que vinieron no tenían interés por las ovejas, y se portaron con ellas como ladrones y salteadores: las robaron y las mataron.

Jesús, en cambio, cuida las ovejas, que por él han entrado en

el aprisco y están a salvo, salen y entran sin temor. Aquí hay una alusión a los cambios de pastos según los días. Ningún día vuelven sin haber hallado el alimento necesario. El que entra en el redil de Cristo tiene plenitud de vida.

Tercera exposición de la imagen

"Yo soy el buen pastor. El buen pastor da su vida por sus ovejas. El mercenario, que no es verdadero pastor, porque no son suyas las ovejas, ve venir el lobo, y deja las ovejas, y huye; y el lobo arrebató y desparramó las ovejas. Huye porque es mercenario y no se le da nada de las ovejas."

"Yo soy el buen pastor. Conozco mis ovejas y las mías me conocen. Como el Padre me conoce, así conozco yo al Padre, y pongo mi vida por mis ovejas. Tengo aún otras ovejas que no son de este redil. También éstas tengo que atraerlas, y oirán mi voz, y se formará un solo rebaño y un solo pastor."

"Por eso me ama el Padre, porque doy mi vida para volverla a tomar. Ninguno me la puede quitar, sino que la doy Yo de Mí mismo; poder tengo para darla y poder tengo para volverla a tomar. Este mandamiento recibí de mi Padre."

Jesús contraponen los buenos y los malos pastores. Su diversa conducta con el rebaño se manifiesta en el momento de peligro. El asalariado no es verdadero pastor porque no se preocupa del bienestar del ganado, sino de sí mismo y del salario. El buen pastor pone su vida por la vida del ganado. Jesús habla en esta parábola del sacrificio de su muerte por la redención de los hombres. A Él, verdadero pastor, le han sido confiados por el Padre todos los hombres. Ahora, después que los pastores de Israel le han impedido la entrada al pueblo, conduce Él a los fieles a un nuevo aprisco: a la Iglesia. Pero a este redil no vienen sólo las "ovejas" de Israel, sino también las ovejas de otros rediles, de otros pueblos. Después de su muerte no habrá más que un solo lugar de refugio para los hombres: la Iglesia fundada por Él.

Como antes en el templo, también ahora está dividida la opinión. Muchos repetían lo que ya habían reprochado antes a Jesús: "Tiene un demonio en el cuerpo y está loco." Otros replicaban: "Un endemoniado no habla así. ¿Puede un espíritu malo abrir los ojos de un ciego?"

PASTOR QUE VUELVE AL APRISCO DELANTE DEL REBAÑO.
"ELLAS SIGUEN SU VOZ"

El pastor va delante: el rebaño le sigue; son cabras negras. El pastor va tocando una flauta doble. Jesús toma de las ovejas las parábolas para expresar la vida de los hombres. Son los animales domésticos que tienen menos instinto de orientación; por eso necesitan de un modo especial un pastor que las guíe. Cuando las ovejas de la región Oeste del Jordán, que no están aún hechas a los modernos medios de comunicación, oyen el ruido de un auto, corren al pastor y se apelotonan alrededor de él. La fotografía es de las cercanías de Siquén. Las montañas calcáreas cada vez son más bajas y se van esfumando más. El rebaño pasa por rastros. Más allá, en el fondo, junto al pozo de Jacob, teniendo a la vista esta llanura, habló Jesús de una cosecha que no estaba sujeta a las leyes de las estaciones del año, es decir, de la cosecha de las almas.



Después de la fiesta de los Tabernáculos

La nueva oración

Y aconteció que Jesús estaba orando solo en un sitio, y cuando acabó le dijo uno de sus discípulos: "Maestro, enséñanos a orar, como Juan enseñó a sus discípulos." Entonces les dijo: "Cuando oréis, decid: "Padre nuestro, que estás en los cielos..." (Luc., XI, 1-13; Mat., VI, 7-14; VII, 7-11.)

Jesús había orado ya noches enteras, y en los discípulos se despertó también el deseo de poder orar. Una vez que volvía Jesús a ellos después de esas horas de oración, le dijeron: "Señor, enséñanos a orar." No se hace mención del lugar en que hicieron esta súplica al Señor. La expresión "en un lugar" parece insinuar que se trata de una parada al aire libre.

La contestación de Jesús parece algo extraña. Tal vez esperaban que Jesús dijera: "Cuando yo oro, lo hago así", pero les dice: "Cuando queráis orar, decid:" Y empieza con aquella oración que, por su principio, llamamos "Padrenuestro". Sin duda para poder emplear la expresión "Padre nuestro" Jesús empezó de esa forma.

El Dios del Cielo no es de la misma manera Padre suyo y Padre de los discípulos. Nunca dice Jesús: "Nuestro Padre" hablando al mismo tiempo de sí mismo y de sus discípulos, sino que dice o bien "Mi Padre", y es el Padre con quien Él es consubstancial, o bien "Vuestro Padre", y entonces es el Padre que ha adoptado a los discípulos como hijos, y en esta oración escoge una introduc-

ción que contiene explícitamente las dos clases de paternidad de Dios.

La nueva oración sin duda causó admiración a los discípulos. A su sentir, era demasiado corta. La instrucción que da Jesús a continuación es como una respuesta a rostros asombrados y a miradas interrogadoras:

“Cuando oréis no habléis mucho, como los gentiles, porque creen que serán oídos si emplean muchas palabras.” Hace ya años que están relegadas al olvido las palabras que proferían los gentiles junto a las fuentes del Líbano y cabe las violáceas y brillantes ondas del Nilo.

Pero sabemos, por los documentos conservados, cuál era su actitud de alma en presencia de sus dioses y cuál era el objeto de sus ardientes ruegos; lo que esos documentos nos conservan son sencillamente peticiones meticulosamente estilizadas a seres a quienes atribuían más poder y más ciencia que a los míseros mortales. En ellos se dice, por ejemplo: “A Soknopaïos y a Sokonpieios, los dioses imponentemente grandes: Petición de Stotoetis, hijo de Apynquis, hijo de Tesenuphis. Espero quedar libre de la enfermedad que me aqueja. Concédemelo.” “Al dios omnipotentemente grande Sokonokonnis: Dame alguna respuesta. ¿Debo permanecer en Bakquias o he de pedir que me trasladen? Indícame lo que he de hacer en este asunto.”

De las palabras de Jesús a los judíos: “Cuando oréis, no habléis mucho, como los gentiles”, se puede deducir que también entre los judíos estarían en uso oraciones de ese género. El testimonio de algunas fórmulas eucológicas de tiempos antiguos confirman esa opinión. Por ejemplo, una de esas oraciones empieza así: “Ensalzado, alabado, y glorificado, y exaltado, y enaltecido, y honrado, y predicado, y celebrado sea el nombre del Santo; ensalzado sea él.” En cambio, con cuánta sencillez se dice en el Padre nuestro: “Santificado sea tu nombre.” Otra oración empieza con la alabanza de la oración misma, con estas palabras: “Verdadera, y cierta, y firme, y duradera, y recta, y segura, y amada, y adorada, y preciosa, y amable, y provechosa, y magnífica, y justa, y agradable, y hermosa, y buena es esta palabra (oración) sobre nosotros por toda la eternidad.”

La oración que Jesús enseña ni tiene palabras superfluas ni em-

plea expresiones exageradas en las súplicas. En cambio, en el Padrenuestro se piden a Dios dones que hasta entonces eran desconocidos de los hombres o muy poco estimados.

El nuevo espíritu de oración

La parábola del amigo importuno, la del juez sin conciencia y la del fariseo y el publicano

Jesús conocía el interior de los hombres; sabía cuánta era su desconfianza en el Padre celestial, desconfianza que se manifestaba siempre que no sucedían las cosas según sus deseos. Con demasiada frecuencia tendían a apartarse de Dios como si fuera un enemigo de quien había que defenderse con arte especial, y estaban siempre a punto para dar fin a sus oraciones con el sentimiento de que habían cumplido ya con su deber y aun con la protesta de que habían orado ya más tiempo de lo que pedía la prudencia.

No se puede hacer desaparecer de un hombre la desconfianza hablándole con aspereza y amenazas; antes así se le hundirá más en su sentimiento de desconfianza. Jesús, al querer alentar a los hombres a la confianza en su Padre, puso tales ejemplos que debió de contarlos no sin una sonrisa bondadosa. De seguro que los oyentes seguían sus palabras con rostros alegres y mirada luminosa.

Tres veces llega a hablar del espíritu que ha de informar la oración de sus discípulos, y las tres veces ilustra su doctrina con parábolas apropiadas al fin que se propone, y son: la parábola del amigo importuno, la del juez sin conciencia y la del fariseo y el publicano. Esas tres parábolas forman juntas un grupo especial. Las dos primeras tienen un tono marcadamente jovial y lleno de buen humor, y lo mismo se puede decir de la tercera, la del fariseo y el publicano, por el contraste tan bien expresado entre el fariseo, tan pagado de sí mismo, y el humilde publicano.

Parábola del amigo importuno

"Uno de vosotros tiene un amigo, que viene a media noche y le dice: "Amigo, préstame tres panes. Porque acaba de llegar de viaje un amigo mío y no tengo nada que ponerle delante." El otro que está dentro, responde: "Déjame en paz. La puerta está ya cerrada y mis criados están también, como yo, en la cama, y no puedo levantarme a dártelos." Os digo que si no se levanta a dárselos por ser su amigo, siquiera por la importunidad del otro se levantará y le dará cuantos panes ha menester." (Luc., XI, 5-8.)

En la casa de un pobre campesino, que no tiene más que una habitación, en los primeros meses después de la cosecha están todas las cosas revueltas. Cántaros para el agua, cántaros con el vino nuevo, cántaros para el aceite. Odres, mantas y vestidos cuelgan del techo. Fuentes de levadura y las otras cosas necesarias están ya preparadas desde la noche para amasar al día siguiente. En medio de todo ese revoltijo de cosas se extienden por la noche las esteras de paja que durante el día están arrolladas en un rincón. Sobre ellas se echan los hijos y al lado de ellos el padre.

He ahí que estando todos en lo mejor del sueño, así lo describe Jesús, golpean a la puerta de madera. Al mismo tiempo resuena una voz; el campesino la reconoce: es un vecino. Por una parte, se siente tranquilizado; pero por otra, se molesta. "¡Ya podía haber venido antes!"

Desde fuera dicen: "Amigo, préstame tres panes. Porque acaba de llegar de viaje un amigo mío y no tengo qué ponerle delante."

El vecino ve el compromiso del amigo, pero considera excesiva su libertad en permitirse causarle tal molestia. Si él se levanta ahora, se desarregla la cama; y además la pesada cerradura de la puerta, con tranca y cerrojos, hace mucho ruido. No, no puede ser. Ahora hay aún silencio, nadie se ha despertado, pero ¿cuánto durará el sueño?

Así, pues, desde el sitio de dormir contesta al vecino: "No me molestes. La puerta está ya cerrada, y mis hijos están, como yo, en la cama; no puedo levantarme a dártelos."

Los oyentes sabían ya de antemano lo que iba a suceder. Si el

vecino continuaba golpeando a la puerta, el otro acabaría por levantarse, no por amor al vecino, sino por amor al reposo de la noche.

Jesús terminó así: "Yo os digo a vosotros: pedid y recibiréis, buscad y hallaréis, llamad y se os abrirá. Porque todo aquel que pide, recibe, y el que busca, halla, y al que llama, se le abre."

"¿Y quién de vosotros, como padre, si el hijo le pide pan, le dará una piedra? O si pide un pez, ¿le dará una serpiente en lugar del pez? O si le pide un huevo, ¿le dará un escorpión? Pues si vosotros, siendo malos, sabéis dar buenas dádivas a vuestros hijos, ¿cuánto más vuestro Padre celestial dará espíritu bueno a los que se lo pidan?"

Aun de los hombres se puede estar seguro que dan a sus hijos lo bueno que les piden. Si el hijo pide pan, no ponen en su mano una piedra; ni una serpiente, si quiere un pez; ni un escorpión, si desea un huevo.

Serpientes muertas con la cabeza aplastada son un rasgo característico del paisaje de Palestina. Los naturales matan a pedradas toda víbora que encuentran. Hay épocas en que se multiplican más que de ordinario; entonces vienen los llamados "años de serpientes", que quedan largo tiempo en la memoria de la gente y mantienen vivo el odio a esos animales del color de la arena. Pero más temibles que las serpientes son los escorpiones. Su picadura duele horriblemente y pone la vida en peligro; todas las tardes hay que revisar las esteras para ver si hay alguno de esos bichos.

Lo que Jesús quiere decirles es esto: En comparación con el Padre celestial, vosotros sois malos; vuestro amor es pequeño y mezquino. Si, a pesar de esto, buscáis buenas dádivas para vuestros hijos, ¿por qué dais cabida en vuestro corazón a la desconfianza con el Padre celestial, que os ama con su amor divinamente grande?

Parábola del juez injusto

Y les decía también esta parábola, para demostrarles que es menester orar siempre y no desfallecer: "Había en una ciudad un juez que ni temía a Dios ni respetaba a hombre alguno. Y había en la misma ciudad una viuda que fué a él diciéndole: "Hazme justicia de mi contrario." Y por mucho tiempo no quiso. Pero por fin dijo entre sí: Aunque no temo a Dios ni respeto a mortal, todavía, porque esta viuda me es importuna, le haré justicia, para que no venga tantas veces a atormentarme." (Luc., XVIII, 1-7.)

Nunca en toda la literatura profana han sido contrapuestos con frases tan incisivas el hombre que se siente dueño del mundo y otro que es, como se dice vulgarmente, un nadie.

Una vez había un juez, un bajá en el peor sentido de la palabra. Nada ni nadie le coartaba en su vida; no le importaba poco ni mucho ni de Dios ni de los hombres. Había allí también una viuda, un ser despreciable, que vivía desamparada de todos. La protección del padre y de la madre la había perdido al casarse; la de su marido, con la muerte de éste. Estaba, pues, sin amparo. La expresión "viuda desamparada" era en el tiempo de Cristo como proverbial. Así escribe en una súplica la sacerdotisa Javetis, que había enviudado: "Como viuda desamparada pido la benevolencia humana." Un funcionario, cuyo nombre es Mervitensi, era llamado el "esposo de las viudas", porque, contra la costumbre, se interesaba con gran cariño por ellas. Pero esta "desvalida" del Evangelio sabía defenderse. Era la única que no temía al juez ante quien todos temblaban; el miedo que los otros tenían delante del juez la hacía a ella precisamente más osada. Él podía ayudarla, y así le instaba vivamente sin cesar; él sabía ya de antemano quién era la que venía cuando el esclavo salía a abrir. ¡Era otra vez la viuda! Y lo que ya le había contado a él diez veces podía aún hacerlo muchas más y con mayor extensión, como si nunca se lo hubiera explicado; y, como si él no hubiera entendido bien, se lo cuenta cada vez con más viveza y más indignada, acercándosele cada vez más.

Así logró ablandarle. Remordimientos de conciencia, no los tenía; eso, no. Procuraba ocultar su derrota interior con un chiste:

“¡Arrogante mujer! ¡Valiente y tenaz! ¡Cómo bracea!... Si no la atiende, puede terminar arañando al señor ante el cual los demás se prosternan por tierra.”

Esta descripción breve y gráfica debió de producir solaz y esparcimiento en la gente, que debía recordar escenas vividas y hasta realizadas por ellos mismos. El Maestro se esforzaba por quitarles la desconfianza interior en el Padre celestial, que se apodera del hombre particularmente en la oración.

“¿Habéis oído lo que dijo el juez injusto? ¿Y no hará Dios justicia a sus escogidos que claman a Él día y noche? ¿Y no se compadecerá de ellos? Os digo que les hará justicia muy pronto.”

Parábola del fariseo y el publicano

Y Jesús dijo una vez esta parábola a unos que se tenían por justos y despreciaban a los demás: “Dos hombres subieron al templo a orar, el uno fariseo y el otro publicano. El fariseo, de pie, onaba en su interior de esta manera: “Dios, gracias te doy porque no soy como los demás hombres, robadores, injustos, adúlteros, así como este publicano. Ayuno dos veces en la semana; doy diezmos de todo lo que poseo.” Mas el publicano, estando lejos y de pie, no se atrevía ni a levantar los ojos al cielo, sino que se golpeaba el pecho diciendo: “Dios, apiádate de mí pecador.” Os digo que éste, más bien que aquél, bajó a su casa justificado.” (Luc., XVIII, 9-14.)

Un grito lleno de confianza en el Padre pidiendo auxilio era la oración que Jesús recomendaba. Esa súplica era oída de Dios favorablemente, aunque el orante fuera pecador. Jesús expone de una manera gráfica esta verdad en una parábola.

Subieron una vez a Jerusalén (este nombre despertaba inmediatamente la idea del templo) dos hombres, por las estrechas gradas de la parte inferior de la ciudad hasta el santuario. No era en las horas del sacrificio; subían para darse a la oración en privado. Uno de los dos era fariseo, miembro del partido que disfrutaba más autoridad ante el pueblo; el otro, publicano, hombre que pertenecía a la “hez” de la sociedad.

El fariseo ya había subido allí muchas veces; el templo era para él como una casa en la que creía poseer una especie de dere-

cho de propiedad. Cruzó arrogante el primer atrio y se acercó cuanto pudo a la balaustrada que separaba el atrio del lugar destinado a los sacerdotes. Allí se presentó, como quien anuncia: ¡Ahora empiezo yo a orar! Pero su alma no era una copa que se levanta vacía hacia Dios, sino una concha llena y rebosante: oró más para satisfacer a sus oídos escuchándose a sí mismo que para agradar a Dios, pues empezó de esta manera:

“Dios, gracias te doy porque no soy como todos los demás, ladrones, injustos, adúlteros, así como este publicano. Ayuno dos veces en la semana y doy diezmos de todo lo que tengo.”

Con una alusión odiosa, había incluido también en su oración al publicano. Sin duda se había vuelto a mirar al que creía que le estaba contemplando.

El publicano no advirtió que el fariseo se preocupara de él. Había subido al templo desde la ciudad baja, como el hombre que trata de escapar de una inundación.

Sin duda que había explotado hasta el exceso las ocasiones de defraudar que con tanta frecuencia le brindaba su oficio; pero ahora presentaba su alma a Dios, suspirando más íntimamente que lo hacía un pobre labriego cuando le mendigaba a él que le perdonara el tributo. Ni siquiera se atrevía a levantar los ojos al cielo; heríase el pecho, sin atender a que había allí gente, y toda su petición se reducía a estas palabras: “Señor, muéstrate propicio a este pecador.”

La parábola se explica por sí misma. Jesús no hace más que insinuar al fin el significado, para inculcar a todos que el ánimo orgulloso hace imposible toda oración verdadera.

Con más facilidad puede llegar a ser eficaz la oración de un pobre publicano pecador, que no entiende más que de balanzas y monedas, que la de un fariseo arrogante, a quien siempre se le veía con un rollo de la Escritura.

La época de lluvias

Las peregrinaciones de Jesús por Judea coincidieron en su mayor parte con las lluvias invernales. La primera lluvia era un acontecimiento que impresionaba hondamente, lo mismo al joven

que al viejo, lo mismo al labriego que sólo tenía algunas parcelas de tierra que al rico propietario y al comerciante.

Todo indicio de lluvia es observado y se habla luego de él en las conversaciones. El sol sale bastante más tarde y se pone antes; las noches son frías; hace tiempo que nadie se atreve ya a dormir al aire libre. Los niños juegan en las eras, ya limpias. El grano está ya en casa. Hubiera sufrido daños con el fuerte rocío que cae ya por este tiempo. Las primeras nubes, densas y redondeadas, cruzan el país. Al principio se ven desde la meseta, a lo lejos, detrás de la depresión de la región y detrás de las franjas de brillo intenso de las dunas areniscas, en forma de nubarrones blancos como algodón, suspendidas sobre el mar. Después suben y cruzan la comarca, proyectando sus sombras sobre los campos secos y polvorientos. Pero estas primeras nubes pasan días enteros sobre el país montañoso, sin traer lluvia, y cuando llegan al valle del Jordán, con las columnas de calor que ascienden, se condensan o se deshacen completamente.

Por fin viene la primera "lluvia de otoño", como habría que llamarla, mejor que "lluvia temprana", como se suele decir. Se apisonan las capas de barro de los tejados y se cierran con cuidado los agujeros de las paredes, tan a propósito en el verano para formar corrientes; pero muchas veces, cuando la tormenta arroja el agua con todo el ímpetu, de nada sirven todas esas precauciones. A pesar de todas las incomodidades que esta lluvia pueda traer, la gente respira con ella como el redimido de un cautiverio.

Pasados estos aguaceros, aparece la tierra bajo una atmósfera limpia de polvo; los abrojos y las hierbas agostadas, y aun el suelo y la desnuda piedra toman un color más fuerte. Las lejanas cumbres que por doquier se ven por entre las cercanas lomas y las rampas agrietadas de la meseta sobre el mar Muerto y el Jordán aparecen lípidamente perfiladas con un esplendor maravillosamente purificado. Ahora apetece ya el sol, porque aun en este "tiempo de lluvia" son los días en que no llueve más numerosos que en los buenos veranos de la Europa central.

Jesús en la fiesta de la Dedicación

Después se celebró en Jerusalén la fiesta de la Dedicación. Era invierno, el tiempo de las lluvias, y Jesús se paseaba en el templo por el pórtico de Salomón. Los judíos le cercaron y le dijeron: "¿Hasta cuándo traes suspensa nuestra alma? Si tú eres de veras el Mesías, dínoslo abiertamente." (Juan, X, 22-39.)

A fines de noviembre se celebraba en Jerusalén la fiesta de la segunda dedicación del templo. Era una fiesta de institución relativamente reciente, día de recuerdo por la nueva dedicación del templo, después de las profanaciones de Antíoco, aún no hacía doscientos años.

Cuando soplaba el viento frío que precede y sigue a toda lluvia, o cuando los aguaceros caían estrepitosamente en los atrios del templo, se refugiaba la gente en los peristilos. En los días fríos nunca se llegaba a aquel tráfico, agitado y mareante de las fiestas de verano. Por más que se sienta alivio en Palestina cuando llega la ansiada lluvia, físicamente se siente poco bienestar, por razón del frío. Entre los 5 y 15 grados sobre cero, sienten los palestinos tanto frío como nosotros entre 10 y 20 grados bajo cero, y todo chaparrón hace el efecto de una granizada en todos aquellos que sorprende al aire libre; en un abrir y cerrar de ojos se quedan las calles vacías y solitarias.

Cristo, como Hijo del Hombre, estaba, en cierto modo, sujeto a los efectos de las estaciones del año. Esta vez no estaba sentado en un banco, sino paseando con sus discípulos en el pórtico de Salomón. Y aparecieron ante Él sus enemigos, no para entablar largas conversaciones, sino para arrancarle una declaración. Era como un asalto que le hacían; por todas partes vienen a Él, y como si nunca hubieran hablado con Él de estas cuestiones, le preguntan:

"¿Hasta cuándo vas a tener nuestra alma en incertidumbre? Si eres el Cristo, dínoslo abiertamente."

Habían pasado ya casi dos meses desde la gran contienda de la fiesta de los Tabernáculos. Entre los que hacían la pregunta hallábanse algunos que estuvieron también allí. Jesús recalca lo mismo que entonces había dicho.

"Os lo digo y no me creéis. Las obras que Yo hago en nombre

de mi Padre dan testimonio de Mí. Y vosotros no creéis, porque no sois de mis ovejas. Mis ovejas oyen mi voz, y Yo las conozco, y me siguen. Yo les doy vida eterna y no perecerán jamás, y ninguno las arrebatará de mi mano. Mi Padre que me las dió está sobre todas las cosas; y nadie las puede arrebatar de las manos de mi Padre. Yo y el Padre somos una cosa."

Los fariseos se complacían en decir: "Nosotros nos ponemos del lado de Dios; pero no del lado de Jesús Nazareno." Y Jesús les desarma diciéndoles: "Yo y el Padre somos una cosa. El que reconoce al Padre, reconoce también al Hijo; el que está en gracia con el Padre, ama también al Hijo."

Con esta claridad no ha hablado Jesús nunca. Salen apresuradamente del peristilo, que estaba enlosado, a la plaza de delante del templo, y cogen piedras de las que había tal vez allí cerca amontonadas; y acaso después de la lluvia no era tan difícil arrancar los adoquines. Antes de tener las piedras en la mano se ha amansado ya tanto su enojo, que prestan oído a lo que Jesús les dice:

"Muchas buenas obras os he mostrado de Mi Padre, ¿por cuál de ellas me apedreáis? "

Responden zaheridos: "No te apedreamos por obra buena, sino por blasfemia, y porque Tú, siendo hombre, te haces a ti mismo Dios."

La actitud valiente y tranquila de Jesús les desarma. Dejan caer las piedras cuando comienza Jesús a citar palabras de los libros santos de la Antigua Alianza.

"¿No está escrito en vuestra ley: Yo os dije: Dioses sois? Pues si llamó dioses a aquellos a quienes se dirigía la palabra de Dios, y la Escritura no puede faltar, ¿cómo podéis reprocharme a Mí, a quien el Padre santificó y envió al mundo: Eres blasfemo, porque he dicho: soy Hijo de Dios?"

Jesús no va directamente a la pregunta principal de si es o no Hijo de Dios; porque eso les hubiera causado otro arrebató de ira. Por eso dice a los fariseos: "En la misma Escritura, los jueces, hombres como los demás, son llamados una vez dioses. Si alguno se llama a sí mismo Dios, hay que averiguar primero en qué sentido lo dice y con qué derecho lo hace." Después vuelve Jesús a la pregunta de por qué Él se puede llamar a sí Hijo de Dios.

'Si no hago las obras de mi Padre, no me creáis. Pero si las

hago, aunque a Mí no me creáis, creed a las obras, para que conozcáis y creáis que el Padre está en Mí y Yo en el Padre.”

Otra vez intentaron apoderarse de él. Para evitar ulteriores asechanzas, abandonó la ciudad y se retiró a la otra ribera del Jordán, donde Juan había bautizado y le había proclamado a Él Mesías.

Jesús y Herodes Antipas

En el mismo día se llegaron a Él unos fariseos y le dijeron: “Sal de aquí y vete, porque Herodes te quiere matar.” Y Jesús les respondió: “Id y decid a aquella raposa que yo lanzo demonios y hago curaciones hoy y mañana, y al tercero día soy consumado. Pero es necesario que yo ande hoy y mañana y otro día, porque no cabe que un Profeta muera fuera de Jerusalén.” (Lucas, XIII, 31-33.)

Herodes oyó con desagrado que Jesús, habiendo dejado Galilea ya hacía mucho tiempo, entraba de nuevo en Perea, región de su dominio. Precisamente en Perea era donde el rey le vela más a disgusto. Después que se había separado de su primera mujer, la hija del jeque Aretas, estaba en relaciones muy tirantes con la familia de los beduínos. Para él, que siempre había considerado la vida de Jesús tan sólo desde el punto de vista diplomático, debió de parecerle aquello como una aproximación mutua de sus enemigos internos y externos.

Pero Herodes no quería proceder con Jesús como con Juan. Esta vez, mediante una maniobra, mediante una amenaza, quiso echar fuera de sus fronteras a ese predicador enojoso. Así, que un día se acercó a Jesús una delegación de fariseos, que, presentándose como solícitos amigos, le participaron confidencialmente que le convenía irse de aquella región, porque Herodes le quería matar.

El plan de Herodes estaba muy sutilmente calculado: si Jesús, pensaba Herodes, se entera de su plan por una delación, ¿qué hará sino escapar lo antes posible, pensando ser con ello más avisado que el soberano?

Jesús responde a los fariseos que le rodean, al parecer llenos de solicitud, y rompe el velo que encubría los planes de los enemigos:

“Decid a aquella raposa que yo lanzo demonios y hago curaciones hoy y mañana, y al tercero día soy consumado.”

Jesús llama a Herodes “raposa”. Entonces no se distinguía mucho entre las diversas especies de este género. De una manera general, se comprendía también bajo la denominación de raposa a los chacales, que son tan rapaces como cobardes. Mas para Jesús no valen las intrigas. Para Él todo está ya determinado. Durante un tiempo fijo, “dos días enteros” (¿quiere decir dos meses?), andará libremente; al tercero día (¿quizá en el tercer mes?) será consumado. Con esta palabra parece que quiere insinuar misteriosamente que la consumación de su obra y su muerte coinciden.

Los fariseos, que se habían dirigido a Él llenos de hipocresía, deben saber que penetra sus intenciones. Ante ellos cederá Cristo, como cederá ante Herodes, cuando llegue su hora.

“Porque es necesario que yo ande hoy, y mañana, y el tercer día, porque no cabe que un Profeta muera fuera de Jerusalén.”

Estas palabras están llenas de amarga ironía contra los hipócritas. ¡No os preocupéis! Cuando me llegue el tiempo de morir, iré a vosotros, a Jerusalén. No tenéis que preocuparos de evitarme la muerte con que me amenaza Herodes. En las cercanías de Jerusalén está mi vida en mayor peligro. Por eso voy de lugar en lugar como un fugitivo. Cuando yo vaya a Jerusalén, será para consumir mi obra con la muerte. Acontecimiento como éste no puede realizarse más que en Jerusalén. No os preocupéis, pues, de mis viajes ni me andéis acechando.

El himno a la divina misericordia

La parábola de la oveja perdida, la de la dracma perdida y la del hijo pródigo

Siempre produce un efecto irritante oír contar dos o tres veces una misma cosa con las mismas palabras. Aun en los temas de importancia no se deja de hacer constar, sobre todo si hay impacientes, que ya son muchas las veces que se han oído. En cambio, toleramos sin dificultad que una misma canción se cante repetidas veces.

Pues bien; las parábolas de Jesús producen sobre los oyentes el efecto de las canciones, y aun tenían, en realidad, cierto parentesco con ellas y se solían proponer en ese tono fluctuante y melodioso que toman los orientales cuando narran algo. Las canciones

que se oyen en Oriente suenan para nosotros como narraciones, y las narraciones como canciones. En estas narraciones parece el lenguaje como transformado, y es indudable que en arameo, que era la lengua en que habló Jesús, sucedería lo mismo.

Así propuso Jesús tres parábolas, que debieron de sonar a los oyentes como tres estrofas de un mismo himno. Este discurso, que consta de tres miembros, bien podemos llamarlo la canción de Jesús sobre el amor de Dios a los pecadores.

Parábola de la oveja perdida

Los publicanos y pecadores se acercaron a Jesús, para oírle. Los fariseos y los escribas murmuraban, diciendo: "Este recibe pecadores y come con ellos." Entonces les propuso esta parábola diciendo: "¿Quién de vosotros, teniendo cien ovejas, si pierde una no deja las noventa y nueve en el desierto y va a buscar la que se ha perdido hasta que la halla? Habiéndola hallado, la pone sobre sus hombros gozoso, y en llegando a casa llama a los amigos y vecinos diciéndoles: "Dadme el parabién, porque he hallado mi oveja, que se había perdido." Os digo que así habrá más gozo en el cielo por un pecador que hiciere penitencia que por noventa y nueve justos que no tienen necesidad de ella." (Luc., XV, 1-7; Mat., XVIII, 12-14.)

Esta es una "parábola de Judea", pues Judea es la tierra de los pastores. En la literatura judía antigua se aplica a Galilea la elaboración del lino, y a Judea la de la lana. Todos los que habitan al margen de la meseta, a la faz del desierto, pueden sostenerse económicamente con su pequeña posesión, porque tienen la posibilidad de echar sus rebaños al yermo libre, que se cubre cada año, al menos con una mezquina vegetación, después que han caído las primeras lluvias otoñales. Estas no sólo empapan en agua las tierras de labor, sino que llegan a remojar también la polvorienta arena del desierto, de suerte que empiezan a crecer en ellas las semillas traídas por el viento a las hondonadas y a las grietas de las piedras, y también brotan viejas raíces de otros tiempos, que quedaron en tierra. Como un velo de tul transparente se extiende el ralo verde sobre la desnuda superficie. En este tiempo la gente de las aldeas del desierto fronterizo lleva hasta allí sus

ganados desde la alta meseta. El ganado es su fortuna, y muchos se trasladan también con los animales.

Así, pues, muy bien puede suceder que una oveja, yendo de pasto en pasto, se aparte del pastor y lo pierda de vista. Cuando el campesino que tiene 100 ovejas nota que le falta una, reúne el ganado en lo alto de una de las innumerables lomas de cumbre llana, lo deja allí y empieza a buscar la oveja perdida. Cada vez que sube de las depresiones, grietas y hoyas, echa una mirada a su ganado. Cuando halla a otros vecinos que han salido también con los propios rebaños, les pregunta si han visto en alguna parte su oveja. Los animales van marcados con una señal en las orejas o con manchas rojas. De ese modo, mientras la busca, se va difundiendo la noticia de la oveja perdida. Es verdaderamente increíble la celeridad con que se esparcen esas noticias en regiones aparentemente abandonadas como los altos Alpes.

Por fin la encuentra el pastor. El animal está cansado, porque, conforme a la índole de las ovejas, que no tienen tan buen instinto de orientación como los demás animales, ha ido errando sin rumbo fijo. El pastor no la golpea ni la maldice; antes la trata con más delicadeza que a las otras y la pone sobre sus hombros como una madre a su hijo. Después vuelve a su rebaño, y de allí a casa. Otros pastores han llegado ya antes que él. Los llama, lleno de gozo, y les dice: "Ya la he hallado."

Después hace una descripción de la búsqueda, que no comprenden, como es natural, más que los que conocen el desierto, con todos sus altos y barrancas.

"¿Quién de vosotros?", así comienza Jesús. Luego tiene delante oyentes familiarizados con esas escenas. Ellos sienten la alegría del pastor campesino como si fuera propia. Y Jesús termina así: "Os digo que así habrá más gozo en el cielo por un pecador que hiciere penitencia que por noventa y nueve justos que no tienen necesidad de ella."

Parábola de la dracma perdida

“O ¿qué mujer que tiene diez dracmas, si pierde una no enciende el candil y barre la casa y la busca con cuidado hasta hallarla? Y después que la ha hallado junta a las amigas y vecinas y dice: “Dadme el parabién, porque he hallado la dracma que había perdido?” Así os digo que hay gozo delante de los ángeles de Dios por un pecador que hace penitencia.” (Luc., XV, 8-10.)

Era una pobre aldeana. Sabe de cierto que tenía 10 dracmas. Que las mujeres tengan el “dinero del gobierno de la casa” es, en el Oriente a la antigua, un imposible; de las compras se encarga el hombre. Por eso no es raro ver circular señores bien vestidos y muy dignos con una carga de lechugas y cebollas que traen de la compra. Probablemente esas dracmas eran las monedas de su dote; por consiguiente, eran de su propiedad particular.

La mujer lleva siempre consigo esas monedas, cosidas fuertemente en la toca de la cabeza; ni siquiera por la noche se quita su preciosa carga. De pronto nota un día que le falta una dracma de la serie y empieza a buscarla. En una parábola judía antigua se cuenta, por ejemplo, que la moneda cae en la artesa del pan, junto a la masa.

En una casa pobre, fuera de la puerta de entrada, no hay sino, a lo más, un simple respiradero. Los rincones nunca están bien iluminados, y además están siempre llenos de las cosas más diversas; en el suelo yacen huesos de la comida y desperdicios del oficio o de las faenas domésticas. Así, lo primero que hace la mujer es encender una luz, después sacude las esteras, alumbra en los huecos entre la pared y las tinas de barro y las cántaras del aceite; levanta la artesa y, finalmente, barre todo el suelo y rebusca en la basura. Tal vez ha puesto ante la puerta, como se acostumbra muchas veces, todos los utensilios que ha encontrado. En todo caso las vecinas se percatan bien de que algo sucede en aquella casa. Cuando, por fin, halla la dracma no cabe en sí de gozo. Anuncia la nueva a las vecinas y amigas, y éstas entran en la casa. Aquí estaba, y debió de pasar de esta manera...

“Yo os digo que también los ángeles de Dios se gozan por un pecador que hace penitencia.”

Parábola del hijo pródigo

Y les dijo también: “Un hombre tenía dos hijos. Y dijo el menor de ellos al padre: “Padre, dame la parte de la herencia que me toca.” Y les repartió la hacienda. Pocos días después el hijo menor, tomando consigo lo suyo, se fué lejos, a un país muy distante, y allí gastó todo su haber, viviendo disolutamente.” (Luc., XV, 11-32.)

Dios se alegra siempre que un hombre se arrepiente de sus yerro. Con dos estrofas de parábola pintó Jesús a sus oyentes los sentimientos que embargan al Padre celestial y a los ángeles cuando un pecador se convierte. Pero ¿qué hacen los hombres? Jesús sabe cómo se portan. Desde el primer pecado en el paraíso se oculta muy hondo, en lo más íntimo del hombre, un extraño temor de Dios, una parte de aquel miedo, propio del demonio. Jesús ve millones de seres humanos, de todos los tiempos, aterrorizados por carecer en absoluto de la confianza en Dios, como si Dios quisiera oprimirles con su omnipotencia y aniquilar su propio ser.

Empieza Jesús a proponer otra parábola que es una exhortación general a todos los hombres, como si les dijera: “Pecadores, no temáis a Dios, porque Él os ama.”

Era un hombre que tenía dos hijos. El más joven, que por la ley tenía derecho tan sólo a un tercio de la herencia, deseando salir de las estrecheces campesinas de la casa paterna, quería vivir libre e independiente.

Fuése al padre y, abusando de su bondad, en una forma que debió de ser dolorosísima para el anciano, le dijo: “Padre, dame mi herencia.”

El padre le otorgó lo que pedía. El hijo hubiera sido algún día libre e independiente, pero desde ahora quiere vivir ya sin vigilancia. Por la herencia le dará el padre mucho dinero, y con él se puede vivir con más regalo de lo que el padre sospecha. No faltará gente que quiera tratar con un hijo como éste. Con el cinturón repleto de dinero se va a un país seductor. Allí se vive desconocido y se trata con gente también desconocida; allí nadie se preocupa de los demás.

Pero un día tuvo que reconocer el hijo que le habían salido mal

los cálculos. El dinero desapareció mucho más aprisa de lo que él creía, y los amigos y las amigas disminuyeron con el dinero.

En esto una grande hambre cundió por aquel país, y él sintió sus efectos de una manera especial. En la última guerra, el número de habitantes en Belén disminuyó en una buena cuarta parte, aunque a eso contribuyó también la expulsión de los que no eran naturales del país. Esas expulsiones en estos casos son una medida adoptada ya desde tiempos antiguos. Y al extranjero entonces no le queda otro remedio que acogerse a la protección de un natural del país y hacer que se le declare como "perteneciente a su casa". Y así debió darse por satisfecho el hijo de haber encontrado quien le admitiera en su casa como pastor de cerdos, él, que tan mimado había estado en la casa de su padre.

Cuando Jesús dice que se fué "a un país muy distante", se refiere sin duda al país que se extiende al otro lado del Jordán, es decir, al valle del Este del Jordán. Allí emigran los que tal vez, víctimas del odio de familia, tienen que huir a un país desconocido. Allí había grandes bosques de encinas y algarrobos donde pastaban los cerdos de la localidad. En el mismo Evangelio se habla del rebaño de cerdos de Gerasa, que contaba 2.000 cabezas. El señor envió a su nuevo siervo a que cuidara los cerdos; en el bosque se sentaba el jovenzuelo, y a fe que tuvo allí tiempo para reflexionar. ¡Jornalero! Y pensó en los jornaleros de su padre, que recibían tanto salario que podían comprar pan hasta la saciedad. Su salario no llegaba a eso. Miraba cómo los cerdos devoraban voraces las algarrobas, y se diera por contento si le hubieran concedido a él en abundancia, en vez del jornal, aquellas algarrobas. Eran éstas el alimento de la gente más pobre, y por eso dice un rabino: "Cuando los israelitas coman algarrobas, es decir, cuando estén en la miseria más grande, "harán penitencia".

Y el hijo se dió cuenta de su situación. Había abusado de la bondad del padre para verse libre de él. Ahora estaba no sólo libre, sino abandonado. Como él había renunciado a todo, no tenía ya derecho al amor del padre. ¡Si por lo menos quisiera recibirlo como uno de sus jornaleros!

"Me levantaré —dijo un día— e iré a la casa de mi padre y le diré: "Padre, he pecado contra el cielo y delante de ti; ya no soy digno de ser hijo tuyo; permíteme sea uno de tus jornaleros."

Y se levanta. Ya nadie es capaz de hacerle volver atrás.

Vuelve de nuevo a su patria. Los viñedos le parecen diversos de los otros; reconoce cada una de las viñas y cada una de las higueras plantadas en las pequeñas hondonadas o en los ribazos; conoce los olivos, con sus ramos verdes plateados; conoce hasta las piedras de las cercas. Al mismo tiempo el temor se apodera de él. En alguno de estos caminos podría ser que hallara a su padre de un momento a otro.

El padre había visto al hijo antes que éste reparase en él. Llevaba dentro la herida del hijo perdido, cuyo dolor nunca se adormecía; por eso conoció que era su hijo aquel a quien los demás tenían por mendigo. Los harapos cubrían mal los enflaquecidos miembros del joven. Y volvía sin sandalias y sin manto.

Mientras al hijo le abrasaba el suelo los pies, se apresuró el anciano padre hacia él, lleno de amor y en silencio. Le echó los brazos al cuello, y un prolongado beso selló el perdón.

El hijo comenzó a pronunciar la frase que había preparado. Pero no pudo terminarla. Ya no podía decir lo de hacerse jornalero de su padre, sea porque vió, con la rapidez del rayo, que eso ofendería más al padre, sea que éste le cortó la palabra. Algunos esclavos empezaron a mirar curiosamente al miserable vagabundo y el padre se avergonzó de ver a su hijo en tan lastimoso estado.

“Traed aquí pronto la ropa más preciosa y vestidle, y ponedle anillo en la mano y sandalias en los pies.” Anillo y sandalias eran las señales del hombre libre. “Traed un ternero cebado y matadlo, y celebraremos un banquete.”

Eso sucedía durante el día. Tal vez los oyentes se representaban un día del tardío invierno, que era, sin duda, el tiempo en que Jesús hablaba. En este tiempo había terneros que habían sido cebados con afrecho y hierba fresca; por eso solían celebrarse en ese tiempo los banquetes y las bodas.

El hijo mayor había estado entretanto trabajando en el campo, y volvió a casa cuando el festín había empezado. Al llegar cerca de casa oyó el sonido de los instrumentos músicos y el estrépito de las danzas. ¿Qué extraña idea había tenido su anciano padre? El primer criado que encontró le dijo: “Tu hermano ha vuelto y tu padre ha hecho matar un ternero cebado, porque lo ha recobrado salvo.”

El hijo mayor consideró esta contestación como una burla. El

había permanecido en casa, y había trabajado día tras día al lado de su padre. Vuelve ahora ese libertino y el padre da un festín, como si se tratara de una boda.

Le hervía la sangre; no quería dejarse ver y simuló que tenía algo que hacer delante de la casa.

Pero el padre lo advirtió desde dentro. Él amaba mucho a los dos hijos, como se veía ahora que había hallado al menor. Si el padre hubiera sido como el hijo mayor, hubiera dicho sencillamente: “El que no quiera entrar, quédese fuera.” Pero él no quedó en paz hasta salir al encuentro del hijo mayor, perdonándole, como al menor, su conducta. El hijo mayor estaba ofendido en lo más hondo de su alma, y tenía que manifestarlo:

“Tantos años ha que te sirvo como un esclavo y nunca he traspasado tus mandamientos, y nunca me diste un cabrito para comerlo alegremente con mis amigos. Y vuelve este hijo tuyo, que ha gastado su hacienda con ramera, y has matado para él un ternero cebado.”

El hijo mayor se sentía ahora, como antes el menor, poco amado del padre. Olvidaba, en un momento de enojo, todo el bien que había disfrutado en su vida en la casa del padre, y éste se ve en la necesidad de recordárselo:

“Hijo, tú siempre estás conmigo, y todos mis bienes son tuyos. Pero razón era celebrar un banquete y regocijarnos, porque este tu hermano (tu hermano es también y no sólo mi hijo) estaba muerto y revivió; se había perdido y ha sido hallado.”

Esta era la tercera y última estrofa del canto. Y como después de un hermoso himno que conmueve el alma, ni al cantor emocionado, ni a los oyentes conmovidos se les ocurre añadir aplicaciones prácticas o comentarios. Así calló Jesús después de la exposición de esta parábola del hijo pródigo. Y todos los oyentes callaron con Él.

Grandes propietarios y arrendatarios

La parábola del “mayordomo prudente” pertenece incontestablemente a las parábolas de Jesús que describen las cosas con más viveza gráfica. Esta parábola, como la de los malos arrendatarios, tiene por fondo todo lo que se refiere al arriendo y administración

de bienes de los grandes propietarios en tiempo del Salvador. Estas leyes y costumbres no solamente eran el fundamento de las dos parábolas de Jesús, sino que a la vez tocaban muy de cerca a muchos oyentes del Redentor, o porque eran parientes de arrendatarios o de grandes propietarios, o porque ellos mismos eran arrendatarios.

El arriendo de Egipto es más conocido por los documentos que el de Palestina. Sin embargo de eso, conociendo la Biblia, se comprenden más fácilmente ciertas expresiones que se encuentran en aquellos documentos. Al mayordomo de la parábola se le llama "oikónomos", "ecónomo". Así se llaman también en Egipto los mayordomos o administradores, y eso no sólo los de la propiedad privada, sino también los de los fondos del erario público y de los tributos.

Así, en tiempo de los Ptolomeos, a quienes estuvieron sujetos los judíos durante un siglo, se distingue entre el ecónomo de los impuestos de dinero y el ecónomo de los impuestos de cereales. Los ecónomos de estos últimos impuestos tenían que recoger las tribuciones y habían de cuidarse de la conservación del grano, y luego, según las indicaciones de la autoridad superior, se cuidaban de venderlo o entregarlo a las guarniciones para alimento o a los empleados como salario.

Los campesinos que toman en arriendo la viña de la parábola de Jesús se llaman "georgoi", palabra que, traducida literalmente, es lo mismo que agricultor o labrador, es decir, hombre que se ocupa de la labranza de la tierra. Pero de hecho la palabra ha tomado el sentido de "arrendatario". Como hoy día, era también entonces muy grande el número de agricultores que tenían las tierras en arriendo. Los grandes propietarios hacían trabajar a otros en su propio provecho. Ser "georgós" significa en los documentos ser "arrendatario". Se habla también de "georgoi basilikoi", es decir, arrendatarios del erario público; aun hoy día, una cuarta parte de la tierra en Egipto es propiedad del Estado. Por ejemplo, en una lista de 12 terratenientes romanos se encuentra una nota en ocho de ellos haciendo constar que hacen producir sus propiedades por "georgós", es decir, por un arrendatario.

Con los documentos adquieren un nuevo realce no sólo el sentido de las palabras técnicas, sino también las leyes de todo lo referente a los arriendos.

El Estado arrendaba con preferencia a Sociedades arrendatarias para simplificar la administración y para asegurar el pago. Existe el arrendamiento en grande y el arrendamiento en pequeño; hay arriendos por un año y otros por más tiempo. Dos arrendatarios declaran una vez que llevan a renta un campo hace ya veinticinco años. El precio del arrendamiento se paga parte en dinero y parte en productos de la tierra. Según un documento del año 88, la renta de una viña sube a un tercio del producto; es lo que se suele pagar todavía hoy en Palestina. Los artesanos, para vivir más desahogadamente, toman en arriendo pequeñas parcelas de terreno.

El gran propietario era el "capitalista", y el arrendatario, el "obrero" de nuestros días. Estos trabajadores conocían ya entonces una especie de huelga; dejaban de cultivar los campos arrendados y los abandonaban. Así consta ya por un documento del año 141-40 antes de J. C.; algo semejante presuponen ciertos decretos de tiempos posteriores, que ordenaban a los arrendatarios la vuelta al trabajo.

Estos datos se refieren, en parte, a la práctica usada por el Estado; pero es ley constante en toda la historia que las instituciones de los Estados y las de la grande industria privada se asemejen entre sí y se influyen mutuamente.

De administradores y arrendatarios se podía temer cualquier cosa. Así lo demuestran los documentos con no menor evidencia. Ya la subastación de los bienes del erario estaba protegida con una verdadera red de medidas preventivas. Todo miembro arrendatario debía hacer por sí una hipoteca especial para una determinada suma del arriendo total, y esa hipoteca quedaba registrada y el acta pasaba a la cancillería real.

Para evitar las rentas demasiado bajas de parte de los arrendatarios se había estatuido que fuera inválida toda subasta si después ofrecía alguien una suma superior a la anterior en un 10 por 100. Que tales medidas tuvieran su razón de ser lo demuestra un caso ocurrido en Atenas por el año 400 antes de J. C. Un cierto Argyrios había fundado un *trust* de arrendatarios de tributos, que hacían bajar las rentas, no pudiendo ningún socio ofrecer más de lo que hubiera ofrecido ya otro. Un cierto Andokides subió la suma del arriendo de 30 talentos a 36, rompiendo con eso el cerco opresor. Por este hecho se siente héroe y asegura: "Bra-

jéa apokerdainomen hoi metéjontes.” “Siendo miembros del Sindicato embolsamos una ganancia muy reducida.”

Los oficiales juegan partidas que no difieren mucho de las del mayordomo infiel del Evangelio. En el año 111 a. J. C. los secretarios rurales del distrito Arsinoe tuvieron que entregar solidariamente 1.500 artabes, es decir, 800 hectólitros de trigo por una multa. Al juicio precedió un examen sobre la administración, puesto que fueron excluidos de la multa 13 empleados. El control era muy temido. Un cierto Polemón avisa a su hermano que el revisor se presentará en Berenice el 15 de payni (mes de la siega), y el 16 irá a Kerkeosiris. Así se le refiere el 11 de payni, advirtiéndole que lo disponga todo bien para evitar disgustos. También allí, se decía a los administradores: “Da cuenta de tu administración.”

Jesús, en su parábola del mayordomo prudente, pone en escena a “un hombre rico”. Con esto se sobreentiende que disfrutaba de grandes posesiones, que hacían necesario un “ecónomo”, en cuyas manos lo puso todo. Ya se ha escrito mucho, especialmente sobre lo que se ha de entender por las “facturas”, que el mayordomo hizo falsificar antes de ser depuesto de la mayordomía.

Todo se explica muy fácilmente si se parte del hecho de que los grandes terratenientes, siempre que podían, arrendaban a Sociedades y no a labradores particulares. Los documentos egipcios demuestran que, en este caso, un “arjon”, un “jefe” nombrado al efecto, cerraba el contrato en nombre de la Sociedad. La firma solía ser, por ejemplo, “Satabos y Compañía”. Se puede suponer que los deudores del señor eran “jefes” de una Sociedad. También en la parábola de los malos labradores se trata con toda probabilidad de una Sociedad. Así es como mejor se entiende su proceder contra los enviados del señor.

Los documentos egipcios aún suministran más datos de gran valor. Los grandes terratenientes o sus administradores determinan lo que se ha de cultivar en cada terreno, y así fijan, en lo posible, las rentas que han de percibir por los diversos frutos. (Según ese mismo sistema procedieron los grandes propietarios de la Campaña romana hasta los tiempos modernos; cada año se convenía en una Asamblea cuánto trigo, por ejemplo, había que sembrar.)

De todo esto resulta como fondo para la parábola del mayordomo infiel el siguiente cuadro: El mayordomo entrega las tierras a los representantes de cada una de las Sociedades arrendatarias.

Un grupo de arrendatarios recibe tierras de pan llevar, y ha de entregar trigo como renta por el arrendamiento; otro recibe olivares y ha de dar aceite. Los contratos de arriendo están hechos de manera que las rentas, calculando en dinero, sean iguales, poco más o menos, en un grupo y en otro. Tanto los 100 *bathos* de aceite de trujal (calidad ordinaria) como los 100 *coros* de trigo valían entonces, según el tenor de los documentos, de 3.000 a 3.300 denarios. Un *coro* tiene 10 *bathos*; pero, en cambio, el aceite es diez veces más caro. Este cómputo de precios se supone en el contrato entre el rey Hiram y Salomón, en el que un *batho* de aceite y un *coro* de trigo están avalorados al mismo precio.

El infiel mayordomo

Jesús dijo también a sus discípulos: "Había un hombre rico que tenía un mayordomo; y éste fué delatado ante él como disipador de sus bienes. Y le llamó y le dijo: "¿Qué es esto que oigo de ti? Dame cuenta de tu mayordomía, porque ya no podrás ser mi mayordomo." (Luc., XVI, 1-9.)

Érase un gran terrateniente. Arrendaba sus tierras y sus olivares a los labradores, los cuales le cultivaban, y entregaban como pago una parte determinada de los productos, según la usanza de hoy día, y según se comprueba por los documentos del tiempo de Jesús. Pero estos bajáes no quieren tener en estas negociaciones molestias personales. Casi todos viven en el campo sólo una pequeña parte del año, pues sabido es que al hombre que no trabaja y que tiene dinero abundante la ciudad le ofrece más comodidad que el campo.

Así, este señor había puesto toda su hacienda en manos de un mayordomo, quien recibía los pagos de los arrendatarios y hacía los contratos de venta con los grandes comerciantes.

Este administrador no era ni mejor ni peor que muchos otros. Vivía a costa de su señor, opíparamente, como un rico. Tal vez, en su escasez de dinero, subió tanto las rentas, que los arrendatarios, mirando por su propio interés, pusieron en conocimiento del señor los manejos de su administrador.

El señor no tenía ganas de enredarse mucho en este asunto, pues no había probabilidad de obtener nada de su administrador.

Pues, a lo más, lo que lograría sería que la gente se riera de que otra vez se había logrado engañar a un gran señor. Y su decisión fué radical. Mandó llamar al mayordomo y le comunicó la denuncia en tal tono que el hombre se dió cuenta en el acto de su situación. De nada le serviría humillarse a sus pies ni implorar perdón.

Suicidarse por tal contrariedad es cosa que no se le ocurre a ningún oriental. ¿Pero de qué iba a vivir? Ese era el problema. Por su mente cruzaron los pobres trabajadores del campo: ¡Qué sudores les cuesta la vida! Como gran señor y mayordomo había pasado junto a ellos muy arrogante, y ellos se inclinaban y le besaban la mano. ¿Tendría él que salir en adelante a trabajar pala en mano? ¡Qué horror! ¡Para eso había vivido demasiado buena vida, demasiados años; había bebido mucho vino añejo y había tomado muchos baños! Otra posibilidad se le ocurre: mendigar era el destino de los cesantes. Pero pensando que en el ejercicio de este nuevo oficio iba a tropezar con personas que habían dependido de su favor y de su gracia, se horrorizaba..., ¡jamás, nunca jamás! Ya sé lo que he de hacer para que cuando fuere removido de la mayordomía me reciban en sus casas.

Con uno de esos innumerables gestos orientales y hablando en voz alta con viva excitación, se propuso el plan. ¡Sí, eso es! Ya hacía mucho tiempo que se le había endurecido la conciencia; por esa parte, pues, ya no había obstáculo ninguno contra la realización del plan. Levantó de nuevo la cabeza, dió unos pasos con arrogancia y mandó llamar a los deudores, los cuales se presentaron, teniendo nuevas exigencias, y en un principio así parecía en realidad.

“¿Cuánto debes tú a mi señor?” De seguro que antes no había hablado tan frecuentemente de “su señor”.

“Cien barriles de aceite.”

Erán 100 barriles de aceite, cada uno de un *batho*, o, en números redondos, de 35 litros, o sea en total 3.500 litros. Ahora viene la sorpresa. Con un movimiento de mano, que nunca sale mal a un oriental, le propuso el mayordomo:

“Toma tu escritura, siéntate luego y escribe cincuenta.”

Cien *bathos* de aceite valían, según los documentos judíos, 3.000 denarios (poco más o menos tres veces más en pesetas). El mayordomo perdonó, pues, al primero una deuda de unas 4.500 pesetas.

No sabemos si tenía delante una hoja de pergamino o de papiro o bien un ladrillo de arcilla cocida.

Pronto se entendieron. ¡Gracias!

Llegó el segundo. Éste debía 100 *coros* de trigo. Un *coro* son 10 *bathos*; la deuda, pues, superaba, en cuanto a la medida, diez veces a la del primero.

En cuanto al valor, 100 *coros* de trigo eran poco más o menos lo mismo que 100 *bathos* de aceite, como ya hemos dicho. Una quinta parte; por consiguiente, en números redondos, de 600 a 700 denarios menos era ya una rebaja cuantiosa.

“Escribe ochenta.” “¡Gracias!”

Y se frotó las manos de satisfacción. Todos esos habían falsificado ya antes sus recibos; pero se guardaban bien de hablar del asunto. Cuando fuera depuesto el mayordomo acudiría a ellos y entonces podrían reírse juntos del rico señor.

Jesús refiere después sólo la parte final. El engaño se hizo público. Lo que falta en la parábola se suple fácilmente suponiendo que el mayordomo se dirigió después, en realidad, a casa de los arrendatarios, estafadores como él, y así se hizo notorio y público todo el asunto.

El señor era lo bastante rico para que ese incidente no llegara a perturbar su vida. ¡Lo mejor era poner buena cara! Y aun elogió a su antiguo mayordomo. Menos mal que dió con un hombre a quien no le importaba denario más, denario menos.

Jesús llama expresamente al mayordomo “hijo de este siglo”, hombre sin conciencia, y con eso condena su modo de proceder. ¡Pero con qué habilidad había negociado, desde su punto de vista, con los bienes que no eran suyos para asegurarse una vida cómoda!

Así deberían hacer los hijos de la luz, que conocen la vida que viene después de ésta, es decir, aprovechar todo lo terreno para asegurarse intercesores en la eternidad. 8

“Así os digo yo: Granjeaos amigos con las riquezas de iniquidad para que cuando murais os reciban en las eternas moradas.”

El que a toda costa quería retener el dinero y los bienes, debía emplearlos para el bien del prójimo. El que no lograba ni siquiera eso, tenía poca probabilidad de obtener la bienaventuranza eterna. Esto es lo que quiere significar Cristo cuando habla de trabajar para ser recibidos en las moradas eternas.

Las formas de comercio en tiempo de Cristo

Las instituciones de negociaciones bancarias las consideramos nosotros (desde hace algunos años la opinión ha cambiado en esta parte) como creación propia de nuestros tiempos. Un inteligente director de Banco o poseedor de cheques hallará que en las parábolas de Jesús aparecen casi todos los negocios de Banca de nuestros tiempos; ya entonces se habla de empréstitos e interés, de falsificaciones de balances, de quiebras, de precios convencionales y de las exacciones inexorables que convierten en dinero de pago no sólo la propiedad, sino a los deudores mismos.

Lo que diremos a continuación sirve para entender ciertos pormenores y particularidades de las parábolas de Jesús; pero al mismo tiempo revela cómo el cristianismo encontró desde el principio un mundo en el que existían ya todas nuestras conquistas modernas, fuera de las puramente técnicas.

El movimiento comercial presenta en el modo de extender facturas formularios ya fijos. Entonces se tenía más tiempo que hoy, y ni aún en estos casos se omitía el saludo de introducción. Las facturas eran papeles ante los que se tenía respeto y con los que se infundía respeto.

La tinta, preparada muchas veces con hollín, se podía "lavar". Los entendidos daban mucha importancia a que se usara, en la expedición del documento, papel "no usado todavía", y a que en el texto mismo no hubiera "tachaduras". Si el papel había sido escrito, o lavado, o raspado tan sólo una vez, se podía raspar aún otra y con una espátula "ganarse" buenas sumas. Había expresiones técnicas para esa clase de papel documental "irreprochable". En los escritos judíos y egipcios se habla del "papel lavado". Muy acertadamente se compara a un viejo deseoso todavía de instruirse, con un "papel lavado" en el que se ha de escribir de nuevo.

Con esto hemos dicho ya lo necesario para comprender el modo de obrar del falsificador de cuentas a quien Jesús le hace decir en su parábola: "Siéntate y escribe cincuenta; siéntate y escribe ochenta." Para evitar esta suerte de maniobras se hacía extender ya desde el principio un duplicado.

Los recibos presentan asimismo expresiones fijas. Después de pagar se exigía la devolución de la factura o se ponía en el cer-

tificado de pago, expresamente como condición, que aquélla se había de devolver. El pagador la recibía después de nuevo para la "aze-tesis" y "akyrosis", es decir, para la "extinción" y "cancelación" de la deuda. El signo X que hallamos en facturas pagadas era ya conocido en tiempo de Cristo. La semejanza que ese signo tiene con la cruz flota en la mente del apóstol San Pablo cuando dice: "Cancelando la "factura" que había contra nosotros, que nos era contraria, la hizo desaparecer enclavándola en la cruz." Ordinariamente la cruz se ponía sobre la cédula de reconocimiento o factura; pero esta vez era la cruz mayor y más real que la factura misma; por eso la enclavó Cristo en la cruz. Con la expresión "enclavar" (que no se ha de substituir por la expresión "atar") se hace, una vez más, alusión a la cruz verdadera y a la crucifixión de Cristo.

También lo concerniente a préstamos tenía grande importancia entre la gente menos acomodada. Mientras ahora los préstamos se hacen generalmente en dinero, en los documentos aparecen préstamos en mercancías (sobre todo en grano, como empréstito para trabajos de cultivo), o en dinero y mercancías a la vez. En el año 96-97, en Egipto, una tal Satabe, hija de Erieto, hizo a Sábabo y Petasujos un préstamo de 80 dracmas (alrededor de 240 pesetas) y 10 artabes de trigo (unos 300 litros); en el año 128 recibe un tal Atres, de otro llamado Pasión, 100 dracmas y cierto número de artabes de trigo.

Un cierto Onofris presta a Sotas, el año 158 de J. C., 100 dracmas (300 pesetas) y cinco artabes de trigo, desde el 5 de mechir (fines de enero, tiempo de labranza) hasta el mes payni (junio, tiempo de siega). El día 16 de thot del año 145 de J. C. (mitad de septiembre, antes de la labranza), presta Stotoetis a Apolo 200 dracmas y 15 artabes de trigo "de la última cosecha", "bien limpio" y "sin mezcla". El prestador describe su grano con todos los pormenores, para poder ser más exigente en caso de que haya deficiencias en el pago. Las mercancías hay que devolverlas en el mes de payni; por consiguiente, inmediatamente después de la cosecha.

Todos estos son "préstamos de siembras" para fortunas modestas.

Rara vez aparecen en los documentos sumas que pasen las 1.000 dracmas. Se trata, pues, de gentes de la condición de aque-

illas ante las cuales Cristo exponía sus parábolas. Asimismo habla Jesús de dos deudores, de los cuales uno debía 500 denarios (500 dracmas) y el otro 50.

A los israelitas les estaba prohibida la oferta y la aceptación de empréstitos hechos a interés entre ellos mismos. Pero ambas cosas estaban permitidas con los no israelitas. Asimismo un israelita podía exigir intereses por dinero tomado a un gentil y que luego daba a otro en préstamo. Con esas prescripciones, naturalmente, no se hacían desaparecer los préstamos; lo que se hacía era obligarles a buscar soluciones y maniobras de otra índole. La prescripción de no exigir a un israelita interés se burlaba pasando el capital a un gentil y exigiendo el interés por medio de éste. Contra tales escapatorias va esta prescripción: Cuando un israelita dice a otro no israelita: "Aquí tienes esta provisión, ve y presta esa cantidad con interés", hace una cosa que no está permitida.

Ya el Sirácida (XXIX, 4-6) describe con suma viveza gráfica a un oriental que va en busca de un préstamo: "Hay muchos que tienen el préstamo como un hallazgo y son después la pesadilla de los que les han ayudado. Hasta obtener el préstamo besa al dador la mano y le da seguridades sumisamente. Pero cuando llega la hora en que se le exige el pago habla como uno a quien se ha hecho una ofensa y murmura, exige prórroga y se desahoga contra los malos tiempos." Gráficamente se describen en el siglo II los usurarios en esta forma: Viene con su escribano y su pluma de escribir, y la tinta, y la factura, y los testigos. Sarcásticamente dice una vez un bajá que era enemigo de la prohibición de los intereses: "Si Moisés hubiera sabido lo mucho que ganamos, no los hubiera prohibido."

También conocemos de aquellos tiempos el tanto por ciento ordinario de los intereses. Subían al 12 por 100 ya en el siglo VII a. de J. C., y también hacia el año 200 de J. C.; por consiguiente, durante todo el tiempo que a nosotros nos interesa. Este 12 por 100 tiene también su importancia práctica, y es que así se tenía el 1 por 100 al mes. Los préstamos solían ser por corto tiempo. La fórmula comercial para el interés usada en Egipto coincide con la expresión que se halla en las parábolas de Jesús de las 10 minas y de los 10 talentos, "syn toko", "con interés".

Cuando un deudor no podía pagar, se procedía inexorablemente contra él. En la parábola del rey y los dos siervos se cita todo lo que se podía hacer contra él. El rey mandó fueran vendidos él y

su mujer, sus hijos y toda su hacienda para hacerle pagar de este modo... El siervo se echó sobre el otro deudor, lo agarró por el cuello, reconviniéndole con estas palabras: "¡Paga lo que debes!"

Contra esa descripción se ha objetado que estaba prohibido por el Derecho romano de entonces violentar al deudor. Los nuevos estudios, en cambio, muestran que la Biblia presenta los hechos tal como ocurrían en aquel tiempo. La legislación romana no penetró completamente, en lo referente a determinadas prescripciones, en las provincias romanas del Oriente, Siria, Palestina y Egipto. Antes de los romanos, ya el rey Bokjoris, en la región del Nilo, había dado leyes contra la venta de los deudores. Los documentos muestran que en todas aquellas regiones gobernadas por el Derecho griego común o por la legislación indígena existía la detención y la venta del deudor. Justiniano prohíbe la prisión en una cárcel privada, imponiendo al que violaba este mandato un encarcelamiento de igual duración que la que él hubiera impuesto, y la invalidez de sus reclamaciones. San Ambrosio describe la cautividad de los deudores tan gráficamente como sólo puede hacerlo quien conoce la cosa por haberla visto. Habla de la conducción del deudor a la casa del acreedor, de la retención en recintos sin salida y de las súplicas de los presos hambrientos que pedían pan. En las parábolas judías se supone también que se puede proceder con violencia contra uno que se declare insolvente y que se pueden poner sus hijos sobre la "piedra de ventas"; es decir, venderlos como esclavos.

Tenemos noticias de una perversa institución del Egipto respecto a los contratos de préstamos. El prestamista ponía en el documento la cláusula de que si no se le pagaba tenía derecho a proceder *kazaper ek dikes*. Es decir, que, sin incoar antes proceso, podía proceder exactamente como si el tribunal hubiera dado ya un fallo de deuda. Se advierte expresamente en ese documento lo siguiente: "Será castigado todo particular o funcionario que se quiera inmiscuir en la confiscación de bienes." Esta prescripción aparece en Egipto ya antes de Cristo. Un caso del tiempo de Jesús demuestra que ese proceder era conocido en Palestina. Herodes el Grande había despojado de todo a un árabe levantisco llamado Silaios. Cuando le exigieron en Roma defenderse, dijo que tenía derecho a proceder como había procedido en virtud de un contrato de préstamo de 60 talentos. Estos casos responden a las descripcio-

nes que nos hace Jesús de los acreedores despiadados. Al deudor que no puede pagar se le confiscan los bienes y haberes, sin previo proceso judicial. "Como no tenía nada con que pagar, mandó el señor que fuesen vendidos él, su mujer, sus hijos y su hacienda, y que pagara así."

En lo concerniente a préstamos, existían ya entonces todas las medidas preventivas de garantía conocidas en la vida moderna. La palabra "hipoteca" es de origen griego, y en tiempo de Cristo tenía el mismo significado que hoy. Del tiempo en que vivía Jesús en Nazaret, del año 23 de nuestra era, existe un contrato hipotecario que nos hace ver las necesidades de la gente del pueblo. Panefremmis, hijo de Erieo, persa de origen, esposo y representante legal de Thares, hija de Nestnefis, también persa, recibió como préstamo 64 dracmas de Stotoetis, hijo del sacerdote Tesenufis, contra un seguro hipotecario sobre una séptima parte de propiedad de una casa, junto con el terreno del atrio, desde el cuarto año de Tiberio hasta diez años después, en el mes tybi. Como interés había que pagar el 12 por 100. En ese documento de deuda se cuenta por los años del emperador Tiberio, como, por ejemplo, también San Lucas fecha su relato en el Evangelio por los años de gobierno del mismo soberano.

Este Panefremmis no posee grandes bienes de fortuna, porque tuvo que hacer una hipoteca por un préstamo de 64 dracmas. Horas de apuro pasa también Thesis hasta lograr la suma de 1.200 dracmas que ha de servirle de fianza hipotecaria. Para llegar a esa cantidad pone en hipoteca cinco aruras de tierra (cada arura tiene unas 100 varas cuadradas), pone además un tercio de arura como parcela separada; asimismo dos esclavos que, naturalmente, no le pertenecen a ella más que a medias. Y caso de que eso no baste, deben serle garantes tres hijos ya mayores.

Los documentos judíos presentan el mismo cuadro. Allí se aconseja a un usurero diciéndole: "Si uno tiene un campo o una viña, no debes decirle: "Aquí tienes tú una mina. Negocia con ella y haz conmigo una hipoteca con tu campo y tu viña. Tal vez tiene poco después quiebras en su negocio, y vas tú y le podrás arrebatar su campo y su viña."

Las parábolas de Jesús en que se habla de dinero presentan, parangonándolas con documentos profanos, episodios del todo auténticos de la vida de entonces.

Parábola de los dos deudores

Entonces Pedro, llegándose a Él, dijo: "Señor, ¿cuántas veces pecará mi hermano contra mí y yo deberé perdonarlo? ¿Hasta siete veces?" Jesús le dice: "No te digo hasta siete veces, sino hasta setenta veces siete. Por eso el reino de los cielos es comparado a un rey que quiso ajustar cuentas con sus criados." (Mat., XVIII, 21-35.)

Pedro quiso mostrarse a los ojos del Maestro como un discípulo que había entendido bien sus lecciones y que estaba resuelto a ir más allá que los demás en su observancia.

"Señor, ¿cuántas veces pecará mi hermano contra mí y lo perdonaré? ¿Hasta siete veces?"

Pedro creía haber echado la barra muy lejos.

"No hasta siete veces, sino hasta setenta veces siete", fué la respuesta de Jesús.

Setenta veces siete; es decir, cuantas veces él lo necesite, hay que perdonar al prójimo. ¡Eso era ya demasiado! Procediendo así, se hacía uno ridículo en un país donde el espíritu de venganza y el honor varonil eran conceptos inseparables.

Jesús contestó a estos prejuicios con una parábola.

Erase un rey. Había tantos soberanos no judíos en Israel y en los alrededores, que los discípulos se representaron desde el principio a un pagano. El rey decidió un día ajustar cuentas con sus altos funcionarios, que eran o administradores de los bienes o recaudadores de los tributos.

Ya en el primero encontró un desfaldo de 10.000 talentos; es decir, 60 millones de denarios (el denario corresponde a 3 pesetas). Conocida la suntuosa vida oriental, se comprende que un alto funcionario pudiera gastar tan enorme suma, pues por la literatura clásica se conocen cuentas de banquetes que, sin más, lo hacen creíble. Formidable situación la del empleado que tenía que devolver aquel dinero, porque era imposible. Por lo mismo, el rey de la parábola, para poder cobrar al menos una parte, mandó que fuesen vendidos el funcionario, su mujer, sus hijos y todo lo que tuviera.

El funcionario, que hasta entonces había vivido como un gran

señor, cayó de rodillas ante el rey, se echó a sus pies y le suplicó: "Señor, ten misericordia de mí, que todo te lo pagaré."

Tratándose de una deuda tan imponente, era una promesa que no tenía cumplimiento posible. El rey mostró tener más empeño en que él conociera su culpa que en que pagara la deuda. Le dejó libre y le perdonó la deuda.

El indultado daría las gracias en el vivo estilo oriental con que antes había mendigado; pero algo había quedado en él todavía intacto: su corazón empedernido.

Precisamente al salir halló a la puerta a otro empleado subalterno. Después de la humillación sufrida ante el rey, ardía en ansias de darse a sí mismo una satisfacción. Y así cayó encima del otro, le agarró por el cuello y le reconvino así: "Paga lo que me debes."

El pobre hombre no tenía ni 100 denarios (300 pesetas), y arrojándose a sus pies le rogó:

"Ten compasión de mí, y todo te lo pagaré."

Pero en vano. Frío e inexorable, persiguió al deudor y le hizo poner en la cárcel.

Pero otros empleados habían presenciado la escena. Llenos de enojo, la pusieron en conocimiento del rey. Este mandó llamar al indultado y cambiando su resolución primera, le entregó a los sayones hasta que pagara todo lo que debía.

Cicerón cuenta en sus discursos un caso que muestra lo que se ha de entender por esos "sayones". La aldea de Salamina era deudora de un usurero romano llamado Skapcius; éste procuróse una división de caballería, hizo poner en prisión a todos los miembros del Consejo de la isla y les quitó todo alimento, de manera que muchos murieron de hambre.

Jesús, al final, interpretó brevemente esta parábola. En forma de reconvención repite aquella petición del Padrenuestro: "Perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores." "Así (como el rey con el siervo despiadado) hará con vosotros el Padre celestial si no perdonareis de corazón cada uno a su hermano."

El rico epulón y el pobre Lázaro

Los fariseos, que eran avaros, oían todas estas cosas, y se mofaban de él. Mas Jesús les dijo: "Vosotros sois los que os vendéis por justos delante de los hombres; pero Dios conoce vuestros corazones, porque lo que los hombres tienen por sublime, abominación es delante de Dios... Había un hombre rico, que se vestía de púrpura y de lino finísimo, y cada día tenía convites espléndidos. Y había allí un mendigo llamado Lázaro, que yacía a la puerta del rico." (Luc., XVI, 14-31.)

Los fariseos tenían de las riquezas un concepto distinto del que tenía de ellas Jesús. Parecía como si dijeran al pueblo: "Mirad, nuestra santidad es tan grande como nuestras riquezas."

Cuando Jesús expuso en sus parábolas la relación de los bienes temporales con el reino de Dios, esos fariseos sintiéronse aludidos. Y se le reían —así se puede traducir la expresión, pues significa "hacer muecas", o hacer algún gesto de mofa o desprecio—. En Oriente emplean los hombres una infinidad de gestos, que son más expresivos que las palabras. Los fariseos quieren pasar ante el pueblo por hombres muy populares. ¡Vana necedad! Ni siquiera valía la pena refutar a ese Jesús con palabras. Siempre hay gente que se hace vulgar cuando quiere aparecer popular. Aquí fué también Jesús popular a su manera, y empieza a narrar una parábola que encuadraba dentro de la ideología del pueblo de entonces. En ella entraban un bajá, un mendigo y el patriarca Abraham. El patriarca Abraham, a quien ellos apelaban continuamente, es en Palestina no sólo un santo como los demás, sino "el Chalil", el "amigo de Dios" absolutamente; llegando a actuar a veces casi como un representante de Dios.

Precisamente partiendo de ese mundo del Antiguo Testamento mostraba Jesús a los fariseos que su doctrina, en lo tocante a las riquezas, estaba de acuerdo con la de Moisés.

Los hombres no pueden hablar del otro mundo sin servirse de imágenes. Por eso los judíos se habían imaginado el otro mundo como un lugar en que los malos viven separados de los buenos; los buenos en una especie de paraíso, en el que no faltaba aquello

de que tantas veces se carece en Palestina, frescas fuentes y umbreros árboles, y el lugar de los malos era el abismo lleno de fuego.

En esta ideología encuadró Jesús su parábola. Había un hombre rico; nunca se mostraba en público sino con vestido de delicado lino, importado tal vez de Egipto. (Las fibras de algodón egipcio son hoy indispensables, como entonces lo era el lino egipcio para ciertas clases de telas.) De sus hombros pendía un manto de lana de color púrpura. La púrpura era el color de ornato regio; pero las personas de calidad imitaban al rey.

Cada día se reunían en su casa gran número de alegres comensales. En aquel país, que en sus diversas zonas climáticas ofrece todo lo que el mundo de entonces conocía de goces, se podía banquetear opíparamente. Vinos de todas clases, refrescados en verano con nieve del Hermón que se traía en recipientes; pescados marinos y de los lagos del interior y las frutas más exquisitas. Banquetes semejantes los hallamos en Alejandría, bajo la dominación de Antonio, en los "hermanos de la vida inimitable". La inimitabilidad de su vida consistía en que "cada día se daban mutuamente un festín". Conocían tan poco como el rico avariento lo que era un examen de conciencia. Cuando, después de la batalla de Accio, Antonio se vió perdido, ellos continuaron su alocada vida con el título *Synodos apothanúmenon*, "Sociedad de francachelas de los que han de morir".

Y érase también un mendigo llamado Lázaro, que yacía a la puerta que daba al atrio de la mansión señorial. Estaba desfigurado por una de las enfermedades ulcerosas más frecuentes en el país, como se echaba de ver en seguida, pues los harapos no le cubrían el cuerpo más que a medias. Cada tarde oía el enfermo cantar y reír y la algazara del juego y la danza, que resonaba en su interior, entristecido por la miseria y el hambre. A nadie se le ocurrió preocuparse de que le llegaran a lo menos los desperdicios del convite. Por el contrario, los perros le rodeaban para molestarle, olfateándole y lamiéndole las úlceras, pues ya no tenía ni fuerza para quitárselos de encima.

El rico mismo parece que no se preocupó lo más mínimo del enfermo; pero tampoco lo echó de allí. Tal vez pensó que no decía del todo mal que un mendigo yaciera a la puerta, pues, según el gusto oriental, esos mendigos pertenecen a la decoración exterior de un palacio.

Llegó un día en que se cambiaron los papeles de estos dos hombres. Murió el pobre y arrojaron de allí su cuerpo; mas su alma fué conducida por los ángeles al seno de Abraham. Murió también el rico, y fué enterrado solemnemente; entre el sonido de las flautas y los llantos fué llevado su cadáver al sepulcro excavado y preparado ya de antemano en la roca. "El rico fué sepultado." En esas palabras se dejan oír estas otras: "La vida alegre había pasado." Este pensamiento se amplifica con frecuencia en las exégesis de carácter piadoso. Pero en el marco de la narración misma el significado es tal vez éste: "Magnífico, como su vida, fué también su entierro."

El rico epulón, cuando estaba en los tormentos del infierno, alzó los ojos y vió el reino de los buenos, donde distinguió al mendigo que había estado a la puerta de su casa, echado sobre las duras losas, que descansaba ahora en el seno de Abraham como un niño en el regazo de su madre.

La expresión "en el seno de Abraham" parece que no era tan usual como generalmente se cree. En el fondo late la imagen de una madre que atrae a sí a su hijo y le hace descansar en su seno. Así se dice en una canción de cuna: "Tómame como una tierna vaina de haba en el hueco de tu vestido, junto al seno."

Como Lázaro dependía de Abraham, el rico dirige su súplica al patriarca, rogando con insistencia:

"Padre Abraham, compadécete de mí y envía a Lázaro que moje la punta del dedo en agua para refrescar mi lengua, porque estoy atormentado en esta llama."

¡Padre Abraham! Ahora invoca a su padre Abraham, a quien en vida no había tomado por modelo. Bien sabía que la sentencia estaba dada y había perdido toda esperanza de salir del lugar de los tormentos. Pero un pequeño alivio tal vez se podía obtener.

Abraham le recuerda los tiempos antiguos pasados en la tierra: "Hijo mío, acuérdate que recibiste bienes en tu vida, y Lázaro sólo males. Ahora es él consolado y tú atormentado. Fuera de que entre nosotros y vosotros hay abierta una profunda sima, de manera que los que quisieran pasar de aquí a vosotros no podrían, y ninguno puede pasar de ahí a nosotros."

El rico había perdido la esperanza en aquel abismo. Pero al menos sus cinco hermanos que quedaban en casa debían sacar algún provecho de su experiencia. Pues de Abraham al mundo no había abismo infranqueable.

“Pues te ruego, padre, que envíes a Lázaro a casa de mi padre, porque tengo cinco hermanos, para que les amoneste, no sea que vengan ellos también a este lugar de tormentos.”

Abraham, que no quiere hablar mucho, responde brevemente: “Tienen a Moisés y a los profetas; que los escuchen a ellos.”

El rico insiste en sus ruegos: “¡No hables así, padre Abraham! Si alguno de los muertos fuera a ellos, harán penitencia.”

Abraham conoce ya este género de personas entre su descendencia. Espantarse al principio, eso sí; pero convertirse, no. Algunos días estarían excitados por la visita de los espíritus y buscarían después toda clase de explicaciones posibles e imposibles, para tranquilizarse con que no se podía comprobar nada “realmente cierto”.

“Si no oyen a Moisés y a los profetas, tampoco creerán aunque resucite alguno de los muertos.”

La resurrección de Lázaro

El mensaje de Betania

Y estaba enfermo un cierto Lázaro, de Betania, aldea de María y Marta, sus hermanas. (María era la que había ungido al Señor con un ungüento aromático y limpiado sus pies con sus cabellos; cuyo hermano estaba enfermo.) Las hermanas enviaron un mensaje a Jesús, diciéndole: “Señor, mira que el que Tú amas está enfermo.” (Juan, XI, 1-16.)

Entretanto habían venido las semanas en que los días, ya relativamente calurosos, alternaban con los fríos y lluviosos. Jesús estaba todavía en el valle del Jordán, probablemente a la otra parte del río, en la región colindante con el río que estaba sujeta a Herodes Antipas. Un día llega un mensajero de Betania y trae el recado de que Lázaro, el hermano de María y Marta, sin duda el más joven de los tres, estaba gravemente enfermo. Tal vez le había cogido una de esas enfermedades frecuentes en esta estación del año y que, presentándose con fiebre alta, son especialmente peligrosas para los jóvenes. El más fuerte puede ser arrebatado en

pocos días. Las hermanas, angustiadas, hicieron llegar la noticia al Maestro. La casa de estos tres hermanos parece que era para Jesús en Judea lo que era la de Pedro en Galilea. Ellos sabían siempre dónde se encontraba Jesús, y sabían, igualmente, los planes enemigos que contra Él se tramaban a la otra parte del huerto de los Olivos, en Jerusalén. Por eso dejaron la decisión en las manos del Maestro.

De Betania tenía que ir el mensajero a pie o a caballo hasta Jericó, distante seis horas. Jesús mismo se debía de hallar un poco más al norte del valle.

Los discípulos respiraron al ver que Jesús no se ponía en camino para Betania al oír la noticia, sino que dijo en presencia del mensajero: "Esta enfermedad no es para muerte, sino para la gloria de Dios; para que sea glorificado el Hijo de Dios por ella."

Tanto los discípulos como el mensajero estaban llenos de esperanza. De modo que Lázaro no estaba tan mal; curaría; Jesús mismo lo había dicho.

Jesús sabía más. El enfermo había muerto poco después de la partida del mensajero. Un viaje precipitado a Betania no tenía razón de ser. Jesús se quedó allí aún dos días. Ya no pensaban los discípulos en el caso, cuando Jesús les dijo de repente:

"Volvamos a Judea."

Para los discípulos, pobres pescadores, eran las luchas entre los fariseos y el Maestro algo horrible. El respeto a las altas instituciones era como innato en ellos; allí estaban inermes cuando Jesús disputaba con ellos, seguro de sí mismo. ¡Judea! Sólo la palabra les excitaba ya. En su respuesta se adivina el miedo infantil.

"Rabi, ¿no hace mucho querían apedrearte los judíos y vas otra vez allí?" Eso se llama exponerse sin razón al peligro.

Jesús había puesto ya su vida en manos del Padre. La hora de su muerte está fijada; antes de esa hora, ninguna fuerza de este mundo puede hacerle nada, y cuando llegue, nadie podrá impedir-sela.

¿No tiene doce horas el día? El que anda de día no tropieza, porque ve la luz de este mundo. Pero el que anda de noche tropieza, porque no hay luz en él."

La palabra "día" hay que entenderla según la concepción oriental del tiempo de luz. Este tiempo se divide en doce horas. La hora es, pues, tomándola exactamente, de cuarenta y nueve minu-

tos en el día más corto, y de setenta y uno en el más largo. Cada día tiene doce horas de luz, pues de ese tiempo se trata. Estas doce horas se toman por un lapso de tiempo fijamente establecido, de suerte que nadie puede cambiarlo. Pasadas esas doce horas, el tiempo de luz ha pasado para siempre irrevocablemente. Jesús quiere decir, pues, a sus discípulos: "Hasta que no llegue la hora que ha determinado el Padre para mi muerte no me puede ocurrir nada en Judea. Yo voy allí por voluntad del Padre."

Después comienza Jesús a hablar otra vez de Lázaro, con palabras algo veladas: "Lázaro, nuestro amigo, duerme. Y yo voy a despertarle del sueño."

Los discípulos no entienden la palabra "dormir" en el mismo sentido que Jesús. Al parecer, creen que se trata de una enfermedad de fiebre. En estas enfermedades el sueño se recobra cuando baja la calentura. Por eso declaran que es inútil ir a Judea. Familiarmente dicen al Maestro: "Señor, si duerme, sanará."

Jesús les revela entonces cuál es el profundo sueño en que ha caído Lázaro. Entonces ya se usaba la palabra "dormirse" en el mismo sentido en que, por ejemplo, la empleamos nosotros en las esquelas mortuorias.

"¡Lázaro ha muerto!" —les dice, por fin—. Los discípulos quedan espantados.

Jesús prosigue consolándoles: "Me alegro por vosotros de no haber estado allí, para que creáis. Vamos a su casa."

Betania estaba en el camino de Jerusalén, cerca ya de la ciudad. ¿Cómo terminaría este viaje?

Entonces toma la palabra uno que no suele adelantarse a los otros, el Apóstol Tomás. Después de la resurrección se repite lo mismo otras dos veces. Pero con estas pocas palabras tuyas que nos han sido transmitidas se nos describe admirablemente su personalidad. Tomás es un pensador sobrio, que se pregunta "qué resultará de todo eso". Un pensamiento se conecta con otro como un eslabón con otro eslabón para formar cadena. Jesús está firmemente resuelto a subir a Betania. Que ellos, sus discípulos, le dejen subir solo, no está bien; eso sería contrario a la fidelidad, para la cual tienen un sentido especial los hombres de las clases más humildes. El mismo Tomás permanece fiel a lo que una vez se ha propuesto. Hay que subir, pues, con Jesús y hacer frente, con tenacidad, a lo peor que pueda ocurrir.

“Vamos también nosotros y muramos con Él.”

Así emprendieron la marcha hacia la meseta, primero por los caminos de la llanura del Jordán, donde se hundían en el polvo y donde a trechos les molestaba el pedregal de los torrentes, llenos de guijarros arrastrados hasta allí por las aguas desde los altos valles. Después subieron por una garganta que era a un tiempo cauce de torrente y camino. Colinas blanquecinogrisáceas erguíanse a ambos lados. De cuando en cuando hallaban un pastor con su ganado. Era por el tiempo de la nueva vegetación silvestre. A cada paso se ofrecía un recodo en el camino; en el fondo surgía la ladera del huerto de los Olivos, en la que se recostaba Betania, como espiando a Jerusalén, que quedaba detrás. Cuando venían como peregrinos, alzaban siempre la vista anhelantes por llegar; pero ahora aquel altozano les producía cierto horror.

La conversación con las hermanas de Lázaro

Cuando llegó Jesús a Betania hacía ya cuatro días que Lázaro estaba en el sepulcro. Betania distaba de Jerusalén como unos 15 estadios, y muchos judíos habían venido a casa de Marta y de María para consolarlas por su hermano. Marta, cuando oyó que venía Jesús, salió a recibirle; pero María se quedó en casa. Y dijo Marta a Jesús: “Señor, si hubieras estado aquí, mi hermano no hubiera muerto. Pero yo sé que Dios te concederá cuanto le pidieres.” (Juan, XI, 17-27.)

En Palestina se entierra al difunto, según costumbre antigua, poco después de la muerte; por la tarde, si ha muerto durante el día; por la mañana temprano, si ha muerto por la noche. Por la rápida corrupción del cadáver, no es posible otra cosa en aquellos países calurosos. Por eso muchas veces es imposible aguardar para el enterramiento hasta que lleguen todos los parientes y amigos. Además, los judíos no pueden cocinar mientras esté en casa el cadáver. Los vecinos se cuidan de eso en sus propias casas e invitan a los parientes del difunto. Por razón del enterramiento tan rápido, todas las ceremonias oficiales del duelo se hacen en Oriente, mucho más que entre nosotros, en los días que siguen al enterramiento. Entonces vienen parientes y amigos de cerca y de lejos; algunos no sólo una vez, sino varios días consecutivos, para “con-

solar" a los que quedan. Los que forman el duelo se reúnen en el salón, si son familias que disponen de varios aposentos, y se sientan en alfombras para recibir el pésame. Con cada huésped que aparece a la puerta comienza de nuevo el llanto; el recién llegado se asocia a él y se pone con los demás huéspedes. Es natural que los que van a dar el pésame sean tratados con más atención aún que en las visitas ordinarias.

La casa de Betania se llenó de amigos. Pues la familia tenía en Jerusalén muchos conocidos de las clases distinguidas, y Jerusalén no estaba tan lejos de Betania como para poderse dispensar de ir allí a dar el pésame.

María y Marta llevaban muy adentro algo que no dejaban traslucir en su tristeza oficial. El estado de ánimo interno de las hermanas era de una índole peculiarísima. El mensajero les había comunicado fielmente lo que el Señor había dicho: "Esta enfermedad no es para muerte." Y Lázaro, para aquella hora en que Jesús decía eso, ya había muerto.

Entretanto se acercó Jesús al lugar. Por los caminos cóncavos, entre viñas y olivares, se podía llegar a la casa de las hermanas sin ser visto. Jesús hizo llamar a sí a Marta, pues era la dueña. María se quedó en casa con las visitas.

"Señor, si hubieras estado aquí —le dice—, mi hermano no hubiera muerto." Con esas palabras, que repetían continuamente las hermanas, fué saludado el Maestro.

Marta tenía la fe que correspondía a su carácter circunspecto y siempre activo. A su parecer, el Maestro debía de estar delante del enfermo si quería curarle. Por otra parte, no había olvidado la extraña palabra que había dicho Jesús delante del mensajero. Como cuando se habla a un hombre en quien se tiene confianza incondicional, pero a quien en el momento no se comprende del todo, así terminó Marta la primera queja que le salió espontánea con estas palabras: "Pero yo sé que todo lo que tú pidas a Dios te lo concederá."

Como ella se acerca a Jesús, por decirlo así, sólo de lejos, así Jesús no habla más que en expresiones generales y dice:

"Tu hermano resucitará."

Estas son palabras ordinarias de consuelo, como las podríamos emplear también nosotros. En las cintas de luto y en las esquelas mortuorias se habla siempre de volverse a ver. Marta, aprehendien-

do con toda viveza ese pensamiento, repite: "Bien sé que resucitará el día del juicio."

Jesús replica solemnemente:

"Yo soy la resurrección y la vida. El que cree en Mí, vivirá, aun cuando haya muerto, y todo el que vive y cree en Mí, no morirá jamás. ¿Crees esto?"

Lázaro murió en gracia; participaba, por consiguiente, de la vida divina de Cristo. Había sido trasladado a un mundo tal que, si bien se consideraba, era cosa secundaria poseer o no la vida corporal, pues estaba con Jesús, fuente de vida.

Jesús tiene delante de sí a Marta irresistiblemente atraída por su manera de hablar y por las palabras que le dice. Ella responde, hondamente conmovida: "Sí, Señor; yo he creído que tú eres el Mesías, el Hijo de Dios vivo, que has venido a este mundo."

Para Jesús no existe el velo impenetrable que separa a unos de otros aun a los hombres que más sentidamente se aman. Marta ve a Lázaro, su hermano, de alguna manera, allí donde está Jesús; unida con Jesús, se siente también cerca de su hermano.

La resurrección del muerto

Y habiendo dicho esto, fué y llamó en secreto a María, su hermana, y le dijo: "El Maestro está aquí y te llama." Ella, como lo oyó, se levantó y fuése a Él. (Juan, XI, 28-44.)

En Marta se despertó la conciencia de dueña de casa acostumbrada a atender a los huéspedes. María estaba sentada en la sala del duelo; pero pronto halló Marta una razón para acercarse a María y susurrarle al oído la alegre noticia. María no supo ocultar tan bien como su hermana la conmoción interior al acercársele Marta diciéndole: "El Maestro está aquí y te llama", y así todos los presentes, que observaban a las dos hermanas con aquella atención escrutadora propia del ceremonial, se levantaron en cuanto María se alzó del diván, saliendo fuera, porque todos advirtieron que María estaba conmovida hasta lo más íntimo de su alma. "Sin duda va al sepulcro" —se dijeron—. Hasta este momento había sido parca en las manifestaciones rituales de duelo; tal vez ahora se había abierto paso el dolor. En las desgracias es peligroso cuando no se puede llorar.

“Si hubieras estado aquí...” También María saluda al Maestro con esta queja. Pero ni siquiera menciona el hecho de que el Maestro hubiera encontrado todavía vivo a Lázaro si al punto se hubiera puesto en camino hacia Betania.

María rompe a llorar, y las mujeres que la seguían la acompañan con sus llantos.

Mientras todos están entregados al llanto se transfiguró el rostro de Jesús y se turbó a sí mismo. Violentamente rompe también al exterior su conmoción interna. Todos sienten que el Maestro no hubiera llorado más amargamente si hubiera estado a solas. Muchos de ellos, a pesar del dolor, se comunican sus sentimientos: “Ved cómo le amaba.” Pero junto a éstos había otros que apreciaban más al difunto Lázaro que a Jesús, y comienzan a murmurar: “Pues éste, que abrió los ojos del que nació ciego, ¿no pudiera hacer que Lázaro no muriese?”

Entretanto llega Jesús al sepulcro y allí se manifiesta otra vez al exterior su conmoción interior.

¿Cuál fué el último motivo de esta conmoción? El amor con que el Salvador amaba a Lázaro es una razón, pero Jesús estaba ya a punto de resucitarle. La agitación del alma de Jesús hubo de estar en relación con lo más íntimo y personal de su vida interior. Si entre los hombres ocurre que la muerte de otro les agita hasta lo más íntimo de su ser, por un como presentimiento de la propia muerte tal vez cercana, que les sobrecoge irresistiblemente, con mayor razón pudo muy bien darse ese presentimiento en Jesús. Pues la resurrección de Lázaro había de ser la ocasión que decidiría su propia muerte.

Probablemente había una escalera que conducía al sepulcro, cuya entrada estaba cerrada con una piedra. Y dijo Jesús: “Quitad la piedra.”

Al oír eso sintió Marta una resistencia muy explicable. Había presenciado el sepelio y sabía que ya entonces había comenzado la putrefacción del cadáver. Lo advierte al Maestro para que no le sorprenda una ola de hedor inaguantable.

“Señor, ya hiede, porque está muerto hace cuatro días.”

Jesús le responde, con palabras que suenan a reproche: “¿No te he dicho que si crees verás la gloria de Dios?”

Quitaron, pues, la piedra. Todos los presentes retrocedieron y

miraron espantados a Jesús. El nauseabundo olor a muerto se esparció en derredor.

Jesús levantó los ojos al cielo; estaba arrobado y oraba con solemnidad: "Padre, gracias te doy porque me has oído. Yo bien sabía que siempre me oyes, mas por el pueblo que está alrededor lo he dicho; para que crean que Tú me has enviado."

Jesús habló al Padre celestial como a quien estaba más cerca que todos los que le rodeaban, y a quien veía mejor que a todos los presentes. Después se dirigió al sepulcro y exclamó en alta voz:

"Lázaro, ven afuera."

Y apareció un bulto blanco en la obscuridad del corredor sepulcral: marcado el contorno de una cabeza cubierta con un sudario, atado por los pies y los brazos con vendas. Salió el muerto, mudo como un espíritu; despertó a la voz de Jesús, sin ver aún, obedeciendo solamente a aquella voz. Jesús fué el único que conservó allí la serenidad; y mandó a los circunstantes: "Desatadle y dejadle andar."

Invierno tardío

El sol comienza otra vez a subir más verticalmente en el cielo y a brillar con más fuerza sobre la tierra. La época del frío, propio del invierno, acompañado de lluvias, ha pasado ya. El grano, sembrado por los días de la fiesta de la Dedicación del templo, ha crecido y forma verdes tapices en las hondonadas de las depresiones de los valles, en las pendientes de las montañas y entre las hendiduras de las rocas. Aun en las peladas cumbres despierta nueva vida. Ya están marchitas las flores de las plantas que tienen bulbo y que después de la primera lluvia perforan la tierra con sus hojas enrolladas, cubriéndose luego de florecillas en los tallos. En cambio, despiertan a nueva vida todas aquellas plantas que extienden a flor de tierra extensa red de raíces, pudiendo así absorber el agua de las lluvias en muchos puntos a la vez y así desarrollarse rápidamente. Ahora vuelven los ganados de las corralizas de invierno de las comarcas del Jordán y de la tierra baja a los parajes, cerca de los poblados. Ha llegado el tiempo mejor para los animales de pasto que se habitúan sin gran dificultad al forraje verde. La cantidad de leche aumenta y es el tiempo de preparar la manteca y el queso. Los campesinos van en busca del cordero

que tomarán para sacrificarlo en Jerusalén por la Pascua, y en las comarcas muy distantes de Jerusalén se presentan los mercaderes a los pastores para comprar los corderos sobrantes para el tiempo de la Pascua.

Los labradores y granjeros miran al Oeste con ansiedad. Si ahora se retrasan las “lluvias tardías”, crecen con el calor los tallos demasiado aprisa, se quedan débiles y echan espigas pequeñas, y la falta de lluvias antes de Pascua puede traer consigo la pérdida total o parcial de la cosecha.

Aun en aquellas semanas en que el monte y el valle aparecen para los israelitas “cubiertos de verde”, la meseta de Judea sigue siendo el reino de las piedras. Por todas partes se ven parajes sembrados de guijarros, bloques de roca desnudos y altas y peladas cumbres sembradas de ruinas se abovedan hacia el cielo.

Los árboles y arbustos despiertan igualmente a nueva vida. Hay pocos que pierden la hoja en invierno; pero éstos son precisamente de importancia especial, tales son: la higuera y la vid. En las higueras y vides empiezan tarde a salir los primeros brotes. Al principio aparecen las pequeñas yemas de las hojas, algo enroscadas, de color blanco agrisado, y afelpadas, como en nuestros fresnos, y crecen muy despacio. Pero viene un tiempo en que se sienten, por decirlo así, seguras, y entonces desaparecen, bajo un verdor tropical, las ramas de color gris arcilloso de las higueras y los sarmientos cubiertos de una corteza filamentosa.

Jesús no dejó pasar inútilmente este tiempo, todavía relativamente frío, y se preparó para el último viaje por la región. No sabemos exactamente por qué caminos anduvo; pero parece que prefirió la hondonada del Jordán, donde cesan antes las lluvias.

Jesús bendice a los niños

Y le traían niños para que les impusiese las manos. Pero los discípulos les reñían. Y cuando lo vió Jesús, lo llevó muy a mal y les dijo: "Dejad que los niños vengan a Mí, y no se lo estorbéis, porque de los tales es el Reino de Dios. En verdad os digo: El que no recibiere el Reino de Dios como niño, no entrará en él." Y abrazándoles, poniendo sobre ellos las manos, les bendecía. (Marc., X, 13-16; Mat., XIX, 13-15; Luc., XVIII, 15-17.)

En Palestina es costumbre hacer bendecir a los niños por hombres de buena fama como piadosos monjes o derviches. Así las madres quisieron llevar un día sus hijos a Jesús.

Las mujeres vinieron a la casa en que Jesús se hospedaba, y estaba entonces, como dice San Marcos, a punto de partir. Los Apóstoles esperaban probablemente al aire libre, tal vez en el atrio, y así fueron los primeros en ver lo que querían las madres. Ya no pensaban más que en el viaje, ¡y ahora les venían con aquellos niños! Y ¿para qué? ¿Con qué objeto? Aquellas cabecitas no estaban maduras para las enseñanzas del Maestro. Con aire de hombres a quienes toca decir la última palabra, y hablando como en nombre de su Maestro, rechazaron a las mujeres que le deseaban ver.

Pero se las habían con mujeres orientales, que salían en favor de sus hijos, y con niños curiosos, que en los últimos tiempos no habían oído hablar más que del Rabino Jesús, y querían verle a toda costa.

La conversación degeneró, como de ordinario, en verdadera reyerta, y subió tan alto el tono, que el ruido se dejó oír dentro de la casa.

Cuando Jesús se enteró de qué se trataba, dió a entender con la expresión de su rostro a los Apóstoles que no habían obrado conforme a su voluntad. "Él lo llevó a mal." Las palabras, ya tan frecuentemente repetidas: "Dejad que los niños vengan a Mí", tuvieron, cuando las pronunció Cristo por vez primera, un tono más fuerte de lo que generalmente creemos. Si oímos en ellas algo suave, es, sin duda, por las innumerables representaciones que hemos visto de esta escena. Casi siempre vemos alrededor de Jesús niños de cabellos bellamente rizados y de rostros limplísimos.

Pero ¡cuánto más rústica debió de ser la escena real y al mismo tiempo cuánto más íntima, más dulce y más espiritual! Se trataba de simples niños de pueblo, y así como ellos son, se los llevaron a Cristo. Niños con la cabeza al aire, descalzos, andrajosos, desarrapados, sucios, que no se lavan cada día porque el agua a veces falta enteramente y porque, como creían, transmite enfermedades contagiosas. En aquellos grupos se hallaron infaliblemente niños con los ojos malos y con erupciones cutáneas. Para librarse de las “malas miradas” se propone precisamente como medida de defensa la suciedad de los ojos y de la cara. No hay ninguna exageración si se dice que se ven niños sentados al sol, con una corona de moscas en torno a las pestañas, sin vigor para defenderse de ellas sino con suma desidia.

¡Cuánto han correteado esos niños vagabundos aquel mismo día! Han ido con la madre a la fuente y han metido las manos en el agua. Han revuelto los montones de desperdicios que hay en las afueras del pueblo y en los que se encuentran materias combustibles que provienen de las casas de los ricos: leña menuda, restos de esteras, pergaminos ya sin valor y trozos de papiros, y a veces se tiene la suerte de encontrar hojas sin escribir aún; cascotes de vasijas y de fuentes que aún sirven. Encima garabatea el padre en casa algunas letras mal formadas y la madre los muele para formar una especie de cemento. Después se han detenido en los montones de basura de las calles y han buscado algo de comer. “Esto es bueno” —grita uno—. “Esto ya no es bueno” —repite el otro—. Y aquello es ya una confusión. “¡Higos!” —exclama un rapazuelo—. “¡Oh! Aún no están del todo podridos —añade otro—; no hay que ser tan delicados.”

Los chiquillos están, pues, ya a estas horas llenos de polvo, sudados, sucios, desgñados; pero las madres creen que aún pueden pasar y que están presentables. Estas madres no tienen idea de que la limpieza del cuerpo es por sí misma una virtud moral, y tal vez la primera; pero como viven en una región de la tierra donde se tiene un cuidado refinado de la belleza, saben que la limpieza puede ser un vicio.

Jesús hizo más de lo que las madres le pedían. Tomó en brazos a los niños, les impuso las manos y oró sobre ellos. No hay que creer que estos niños, que se crían en la calle y en el campo, se espantaran ante el Rabino Jesús. Estaban sentados en sus rodillas

y miraban, seguros de sí mismos, al rostro y a los ojos de Jesús con curiosidad infantil; volvían orgullosos a sus madres y se sentían infinitamente importantes. Pero ninguno de ellos se podía imaginar lo grande e importante que era a los ojos de Jesús.

Cristo abrió a los hombres los ojos para que vieran que el niño, como tal, es algo grande y que tiene derecho a ser considerado y atendido por toda la sociedad humana: "De los tales es el reino de los cielos."

Es curioso que precisamente del año 1 a. de J. C. se conserve una carta en la que un trabajador advenedizo de Alejandría, del cual no se ve claro si ama a su mujer más o menos que los demás hombres de su clase, escribe a su esposa: "Cuando des a luz, si es un niño, déjale vivir, y si es niña, exponla." Esto sucedía el año 29 del emperador (Augusto), el 23 de payni (junio).

Así estaban las cosas en aquel tiempo en que dijo Jesús: "Dejad que los niños se acerquen a Mí."

En el camino de Jerusalén. Tercera profecía de la Pasión

Estaban camino de Jerusalén. Jesús iba delante de ellos, que se maravillaban y le seguían con miedo. Tomando de nuevo aparte a los doce, comenzó a decirles las cosas que habían de venir sobre Él. "Mirad, subimos a Jerusalén y el Hijo del Hombre será entregado a los príncipes de los sacerdotes y a los escribas." (Marc., X, 32-41; Mat., XX, 17-24; Luc., XVIII, 31-34.)

Jesús había bajado al valle del Jordán desde Efrén, ciudad enteramente apartada del tráfico, situada en el borde de la meseta, sobre el desierto de Judea. y hallábase en camino para la fiesta de la Pascua. "Él iba delante" —refiere el Evangelista—. Eso lo había hecho ya muchas veces, sin duda, en la estrecha subida de aquel lugar, pues era costumbre que los discípulos dejaran ir primero al Maestro en sus viajes, para no molestarle con las nubes de polvo que al andar se levantaban. Pero esta vez, el "ir delante" tenía un matiz especial. Los discípulos estaban espantados: ¡querer ir a la fiesta de la Pascua a Jerusalén, donde sus mortales enemigos le aguardaban!

Tomó Jesús a los doce en particular y empezó a hablarles abiertamente de lo que tanto les horrorizaba.

“Mirad: subimos a Jerusalén, y el Hijo del Hombre será entregado a los príncipes de los sacerdotes y a los escribas. Le sentenciarán a muerte y le entregarán a los gentiles, le escarnecerán y le escupirán, le azotarán y le quitarán la vida; pero al tercero día resucitará.”

Es la tercera vez que hablaba Jesús de su afrentosa muerte. Nunca había comenzado en esas predicciones con la palabra “yo”, sino que había hablado siempre del “Hijo del Hombre” como de alguien que Él veía presente.

La nueva profecía era sombría en lo que tenía de común con las anteriores; pero aún era más sombría en lo que tenía de nuevo. A la muerte del Hijo del Hombre precederían cosas terribles; Jesús sería entregado a los gentiles, es decir, a los romanos; antes de morir sería escarnecido, escupido, flagelado.

Por todas las apariencias, los Apóstoles creyeron que el Maestro no profetizaba, sino que expresaba un temor. ¿No se había difundido por toda la región la noticia de la resurrección de Lázaro? Ningún milagro había hecho tan honda impresión. Tal vez iría todo mucho mejor de lo que Jesús creía. Ellos permanecerían a su lado y sabrían defenderse.

Sobre todo la madre de Santiago y Juan, que iba en la comitiva de Jesús entre las mujeres que le servían, estaba muy esperanzada. Las mujeres se inclinan más fácilmente a juzgar de la situación real por su estado de ánimo, aunque en este caso parece que también los dos hijos abundaban en el mismo sentimiento. Los tres creyeron oportuno hablar con el Maestro francamente. La madre y los hijos se habían asociado a Jesús. ¿Y Santiago y Juan no albergaban la pretensión de los primeros puestos en el nuevo reino, antes que Pedro?

Así se presentan los tres a Jesús, tal vez en algún momento de descanso, para poner en claro este asunto antes de los días decisivos de Jerusalén. Jesús pregunta al arrojarse Salomé a sus pies: “¿Qué quieres?”

Y responden ellos: “Concédenos que nos sentemos en tu gloria, el uno a tu diestra y el otro a tu siniestra.”

A derecha e izquierda del señor se sentaban los huéspedes de honor. El que quiera estar tan cerca de Jesús, debe estar dispuesto

a padecer con él; pero no todos los que padecen con él pueden ocupar en el nuevo reino (en la Iglesia) los primeros puestos.

“No sabéis lo que pedís. ¿Podéis beber el cáliz que yo bebo, o ser bautizados con el bautismo con que yo soy bautizado? Pedís cosas que no se pueden pedir sin reflexionar.”

“Podemos” —respondieron ambos resueltamente, con lo que ambos demuestran lo poco que habían comprendido lo que Jesús quería decirles. La madre debió de mirar enorgullecida a Jesús, diciendo: “¿No ves qué bien? ¿No merecen lo que piden?”

Jesús responde: “En verdad beberéis mi cáliz, y con el bautismo con que yo soy bautizado seréis bautizados; mas el estar sentados a mi derecha o a mi izquierda, no es mío darlo, sino a aquellos para quienes está preparado por mi Padre.”

Los demás Apóstoles parece que se enteraron al punto de esta conversación. La respuesta de Cristo no había sido afirmativa; por consiguiente, parece que los discípulos se hubieran podido tranquilizar. Pero tenían celos unos de otros. En su último viaje tuvo Jesús que componer conflictos mezquinos entre sus mejores acompañantes.

Y les amonesta que los cargos en su reino son cargas y que los puestos honrosos son puestos de afrenta. El orden de cosas que reina en el mundo se opone diametralmente al de su reino. “Sabéis que los que son tenidos como príncipes de las naciones avasallan a sus pueblos, y que los grandes de las cortes ejercen potestad sobre ellos. No será así entre vosotros. Quien entre vosotros quisiere ser mayor, será vuestro criado, y el que entre vosotros quiera ser primero será siervo de todos. Porque el Hijo del Hombre no ha venido para ser servido, sino para servir y dar su vida en redención por muchos.”

Los grandes de la corte seguían el ejemplo de los soberanos. Los soberanos oprimían; los grandes hacían violencia. Los discípulos tenían que imitar también a su Señor. El Señor daba su vida por los otros; también ellos tenían que ofrecer la suya por los demás. Si el Señor era de otra manera, los siervos tenían que proceder también de otro modo.

Zaqueo

Habiendo entrado en Jericó, cruzó la ciudad. Y he aquí un hombre, llamado Zaqueo, que era jefe de publicanos, y rico. Procuraba ver a Jesús quién fuese, **mas** no podía por la mucha gente, porque era pequeño de estatura. (Lucas, XIX, 1-10.)

Entre los habitantes de Jericó que en los días próximos a la Pascua estaban más atareados, se contaban, y no en último lugar, los empleados. En Jericó había no una simple estación de aduana, sino una de las principales. El arrendatario general de estas aduanas era un hombre llamado Zaqueo. Como propietario de la administración aduanera en la mayor ciudad comercial de Israel, naturalmente tenía que ser muy rico.

En la aduana se examinaban no sólo las mercancías, sino también las noticias de todo el país. y sobre todo las de la capital Jerusalén. Jesús pasó por la ciudad con una gran comitiva, entre las aclamaciones de la multitud. Zaqueo quiso ver al hombre que tantos milagros hacía. Por dondequiera que probaba atravesar entre la muchedumbre para ver a Jesús, sentíase impedido por una verdadera muralla de gente y de vestimentas, pues era pequeño de estatura. No obstante, se abrió camino. Más lejos, hacia adelante, había unos sicómoros o higueras silvestres. Estos árboles tienen raíces cartilaginosas, que se levantan de la tierra en altos semicírculos; la corteza es rugosa y se puede por eso fácilmente trepar por ellos; las ramas empiezan muy bajas junto al tronco y se inclinan en arcos muy bajos. Subir a un árbol así era más fácil para el pequeño publicano que para una persona mayor. El árbol tenía, a la sazón, hoja fresca. Como siempre en tales ocasiones, se olvidaron y se desatendieron todas las conveniencias sociales. En aquella ocasión un jefe de publicanos podía subirse a un árbol como un joven campesino.

Pero aquí sucedió algo inesperado. Jesús mismo se detuvo y dijo al hombre que estaba en una rama: "Zaqueo, baja, porque es menester que hoy me hospede en tu casa."

"¡Zaqueo!" ¡Cómo debió de impresionar al jefe de los publicanos el sentirse llamado por su propio nombre, delante de la muche-

dumbre, por aquel Jesús a quien él había querido ver sin ser observado!

Y toda la comitiva se dirigió a la casa de Zaqueo. Impresionados y sorprendidos, murmuraban los presentes: "¿Cómo es eso? ¡Detenerse en casa de un jefe de publicanos, es decir, de un insignificante pecador!"

Zaqueo lo oyó. Verdaderamente, su casa no era el albergue apropiado para un hombre como Jesús. Pero él quiso hacer lo que estuvo en su mano antes de que Jesús entrara en ella, y dijo solemnemente al Maestro: "Señor, la mitad de cuanto tengo doy a los pobres, y si en algo he defraudado a alguno, le devuelvo el cuádruplo." Zaqueo se impone a sí mismo una revisión de cuentas. Cuatro veces más quiere devolver, si en las cuentas de aduanas han ocurrido irregularidades; según esa proporción se medía el castigo del hurto entre los romanos y, en ciertos casos, también entre los judíos.

Los circunstantes debieron de oír con cierta satisfacción que el publicano mismo se declaraba pecador. Pero ni aun así podían perdonar a Jesús que se hospedara en casa de aquel hombre. Jesús salió en defensa al publicano, diciendo: "Hoy ha venido la salud a esta casa; porque él también es hijo de Abraham. Pues el Hijo del Hombre ha venido a buscar y salvar lo que había perecido."

Operaciones bancarias

Ya en tiempo de Cristo existían instituciones bancarias como las nuestras. No sólo se ponía dinero en el Banco y se hacían préstamos, sino que se practicaba también el cambio de cheques en forma de pagarés por medio del Banco.

Los Bancos tenían sus firmas propias y sus señas. En Arsinoe de Egipto existía el Banco Heráclito, en la calle del Trigo; otro llamado Serapión, en la plaza del Gimnasio; una Banca Isidoro, una Banca Atenas y un Banco Hermas. Aun aldeas pequeñas, como Dionisias, en las cercanías de Arsinoe, tienen un Banco.

Como ejemplos que ilustren lo que decimos aduzcamos documentos que muestren al mismo tiempo cómo esas instituciones eran utilizadas por gente del pueblo para pequeñas cantidades. En el

año 92 de J. C. “el director de la corporación” Tesenurfis de Soknopaïou Nesos remite al tejedor Atres, por medio del “Banco Sераpión, calle del Trigo”, el importe de 80 dracmas como salario de dos meses. Cierta Antonio Sabino hace remitir, por medio de una letra de cambio del “Banco Hermas, calle del Trigo”, a los más ancianos de la aldea, Panes, Satabo y Stotoes, no una gran fortuna, sino 16 dracmas, 16 óbolos (48 pesetas), y eso no por tributos o cosas semejantes, sino por cuatro pieles de cabra que les había comprado (143 de J. C.). Asimismo se encuentran giros o envíos de un Banco a otro. Soeris, sacerdotisa, paga 824 dracmas en el año 148-149 por medio de su representante con un cheque del “Banco Ammón”, en la calle de Cleopatra, al “Banco Heráclito”, sito en la misma calle. Esta suma representa el último de los pagos a plazos de una deuda de 1.500 dracmas, que había sido girada por Soeris. En ese tiempo se revela ya algo del aspecto de nuestras ciudades; el Banco Ammón y el Banco Heráclito están “en la misma calle”. Involuntariamente vienen a la imaginación los distritos de nuestras ciudades, en que los Bancos y casas de negocios están una junto a otra. Para que todas esas instituciones tomaran auge no hubo necesidad del cristianismo.

Los resultados del estudio de los papiros nos disponen para otras sorpresas. Pues en los documentos aparecen ya las especulaciones y hasta nos sale al encuentro, con una como sonrisa burlona y ambigua, una expresión técnica como es la expresión “precio sumo” (*Höchstpreis*) que algunos tenían como creación de la gran guerra. El desarrollo de las especulaciones procedió probablemente de los préstamos mixtos de que hemos hablado antes. Si uno dejaba en préstamo 100 dracmas y 10 artabes de grano contra reembolso en un plazo fijo de tiempo, para evitar pérdidas por baja de valor del grano, o para obtener ganancia con la subida eventual de precio, bastaba que pusiera en el contrato esta cláusula: “Tengo derecho a exigir, el día que vence el contrato, en vez de las mercancías, el pago de ellas en moneda, conforme a los precios actualmente corrientes.” Y así se hacía. Aduzcamos un documento en que el especulador emplea la expresión “precio sumo” en el contrato. Dícese así: Aurelio Polión, hijo de Paimis de Soknopaïou Nesos, certifica a Aurelio Agateinos, hijo de Alejandro, de la calle de Linifeos, que él, Aurelio Polión, recibió en simientes de legumbres tres artabes, y que está obligado a devolver a Aurelio Agatei-

nos las mercancías, sin prórroga, en el mes de payni (mes de la cosecha, junio) del corriente año, en el cortijo de Pisai, según medida justa. Pero Aurelio Agateinos puede libremente exigir o bien las semillas de legumbres de primera calidad o el "precio sumo" que tengan esas mercancías el día que venza el plazo. A 9 de pachom (principio de mayo), año 234. También están comprobadas otras especulaciones por el estilo de tiempos anteriores.

Los israelitas conocían tan bien como los egipcios esta clase de empréstitos de cereales, para cuyo reintegro se había fijado como término la próxima cosecha. Y que a veces se especulaba de ese modo con los cereales lo revela la prescripción que dice: "Nadie puede decir a otro: "Préstame un coro de trigo; te lo devolveré en la era misma." Porque el trigo podía subir, y entonces la diferencia de precios equivaldría a un interés. Esto estaba prohibido para no "caer en el vicio de cobrar intereses", como se expresa el rabino Hillel, que vivía unos veinte años antes de Cristo. Los judíos conocían también el recurso de tomar prestado trigo a las autoridades del Estado. Una parábola rabínica empieza: "Es semejante a uno que recibió del rey en préstamo 1.000 coros de trigo." Los acontecimientos se desenvuelven después como en la parábola de los deudores que no pueden pagar; también termina con fuertes castigos.

El siguiente proverbio jurídico demuestra con más claridad el cierre de contratos de negocios a plazo fijo: "La venta de artículos de temporada solamente está permitida hacerla al precio corriente en la misma temporada; los artículos que no son de temporada se pueden vender cuando se quiera." Son de temporada aquellas mercancías que se entregan al comercio en una época determinada del año económico. El trigo, por ejemplo, tiene su temporada, y asimismo las frutas frescas de árbol. Expresamente se declara que también los peces del lago de Tiberíades tienen su temporada y, por consiguiente, su época de cotización. Estaba prohibido pactar anticipadamente con estas mercancías; los contratos de compraventa habían de celebrarse precisamente en la temporada, es decir, cuando se ponían a la venta el trigo, las frutas y los peces, y entonces había que atenerse al precio oficial de la lonja. Estas disposiciones solamente afectan al comercio al por mayor; no a las compras menudas de los consumidores. La temporada del pescado solía

ser desde noviembre hasta cerca de la Pascua; precedía, pues, según eso, a la del trigo. Por este tiempo iban también los Apóstoles con la pesca a Tariquea.

Parábola de las diez minas

Después que ellos oyeron las palabras dichas a Zaquco, expuso Jesús una parábola, pues por estar cerca de Jerusalén pensaban que pronto se manifestaría el Reino de Dios. Dijo, pues: "Un hombre noble fué a una tierra lejana para tomar posesión de un reino y después volverse." (Luc., XIX, 11-28.)

La resurrección de Lázaro había despertado en la población de Judea, fácilmente excitable, un sentimiento de lucha y de desprecio de la muerte, como más tarde lo produjo la doctrina de Mahoma con la felicidad prometida a los que mueren en la guerra. Cuadro en verdad magnífico el que se presentaba a sus ojos. Si el restablecimiento del reino no se había de realizar sin heridos y sin muertos, él, el jefe tenía poder de resucitar a los caídos. Jesús palpaba la tensión de espíritus que reinaba en su derredor.

Para contrarrestarla les contó esta parábola:

"Un príncipe fué a un país muy distante, a fin de hacerse coronar allí por rey. Antes de partir llamó a 10 siervos suyos y a cada uno le dió una mina (unas 300 pesetas), diciéndoles: "Negociad hasta que yo vuelva."

"Aquí tienes una mina, negocia con ella." Las mismas palabras dice un usurero, en una narración, a un propietario de casas y tierras a quien le quiere arrebatar el dinero y apoderarse de sus campos y viñas.

Con las palabras "país lejano" se entiende con mucha frecuencia en los escritos judíos antiguos una región adonde no se puede ir, desde Palestina, sino emprendiendo un viaje por mar. En Jericó los oyentes pensaron, sin duda, en los viajes que los príncipes herodianos hicieron a Roma.

Pero los ciudadanos, sus futuros súbditos, no querían saber nada de ese rey, y enviaron una embajada a protestar contra él. La tentativa fracasó, y el príncipe regresó hecho rey.

Hizo, pues, venir a sí a los siervos (empleados) para saber lo

que había negociado cada uno. El primero dijo, sin hacer siquiera mención de su propio trabajo, con modestia oriental: "Señor, tú mina ha ganado otras diez."

El príncipe le trató como hombre que recompensa regíamente: "Bien, siervo bueno; porque has sido fiel en lo poco, serás señor de diez ciudades."

Vino el segundo, y dijo como el primero: "Señor, tu mina ha ganado otras cinco." El señor premió también a éste: "Tú serás dueño de cinco ciudades."

Pero uno había sido perezoso y no trabajó por su señor, porque éste no había estado detrás de él para vigilarle. Este caso a buen seguro que está tomado de la misma realidad.

Precisamente este siervo empezó a hablar de las preocupaciones que le ha causado la mina. Desata el dinero con aparato teatral del paño en que lo había envuelto; a un pliegue seguía otro, y a un envoltorio otro, hasta que, por fin, lució el brillante metal. Entretanto iba diciendo en tono razonador: "Señor, aquí tienes la mina que me diste, que he guardado en un lienzo, porque tenía miedo de ti, pues sé que eres hombre de recia condición, que coges lo que no pusiste y siegas lo que no sembraste."

El criado apela a una justificación jurídica que no hace al caso. Porque dice: "He tratado tu dinero como depósito, como algo que se me había confiado para conservarlo. Como tú eres tan rígido, me pareció eso lo más acertado."

Así podía hablar un hombre libre; pero no un siervo del rey. El rey, consciente de su derecho, le replicó: "Por tu propia boca te condenaré, siervo malo. Sabías que soy hombre de recia condición, que cojo lo que no puse y siego lo que no sembré. Pues ¿por qué no pusiste mi dinero en el Banco, para que cuando yo viniera lo cobrara con las ganancias?"

Y dijo a los que estaban a su lado: "Quitadle la mina y dadla al que tiene diez."

Los cortesanos quedaron maravillados. El rey razona por qué da la mina al que tenía ya tantas. "Pues yo os digo que a todo el que tiene se le dará y al que no tiene se le quitará aun lo que tiene."

Esa fué la primera decisión del nuevo rey. Luego sigue la segunda: "Y en cuanto a aquellos enemigos míos que no quisieron que yo reinase sobre ellos, traedles acá y matadles delante de mí."

Esta narración se puede llamar no sólo “parábola de Judea”, sino aun “parábola de Jericó”. Jericó era una ciudad en que todos ya desde jóvenes tenían su pequeño comercio; donde los Bancos y casas de cambio se agrupaban entre bazares y empresas de transporte. Desde aquí y no desde Jerusalén había partido en otro tiempo Herodes el Grande por mar, y después volvió con el título de rey. Su hijo Arquelao quiso más tarde imitar a su padre; pero la gente envió, después que él había partido hacia Roma, una embajada detrás de él, para protestar contra su nombramiento de rey. Jesús expuso su parábola a oyentes que aún conservaban en la memoria estos hechos.

Al hijo del Hombre le aguardaba, pues, un viaje a una región lejana y no una coronación inmediata. Los que ahora se le agolpaban para estar cerca de él en la proclamación del nuevo reino debían primero pasar por la prueba y perseverar en ella. Y un terrible castigo aguardaba a los que durante su ausencia se levantarán contra su dominio.

Estado de ánimo del pueblo a la llegada de Jesús a Judea

Muchos de los judíos que habían venido a ver a María y a Marta y vieron lo que hizo Jesús, creyeron en Él. Pero algunos de ellos fueron a los fariseos y les dijeron lo que Jesús había hecho. Los príncipes de los sacerdotes y los escribas convocaron concilio. (Juan, XI, 45-57.)

Inmensa fué la alegría de las hermanas de Lázaro cuando supieron que el Maestro al atardecer estaba en Betania con una comitiva, el viernes antes de la Pascua, antes del comienzo del descanso sabático. Pero aún fué mayor el espanto, porque sabían lo que había sucedido en Jerusalén después de la resurrección de su hermano.

Los fariseos, apenas oyeron hablar del milagro de Betania, determinaron “convocar el Parlamento”, como hoy se diría. Los fariseos tenían la mayoría; podían, pues, celebrar sesión siempre que querían. La moción era ésta: “¿Qué hacemos, porque este hombre hace muchos milagros? Si lo dejamos así, creerán todos en él, y vendrán los romanos y arruinarán nuestra ciudad y nuestra nación.”

Jesús se había presentado de repente en Betania, a las puertas de Jerusalén, y había resucitado a Lázaro. La cosa no podía ir más adelante sin preocuparse seriamente de tomar las medidas decisivas; demasiado tiempo se habían contentado con aguardar una ocasión, en vez de provocarla ellos mismos. De pronto se presentarían en escena los romanos, ya de suyo suspicaces, y aprovecharían las agitaciones como pretexto para arrebatarse al pueblo las últimas libertades políticas y religiosas.

El nuevo milagro había sido una sorpresa para los miembros del Consejo Supremo. Por eso se mostraban más bien humillados que agresivos. En tan crítico momento se levantó el sumo sacerdote Caifás, que, con la ayuda de su suegro, se había sostenido en el cargo más de diez años, y empezó así: "Vosotros no sabéis nada, y ni pensáis que os conviene que muera un hombre por el pueblo, y no que toda la nación perezca."

Estas ideas se han repetido desde entonces muchas veces en las salas de sesiones. Gobernar es cosa muy seria. Y hay que hacerlo con política de hechos y no con política de sentimentalismos. Los hombres de Estado están obligados a poseer el valor necesario para sacrificar, por el bien de la sociedad, sus propios escrúpulos morales y personales. Ese "uno" a quien se debía dar muerte era el Único Hijo de Dios. Y murió no sólo por el pequeño pueblo judío, sino por todos los hombres.

Los pueblos del Norte tienden a considerar todas las resoluciones de los meridionales como corazonadas pasajeras. Y la realidad es que hay en ellos planes que se llevan a cabo con una inexorabilidad y prudencia que no es fácil hallarlos igual en otra parte; tal era el plan que habían concebido los enemigos contra Cristo. Inmediatamente se dió la orden de que todos los que lo supieran debían manifestar el lugar donde Cristo se hallaba, y que había que matar a Lázaro.

Esa disposición no dejó de producir impresión en el pueblo sencillo. Los peregrinos que habían llegado ya a Jerusalén antes de la fiesta, por razón del sacrificio purificador, estaban reunidos en la plaza del templo y cambiaban sus impresiones acerca de Jesús, cuando se encontraban alejados de los guardias, sobre si se atrevería o no a presentarse en la fiesta.

María unge a Jesús en la cena de Betania

Seis días antes de la Pascua vino Jesús a Betania, donde había muerto Lázaro, a quien Jesús resucitó. Y obsequiáronle allí con un banquete. Marta servía y Lázaro era uno de los que estaban sentados con Él a la mesa. María, tomando un vaso de alabastro que contenía una libra de unguento de nardo puro de gran precio, y quebrando el vaso lo derramó sobre la cabeza de Jesús, que estaba a la mesa, le ungió los pies y se los enjugó con sus cabellos. La casa quedó impregnada con la fragancia del bálsamo. (Juan, XII, 1-11; Mat., XXVI, 6-13; Marcos, XIV, 3-9.)

El día siguiente de la llegada de Jesús a Betania era sábado. En esos días de descanso sabático era usanza general invitarse mutuamente después del culto divino de la sinagoga. Así, se preparó en Betania una cena en honor de Cristo, y no en casa de Lázaro, sino en la de Simón el leproso. Como a este hombre se le llama así ya entre los cristianos de los primeros tiempos, hay que creer que Jesús mismo le había curado de la lepra. Con todo, podía muy bien ser que el banquete no se pudiera tener en casa de Lázaro, aun prescindiendo de que fuera allí en agradecimiento a la curación de la lepra. En estas regiones, donde aún subsiste la antigua hospitalidad, sucede con frecuencia que los amigos de un huésped respetable se disputan el derecho a invitarle a comer y a hospedarle. Al fin se combinan de suerte las cosas que uno ofrezca una cosa y el otro otra. La diversidad de ofrecimientos se explica en este caso por las circunstancias mismas. Jesús se halló allí con su comitiva precisamente poco antes de que empezara el descanso sabático. No había lugar, pues, para grandes preparativos; las hermanas de Lázaro tenían ya bastante quehacer con albergar a los huéspedes.

Las mujeres, en banquetes de esa índole no suelen tomar parte como comensales, sino sólo como sirvientas. A nadie hubiera parecido completo el número de convidados si no hubiera estado presente Lázaro. Marta, dueña de casa, siempre hacendosa y previosora, andaba atareada con el servicio de los huéspedes.

María, que tan profundamente amaba al Señor, quedó, por decirlo así, exteriormente preterida y desatendida. A las personas de su índole les sucede eso indefectiblemente en todas las festi-

vidades. Ella misma, dado el dolor íntimo que la embargaba, no deseaba otra cosa. Después de la resurrección del hermano había escapado Jesús a las intrigas de sus adversarios como un fugitivo. Ahora volvía al frente de una peregrinación, resuelto a celebrar con ellos en Jerusalén la fiesta de la Pascua.

Los discípulos, como podía ver María, habían tomado nuevo ánimo. El paso por Jericó había sido un desfile triunfal, y los peregrinos, que habían subido con ellos por el desierto y después habían proseguido de Betania hacia Jerusalén, habíanse apiñado, llenos de entusiasmo, alrededor del Maestro.

María oyó sin duda de los Apóstoles las palabras que les había dicho Jesús por el camino sobre su pasión y muerte. Así, pues, sabía que era ésta la última vez que Jesús estaba en su compañía. Ella no intentó quitarle la idea de ir a Jerusalén; su única preocupación fué más bien cómo podría testimoniarle su amor en la despedida.

Y la "ociosa" se anima y se activa. Toma un vaso lleno con una libra de riquísimo y puro bálsamo de nardos; entra en la sala del convite, quiebra, a la vista de los comensales, el grácil cuello del frasco y derrama el bálsamo sobre la cabeza de Jesús. El ungimiento no era cosa inaudita. En las clases altas de la sociedad no era raro que la dueña de la casa se presentara con un frasco de esencia de rosas y la derramara gota a gota sobre los cabellos y vestiduras del huésped de honor. Lo extraordinario fué que María no aprovechara tan precioso bálsamo para mezclarlo con otros ungüentos, sino que lo usara puro. Una libra tenía casi 350 gramos; era, pues, un vaso de la forma y tamaño de nuestros floreros. De la semejanza de esta escena con el relato sobre el ungimiento de María Magdalena, no se puede deducir que se trate las dos veces del mismo hecho.

A nosotros puede parecernos esta unción un refinamiento o exageración en el esmero por la belleza. Pero en Oriente los aromas y ungüentos son medios de defensa contra los ardores reseccantes y enervantes del verano. Los aromas refrigeran, el aceite pone flexible la piel endurecida en las marchas con la mezcla del polvo y del sudor. Además, el uso de una cantidad tan grande de bálsamo precioso para un solo ungimiento no era cosa de todos los días. Con los movimientos de sus manos esparcía María la fragancia en todo el ambiente.

Entre los que vieron esa escena llenos de excitación estaba tam-

bién Judas, a quien como ya desde mucho tiempo iba en el séquito del Maestro perdida la fe, debieron irritar interiormente aquellas hermanas con sola su presencia y con su abnegada fe, especialmente aquella María, que parecía tan desmañada y de aspecto tan simple. Si él hubiera tenido su fortuna, hubiera dado a su vida otro rumbo. Consideraba como ofensa personal que se hicieran por el Maestro semejantes gastos sin pasar por su mano. San Juan advierte que Judas conservaba la "bolsa" del dinero y que sisaba de lo que les daban. La palabra "bastadsein", que significa simplemente "coger, tocar, llevar", se usa también en los documentos egipcios contemporáneos en el sentido de "robar". Conforme se iba persuadiendo Judas en las últimas semanas de que la vida de Cristo no terminaba con un reino terreno, con tanto más ansia iba sisando dinero en los gastos que hacía para el Maestro.

Sin querer se le escaparon de los labios estas palabras: "¿Por qué no se ha vendido este ungüento por trescientos denarios, y se hubieran podido dar a los pobres? Yo me hubiera encargado de venderlo." Judas, como los demás Apóstoles, había estimado el valor del ungüento por el aroma. Los Apóstoles estaban de acuerdo con él; pensaban de veras en los pobres, y no en sí mismos, como Judas.

Jesús defendió a la silenciosa donante con un reproche a Judas y a los demás.

"Dejadla. ¿Por qué la molestáis? Buena obra ha hecho conmigo. Pobres siempre los tenéis con vosotros, y cuando queráis les podéis hacer bien; pero a Mí no siempre me tenéis. Ella ha hecho lo que ha podido; se ha adelantado a embalsamar mi cuerpo para la sepultura. En verdad os digo que dondequiera que fuere predicado este Evangelio por todo el mundo, se contará también para su gloria lo que ésta a hecho."

María y Judas, los dos estaban dominados por el pensamiento de la cercana muerte de Jesús. María quería dar cuanto podía al condenado a muerte. Judas quería robarle lo más posible.

Entrada triunfal de Jesús en Jerusalén

Jesús aclamado Mesías delante de la ciudad

Gran muchedumbre de judíos se enteró de que Jesús estaba en Betania y vinieron no solamente por causa de Él, sino también por ver a Lázaro, a quien había resucitado de entre los muertos. Pero los príncipes de los sacerdotes pensaron matar también a Lázaro, porque muchos, por él, se separaban de los judíos y creían en Jesús. (Juan, XII, 9-11.)

Cuando Jesús se acercó al día siguiente a Jerusalén y a Betfage, cerca del monte de los Olivos, envió dos de sus discípulos y les dijo: "Id al lugar que está delante de vosotros. En cuanto lleguéis allí, hallaréis una asna atada y un pollino con ella. Desatadla y traedlos aquí." (Juan, XII, 12-19; Mat., XIX, 1-9; Mar., XI, 1-10; Luc., XIX, 28-40.)

Debido al entusiasmo de ánimo de los que toman parte en las fiestas, se organizan de improviso en Oriente solemnidades para las que en Europa harían falta cuidadosos preparativos por medio de la Prensa y largas sesiones del Comité nombrado para ese propósito. Precisamente por eso producen en los espectadores y en los que en ellas toman parte un efecto arrebatador. Así sucedió también aquel día cuando Jesús se acercó a Jerusalén.

Los peregrinos que le acompañaron el viernes hasta Betania habían ido adelante hasta la ciudad, llevando la noticia de que el Maestro se presentaría en la fiesta.

Todo el que llegaba a Jerusalén se enteraba de que el Consejo Supremo obligaba a todos los que lo supieran a manifestar el lugar

donde estaba Jesús, y se enteraba también de que Jesús se había detenido en Betania. Además, oían contar lo de la **resurrección** de Lázaro a testigos oculares. Así, pues, Lázaro, en cierto modo, volvía a resucitar de entre los muertos, tan viva era en aquellas circunstancias la impresión que producía la venida de Jesús.

El sábado fueron muchos a Betania, pues sólo distaba media hora de Jerusalén. Para un judío de escrupulosa conciencia estaba prohibido caminar en sábado un trecho tan largo. Tal vez se trataba de gente que en este día se fué por la tarde hasta allí desde los alrededores de Betania, no tan distantes del lugar del encuentro, y, sobre todo, de peregrinos acampados en el monte de los Olivos.

A la mañana siguiente partió Jesús de Betania. Los discípulos echaron en olvido el miedo y las preocupaciones, pues dominaba tal entusiasmo por Jesús cual no se había conocido desde los días de las correrías por Galilea. Tan sólo esperaban ya el momento en que Jesús saliera de su misteriosa modestia y de su retraimiento. Avanzaban con él por los gastados caminos, entre cercas de viñedos y olivares.

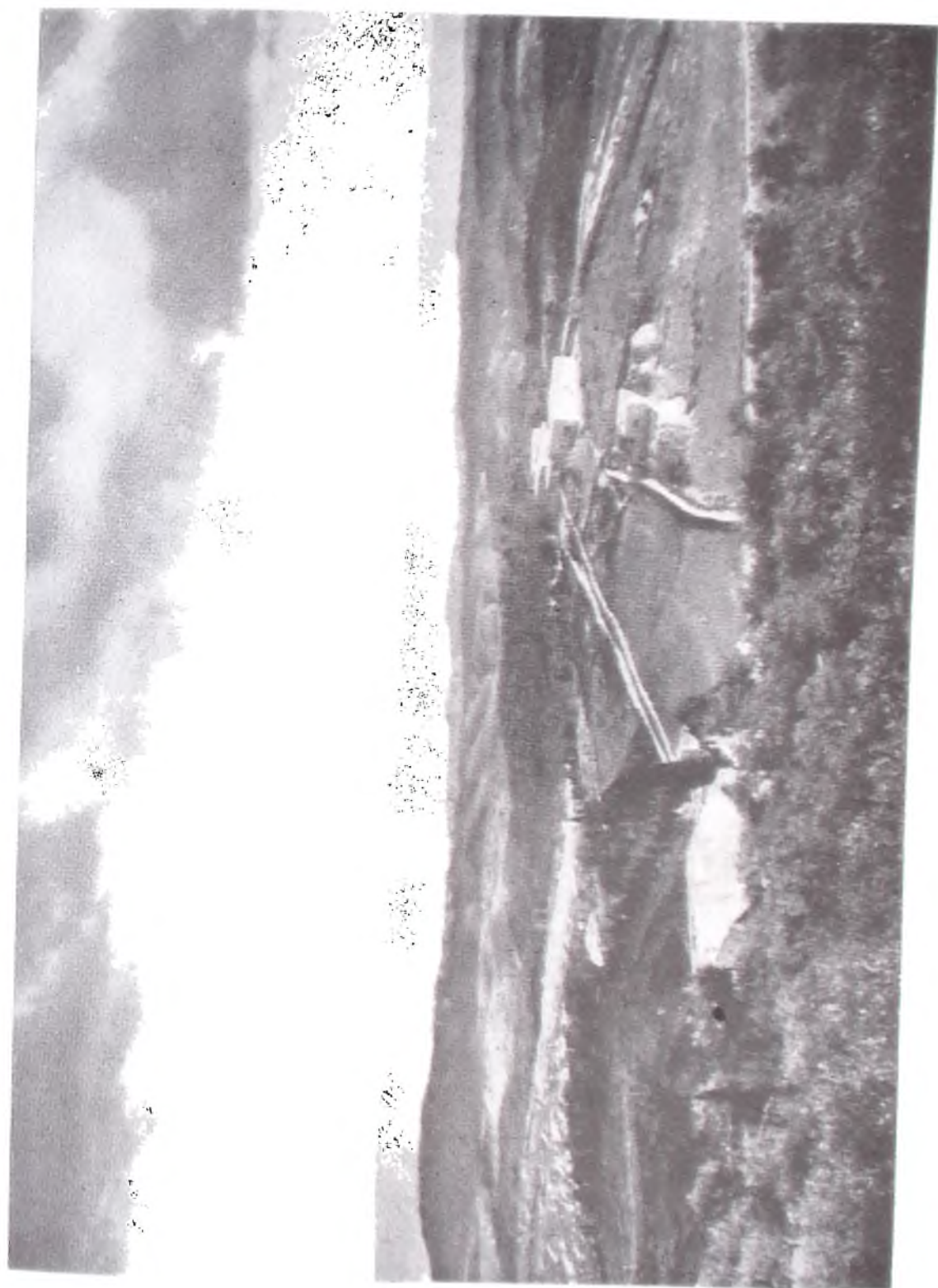
Jesús hizo una parada en el camino. Hallábanse probablemente en la ladera lateral sur del monte de las Olivas, y tenían entre sí y la montaña una ligera hondonada, donde estaba enclavada una pequeña aldea. Las palabras de Jesús presuponen ese marco local, pues dió a los dos discípulos este encargo: “Id a esa aldea que está enfrente de vosotros. Al llegar encontraréis una asna atada y un pollino con ella. Desatadla y traedlos; si os preguntan “¿qué hacéis?”, decid: “El Señor tiene necesidad de ellos; pronto la devolverá.”

No es nada raro que se hallen asnos en una aldea de Palestina, atados a la puerta. Con este objeto se suelen poner anillas en algunas paredes. Pero que los discípulos hallarian ya al entrar, en las primeras casas, una asna con un pollino sobre el cual nadie había montado, y que los dueños sin más pondrían a su disposición los dos animales, son cosas que sólo el Omnisciente podía predecirlas con tanta precisión.

Los discípulos, al entrar en el poblado, vieron el animal; fieles a las palabras del Señor, comenzaron a desatar los nudos de la cuerda, sin preguntar nada a nadie. La gente les preguntó, y ellos respondieron como Jesús les había dicho, y con eso les dejaron en plena libertad.

VISTA TOMADA DESDE LA CUMBRE MÁS ALTA DEL MONTE DE LOS OLIVOS, CON LA REGIÓN DE BETFAGE Y BETANIA

Sobre un bosque de olivos se divisa abajo una barranca, en cuyo corte hay una iglesia. A la izquierda se ve el camino que viene de Jericó; a la derecha, en la pendiente, un antiguo camino, sin subida propiamente dicha, conduce al sitio desde donde se ve ya Jerusalén. En la fotografía siguiente, tomada desde este camino, se puede ver esta misma iglesia. Por toda la posición y disposición hay que creer que se trata de parte de una antigua red de caminos, que remonta al tiempo de Jesús y aun a tiempos anteriores. Junto a la hilera de oscuros cipreses y al lado del muro de brillo blanco, en el fondo, el camino conduce, pendiente abajo, hasta donde estaba Betania, patria de Lázaro y de sus hermanas Marta y María. Por estos caminos gastados que se ven ramificarse desde la capilla se puede uno acercar a un pueblecillo que fácilmente pasa inadvertido. La conversación de Jesús con Marta habrá que ponerla tal vez en una de estas calles. Aquí, en esta hondonada del desfiladero, estaba el caserío Betfage ("casa de higos"). En esta región prosperan los higos de calidad superior y maduran antes que en todas partes. Hablando Jesús, al venir de la pendiente, dicen muy bien estas palabras: "Id al lugar que está delante de vosotros." Aquí encontró la muchedumbre de Betania a los peregrinos que venían de Jericó. Dirigiéronse por la pendiente arriba, hasta llegar a ver la ciudad de Jerusalén, desde donde los peregrinos la saludaban y donde Jesús lloró. La nueva carretera hacia Betania sigue en amplio arco alrededor de la cima de la montaña, donde se levanta el gran edificio. Un detalle puede verse en la fotografía de la página 400 (parte superior). Por detrás de esta cima se extiende la vista sobre las peladas cadenas de colinas del desierto de Judá, ligeramente acariciado por el sol de la tarde. Allende la depresión del mar Muerto se levanta la meseta de la parte oriental del Jordán. Donde corta la fotografía, poco más o menos, estaba en una colina, aislada, la fortaleza de Maqueronte. Es característica la nube que flota precisamente sobre el monte de los Olivos. Se forma aquí y desaparece de nuevo en el vacío al llegar allá lejos, sobre el desierto, que se calienta más por estar más profundo



Las usanzas orientales confirman esos rasgos. Por lo general, se deja a las crías andar sueltas junto a la madre, y de suyo van a su lado. Los campesinos de Egipto tienen la costumbre de no llevar la leche a la ciudad, sino que llevan la vaca, y la ordeñan delante de la casa del que compra leche. Y aun en ese caso se deja ir la cría junto a la madre. El Evangelio se conforma enteramente con las costumbres orientales cuando dice tan sólo del animal ya viejo que estaba atado y también cuando se dice que estaba el pollino con la madre. Por el alquiler de un asno no era mucho lo que se pagaba. Por una feliz coincidencia se conserva el contrato del alquiler de un asno del año 33, que es, según la tradición, el año de la muerte del Señor, y como en el relato del Evangelio se entrega el pollino con la madre; el alquiler va desde el 18 de febrero hasta el 28 de agosto. El que lo alquiló tenía que pagar al mes sólo tres denarios (nueve pesetas). Como los discípulos aseguraban que el Maestro devolvería pronto el asno, es creíble que, aunque aquellos dueños no conocieran de cerca a Cristo, no pondrían ninguna dificultad en que se llevaran el animal.

La vuelta de los enviados hace que los corazones de los demás discípulos palpiten de gozo. Hasta ahora han ido a pie con el Maestro por todo el país; hoy se hace traer una cabalgadura y la monta.

En pocos momentos se ha convertido la peregrinación de galileos en una manifestación solemne; en una entrada triunfal para el Mesías. Uno fué el primero en lanzar el grito: “¡Hosanna!” (Señor, auxílianos), que era el grito festivo religioso de los judíos, y resonaba, especialmente en la fiesta de los Tabernáculos, en aclamaciones estruendosas cuando se llegaba a aquel pasaje del salmo 117, de donde está tomada esta palabra.

Algunos discípulos hablan puesto sus mantos sobre el lomo del animal, honor que se suele hacer a los grandes señores cuando se les ofrece la cabalgadura y no se tiene una silla de montar. Otros se quitaban los mantos de los hombros y los extendían por el suelo como alfombras. En las tradiciones judías se cuenta de un hombre rico en cuyo honor se cubrió con colchas todo el camino hasta la sinagoga. Estas costumbres, tal como están aquí descritas, suponen países sin lluvia y caminos secos. Otros, pues formaban también parte en el cortejo mujeres y niños, se hicieron ramos con ra-

mas de los árboles, como era costumbre llevarlos en la fiesta de los Tabernáculos.

Y los fariseos estaban allí presentes como testigos del entusiasmo del pueblo. Jesús había evitado siempre esas manifestaciones. Tal vez, decían, se le podría obligar a que ordenara a la gente que se reprimiese. De todos modos, ellos querían hacerle responsable de las consecuencias de aquel desorden. Acercáronse al que era vitorreado y le avisaron, dando al hecho suma importancia: "Maestro, llama al orden a tus discípulos."

Jesús no consintió que los turbaran. Todo eso pertenecía al ritual santo, determinado desde la eternidad, referente a su entrada antes de ofrecer el sacrificio de su vida.

Y les respondió brevemente: "Os digo que si éstos callaren, las piedras darían voces."

Jesús llora sobre Jerusalén

Al acercarse más Jesús y ver la ciudad, lloró sobre ella, diciendo: "¡Si tú reconocieses siquiera en este tu día lo que hace a tu paz! Pero ahora está encubierto a tus ojos." Luc., XIX, 41-44.)

El cortejo había llegado al lugar desde donde se divisaba la ciudad y el templo, es decir, a la abrupta pendiente que da a la garganta profunda del valle de Cedrón. El sol brilla desde el Oriente por las mañanas de tal suerte que todo parece inundado de luz. Desde allí se contempla un complejo abigarrado de cúpulas semiesféricas y azoteas; en el centro, las antiguas casas, enormemente apiñadas unas a otras, y las nuevas, bastante separadas, delante de los muros de la ciudad; apenas en algún que otro punto se halla alguna estrecha calle como un negro torrente que corta y divide las hileras de casas. Sólo las cavidades opacas de los respiraderos y las sombras de los muros de las casas permiten percibir la disposición de los edificios, radiantes de luz.

Pero todo eso no era más que montones de piedras unas sobre otras y sin armonía en comparación con el templo que se erguía en la altura. Anchos y largos extiéndense los atrios entre los recios muros de circunvalación y los edificios adyacentes; el sol derrama

un mar de esplendor; el templo mismo brilla como si estuviera hecho de luz; maravilla no de este mundo, sino del cielo, por sus dimensiones y su magnificencia.

Las aclamaciones de los peregrinos van en aumento. Esta es, en efecto, la ciudad del nuevo reino. Todos miran a Jesús. Por entre la muchedumbre cunde una conmoción misteriosa que se apodera de todos en un momento. Jesús, el Profeta, el Mesías, quiere hablar. Ahora va a manifestarse y a proclamar su reino.

Jesús echa una mirada sobre la ciudad; la ciudad sobre la roca, con sus casas y sus azoteas de piedra, es para Jesús un símbolo de sus habitantes. De corazones duros como la piedra, le persiguen sin tregua. Pero Él no piensa en su propia muerte —pues la ha aceptado de la mano del Padre—, sino en el juicio que caerá sobre la ciudad, a la que ama con más ardor que todos los israelitas, a pesar de que ella le odia a Él más enconadamente que todas las otras ciudades.

Y en medio de todo aquel júbilo, las lágrimas empiezan a desbordarse de sus ojos y el canto lúgubre del amor despreciado brota de sus labios.

Allí está en pie, extendiendo amorosamente sus brazos al radiante panorama que en aquel momento ve hundirse para siempre: allí está la ciudad del templo, de la Ley y de los doctores. Aquí, alrededor de Él, los sencillos pescadores de Galilea; éstos han comprendido; los sabios de allá dentro, no. “¡Ah!, si tú conocieses siquiera en este tu día lo que hace a tu paz; pero ahora está encubierto a tus ojos. Porque vendrán días sobre ti en que tus enemigos te cercarán con trinchera y te pondrán cerco, y te estrecharán por todas partes, y te arrasarán a ti y a tus hijos que están dentro de ti, y no dejarán en ti piedra sobre piedra; por cuanto no conociste el tiempo de tu visitación.”

Los sacerdotes iban más o menos hasta este lugar donde Jesús habló, cuando salían a recibir las oleadas de las caravanas de los que traían los diezmos. En esta ocasión, el pueblo había organizado una fiesta al tener noticia de que se aproximaba Jesús; los peregrinos habían salido en masa al encuentro de Jesús. No se dieron por satisfechos con agitar ramos ordinarios, como los que lo habían aclamado junto al monte de los Olivos, sino que desgajaron palmas de las palmeras y alzándolas las agitaban. La palma era una parte esencial de los ramos en la fiesta de los Tabernáculos. Tal vez los

israelitas habían traído de Egipto estas costumbres. En los inventarios de los templos egipcios se mencionan también “palmas de oro y plata”, que servían probablemente para fines análogos. En los oasis del Sahara aun hoy día se recibe con palmas a los altos personajes. El valle Cedrón, protegido del viento y orientado hacia el Sur, era muy favorable para el desarrollo de las palmeras.

Tal vez la aglomeración que se produjo por el encuentro de la manifestación salida de Jerusalén con la que venía de Betania, junto al monte de los Olivos, coincidió con el hecho de pararse Jesús y llorar sobre la ciudad. Aquí, junto al monte de los Olivos, estuvo reunido, puede decirse, todo el pueblo de Israel por primera y última vez alrededor de Jesús. Y Jesús en esta ocasión rompió a llorar.

Entrada en la ciudad. La súplica de los gentiles

Cuando Jesús entró en Jerusalén toda la ciudad se conmovió. La gente decía: “¿Quién es Éste?” Y las muchedumbres respondían: “Jesús, el Profeta de Nazaret de Galilea.” (Mat., XXI, 10-1, 14-16; Juan, XII, 20-36.)

Es posible que la puerta del Oriente, que ordinariamente estaba reservada para los sacerdotes, estuviera abierta para la entrada de los peregrinos. Con todo, las expresiones de los relatos permiten suponer que Jesús subió al templo a través de la ciudad; por consiguiente, por los suburbios del Norte, o por la ciudad del Sur propiamente dicha.

Aquel día confluían a Jerusalén, una tras otra, las caravanas de peregrinos. Un alboroto era superado por otro mayor, que anunciaba algo extraordinario en medio de todo aquel movimiento, que era ya de suyo bien singular. La multitud se iba aproximando, con Jesús en medio, como una oleada imponente de rostros encendidos por el entusiasmo que le vitoreaba con estruendosas aclamaciones. Todos corrían preguntando quién era el que venía, y los manifestantes respondían: “Jesús, el Profeta de Nazaret de Galilea.”

A la comitiva se adhirieron, naturalmente, todos los chiquillos de las calles de Jerusalén; pues no conocían el miedo a los omnipotentes fariseos. Mientras las personas mayores, a lo que parece, enmudecían en el templo, no comprendían los niños por qué no

era permitido repetir tan piadosas exclamaciones también en el templo, y así, gritaban a coro con toda su alma: “¡Hosanna al Hijo de David! ¡Hosanna!”

Esta escena se conformaba muy bien con la vida religiosa de los niños. Ya en la escuela aprendían de memoria aquel salmo del que estaba tomado el *Hosanna*, y ya se habían acostumbrado a agitar cada uno su ramo tan pronto como resonaba el grito de hosanna. Así es que los niños, a la entrada de Jesús, respondieron mejor que los adultos al ceremonial de la fiesta de los Tabernáculos.

Pronto se presentaron los fariseos a decir a Jesús: “¿Oyes lo que dicen éstos?” Jesús repuso: “No puedo no oírlo.” Esta manifestación estaba enteramente dentro de la legalidad, porque respondía al plan de Dios: “Pues ¿qué? ¿Nunca habéis leído aquel pasaje de la Escritura que dice: De la boca de los niños y de los que maman sacaste perfecta alabanza?”

Los espaciosos atrios del templo no quedaron vacíos después de terminada la manifestación; la conmoción se esparció en diversos sitios, que fueron otros tantos puntos de reunión. Jesús mismo se detuvo, sin duda, algún tiempo en el templo; pero se vió que daba su obra ya por terminada.

Entre los peregrinos venidos a la fiesta de Pascua se encontraban también algunos gentiles de lengua griega. Habían subido a Jerusalén para la fiesta y oraban en el atrio exterior al Dios de Israel, pues les estaba prohibido, bajo pena de muerte, entrar en el verdadero atrio interior, algo así como se prohíbe aún hoy día, a los que no son mahometanos, la visita a la plaza del templo durante los días de la fiesta de Nebi-Musa. Estos gentiles habían sido testigos del triunfo. Parece que procedían, como Jesús y los Apóstoles, del Norte del país, y que conocían a algunos Apóstoles. Aquel día o alguno de los siguientes buscaron a Felipe para que los presentara al Salvador. Felipe, siempre tan circunspecto, se vió en un compromiso. Fuerte cosa sería que el Maestro tratara aquí, en el templo, con gentiles, en aquellos momentos en que estaba constantemente espiado.

Habló de ello a su paisano Andrés, y los dos se lo dijeron a Jesús.

Jesús se ve en aquel momento separado de los gentiles por el cerco divisorio del Antiguo Testamento como por un muro, a pesar de que interiormente aquéllos estaban más cerca de Él que la mayo-

ría de los judíos. Esta pared divisoria ha de quedar derruida con su muerte, y con ello desaparecerán las fronteras entre judíos y gentiles. Cristo siente a la vez el temor de la Pasión que se avecina y la visión feliz de las bendiciones que se originan para todo el mundo de su cruz. Y deja entrever en sus palabras esa emoción que brota en el alma cuando luchan en ella sentimientos diversos y aun opuestos como eran los que embargaron a Cristo durante la entrada triunfal. Jesús dice: "Viene la hora en que sea glorificado el Hijo del Hombre. En verdad, en verdad os digo: si el grano de trigo que cae en la tierra no muere, él sólo queda; pero si muere, lleva mucho fruto. El que ama su alma, la perderá; y quien aborrece su alma en este mundo, para la vida eterna la guarda. El que quiera servirme, sígame; y en donde yo estoy, allí estará también mi ministro. Si alguno me sirviere, le honrará mi Padre."

¡Con qué atención escuchan todos cuando Él habla de "la hora"!

Pero Jesús ha empezado la pasión con la entrada triunfal. Rompe al exterior en palabras y gestos el temor que Él permite vaya acentuándose para hacerse en todo igual a los hombres.

"Ahora mi alma está llena de turbación. Y ¿qué he de decir? Padre, sálvame de esta hora. Mas para eso he venido a esta hora. Padre, glorifica tu nombre."

Ya antes ha hablado Jesús misteriosamente de una "hora", es decir, de una época de su vida que, por su grande importancia, se diferencia de las otras. Pero nunca tanto como en estos momentos, después del triunfo, se había apoderado de Él el temor de esta "hora". Cuando Cristo habla de ese modo, están alrededor de Él los discípulos, indefensos y avergonzándose de su Maestro. ¡Oh! Ahora destruye Él mismo todos los triunfos de estos últimos días.

Jesús se yergue triunfante sobre aquel temor; alza la vista al cielo y, olvidando a los que le escuchan, clama a su Padre celestial: "Padre, glorifica tu nombre."

Algo trascendental ha ocurrido. Jesús no ha orado ya vuelto al sanctasanctórum del templo. Y a este clamor suyo se oye algo del cielo que aterra. Una voz resuena desde lo alto, que dice: "Ya lo he glorificado, y otra vez lo glorificaré."

Era la respuesta del Padre. El nombre de Dios ha sido glorificado por los milagros que ha hecho el Hijo según su voluntad,

y nuevos milagros seguirán tan pronto como el Hijo haya superado la hora de la pasión y de la muerte.

Los que rodeaban a Cristo oyeron la voz del cielo; pero quedaron sobremanera espantados. El ambiente estaba lleno de ese sordo y profundo rumor que se produce donde se reúnen multitudes de miles y millares. Por tal razón no pudieron comprender las palabras sino los más cercanos. Pero los demás pudieron comprobar que aquellos sonidos bajaban del cielo. Unos decían que había tronado; otros, dentro de un mundo puramente religioso, decían: "Un ángel le ha hablado."

Y Jesús les dijo: "No ha venido esta voz por mi causa, sino por vosotros. Ahora es el juicio del mundo; ahora será lanzado fuera el príncipe de este mundo, y cuando yo sea alzado de la tierra, todo lo atraeré a mí mismo."

Ha llegado, pues, la hora de la lucha decisiva. Dios Padre ha enviado públicamente a su Hijo para la última batalla. Pronto todo habrá pasado.

Jesús emplea en su lenguaje giros que caracteriza la cruz como madero de tormento e instrumento de su muerte, y al mismo tiempo como la silla de un nuevo trono. Desde ese trono misterioso congregará Él a todos en torno suyo, con una fuerza atractiva que tendrá que vencer una resistencia muy grande.

Los oyentes comprenden que habla de la muerte. Hace poco le han saludado con exclamaciones de júbilo: "¡Hosanna! ¡Hosanna!", y se irritan porque empieza Él, como siempre, a hablar de cosas tan tristes, y le replican:

"Nosotros sabemos por la Ley (también entendemos algo) que el Mesías permanece para siempre. Pues ¿cómo dices tú que conviene que sea alzado el Hijo del Hombre? ¿Quién es este Hijo del Hombre?" ¡Extraño nombre el de "Hijo del Hombre"! El Hijo del Hombre de Daniel, que se acerca sobre las nubes del cielo, sí; éste es, según su deseo. ¡Pero este Hijo del Hombre!... Siempre se trata de algo dulce, apacible y triste cuando Jesús habla del "Hijo del Hombre". "¿Quién es este Hijo del Hombre?" Así preguntan ellos, rudamente, pocos momentos después que el cielo ha dado testimonio al Hijo del Hombre.

Jesús evita en su respuesta la expresión que tanto les irrita y la envuelve en una metáfora. En Oriente la noche se echa encima de repente y sin escrúpulo. Los ojos que no están adaptados a ese

EL DESFILADERO DE JUNTO A BETFAGE

A la derecha de la iglesia sigue el camino entre dos muros hasta Betania. Este camino debió de ir también desde Jericó a Jerusalén, por encima del mismo desfiladero. A lo lejos se ve la región del oeste del Jordán. Delante, un grupo de hombres. De nuevo sopla el viento del Este, como se puede ver por los vistosos turbantes. Sobre la cresta de la montaña, unas nubes.

HIGUERA CON FRUTO

La higuera da fruto dos veces al año. El primero (las brevas) brota, lo mismo que entre nosotros la flor del aveilano, en el otoño, y madura completamente ya en primavera. Las hojas empiezan a salir cuando arrecia el calor. Las ramas son de color gris barroso, y con frecuencia cuelgan hacia abajo. Así, se puede hallar debajo de una higuera, no sólo sombra, sino también sitio donde esconderse. Por eso la gente se solía retirar, para hacer oración o para meditar tranquilamente, debajo de uno de esos árboles cercanos a la casa. Jesús dice a Natanael: "Ya antes de que te llamara Felipe te había visto cuando estabas debajo de la higuera." Esta higuera está en el campo y la fotografía está tomada desde encima del muro. Los segundos frutos (los higos) crecen entre las hojas, casi sin tallo. Como además son oscuros o verdes azulados, hay que acercarse bastante para distinguirlos. Eso hizo Jesús antes de la maldición de la higuera del monte de los Olivos. Las higueras producen todos los años. Los nuevos retoños, si prosperan bien, dan fruto ya al primer año.



paso del resplandor vivísimo del día a la obscuridad que se echa encima bruscamente, no pueden ver las piedras con sus aristas gastadas; el que llega a ser sorprendido por la noche, cae infaliblemente.

Quizá el sol estaba a punto de ponerse cuando Jesús dijo: "Aún hay en vosotros un poco de luz. Andad mientras tenéis luz, para que no os sorprendan las tinieblas; porque el que anda en las tinieblas no sabe adónde va. Mientras tenéis luz, creed en la luz, para que seáis hijos de luz."

"Ya no estoy más tiempo entre vosotros."

Por la tarde regresó Jesús a Betania.

Últimas luchas en el templo

Parábola de los malos viñadores

Jesús les propuso la siguiente parábola: "Un hombre plantó una viña, la cercó de vallado, y construyó en ella un lagar y edificó una torre; y la dió a renta a unos labradores y se fué lejos de su tierra. Cuando llegó el tiempo mandó un criado a los labradores a que cobrase de éstos el fruto de la viña." (Marc., XII, 1-2; Luc., XX, 9-19; Mat., XXI, 33-44.)

Jesús hubiera podido terminar sus discursos con los fariseos con estas palabras: "Vosotros matasteis a Juan por medio de otros; a mí me mataréis vosotros mismos." Pero revistió esta profecía con una nueva parábola, para hacerla más profunda y al mismo tiempo más velada; era otra parábola propia de Judea. Hoy mismo es algo de lo más impresionante de Palestina recorrer aquellas llanas hondonadas de los altos valles, recubiertas de cardos de color gris amarillento, que bajo un sol vivísimo producen un efecto adormecedor. Toda aquella región le sumerge a uno en una especie de embeleso al contemplar cómo van surgiendo de la tierra poco a poco los restos de edades antiguas ya pasadas. Del suelo emergen en líneas paralelas antiguos contramuros medio derruidos y hundidos en tierra, que se escalonan a la redonda de las hondonadas como las graderías de un anfiteatro. Acá y allá se encuentran aún excavados en roca viva hoyos de tiempos antiguos, lagares donde se pisaron las uvas, con los conductos por donde corría el vino a los depósitos; se hallan montones de piedras, últimos restos de atalayas donde habitaban los dueños y dormían en tiempo de la cosecha.

Las viñas eran las que daban al paisaje en tiempo de Cristo el carácter distintivo y típico; los trabajos que se hacían mes por

mes determinaban a su vez el género de las ocupaciones de la gente del pueblo. Con todo, no eran aquellas viñas como las de explotación moderna. Junto a las cepas o entre ellas había toda clase de árboles frutales. Cuando se habla de los "frutos" de las viñas hay que entender los productos de esos árboles, que había que entregar al dueño. Las uvas se podían conservar como pasas y expedirlas a petición.

Los oyentes hallaron en la narración de Jesús imágenes de cosas vividas por ellos, que les eran ya familiares. Un propietario, que es el que hace estos gastos, plantó una viña y la rodeó con un cerco; construyólo con piedras recogidas en el campo mismo. Excavó un lagar y levantó una atalaya. Ya se entiende que todos esos trabajos los hizo realizar el dueño por medio de otros, como después les arrendó la viña. Cristo no tenía por qué hacer notar eso expresamente. Después vase el señor fuera de la región. Los grandes terratenientes actuales, sucesores de aquellos grandes señores, habitan con frecuencia fuera del país, en Damasco o en El Cairo.

Las vides después de plantadas no empiezan a dar fruto hasta el tercero o cuarto año, y desde entonces puede el señor exigir su participación en los productos. Entretanto, casi han olvidado los arrendatarios que no son dueños de la viña y tratan al mensajero del señor como si fuera un ladrón. Le agarran, danle de golpes y le despiden con las manos vacías. El señor envía un segundo mensajero; contra éste proceden los arrendatarios como contra el que intenta por segunda vez un robo en su viña. El señor envía a un tercero; a éste lo decapitan, y así se han acostumbrado ya a maltratar a todos los mensajeros del señor.

El dueño no comprende lo que sucede. Los disculpa, pensando que ellos no sabrían que se trataba de siervos suyos, sino que los tomaron por gente que les hacía reclamaciones injustas.

Por eso se resuelve a enviarles a su único hijo. No tiene más que uno; ellos tienen que reconocerle, y sus derechos son evidentes e indiscutibles.

Envía, pues, al hijo. Los arrendatarios le reconocen, saben bien que éste puede pedirles cuenta, no como simple cobrador, sino como dueño y heredero. Mas las consecuencias que sacan son diversas de las que el señor esperaba. Piensan que si matan al hijo no habrá ya heredero. Ni siquiera se les ocurre que el padre mismo pueda venir a quitarles la propiedad y vengar al hijo. Han abusado

ya demasiado tiempo de su bondad; ya están ciegos e interpretan esa bondad del dueño como necedad e impotencia. Y así caen sobre el hijo más despiadadamente que contra los mensajeros, y le matan.

Y sucedió lo que acontecía siempre que Jesús narraba una parábola con palabras sencillas y comprensibles a todos. Los oyentes siguieron con atención los sucesos y se formaron un juicio claro acerca de las personas descritas.

Jesús cerró la descripción con esta pregunta: "¿Qué hará el dueño de la viña?" Y añadió con severidad: "Vendrá y acabará con los labradores y entregará la viña a otros."

Pero había allí fariseos que se habían dado por aludidos al oír la suerte de los arrendatarios y comprendieron que serían castigados tan duramente como ellos. Y le dijeron: "Nunca tal suceda."

Jesús, basándose en un pasaje de la Escritura, declara que esos sucesos son inevitables. Precisamente en aquellos días se habían portado los fariseos como los arrendatarios, diciendo: "Démosle muerte." Pero su Padre está ya determinado a vengar la muerte de su Hijo.

Y Él les responde, fijando en ellos los ojos: "Pues ¿qué es esto que está escrito? ¿La piedra que desecharon los que edificaban ha venido a ser la piedra angular?"

Este pasaje de la Escritura contiene una parábola, y por cierto una "parábola de Judea". En la planicie de los filisteos y en el valle del Jordán edifican casas de barro; pero en Judea por todas partes se halla piedra; la gente conoce perfectamente las clases de piedras como los habitantes del Norte las diversas clases de maderas. Hay allí piedras grises con vetas y aristas rojizas; otras completamente grises, brillantes y blancas como la leche; existe también una clase de piedra tan blanda, que recién sacada de la cantera se puede aserrar y cortar, y otra tan ligera y liviana, que se adapta a maravilla para la construcción de bóvedas.

Una parábola tomada del trabajo en las canteras estaba muy en su punto, a la vista del templo majestuoso, con sus magníficos muros de piedra de sillería perfectamente ajustada; tal vez había aún allí cerca montones de piedras por labrar, porque todavía por aquel tiempo estaba el templo en construcción.

El dueño del edificio viene, pues, a la cantera y escoge la clase de piedra de su gusto o examina las que le han vendido en el lugar mismo en que se va a edificar; escena es ésta que se repite con fre-

cuencia en Palestina, especialmente en nuestros días, por razón de la actividad, siempre creciente, en las nuevas construcciones. El dueño toca las vetas y los agujeros y pasa la mano por las esquinas y salientes para examinarlas. Sucede a veces que el que ha vendido las piedras y el dueño del edificio discuten sobre el empleo que hay que dar a cada piedra y sobre su valor, y quieren rechazar ésta o aquélla como inservibles; una no tiene las aristas bien rectas, ni bien formados los ángulos; otra tiene una grieta o estratos inconsistentes. Golpean con el martillo en las piedras para hacerlas sonar. Las disputas son interminables; pero nunca son rechazadas las piedras buenas y grandes, que tienen un valor especial como piedras angulares en un país donde hay frecuentes terremotos.

Pero en Israel sucedió lo increíble. Jesús mismo pregunta en este sentido: "Pues ¿qué es esto que está escrito? La piedra que desecharon los que edificaban ¿ha venido a ser la piedra angular?"

Jesús, al hacerles esta pregunta, les mira a los ojos. Fué, sin duda, una mirada que les desarmó, penetrante hasta lo más recóndito de sus almas. Ellos habían respondido: "Nunca tal suceda." Y aquella mirada fué la respuesta que les decía: Y, sin embargo, así es. "Yo soy la piedra angular que vosotros habéis rechazado."

Jesús da luego a esa misma parábola otro giro, y con eso también otro sentido diferente. Él mismo, con su potencia divina, es como una piedra, y así toma como un desvarío —y lo es bien grande— que las criaturas, con su poder tan limitado, se alcen contra Él. "El que cayere sobre esta piedra será quebrantado, y hará añicos a aquel sobre quien ella cayere."

Los legados de los fariseos retiráronse llenos de ira. Reconocieron que no podían nada contra Jesús, que otra vez se había manifestado como Hijo de Dios, sin que llegaran a comprenderle, y aun había anunciado el fin de su dominación. En el primer arrebato de ira les vino un impulso de arrojarle sobre Él; pero no se atrevieron por razón del pueblo.

La moneda del tributo

Los fariseos le enviaron gente de su partido, juntamente con algunos herodianos, para que, fingiéndose justos, le cogieran en sus palabras. (Marc., XII, 13-17; Mateo, XXII, 15-22; Luc., XX, 20-26.)

El sanedrín no deseaba ya tener más encuentros con Cristo delante del pueblo; por esa razón les pareció que después de tan grande manifestación sería más propicia la ocasión para armarle asechanzas con una pregunta propuesta por personas aparentemente afectas a Él.

Los fariseos se tenían a sí mismos por los portaestandartes del nacionalismo religioso, aunque no hacían grandes sacrificios por defender tal convicción. Sabían distinguir, según sus conveniencias, entre el "hombre de partido" y el "hombre privado". En esto les imitaban también los otros dos partidos: el de los llamados herodianos, que deseaban un príncipe de la casa de Herodes como rey o, por lo menos, como gobernador, y el partido de los saduceos, que sentían gran entusiasmo por las costumbres occidentales. Todos estos partidos estaban ahora acordes en que había que acabar con Jesús de Nazaret.

Y así, le enviaron una delegación compuesta de fariseos y herodianos, quienes, coincidiendo en andar todos contra Cristo, se hicieron pasar por gente que venía a tratar un negocio personal y que buscaban a Jesús como último recurso contra un mundo lleno de aduladores e hipócritas. Después de los saludos, inclinaciones y gestos, que nunca faltan en Oriente y que suelen ser tanto más expresivos cuando menos responden a los sentimientos interiores, se expresaron en estos términos: "Maestro, sabemos que eres veraz y que no atiendes a respetos humanos, porque no estimas a los hombres por la apariencia, sino que enseñas el camino de Dios, según verdad."

Esta estupenda y halagadora alabanza hubiera alentado a los más a dar una prueba de intrepidez en favor de sus autores en la primera ocasión que se presentara. Como el médico que después de unas preguntas corteses adentra de repente el bisturí, así éstos, después de una introducción hinchada y zalamera, hacen la pregunta sagazmente concebida:

“¿Es lícito dar tributo al César, o no? ¿Debemos pagarle, sí o no?”

Si Jesús dice que sí, se muestra traidor a Israel. Si dice que no, allí están los herodianos que le oyen, que están en buenas relaciones con el gobernador y pueden ir a él acusando al Salvador. Porque los romanos son un pueblo que se muestra tolerante en muchas cosas, pero son muy susceptibles en cuestiones de tributos. Y tratándose de un galileo, aún eran más desconfiados. Pues ya una vez había provocado huelga de tributos un galileo llamado Judas.

El pueblo suele hablar mucho de los tributos en sus conversaciones.

Cuéntase de un rabino que no miró nunca en toda su vida la imagen del César en las monedas del tributo, por la repugnancia que sentía contra las tributaciones a los romanos. Han puesto, pues, una introducción aduladora para obtener una respuesta comprometedora. El rabino Jesús debía declarar que estaba prohibido pagar tributo al César.

¡Sí o no!

Con un aire de triunfo miran a Jesús. Pero, ¿cómo permanece tan tranquilo? ¿Es que quizá no tiene idea de toda la capciosidad de la pregunta?

Con cierto descuido, como preguntando algo que no tuviera importancia, y a la vez con una seguridad que les intranquiliza, les pregunta Jesús:

“¿A qué me tentáis? Traedme acá un denario para verlo.”

Ellos se lo entregaron, y Él les dijo:

“¿De quién es la imagen y la inscripción?”

“Del César” —responden.

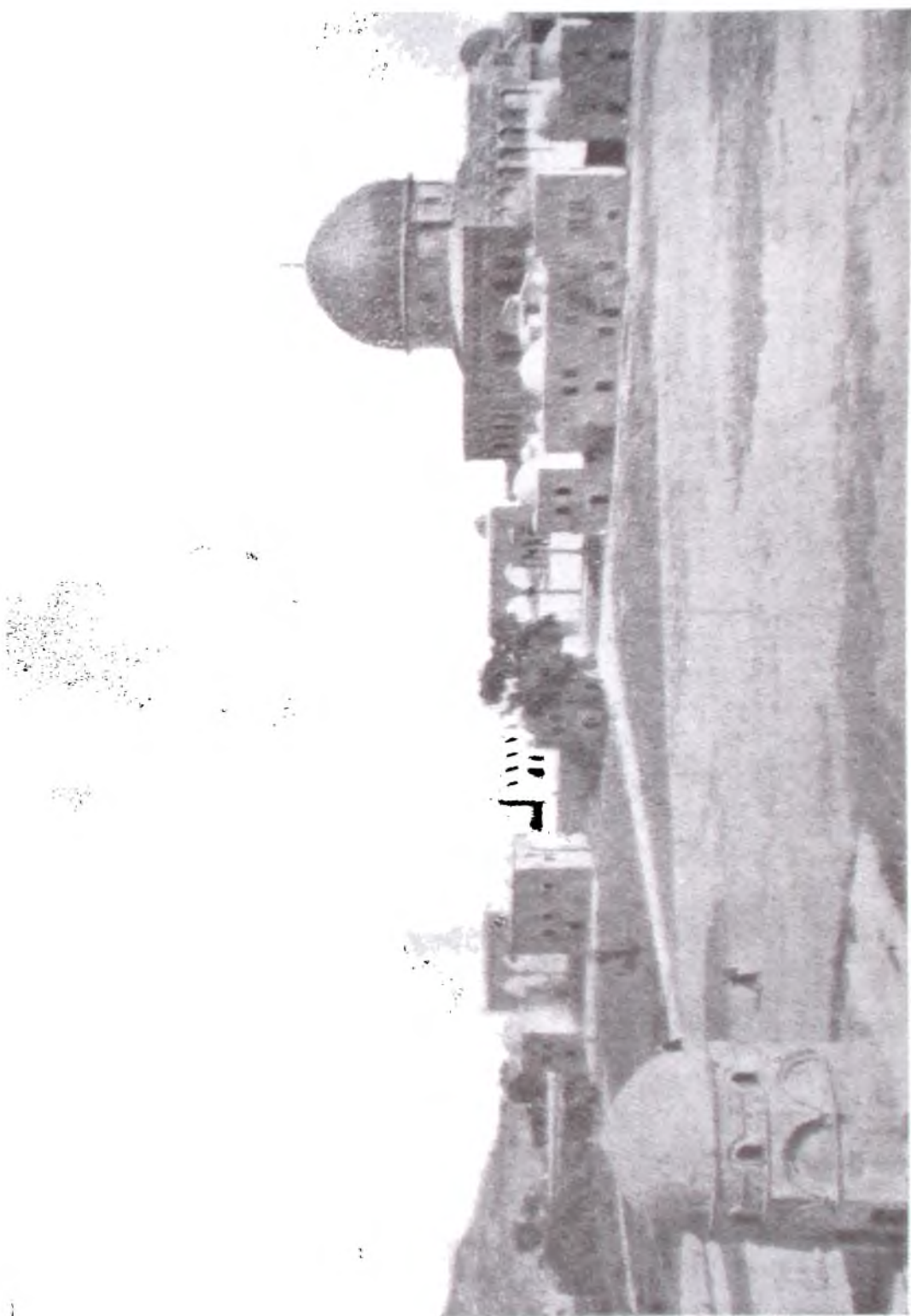
Ya está todo resuelto.

“Dad, pues, al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios.”

Jesús les devuelve el denario. ¿Qué pueden decir? Ellos mismos han sacado del cinto la moneda romana, y con eso han demostrado que usaban esas monedas. Con ello han dado testimonio al mismo tiempo de que reconocen al emperador romano como verdadero señor del país. Ya entonces se tenía por monopolio de los dominadores de la región el poder acuñar monedas. Los sagaces romanos habían introducido la siguiente distinción: la calderilla podía ser acuñada por los soberanos naturales del país; pero las monedas

VISTA DE LA PLAZA DEL TEMPLO Y DE LA MEZQUITA DE OMAR, TOMADA DESDE EL ATRIO DEL CUARTEL TURCO

El cuartel turco fué edificado en el mismo sitio donde se levantaba en tiempo de Cristo la fortaleza Antonia. Ésta, como edificio, era mucho mayor que el templo propiamente tal, aunque no era tan magnífica. Desde aquí había gradas que bajaban hasta la plaza del Templo, por las cuales se permitía bajar a los soldados. Las sublevaciones políticas tenían origen, las más de las veces, en las grandes fiestas principales judías. La cúpula de la magnífica mezquita de Omar se levanta en el sitio donde estaba en tiempo de Cristo el gran altar de los holocaustos. Aún se ven claramente en su interior la piedra y un desagüe para la sangre de las víctimas. A la izquierda campea aún la cúpula de la mezquita Aksa. Por entre los tres arcos se ve aún la mitad sur de la enorme plaza. En tiempo de Jesús había edificados peristilos junto a los muros que rodeaban la plaza, que eran un resguardo contra el calor del verano y contra las lluvias. En la fiesta de la Dedicación del Templo se detuvo Jesús en uno de esos peristilos. Debían de hacer una impresión algo así como los arcos murales en esta fotografía. A izquierda de éstos se halla la puerta áurea, que en tiempo de Cristo era, en cierto modo, una puerta litúrgica, pues no la podían utilizar más que los sacerdotes



grandes de plata, "de ley internacional", como se las podría llamar, eran del monopolio de Roma y llevaban la imagen del César. En las monedas de cobre era costumbre poner sólo figuras de los reinos animal y vegetal, como se ha hecho hasta los últimos tiempos en los sellos y monedas de los países mahometanos. Los espías quedaron como niños a quienes se les ha quitado un objeto de las manos con un ligero golpe. A buen seguro que alrededor resonó una sonora carcajada como primer efecto de esta solución.

Los que se burlaban de la resurrección

Y vinieron a Él los *saduceos*, que dicen no haber resurrección, y le preguntaron diciendo: "Maestro, Moisés nos dejó escrito que si muriere el hermano de alguno y dejare mujer y no tuviere hijos, que tome su hermano la mujer de él y que suscite descendencia a su hermano. Pues eran siete hermanos, y el mayor tomó mujer y murió sin dejar familia. El segundo la tomó y murió también sin dejar hijos, y el tercero, de la misma manera. Y los siete la tomaron y no dejaron prole; y después de todos murió también la mujer. En la resurrección, pues, cuando resuciten, ¿de cuál de ellos será mujer? Porque los siete la tuvieron por mujer." (Marc., XII, 18-27; Mat., XXII, 23-33; Luc., XX, 27-40.)

El partido contrario de los fariseos eran los *saduceos*: a él pertenecían casi exclusivamente los que, teniendo una fortuna asegurada, libres de todo cuidado, tenían unas ansias locas de condescender con los poderes extranjeros y estaban persuadidos de haber acaparado para sí la verdadera cultura. De los escritos del Antiguo Testamento no admitían más que los libros de Moisés, en los que veían, como hombres superficiales, tocados de racionalismo y materialismo, una especie de paralelo con las epopeyas de los griegos, de las grandiosas leyendas de viajes de Homero y de la obra de Virgilio, que iba siendo conocida precisamente en aquellos tiempos. Había también entonces gentes que, a pesar de no tener, o precisamente porque no tenían religión, cultivaban con predilección la ciencia de las religiones comparadas.

Ellos habían barajado, como cartas de juego, las doctrinas de los libros de Moisés y las de los filósofos griegos, y habían hecho

de todo una selección. Según su sistema, no había la resurrección de los cuerpos; hablaban del más allá, a lo sumo, como de algo que llenaba el marco de la vida terrena. Mas si no hay resurrección personal, la vida después de la muerte es cosa de poca importancia; en todo caso, no hay que dejarse perturbar por esta clase de ideas en medio de las alegrías de este mundo. Y así, los saduceos, en oposición a los astutos, hipócritas y rígidos fariseos, pasaban por hombres vividores, de trato agradable y de ancha conciencia, y procuraban defender su doctrina más con “casos” chistosos, formulados graciosamente, que con verdaderas demostraciones. Las pruebas objetivas son siempre un tanto enojosas, porque presuponen que hay una verdad determinada y única.

Hasta entonces se habían alegrado de las derrotas que Jesús había infligido a los fariseos; pero ahora la cosa se presentaba bastante seria. Las buenas relaciones con Roma podían verse gravemente comprometidas por un hombre como Jesús.

En un estado de ánimo que es posible sólo en esta clase de personas, emprenden la lucha contra Jesús. Nada de política. Nada de cavilaciones de sentido profundo. Cosas fáciles y ligeras, comprensibles aun para los de poca cultura, y que se pueden narrar con placer mientras se saborea el añejo vino coronados de rosas. Los fariseos habían intentado ya con bastante frecuencia, aunque en vano, coger a Jesús con preguntas solemnes; ahora querían los saduceos reducirle a silencio con un chiste.

Apelando a Moisés empiezan de esta manera: “Maestro, Moisés nos dejó escrito que si muriese el hermano de alguno y dejare mujer, y no tuviere hijos, que tome su hermano la mujer de él y que cree descendencia a su hermano.”

Y ahora viene el caso:

Eran siete hermanos. El mayor tomó mujer y murió sin dejar hijos. Entonces —según el sentido de la Ley mosaica— el segundo la tomó por mujer; pero también éste murió sin dejar hijos. Para abreviar la historia: uno después de otro tomáronla todos por mujer, y los siete murieron sin hijos y, por fin, murió también la mujer.

“Si en verdad éstos resucitan, ¿a quién de ellos pertenecerá la mujer en la resurrección? Porque los siete estuvieron casados con ella.” Y ninguno tuvo hijos, que serían los que pudieran dar a uno el derecho sobre los demás.

Después se rieron por lo bajo. ¿Qué va a responder Jesús?

Pero toda la burla quedó deshecha por sí misma. Jesús, en su respuesta, no va al chiste, sino a las falsas concepciones de los que lo cuentan. La primera frase que pronuncia ante aquellos hombres que se creen muy prudentes es una alusión a la limitación de sus conocimientos religiosos.

“¿No veis que erráis, porque no comprendéis las Escrituras ni la virtud de Dios? Porque cuando resuciten de entre los muertos, ni se casarán, ni podrán morir, sino que serán como los ángeles en el cielo.”

Jesús les echa en cara su ignorancia. No tienen idea de la virtud de Dios. Dios puede hacer al cuerpo débil del hombre, participante, en el más alto grado, de las cualidades del alma. Y el número de almas que Dios quiere crear estará completo al fin del mundo; por eso después de la resurrección no habrá ya procreación de hombres ni los instintos correspondientes.

“Y sobre que los muertos resucitan, ¿no habéis leído en el libro de Moisés cómo Dios le habló en la zarza diciendo: Yo soy el Dios de Abraham, y el Dios de Isaac, y el Dios de Jacob? No es, pues, Dios de muertos, sino de vivos.”

Los saduceos habían querido apoyar sus opiniones en el libro de Moisés. Sus adversarios, los fariseos, no habían sabido demostrar a los saduceos la resurrección sirviéndose de esos mismos libros; pero Jesús supo refutarlos con esos libros.

Dios había dicho expresamente a Moisés: “Yo soy el Dios de Abraham, el Dios de Isaac y el Dios de Jacob.” Ahora bien, estos patriarcas habían muerto ya mucho tiempo antes de que escribiese esto Moisés. Por consiguiente, si no hubiera almas inmortales ni resurrección, Dios se hubiera declarado con esas palabras como un Dios de muertos. Pero éste no podía ser el sentido de las palabras de Dios.

Algunos aprobaron públicamente a Jesús: “Maestro, has respondido bien.”

El Mesías, Señor de David

Estando reunidos los fariseos alrededor de Jesús, les preguntó: “¿Qué os parece del Cristo? ¿De quién es hijo?” (Mat., XXII, 41-46; Marc., XII, 35-37; Luc., XX, 41-44.)

Jesús intenta, por última vez, ganarse a los fariseos, y para eso quiere insinuarles esta idea: aún hay otros muchos pasajes de la Escritura cuyo alcance les es desconocido. Los doctores de la Ley, creyendo haber investigado ya todas las Escrituras, van haciendo ostentación del conocimiento que de ellas tienen, cuando en realidad son para ellos como cofres cerrados.

Jesús comienza con una pregunta que parece del todo simplista y a la que sabría responder cualquier vendedor de melones:

“¿Qué os parece del Cristo? ¿De quién es hijo?” Y le dicen: “De David.”

“Pues ¿cómo David en espíritu le llama Señor cuando dice: Dijo el Señor a mi Señor: Siéntate a mi diestra hasta que ponga a tus enemigos por peana de tus pies? Pues si David le llama Señor, ¿cómo puede ser su hijo?”

Jesús ha citado un pasaje de la Escritura muy explotado por los que querían hacer derivar de la Sagrada Escritura los ensueños del reino terrenal del Mesías. Según ese pasaje, el Mesías es el descendiente de David que vence a todos los enemigos. “Poner los enemigos por escabel de sus pies” es una imagen para expresar el completo sometimiento. Los príncipes vencidos son llevados delante y el vencedor pone el pie sobre su cerviz. Esta escena se ve representada en una de las muchas y preciosas peanas del tesoro de Tut-Enchamon, que se conservan en el Museo de El Cairo.

Pero hay en este pasaje algo que se pasa por alto: David, iluminado por el Espíritu, habla al Mesías como a su Señor. Ningún oriental puede imaginarse a un ascendiente que considere a un descendiente famoso como a su señor. No pueden imaginarse a un ascendiente que ve en espíritu a su descendencia si no es en la actitud que toma un padre ante sus hijos. Los descendientes mismos tienen que hablar al ascendiente como a señor. Pues si David, el gran rey, llama al Mesías su Señor, señal es que éste no es simplemente un descendiente del rey —eso lo establece Jesús como

una verdad inconcusa y lo confirma inmediatamente—, sino que debe de ser su señor y estar sobre él, aun en aquel tiempo en que todavía no era hijo suyo. Con delicadeza, para no exacerbarles de nuevo, insiste Jesús en que la Escritura misma llama al Mesías no solamente Hijo de David, sino también Hijo de Dios.

Sin ruido, taciturnos y sin saludo ninguno, como cuando Jesús se les acercó, retíranse ahora de Él los fariseos.

Las conminaciones del vencedor en el templo. Los fariseos, seductores del pueblo

(Mat., cap. XXIII; Marc., XII, 37-40; Luc., XX, 45-47.)

Jesús se halla en una situación semejante a aquella en que se encontró en otro tiempo estando en Galilea. Los fariseos que intentan levantar barreras entre Él y el pueblo han desaparecido. Jesús no se regocija en su triunfo. La compasión hacia el pobre pueblo embarga su corazón. El último discurso que fluye a raudales de sus labios, inspirado por su amor, que se desborda a torrentes, es el paralelo de su primera y grandiosa alocución, pronunciada en Galilea, es decir, del sermón de la montaña.

“Bienaventurados los pobres de espíritu. Guardaos de los falsos profetas” había dicho Él entonces. Y en un final solemne había puesto a Israel en la disyuntiva de escoger entre Él y los fariseos.

Los jefes del pueblo, los fariseos, se han puesto resueltamente contra Él. Jesús, en una peroración apasionadamente conmovedora, recomienda a las gentes que no se asocien a tales jefes. Pues se han declarado, contra derecho, redentores del pueblo. Ley y fariseos son dos cosas diferentes. Jesús empieza ahora por aquello que ya había inculcado en el sermón de la montaña.

“En la cátedra de Moisés se sentaron los escribas y los fariseos. Guardad, pues, y haced todo lo que os dijeren; pero no hagáis según las obras de ellos; porque dicen y no hacen. Pues atan cargas pesadas e insoportables y las ponen sobre los hombros de los hombres; pero ellos ni aun con un dedo las quieren mover.”

La imagen de las cargas insoportables está llena de realismo oriental. He aquí, en efecto, lo que hace un jefe de caravanas: con

su propia mano ata con cuerdas y más cuerdas sus mercancías. ¡Venga ahora eso, y aquello, y lo de más allá! Pero en cuanto está todo listo, llama a los empleados. ¡Aquí! Ahora que lo transporten los otros.

Pero no. También ellos hacen algo. Es verdad, pero sólo cosas que no dan trabajo y, sin embargo, dan tono y hacen buena impresión. "Hacen todas sus obras, por ser visto de los hombres; por eso ensanchan sus filacterias y alargan las franjas de sus mantos; aman los primeros puestos en las cenas y las primeras sillas en las sinagogas; les gustan los saludos en la plaza y ser llamados por los hombres: Rabí."

Con largas vestiduras, caminan despacio y majestuosamente. Eso lo sabe hacer especialmente un oriental que lleva, por ejemplo, un precioso manto. También la vestidura de Jesús tenía franjas con adornos, pues estaban prescritos por la Ley. En cambio, las filacterias o toras con ciertas preces que ensortijaban los judíos alrededor de los dedos, pertenecían al ceremonial que no estaba propiamente prescrito.

Volviéndose Jesús a los discípulos prosigue:

"Pero vosotros no queráis ser llamados rabís, porque uno solo es vuestro Maestro y vosotros todos sois hermanos.

"A nadie llaméis padre vuestro en la tierra, porque uno solo es vuestro Padre, que está en los cielos. No os llaméis maestros, porque uno es vuestro Maestro: el Cristo. El que es mayor entre vosotros será vuestro siervo; porque el que se ensalzare, será humillado, y el que se humillare, será ensalzado."

Por vez primera en toda su vida se llama Jesús a sí mismo "Mesías". Porque este título ya no puede inducir a error.

Siete veces empieza Jesús con la frase: "¡Ay de vosotros!", dirigiéndose a los hipócritas escribas y fariseos. En la introducción pone ante los ojos del pueblo, con rasgos expresivos, la hipocresía de la vida que llevan. Ahora, poniendo de relieve algunos casos e imágenes adecuadas a la manera de pensar del pueblo, describe los daños que causa su fingimiento, por ser ellos al mismo tiempo los jefes de Israel.

"¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas!, porque cerráis el reino de los cielos a los hombres; pues ni vosotros entráis ni dejáis entrar a los que entrarían."

"¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas!, que rodeáis

el mar y la tierra por hacer un prosélito, y, después de haberlo hecho, le hacéis dos veces más digno del infierno que vosotros.”

“¡Ay de vosotros, guías ciegos!, que decís: jurar por el templo no vale nada; mas jurar por el oro del templo vale. ¡Necios y ciegos! ¿Qué es mayor, el oro o el templo que santifica el oro? Y decís: jurar por el altar no vale, pero sí jurar por la ofrenda, que está sobre él. ¡Ciegos! ¿Qué es mayor, la ofrenda o el altar que santifica la ofrenda? Por tanto, aquel que jura por el altar, jura por él y por todas las cosas que están sobre él. Y quien jura por el templo, jura por él y por el que mora en él. Y el que jura por el cielo, jura por el trono de Dios y por el que está sentado en él.”

El afán de dominio seduce a los fariseos a reservarse para sí solos el derecho de explicar la Ley, introduciendo toda clase de sutiles distinciones. Pero, en realidad, con tales interpretaciones destruyen todo respeto debido a Dios.

“¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas!, que dais diezmo por la hierbabuena y el eneldo y el comino, y habéis dejado las cosas más importantes de la Ley: la justicia, y la misericordia, y la fe. Era menester hacer esto sin dejar lo otro. ¡Guías ciegos!, que coláis el mosquito y os tragáis el camello.”

Mientras la Ley no prescribía el diezmo más que para el vino, el aceite y el grano y para las plantas cultivadas en grande, que son los verdaderos alimentos, alardean los fariseos de dar también el diezmo de las especias, de la hierbabuena —que corresponde en su empleo al de nuestro perejil—, del eneldo y del comino. El diezmo era destinado a ser primariamente un don para los levitas y para los pobres. Era, pues, un don que nacía del amor de Dios y del prójimo. Los fariseos no tienen ni amor de Dios ni del prójimo, ni justicia, ni misericordia, que son las que mueven a hacer los dones. Los fariseos consideraban como título de gloria de su partido el haber logrado la observancia de las prescripciones de los diezmos. Pero Jesús les echa en cara que, a pesar de todo eso, no tienen amor de Dios ni de los pobres.

Camellos y mosquitos eran tenidos por animales legalmente impuros. Al hablar Jesús de la impureza legal muestra la predilección del oriental por hacer derivar de una palabra fundamental diversas ideas. Aquí la palabra central es “impureza”.

“¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas!, que limpiáis

TERRAZA DE CULTIVO CON ATALAYA

En tiempo de Cristo se plantaban juntas higueras y vides. Ahora, como el vino está prohibido a los mahometanos, se utilizan esas mismas terrazas con frecuencia como campos; a veces se hallan aún cepas, y casi nunca faltan higueras. En verano toda la familia se va al campo y vive principalmente de uvas e higos. Este es el tiempo hermoso en Palestina; en esta estación hay que pensar cuando ya en el Antiguo Testamento se habla de "sentarse bajo la higuera y la parra". La fotografía muestra dos higueras en un campo blanco gris, ya cosechado. Los campos están ahogados por los cardos recubiertos de polvo. Arriba, a la izquierda, un frondoso olivo.

VISTA DE JERUSALEN TOMADA DESDE LA PENDIENTE DEL MONTE DE LOS OLIVOS

En el punto donde se ve por primera vez Jerusalén cuando se viene de Jericó por el monte de los Olivos, parábanse los peregrinos, sacaban las flautas, preparaban los timbales y entonaban cantos de júbilo y salmos de alegría. En ese mismo lugar lloró Jesús sobre Jerusalén: "Si al menos hubieras conocido..." La plaza del Templo se extiende desde el extremo derecho de la fotografía hasta donde señala en la parte izquierda la rama inferior del árbol; ocupa la sexta parte de la ciudad de Jerusalén. En el centro se yergue la cúpula de la mezquita de Omar, en un contraluz. Las polvorientas superficies de la plaza están iluminadas por el sol poniente y brillan ofusadoras. Desde aquí, desde el monte de los Olivos, contempló Jesús la ciudad, en su entrada triunfal, al sol naciente; y después de su despedida del templo, a la luz vespertina.



lo de fuera del vaso y del plato y por dentro estáis llenos de rapiña e inmundicia. ¡Fariseo ciego!, limpia primero lo interior del vaso y del plato, para que sea limpio lo que está fuera.”

Los fariseos son tan escrupulosos en observar la limpieza legal exterior, que para conservarla no tratan con la “gente ordinaria”.

Y aún hay algo más grave:

“¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas!, que sois semejantes a los sepulcros enjalbegados, que parecen de fuera hermosos a los hombres y dentro están llenos de huesos de muertos y de toda suciedad. Así también vosotros, de fuera os mostráis, en verdad, justos a los hombres, mas por dentro estáis henchidos de hipocresía y de iniquidad.”

Aun hoy día los monumentos sepulcrales blanqueados, con sus cúpulas redondeadas, constituyen los ornatos más bellos del paisaje de Palestina. Sus curvas convexas, de un blanco ofuscador, parecen reproducir la bóveda celeste, casi siempre sin nubes, en un pequeño cielo sobre la tierra. Antes de Pascua, que es cuando el Señor decía estas palabras, se blanqueaban muchas veces los sepulcros, con lo que se lograba que resaltaran más. También hoy suelen enjalbegar los judíos de Jerusalén los sepulcros antes de Pascua.

Una nueva exclamación de dolor relacionada con la anterior por la idea de la impureza. Los fariseos mismos son declarados ahora como “los impuros”. Jesús habla de aquella especie de impureza en la que coinciden las prescripciones legales y los sentimientos naturales de los hombres, o sea de la impureza de los sepulcros. En la interpretación de la imagen está el punto culminante de todo el discurso, pues Jesús culpa con ella de “ilegalidad” a los “custodios de la Ley”.

Al mismo tiempo hay un cambio inesperado, acomodado a la manera oriental; de repente cambia Jesús de perspectiva, pasando a lo presente y a lo futuro. En los fariseos ha alcanzado el punto culminante la irreligiosidad, no la piedad de Israel.

“¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas!, que edificáis los sepulcros de los profetas y adornáis los monumentos de los justos y luego decís: Si hubiéramos vivido en los días de nuestros padres no hubiéramos sido sus cómplices en la sangre de los profetas, dándoos así testimonio a vosotros mismos de que sois hijos de aquellos que mataron a los profetas. Y sois vosotros los que

lleváis la medida de vuestros padres. Serpientes, raza de víboras, ¿cómo huiréis de la eterna condenación? Por eso, he aquí que yo os envío profetas y sabios y doctores, y de ellos mataréis y crucificaréis, y de ellos azotaréis en vuestras sinagogas y perseguiréis de ciudad en ciudad; para que venga sobre vosotros toda la sangre inocente que se ha vertido sobre la tierra, desde la sangre de Abel, el justo, hasta la sangre de Zacarías, hijo de Baraquías, al cual matasteis entre el templo y el altar.”

Vosotros os cargaréis con una deuda de sangre tan grande, que todos los otros crímenes desaparecerán en su comparación; pero también os alcanzará un castigo tal, que los incluya y los supere a todos.

“En verdad os digo que todas estas cosas vendrán sobre esta generación.”

Jesús no menciona aquí con palabras su propia muerte, a cuyo encuentro irá pronto; pero habla de la persecución de sus futuros mensajeros, que enviará a los judíos, y del juicio que amenaza al pueblo y al país, porque permanecerán empedernidos aun después de la revelación de su poder en la resurrección. Tácitamente supone, pues, su pasión y su resurrección.

Estando de pie a la vista del templo y extendiendo las manos hacia él, prorrumpe Jesús en la última y más sentida lamentación sobre el porvenir de la ciudad. Pone como imagen de su solícito amor la comparación de la gallina que guarda a sus polluelos. Esta imagen se emplea todavía mucho en Oriente. En un canto llámanse los trabajadores polluelos de su dueño.

“¡Jerusalén! ¡Jerusalén!, que matas a los profetas y apedreas a los que son enviados a ti, ¿cuántas veces quise recoger a tus hijos como la gallina recoge sus polluelos debajo de las alas, y no quisiste? He aquí que quedará desierta vuestra casa; porque os digo que desde ahora no me veréis hasta que digáis: Bendito el que viene en el nombre del Señor.”

Esta fué la despedida del templo y del pueblo de Israel. Escena esta que debió de hacer sobre los Apóstoles una impresión deprimente. El Maestro divino no tuvo ninguna dificultad en decir todo eso contra los prepotentes fariseos.

Jesús después de la revocación de la antigua alianza

La despedida del templo

Al salir del templo dijo a Jesús uno de sus discipulos: "Maestro, ¡mira qué piedras y qué fábrica!" Jesús les respondió: "¿Ves todos estos grandes edificios? No quedará piedra sobre piedra que no sea derribada." (Marc., XIII, 1-2; Mat., XXIV, 1-2; Luc., XXI, 5-6.)

Una tarde en la plaza del templo. Los altos peristilos contruidos junto a los murallones circundantes al oeste de la plaza del templo, proyectan sus sombras sobre las limpias y reseca lasas, calientes aún por el calor del sol; el sol mismo, sobre la línea horizontal de las crestas del Oeste, está nimbado de un halo de áurea luz que ilumina las nubes formadas por el polvo de los caminos con un resplandor dorado. Al Este, bajo el cielo ceniciento, pero todavía azul de la tarde, divisanse, desde ciertos sitios de la plaza, los terraplenes del monte del Olivar, con sus hileras de olivos y sus crestas rocosas; hacia el Sudeste, en la dirección del valle Cedrón, que se abre por aquella parte, se ven las montañas de Moab; ondas de vapor surgen allí del abismo ardiente del mar Muerto y se posan como franjas grises, semejantes a sombras de nubes, sobre las faldas de montes abruptos sin vegetación.

Con gran facilidad cambian los colores. El manto púrpura y violeta se corre del Este sobre el cielo, denso y cerrado. Mientras a la cruda luz del día se destaca el perfil de los edificios en un centelleo de blancura deslumbrante, se presenta a esta hora a las miradas del espectador bajo una magnificencia de coloridos. Las paredes de piedra parecen translúcidas penetradas por la luz, y la gama de los

tintes de colores que van tomando las masas se escalonan desde el oro pálido luminoso hasta las sombras violáceas. Las junturas entre las diversas piedras resaltan como finísimos encajes.

Al atardecer de este último día fué cuando Jesús salió del templo. Esta «salida» no se hacía caminando solamente algunos pasos. Primero se llegaba al atrio de las mujeres; después, por una puerta, al pórtico exterior; de allí había que cruzar toda la plaza hacia el Sur o hacia el Norte, hasta que se llegaba a una de las puertas que conducían a la ciudad a través de los muros circundantes. Las puertas se cerraban al ponerse el sol.

Los Apóstoles, espantados por las palabras proféticas de la desolación del templo, al salir contemplaron con más detenimiento aquellas gigantescas construcciones. Algunas piedras eran por sí solas tan grandes como sus chozas de Galilea.

En el templo habían guardado silencio; ahora parecía como si quisieran reanudar la comunicación con Jesús cuando uno le dijo: “Maestro, mira qué piedras y qué fábrica.” Hoy mismo, cualquiera que contemple los últimos bloques del antiguo edificio del templo aún existentes prorrumpe en la misma exclamación de los discípulos. Aun al técnico moderno le daría que pensar si se le encargara el transporte de aquellos bloques. Cuánto más debieron de impresionarse entonces los Apóstoles cuando Jesús, deteniendo el paso, contesta al que le habló: “¿Ves todos estos grandes edificios? No quedará piedra sobre piedra que no sea derribada.”

Los Apóstoles están como aturridos. El templo no sólo pasará, sino que quedará arrasado para siempre. Esto significa para ellos tanto como la ruina del mundo.

Mudos bajan con Jesús al valle Cedrón y luego suben al monte de los Olivos, que está de la otra parte. Entre olivos de color gris argénteo, que ahora en el atardecer relucen sanguinolentos, llegan al lugar donde Jesús, pocos días antes, había llorado sobre la ciudad. Entonces había resplandecido para ellos el templo a la luz del sol de la mañana, iluminado a contraluz, como si acabara de surgir de las tinieblas de la noche. Ahora el sol tramontaba las cumbres del Oeste.

Profecía sobre la destrucción del templo

Y estando sentado en el monte del Olivar, de cara al templo, le preguntaron aparte Pedro y Santiago y Juan y Andrés: "Dinos cuándo serán estas cosas y qué señal habrá cuando todas ellas comiencen a cumplirse." (Marcos, XIII, 3-18; Mat., XXIV, 3-25; Luc., XXI, 7-24.)

Jesús estaba sentado con los discípulos. Parecía como si no se pudiera separar del santuario. Entonces le preguntaron los discípulos de más confianza, como en nombre de todos:

"Dinos, ¿cuándo será eso —pues no se atreven a repetir las terribles palabras— y qué señal habrá cuando estas cosas comiencen a cumplirse?"

Los discípulos habían hecho la pregunta en aquel estado de alma misterioso en que está la gente sencilla cuando espera o teme grandes acontecimientos; es decir, en una excitación extraordinaria; más ansiosos por la verdad de la predicción que preocupados por su buena o mala suerte.

Jesús aprovechó esa ocasión propicia para darles instrucciones para lo futuro. Ya se había despedido del pueblo de Israel; ahora da a entender a los discípulos que en lo venidero la vida de sus discípulos se había de distinguir de la del pueblo empedernido. Después de la muerte del verdadero Mesías se presentarían los falsos; vendrían tiempos turbulentos; pero nada de eso debía inquietarlos, pues éstos no serían aún los días malos por antonomasia, sino tan sólo sus mensajeros.

"Guardaos que nadie os engañe. Porque muchos vendrán en mi nombre y dirán: "Yo soy (el Mesías), y engañarán a muchos. Mas cuando oyereis hablar de guerras y de rumores de guerras, no temáis; porque conviene que así suceda, pero aún no es el fin. Porque se levantará gente contra gente y reino contra reino y habrá terremotos en diversas regiones y hambres. Esto será el principio de los dolores."

Personalmente podían estar libres de cuidado por esas cosas; a ellos les aguardaban otras tribulaciones, pues tendrían que dar testimonio de Cristo y había que estar sobre sí para no ser traidor al Señor por miedo o villanía.

“Mas estad sobre vosotros mismos, porque os entregarán a los tribunales, y seréis azotados en las sinagogas, y compareceréis ante los presidentes y reyes por mi causa, para dar testimonio delante de ellos. Pero antes conviene que sea predicado el Evangelio a todas las gentes.”

¡Cuánto no debieron de espantar todas esas palabras a los pescadores de Galilea! No temían, es verdad, cuando se trataba de ir contra sus iguales o contra una fuerza de la Naturaleza; pero tenían un grande horror a las autoridades. Por eso quedaron intranquilos ya desde el principio. Jesús los consuela:

“Cuando os llevaren ante los tribunales no os preocupéis de lo que habéis de hablar, sino decid lo que se os ocurriere en aquella hora, que no sois vosotros los que habláis, sino el Espíritu Santo. El hermano entregará al hermano a la muerte, y el padre al hijo, y los hijos se levantarán contra los padres y los matarán, y seréis aborrecidos de todos por mi nombre; mas el que perseverare hasta el fin, éste será salvo.”

Todo esto no habría de suceder inmediatamente unas cosas tras otras, sino que primero ellos dejarían su propio país y se esparcerían por todo el mundo. Y entonces vendría el tiempo en que los que permanecieran fieles a Cristo tendrían que estar atentos para no ser arrastrados en la gran apostasía.

Cuando Jesús empieza a hablar de la destrucción de Jerusalén se van haciendo sus expresiones más precisas y concretas y ajustadas al pueblo judío.

“Mas en cuanto viereis la abominación de la desolación estar donde no debe —que aquel que lea, comprenda—; entonces los que estén en Judea huyan a los montes.”

En tiempo de guerra se suele reunir la gente en las ciudades fortificadas; pero en esta ocasión habrá que huir al desierto o a la alta meseta del valle Este del Jordán. “Y el que esté en el terrado no descienda a la casa, ni entre a tomar alguna cosa de su casa.” El terrado en muchas casas de Judea da precisamente a la ladera del monte, o tiene una escalera exterior. En las ciudades se puede pasar de un terrado a otro por los antepechos. Por ahí, por ser los caminos más cortos, tendrían que huir en aquellos días. “El que estuviere en el campo, no vuelva atrás a tomar su manto.” En el campo se llevaba sólo un vestido de lino; pero para la noche era imprescindible un manto. Una vez que se habían aprestado los

enemigos al cerco de Jerusalén, había que huir aprisa, aun sin tomar el manto. "Ay de las mujeres encinta y de las que criaren en aquellos días", pues mientras otros han de huir sin manto y sin baje para salvarse, estas pobres no podrán huir. En medio de la descripción del castigo se revela la profunda compasión de Jesús. También más tarde, en la calle de la Amargura, piensa el Señor en las madres al hablar de un castigo semejante.

"Rogad, pues, que no sean estas cosas en invierno." El sitio de Jerusalén empezó en abril. El tiempo de la huida cayó en las semanas de las lluvias tardías; época en que es imposible pasar las noches al aire libre; muchos caminos se convierten en torrentes arrebatados; otros, en sucios barrizales. Una lluvia ordinaria desalienta a los orientales tanto como una granizada.

Jesús había hablado hasta aquí de los antecedentes de la destrucción de Jerusalén, naturalmente no con frialdad de escuela, sino mostrando grande interés por la fortuna que tendrían que correr sus discípulos; aquí interrumpe Jesús su discurso. Según el orden de las ideas, parece que tenía que haber seguido aquí la descripción de la destrucción de Jerusalén, pero Jesús la pasa por alto. Tal vez porque pocos días antes la había ya descrito, junto a ese mismo monte, hablando del cerco, de la toma y de la destrucción de la ciudad. Los discípulos debían de tener aún presentes las palabras de entonces, y así la descripción se completaba en su mente como por sí mismo. Este discurso tenía, pues, para ellos una conexión con lo dicho anteriormente más perceptible que para nosotros, que no estamos ya tan en medio de los sucesos para poder relacionar tan fácilmente unos sucesos con otros.

Profecía del fin del mundo

Las señales precursoras

Porque aquellos días habrá tales tribulaciones cuales no fueron desde el principio de las criaturas que ~~hizo~~ ^{hizo} Dios hasta ahora, ni las habrá nunca tales. (Marc., XIII, 19-21.)

No se puede decir que Jesús indujo a error a sus discípulos con las descripciones de la destrucción de Jerusalén y del fin del mundo por sucederse una a otra inmediatamente o porque se entrelacen entre sí; Jesús mismo vió delante de sí estos dos aconteci-

mientos entrelazados en cierto modo uno con otro. Si Él hubiera sido recibido con fe en su primera venida, no hubiera tenido lugar la destrucción de Jerusalén ni, por consiguiente, tampoco la segunda venida del juicio, tal como tendrá un día lugar. Sus propias palabras, pronunciadas en el templo, dieron ocasión a que los discípulos le preguntaran en el monte de los Olivos; Él mismo habló entonces en un mismo pasaje del fin del mundo y de la destrucción del templo: "Vuestra casa os quedará desierta. Desde ahora no me veréis hasta que digáis: Bendito el que viene en el nombre del Señor." Jesús se halla en un estado de alma en el cual toda la historia del mundo está en función de esos dos acontecimientos: su primera y su segunda venida.

Jesús empezó a describir las señales precursoras de su segunda venida al fin del mundo:

"Aquellos días serán las tribulaciones tales cuales no fueron desde el principio de las criaturas que hizo Dios hasta ahora, ni habrá otras iguales. Y si el Señor no abreviara aquellos días, no se salvaría carne alguna. Mas por amor de los escogidos, que se eligió, abreviará aquellos días."

Otra vez aparecen los falsos profetas: "Y si entonces alguno os dijere: He aquí el Cristo, o helo allí, no lo creáis. Porque se levantarán falsos Cristos, y falsos profetas, y harán señales y portentos para seducir, si puede ser, aun a los escogidos. Estad, pues, sobre aviso; he aquí que todo os lo dije de antemano."

La señal precursora de la destrucción de Jerusalén era la insurrección de Israel, que provocaría el avance de los romanos; el presagio del fin del mundo era la rebelión de toda la Naturaleza.

"En aquellos días, después de aquella tribulación, se oscurecerá el sol, y la luna no dará su resplandor, y caerán las estrellas del cielo, y se moverán las virtudes que están en los cielos."

Estas palabras sonaban en los oídos de los discípulos de muy diversa manera de como suenan en los naturales de países nebulosos; porque aquéllos vivían en un país donde el sol luce un día tras otro y meses enteros, en un cielo sin nubes, donde se observa la luna en sus cuartos crecientes y menguantes, siendo la base de su calendario, y donde las estrellas brillan con una claridad mucho mayor. En parte poéticamente; en parte, más de lo que nosotros creemos, por cierta intuición de la realidad misma, se atribula ese orden concertado de estrellas y estaciones que aparecen y desapa-

recen, a un orden misterioso de fuerzas celestes, mediante las cuales se mantiene todo el Universo en equilibrio. Este orden será turbado un día. La idea que del Universo tiene el hombre sencillo de Palestina supone aún las concepciones antiguas. Los fenómenos meteorológicos se atribuyen al Universo, tomando esa palabra en el sentido de un orden de fuerzas cósmicas; así, según ellos, el "mundo" llueve, truena, relampaguea.

Así como la descripción de la caída de Jerusalén se corta con la amonestación de la huída, así se cierra la descripción del fin del mundo con la alusión a la venida del Hijo del Hombre.

"Entonces verán al Hijo del Hombre, que vendrá en las nubes con gran poder y gloria; y enviará sus ángeles y juntará a sus escogidos de los cuatro vientos, desde un extremo de la tierra hasta el otro extremo del cielo."

Y nos revelan los tiempos en que se tendrán los dos juicios.

En la destrucción de Jerusalén podían y debían ponerse a salvo con la huída los que creían en el Señor. Por eso profetizó el momento en que había que emprender la huída, pero no precisó propiamente el momento de la destrucción con relación al tiempo en que Él la profetizaba.

"Aprended de la higuera. Cuando sus ramos están ya tiernos y brotan las hojas, conocéis que está cerca el estío. Así también, cuando viereis que suceden estas cosas, entended que eso está cerca, a las puertas. En verdad os digo que no pasará esta generación sin que todo eso sea cumplido. El cielo y la tierra pasarán; pero mis palabras no pasarán.»

Los hombres de aquellos días presenciaron la destrucción de Jerusalén —y el tiempo entre el presagio y la realización fué muy corto—. Así sucede también con la higuera. Sus hojas gruesas y carnosas no comienzan a brotar hasta que el calor penetra la tierra. Esto indica en Palestina, donde no se conoce la primavera propiamente dicha, la proximidad inmediata de los ardores del verano.

En la destrucción de Jerusalén se podrían poner a salvo con la huída; por eso precisa Jesús el tiempo. Pero antes del juicio final nadie se puede poner a salvo con la fuga. La asignación exacta del tiempo del juicio final, como la dada para la destrucción de Jerusalén, hubiera satisfecho, es verdad, la curiosidad; pero no significaba nada para la salvación de las almas. Jesús dice clara-

mente que el día del juicio sólo el Padre lo conoce. "Mas de aquel día y de aquella hora nadie sabe, ni los ángeles del cielo, ni el Hijo, sino el Padre." No tocaba a la misión del Mesías comunicar estas cosas. Con ello da Él a entender que la destrucción de Jerusalén y el juicio final no son simultáneos.

El juicio final

Cuando venga el Hijo del Hombre en su majestad y todos los ángeles con Él, se sentará en el trono de su gloria. (Mat., XXV, 31-46.)

Rápidamente se ha inflamado y poco después ha desaparecido el arrebol del crepúsculo vespertino; por el tiempo que precede a la primera luna de primavera ni siquiera llega a obscurecer completamente; tan sólo llegan a perderse los colores de las cosas. La luz de la luna juega entre las ramas de olivos color gris plateado; alrededor de los troncos se ven las sombras, manchas negras como el carbón; las rocas calcáreas resplandecen con extraordinaria claridad; las cigarras y los grillos cantan en las ramas; los perros se despiertan en los alrededores de la ciudad, se ladran unos a otros y se juntan para vagar juntos por las calles.

Rara vez se presenta en la vida de Jesús un contraste tan fuerte entre el ambiente exterior y sus palabras, como en aquella noche junto al monte de los Olivos, enfrente del templo y de la ciudad.

Jesús reposa sobre una piedra, como un hombre cualquiera. La luz de la luna resbala por sus vestidos como por las rocas que hay a su alrededor, y sobre los olivos, que parecen desleírse en una niebla gris. Resbala también por el rostro de Jesús y le da una expresión impresionante.

En el silencio y abandono de la noche empieza a hablar del juicio final. Los profetas agotaban las expresiones más vigorosas cuando profetizaban de Él. Jesús comienza a hablar más reposadamente que nunca. Pero ya en la primera frase, sentado sobre una roca como un viajero que descansa, habla de la majestad del Hijo del Hombre y de sus ángeles:

"Cuando viniere el Hijo del Hombre en su majestad, y todos los ángeles con Él, entonces se sentará en el trono de su gloria. Y serán todas las gentes congregadas ante Él, y apartará los unos de

los otros, como el pastor aparta las ovejas de los cabritos. Y pondrá las ovejas a su derecha y los cabritos a la izquierda. Entonces dirá el Rey a los de su derecha: Venid, benditos de mi Padre, poseed el reino que os está preparado desde el principio del mundo. Porque tuve hambre, y me disteis de comer; tuve sed, y me disteis de beber; era peregrino, y me disteis posada; estuve desnudo, y me cubristeis; enfermo, y me visitasteis."

Entonces le responderán los justos y le dirán: "Señor, ¿cuándo te vimos hambriento, y te dimos de comer; o sediento, y te dimos de beber? ¿Cuándo te vimos peregrino, y te hospedamos; o desnudo, y te vestimos? ¿Ni cuándo te vimos enfermo o en la cárcel, y fuimos a verte?"

El Señor les responderá diciendo: "En verdad os digo que en cuanto lo hicisteis con uno de estos mis hermanos más pequeños, conmigo lo hicisteis."

Y a los que estén a su izquierda les dirá: "Apartaos de Mí, malditos al fuego eterno, que está aparejado para el diablo y para sus ángeles. Porque tuve hambre, y no me disteis de comer; tuve sed, y no me disteis de beber; era peregrino, y no me hospedasteis; desnudo y no me cubristeis; enfermo y en la cárcel, y no me visitasteis."

Y ellos le responderán también diciendo: "Señor, ¿cuándo te vimos hambriento, o sediento, o peregrino, o desnudo, o enfermo, o en la cárcel, y no te servimos?"

Entonces les responderá:

"En verdad os digo que en cuanto no lo hicisteis a uno de estos pequeñuelos, no lo hicisteis a Mí. Y éstos irán al suplicio eterno; y los justos a la vida eterna."

Los fariseos hablaban de un juicio que respondía a su dureza y a su orgullo; Israel había de ser ensalzado y todos sus enemigos vencidos y hechos esclavos. Jesús, en cambio, anunciaba un juicio en el que no había diferencia entre judíos y gentiles. También como juez es Hijo del Hombre; y así como se hizo hermano de todos los hombres y en cada uno ve a su hermano, así deben también los hombres ver en cada uno de sus prójimos un hermano de Jesús.

El amor a todos los oprimidos, humillados, destituidos de fortuna y despreciados por el mundo recibe con eso un sentido nuevo. Ese amor no es una simple emoción reservada a ciertas almas nobles y a las que se puede renunciar libremente. Este amor a todos

los hombres es ahora más necesario para los no pobres que para los pobres mismos; ese amor es la medida según la cual premia o castiga el Hijo del Hombre, que dió su vida por todos.

Los planes de Dios y las decisiones de los hombres

Después que Jesús dió fin a estos razonamientos, dijo a sus discípulos: "Sabéis que de aquí a dos días es la Pascua, y el Hijo del Hombre será entregado para ser crucificado." (Mat., XVI, 1-5, 14-16; Marc., XIV, 1-2, 10-11; Luc., XXII, 1-6.)

Jesús estuvo viendo y contemplando de una manera milagrosa durante toda su vida su propia pasión. Nunca se llegará a comprender enteramente aquel estado de alma, pero así era en realidad; más tarde lo reconocieron los Apóstoles cuando reflexionaron sobre la vida pasada del Maestro. Testimonio de ello, entre otros, es la forma con que San Mateo narra, en una corta perícope, los acontecimientos que precedieron al jueves de la Semana de Pasión.

Jesús habla de su muerte, que ha de suceder dentro de dos días, es decir, inmediatamente antes de la fiesta, en el momento preciso en que los fariseos toman la resolución de diferir sus medidas contra Jesús hasta después de la fiesta. Jesús dice a sus discípulos: "Sabéis que de aquí a dos días es la Pascua, y el Hijo del Hombre será entregado para ser crucificado."

Los fariseos se reúnen en Jerusalén, bajo la presidencia de Caifás, y juzgan más prudente diferir el prendimiento y la muerte de Jesús: "No en el día de la fiesta, por que no haya alboroto en el pueblo."

Fué una triste ocasión lo que movió a los fariseos a abandonar su plan primero, incitándoles a poner por obra lo que Jesús había ya anunciado.

Sucedió que uno de los doce, llamado Judas Iscariote, fué a los príncipes de los sacerdotes y les preguntó: "¿Qué me queréis dar, y yo os le entregaré?"

Los fariseos "se obligaron" a darle treinta monedas de plata; expresión que también podría significar que le entregaron en el acto este dinero. Cuando en las amplificaciones retóricas se dice que

esta suma es el precio de un esclavo, eso se ajusta, por casualidad, a la realidad. Estas treinta monedas de plata son el precio que determina Moisés como una “pena” (como también la reconoce el Derecho germánico) para el caso en que un buey tire por tierra y mate a un esclavo o a una esclava. Los fariseos no pretendían pagar en justicia con ese precio al traidor de Jesús; según su opinión, todo israelita estaba obligado a denunciar el lugar en que Jesús se encontraba. Aquellos treinta dineros eran más bien una recompensa dada a Judas por haberse prestado a ese negocio como hombre especialmente apto para ello. También en la pregunta carga Judas el acento en el “yo”. Es decir, “yo”, que os hago esta propuesta extraordinaria; yo, con quien el dinero no se gasta en vano.

Siempre será un misterio la forma en que Judas llegó a esa resolución. Todo endurecimiento definitivo de un hombre contra Dios es un misterio. Los hombres que quieren profundizar tal misterio en el fondo del alma de otro tienen las más de las veces una conformación de alma enteramente diferente, y por eso, en lo que constituye el misterio, no ven un misterio propiamente dicho, sino una locura incomprensible. ¡Qué insensatas parecen a un hombre modesto la hinchazón de un vanidoso y las ambiciones de un orgulloso! ¡En cambio, qué difícil le es al vanidoso tener una idea exacta de sí mismo! Judas tenía avaricia y ambición, como se deduce manifiestamente de los relatos. Por consiguiente, quienes mejor podrían comprender el estado de su alma serían los que hayan tenido gravísimas tentaciones de ese género y las hayan vencido victoriosamente.

Es lo cierto que, en la vocación, la diferencia entre Judas y los demás Apóstoles no fué muy grande —un reino de esplendor y de gloria lo esperaban todos—. Pero en los demás esos sueños iban desapareciendo poco a poco como efecto del amor a Jesús; eso es lo humanamente hermoso de sus protestas en el cenáculo. En cambio, en Judas el amor al dinero ahoga el amor a Jesús. Esa mudanza de alma debió de haber comenzado mucho antes. Como es natural, a su avaricia y ambición debió de asociarse después la infidelidad y a ésta la hipocresía.

Los últimos razonamientos de Jesús en el templo debieron de hacer en Judas un efecto decisivo; en lo sucesivo no podía ya realizarse una reconciliación entre Jesús y los jefes del pueblo. Además, la permanencia en Betania debía de ser insostenible para este dis-

430 *Jesús después de la revocación de la antigua alianza*

cípulo; todo aquel delicado amor le parecía puerilmente exagerado; por eso está ansioso por salir de aquel ambiente. Allí estaba también aquella María, por cuya causa le había reprendido el Señor.

Para los fariseos fué una alegre sorpresa que uno de los del círculo más estrecho de Jesús estuviera dispuesto a hacer traición a su Maestro. No convenía que se trasluciera cuánto habían despreciado hasta entonces a los discípulos, que eran para ellos hombres incultos recogidos de las clases más bajas del pueblo, y cómo despreciaban, precisamente en aquellos momentos, a Judas sobre todo.

La última cena

La preparación del convite pascual

El primer día de los ázimos, cuando sacrificaban el cordero pascual, dícenle sus discípulos: “¿En dónde quieres que te dispongamos la cena de Pascua?” (Marc., XIV. 12-16; Mat., XXVI, 17-19; Luc., XXII, 7-13.)

Era el jueves, el día antes de la Pasión. Los mismos Apóstoles se presentaron a Jesús, preguntándole: “¿Dónde quieres que vayamos a prepararte el cordero pascual?”

Esta pregunta no se la hicieron sin una razón especial. Jesús, en los días pasados, no había pernoctado en la ciudad, de lo cual se alegraban los discípulos, pues una sorpresa nocturna estaba dentro de lo posible. Por eso temían tanto a la noche que se acercaba, porque el cordero pascual había que comerlo dentro de los muros de Jerusalén. En esta ocasión no se podía evitar una permanencia algo más larga en la ciudad. Por eso, a Jesús le tocaba escoger el lugar de la cena.

Jesús dió una contestación que parecía responder a la preocupación de los discípulos; lo que les dijo fué como un encargo secreto: “Id a la ciudad y encontraréis un hombre que lleva un cántaro de agua; seguidle, y en donde quiera que entrare decid al dueño de la casa: el Maestro dice: ¿Dónde está la sala mía en donde he de comer el cordero pascual con mis discípulos? Y él os mostrará un cenáculo alto, grande y bien aderezado; preparad allí el cordero pascual.”

Los discípulos debieron de tranquilizarse en cierto modo al oír estas palabras. Se veía que el Maestro contaba en esta ocasión con sus enemigos, que tenían esparcidos por todas partes sus espías.

“Encontraréis un hombre que lleva un cántaro de agua.” Esto se lo dijo Cristo para darles una señal, como en realidad en Oriente

EN EL CAMINO DEL CENACULO AL VALLE CEDRON

Una parte de la antigua Jerusalén estaba edificada en esta pendiente. Las calles, en las grandes subidas, eran verdaderas escaleras. En los últimos años se ha descubierto una de esas calles, que en tiempo de Cristo conducía al valle Cedrón. Por esas gradas mismas, o por otras muy semejantes a ellas, bajó Jesús después de la última cena. El nuevo edificio es una iglesia en recuerdo de la triple negación de Pedro.

VISTA DEL VALLE CEDRON TOMADA DESDE LA ANTIGUA CALLE EN FORMA DE ESCALERA

Volviéndose hacia atrás desde esa calle antigua se ven los campos adonde estaba edificada, en la pendiente, una parte de la ciudad, detrás del templo. Los campos, llenos de cascotes, tienen un color más gris y más sucio que en ninguna otra parte de Palestina. Por razón del aire brillante, apenas se destaca la cima del valle Cedrón. La pendiente de la parte de acá termina con la parte más oscura de la fotografía. A la otra parte del valle Cedrón se levanta el monte de los Olivos. La primera cúpula pequeña en un bosquecillo de olivos corona el edificio de la antigua iglesia de la Ascensión. Flanqueando la parte llana, se viene de Betania. La torre alta pertenece al Hospicio ruso, que domina la hondonada hacia el Este como una atalaya.



era eso una "señal", es decir, algo característico que llama la atención. Los hombres que se ocupan del transporte del agua utilizan, por regla general, odres de cuero (recientemente se han suplido con latas de bencina ya vacías); las mujeres, en cambio, llevan el agua en grandes cántaros sobre la cabeza.

Por lo demás, en ese encargo muchas cosas no eran para ellos tan extrañas como para nosotros. Los ciudadanos de Jerusalén estaban obligados a prestar a los peregrinos todos los locales disponibles de las casas para la comida del cordero pascual. Los peregrinos no pagaban nada por el alquiler; pero era costumbre entregar al dueño de la casa la piel del cordero. Para la cena pascual era muy apropiado el gran local del piso superior, que casi ocupaba toda la parte alta de la casa. Esta habitación es en Palestina el aposento de huéspedes, "el diván", como le llamaban por los almohadones que solía haber en ella. Muchas veces hay una entrada propia desde fuera, de modo que se puede entrar y salir libremente. La familia celebra la Pascua en las habitaciones de la planta baja.

Pedro y Juan salieron, pues, de Betania, sin duda poco después de mediodía. El dueño daba al huésped amplia libertad, y por eso todos los preparativos del convite podían correr a cargo de los mismos peregrinos. El relato evangélico, por toda su forma, parece insinuar que los discípulos hicieron los preparativos. Los discípulos preguntan a Jesús sólo por el "lugar" de la cena; lo que han de hacer ya lo saben. No hay que olvidar que no era ésta la primera vez que ellos comían el cordero pascual con Jesús.

Ya en la ciudad, poco después de entrar por la puerta, y antes de que se vieran obligados a escoger la calle por donde habían de ir, encontraron los discípulos al hombre del cántaro.

Ya se entiende que él no era el dueño de la casa de la gran sala, sino un criado de la familia. Lo siguieron, cosa que no era muy fácil, dada la aglomeración de peregrinos que llenaban la ciudad, hasta la casa donde entró, y allí se dirigieron al dueño, quien los condujo al piso superior y les hizo entrar en la sala. Se cumplieron las palabras de Jesús, y vieron una sala espaciosa, preparada ya para peregrinos.

Todos los pueblos comen en la posición que consideran más cómoda y agradable. En los países septentrionales, por razón del clima, siempre húmedo, se evita el piso más o menos frío y húmedo;

en los países meridionales, por razón del calor, se acostumbra comer en el suelo, relativamente fresco y además seco. Y así como nosotros, por razones de economía, preferimos habitaciones pequeñas y no muy altas, en cambio las habitaciones en Egipto y Palestina, ya en los antiguos monumentos, presentan una altura extraordinaria, porque así se hace más tolerable el bochorno sofocante. Habitaciones de cinco metros de altura no eran cosa rara, y aun, según una tradición, para comer el cordero pascual estaba prescrito un local de esa altura.

Durante la comida se estaba acostado; en el mundo romano era esto considerado como señal de libertad; y por eso los israelitas habían adoptado la costumbre de comer el cordero pascual formando un "círculo", como se decía. Se echaban sobre alfombras y apoyaban el brazo izquierdo en almohadones que descansaban sobre caballetes. Esto hay que tenerlo en cuenta para formarse idea clara del lavatorio de los pies.

Para todo el desarrollo de los hechos de la última cena, tal como nos los refieren los Evangelistas, conviene tener presente que para comer se estaba echado. Nuestra costumbre de estar sentados en sillas hace muy difícil el poder hablar con uno en particular sin ser notado. En cambio, cuando se está echado y apoyado sobre el brazo, las conversaciones privadas entre los vecinos son la cosa más natural. En la última cena hablan con alguna frecuencia dos a dos en particular.

Fueron, pues, los discípulos y compraron, si no lo habían hecho ya antes, un cordero y lo hicieron inmolar en el templo. Se tenía que asar entero, y además había que preparar los aditamentos para la comida: las "lechugas silvestres", diversas clases de hierbas usadas como ensalada, la salsa, un preparado de higos, dátiles y granos de uva formando una pasta; las rebanadas de pan ázimo, es decir, de pan sin levadura, que se asemejaban algo a nuestras tortas, y se podían doblar y plegar. En esa comida ritual los judíos no usaban tenedores; y comían con los dedos. Lo cual no es de admirar, pues sabían utilizar con destreza las rebanadas de pan que hacían las veces de cucharas y tenedores. Aun hoy día se puede eso observar en los trabajadores que comen en la calle mientras descansan.

Los corderos pascuales, a lo que parece, se asaban en parrillas cerradas, en cuyo interior, en la parte inferior, se encendía el fuego.

En los escritos judíos de la antigüedad se alaba esta manera de asar por ser más rápida. En una narración se supone que estos asadores eran transportables, pues el rabino Choni exhorta a la gente a llevar las parrillas por las asas desde los atrios al interior de la casa, porque amenazaba lluvia.

Mientras hacían los Apóstoles los preparativos se despidió Jesús de las dos hermanas en Betania, y se encaminó por última vez a Jerusalén.

Palabras de exordio

Cuando llegó la hora se puso Jesús a la mesa y los Apóstoles con Él, y les dijo: "Con deseo he deseado comer esta Pascua con vosotros antes de padecer. Porque os digo que no comeré más de ella hasta que sea cumplida en el Reino de Dios." Y tomando el cáliz, dió gracias y dijo: "Tomad y distribuidlo entre vosotros; porque os digo que no beberé más del fruto de la vid hasta tanto que venga el Reino de Dios..." (Luc., XXII, 14-18.)

Los Apóstoles llegaron a la tranquila sala a través del oleaje de la gente de la ciudad como el que saliendo de una peligrosa tempestad llega a la playa protectora. En todo el camino habían ido interiormente preparados para cualquier incidente inesperado; ahora se sentían algo seguros.

Jesús era el jefe de aquellos comensales. Él había escogido el lugar; a su nombre se había comprado e inmolado el cordero pascual. Él tenía, pues, que dar comienzo a la cena.

Los judíos no concebían una comida sin el acto de alabanza a Dios, dador de todo bien. Dios era alabado con estas o parecidas palabras: "Alabado sea Dios, que ha creado este pan, este vino y estos frutos." Como un eco de esta educación religiosa suenan las palabras del pobre labriego que llega casi muerto de sed a la fuente, y, antes de beber, exclama: "Sea Dios alabado."

Esto, que en la comida ordinaria dependía más bien de la voluntad de cada uno, venía a ser una parte imprescindible del ceremonial antes de la comida más solemne que conocían los israelitas, cual era la de la Pascua. Así, Jesús da comienzo a la cena bendiciendo el vino. Ya en esa primera acción de Cristo se trasluce aquella característica suya que daba, aun a las acciones más ordinarias, un tinte maravilloso y propio suyo.

Lo mismo ocurre cuando dice: "Con deseo he deseado comer con vosotros esta Pascua antes que padezca, porque os digo que no comeré más de ella hasta que sea cumplida en el reino de Dios."

Toma el cáliz y prosigue: "Tomad y distribuidlo entre vosotros; porque os digo que no beberé más del fruto de la vid hasta que venga el reino de Dios."

En todas esas palabras reflorece los antiguos símbolos, pero al mismo tiempo son superados por el fuego de una nueva realidad, y pierden su propio ser. Jesús mismo es quien lo anuncia. Pronto habrá pasado ya para siempre el rito antiguo de la cena pascual.

El lavatorio de los pies

Sabiendo Jesús, antes de la fiesta de la Pascua, que era venida su hora de pasar de este mundo al Padre, habiendo amado a los suyos, que estaban en el mundo, los amó hasta el fin. (Juan, XIII, 1-20.)

Los Apóstoles estaban, pues, recostados sobre esteras, apoyado el brazo izquierdo en un cojín. En esa posición era natural, como ya hemos dicho, que la conversación se tuviera vecino con vecino y grupo con grupo. Y recayó la conversación de los discípulos sobre un tema que, si no decía bien en una cena pascual, muchísimo menos en la última que el Maestro tenía con ellos en la tierra. Y, con todo, tal vez dió ocasión para ello precisamente la circunstancia de ser ésta la última cena.

Los discípulos estaban acostumbrados a comer al aire libre, como los simples trabajadores y pobres mendigos, a la sombra de una morera o de la cerca de una viña o de una casa o junto al brocal de un pozo. El orden de los asientos no tenía, pues, entre ellos importancia; cada uno se buscaba un sitio entre las piedras y los cardos y las rocas algo llanas. Pero en la cena pascual había que sentarse alrededor de Jesús en un orden determinado. Y esa fué la ocasión de que los Apóstoles discutieran sobre quién de ellos había de ser el primero.

Al ceremonial de la cena pascual, que era precisamente un sacrificio, pertenecía un lavatorio previo de manos. Para ese fin había preparado un lebrillo, una toalla y un cántaro con agua en algún

rincón, probablemente a la entrada, donde se solía hacer esta limpieza.

Durante la cena, por consiguiente, en un momento en que no se podía tratar de una de tantas purificaciones prescritas, se levantó Jesús; dejó el manto donde estaba reclinado, se ciñó un lienzo, tomó con una mano el lebrillo y con la otra la jarra, y en vestido y actitud de esclavo volvió hacia el círculo de sus discípulos. Sólo entonces se dieron cuenta de que quería lavarles los pies.

Ya antes había intervenido Jesús, con desacostumbrada firmeza, en la contienda de los discípulos sobre la preeminencia, poniendo un niño entre ellos. Pero ahora se presentaba Él mismo en persona como un esclavo. La forma como San Juan empieza este relato no deja lugar a duda de que Jesús, a pesar de que iba con el lebrillo, el lienzo y el cántaro, dejó entrever al propio tiempo una dignidad y majestad singular.

El acto de lavar los pies era tenido como trabajo propio de esclavos. Un esclavo de origen judío no podía ser obligado a ello, sino tan sólo los esclavos de sangre no israelita.

La viveza con que Pedro se opuso a lo que quería hacer Jesús estaba sin duda motivada por toda la actitud que tomó el Señor al acercarse a él. Parece ser que empezó por Pedro; las palabras de San Juan lo hacen creíble. Con el diálogo entre Jesús y Pedro quedó para todos resuelta la cuestión de si habían de consentir o no este servicio del Maestro.

Pedro, el pescador de genio vivo, se puso, pues, a la defensa: "Señor, ¿tú me lavas a mí los pies?"

Probablemente se adelantó con las manos, levantándose como para impedirlo, pues unas expresiones tan decididas como las que se nos han transmitido no se pueden concebir en un oriental sino acompañadas de gestos.

"Lo que yo hago, tú no lo sabes ahora; pero lo sabrás después."

Pedro estaba ya acalorado. "No me lavarás tú los pies jamás."

"Si no te lavare, no tendrás parte conmigo." Una de dos. El pescador impetuoso, que tan íntimamente amaba al Maestro y creía causarle contento con su resistencia, dice:

"Señor, no sólo los pies, sino las manos también y la cabeza."

"El que está lavado —dice el Señor— no necesita sino lavarse los pies, porque está todo limpio."

Aquí hace Jesús alusión por vía de parábola a las purifica-

ciones legales. El que se ha purificado con un baño, a lo más basta que se lave los pies, que se han podido ensuciar con el polvo de la calle llevando sandalias abiertas.

“Vosotros estáis ya limpios, mas no todos.”

Con esas palabras se pone de manifiesto que Jesús no habla de una purificación “legal”, sino de la del alma. Las palabras “mas no todos” se refieren a Judas, el traidor, y son para él una amonestación.

Judas enmudece, como corresponde a las leyes del sentimiento humano. Se atrevía a mentir, pero no se atrevía a decir esta verdad: “Yo no merezco que tú me laves los pies.”

Todos están ansiosos de ver si alguno se manifiesta como “impuro”. Pero el Señor lava los pies de todos, sin excepción, con el mismo cuidado lleno de majestad; por consiguiente, sin que el traidor quede desenmascarado.

Después se retira del círculo de los discípulos, deja el cántaro y el lebrillo donde estaban antes, se desata el lienzo y vuelve a su sitio. En las palabras que profirió para expresar el sentido de la acción quedó impreso un reflejo de aquella dignidad que entonces aureolaba al Señor.

“¿Sabéis lo que he hecho con vosotros? Vosotros me llamáis Maestro y Señor, y decís bien, porque lo soy. Pues si yo, siendo el Señor y el Maestro, os he lavado los pies, también vosotros debéis lavaros los pies los unos a los otros. Os he dado ejemplo para que, como yo he hecho con vosotros, hagáis vosotros también.

En verdad, en verdad os digo: “El siervo no es mayor que su señor, ni el enviado es mayor que aquel que le envió. Bienaventurados seréis si, comprendiendo estas cosas, las pusiereis por obra. No hablo de todos vosotros. Yo sé los que escogí; mas para que se cumpla la Escritura: “El que come el pan de mi mano alza contra Mí su calcañar.” Desde ahora os lo digo, antes de que suceda, para que cuando sucediere creáis que Yo soy. En verdad, en verdad os digo: el que recibe al que Yo enviare, a Mí me recibe, y quien me recibe a Mí, recibe a Aquel que me envió.”

Jesús alude con esta nueva profecía a que la traición estaba incluida en el plan de la Redención. En la vida de David estaba ya esto presagiado, y el Señor lo dice a los discípulos, para que entiendan que Él no va a la Pasión sin saber dónde va.

Declara Cristo quién es el traidor y éste sale del Cenáculo

Cuando esto hubo dicho Jesús, se turbó en su espíritu, y protestó y dijo: "En verdad, en verdad os digo que uno de vosotros me entregará." Y los discípulos se miraban los unos a los otros, sin saber a quién se refería. Y ellos, cargados de tristeza, cada uno empezó a decir: "¿Por ventura soy yo, Señor?" (Juan, XIII, 21-30; Mat., XXVI, 21-25; Marc., XIV, 18-21; Luc., XXII, 21-23.)

Jesús había anunciado que sería traicionado; pero la clase de traición y la persona del traidor habían quedado ocultos. Ahora, en la cena de despedida, dejó Jesús desbordarse al exterior su repugnancia interior ante este crimen.

El rostro de Jesús se desfiguró por el dolor interior que le embargaba. No pueden significar otra cosa las palabras "se turbó en su espíritu", que es la misma expresión que usa San Juan en la resurrección de Lázaro. Después declaró, con una solemnidad que ponía espanto: "En verdad, en verdad os digo: uno de vosotros me entregará."

Los discípulos escuchaban cada vez más ansiosos cuanto mayor era el estrépito en las calles. ¡Si habría denunciado alguien a los fariseos que estaban ellos en aquella sala! ¡Y ahora estas palabras de Jesús! Uno de los que estaban allí mismo en la sala iba a entregar al Maestro. ¡Si al menos hubieran tenido un barrunto de quién era ése! Pero entre ellos no había ninguno que creyera a otro más capaz de esa acción que a sí propio. ¡Qué bien se conocen los alumnos de una clase, aunque no hayan estado juntos tanto tiempo como los Apóstoles! Judas había logrado simular tan bien, que sólo el Maestro omnisciente lo penetraba. La desazón de los Apóstoles vagaba, sin aquietarse, por la sala. Mirábanse los unos a los otros, se turbaban y sentían que toda seguridad propia se desplomaba. Uno después de otro preguntaron al Maestro: "¿Por ventura soy yo, Señor?"

Jesús repitió la profecía y añadió una reconvención al discípulo que Él solo conocía.

"El que mete conmigo la mano en el plato, ése es el que me

entregará. El Hijo del Hombre va ciertamente su camino como está escrito de él; mas, ¡ay de aquel por quien es entregado el Hijo del Hombre; más le valiera no haber nacido!”

Aquí sigue una escena que sólo es posible en un banquete tenido en la forma de los banquetes orientales. Como están apoyados en el brazo izquierdo, recostados, por consiguiente, en un brazo, y tienen, todos, los pies hacia afuera y la cabeza hacia la mesa, ninguno alcanza a ver a todos los comensales. De aquí que sea muy fácil hablarse los vecinos de dos en dos sin que los demás se enteren aunque quieran.

En la siguiente escena toman parte sólo Jesús, Pedro, Juan y Judas. Pedro pensó sin duda: “Si el traidor está en la sala, hay que saber quién es, y aún se puede conjurar la desgracia en el último momento. Pero hay que proceder cautamente.”

Pedro no estaba tan cerca de Jesús como para poderle preguntar en secreto; pero le era fácil hablar a Juan desde su puesto sin llamar la atención, y Juan estaba “recostado sobre el pecho del Señor”. Tenía, pues, Jesús la cabeza sobre el almohadón, apoyándose en el brazo izquierdo, la cara vuelta hacia la derecha; y el más próximo a su derecha era Juan, a alguna distancia de Jesús, quien miraba precisamente hacia él, y si Juan giraba sobre el codo, veía ante sí a Jesús. Muy cerca de Jesús, tal vez hacia la derecha, se hallaría Judas, a cuyo cargo corrían los negocios. Cuando Jesús habla más tarde con él, todos los discípulos interpretan sus palabras como un encargo que le hace.

Pedro hizo una seña a Juan y le preguntó: “¿Quién es ése de quien habla?”

Juan se volvió a Jesús y le dijo: “Señor, ¿quién es?”

Era conveniente que los discípulos pudieran dar testimonio, después de la Pasión, de que Jesús conocía de antemano al hipócrita y que, por consiguiente, había permitido libremente la traición. Jesús, pues, dijo a Juan: “Aquel es a quien yo diere el pan mojado.” Y tomando un pedazo de pan lo mojó en la salsa y se lo dió a Judas.

Entre los beduinos y campesinos reina la costumbre de que el Señor mande dar, o dé él mismo, un bocado a aquel a quien quiere tributar una honra especial. Entre nosotros es conocida la costumbre de “brindar” a la salud de un huésped distinguido. Costumbres como éstas se encuentran no sólo entre beduinos y cam-

pesinos, sino en casi todos los pueblos primitivos, pues es la forma más natural de demostrar el amor y el aprecio a otros. Esto es de una importancia especial, sobre todo con relación a la institución del Sacramento del Altar, manjar del alma.

Jesús dió a Judas un pedazo de pan para que lo comiera. Por parte del Señor, este hecho fué una nueva prueba de singular amor y una última amonestación. Si no fuera así, hubiera sido una hipocresía.

Para Juan debió de ser, naturalmente, cosa incomprensible que el Señor tuviera con el traidor tal prueba de amor.

Este fué el momento en que la suerte de Judas se decidió para siempre. Pero no hay cosa contra la cual se rebele el alma más enérgicamente como a recibir amor de aquel a quien odia. Esto lleva siempre consigo una derrota, o bien de aquel que ama, o bien de aquel que odia. Ahora bien; el amor de Cristo no podía quedar vencido; Judas, pues —el que odiaba—, fué quien quedó derrotado por haber despreciado al amor. Sólo que para poder resistir a esas muestras de amor sin hacerse traición a sí mismo hubo de llenar primero su alma hasta lo más profundo del odio contra Jesús. Pero no hay hombre que tal haga y soporte el quedarse aislado. Precisamente en el momento en que Jesús le dió el bocado, preguntó al Maestro: “¿Soy yo por ventura?”

La pregunta parece increíble; pero es el extremo a que se vió impelido. “Tú lo has dicho” —respondió Jesús—. Aun hoy día es común esa expresión en Palestina, significando: “Como lo has dicho, así es.” Aquel, conforme al sentido, quiere decir: “Tú eres precisamente.”

Judas estaba interiormente empedernido y Jesús vió que ya no podía volverse atrás. Ese horror que se apodera de los hombres buenos al encontrarse junto a los depravados embargó a Jesús en un grado superior al que pueden sentir los hombres. Como Judas mismo estaba ya perdido, le dijo Jesús: “Lo que has de hacer, hazlo pronto.”

En esas palabras hacia Jesús un último esfuerzo por salvar a Judas. Muchas veces lo único que puede hacer recapacitar a un hombre perdido es mostrarse desinteresado en su acuerdo y dejarlo en libertad.

Los discípulos habían oído las palabras, pero no las enten-

dieron. Algunos, al ver que Judas se marchaba, creyeron que había recibido algún encargo de compras o limosnas.

San Juan termina el relato con la lacónica frase: "Era de noche." No se trata de simples sutilezas literarias cuando se ve en esta expresión, además de una simple indicación del tiempo, una alusión alegórica al horrendo acontecimiento que entonces se estaba preparando. Un hombre del siglo de la electricidad, que no sabe ya qué imágenes suscita la experiencia de una noche oscura y solitaria, quizá no comprenda ya todo lo que San Juan quiere decir al cerrar su relato en esa forma, tan bien como lo entiende, por ejemplo, el solitario pastor de los Alpes, o el pescador de alta mar, o el beduino del desierto.

El sacrificio y el banquete propiciatorio del Nuevo Testamento

Y estando ellos comiendo, tomó Jesús el pan y, bendiciéndolo, lo partió y dijo: "Tomad, éste es mi cuerpo." Y tomando el cáliz, dando gracias, se lo dió a ellos, y bebieron de él todos. Y les dijo: "Ésta es mi sangre del Nuevo Testamento, que por muchos es derramada." (Marcos, XIV, 22-24; Mat., XXVI, 26-28; Luc., XXII, 19-20.)

Durante la cena pascual o inmediatamente después instituyó Jesús el Santísimo Sacramento del Altar, sacrificio y banquete propiciatorio de la Nueva Alianza.

Si se compara con su importancia, este relato es el más corto que se encuentra en los Evangelios. Lo cual es una prueba de que era ya conocido para los que lo escribieron, por la repetida celebración del santo sacrificio de la misa.

Jesús tomó pan, lo bendijo y lo dividió en pedazos. La majestad con que Jesús acompañaba en aquellos momentos una acción que no tenía nada que ver con el ceremonial de la cena pascual, debió de mover a los discípulos a escuchar y mirar atentamente.

No es posible imaginarse la escena sino representándonos a Jesús dando gracias sobre el pan como alabanza al dador de todo bien, expresada con singular majestad aun en la voz misma. De manera semejante había bendecido el Maestro, hacía un año, por

Pascua, las provisiones que le presentaron antes de la maravillosa multiplicación de los panes. Después, en un tono en que vibraban simultáneamente en la más perfecta serenidad y en la más profunda conmoción la omnisciencia y la omnipotencia de Cristo, se oyeron estas palabras:

“Tomad, éste es mi cuerpo. ”

Luego tomó el cáliz, lo bendijo, e hizo que los discípulos bebiesen de él, diciendo otra vez, con igual majestad, mucho más expresiva de lo que son para nosotros las palabras escritas:

“Ésta es mi sangre, del Nuevo Testamento, que por muchos será derramada.”

“De la Nueva Alianza”. La denominación de “nueva” no tendría sentido si no tuviera Jesús ante los ojos la Antigua Alianza, cuyo sacrificio conmemorativo habían celebrado en el cordero pascual que acababan de comer. La Alianza es un “testamento” en cuanto se cierra en la muerte de Jesús, y de ese modo la víctima y el sacrificador se juntan en una sola persona.

Las circunstancias en que Jesús instituyó este nuevo sacrificio y convite propiciatorio parecieron a los Evangelistas tan significativas como la institución misma; la institución de este nuevo sacrificio, en conexión con la celebración del sacrificio solemne y el banquete propiciatorio del Antiguo Testamento, explicaban ya en parte su significado.

Con la Eucaristía instituyó Jesús un sacrificio y un banquete propiciatorio. La comida en común, como ya lo hemos notado, simbolizaba siempre entre los pueblos primitivos una especie de sociedad espiritual. Y siempre han soñado los pueblos en acercarse a Dios, o a los dioses, por medio del sacrificio y del banquete propiciatorio, del mismo modo que se unían con sus amigos por medio de un convite. Pero sus esfuerzos no pasaron de conatos. Los hombres sujetos al pecado podían a lo más barruntar lo más sublime que puede anhelar su naturaleza; pero no eran más que barruntos: estaban muy lejos de poder alcanzar a Dios desde la tierra y de ser conscientemente participantes de la divinidad. Una multitud de usos propiciatorios extraños y complejísimos se había propagado por todos los pueblos de la tierra. Los investigadores se esfuerzan por interpretarlos; pero no hay más que una explicación que realmente satisfaga: El anhelo por participar de una vida superior, una vida divina, jamás ha dejado en paz a los hombres; todo

supuesto cumplimiento de ese anhelo se manifestaba muy pronto como una ilusión, y los hombres seguían buscando. Pero los hombres jamás pueden alcanzar a Dios partiendo "desde abajo"; por eso tampoco pueden presentarle una ofrenda que sea digna de Él, si Él mismo no se adelanta a concedérsela a ellos "desde lo alto".

En aquel momento aconteció lo verdaderamente grande para la humanidad. El mismo Hijo de Dios se presentó cual sacrificador y víctima, como al frente de toda la humanidad, trayendo consigo la plenitud de los tiempos, y los hombres alcanzaron por fin lo que necesitaban. Hasta entonces los símbolos suplían a la realidad; ahora, en vez de los viejos símbolos, aparecía, en virtud de la potencia de Dios, la plenísima realidad. Los hombres con sus sacrificios habían querido alcanzar y reconciliar a Dios, y el mismo Hijo de Dios se ofrecía ahora como víctima ante la cual se abrían todas las puertas del cielo. Los hombres habían pretendido encontrar en sí mismos la vida divina por medio de sociedades simbólicas que ofrecían sacrificios a los dioses, y el mismo Hijo de Dios les comunicaba ahora la vida divina bajo las especies del pan y del vino.

Pero esto no debía suceder una sola vez. No; eso sucedió una vez, que fué la primera de las mil y mil veces que se repetiría. Jesús quiso quedarse en el mundo como alimento de las almas, mientras las almas estuvieran necesitadas de alimento. Solemnemente dió a los discípulos el mandato y con él la virtud de hacer lo que Él había hecho: "Haced esto en memoria de mí."



Cuando los banquetes se trasladan de las horas calurosas del día a las frescas de la tarde, como sucede en Palestina, se comprende que la reunión se alargue hasta muy avanzada la noche. También después de la cena del cordero pascual se prolonga la reunión. El ritual prescribía que los comensales no bebieran sino una cantidad determinada de vino; de ese modo las conversaciones nunca degeneraban en licenciosas. Durante la comida se tiene un sitio, pero después hay mayor libertad. Se pueden levantar los comensales, sentarse en los almohadones y dirigir la palabra a este o aquel que está más lejos; se ponen en pie cuando la conversación se hace más animada, y se reúnen en grupos.

A través de la conversación que tienen Jesús y los discípulos

después de la cena propiamente dicha se advierten también esas costumbres. La conversación se desenvuelve como entre nosotros cuando nos sentamos a la mesa y nos vemos todos. Jesús habla de su despedida e intervienen también en la conversación aquellos discípulos que durante la cena habían tenido sus sitios algo alejados de Cristo.

Discurso de despedida del Señor.

Estado de alma de Jesús en la despedida

Hay algo que cuesta a los hombres tanto más cuanto de ello siente el hombre mayor necesidad, y es la despedida. En la despedida se revela el amor mutuo de los hombres más clara y persuasivamente que durante largos años de convivencia. Más de uno ha conocido y apreciado en la despedida el amor de quien tenía que separarse. En el amor, que es la fuerza más secreta del alma, se revela también lo más íntimo de los hombres. Por eso en las despedidas nadie quiere tener como testigo a quien no participe de los mismos sentimientos.

En las últimas conversaciones se repiten siempre las mismas frases. El amor se esfuerza por vencer la separación y permanecer unidos, por lo menos espiritualmente. Por eso en las despedidas se promete un recuerdo fiel durante la ausencia y se habla de comunicarse noticias, ayudarse mutuamente y de volverse a ver. Y si los que se despiden no tienen el mismo conocimiento de la vida, el experimentado procura prevenir al inexperto para todas las vicisitudes posibles.

Todo se efectúa en las despedidas en un continuo flujo y reflujo de sentimientos. A una despedida sigue otra antes de separarse definitivamente. Y en la última conversación las frases de despedida vuelven a repetirse una y otra vez. En esos momentos en que todas las palabras respiran amor, nada les importa a los que se despiden, si se aman sinceramente, repetir dos y tres veces las mismas palabras, y aun es característico entonces repetir frases ya estereotipadas convirtiéndolas como en cierto *ritornello* de un canto.

Nunca se ha realizado en la tierra una despedida tan impregnada de mayor y más puro amor como la de Jesús el día que cenó con

los discípulos por última vez, en aquel Jueves Santo, en el silencioso cenáculo alumbrado con temblorosas teas. Nada extraño. Era el Hijo de Dios quien se despedía y al mismo tiempo experimentaba dentro de sí todo el dolor que sienten los hombres en tales momentos y en un grado muy superior.

Aquella despedida no fué solamente la despedida del mayor de los amores, sino también, en cierto sentido, la despedida del amor menos comprendido y menos correspondido de todos. En Jesús, como en todos los hombres, se reveló al despedirse lo más íntimo de su ser, y lo más íntimo de su ser tenía por centro su divinidad. Así como el hombre en las despedidas se excede a sí mismo en su modo de ser ordinario, así en aquellas horas se excedió a sí misma la humanidad de Cristo, y la divinidad del Señor halló manera de revelarse más magnífica y radiosamente que nunca. Los pensamientos que consuelan a los que se separan: "Conviene que nos separemos; permaneceremos unidos en espíritu aun en el tiempo de la separación; nos enviaremos noticias", remóntanse en esta ocasión hasta aquel misterio del que emanó todo el amor del mundo, es decir, al misterio de la Santísima Trinidad. Esta conversación de Jesús, que a primera vista llama la atención, en realidad sirve para descubrirnos maravillosamente la unión de la humanidad y de la divinidad en la persona divina de Jesús. El Redentor revela en la hora de la despedida el misterio de la Santísima Trinidad.

Pero ese sumo amor se hallaba en la mayor soledad, porque ardía en el corazón de un omnisciente, y no podía dar oídos, como es siempre posible entre hombres, a las protestas de los discípulos, ni aceptarlas con una suave melancolía, pues sabía que la fidelidad prometida no duraría ni siquiera aquella noche. Más bien era Él quien debía asegurar a los discípulos que los amaba con un amor mayor y de otra índole de aquel con que ellos le amaban; con un amor que no se alimentaba de simpatías naturales, sino del mar del amor divino, y que, por consiguiente, nunca se agotaba.

Por eso su amor se sentía también desamparado. Él lo preveía todo. Conocía hasta el interior de sus discípulos, pero no podía hablar con ellos como con iguales. Su despedida tenía más bien semejanza con la de un padre o la de una madre que tienen que separarse de sus hijos aún pequeños. El mismo padre es quien debe ser, en cierto modo, el alma de toda la despedida y el que debe ultimarla. Los niños, que no entienden aún bien de qué se tra-

ta, comienzan siempre a hablar de cosas que no tienen nada que ver con la despedida. Es típico que Cristo cierre esas conversaciones con la palabra "Basta"; así habla, por ejemplo, el padre a los hijos que no saben dar fin a sus charlas.

El último mandamiento. Permaneced en mi amor

Cuando Judas salió, dijo Jesús: "Ahora es glorificado el Hijo del Hombre, y Dios es glorificado en Él. Si Dios es glorificado en Él, Dios también le glorificará a Él en Sí mismo, y luego le glorificará muy presto." (Juan, XIII, 21-38; Mat., XXVI, 31-35; Luc., XXII, 31-38.)

Es siempre mortificante para los que se despiden sentirse observados por gente que tiene otros sentimientos o que es enemiga. Jesús se había mostrado reservado mientras Judas estuvo en la sala. Cuando éste salió, dió rienda suelta a sus afectos. Lo que entonces dijo a sus discípulos nos descubre que sus sentimientos en aquella hora eran semejantes a los de un padre que tiene que separarse de sus hijos pequeños e inexpertos. En esta ocasión les llama sus "hijitos". No sabemos cuál fué la palabra correspondiente en arameo, ni siquiera si había una palabra de cariño equivalente. Pero todos los razonamientos que siguen y, sobre todo, la comparación de los discípulos con los huérfanos, que aparece después, y que está en relación con esta conversación, confirman que en el tono de las palabras de Jesús hubo algo que hizo a San Juan escoger en griego la palabra "hijitos".

Judas se ha ido ya. Permitiendo libremente Jesús que Judas marchara, y marchándose Judas, también libremente, comenzó la obra de la Redención. Y sonó la hora más solemne de la historia de la humanidad.

"Ahora es glorificado el Hijo del Hombre" —por haber Él permitido la realización de la condición previa y última de su pasión, es decir, la traición de Judas, y por haber aceptado de antemano la muerte en cruz de parte de su Padre celestial en el sacrificio de la Nueva Alianza—, y "Dios es glorificado en Él. Si Dios es glorificado en Él, Dios también le glorificará a Él en Sí mismo, y pronto le glorificará."

Los discípulos debieron de impresionarse hondamente con estas

palabras por el sentimiento y la actitud que mostró Cristo; pero no las entendieron claramente. Por eso dice Jesús con más claridad:

“Hijitos, por un poco de tiempo aún estoy con vosotros. Me buscaréis, y así como dije a los judíos: “Adonde yo voy no podéis venir vosotros, lo mismo os digo ahora a vosotros.”

A la primera notificación de despedida sigue la última amonestación a los hijos, que recuerda en su forma exterior las palabras que suele emplear un padre moribundo.

“Un mandamiento nuevo os doy: Que os améis los unos a los otros, como yo os he amado. En esto conocerán todos que sois mis discípulos, es decir, en que tengáis caridad entre vosotros.”

El amor con que ama Jesús a sus discípulos es algo nuevo en la tierra, pues tiene su fundamento en lo que tiene de divino el alma humana. Por eso puede hablar Jesús con derecho de un nuevo mandamiento al encomendarles el amor mutuo.

Jesús está, pues, a punto de separarse de ellos. Eso ya llegan a entenderlo los discípulos; pero no alcanzan más allá. Por eso pregunta Pedro algo contrariado:

“Pero, Señor, ¿adónde vas? ¿Por qué no podemos ir contigo?” Jesús le da una respuesta que, sin ser demasiado clara, va a reprimir precisamente ese disgusto de los impetuosos discípulos:

“Adonde yo voy, no puedes seguirme ahora. Pero me seguirás después.”

Para Pedro es casi lo mismo que si le hubiera dicho: “Para eso se necesita gente más valiente.” Mas para él es insoportable que el Maestro no le tenga a él por bastante valeroso; por eso insiste porfiadamente en su pregunta:

“Señor ¿por qué no te puedo seguir ahora? Yo daré mi vida por ti.”

Así habla el pescador, que es todo corazón. Jesús quiere declarar a Pedro que lo ama con un amor muy distinto de aquel que habla por boca del discípulo. El amor de Pedro no resiste a la prueba; pero el amor del Maestro sobrevivirá a la infidelidad del discípulo.

“¿Por mí quieres dar la vida? En verdad, en verdad te digo: que no cantará el gallo dos veces esta noche sin que me hayas negado tres veces.”

Esto debió de desazonar a Pedro. Jesús prosigue:

“Simón, Simón; mira que Satanás os ha buscado para zarandear-

ros como el trigo. Mas yo he rogado por ti para que no falle tu fe. Y tú, una vez convertido, confirma a tus hermanos.”

Este es el primer legado del amor de Jesús al separarse: la aseveración hecha a los discípulos de que Él los ama y de que les será fiel, aun cuando ellos rompan la fidelidad; aseveración que ningún amor humano ha tenido la fuerza y el valor de proferir en esa forma en una despedida.

Después de su partida aguardan a los discípulos días difíciles. Jesús contrapone su segunda misión a la primera:

“Cuando yo os envié sin saco, ni zurrón, ni calzado, ¿os faltó algo?”

Los discípulos dicen con gozo: “No; nada nos faltó.” “Pero ahora quien tenga saco tómelo, e igualmente el zurrón, y quien no tenga espada venda su manto y cómpresela. Porque os digo que tiene que cumplirse en Mí aquello que está escrito: Y fué contado entre los inicuos.”

Se avecinan días que son como un viaje lleno de peligros. El derecho a la hospitalidad que asiste a todo mendigo víctima del hambre habrá desaparecido ya y no se podrá contar con él; los discípulos quedarán como proscritos sin protección legal, y el mismo Maestro carecerá de ella.

“Señor, aquí hay dos espadas”, responden los Apóstoles.

Nos sonreímos sin querer al ver cómo son interpretadas por los discípulos las palabras de Jesús. Sin embargo, hay que tener en cuenta que para los hombres de aquel tiempo, que se habían visto obligados a defender frecuentemente sus vidas, ese espíritu belicoso en la defensa no estaba tan fuera de propósito como a nosotros nos parece, y lo que buscan con eso es tranquilizar a Jesús. Con la triunfante alegría propia de los niños que creen haber obrado con más prudencia de lo que ordinariamente se les cree capaces, sacan dos espadas, que hasta ahora habían tenido ocultas. Estas servirán, al menos, para comenzar.

Jesús responde: “Basta.” ¡Hace poco ha llamado a esos hombres niños! ¡Oh! Es que en realidad aún lo eran.

La última palabra de la última instrucción de los discípulos que nos ha transmitido San Lucas tiene en todas las traducciones un tono algo extraño. Por eso se le han dado toda suerte de interpretaciones, entre ellas está la de los que creen que Jesús dijo esas palabras irónicamente. De hecho, esa expresión ofrece las mismas

dificultades que las tan debatidas de las bodas de Caná. Las traducciones traen ordinariamente expresiones de un sentido más fuerte que el de la expresión original que empleó Jesús. Hay en la lengua popular del Oriente una palabra que coincide exactamente, en cuanto al sentido y contexto en que se la emplea, con este enigmático “hikanón estin” de Lucas. El pueblo dice con muchísima frecuencia “jalaz”, que significa “basta”; y lo significa con todos los matices que esa palabra puede revestir. La explicación más natural de estas palabras es decir que Jesús empleó una palabra semejante a ésta y que al mismo tiempo terminó el discurso con una melancólica y suave sonrisa. En castellano, las expresiones equivalentes, en cuanto al sentido, serían, por ejemplo, las siguientes: “Basta ya de eso”, “Dejemos eso”, “Basta”, “Está bien”.

El amor une con el Padre

(Juan, XIV, 1-31.)

La frase “Nos volveremos a ver” es siempre un consuelo para los que se separan. Así habla también Jesús, pero en sus palabras se descubre un panorama del otro mundo.

“No se turbe vuestro corazón. Creéis en Dios, creed también en Mí. En la casa de mi Padre hay muchas moradas. Si así no fuera, Yo os lo hubiera dicho, pues voy a prepararos el lugar. Y cuando haya ido y os haya preparado lugar, vendré otra vez y os tomaré conmigo para que donde Yo estoy, estéis también vosotros. Que ya sabéis adonde yo voy, y conocéis el camino.”

Jesús usa la imagen de un viaje. Los discípulos y Él deben ir desde ahora separados. Él se adelanta para prepararles el lugar. No va a una ciudad de muchos señores. Aquella ciudad no tiene más que un señor, su Padre, y una casa, la de su Padre. Más tarde volverá para buscar a sus discípulos y permanecer eternamente juntos. Los discípulos entretanto tienen que peregrinar a su encuentro por el camino. Ese camino hacia el cielo lo conocen ellos como israelitas. Son los Mandamientos de Dios.

Los discípulos, mientras habla Jesús, piensan más bien en las condiciones de un viaje terreno que en el íntimo sentido que se encierra en la imagen. Por segunda vez antes de la Pasión toma

la palabra Tomás, y en la única frase que dice se revela una vez más su carácter. Es un lógico por naturaleza, patrono de todos aquellos a quienes la lógica podría dificultarles el camino para llegar a la fe, que pregunta escueta y agudamente: "Señor, no sabemos adónde vas; pues ¿cómo podemos saber el camino?"

Y Jesús dice con solemnidad: "Yo soy el camino, y la verdad, y la vida; nadie viene al Padre sino por Mí. Si me hubieseis conocido a mí, hubierais, sin duda, conocido también a mi Padre; pero le conoceréis luego, y ya le habéis visto."

El camino del reino de los cielos lo señalan las Escrituras del Antiguo Testamento; pero éstas no contienen toda la verdad, sino sólo fragmentos y símbolos de la verdad. Las Escrituras tampoco pueden comunicar toda la vida; sólo pueden hacer aumentar el deseo de la vida plena. En Jesús se reúne todo: "el camino": Jesús va delante por el camino del cielo hasta el fin; "la verdad": pues la contiene toda; "la vida": el que está unido con el Hijo del Hombre no necesita el apoyo de nadie. Él, que es el camino y el modelo, es también el protector. Por Él y en Él se reconoce al Padre, no con los ojos corporales, sino con los espirituales.

Los discípulos no entienden lo que Jesús quiere decir.

Aquí toma parte en la conversación Felipe. Es rectilíneo, como Tomás, pero menos seco. ¿No hay, piensa él, una manera muy sencilla de evitar tales dificultades?

"Señor, muéstranos al Padre, y eso nos basta."

Jesús explica con más claridad que se trata de un conocimiento espiritual y no de una visión corporal. Sus palabras se dirigen en primer término a todos en general y secundariamente al que pregunta en particular.

"¿Tanto tiempo ha que estoy con vosotros y no me habéis conocido? Felipe, el que me ve a Mí, ve también al Padre; ¿cómo, pues, dices tú: Muéstranos al Padre? ¿No creéis que yo estoy en el Padre y el Padre en Mí? Pues si no, por las obras creedlo."

Jesús habla ahora, más claro que nunca, de una convivencia eterna con el Padre en el cielo. Sólo por la fe se puede reconocer al Hijo de Dios en el Hijo del Hombre, y por la fe se puede ver también en Él al Padre, porque Él está inseparablemente unido con el Padre. Más tarde vendrá el tiempo en que los discípulos vean al Padre cara a cara.

Primero han de hacerse dignos de volverse a ver en el cielo, por

medio de una vida consagrada al Hijo que está en el Padre. En el tiempo de su ausencia los discípulos deberán dar continuación a su obra en la tierra. Y en la predicación de la buena nueva del reino no se ceñirán sólo al país de Israel, pues toda la tierra estará ya entonces redimida y santificada por la sangre del Hijo del Hombre. El mismo Hijo de Dios estará sentado a la diestra del Padre y escuchará la súplica de sus discípulos, que anhelarán por él.

“En verdad, en verdad os digo: el que en mí cree hará también las obras que yo hago, y mayores que éstas hará, porque Yo voy al Padre. Y todo lo que pidiéreis al Padre en mi nombre, Yo lo haré, para que el Padre sea glorificado en el Hijo. Si algo me pidiéreis en mi nombre, lo haré.”

Al dejarnos, Jesús no se cambiará tanto como los discípulos creen, oprimidos por el dolor. Por la fe han reconocido al Hijo de Dios sin haberle visto en su majestad. Y después de la separación permanecen aún unidos por la fe. Su relación con el Padre y con el Espíritu Santo se hace más íntima con la ida de Cristo al Padre.

Una vez que esté Él con el Padre se podrán unir a Él por la fe y podrán presentar ante el Padre sus súplicas y Él a su vez intercederá por ellos ante el Padre.

Pero sobre todo después de la separación se hará más estrecha la unión con el Espíritu Santo. Los que se separan se suelen consolar prometiéndose que se enviarán mensajeros y el retrato de su persona. Pero nunca ha podido nadie enviar un mensajero como el que promete Jesús a sus discípulos. Les enviará un mensajero que referirá fielmente todo lo que le diga, que les amará a ellos y que tiene una misma esencia con el Padre y con Él y es la imagen de su amor y el prototipo del amor que todas las almas deben a Dios. Jesús pasa a hablar de la misión del Espíritu Santo después de haber revelado a los discípulos la relación que nacerá entre los fieles y el Padre y Él mismo después de su separación. La condición para recibir al Espíritu Santo es la unión con el Padre y con el Hijo por medio de una fe viva coronada con obras.

“Si me amáis, guardad mis mandamientos. Y yo rogaré al Padre, y os dará otro Consolador, para que more siempre con vosotros: el Espíritu de la verdad, a quien el mundo no puede recibir, porque ni lo ve ni lo conoce; pero vosotros le conoceréis, porque morará con vosotros y estará en vosotros.”

Por tener la persona divina del Espíritu Santo la misma natu-

raleza y esencia que el Hijo, puede decir Jesús con toda verdad, aludiendo al trato de “hijitos” que les ha dado anteriormente:

“No os dejaré huérfanos; vendré a vosotros”: en una vida invisible, pero sobre todo por la santa comunión, Cristo vuelve de nuevo al alma.

Ya la convivencia mutua visible no durará mucho tiempo.

“Todavía un poquito, y el mundo ya no me ve; mas vosotros me veréis, porque Yo vivo, y vosotros viviréis. En aquel día —mejor que ahora— conoceréis que Yo estoy en mi Padre y vosotros en Mí, y Yo en vosotros. Quien tiene mis mandamientos y los guarda, ese es el que me ama; y el que me ama, será amado de mi Padre, y Yo le amaré y me manifestaré a él.”

Aquí interviene en la conversación Judas Tadeo, y hace una pregunta que pone a todos en conmoción. Los discípulos, que hasta entonces estaban esperando una solemne manifestación de Jesús ante todo el pueblo, ven claro que esa hora no llegará nunca. Ahora que han perdido ya la esperanza es cuando hablan más abiertamente de eso —rasgo genuinamente humano.

“Señor, ¿qué ha pasado que te has de manifestar a nosotros y no al mundo?”

Jesús explica ahora con más claridad en qué consiste propiamente su manifestación como Redentor; es decir, que no consiste en una transformación exterior, sino en algo interior: “Si alguno me ama, guardará mi palabra, y mi Padre le amará, y vendremos a Él, y haremos morada en Él. El que no me ama, no guarda mis palabras; y la palabra que habéis oído no es mía, sino del Padre que me envió.”

El Señor alude otra vez al futuro Maestro que les enviará, aunque los discípulos, como se advierte en sus palabras, todavía no lo entienden todo.

“Estas cosas os he dicho estando con vosotros. Pero el Consolador, el Espíritu Santo, que enviará el Padre en mi nombre, él os enseñará todas las cosas y os recordará todo aquello que Yo os he dicho.”

Estas palabras eran como una invitación a que cesaran de preguntar, pues vendría un tiempo en que, iluminados por el Espíritu Santo, lo comprenderían todo mejor que entonces.

“Schalom”. “La paz sea con vosotros”, se oye decir aún hoy al despedirse. Así habla también Jesús a los discípulos. Pero el Sal-

vador comunica a esa palabra un significado más profundo. Mejor que ningún otro hombre sabe Jesús en qué consiste la paz, y, además, tiene poder para comunicarla. El mundo, a lo sumo, lo que puede hacer es desearla.

“La paz os dejo, la paz mía os doy. No os la doy Yo como la da el mundo.”

Con estas palabras comprenden perfectamente los discípulos que Jesús los dejará pronto. Y vuelve a consolarles, hablándoles al mismo tiempo de las horas difíciles que les aguardan a Él y a ellos.

“No se turbe vuestro corazón ni se acobarde. Habéis oído que os he dicho: Voy y vuelvo a vosotros. Si me amaseis, os gozaríais, porque voy al Padre; porque el Padre es mayor que Yo.” Jesucristo, en cuanto Hijo del Hombre, estaba sujeto a la condición de los hombres, es decir, a la muerte, y en ese sentido era inferior al Padre antes de la muerte y de la Ascensión.

No les habla de las cosas futuras para entristecerlos, sino para prepararlos a lo que les espera.

“Y ahora os lo he dicho antes que suceda, para que lo creáis cuando sucediere. Ya no hablaré con vosotros muchas cosas, porque viene el príncipe de este mundo, aunque no hay en Mí cosa que le pertenezca. Mas para que el mundo conozca que amo al Padre y cómo me dió el mandamiento el Padre. Levantaos y vamos de aquí.”

Dice Jesús: “El príncipe de este mundo no tiene nada en Mí.” El sentido obvio de esas palabras es más claro que lo que encierran en el fondo, si se toman en la acepción especial que aquí tienen. En el acto de la liberación de los esclavos era usual la fórmula: No tengo nada en ti —no tengo ya ningún derecho sobre ti—. “El príncipe de este mundo —dice el Redentor conforme a esa fórmula— no tiene derecho sobre Mí, porque estoy sin pecado. Libremente voy a la muerte por los demás.”

“Levantaos y vamos de aquí.”

Con esas palabras pone Jesús fin a la conversación.

En realidad, no salieron inmediatamente, o bien porque los discípulos, tristes y abatidos, se resistían; pues las últimas palabras: “Viene el príncipe de este mundo” sonaron bastante téticamente, o bien porque se levantaron, pero se quedaron aún en la sala, cosa por lo demás muy natural después del banquete.

El amor, lazo de unión con Cristo, Hijo de Dios

Parábola de la vid

(Juan, XV, 1-25.)

Los discípulos estarán unidos con Cristo aun después de su partida, por medio de la fe, avivada por el amor. Tal es el verdadero lazo que los estrecha más fuerte e íntimamente de lo que pudiera hacerlo la presencia visible, pues es una convivencia más íntima.

Por última vez se sirve Jesús de la imagen de la vid, que en Judea suscita un interés especial.

El buen viticultor corta los sarmientos que sabe que no han de dar fruto y poda los que llevan fruto para que la savia vaya lo más pronto posible a los racimos. Pero nunca se corta un sarmiento que ha de dar fruto.

“Yo soy la verdadera vid y mi Padre es el viticultor. Todo sarmiento que no lleva fruto en Mí lo cortará, y todo aquel que diere fruto lo podará, para que dé más fruto. Vosotros ya estáis limpios por la palabra que os he dicho. Permaneced en Mí, que Yo permaneceré en vosotros. Como el sarmiento no puede de sí mismo llevar fruto si no permaneciere en la vid, así tampoco vosotros si no permaneceréis en Mí. Yo soy la vid, vosotros los sarmientos. Quien está en Mí, y Yo en él, éste lleva mucho fruto, porque sin Mí no podéis hacer nada. El que no permanece en Mí, será echado fuera, como el sarmiento, y se secará, y le cogerán, y arrojarán al fuego, y arderá.”

Los discípulos anhelan permanecer unidos con Cristo, y Jesús les revela que existe una unión más importante que la de la presencia sensible. Judas es buen ejemplo de ello. La unión exterior no pudo impedir la desaparición completa de la interior. La unión interior, o sea la de la gracia, no se destruye con la separación sensible. Por ella se unen los Apóstoles a Jesús en una unidad viviente, de suerte que de Cristo emanan continuamente influencias celestiales. De la misma manera los sarmientos y la cepa forman un todo informado de la misma vida.

Esta unión no se rompe sino por el pecado, que es la destrucción del amor. Por eso les amonesta Jesús diciéndoles: “Si os es doloroso no verme más con los ojos corporales, mirad que no de-

caiga el amor que me tenéis, porque entonces tendría que sustraerme a vuestras almas. Esta es la única desgracia verdadera de la vida. Rogad, pues, a Dios que jamás os suceda tal desdicha. Y esta oración es siempre escuchada.”

“Si estuviéseis en Mí y mis palabras quedaran en vosotros, pedid cuanto queráis y se os dará. Mi Padre es glorificado en que llevéis mucho fruto y seáis mis discípulos. Como el Padre me amó, así os he amado. Perseverad en mi amor. Si guardareis mis mandamientos, perseveraréis en mi amor, así como yo he guardado los mandamientos de mi Padre y estoy en su amor. Os he dicho estas cosas para que mi gozo esté en vosotros y vuestro gozo sea cumplido.”

Los Apóstoles están tristes. Jesús les hace sentir que conoce una alegría en medio del sufrimiento: su Padre le ama. Y Él quiere comunicarles esa alegría.

Todo sarmiento que no quiere crecer junto con los otros ni tener la misma savia, se separa con eso indefectiblemente de la vid. Así se separa también de Cristo el discípulo que viola el amor a su prójimo.

“Este es mi mandamiento: que os améis unos a otros, como Yo os he amado. Ninguno tiene mayor amor que el que da su vida por sus amigos.”

Los discípulos se hacen amigos de Jesús, en cuanto se le sujetan voluntariamente, sabiendo que por sus propias fuerzas nunca hubieran merecido ese honor.

“Vosotros sois mis amigos si hicieréis las cosas que Yo os mando. No os llamo siervos, porque el siervo no sabe lo que hace su señor; os he llamado amigos, porque os he dado a conocer todas las cosas que he oído de mi Padre.”

“No me elegisteis vosotros a Mí; mas Yo os elegí a vosotros y os he puesto para que vayáis y llevéis fruto; y que permanezca vuestro fruto para que os dé el Padre todo lo que pidiereis en mi nombre. Esto os mando: que os améis los unos a los otros.”

La unión con Jesús es una vida misteriosa en Él. El mundo no conoce esta vida por propia experiencia; pero, considerando la de los Apóstoles, ve que es enteramente diferente de la suya, y perseguirá a los discípulos con la misma inexorable enemistad con que ha perseguido al Maestro.

Los Apóstoles no han de espantarse cuando esto suceda, pues es

la mejor prueba de que están vinculados con la vida divina de Cristo.

“Si el mundo os aborrece, sabed que me aborreció a Mí antes que a vosotros. Si fuerais del mundo, el mundo os amaría como cosa suya; mas porque no sois del mundo, sino que Yo os escogí de él, por eso os aborrece. Acordaos de la palabra que os he dicho. El siervo no es mayor que su señor. Si a Mí me han perseguido, también a vosotros os perseguirán; como han guardado mi palabra, así guardarán la vuestra. Mas todo eso os harán por causa de mi nombre, porque no conocen a Aquel que me ha enviado.”

Esa ignorancia no es culpable, pero lo es la de los que, empujados interiormente, se rebelan contra la revelación divina.

“Si Yo no hubiera venido ni les hubiera hablado, no tendrían pecado; pero ahora no tienen excusa de su pecado. El que me aborrece, aborrece a mi Padre. Si Yo no hubiera hecho en medio de ellos obras que ningún otro ha hecho, no tendrían pecado; pero ahora las han visto y me aborrecen a Mí y a mi Padre, para que se cumpla la palabra que está escrita en la Ley: “Me aborrecen sin razón.” (Salmo 58, 5.)

El amor, lazo de unión con el Espíritu Santo

(Juan, XV, 25; XVI, 33)

Jesús había consolado a los discípulos en la parábola de la vid con el pensamiento de que la separación material no impedía en nada la unión espiritual. Ellos están unidos con Él por el amor, y este amor es cabalmente lo que los separa del mundo. Después de su partida al Padre quedarán también unidos con el Espíritu Santo por el amor. Verdad es que el mundo no conoce al Espíritu Santo, pero lo presiente, como de alguna manera conoció la divinidad del Hijo.

“Cuando venga el Consolador, que Yo os enviaré del Padre, el Espíritu de verdad, que procede del Padre, él dará testimonio de Mí. Y también vosotros daréis testimonio, porque estáis conmigo desde el principio.”

Después de la partida de Cristo, la relación de los discípulos

con el mundo no cambia en nada. El mundo, en cuanto aborrece a Dios, aborrece lo divino dondequiera que lo encuentra.

Otra vez asegura Jesús que no dice esas graves palabras sino por el amor que les tiene.

“Esto os he dicho para que no os escandalicéis. Os echarán de las sinagogas; mas viene la hora en que el que os quite la vida pensará que hace servicio a Dios. Y harán esto porque no conocen al Padre ni a Mí. Mas os he dicho esto para que, cuando viniere la hora, os acordéis de que Yo os lo dije. No os dije estas cosas al principio, porque estaba con vosotros.”

Los hijos oyen las últimas palabras del padre que se despide, al principio con cierta alegría; pero después se van dando cuenta, poco a poco, de lo que significan. Y así parece que los Apóstoles se fueron poniendo cada vez más tristes mientras Jesús les iba diciendo las palabras de consuelo, y aun perdieron el ánimo para hacerle preguntas. Por eso Jesús continúa así:

“Mas ahora me voy a Aquel que me envió y ninguno de vosotros me pregunta: ¿Adónde vas? La tristeza se ha apoderado de vuestro corazón, porque os dicho estas cosas. Mas Yo os digo la verdad: os conviene que Yo me vaya, porque si no me fuere no vendrá a vosotros el Paráclito. Mas si me fuere, os lo enviaré.”

El Espíritu no viene más que a los Apóstoles, pero por los Apóstoles verá también el mundo algo de su venida y sus efectos.

“Y cuando viniere, argüirá al mundo de pecado, y de justicia, y de juicio. De pecado, porque no han creído en Mí.” (Los discípulos del Crucificado reciben el Espíritu Santo y lo comunican a los gentiles.) “Y de justicia, porque voy al Padre, y ya no me veréis.” (El Crucificado sube al cielo y desde allí envía el Espíritu Santo como un mensajero que sale fiador de su vuelta al cielo.) “Y de juicio, porque el príncipe de este mundo ya está juzgado.” (Los judíos declararon su juicio, es decir, la crucifixión de Jesús, como el único juicio que da satisfacción a la justicia. El Espíritu Santo pondrá de manifiesto que este juicio es un ataque de Satanás contra Dios y que Satanás se aniquila con ello a sí mismo.)

Tal será el efecto de la acción del Espíritu Santo para el “mundo”. Defenderá ante el mundo la obra del Salvador que volverá a los Cielos, y completará la obra del Maestro en los discípulos.

“Aún tengo que deciros muchas cosas; pero no las podéis entender ahora. Mas cuando viniere aquel Espíritu de verdad, os en-

señalará toda la verdad. Porque no hablará de sí mismo, mas hablará todo lo que oyere, y os anunciará las cosas que han de venir.

Él me glorificará, porque de lo mío tomará, y lo anunciará a vosotros. Todas cuantas cosas tiene el Padre, mías son. Por eso os dije: de lo mío tomará y lo anunciará a vosotros.”

Y la conversación de Jesús se orienta hacia lo que se suele repetir más en las despedidas: “Hasta la vista”, suelen ser las últimas palabras. Jesús también les consuela con otra idea: Después de despedirse y antes de marcharse definitivamente volverán a encontrarse en este mundo por un breve espacio de tiempo.

“Un poco, y ya no me veréis, y otro poco, y me veréis; porque voy al Padre.”

Los discípulos decíanse entre sí: “¿Qué es esto que nos dice: Un poco, y no me veréis, y otro poco, y me veréis” y esas otras palabras “porque voy al Padre?” Y decían: “¿Qué es esto que nos dice de un poco? No sabemos lo que dice.”

Los discípulos se muestran más comunicativos porque Jesús emplea expresiones usuales y claras. Notan que el Salvador les habla de una separación corta y de otra más larga. Pero no piensan en lo que más de una vez les ha predicho: que resucitará al tercer día.

Jesús responde con una frase que no corresponde exactamente a la pregunta, sino que se extiende más allá, hasta lo que Él piensa en su interior.

“Disputáis entre vosotros sobre lo que os he dicho: Un poco, y no me veréis, y otro poco, y me veréis. En verdad, en verdad os digo que vosotros lloraréis y gemiréis, mas el mundo se regocijará; vosotros estaréis tristes, pero vuestra tristeza se convertirá en gozo.”

Va a producirse una catástrofe que les trastornará: va a morir y a ser sepultado. Y ellos se verán consternados y tristes como la mujer antes del alumbramiento; pero después el gozo les hará olvidar la pena anterior, como sucede con la madre.

“La madre, antes de dar a luz, está triste, porque viene su hora; mas cuando ha dado al mundo un niño, ya no se acuerda de la tribulación por el gozo de haber dado a luz un niño. Así vosotros ahora estáis tristes, mas otra vez os he de ver y se regocijará vuestro corazón y ninguno os quitará vuestro gozo.”

Vendrá el tiempo en que se realizarán y se pondrán de mani-

fiesto todas estas nuevas relaciones con el Padre, con el Hijo y con el Espíritu Santo, de que ya les ha hablado el Señor.

“Y en aquel día no me preguntaréis nada. En verdad, en verdad os digo que os dará el Padre todo lo que le pidieréis en mi nombre. Hasta ahora no habéis pedido nada en mi nombre; pedid y recibiréis, para que vuestro gozo sea cumplido. Estas cosas os he dicho en parábolas. Viene la hora en que ya no os hablaré en parábolas; mas os hablaré claramente de mi Padre. En aquel día pediréis en mi nombre; y no os digo que rogaré al Padre por vosotros, porque el Padre mismo os ama, porque vosotros me habéis amado y habéis creído que Yo salí de Dios. Salí del Padre y vine al mundo; otra vez dejo el mundo y voy al Padre.”

Jesús hace alusión a su vida futura y a su vida pasada. Y sucede a los discípulos lo que tenía que sucederles como a hombres que eran, es decir, que no entienden sus palabras, aunque piensan que lo han entendido todo. Llenos de gozo interrumpen la conversación del Salvador con cierta viveza: “Ahora hablas con claridad y no dices parábolas. Ahora conocemos que sabes todas las cosas y que no es menester que nadie te pregunte. En esto creemos que has salido de Dios.”

Los Apóstoles han desvirtuado algo las palabras del Maestro. Él había dicho que procedía del Padre, y ellos lo entienden de un salir del Padre que significa una separación de Él. De nuevo podrían comenzar las conversaciones y explicaciones; pero Jesús pone fin, porque se acerca la hora de la Pasión. Otra vez les amonesta, preocupado más por ellos que por sí mismo:

“¿Ahora creéis? He aquí que viene, y ya es venida la hora en que os dispersaréis cada uno por su parte, dejándome a Mí solo; mas no estoy solo, porque el Padre está conmigo. Os he dicho esto para que tengáis paz en Mí. En el mundo tendréis pesadumbre, mas tened confianza, que Yo he vencido al mundo.”

Estas palabras se propagan, trascendiendo las estrecheces de la sala, por todo el mundo y a través de todos los tiempos y valen para todos los fieles de todas las edades y de todas las zonas de la tierra.

La oblación de los discípulos al Padre en la oración

Entonces, alzando los ojos al Cielo, dijo el Señor: "Padre, viene la hora; glorifica a tu Hijo para que tu Hijo te glorifique a Ti." (Juan, XVII, 1-26.)

A través de toda la conversación de Cristo se había ido repitiendo este pensamiento: No os entristezcáis tanto por la separación exterior. Pues permanecéis interiormente tan unidos conmigo, que la separación material no tiene importancia. Esta unión interior es, al mismo tiempo, la fianza de que nos volveremos a encontrar.

En toda despedida lo último que se dice es un adiós, un saludo a aquellos de quien nos despedimos. En Cristo no es así, pues su despedida es un "ir al Padre", a su Padre, que es también el "Padre de los discípulos" en razón de la vida interna del amor. Por eso su última palabra es una invocación al Padre. De ese modo logra que los discípulos vean ya con sus propios ojos y oigan con sus oídos las relaciones que tendrá Él con ellos desde esta hora. Separado de ellos y permaneciendo en el Padre, sigue estando cerca de ellos porque por ellos intercede ante el Padre.

"Jesús alzó los ojos." En todos los pasajes de la Escritura en que se habla de alzar los ojos en la oración, se trata de personas que están de pie; así se puede suponer aquí que Jesús estaba de pie. Tal vez se había levantado cuando dijo: "Levantaos y vamos de aquí" para decir la plegaria que siguió.

Jesús, en presencia de los discípulos, empieza a invocar al Padre, del cual les acababa de hablar hacía poco. Esta oración es la respuesta más clara a la pregunta de los Apóstoles: "¿Adónde vas?"

"Padre, la hora es llegada; glorifica a tu Hijo para que tu Hijo te glorifique a Ti; pues que le has dado poder sobre todo el linaje humano, para que dé la vida eterna a todos los que le han señalado. Y ésta es la vida eterna: que te conozcan a Ti solo Dios verdadero, y a Jesucristo a quien enviaste.

"Yo por mí te he glorificado en la tierra; he acabado la obra que me encomendaste. Ahora, Padre, glorifícame en Ti mismo, con la gloria que tenía en Ti antes que fuese el mundo."

Jesús expone al Padre en su oración lo que ha hecho hasta ahora por los discípulos y lo que han sido ellos para Él: "He manifestado tu nombre a los hombres que me diste del mundo. Tuyos eran y me los diste a Mí, y guardaron tu palabra. Ahora han cono-

cido que todas las cosas que me diste son tuyas. Porque les he dado las palabras que me diste, y ellos las han recibido y han conocido verdaderamente que yo procedí de Ti, y han creído que Tú me enviaste.”

El mismo Padre es quien se encarga ahora de conservar a los que han permanecido fieles al Hijo, que se despide ya de ellos, el cual los había guardado hasta entonces por la fe y por el amor en aquella íntima unión, ante la cual nada significa la separación corporal.

“Por ellos ruego. No ruego por el mundo, sino por éstos que me diste, porque tuyos son. Y todas mis cosas son tuyas, y las tuyas son mías y en ellas he sido glorificado. Yo ya no estoy en el mundo, y éstos quedan en el mundo y Yo voy a Ti.”

Los discípulos son propiedad del Padre como del Hijo. De ellos depende el honor que se ha de tributar al Hijo en este mundo. Y Jesús no pide al Padre sino que los conserve en aquella misteriosa unión con el Hijo que se asemeja a la unión del Hijo con el Padre. Las anteriores palabras de despedida de Jesús a los discípulos equivalen a una preparación para esta última oración, que es, al mismo tiempo, el principio de su eterna oración en el cielo.

“Padre santo, guarda por tu nombre a aquellos que me diste para que sean una misma cosa, como lo somos nosotros. Mientras Yo estaba con ellos, los defendía en tu nombre. Guardé a los que me diste y ninguno de ellos pereció, sino el hijo de la perdición, para que se cumpliese la Escritura. Mas ahora voy a Ti, y digo esto en el mundo para que tengan mi gozo cumplido en sí mismos. Yo les di tu palabra, y el mundo los aborreció, porque no son del mundo, como tampoco Yo soy del mundo. No pido que los quites del mundo, sino que los guardes del mal. No son del mundo, como tampoco Yo soy del mundo.”

Están “en el mundo”, pero no son “del mundo”. Son semejantes a un contado número de hombres que han de conservarse sanos en medio de apestados. Y no pueden conservarse puros si no van armados de defensas especiales. La protección contra el pecado consiste en estar penetrados en su interior por las verdades de la fe para poder poner en juego todas sus fuerzas y no ser ya arrastrados a la esclavitud del pecado. Eso es lo que ahora pide Jesús en otra invocación al Padre. Le ha llamado “Padre santo” y ahora pide al Santo la santificación de sus discípulos. Abierta y solemnemente se dirige Cristo a su Padre, y presenta los discípulos al Padre y se los recomienda como a hombres que han de continuar su obra en este mundo, y que por eso no pertenecen al mundo, si bien tienen que cumplir su misión en el mundo.

"Santificalos en tu verdad; tu palabra es la verdad. Como Tú me enviaste al mundo, así los he enviado al mundo. Y por ellos Yo me santifico a Mí mismo, para que también ellos sean santificados en la verdad."

En estas palabras habla el Salvador veladamente de su muerte por los discípulos. Pero esa muerte la acepta Él por todos, y no tan sólo por los discípulos que están reunidos en la sala. Esta tarde se despide, no solamente de aquellos hombres que ha ganado para sí en vida, sino también de todos los que más tarde creerán en sus palabras, a quienes tan de grado hubiera visto Él cara a cara, como ellos le hubieran visto a Él con sus propios ojos con no menor complacencia. Las palabras de despedida de Jesús se apoyan en razones de consuelo que valen tanto para los discípulos como para nosotros. Ante los ojos de Cristo se hacen transparentes las paredes de la sala y se le revelan los siglos venideros. Ve a todos los que se unirán más tarde con Él por la fe y por el amor y encomienda a todos al Padre celestial.

"Mas no ruego por éstos solamente, sino también por los que han de creer en Mí por la palabra de ellos; para que sean todos una cosa, como Tú, Padre, en Mí y Yo en Ti." —Después, cuantos más sean los fieles de diversas condiciones y pueblos, mayor será el peligro de que esas diferencias de condiciones junto con los prejuicios nacionales den lugar a divisiones—. "Que también ellos sean una misma cosa, para que el mundo crea que Tú me enviaste. Yo les he dado la gloria que me diste, para que sean una cosa, como nosotros somos una cosa. Yo en ellos y Tú en Mí, para que sean consumados en una cosa; y que conozca el mundo que Tú me has enviado y que los has amado como me amaste a Mí.

"Padre, quiero que los que Tú me diste estén conmigo allí mismo en donde Yo estoy, para que vean mi gloria, que Tú me diste, porque me has amado antes de la creación del mundo.

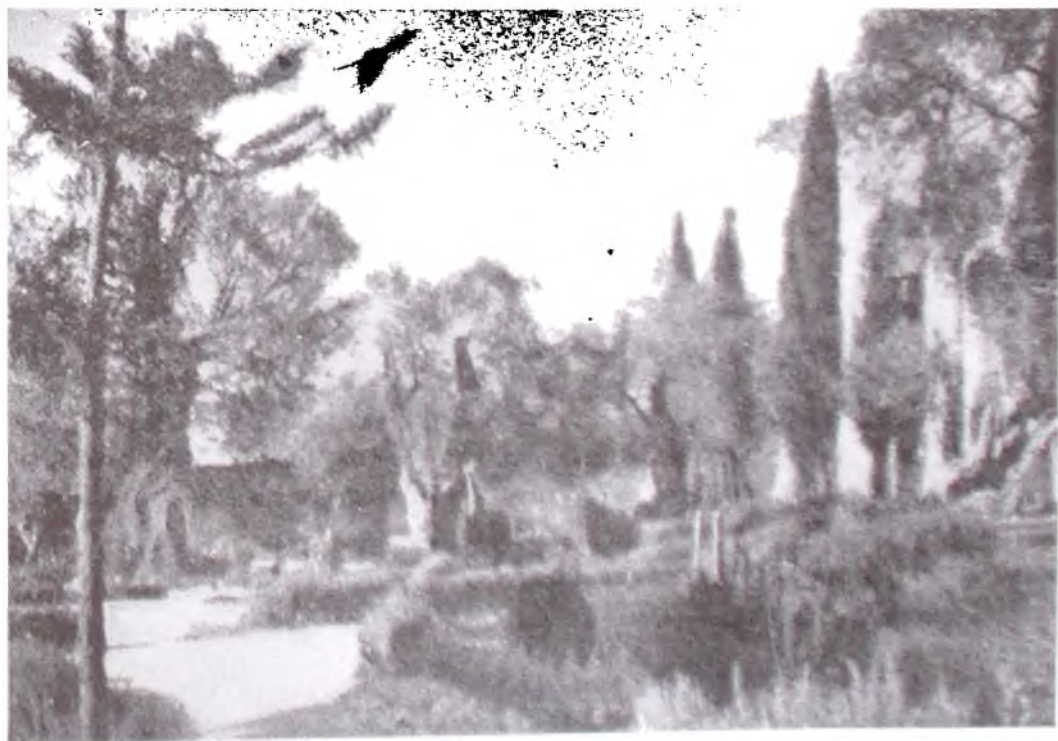
"Padre justo, el mundo no te ha conocido, mas Yo te he conocido y éstos han conocido que Tú me enviaste. Les hice conocer tu nombre y se lo haré conocer para que el amor con que me has amado esté en ellos, y Yo en ellos."

CAMINO HACIA EL MONTE DE LOS OLIVOS. VISTA DEL VALLE CEDRON, TOMADA DESDE EL PUENTE BAJO SOBRE LA NUEVA IGLESIA DEL MONTE DE LOS OLIVOS

La sombra del templo se proyecta sobre el lecho del torrente. Entre las piedras sepulcrales planas que allí yacen crecen las primeras hierbas. Sobre todo en este sitio, el panorama debió de ser en tiempo de Cristo como ahora. Los sepulcros excavados en la roca viva, cuando Jesús subió del torrente Cedrón, por la noche, mostrarían sus oquedades, como negras sombras, entre las columnitas que solían adornar esos sepulcros. El sepulcro primero es el de Zacarías; el de más atrás, en el fondo, el de Absalón. Al fondo, la nueva basílica del monte de los Olivos.

EN EL HUERTO DE LOS OLIVOS

Hay aquí árboles cuya edad se aprecia en mil quinientos años. Todos están huecos y parecen no tener ya más vida; pero el olivo, en su lento crecimiento, tiene la extraña virtud de rejuvenecerse. Si se corta de la red de raíces un trozo y se entierra, se tiene un árbol que da fruto antes que los vástagos. Si la tradición nos dice que las raíces de estos árboles remontan al tiempo de Cristo, no dice una cosa inverosímil. Los parterres están encuadrados con romero que prospera allí sin cuidados especiales y alcanza la altura de un hombre.



Pasión y muerte de Jesús

Camino del monte de los Olivos. La agonía

Después que rezaron el Salmo, salió de la ciudad con sus discípulos a la otra parte del torrente Cedrón, donde había un huerto, que llamaban de Getsemaní, en el cual entró Él y sus discípulos, a quienes dijo Jesús: "Sentaos aquí, mientras Yo hago oración." Y tomó consigo a Pedro y a Santiago y a Juan y empezó a atemorizarse y a angustiarse. (Juan, XVIII, 1; Marc., XIV, 26-42; Mat., XXVI, 30-46; Luc., XXII, 39-46.)

Jesús terminó la cena pascual con la oración prescrita de varios salmos que formaban una cierta unidad litúrgica. Después salió de la sala. En la noche anterior a la Pascua no era posible la tranquilidad en Jerusalén. Jesús, con sus discípulos, hacía en la gente la impresión de un grupito de peregrinos en busca de albergue. Por supuesto que durante la noche de la Pascua no estaba permitido salir de la región de Jerusalén. Judas ya había contado con que Jesús no podía llegar hasta Betania.

El que durante la noche quería ir al huerto de los Olivos, tenía que rodear la plaza del templo. Por largas escalinatas de piedra se bajaba al profundo del valle, y por una puerta se salía a campo descubierto. El grupo vió entonces alzarse hacia el negro cielo, cortada a pico, a su izquierda, la imponente muralla del templo. Inmediatamente después de pasar el arroyo Cedrón, comenzaba a subir el camino. A manera de fantasmas resplandecían blancas las paredes de roca de los sepulcros, con oquedades sombrías, negras como el carbón. Pero también es posible que esas paredes de los sepulcros del Oeste no aparecieran sino cuando se regresaba yendo a Jerusalén.

Jesús se dirigió a un huerto cerrado. Allí había dormido muchas veces con los discípulos. Aquella noche parece haber sido una de las frías de primavera típicas en Palestina. De todos modos, en el angosto valle de Cedrón hacía menos frío que en otras partes. El viento del Oeste no penetra hasta el fondo del valle sino en algunas fuertes ráfagas, y el calor almacenado en las rocas durante el día se irradia en la atmósfera durante la noche.

El huerto llevaba el nombre de Getsemaní o "trujal de aceite". Por lo demás, era un huerto como son los orientales. Muchas veces se hallan allí también las instalaciones para la preparación y elaboración de los productos extraídos de los frutos. Los olivos no consienten entre ellos otras plantas; en los Evangelios se supone que se trata de un huerto en que se puede uno mover libremente sin causar daños.

Los discípulos esperaban sin duda que Jesús querría pasar allí la noche con ellos y les dijo: "Quedaos aquí, mientras yo hago oración." Pero eso mismo ya lo había hecho otras veces y también otras veces había tomado a Pedro, Santiago y Juan, dejando a los otros discípulos.

Entonces se operó en el Maestro una siniestra transformación. Él, cuya intrepidez les había infundido a ellos no pocas veces temor, comenzó a atemorizarse y angustiarse. En una agonía horrible, en presencia de algo que los discípulos no veían, empezó a decir:

"Mi alma está triste hasta la muerte. Esperad aquí y velad." A pesar de rogar a los discípulos que se quedaran cerca de Él, se alejó de ellos la distancia de un tiro de piedra; si bien ellos podían continuar viéndole y oyéndole.

Como con la escena del monte de los Olivos empieza un nuevo período en la vida del Señor, se suele olvidar por atender a esa escena el relacionar este acontecimiento con las palabras que poco antes había pronunciado en la sala. Es una mudanza psicológica imposible de apreciar; pero precisamente aquella perturbación manifiesta su divinidad y su humanidad. También en la vida de los demás hombres tienen lugar, especialmente en las horas de despedida, esos cambios repentinos de estado de ánimo. ¡Cuántos soldados amantes de su familia se despidieron tal vez de los suyos con los ojos enjutos, sin lágrimas, firmes y sin conmoverse, mientras todos lloraban, y luego, al encontrarse solos, cayeron en tierra, apretándose fuertemente las manos, ante el temor de lo que les esperaba!

Es verdad; Jesús permitió libremente que todo aquello viniera sobre sí; pero la buena voluntad, aunque influye en el modo de soportar los dolores, no los disminuye. Precisamente de esa libertad se originaba la lucha formidable en su alma. Era hombre, y le sucedía lo que a los demás hombres; un padecimiento que se ha estado temiendo largo tiempo, aunque se haya aceptado internamente, se presenta de manera muy distinta cuando empieza a ser realidad. El hombre que pensaba estar bien apercibido, en el momento de la lucha se siente tal vez atacado, por decirlo así, en una parte del alma donde no lo esperaba, y los motivos de que él se había armado para la lucha pierden su fuerza.

Una resistencia violenta se hacía sentir en la humana naturaleza de Jesús, contra sus más altas aspiraciones. Cada uno de sus miembros parece que se rebelaba contra los padecimientos que su espíritu veía venir. Fué en busca de protección en el horror de aquella clara noche de luna, y todos le habían desamparado. Los más pequeños ruidos, por su monotonía, le eran terribles e insoportable en medio de la soledad, como eran el penetrante zumbido de los mosquitos que se amontonaban en la hondonada, protegida del viento, el canto de los grillos, el fino silbido de las rígidas hojas de olivo al soplo del viento: todo le parecía como un escarnio de la creación entera contra Él, que estaba ya como eliminado de la vida.

Arriba, en la alta sala del convite, el amor había hecho olvidar a su corazón todo lo que podía proporcionarle dolor; más bien había pensado en aquellos que le eran fieles. Ahora cayeron las tinieblas todas juntas sobre su alma. Ya no miraba a los hombres como pobres seres desvalidos e ignorantes, porque detrás de su debilidad descubría una maldad interior, y de ella descendían, por decirlo así, oscuros senderos hasta las tinieblas del infierno. En el fondo de todas las cosas sentía como una realidad viviente; pero invisible, la cercanía del que es enemigo del hombre desde el principio. Se despertó en su alma una terrible ansiedad por el destino de los pobres hombres. Derrocóse por tierra, y oró. Él, que en la sala se había acercado tan solemnemente a Dios para hablarle, suspiraba ahora anhelante por Él: "Padre, todo te es posible, traspasa de Mí este cáliz; mas no se haga lo que Yo quiero, sino lo que Tú quieres."

Entonces volvió a sus tres discípulos. Los había dominado esa extraña necesidad de sueño que se suele apoderar de los hombres

sanos, después de prolongadas conmociones psíquicas. El mismo Pedro estaba tendido en el suelo y dormía. Jesús los despertó. Era tan desagradable para Él encontrarse despierto solo, entre gente que no pensaba más que en dormir...; para los mismos discípulos era entonces más peligroso dormir que hacer oración.

“Simón, ¿duermes? ¿Ni siquiera una hora has podido velar conmigo? Velad y orad, para que no caigáis en la tentación. El espíritu está pronto, pero la carne es débil.”

Sólo aquel que tenía en lo más recóndito de su alma la garantía de que resistiría triunfante en cualesquiera pruebas y luchas podía andar más solícito de los demás que de sí mismo.

Después volvió Jesús otra vez a orar. Fué una oración como es siempre la súplica de los hombres cuando se hallan en una angustia suprema; una repetición de frases sencillas que, como suspiros, brotan del alma afligida.

Jesús no oró en vano. Es verdad que Dios no apartó de Él el cáliz; pero le envió un ángel que le infundiera ánimo y esforzara su humanidad decaída. Jesús se dejó consolar por el ángel, lo cual era ya una aceptación de la voluntad del Padre, como correspondía a un alma que se había mantenido firme a pesar de todas las angustias.

Pero la lucha interior iba creciendo y, en cierto modo, tuvo que reducir a obediencia desde lo más íntimo de su alma a todos los sentidos del cuerpo. En aquella agonía se produjo algo que se nos relata con palabras tales que revelan la huella de testigos oculares. Su sudor se convirtió en gotas de sangre cuajada, que corrieron por la tierra. San Lucas no emplea aquí la palabra que se usa para significar las gotas de agua, sino una forma especial que se usa para expresar el líquido que mana despacio y al mismo tiempo se desliza lentamente, como, por ejemplo, la resina en los árboles, o bien la sangre misma.

Jesús volvió a sus discípulos y los halló de nuevo dormidos. La primera vez parecía que habían tenido la intención de velar con el Maestro. Ahora, al despertarlos por segunda vez, no podían ya dar excusa ninguna. Todo se hizo en silencio; ni siquiera sospechaban de cuánto alivio hubieran podido ser en aquella hora al Señor.

Cuando Jesús volvió de la oración por tercera vez, vino en un estado de ánimo muy distinto. Ante sus ojos abríase claro el horizonte, la niebla oscura se había disipado. Su sacrificio no estaba

condicionado a la correspondencia de su amor, ni a la gratitud humana, ni a la fidelidad rendida de los discípulos; estaba vinculado al amor del Hijo al Padre y a la obediencia de Dios a Dios mismo. No había más que una cosa por la cual aceptaba sobre sí la Pasión: la voluntad de su Padre. Él amaba a sus discípulos todavía como antes; pero su alma estaba más lejos de ellos que antes. Estaba solo, tan solo como jamás hombre alguno lo ha estado. Por su parte ya no le importaba que hubieran seguido durmiendo los discípulos.

“Dormid ya, y reposad. Basta (de velar y de orar); la hora es llegada; ved que el Hijo del Hombre va a ser entregado en manos de pecadores.”

Es verdad que los discípulos habían advertido, aun sensiblemente, las extrañas mudanzas que se habían obrado en su Maestro, pero les parecía todo un sueño. Lo menos que hace un siervo oriental cuando su señor se presenta delante es levantarse de un salto. Los discípulos ni eso parece que hicieron, pues Jesús les dice:

“Levantaos. Vamos. El que me ha de entregar está cerca.”

Prendimiento de Jesús

Y Judas que lo entregó conocía también aquel lugar, porque muchas veces había ido allí Jesús con sus discípulos. Judas, pues, habiendo tomado una cohorte y los siervos de los príncipes de los sacerdotes y de los fariseos, va allí con linternas y con hachas y con armas. (Juan, XVIII, 2-11; Marc., XIV, 3-52; Mat., XXVI, 47-56; Lucas, XXII, 47-54.)

En algún sitio, bien sea desde una esquina sombría de alguna calle o bien junto a alguna puerta, debió Judas de cerciorarse de que Jesús había ido al monte de los Olivos. Dió de ello cuenta a los príncipes de los sacerdotes y a los fariseos, que inmediatamente pusieron mano a la obra.

Éstos tuvieron bien en cuenta las condiciones de tiempo y lugar de su país al tomar consigo no sólo a su propia gente, es decir, hombres de la custodia del templo y de su propia servidumbre, sino también un centurión, con un batallón de soldados de la fortaleza Antonia, que se ofreció para ello. Los hombres de nuestros tiem-

pos, que están habituados a ver cómo la policía recurre a la ayuda efectiva o eventual de las fuerzas armadas, no verán en este hecho la “inverosimilitud” que veían los críticos del 1900. Tomaron consigo hachas y linternas, las cuales no eran tan superfluas como pudiera creerse, a pesar de ser como era noche de luna llena. Pues, por lo menos, una parte del camino era muy sombría, la que iba por los desfiladeros del valle Cedrón. Los que por razón de su profesión no poseían armas, iban armados como van aún ordinariamente los pastores que no disponen de un fusil, es decir, con palos, cayados y machetes.

Judas guiaba. El apóstol renegado mostraba aquella prudencia suspicaz propia de hombres privados de todo sentimiento de vergüenza. Hombres en traje oriental, con turbante y largos vestidos, no se distinguen fácilmente unos de otros. Y así por el camino combinó que los esbirros habían de lanzarse sobre Jesús a esta contraseña:

“Aquel que yo besare, ése es. Prendedle y conducidle con toda cautela.”

El odio a Jesús debió de haber crecido en Judas horriblemente en las últimas horas, para ocurrírsele una señal que parecía tan natural tratándose de su Maestro, y al mismo tiempo tan villana.

Acababa de anunciar Jesús a sus discípulos lo que iba a ocurrir, y apareció Judas entre los olivos. Fué directamente al Maestro, como uno que le ha buscado con ansia; lo saludó, echándole los brazos al cuello y le dió un beso; fué, pues, un saludo prolongado, pues la expresión griega insinúa que le dió varios besos, como se hace en los saludos orientales.

Mientras estaba perpetrando el crimen amonestóle Jesús por última vez:

“Amigo, ¿a qué has venido? ¿Con un beso (signo de amistad) entregas al Hijo del Hombre?”

Judas retrocedió.

Las fuerzas que espiaban en el fondo debían saber también que Jesús se entregaba libremente. Jesús, se dice en el Evangelio, “salió”. Hay que creer, pues, que dejó el huerto saliendo por la puerta y que fué al encuentro de sus enemigos al camino. Como la cosa más natural, los discípulos se pusieron al lado del Maestro. Tranquilo y firme, como dueño de la situación, preguntó Jesús:

“¿A quién buscáis?”

Le respondieron: "A Jesús Nazareno."

Como los que estaban delante sabían por el beso de Judas que quien así preguntaba era Jesús mismo, su respuesta resonó sin duda como el grito del que se regocija en su crimen.

"Yo soy" —replicó Jesús—. No es Judas quien me entrega; yo mismo me entrego a vuestra violencia." En el mismo momento brilló en todo su ser y en su mirada tal majestad, que los soldados retrocedieron y cayeron en tierra.

Repuestos del espanto, permanecieron en su interior obstinados. En aquel momento les hizo permanecer juntos en su obstinación aquella misma tendencia misteriosa que asocia entre sí a los incrédulos en contra del milagro.

Jesús preguntó lo mismo otra vez.

Entonces se concentró toda la atención en Jesús solo. Él fué quien apartó a los débiles discípulos del espantoso drama que iba a empezar. "Si me buscáis a Mí, dejad ir a éstos."

La palabra "éstos" tenía mucho sentido; es que Jesús no podía o no quería llamarles sus discípulos. Entonces se despertó en los antiguos pescadores de Galilea su espíritu agresivo. Después sucedió lo que suele suceder en casos semejantes: pasan simultáneamente muchas cosas y cada uno atiende sólo a aquella en que toma parte directa.

Los discípulos dijeron a Jesús: "Señor, ¿herimos con la espada? ¿Es que quieren prenderte?" Eso les parecía ahora tan inaudito como si Jesús no les hubiera anunciado nunca que sería entregado a sus enemigos. Pedro, entretanto, ya había hecho uso de la espada contra el primero que se le presentó. Era Malco, siervo del Sumo Sacerdote. El nombre parece ser de la región del este del Jordán, pues con frecuencia sirven en las ciudades de Judea jóvenes de aquella tierra. Si Malco iba armado con un yelmo, se comprende fácilmente que el golpe, sin dar en la cabeza, le hiriera la oreja, pues se ve que la espada resbaló sobre el borde por la parte saliente del yelmo.

Amenazaba una refriega en regla, si Jesús mismo no lo hubiera impedido, amonestando a Pedro: "Mete tu espada en la vaina, que quien a hierro mata, a hierro muere." Lo cual en este caso hubiera sido una realidad bien pronto, pues detrás estaban esperando la orden los soldados romanos. Pedro no había comprendido que en aquel momento tenía comienzo la última obra del Mesías. Cualquier

EL VALLE CEDRÓN. VISTA TOMADA DESDE EL PUENTE SUPERIOR DEL CEDRÓN, VALLE ABAJO

El muro, luminoso y blanco, circunda el camino que es la continuación del sendero que se ve en la fotografía. A mano derecha, las plantaciones de olivos cubren el fondo del valle y en parte también la pendiente que está en la sombra. Las parcelas brillantes y desiertas son campos segados. Las almenas de los muros del templo se yerguen hacia el cielo. En el ángulo voladizo hacia la abrupta pendiente sobre el valle Cedrón se cree generalmente que se hallaba el "pináculo" del templo, adonde llevó el tentador a Jesús. La colina que está abajo, por donde desciende un camino al valle Cedrón, estaba entonces completamente cubierta de edificios. Si se toma allí un puñado de tierra, seguro que se cogen también, al mismo tiempo, cascotes de cacharros. Por el corte del valle, junto a la torre del sepulcro de Absalón, que tiene forma de casquete, se ve también la pendiente en que se hallaba, según la tradición, el Haceldama o "campo de sangre". En tiempo de Jesús estaba este paraje como ahora



conato de impedirle de parte de los ángeles o de los hombres estaba fuera de lugar, una vez que el Hijo había dado su aprobación para su muerte y pasión.

“¿Por ventura piensas que no puedo rogar a mi Padre y me dará ahora mismo más de doce legiones de ángeles? Pero ¿cómo se cumplirían las Escrituras según las cuales conviene que suceda así?”

No había que apaciguar solamente a Pedro, sino también a Malco, herido por él. “Jesús tocó su oreja y la sanó.”

Entretanto habían avanzado del fondo los príncipes de los sacerdotes, los escribas, los desarmados y los ineptos para la lucha. También éstos debían oír de la boca de Jesús mismo que iba a la muerte voluntariamente.

“Como a ladrón habéis salido con espadas y con palos a prenderme. Cada día estaba sentado en el templo con vosotros, enseñando, y no me prendisteis. Mas esto todo ha sucedido para que se cumplieran las Escrituras. Ésta es vuestra hora y la del poder de las tinieblas.”

Jesús se dejó atar. Los Apóstoles lo vieron y, no obstante, huyeron. No habían temido afrontarse con los criados; pero debieron de perder totalmente la serenidad al ver que Jesús se entregaba libremente.

La negación de Pedro

Simón Pedro y otro discípulo seguían a Jesús. Este otro discípulo era conocido del Sumo Sacerdote y entró con Jesús en el atrio del Sumo Sacerdote. Pedro había quedado fuera, a la puerta. Salió, pues, el otro discípulo, que era conocido del Sumo Sacerdote, y lo dijo a la portera, e hizo entrar a Pedro. (Juan, XVIII, 15-18, 25-27; Mateo, XXVI, 69-75; Marc., XIV, 66-72; Luc., XXII, 56-62.)

Probablemente el ejemplo de Juan indujo a Pedro a seguir a Jesús de lejos. Juan era conocido del Sumo Sacerdote, y tal vez también de la servidumbre de la casa. En otras ocasiones hubiera sido libre la entrada a este recinto; pero aquella noche, por razón del prendimiento de Jesús, todos estaban excitados, y así se comprende que la portera viera un intruso sospechoso en toda persona

desconocida para ella, y que luego fuera a contar a los criados lo que ella observaba.

Es probable que Juan no advirtiera que Pedro se había quedado fuera hasta que estuvo en el atrio interior. Volvió, pues, a salir, habló con la portera e introdujo a Pedro.

Nunca son en Oriente las diferencias de temperatura entre el día y la noche tan grandes como antes del paso franco al calor del verano; las oscilaciones pueden llegar a 15 o 20 grados, aunque estos números no dan la variante exacta, porque durante el día la gente se mueve ordinariamente al sol, donde la temperatura aún es mucho más alta. Por este tiempo es medida común preventiva en toda Palestina encender fuego, si hay que velar.

Palestina era ya entonces un país en que había que ahorrar el combustible; servíanse de carbón de leña, que se hacía brasas lentamente, pero sin dejar que se consumiera demasiado pronto con la llama. No obstante, es de creer que la servidumbre no tendría a su disposición un combustible tan caro, y debieron de contentarse con chamarasca y paja. Documentos egipcios atestiguan que a las guarniciones se les daba como combustible las granzas y el sámago de los graneros del Estado.

Pedro se dirigió adonde estaba el fuego. No era, en verdad, lo más prudente; pero sí lo más natural que podía hacer. Yendo a calentarse se desentendía, en cierto modo, de sus tormentas interiores y las ocultaba a la observación de los presentes.

La descripción de la negación de Pedro hecha por los Evangelistas es de una verdad insuperable; es un cuadro en que todo se presenta al esplendor tembloroso del fuego. Los narradores solamente conocen, por decirlo así, partes del suceso, y todos las ven bajo diversos aspectos, aunque todos conocen el hecho en general.

¡Habían prendido al taumaturgo! ¡Quién hubiera podido soñar en eso pocos días antes, cuando entró triunfalmente en Jerusalén! Por eso no era sólo Pedro quien andaba excitado; también lo estaba la servidumbre. Para no estarlo hubieran tenido que dejar de ser siervos y criados orientales, que, según el uso y la costumbre, viven separados exteriormente de sus señores; pero precisamente por eso siguen con curiosidad e interés pueril todo lo que a éstos concierne. Habla uno, y al punto intervienen los demás con preguntas y afirmaciones. Una vez se dice que estaban sentados al fuego, y después se dice que estaban de pie alrededor. Es que

los orientales, cuando tienen frío o están excitados, no saben estar largo tiempo en la misma postura.

Una criada, debió de ser la misma portera, fué la primera en examinar a Pedro. Tal vez no lo había perdido de vista desde que cruzó el umbral de la puerta. Se acercó al fuego, le miró a la cara y le dijo: "También tú estabas con Jesús Nazareno."

Pedro, siempre tan pronto a seguir cualquier impulso bueno, quedó entonces desconcertado, abandonado como estaba a solo su carácter. Verdad es que no había que dar demasiada importancia a las palabras de una criada; pero allí estaban también sentados o de pie los criados y escuchaban.

En la respuesta que nos transmite San Marcos se repiten expresiones equivalentes entre sí; pero precisamente en esa forma es como se conforma a la verdad histórica. Cuando se quiere uno desentender de un embrollo, tartamudea algunas palabras como de "no entender" de qué se trata. Así hace Pedro: "Ni lo conozco, ni sé lo que dices."

Entonces la intranquilidad le arrastró del claro fulgor de las brasas a la penumbra. Y se alejó hasta la otra parte del atrio interior. Este patio interior no era tan amplio que permitiera cortar toda comunicación con los presentes. La misma criada, acaso otra (las criadas suelen estar juntas), volvió a insistir. Si era la misma, estamos en presencia de una criada genuinamente oriental, que no cesa en una cosa en cuanto la ha emprendido. Y asevera otra vez: "Éste es también uno de ellos."

Al cabo de una hora volvió Pedro al lado de los criados y demás siervos. Después de haberlo dejado en paz, esperaba que no le molestarían más. Tal vez se había sabido ya algo de lo que ocurría en la sala. Para ponerse de nuevo en contacto con ellos, tomó parte en la conversación.

Ese intento tuvo un final fatal. Las expresiones de la gente sencilla se distinguen marcadamente en los diversos dialectos de un país, en la forma, en el acento y en la pronunciación. Por eso aquellos siervos judíos conocieron al punto que Pedro era de Galilea y cayeron sobre él, diciéndole: "Verdaderamente tú eres uno de ellos; tu habla te denuncia."

Y uno, pariente de aquel Malco a quien Pedro había cortado una oreja, añadió a estas sospechas, dichas de pasada, esta afirmación categórica: "Pues, ¿qué?, ¿no te vi yo a ti en el huerto con Él?"

Con "él", con "ellos", así se habla ahora de Jesús, a quien habían vitoreado solemnemente en la entrada triunfal, y de sus discípulos, a quienes habían envidiado en silencio.

Hace poco había aseverado Pedro delante de Jesús: "Yo estoy dispuesto a ir contigo a la muerte." Ahora, cuando ya no se apoya más que en su naturaleza, que quería desenmarañarse y quedar a salvo, temblaba ante unas simples preguntas, que no hacían más que aludir a sus relaciones con Jesús. Y así, empezó a jurar con toda suerte de imprecaciones: "No conozco a ese hombre que decís."

Dentro se revelaba Jesús solemnemente como Hijo de Dios y lo condenaban a muerte. Fuera, aseveraba solemnemente su primer discípulo que no lo conocía, y condenaba en espíritu otra vez a su Maestro.

Si no se hubiera dirigido todo el interés de la gente hacia Jesús, Pedro, con tales expresiones, se hubiera comprometido gravemente. Pero aquí tuvo lugar uno de esos acontecimientos que se llaman frecuentemente "casualidades". Precisamente en aquel momento era Jesús conducido a través del patio interior. Inmediatamente cesaron todas las conversaciones; el silencio fué tal, que se pudo oír un gallo que cantaba. Al pasar miró Jesús a Pedro. Entonces le pareció a Pedro como si despertara de un sueño, pues todo ello se lo había predicho ya Jesús. El arrepentimiento de lo que había hecho embargó su corazón, y al punto salió afuera y se entregó al llanto (así hay que traducir, conforme al sentido, las palabras de San Marcos).

El canto de los gallos encuadra con el ambiente de las horas que siguen a la medianoche, como el ladrar de los perros en las que la preceden. Los mismos animales, seguro que notaron algo insólito aquella noche, por razón del ruido desacostumbrado. En general, los gallos suelen empezar a cantar de la una a las dos de la madrugada. Según los datos de los documentos judíos antiguos, en Jerusalén estaba en vigor la prescripción de encerrar las aves en los patios y no dejarlas andar libres. Los relatos de los Evangelios presuponen, en realidad, un gallinero dentro del patio, y así aun en los rasgos accesorios demuestran su fidelidad histórica.

Los interrogatorios ante el tribunal judío

Los preinterrogatorios en casa de Anás

La cohorte, pues, y el tribuno y los ministros de los judíos prendieron a Jesús y lo ataron. Lo llevaron primero a Anás, porque era suegro de Caifás, el cual era Sumo Sacerdote aquel año. (Juan, XVIII, 12-14, 19-24.)

Un malhechor que haya sido llevado preso, aunque sea culpable, tal vez leerá estas palabras “lo ataron” con más emoción que muchos cristianos. Para el hombre, que en su interior está siempre convencido de que por naturaleza le corresponde la libertad, todo aherrrojamiento significa más una violencia del alma que del cuerpo, y eso se siente tanto más dolorosamente cuanto más se ha trabajado en favor de la libertad y cuanto menos culpable se siente el prisionero.

Jesús fué conducido camino abajo desde el monte de los Olivos, junto al torrente Cedrón, que unas veces está cubierto de guijarros y otras veces va sobre rocas salientes y lisas. Aun para uno que va sin cadena, basta un mal paso para resbalar y caer. Viene después la subida interminable por las calles que semejan escaleras. El espíritu de Jesús lo arrostraba todo con gran magnanimidad, dispuesto a todo; pero, mirado humanamente, el cuerpo había perdido sus fuerzas en la agonía de muerte.

Debió de parecer a los fariseos que el camino a través de la ciudad no carecía de dificultades; por eso quedó Jesús bajo la custodia de los soldados, los cuales no se volvieron a los cuarteles de la fortaleza Antonia hasta que todo el cortejo llegó a la casa de Anás.

Anás era un antiguo Sumo Sacerdote, en el sentido en que se habla, por ejemplo, de un antiguo alcalde. Así como un antiguo alcalde, en muchos casos, no deja de la mano las riendas del gobierno, sino que lo confía, bajo su vigilancia, ahora a éste, ahora al otro, así había logrado también este diplomático abrir a sus cinco hijos, uno después de otro, el camino a la dignidad de pontífice o sumo sacerdote después de su jubilación (naturalmente, retribuida). Y cuando terminó la serie de los hijos había empujado para el mismo cargo a su yerno, precisamente a aquel Caifás que entonces hacía ya casi veinte años que desempeñaba el cargo.

Mientras Jesús era conducido al viejo Anás, se enviaron mensajeros a los miembros del Sanedrín para convocarlos a sesión.

En ese tiempo cae el juicio de Jesús en casa de Anás. Toda la narración hace creíble que Anás y su yerno Caifás vivían en una misma casa o en dos que tuvieran un atrio interior común; esos atrios comunes se suponen también en los escritos judíos antiguos. (Véase el capítulo "Las casas de Palestina", pág. 162.)

Durante varios años había tenido Jesús en tensión a todo el país; había ganado algunos adictos, sencillos pescadores de Galilea, cuya indecisión hacía un efecto bastante pobre al lado de la valentía del Maestro. Ahora querían proponer a Jesús como maestro de falsas doctrinas, del que habla que libertar al país, y así dar margen para poder proceder contra él. Conforme a eso, Jesús fué preguntado en un interrogatorio previo sobre sus discípulos y su doctrina. Pero se negó a dar explicaciones: "Yo manifiestamente he hablado al mundo; siempre he enseñado en la sinagoga (en los pueblos) y en el templo (en Jerusalén), donde se reúnen todos los judíos. Preguntad lo que Yo he dicho a los que me han escuchado; ellos saben lo que Yo he dicho."

No era costumbre que el detenido mismo hiciera su acusación ante el juez. Si se afirmaba que había propalado toda suerte de doctrinas ocultas, carecía de sentido examinarle a Él mismo sobre lo que había enseñado en secreto, y si había enseñado públicamente, cosa fácil era saberlo sin preguntárselo a Él.

En general, los acusados que habían comparecido ante Caifás habían quedado desconcertados; Jesús, en cambio, hablaba aún como un hombre libre, y sin duda el Sumo Sacerdote reveló su despecho con un gesto. Entonces un siervo se mostró dispuesto a salir por su señor de una manera propia de esclavos. Avanzó ante Jesús

y le dió una bofetada con la mano abierta y rígida. Tal castigo lo usan en Oriente los guardias cuando quieren desentenderse pronto de un caso en la calle pública. El siervo hizo el papel del indignado: "¿Así respondes al Pontífice?"

El esclavo brutal quedó probablemente admirado cuando Jesús, enteramente dueño de sí mismo, le preguntó a él directamente, como a un hombre con responsabilidad y no como a un esclavo, cuyas acciones, en cierto modo, se juzgaban entonces como fuera de derecho: "Si he hablado mal, da testimonio del mal; mas si bien, ¿por qué me hieres?"

Aun el último siervo allí presente sintió que Jesús estaba preso, pero no "vencido".

Entretanto se había reunido el Sanedrín. Se asemejaba en su constitución en algún modo a las antiguas Dietas. Allí estaba el representante de la autoridad religiosa: el príncipe de los sacerdotes; representantes del partido de mayoría: los fariseos; representantes de las familias patriarcales y de los grandes propietarios, es decir, de la nobleza antigua y de la nueva. Pero no estaban presentes todos los miembros. De Nicodemus, por ejemplo, sabemos que no fué invitado o que no compareció. La sesión misma no se conformaba con las prescripciones legales. La hora era ilegal (pues los juicios nocturnos estaban prohibidos como en los antiguos tribunales populares), y para gente como los fariseos la violación de las condiciones externas debía haber tenido más importancia que para el vulgo.

Interrogatorio ante el Sanedrín

Los príncipes de los sacerdotes y todo el Consejo buscaban algún testimonio contra Jesús para hacerle morir, y no lo hallaban. Muchos daban testimonio falso contra Él, mas no estaban concordados. (Marc., XIV, 55; XV, 1; Mateo, XXVI, 59; XXVII, 1; Luc., XXII, 66-71.)

Jesús fué conducido a la sala. Por las expresiones de San Marcos podemos representarnos de este modo la disposición de los locales: de un lado del patio, las puertas daban a las habitaciones privadas del piso bajo, mientras una rampa llevaba a la sala que estaba en la parte alta. Las sillas para los jueces y testigos estaban

en círculo. Unas lámparas alumbraban la sala. Jesús se presentó atado, pero después, según lo prescrito, le soltaron.

Por lo visto, ya habían hecho lo que Jesús les había encargado cuando les dijo: "Preguntad a los que me han oído." Habían sobornado testigos que declararan contra Jesús. En ese interrogatorio, no tanto se trataba de hacer un juicio cuanto de hallar razones para una sentencia de muerte ya acordada. Como estos testigos debían ser representantes de los "oyentes del pueblo", se había buscado para ello gente de las clases bajas, y era muy poco lo que éstos conocían de las prescripciones legales acerca de los testigos, y por lo mismo les salió mal toda la farsa, pues no pudieron presentar dos que coincidieran en las acusaciones.

Tal vez después de este fracaso hallaron aquellos dos últimos testigos que se circunscribieron a una sola frase breve sobre la doctrina de Jesús, los cuales comparecieron allí e hicieron su declaración como testigos oculares, según ellos mismos decían. Sus declaraciones no necesitaban de examen ulterior y se referían a los discursos de Jesús en el templo de Jerusalén: "Nosotros le hemos oído decir: Yo destruiré este templo hecho de mano de los hombres, y en tres días edificaré otro sin obra de mano alguna."

Un ataque al templo era como un ataque al pueblo. Jesús, con eso, fué propuesto como un enemigo de Israel, peor y más peligroso que los romanos.

Esta acusación debía pasar por el proceso jurídico formal prescrito y no resistió a la prueba. Ni siquiera las acusaciones de estos dos que se referían sólo a una frase de Jesús concordaban suficientemente.

Entonces se produjo un silencio penoso en la sala, en la que se palpaba el ambiente cargado de ansiedad. Y la tensión de espíritu se concentró en el Sumo Sacerdote, Caifás, que no pudo conservar por más tiempo su serenidad. Casi parecía como si quisiera hacer a Jesús responsable del estancamiento de la causa y se levantó, dirigióse al medio de la sala (Jesús aquí se hallaba) y le hizo la siguiente pregunta, que resonó grave y sonora en la sala: "¿No respondes, por consiguiente, a las declaraciones que éstos hacen y atestiguan contra Ti?"

La actitud de absoluta tranquilidad de Jesús les dió a entender que no quería contestar y que nadie le arrancaría de esa determinación.

En aquel momento crítico, en que todas las diligencias hechas amenazaban ser inútiles, mostró Caifás que había aprendido bien la lección de su ladino suegro. Precisamente aquella imperturbabilidad iba a ser la ruina de Jesús.

Se colocó solemnemente delante del preso, haciendo ostentación de toda la dignidad de un sumo sacerdote, y empezó así:

“Te conjuro, en nombre del Dios vivo, que nos digas si tú eres el Mesías, el Hijo de Dios.”

Por primera vez se declara Jesús pública y solemnemente como Mesías: “Como tú has dicho así es. Pero además os digo que de aquí a poco veréis al Hijo del Hombre sentado a la diestra del poder de Dios y venir en las nubes del cielo.”

La forma que emplea Jesús: “tú lo dices”, “como tú dices así es” significa una declaración solemne que hace las veces de un juramento, y no es un simple circunloquio en lugar de un sencillo “sí”. En el trato ordinario se usaba una palabra que correspondía exactamente a nuestro “sí”.

Varios gritaron a Cristo al mismo tiempo: “¿Luego tú eres el Hijo de Dios?” Firme y sereno como antes respondió Jesús: “¡Sí, lo soy!”

El Sumo Sacerdote habíase ya recogido por delante del pecho su vestidura y se oyó el ruido chillón del tejido desgarrado. Este era el gesto oficial de la santa indignación cuando se oía una blasfemia contra Dios, y aquí hizo el efecto de una contraseña. El mismo Sumo Sacerdote concedió, al ver en eso un triunfo, que las gestiones hechas hasta ahora no habían dado resultado jurídico. “¿Qué necesitamos ya de testigos? Habéis oído la blasfemia. ¿Qué os parece?”

Era una votación en que no había que contar los votos, espectáculo ya conocido en ciertas “resoluciones” tomadas en las Cámaras. Y declararon a Jesús reo de muerte, consciente Él de su poder y conscientes ellos también de la limitación del suyo propio. Ahora faltaba aún obtener de Pilatos una sentencia idéntica a ésta de parte del tribunal romano.

Primeros ultrajes contra Jesús

Y lo condenaron todos ellos como reo de muerte. Y algunos comenzaron a escupirle, y, cubriéndole la cara, le daban golpes y le decían: "Adivina quién ha sido. ¿Quién te ha pegado?" Y los siervos le daban de bofetadas. (Marc., XIV, 65; Luc., XXII, 63-65; Mat., XXVI, 67-68.)

Jesús fué atado de nuevo. Algunos miembros del Sanedrín, olvidándose de su dignidad, empezaron antes que los siervos a mostrar con violencias su odio contra Jesús. No tenían el poder de ejecutar la pena de muerte, y se desquitaban tomando personalmente venganza contra Cristo. Esto era contrario a toda ley; pero, por otra parte, tales transgresiones eran entonces más fáciles que en las condiciones jurídicas actuales. Ya antes los fariseos habían echado mano a las piedras para matarlo. Además, para crímenes como el de blasfemia existía cierta potestad penal legalmente reconocida, sin que precediera juicio propiamente tal.

"Le escupieron". En todos los pueblos que aún se hallan en un grado inferior de cultura suceden cosas como ésta; pero precisamente en estos pueblos se considera el escupir a otro como una suprema deshonra a la que nadie puede resignarse.

Las palabras siguientes revelan una formidable realidad que no se llega a apreciar las más de las veces en toda su espantosa verdad. Después le cubrieron la cara y le dieron puñadas en el rostro, diciendo: "Adivina quién es el que te ha pegado."

Habían escupido a Jesús y lo habían humillado tanto, que ya no podían tocarle con las manos. Pero su espíritu de venganza no estaba aún satisfecho. Le pusieron un andrajo en la cara y así ya podían seguir adelante en sus burlas.

Estos malos tratos, que habían empezado por los miembros del Sanedrín, eran para los ministros y criados como una declaración de que con este sentenciado todo estaba permitido. Y se mostraron discípulos bien aprovechados; repitieron lo que habían hecho ya antes sus superiores y tradujeron las blasfemias en el más bajo lenguaje callejero; así parece insinuar San Lucas cuando dice: "Profirieron contra Él otras blasfemias"; pero no quiere mencionarlas.

Todos, sin excepción, sentían que habían condenado a un inocente. Y esta idea no los dejaba en paz: la condena de Jesús había que repetirla, a ser posible, sin interrupción por medio de continuados ultrajes. Al mismo tiempo que andaban muy solícitos en guardar las formas jurídicas cuando era en su provecho, las despreciaban cuando eran favorables a Jesús.

Ayer mismo por la tarde había hecho Jesús un milagro. ¿Por qué no hacía otros? A esas gentes, altas y bajas, les parecía “un hecho experimentalmente comprobado”, como se diría hoy, que Jesús había perdido aquella virtud de obrar milagros que antes le asistía. Y les acuciaba, llenos de odio como estaban y de gozo en molestarle, el ansia de hacer constar una vez más su fracaso con provocaciones al taumaturgo de otros tiempos. No había cosa que más les irritara que el comprobar cómo Jesús conservaba en todos los momentos su serena majestad.

Los interrogatorios ante el tribunal romano

La Pasión

Jesús es llevado al gobernador romano.

El fin de Judas

Entonces Judas, que lo había entregado, cuando vió que Jesús había sido condenado, movido de arrepentimiento, devolvió las treinta monedas de plata a los príncipes de los sacerdotes y a los ancianos, diciendo: "He pecado entregando la sangre inocente." Pero ellos dijeron: "¿Qué nos importa a nosotros? Allá tú." (Mat., XXVII, 3-10.)

En el prendimiento de Jesús había tomado parte gente de todas las clases, y el resultado fué que la noticia de este suceso y de lo que había ocurrido después durante la noche se propagó por todas partes. De los ministros y criados había pasado a otros criados y personas de las clases bajas; de los miembros del Sanedrín había trascendido a los círculos de los ciudadanos más distinguidos.

Así las cosas, apoderóse de la ciudad un estado de ánimo muy singular, como si la gente se hubiera reunido, no para la fiesta de la Pascua, sino para el prendimiento de Jesús.

El que haya presenciado las agitaciones de Palestina en 1929 comprenderá mejor lo que fué la excitación de aquellos días: la aglomeración de grupos que, al parecer, se formaban casualmente, pero que en realidad eran reuniones de gentes de una misma ideología; el retirarse tímidamente en cuanto se presentaba por alguna parte un guardia o una persona de autoridad, y el acecharse todos a todos, aun en calles por donde uno se creería pasar inadvertido.

Pero el que acechaba más celosamente era, en cierto sentido, Judas el traidor. Él mismo estaba, después de la traición, más apenado de lo que él se esperaba.

¿Por qué espantó tanto a Judas aquel resultado? Habrá que suponer una cosa horrible: que Judas, después del pecado, recuperó de una manera siniestra la fe en Jesús; pero no ya la fe que salva, sino aquella que tienen aun los malos espíritus. Por eso no corrió al Maestro, que lo hubiera perdonado, como perdonó a Pedro. Las gracias que le habían dificultado el camino para caer en el poder de Satanás, eran ahora barreras que le separaban de Jesús.

Y se acogió a aquellos que habían pecado con él, y fué al templo como un testigo que después de dada la sentencia sale en favor del condenado, llevando las treinta monedas —señal de que las había llevado todo el tiempo encima—, y dijo: “He pecado entregando la sangre inocente.”

Los miembros del Sanedrín que se hallaban allí, sin duda habían presenciado los primeros tratos con Judas, y no quieren ahora saber nada de ese hombre. Es ley espantosa del sentimiento moral humano que el malo, quiera o no quiera, desprecia necesariamente a aquel que estima peor que él. Ni una palabra sabemos acerca de si los sacerdotes quisieron consolarle diciéndole, por ejemplo, que Jesús había sido condenado como blasfemo contra Dios y que su traición había sido una obra buena. Lo rechazaron ásperamente. “¿Qué nos importa a nosotros? Arréglatelas tú.”

En Judas actuaba la misma ley, según la cual lo que se ve de malo en los otros debe llamarse siempre malo. Aquí los hechos suplen a las palabras. Arrojó al suelo las treinta monedas a los pies de aquellos hombres. Ahora comprende quién era el que le amaba, quién era Aquel que él mismo había vendido. ¡Judas se retiró del templo y fué y se ahorcó con un lazo!

Otra vez ponen de manifiesto los príncipes de los sacerdotes sus maneras hipócritas al intentar corregir una acción ya consumada. Delante de Judas se habían resistido a tomar este “dinero de sangre”, pero después lo tomaron. Cuando lo tenían en su poder no sabían qué hacer con él. Deliberaron sobre el empleo de tales monedas de plata, que no se podían echar al tesoro del templo porque habían llegado a manos del último poseedor por medio de un contrato vergonzoso. Y hallaron un expediente que fuera testimonio público de sus sentimientos piadosos. Compraron con

ellas un campo en la pendiente que daba al valle Hinnom, que sirviera en lo futuro de cementerio para los extranjeros, pues siempre había algunos peregrinos que enfermaban y morían en Jerusalén.

Con esa solución del problema era cierto que la gente se enteraría del hecho. Pero no era conforme a sus deseos que la gente llamara aquel campo “campo de sangre”. Tenemos un caso semejante para explicar esta compra en un papiro: media arura, cerca de 14 áreas, se vende por 36 dracmas o monedas de plata. Parcelas como ésta, rodeadas con cercas de piedras, son características en los alrededores de Jerusalén.

Poncio Pilato, gobernador romano en tiempo de Cristo

En tiempo de Cristo ya existía, como en nuestros días, el problema palestino. Todas las potencias que tienen interés en las comarcas del Nilo y el Eufrates tienen puestos los ojos en este pequeño país montañoso, porque es puente y región de tránsito entre los antiguos centros culturales de Asia. El cargo de gobernador de Palestina era entonces tan difícil como lo es hoy el de un alto Comisario inglés.

Pilatos, como muchos romanos, tenía escaso afecto a los judíos. Añádase a esto que precisamente por aquellos días, también en Roma, bajo el ministro Sejano (23-31), la tendencia antijudía era la que daba el tono. Pilatos ocupó el gobierno del 26 al 36 después de Cristo. Tiberio, el emperador de entonces, había establecido la costumbre de retener los gobernadores el mayor tiempo posible. Los comparaba a las “moscas, que en cuanto se hartan de chupar dejan a la gente en paz”. Ya a principios de su gobierno quiso Pilatos hacer sentir a los judíos que empezaban a correr otros vientos. Los gobernadores anteriores, en atención a los sentimientos religiosos de los judíos, habían hecho entrar en Jerusalén sus tropas sin hacer ostentación de los estandartes, adornados con las insignias imperiales. Al entrar Pilatos en el gobierno notaron los habitantes de Jerusalén una mañana que durante la noche habían entrado los soldados romanos con los estandartes imperiales. Bajaron a pelotones hasta Cesarea y asediaron la residencia del gobernador. Durante cinco días les dejó vociferar y clamar. Al sexto

día los citó al hipódromo y allí ordenó a los soldados que cargaran sobre ellos con las espadas desnudas. Pero a fe que Pilatos, por su parte, tuvo buen anticipo de la psicología de aquel pueblos. Los hombres se descubrieron el cuello para recibir los golpes y declararon que antes querían morir que tolerar la violación de la Ley.

Otra vez se produjo un tumulto en Jerusalén mismo. Pilatos había aplicado el dinero del templo para la construcción de un acueducto. Al llegar él a Jerusalén para vigilar a los trabajadores, le rodeó el pueblo; gracias a que había esparcido entre la muchedumbre algunos soldados sin uniforme, y éstos, desenvainando las espadas, cargaron contra la gente.

Más tarde, Pilatos mandó colgar escudos sagrados en la fortaleza de Jerusalén. La nobleza de la ciudad, con los hijos de Herodes, le acusaron ante el emperador Tiberio, el cual ordenó que se retiraran los escudos y los llevaran al templo de Augusto en Cesarea. De seguro que durante el interrogatorio de Jesús vino este caso a la memoria de Pilatos y de los judíos y que produjo indudablemente en aquél incertidumbre y en éstos seguridad.

En filosofía era Pilatos "agnóstico", como hoy se dice. Para él solamente era cierto el hecho de que la verdad objetiva nunca se encontrará. Y entre los incrédulos los idealistas son siempre los que menos conocen a los hombres; los escépticos, en cambio, los conocen bien. Las palabras de Jesús ante Pilatos son de importancia no sólo como partes del proceso, sino también porque aquí se encuentra Jesús ante un "incrédulo moderno", es decir, ante un escéptico y agnóstico.

El gobernador residía generalmente en Cesarea, a orillas del mar, donde en tiempos críticos era posible una comunicación por mar con Roma, y el clima se parecía bastante al del sur de Italia y Sicilia. En los días festivos de los judíos, en que todo el pueblo aflúa a Jerusalén y se sentía consciente de su grandeza y de su poder, subía también a la ciudad el gobernador. Los gobernadores solían residir en esas ocasiones en los palacios reales. Si se quiere sostener la tradición de que Pilatos hacía justicia en la fortaleza Antonia, habrá que admitir que se trata de una excepción rarísima.

Algunos aducen dificultades contra la autenticidad misma del proceso que nos transmiten los Evangelistas. Se ha dado por imposible que existieran paralelamente dos tribunales con derechos tan

diversos como el judío y el romano. Pero los documentos egipcios del tiempo anterior a Cristo presentan el mismo caso. Allí hay, al lado del tribunal griego extranjero, un tribunal nacional indígena que se llama tribunal de los "Laocritas", es decir, el tribunal que juzga conforme al derecho del pueblo. Como la administración de la justicia por parte del Sanedrín en Jerusalén, así también en Egipto la administración de la justicia por medio de los Laocritas iba acompañada de más ceremonias religiosas que la administración de la justicia en el tribunal extranjero. El presidente del tribunal popular llevaba la imagen de la diosa Verdad en el pecho; estaban en vigor los códigos del rey Bokjoris. El Sanedrín se componía de 72 miembros, y este tribunal de 30. El derecho era diferente, según que entendía en la causa el tribunal nuevo o el viejo. Si se pasaba de uno a otro, se cambiaba a veces completamente el estado jurídico. El proceso de Hermias, que consta aún por los documentos, es uno de esos casos. Lo mismo sucedió también en el proceso contra Jesús. El estado jurídico cambió cuando Pilatos aceptó el interrogatorio con la pregunta: "¿Qué acusación traéis contra este hombre?" Los fariseos modificaron, conforme a eso, sus acusaciones contra Jesús, atribuyendo a la actuación de Cristo un carácter político. El Sanedrín condenó a Cristo a muerte por blasfemo; en cambio, el gobernador romano le condena, según atestigua la inscripción de la cruz, por insurrecto.

La lucha entre los fariseos y Pilatos se suele proponer ordinariamente de la siguiente manera: Pilatos se muestra indeciso; los judíos lo conocen y se hacen cada vez más audaces, hasta que el gobernador no halla más salida que entregar a Jesús a la muerte de cruz. Tal fué la solución adoptada realmente, pero no era la única posible. Porque Pilatos hubiera podido transferir el proceso a Roma y salir del compromiso. Después de él el gobernador Ventidio Eumano (48-52) se desentendió de esa manera de un escabroso negocio en que se trataba también de un motín, haciendo embarcar hacia Roma a todos los que habían tomado parte para hacerlos comparecer ante el Emperador. También Pilatos tenía libre esta salida, pero quedó como acorralado por su carácter arrogante y pagado de sí mismo. Dada su índole, tal vez ni siquiera se le ocurrió que cuando los judíos amenazaban con acusaciones ante el Emperador, hubiera podido responderles: "¿Del Emperador habláis? Pues al Emperador romano traslado este proceso."

Primer interrogatorio ante Pilatos.—Jesús ante Herodes

Llevaron a Jesús desde casa de Caifás al Pretorio. Y era por la mañana. Ellos no entraron en el Pretorio para no contaminarse y poder comer la Pascua. Pilatos, pues, salió a ellos y les preguntó: "¿Qué acusación traéis contra este Hombre?" Ellos respondieron: "Si Éste no fuera malhechor, no te lo hubiéramos entregado." (Juan, XVIII, 28-38; Mat., XXVII, 11-14; Marc., XV, 2-5; Luc., XXIII, 2-12.)

Los oficiales romanos empezaban siempre sus procesos judiciales de madrugada, y así los príncipes de los sacerdotes comparecieron con Jesús muy de mañana ante el Pretorio.

Como era el último día antes de la Pascua, por todas partes hormigueaban los peregrinos, que después de una noche fría se habían levantado temprano. Nuevas caravanas iban llegando. El lugar de descanso de la última jornada se elegía de manera que la llegada a la ciudad cayera antes del mediodía. También los ciudadanos de Jerusalén se iban animando, pues las fiestas eran el tiempo más apto para sus negocios, sobre todo la semana de la Pascua, como tiempo más apropiado que otros para las compras. Y así empezaban a abrirse las tiendas de los pisos bajos, se empezaba a calentar la grasa de carnero, a preparar la masa para los dulces y a exponer los objetos de lujo y las telas de los comercios.

Jesús fué conducido por las calles, atado. En las ciudades orientales, en acontecimientos como éste, se tiene la impresión de que todas las calles están literalmente en comunicación por medio de conductos ocultos. En pocos momentos se estanca, por decirlo así, la muchedumbre, de suerte que apenas se puede adelantar un paso con el preso. Y entre los espectadores empiezan ya los altercados, en que la gente se decide por el preso o contra él. No hay duda que, en el caso de Jesús, los más de los testigos oculares se decidirían contra Él, por verle atado. La virtud taumaturga le había abandonado. Ellos no podían interpretar de otro modo su actitud. La diferencia estaba tan sólo en si se declaraban los antiguos milagros como embaucamiento del diablo, o se aceptaba que el profeta había sido abandonado por Dios. Las personas que no

piensan mucho en Dios se preocupan demasiado del diablo. Se puede, pues, suponer que la antigua calumnia de los fariseos de que Jesús arrojaba a los demonios por arte de Belzebú se tendría ahora como verdad puesta finalmente de manifiesto.

El Pretorio, como todo buen palacio, tenía vestíbulo y puerta de ingreso. El gobernador podía hablar a la muchedumbre de la plaza estando o detrás de una reja o en un antepecho del muro.

Pilatos sin duda había tenido ya noticia de que le traían un reo y aun, probablemente, quiso que le hiciera un relato el tribuno que se halló presente al prendimiento. Pilatos debió de haber oído hablar de Jesús ya antes y, sobre todo, de su entrada en la ciudad. Lo cual quería decir que había que estar alerta, pues Jerusalén estaba llena de peregrinos. Herodes, hijo de Herodes el Grande, que no podía tolerar que se hubiese impuesto a su raza un gobernador romano, estaba también por entonces en la ciudad para hacer la farsa delante del pueblo de que era judío fiel a la Ley. Ya en otra ocasión había tomado parte en una acusación contra Pilatos.

Los miembros del alto Consejo hicieron saber a Pilatos que no podían entrar en el Pretorio por razones de orden religioso. Pilatos se mostró deferente con ellos y salió afuera. Estos procesos, en que los judíos le traían un judío, no eran para él los peores; más comprometido era el caso cuando le presentaban un romano conocido o amigo.

Las primeras trases que se cambiaron entre Pilatos y los jefes de la Comisión no debieron de tener aquel tono áspero que se les atribuye con frecuencia. Más bien reflejan una de esas conversaciones sin compromiso ninguno, que son de uso en Oriente en las presentaciones. Por lo visto, esta vez procuraron los fariseos guardar las formas, pues esperaban arrancar a Pilatos sin muchos rodeos una ratificación de la sentencia dada por ellos.

Después del saludo habitual, que no se relata, toma Pilatos un aire oficial y pregunta:

“¿Qué acusación traéis contra este Hombre?”

Los judíos quedan desilusionados al ver que quiere comenzar los interrogatorios, y dicen: “Si éste no fuera malhechor, no te lo hubiéramos entregado. Ya puedes comprender que no se trata de una pequeñez cuando nosotros, judíos, te entregamos a un judío, y además en la víspera de la Pascua.”

Pilatos, sospechando o sabiendo que se trataba de cuestiones religiosas, procura inhibirse del proceso en favor de los acusadores: "Tomadle allá vosotros y juzgadle según vuestra Ley."

Ahora viene el verdadero ataque de los fariseos. Hacen notar al gobernador que se trata de un hombre que merece pena de muerte.

"A nosotros no nos es lícito matar a nadie."

Con eso declaran que han dado por terminado el interrogatorio del preso. El resultado final del mismo es, en lo substancial, la respuesta de Jesús a la pregunta que le hicieron: "¿Eres Tú el Mesías?" No obstante, ahora lo presentan a juicio como hombre que persigue fines políticos.

"Hemos descubierto que Éste trae a nuestro pueblo agitado, prohíbe pagar los tributos al César y se proclama Mesías y Rey."

Si los herodianos llevaban a Roma la denuncia de que Pilatos había tratado el proceso superficialmente, eso podía traer como consecuencia su destitución. Por eso debía él iniciar un interrogatorio. Se retiró, pues, del antepecho y entró en el Pretorio.

Si Jesús se tenía por rey de los judíos, era natural que se opusiera a los tributos imperiales para crearse así prosélitos. Su reino era, pues, el punto principal de la cuestión.

Pilatos hace entrar a Jesús y le mira más detenidamente, con aquella ansiedad que embarga a todo juez cuando tiene que tratar de cerca con un acusado.

"¿Eres tú el rey de los judíos?" Con esta pregunta parece que se propone sorprenderle, como si le dijera: "Yo lo sé todo. Contesta sí o no." Jesús es, en cierto sentido, rey, y así no puede, pues, negar; sencillamente hace a Pilatos una contrapregunta, con cuya respuesta se aclararía el sentido de la palabra "Mesías-Rey".

"¿Dices tú esto por ti mismo, o te lo han dicho otros por Mí?"

Pilatos cree que con eso quiere el reo puntualizar su pregunta. No hay en todo el mundo un juez que en un caso como éste no crea que el acusado quiere soslayar una afirmación.

"¿Soy acaso yo judío? Tu nación y los príncipes de los sacerdotes te han puesto en mis manos. ¿Qué has hecho?"

Pilatos toma un tono más severo. "Piensa —le dice— que no se trata de una conversación sobre la acusación, sino de la acusación misma. Y ésta proviene de tus conciudadanos. Yo no tengo ganas de enterarme de todas vuestras querellas. Tú has hecho, sin duda,

algo especial, puesto que no es costumbre que los judíos me traigan un judío.”

Jesús continúa: “Mi reino no es de este mundo. Si de este mundo fuera mi reino, mis ministros sin duda pelearían para que Yo no fuera entregado a los judíos; mas mi reino no es de aquí.”

Jesús declara que no es rey en el sentido del mundo, sino en un sentido espiritual.

Jesús está delante de un agnóstico, para quien la suprema sabiduría es el principio de que una verdad, que más que asunto de apreciación de los hombres es un negocio de libre elección, no existe. Jesús parte, pues, de un principio que lo puede comprender aun el mismo Pilatos: “Yo no tengo soldados, luego Yo no soy rey de este mundo.”

Esas palabras del acusado hicieron en Pilatos un efecto tranquilizador, sobre todo si había oído antes el relato del tribuno que había presenciado el prendimiento. Entonces supo Pilatos, por otro conducto, que el preso había dicho en realidad la verdad, pues Jesús, según el relato del tribuno, había mandado a los que le seguían que envainaran la espada.

Sin embargo, este hombre extraño había vuelto a proclamarse rey. ¿Es que Jesús no sabe que el pretender tal título le hacía sospechoso a las autoridades romanas? ¿Por qué no elige otras expresiones menos ambiguas? ¿Qué sentido tiene atribuirse el altisonante título de “Rey de los judíos” después que estos mismos lo han arrojado de su sociedad?

Si el acusado renuncia a este título peligroso de “Rey de los judíos” el caso está terminado. ¿Qué quiere decir con eso? Pilatos concluye pensativo: “¿Luego tú eres rey?”

Jesús es aún más explícito: “Así es como dices, yo soy rey. Yo para esto nací y para esto vine al mundo: para dar testimonio de la verdad. Todo aquel que pertenece a la verdad escucha mi voz.”

A Pilatos no le importa gran cosa el “más allá” desde donde se pueda venir con un fin determinado: para conquistar prosélitos para “aquel reino de arriba”. Pero, en cambio, entiende que Jesús afirma que puede enseñar a los hombres la verdad. Sólo que el único principio de vida que Pilatos ha considerado útil, establece que no hay verdad propiamente dicha, ni de valor trascendente. Él pregunta lacónicamente:

“¿Qué cosa es la verdad?”

El interrogatorio iba haciéndose demasiado prolijo. Desde la calle intentaban acelerar su curso los príncipes de los sacerdotes y los ancianos, gritando al juez, unas veces individualmente, otras en grupos.

Pilatos suspendió el interrogatorio para observar la impresión que hacían sobre Jesús tales gritos. Pero Jesús seguía enteramente tranquilo. Cosa nunca vista, pues precisamente lo que en general hacían penosas a un romano sensato estas gestiones eran las continuas interrupciones inoportunas. Criminales que habían sido cogidos en fragante delito solían protestar de su inocencia con todos los gestos posibles. Y este Jesús era en realidad inocente y, no obstante, callaba. ¡Cosa extraña!

“¿No dices nada a eso? Piensa, no obstante, qué graves acusaciones traen contra ti.”

Pilatos espera otra vez. No; hombre como éste nunca lo ha tenido ante su tribunal.

Luego se adelanta al antepecho y dice: “Yo no hallo en él causa ninguna.”

Al oír esto, estalló la tempestad. “¿Dar libertad a ése? Tiene al pueblo alborotado con la doctrina que esparce por toda Judea, comenzando desde Galilea hasta aquí.”

Pilatos escucha. Como buen conocedor de hombres que es, ve claramente que en este proceso no aparecen por ninguna parte las verdaderas y últimas causas de la acusación. Los judíos persiguen a este compatriota suyo con un odio extraño y amenazan con el mismo odio a todo el que lo socorra. ¿No han hablado de Galilea? Herodes, siendo tan celoso de su soberanía, ¿ha dejado obrar tan libremente a este súbdito suyo? Ya tenía una salida: Dejar a Herodes la resolución. Los gobernadores solían enviar a sus patrias respectivas a los acusados cuando esto era factible.

Herodes era un vividor, un intrigante, una “raposa”, como le llamó el mismo Jesús. Por sus ideas religiosas era de aquellos que no permiten que su vida privada esté influenciada por las ideas de “la eternidad” y, en cambio, están entregados a todas las prácticas de “ocultismo”.

Se alegró muchísimo de que Pilatos pusiera en sus manos el fallo de la causa de Jesús. El honor que con ello le hacía el gobernador no era de despreciar. Además, sería para él una distrac-

ción inesperada poder ver un milagro de Jesús, pues al fin era súbdito suyo.

Jesús fué conducido, pues, a Herodes. Como aparece por el relato, Herodes quería hacer participar de su alegría a toda la corte. Comenzó a conversar con Jesús; pero poco a poco empezó a arrepentirse de la solemne apertura del interrogatorio. Jesús no pronunció ni una sola sílaba. Los príncipes de los sacerdotes estaban totalmente persuadidos de que su hora había llegado y lo acusaban sin tregua ni reposo.

Pero Herodes era un verdadero "zorro" y se guardó muy bien de resolver el escabroso caso. A un servicio de Pilatos respondió con otro. Hacía poco tiempo que Pilatos había hecho pasar a cuchillo en el templo a un grupo de galileos; ahora esta inesperada atención, precisamente el día antes de la Pascua, se podía interpretar simplemente como un ruego diplomático de excusa. Si Pilatos le había confiado el juicio de este galileo, Herodes quería dar a entender al gobernador que no deseaba inmiscuirse en el asunto.

La forma en que lo hizo fué inspirada por su espíritu de venganza personal contra Jesús, a quien le hizo vestir por escarnio una ropa blanca y lo despidió.

Lacónicamente relata el Evangelista: "Y aquel día quedaron amigos Herodes y Pilatos, porque antes eran enemigos entre sí."

Jesús y Barrabás

Pilatos, pues, llamó a los príncipes de los sacerdotes y a los magistrados y al pueblo, y les dijo: "Me habéis presentado este Hombre como pervertidor del pueblo, y ved que, preguntándole yo delante de vosotros, no he hallado en Él culpa alguna de aquellas de que le acusáis. Ni Herodes tampoco; porque os lo remití a él, y he aquí que nada se ha probado que merezca muerte. Y así, lo soltaré después de haberle castigado." (Luc., XXIII, 13-23; Mateo, XXVIII, 15-23; Marc., XV, 6-14.)

Jesús volvió de Herodes a Pilatos. Aparentemente no se había adelantado nada, pero la posición del gobernador se había modificado. Tanto si condenaba como si libertaba a Jesús, había cerrado la boca a su contrincante en la corte romana, al ambicioso y astuto Herodes. Pero Pilatos no podía arriesgarse a pronunciar con la

arcaica concisión romana: "El acusado queda en libertad; el que no se rinda a este juicio tendrá que habérselas con mis soldados"; e intentó llegar a una sentencia absolutoria por la vía diplomática.

El gobernador llamó a los príncipes de los sacerdotes, a los magistrados y al pueblo, lo cual era tanto como entrar en tratos confidenciales con ellos. Con magistral naturalidad se nos ha transmitido la forma que emplea un hombre que habla ante el pueblo, cuando en cada frase siente la resistencia interior de los oyentes y, a pesar de ello, no quiere cejar en su plan.

"Me habéis presentado este hombre como pervertidor del pueblo, y ved que preguntándole yo delante de vosotros no hallé en este hombre culpa alguna de aquellas de que le acusáis. Ni Herodes tampoco, porque os lo remití a él, y he aquí que nada se ha probado que merezca la muerte. Y así, lo soltaré después de haberle castigado."

Los actuales oradores de "mitines" emplean las mismas expresiones para apaciguar a sus oyentes: Vosotros habéis... Yo he... Ved, mirad.

Y se originó un conflicto. Aquella reunión extraordinaria en la víspera de la fiesta se aprovechó para poner en práctica una costumbre que se repetía todos los años: por Pascua era indultado un criminal. Esa costumbre no era solamente judía, pues en todas partes buscan los hombres momentos solemnes en que, por decirlo así, la vida empieza de nuevo y se ha de olvidar lo antiguo. Un reflejo de este sentimiento es, entre otras cosas, la amnistía de los presos. En los documentos de los papiros se dice de una ceremonia semejante: "El gobernador egipcio Septimio Végeto, en el año 85 después de Cristo, indulta a un tal Fibio, que conforme al derecho tenía que ser flagelado, con la siguiente declaración: "Te devuelvo al pueblo y quiero obrar contigo más humanamente de lo que mereces."

Parece ser que de intento aparecieron algunos grupos de gente delante del Pretorio para pedir que les soltaran un preso. Tal vez estos mismos fueron los que dieron el primer impulso para que fuera propuesto Barrabás, que había sido homicida en una rebelión poco tiempo hacía. Era un preso "famoso". Siempre hay presos que, sin ser ni mejores ni peores que otros muchos, se han hecho "célebres" por circunstancias externas. Tal vez aquella rebelión en la que tomó parte Barrabás había sido en realidad la que atribuían a Jesús, es decir, un alzamiento contra Roma. De ahí que para Pilatos tuvieran igual valor el caso de Jesús y el de Ba-

rrabás. Pilatos sabía, además, que Jesús había sido entregado por odio de los príncipes de los sacerdotes, y por eso ponía su esperanza en el pueblo, que no estaba endurecido por la ambición y la envidia.

“¿A quién queréis que ponga en libertad, a Barrabás o a Jesús, que es llamado el Cristo?”

Según parece, el indulto iba acompañado de un ceremonial jurídico, lo cual está muy en consonancia con lo que sabemos, por ejemplo, de la manumisión de los esclavos ordinarios, que se realizaba también con ciertas ceremonias externas. Por consiguiente, Pilatos se sentó en el tribunal para el acto del indulto; para la validez de los actos judiciales se requería —como en todos nuestros antiguos derechos— que se tuvieran en el “lugar correspondiente”.

Y estando Pilatos sentado en el tribunal, otro incidente imprevisto vino a interrumpir el proceso. La mujer de Pilatos, que según la tradición se llamaba Prócula, le envió un mensajero. Caso por demás extraño, pero mucho más extraña era aún la ocasión que lo motivaba, y le hizo decir lo siguiente: “No te entrometas con ese justo. Porque he padecido hoy en sueños muchas cosas por su causa.”

Cuando Pilatos fué a dar comienzo al interrogatorio, su mujer tal vez no sabía quién iba a comparecer ante el tribunal de su esposo. Entretanto el proceso era ya en toda la ciudad objeto de conversación. Los sueños se relacionaban sin duda con la sesión que entonces se estaba celebrando. La presencia personal de la mujer hubiera sido perjudicial a la causa; por eso se envió un mensajero.

Esta interrupción fué muy favorable a los enemigos de Jesús, porque entretanto trabajaron a la muchedumbre, sugiriendo lo que, como verdaderos israelitas, habían de solicitar. Cuando Pilatos reanudó la causa, repitió, como era de fórmula en los interrogatorios judiciales, la última cuestión tratada.

“¿A cuál de los dos queréis que os ponga en libertad?”

“A Barrabás.”

¿Era posible que abandonaran en aquel trance a su “rey”?

Pilatos no tenía ni idea de la furia del odio de los judíos contra Jesús; si no, ¿cómo hubiera cometido la torpeza de preguntarles: “¿Pues qué haré de Jesús, que es llamado el Cristo?”

Con esto lo que logró fué enfurecerlos todavía más. En la pa-

labra "Cristo" o "Mesías" veían ellos una afrenta al pueblo judío. Todos gritaron a una: "Sea crucificado." Se adelantaron a imponer a Pilatos la sentencia que debía dar, y la repitieron individualmente y a coro.

Todavía prueba fortuna otra vez: "Pues ¿qué mal ha hecho? Porque yo no puedo sentenciar a muerte de cruz a un inocente." "Sea crucificado", volvieron a responder.

El pueblo se pone frenético. Pilatos conoce a estos orientales de sangre ardiente. Ahora, con ocasión de la Pascua, están congregados en Jerusalén por millares; de todas las calles y rincones confluyen los hombres a la plaza del Pretorio; en los tejados, bajo el cielo azulado, están en pie apiñadas filas de espectadores.

La flagelación y la coronación de espinas

Pilatos, pues, tomó a Jesús y lo mandó azotar. Entonces los soldados del presidente, tomando a Jesús para llevarlo al Pretorio, reunieron alrededor de Él toda la cohorte. Y desnudándole le vistieron un manto de grana, y tejiendo una corona de espinas se la pusieron en la cabeza y una caña en su mano derecha, y doblando ante Él la rodilla, lo escarnecieron, diciendo: "Dios te salve, Rey de los judíos." Y escupiéndole tomaron una caña y le herían en la cabeza. (Juan, XIX, 1-3; Mateo, XXVII, 27-30; Marc., XV, 16-19.)

Acontecía de ordinario que en lugar de la pena de muerte se le infligía al acusado sólo la de la flagelación, que era también el castigo preliminar antes de una ejecución capital. Con la flagelación quedaba deshonrado el reo por toda la vida. Era como si hoy día a un condenado a muerte se le conmutara la pena por cadena perpetua.

Jesús fué entregado, pues, a los soldados para que lo flagelaran. Éstos se daban cuenta, como el gobernador, de las características religiosas de los judíos y les correspondían con el odio instintivo de hombres simples y rudos. Se regocijaron de que se les entregara un judío que ardía en odio contra Roma, según denunciaban las acusaciones. Así que no fué solamente la obediencia lo que les movió a flagelar a Jesús.

Los azotes consistían en correas de cuero y haces de delgadas

cadenillas de hierro, en cuyos extremos se sujetaban pequeñas bolas de metal o garfios. Muchas veces se utilizaban también cordeles con astillas de hueso ensartadas. A los primeros golpes la sangre se agolpaba en pequeños grumos bajo la piel, que pronto reventaban, y entonces descargaban los azotes sobre la carne viva.

Los Evangelistas no se detienen en la descripción de esta escena, porque los lectores de aquel tiempo sabían lo que significaba ese castigo. Del gobernador Albino (62-64) refiere Flavio Josefo que hizo flagelar a un hombre hasta que llegaron a descargar los golpes sobre "los desnudos huesos". No era raro que los sentenciados murieran en la flagelación.

Con todo, aun después de dejar los instrumentos de martirio, los soldados hubieran querido continuar torturando a Jesús. Con aquel sentido especial que con frecuencia se desarrolla en la gente grosera y sin patria, con más fuerza que en otros, presentían que este preso no quedaba interiormente subyugado con sus golpes. ¡Que de llantos solían preceder a la flagelación! ¡Cómo gritaban cuando se les ataba, ya antes de ser azotados, para excitar la compasión, y sollozaban después no pudiendo hacer otra cosa! Este hombre tenía verdaderamente en sí algo de Rey. Sentíanse desasosegados por la virtud misteriosa de Jesús. Aquella firmeza les exacerbó hasta querer ahogar, bajo el escarnio y la afrenta, el último rasgo regio del reo. Le pusieron sobre un tronco de columna, tal vez el mismo en que le habían flagelado. Y después le cubrieron con un viejo manto soldadesco, de color rojo descolorido. Los escarnios se sucedían a los escarnios, pues cuando hombres crueles se hallan reunidos para el mal son horribles. Hicieron una corona con espinos o cardos, que probablemente estaban allí cerca como material combustible. Tal vez había también entre los combustibles algunas cañas. Le pusieron la corona en la cabeza, y en la diestra una caña; doblando ante Él la rodilla decían con escarnio: "Dios te salve, rey de los judíos." El griego *jaire* (salve) era usado más tarde entre los judíos como un barbarismo. Puede ser que los soldados dijeran ese saludo en griego.

Escupían a Jesús, le quitaban el cetro de caña de la mano y le herían con él en la cabeza. Esto era para Jesús un gran sufrimiento; pero, sobre todo, era un escarnio, pues le trataban como a un "rey" a quien se podía herir con su propio cetro! Es éste un rasgo más de esos que, sin pretenderlo el narrador, son un testimonio

de la verdad de la narración; como tal vez tenían repugnancia a tocar la sacratísima faz con sus manos —tan malparada le habían dejado—, le maltrataban con la caña.

La última tentativa de Pilatos

Pilatos salió otra vez fuera y les dijo: “Ved que os lo saco fuera para que sepáis que no hallo en Él causa alguna.” (Y salió Jesús, llevando una corona de espinas y un manto de púrpura.) Y Pilatos les dijo: “Ved aquí al Hombre.” Pero cuando le vieron los príncipes de los sacerdotes y los ministros vociferaron diciendo: “Crucifícale, crucifícale.” (Juan, XIX, 4-16: Mat., XXVII, 24-25; Marc., XV, 15; Luc., XXIII, 24-25.)

Pilatos, apoyándose en cálculos diplomáticos, esperaba haber satisfecho a los judíos. Había hecho flagelar a Jesús por satisfacer a sus acusaciones, con lo cual había concedido que no las rechazaba enteramente. Creía se darían por satisfechos con que ese hombre inofensivo hubiera sido flagelado por sus indiscreciones.

Hizo conducir a Jesús tal como estaba, es decir, como un rey caricaturesco. Era preciso que ellos lo vieran. “Ved que os lo saco fuera para que sepáis que no hallo en Él causa alguna.”

Pilatos avanza hasta tener delante de sí los príncipes de los sacerdotes. Y se hizo un gran silencio, y dijo en voz alta: “Ved aquí al Hombre.”

Entretanto se hace avanzar a Jesús. Pero apenas le han visto los príncipes de los sacerdotes y los ministros y ancianos, prorrumpen en el grito: “Crucifícale, crucifícale.”

Al llegar las cosas a este punto ya no puede dominarse el romano, siempre tan sensato. Contra su voluntad, se le escapan estas palabras: “Tomadle vosotros y crucificadle, porque yo no hallo en Él culpa alguna.”

“¡Nosotros tenemos Ley, y, según la Ley, debe morir, porque se hizo Hijo de Dios!”

Pilatos les ha dicho ya en cierta manera con eso: “Yo no puedo obrar de otro modo.” Y ellos, como haciendo eco, le dicen: “Tampoco nosotros podemos. Tu deber es ajusticiarlo, porque eres juez. Y Él debe ir a la muerte.” Ahora proponen los pontífices la verda-

dera acusación: "No se trata de un malhechor político, sino de un blasfemo contra Dios, y en eso jamás podemos ceder."

"¡Se ha hecho Hijo de Dios!"

En asambleas cuyos miembros están dominados por una pasión, todos se guían más por un misterioso presentimiento que por lo que ven u oyen. Eso sucede también a Pilatos. Adivina en su interior que entonces se descubría la razón última por la cual se había encendido el odio de los judíos contra Jesús.

¡Un Hijo de Dios! Mucho tiempo hacía ya que Pilatos había olvidado las mitologías de sus dioses; pero en aquel momento le vinieron a la memoria historias paganas de dioses que vivieron desconocidos en la tierra. Su profesor le había contado allí, en Itana, esas historias que se contaban a todos los niños. Y esas narraciones terminaban siempre diciendo cómo los hombres habían maltratado a los dioses del cielo y cómo por eso fueron después castigados. Ahora, de repente, le parece ver de cerca con horror aquel mundo, cuya existencia siempre había negado. El horror de lo sobrenatural le sobrecoge, como sucede con todo incrédulo mientras no se rinde a la fe.

Allá dentro ha quedado el acusado. No sólo el odio de los judíos, sino también la serenidad y la majestad del reo tienen algo de sobrehumano. Toda la ideología religiosa de Pilatos comienza a bambolearse. Ya ha vuelto Jesús con cierta reserva y tiene que interrogarle. Le mira, inseguro y temeroso, y le pregunta, con palabras secas, como se suele en tales ocasiones:

"¿De dónde eres tú?"

Jesús ya le ha dicho antes que ha venido del otro mundo para dar testimonio a la verdad, y le ha invitado a que oiga este testimonio. Pilatos ha rechazado orgulloso la enseñanza, y esta vez Jesús es quien elude la respuesta.

Pilatos se cree ofendido. Y pierde el miedo. Lo que había sentido era sólo un temor instintivo ante lo divino, que tan de cerca se hacía sentir; pero no había habido en él disposiciones de humildad.

"¿A mí no me hablas? ¿No sabes que tengo poder para crucificarte y poder para soltarte?"

Firmes y seguras suenan estas palabras en la recia estructura de la frase rítmica del Derecho romano.

Pilatos alardea de su poder. Jesús se lo reconoce; pero le amonesta que no abuse de él.

“No tendrías poder alguno sobre Mí si no se te hubiera dado de arriba”: en esta palabra se encierra también una respuesta a la pregunta ¿de dónde era? que antes le había hecho Pilatos. “Por tanto, el que me ha entregado a ti tiene mayor pecado.” Como si dijera: Tú estás enredado en este proceso por razón de tu cargo, porque eres gobernador; otros han movido este proceso por odio contra Mí.

Esta misteriosa respuesta, dada con incomprensible calma, corrobora a Pilatos en su resolución de no permitir la ejecución de la sentencia. Los judíos se lo notan en cuanto se acerca a ellos. Otra vez intenta resistir a su odio. San Juan refiere tan sólo cómo terminó esta última tentativa. Los judíos abandonan su acusación de blasfemia y amenazan abiertamente a Pilatos con la delación ante el Emperador.

“Si sueltas a éste, no eres amigo del César, porque todo aquel que se hace rey se declara contra el César.”

El golpe fué certero. Las buenas relaciones con la corte, en tiempo de Tiberio, decidían la suerte de un gobernador. Se habían creado nuevos títulos con que enaltecer, frente a la nobleza de los antiguos linajes de senadores, ciertas familias que no tenían nobleza hereditaria. Uno de esos títulos era *amicus Caesaris*, “amigo del César”, que era algo así como nuestro “consejero de corte secreto” o “camarero imperial”.

Pilatos no tuvo ya que reflexionar. ¿Cómo se iba a defender de una acusación como ésa? ¿Tal vez repitiendo lo que el acusado había dicho de su reino y lo que él había preguntado? Pero ¿podría él revelar nunca en Roma los peregrinos sentimientos que había experimentado en el curso de este proceso?

Pilatos se sentó en el tribunal, en el lugar llamado litóstroto.

Después de estas palabras no describe San Juan la escena que sin duda recordó en su memoria, sino que escribió: “Era el día de la preparación de la Pascua, hacia la hora sexta”, es decir, antes de mediodía. Así escribió, pero entretanto surgió ante sus ojos esta escena: bajo un cielo azul brillante, entre muros iluminados con la luz chillona del sol oriental, en una espaciosa plaza, una muchedumbre de pueblo pasionalmente convulsa; como olas se agitan sobre las cabezas los turbantes blanquecinos, y los gritos de la gente resuenan a través de la plaza del Pretorio. Algunos saltan sobre los hombros de los que están a su lado en calidad de orado-

res espontáneos, alrededor de los cuales se apelotonan otros muchos que los miran, escuchando atentamente, y luego se vuelven vociferando al gobernador.

Pilatos se sienta en el tribunal, que estaba en medio del estrado. Todo lo desprecia en aquel momento: se desprecia a sí mismo, que cede cobarde, y desprecia a ese pueblo en el que se delata algo que él presiente, sin duda, pero que no sabe o no quiere saber qué es. De sus labios brotan aquellas amargas palabras:

“Ved aquí a vuestro rey.”

“¡Quítale, quítale de ahí! Crucifícale”, respondieron.

Y vociferan cada vez más desenfrenadamente. Pilatos hace una señal y prodúcese un gran silencio. “¿A vuestro rey he de crucificar?”

¿Todavía no comprende que no puede llamar a este hombre rey de los judíos?

“¡No tenemos más rey que al César!”, responden ellos.

Pilatos echa una mirada sobre las masas enfurecidas. En éstas se ha despertado una resistencia que no tiene nada que ver con lo que profieren. Odian a ese hombre, que es de su mismo pueblo, más que a un gentil. Pilatos está, pues, en presencia de lo incomprendible. Barrunta vagamente que se ha metido en una lucha en que los hombres están al servicio de fuerzas ultrahumanas. Y este arrogante romano, que hace unos instantes ha declarado con aplomo que no existe la verdad, y que, según eso, ha repudiado toda fe en Dios y en los dioses, se encuentra ahora arrastrado a una acción que, según su ideología, no tiene ningún sentido.

Manda venir a un esclavo; éste sostiene la jofaina y derrama agua sobre las manos de Pilatos. A los judíos les es bien conocida esta ceremonia. El silencio reina en la plaza. La plebe se siente en este momento triunfadora y está dispuesta a facilitar a Pilatos las cosas todo lo posible. Mientras el siervo echaba el agua sobre las manos de Pilatos, se le oyeron a éste estas palabras: “Inocente soy yo de la sangre de este justo. Allá os lo veáis vosotros.”

En eso uno lanza un penetrante grito, y centenares y millares lo repiten con rostros y gestos convulsos, víctimas de una irritación extrema. Aquel grito es como una centella que provoca en todos el incendio. Y vociferan a Pilatos: “Caiga su sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos.”

Crucifixión y sepelio de Jesús

Crucifixiones

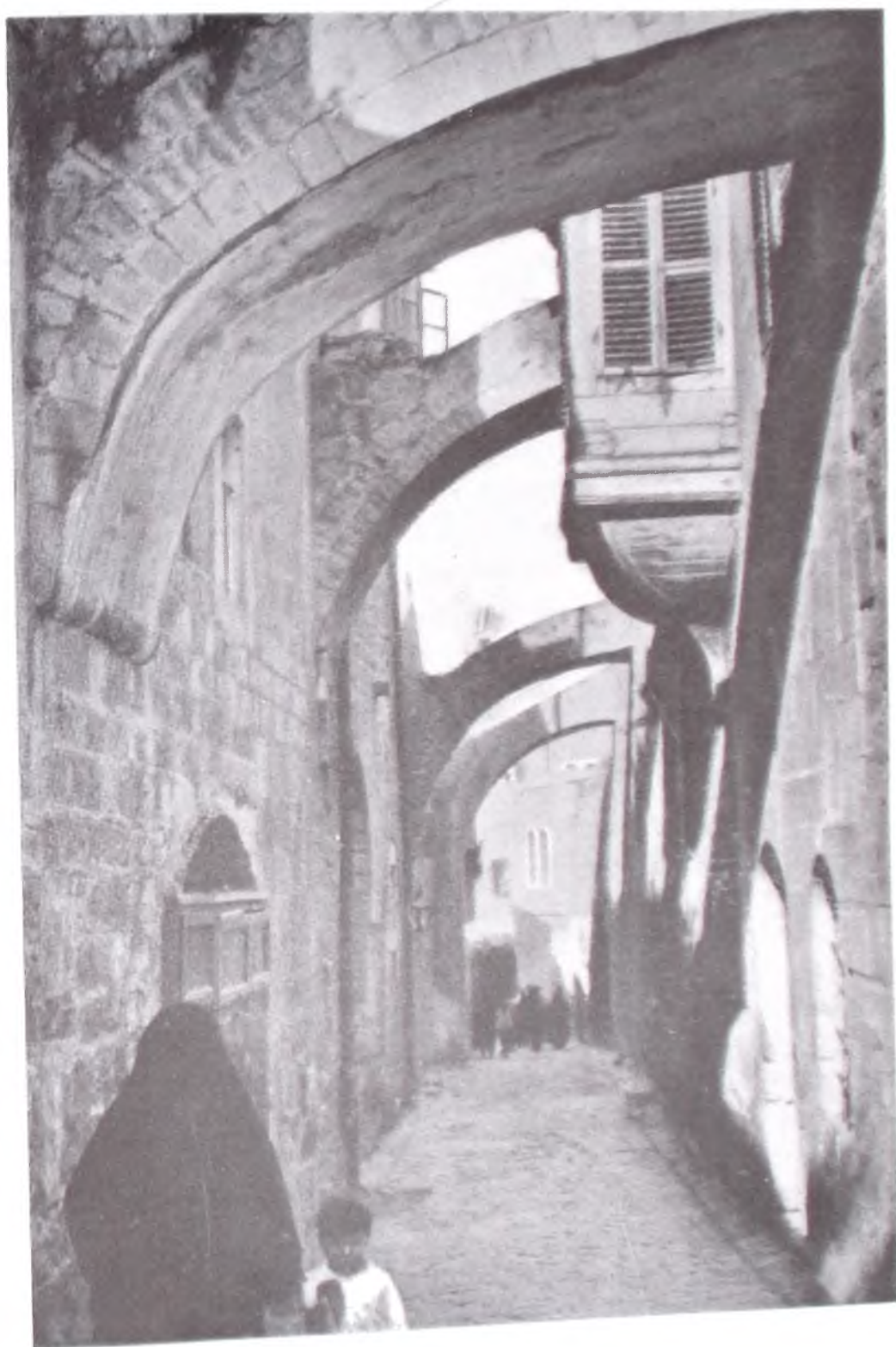
Una vez dada la sentencia de muerte devolvieron a Jesús sus propios vestidos. Para la ejecución de la sentencia se requería que el reo fuese conducido al lugar del suplicio con sus propios vestidos.

La muerte en cruz era la más dolorosa y, por su forma, la más vergonzosa. Sin que estuviera lesionado ningún órgano principal, el condenado moría de puro dolor, conservando todas las fuerzas. Los sentenciados quedaban además sin defensa alguna, expuestos a las miradas de los curiosos espectadores. Lo agudo de los tormentos no les permitía estar quietos, y, no obstante, el más pequeño movimiento les producía nuevos dolores. Como casi todos habían sido antes azotados, los torturaba también una sed horrible, a consecuencia de la pérdida de sangre que había precedido. Añádanse a eso todas las plagas que abundan en Oriente y que llegan a ser verdaderos suplicios. Formando densas nubes, se reunían moscas y mosquitos en torno del cuerpo herido. Los perros vagabundos interrumpían sus habituales correrías y se avisaban con ladridos los unos a los otros; los buitres, que volaban siempre cerca de los poblados, se reunían en bandadas. Los gritos de los condenados eran unas veces de dolor por los tormentos, otras veces maldiciones y blasfemias contra los espectadores y casi siempre invocaciones salvajes a la muerte, que para ellos era una redención. Todo esto lo sabían los primeros lectores de los Evangelios, por haberlo contemplado.

La crucifixión era un suplicio que se empleaba en todos los países circunvecinos, menos entre los judíos, entre los cuales según el Derecho penal, se usaba en su lugar la lapidación. Por

EN LA CALLE DE LA AMARGURA

En las calles estrechas hay siempre mucha sombra. El suelo es o simplemente tierra apisonada o un adoquinado de piedras abombadas, pero desgastadas y resbaladizas. Para Jesús, esas calles eran más penosas aún. Imagínese en estas estrechuras el tráfico de peregrinos y añádase a eso el concurso del pueblo con ocasión de la crucifixión de Jesús. En primer término se ve una mujer toda cubierta con un velo



eso la crucifixión de Jesús se llevó a cabo conforme al procedimiento penal romano. El condenado tenía que llevar la cruz al lugar del suplicio. Como lugar más apto para las crucifixiones se escogía siempre un sitio cerca de las puertas de la ciudad para que la gente que pasaba escarmentara y concibiera odio al crimen. Este castigo llevaba consigo una deshonra tan grande, que no se podía aplicar más que a los esclavos y a los grandes malhechores de provincias. En los tiempos de salvajismo del decadente Imperio se castigó también con ese género de muerte a los ciudadanos romanos.

La crucifixión misma podía realizarse de diversas maneras. Las representaciones icónicas nos muestran casi siempre a Jesús tendido sobre la cruz, que está preparada en el suelo, para ser enclavado en ella. Pero muchas veces enclavaban al condenado en la cruz ya levantada de antemano. Para explicar mejor las expresiones empleadas por Jesús al hablar de su crucifixión es de importancia especial un tercer procedimiento, que participa de los dos citados. El condenado era enclavado por los brazos en el palo transversal, estando la cruz aún en el suelo; después lo levantaban y lo sujetaban al palo vertical. Los dolores del crucificado eran, si es posible, todavía mayores; pero ese procedimiento facilitaba el trabajo a los verdugos; de ese modo todo el cuerpo, que en la lisa tierra se hubiera encogido con la mayor violencia, pendía del tronco de la cruz por su propio peso.

En las dos últimas maneras de crucifixión, la expresión “levantar en alto”, como se decía en vez de “crucificar”, adquiere un sentido impresionante, de un realismo espantoso. Es muy propio de los hombres hallar frases veladas para expresar ciertas cosas que son una vergüenza para todo el género humano. Jesús mismo empleaba una de estas expresiones cuando hablaba de la “exaltación” del Hijo del Hombre.

Las costumbres de los griegos habían sido imitadas y copiadas por los judíos, y así había entre ellos “sociedades cívicas” algo parecidas a nuestras asociaciones de beneficencia, que tenían como fin el ejercicio de obras de caridad. Entre los deberes de caridad se contaban las visitas de esponsales, de bodas, de duelo y la asistencia a la fiesta de la Circuncisión. La sociedad se encargaba de enviar representación de todos sus miembros; nombraba los comisionados necesarios, y a cargo de éstos corrían los gastos confor-

me a la condición social del agasajado. Los servicios caritativos prestados a los ajusticiados encuadrarían muy bien en las actividades de una sociedad de éstas. Es posible que las mujeres que iban llorando, llamadas expresamente en el Evangelio hijas de Jerusalén, pertenecieran a una de esas sociedades urbanas, *jaburat ir*. Si así era, iban en representación de las mujeres de Jerusalén y las palabras de Jesús se podían considerar como dichas a todas las mujeres de la capital.

Vía crucis

Entonces sacaron a Jesús de la ciudad para crucificarle. Al salir fuera hallaron un hombre de Cirene, llamado Simón, padre de Alejandro y de Rufo, y le obligaron a que cargase con la cruz de Jesús. Y le seguía una gran multitud de pueblo y de mujeres, las cuales lo plañían y lloraban. (Marc., XV, 20-21; Mat., XXVII, 31-32; Lucas, XXIII, 26-32; Juan, XIX, 16-17.)

La crucifixión se realizó inmediatamente después de la sentencia. Trajeron la cruz, y Jesús mismo tuvo que cargar con ella. La tomó con una dignidad y calma tales, que los soldados hubieron de sentir en sí otra vez que este Jesús Nazareno permanecía aún inflexible, en virtud de una fuerza misteriosa. ¡Qué escenas habrían presenciado ellos cuando los condenados veían la cruz por vez primera!

Pero no era menester que recordaran las ejecuciones anteriores; con Jesús mismo habían de ser crucificados también dos malhechores. Probablemente no los hubieran crucificado aquel día si no se hubiera llegado a realizar la crucifixión de Jesús. Muchos suponen que los ajusticiaron aquel día precisamente para que Jesús apareciera ante todos como malhechor. Sea lo que fuere, es humillante para Cristo el hecho de que se realizaran "todas las ejecuciones juntas", aunque no lo hicieran por ninguna otra razón especial, sino sólo por razones de orden práctico.

La comitiva se puso en movimiento, saliendo del Pretorio, por las calles hasta delante de la puerta de la ciudad. Por esos días iban entrando las últimas caravanas de peregrinos; todas las calles estaban ya llenas de gente. Y para colmo de la curiosidad

se añadía ahora **ese** otro espectáculo: Jesús Nazareno ha sido apresado y juzgado, y hoy va a ser crucificado. Por consiguiente, le ha condenado también el gobernador, no sólo los fariseos. A la muchedumbre que se asocia ya desde el lugar del juicio (pues en tales ocasiones nunca faltan curiosos) se juntan otros grupos que confluyen de las calles laterales.

Observando la vida de las calles de Jerusalén en algún acontecimiento especial, es como se llega a tener una idea de esta escena. En tales casos no es posible observar con serenidad los hechos; sin querer se interesa uno y simpatiza con los acontecimientos. Nadie piensa en "mantener el orden" con amigables observaciones. El látigo es en este caso el único instrumento adecuado. Rapazuelos callejeros se cuelan, sin saber cómo, por entre las personas mayores; éstas se atropellan, expresando constantemente sus impresiones. En las gradas de las puertas está la gente de pie muy apiñada; los que quieren subir empujan o tiran de los vestidos a los de arriba. Por todos los orificios de las casas asoman cabezas; en los antepechos de las azoteas se inclina la gente para mirar la muchedumbre que corre por la calle como un torrente atronador.

Un avanzar ordenado es allí imposible. Por eso hay que suponer que Jesús, para el corto camino hasta el Calvario, necesitó un tiempo desproporcionadamente largo.

Así se explican mejor los sucesos que nos refieren los Evangelios. Los soldados advirtieron que Jesús, debilitado mortalmente por la flagelación y por la corona de espinas, no era capaz de llevar la pesada cruz hasta el lugar del suplicio. Nada extraño, pues, que cayera varias veces bajo aquel peso. Lo mismo puede suceder a cualquiera, aunque no esté debilitado ni cargado, por aquellas estrechas callejuelas mal empedradas, con escalones y con pendientes resbaladizas.

Al salir de la ciudad, junto a la puerta, los soldados tuvieron más libertad de movimiento. Allí estaban parados muchos que, procedentes de la campaña, querían entrar en aquel momento en la ciudad y se habían quedado detenidos.

Los soldados quisieron que otro llevara la cruz de Jesús. Sea que Simón fué el primero que vieron, sea que les llamara la atención por cualquier otro motivo, tal vez porque no parecía alegrarse mucho de todo aquel espectáculo (pues esa gente se mueve fácilmente a compasión en casos semejantes), el hecho es que los sol-

dados le obligaron a llevar la cruz de Jesús. La frase dice "le ordenaron" en el sentido del lenguaje militar. En este caso se trataba de la "orden" dada a una persona para prestar un servicio determinado. Por eso hubo que obedecer sin tardanza.

Simón era de Cirene, de Africa. Tal vez de pronto nos puede admirar ese rasgo; pero es sabido que en aquella región vivían muchos judíos, que ocupaban un barrio propio. Del movimiento de viajeros dentro del Imperio romano no tenemos la menor idea, porque pensamos que la gente de aquellos tiempos, en que no había ferrocarril, no viajaba más que lo que nosotros viajamos ahora, cuando no vamos en tren. Entre los 76 habitantes de la calle del Museo-Apolonio en Arsinde, por el año 71-72 después de Cristo, es decir, en un tiempo en que aún vivían muchos de sus contemporáneos, al revisar el registro en que constaba la condición social de cada uno se vió que estaban "de viaje" nada menos que cuatro: tres en Italia y uno en la India.

Las mujeres de que nos habla San Lucas tal vez aprovecharon la ocasión para acercarse a Jesús al ver que los soldados entregaban la cruz a Simón. En todos los pueblos de sentimientos humanos se permite a las mujeres desahogar su corazón en presencia de los condenados a muerte. Estas mujeres eran de la ciudad de Jerusalén, y no está excluido que formaran, como hemos notado antes, una especie de asociación de socorro en las ejecuciones. Las mujeres iban en estas ocasiones, como en las lamentaciones de los funerales, golpeándose el pecho y prorrumpiendo en ayes de dolor. Aquí sucedió algo que no se esperaban las mujeres. Jesús volvióse a ellas, lo cual sólo era posible si no llevaba ya la cruz. Esta escena presupone, pues, en cierto modo la anterior. Jesús procuró elevar su natural compasión al sentimiento de horror de los pecados que le trajeron a Él, siendo inocente, a tales tormentos y que precipitarían en una desgracia todavía mayor a los que no hicieran penitencia.

"Hijas de Jerusalén: No lloréis sobre mí, antes llorad sobre vosotras mismas y sobre vuestros hijos. Porque vendrán días en que se dirá: Bienaventuradas las estériles, y los vientres que no concibieron, y los pechos que no criaron. Entonces comenzarán a decir a los montes: Caed sobre nosotros; y a los collados: Cubridnos. Porque si en el árbol verde hacen esto, en el seco, ¿qué se hará?"

La crucifixión

Y le llevaron a un lugar llamado Gólgota, que se interpreta: lugar de la calavera. Y allí le daban a beber vino mezclado con mirra; lo gustó y no quiso beberlo. Era la hora de tercia cuando le crucificaron. Y crucificaron con Él dos ladrones: el uno a la derecha y el otro a su izquierda. (Marc., XV, 22-27; Mat., XXVII, 33-38; Lucas, XXIII, 33-34; Juan, XIX, 17-24.)

Desde la puerta de la ciudad hasta el lugar del suplicio no había mucho trecho, pues se hallaba cerca de la población, conforme a la costumbre romana. La colina, por su figura, llevaba el nombre de Gólgota, "lugar de la calavera".

Las mujeres que lloraban a Jesús pudieron tal vez continuar junto al ajusticiado, y es posible que fueran las mismas que proporcionaron a los soldados el vino mezclado con mirra. Los israelitas, que acostumbraban mezclar el vino con agua, conocían toda clase de medios para hacerlo más fuerte y más apto para la embriaguez. El vino con mirra hacía el efecto de un "narcótico", como diríamos hoy. Jesús lo probó para no desairar a los que se lo ofrecían; pero no lo bebió, pues quería padecer sin disminuir en nada la sensibilidad de sus sentidos.

Después le quitaron las vestiduras. Aunque Jesús llevaba un vestido de sangre, debió de producirle el sentirse desnudo una pena insoportable. Siguió luego la crucifixión en una de las formas arriba indicadas. Después crucificaron también a los dos malhechores: el uno a su derecha y el otro a su izquierda.

Según la costumbre romana, cuando uno moría ajusticiado se escribía en una tabla su delito. la inscripción la llevaban o delante de la comitiva, o bien iba colgada del cuello del sentenciado. En el caso de Jesús no era fácil indicar en pocas palabras el "crimen". Porque Jesús no había sido condenado por una acusación que pudiera expresarse fácilmente con una fórmula lacónica sacada del Código penal romano. Pilatos adoptó una solución que lo ponía a salvo en todos sentidos, y así mandó escribir en la tabla: "Jesús Nazareno, Rey de los judíos" = "Jesús, el Mesías-Rey".

Pilatos sabía bien que con este nombre de rey entendían ellos un rey especial. Con eso se vengaba de que le hubieran arrancado la sentencia por la fuerza. Era preciso que ellos vieran escrita su pro-

pia acusación. La inscripción fué redactada en hebreo, en latín y en griego. Todos los carteles de estación de los ferrocarriles de Palestina recuerdan hoy día de un modo extraño aquella inscripción escrita sobre la cruz de Jesús, pues indican el nombre de las poblaciones en árabe, en inglés y en hebreo.

A los fariseos no se les escapó la ambigüedad de la frase. Descubrir faltas de formalidades era precisamente su fuerte. ¿No se ponía en ridículo a todo el pueblo judío con esa fórmula? Al punto fué a Pilatos una comisión a suplicarle que se consignara con más claridad el delito de Jesús. “No escribas rey de los judíos, sino que Él dijo: rey soy de los judíos.”

Pilatos había hecho escribir en la tabla lo que ellos habían aducido como acusación; ¿qué más querían? Así, respondió Pilatos con concisión y resolución romanas, que no consentían contradicción: “Lo que he escrito, escrito está.” En una fórmula análoga a la de Pilatos notifica un rey, en una parábola antigua judía, la total remisión de los tributos a los súbditos que se lo suplican con el dicho: “Lo que está pasado, pasado está.”

Mientras la comisión fué a Pilatos, los soldados realizaron, según las costumbres, la acción de dividir los vestidos de Cristo, con la cual terminó su vida para este mundo.

Como la ejecución de la sentencia caía dentro del “reglamento”, se asignaban oficialmente cuatro soldados para cada crucificado. Según esto, eran cuatro los que tenían que repartirse entre sí los vestidos del crucificado. Los soldados que habían crucificado a Jesús se repartieron estas cuatro piezas: sandalias, cingulo, túnica y manto. Si la túnica interior hubiera sido un paño ordinario, la hubieran dividido en cuatro partes; pero esta túnica era sin costura, tejida toda de arriba abajo y de una pieza. Esta advertencia se nos ha transmitido en una forma tal que supone que quien así se expresa ha estado allí y ha mirado cómo los soldados toman y dan vueltas a la túnica para buscar la costura. Por lo demás, no fueron los sentimientos delicados con Cristo lo que les impidió dividir en partes la túnica.

También el vestido del Sumo Sacerdote, como refiere Flavio Josefo, estaba tejido de una pieza.

Por consiguiente, echaron suertes sobre la túnica. Los dados pertenecían entonces a las cosas usuales entre soldados, como el tabaco y los naipes durante la guerra. De ese modo, aquellos gen-

tiles, que no sabían nada de lo que estaba profetizado en este punto, dieron cumplimiento a aquel pasaje de la Sagrada Escritura: "Repartieron mis vestidos entre sí y echaron suerte sobre mi túnica."

Jesús en cruz

Y Jesús decía: "Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen." Y el pueblo estaba mirando, y los que pasaban movían la cabeza y decían: "Tú, el que destruyes el templo y lo reedificas en tres días, desciende de la cruz y sálvate a Ti mismo." (Luc., XXIII, 35-46; Mateo, XXVII, 39-49; Marc., XV, 29-38; Juan, XIX, 25-30.)

Jesús estaba pendiente en la cruz. La obra de los verdugos había terminado. Pero todos sabían que sus dolores iban aumentando incesantemente. Los sentenciados solían maldecir de todo el mundo y de sí mismos por el exceso de los tormentos. Jesús, en cambio, solamente profería palabras de súplica en favor de los verdugos, y eran como un ruego que brotaba de lo más hondo de su corazón, y antes de expresar su ruego procuró hacerse propicio al Dios del Cielo con la invocación de "Padre": "Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen."

¡Perdónalos a ellos! A ninguno exceptuó. Por eso su oración valía especialmente para aquellos que más necesidad tenían de perdón, esto es, para los jefes del pueblo. Como razón para hacer propicio al Padre dió Cristo ésta: "¡No saben lo que hacen!" Los príncipes de los sacerdotes y los fariseos estaban cegados por el odio.

Tal fué la oración que Jesús dirigió al Padre que está en los cielos. Pero en los oídos de los que oyeron sus palabras tenían éstas otro sentido. Porque en ellas veían que también ahora, después de la sentencia y en presencia de la muerte, repetía Jesús el testimonio de que era Hijo de Dios, porque miró al cielo, donde no puede haber más que espíritus, y gritó: "Padre." Al mismo tiempo daba testimonio de que era inocente con la palabra: "Perdónalos." Y en las palabras con que procuraba disminuir la culpa de los delincuentes: "No saben lo que hacen" se encerraba otro testimonio de su divinidad.

La súplica de perdón no fué ciertamente lo que contribuyó

menos a que Jesús fuera cubierto de nuevas afrentas y burlas. Hasta ahora, cierto temor había cohibido a los enemigos. Jesús había mostrado aún su poder en el prendimiento. ¡Quién sabía si de repente recuperaría la virtud de otros tiempos! Ahora Él mismo descubriría que no tenía más esperanzas de libertad; los pontífices se sentían, pues, completamente seguros, tan seguros que admitían sin dificultad los milagros anteriores.

“A otros salvó, y a sí mismo no se puede salvar. Si es Rey de Israel, descienda ahora de la cruz y creeremos en él. Confió en Dios; pues que lo libre ahora si lo ama, puesto que dijo: “Hijo soy de Dios.”

Los pontífices y escribas estaban apartados del “vulgo”, y no dirigían sus palabras directamente a Jesús, sino más bien a los circunstantes.

Otros vinieron cerca de la cruz más bien por casualidad; e insultaban a Jesús tanto más afrentosamente cuanto más lacónicamente lo hacían. Pusieronse ante Él, le veían desamparado de todos con miradas desvergonzadas y le escarnecían: “¿Conque tú eres el que destruye el templo en tres días y en tres días lo reedificas? ¡Baja de la cruz y sálvate a ti mismo!”

Los soldados y gentiles siguieron el ejemplo de los judíos: “¡Si eres el Rey de los judíos, sálvate a ti mismo!”

También uno de los dos delincuentes que habían sido crucificados con Él lo insultaba. En medio de sus dolores, aquel malhechor sentía satisfacción en oír y proferir palabras afrentosas. Con el instinto, que suele ser más seguro en las almas de esos pervertidos que en los malos que han vivido una vida tranquila, reconoció que aquel Jesús debía de ser inocente. De no ser así, ¿cómo sería tan bueno aun en aquellos momentos? Esta pregunta no tenía respuesta. “¡Perdónalos!”, había exclamado Jesús; en cambio, el ladrón se revolvía en su interior. “No perdonar —decía—, sino tomar venganza de los que están abajo. Si tú eres el Mesías, sálvate a ti mismo y a nosotros.”

El otro ladrón había visto y oído las mismas cosas que el primero, pero hicieron en él un efecto muy diferente. El fondo mismo del alma de ese ladrón no estaba aún endurecido; estaba como el núcleo dentro del hueso de un fruto. Y al oír cómo Jesús imploraba perdón al Padre celestial, se acabó de ablandar su alma. Él también era, como su compañero, hombre de realidades; pero veía

más hondo, porque aún no había perdido cierto anhelo por la bondad y por el amor. El iba viendo en su espíritu el encadenamiento de los hechos. Jesús pendía en cruz, sufría los tormentos con una virtud interior impropia de un malhechor. Un inocente ordinario, al menos hubiera hecho profesión de su inocencia y hubiera suplicado a Dios que la manifestara a los demás. Pero Jesús pide perdón para los otros; ruega cuando está reducido a un estado en que a nadie se le ocurre una súplica como la que Él hace, si no le nace de lo más hondo del corazón. Ahora bien; si sus palabras son verdaderas, Ése es más que puro hombre; por consiguiente, Dios, como él mismo dice, es verdaderamente su Padre.

El único que se pone francamente de parte de Cristo es uno que había sido ladrón, echando en cara a su compañero las blasfemias que profiere.

“Ni aun tú temes a Dios, estando en el mismo suplicio. Nosotros, en verdad sufrimos por nuestra culpa, porque recibimos lo que merecemos; mas Éste ningún mal ha hecho.”

Por lo menos un hombre que está también crucificado y experimenta en su propio cuerpo lo que ese castigo significa, debía ver que Jesús no sufría ese suplicio como un malhechor, sino como un ser superior.

En estas palabras se encerraba un testimonio en favor de Cristo. Esa confesión atrajo al buen ladrón un torrente de gracias interiores que hicieron desaparecer de delante de sus ojos los últimos velos del misterio. Volvióse a Jesús (cada movimiento le causaba indecibles dolores) y le suplicó: “Señor, acuérdate de mí cuando estés en tu reino.”

“¡Cuando estés en tu reino!” Creía, pues, en la omnipotencia del que aparentemente era impotente; pero no pidió la liberación del castigo ni el lenitivo de sus dolores; sino un poco de amor. Veía que Jesús moriría antes que él. Si este Jesús le prometía antes de su muerte no olvidarle allí arriba en su reino, él lo seguiría de buen grado.

Jesús, hablando con la misma majestad que tenía cuando estando libre hablaba o sentado en una colina o bajo un árbol o en la barca, dijo desde la cruz: “En verdad te digo: ¡Hoy estarás conmigo en el Paraíso!”

¡Misteriosas palabras! Los dos moriremos antes de que alum-

bre un nuevo día. No sólo yo, sino también tú. Pero volveremos a estar juntos en el otro mundo como aquí.

Las dos primeras palabras de Jesús en la cruz tienen entre sí cierta conexión, y aun es de suponer que fueron proferidas casi inmediatamente la una después de la otra. Jesús estuvo pendiente de la cruz tres horas enteras. Entretanto se realizó en todo el mundo alrededor de la cruz una transformación espantosa. Era hacia la hora de sexta, y toda la tierra se cubrió de tinieblas hasta la hora de nona.

Racionalistas recientes han creído hacer un descubrimiento diciendo que en la fase de luna llena no puede haber eclipses de sol. Esto lo sabía muy bien ya el viejo Orígenes y probablemente también lo sabían los Apóstoles, pues estos fenómenos de la naturaleza habían sido ya estudiados en los países orientales durante miles de años.

La mayor parte del año está allí el cielo sin nubes y el sol brilla esplendoroso. ¡Qué impresión no debió de hacer en todos ver que en pleno mediodía se borraban los contornos de las crestas de los montes, los cercanos muros de la ciudad perdían sus sombras, alzándose la cruz como en un abismo de tinieblas! El temor y la congoja se apoderaron de judíos y gentiles. En ninguna nación donde la legislación tiene sus raíces en los sentimientos del pueblo se prohíbe a los parientes acercarse al moribundo, y así se permitió a la Madre de Jesús acercarse a la cruz; junto a ella estaba Juan, haciendo valiente profesión de ser discípulo de Jesús.

Las vestiduras estaban ya sorteadas, y Jesús ya no podía disponer de nada de lo que antes le pertenecía. ¿Quién iba a cuidar ahora de su Madre? Ella le había acompañado por la calle de la Amargura, sufriendo con Él todos los padecimientos y al mismo tiempo aliviándoselos de ese modo, aunque también colmándoselos con una nueva amargura, con aquella amargura que no pueden experimentar más que los que aman a otros más que a sí mismos al verles sufrir y sin poder socorrerles.

Era ya la hora de despedirse de ella, que le había sido fiel sin abandonarle en la tribulación. Jesús miró a su Madre, diciéndole: "Mujer, he ahí a tu Hijo." Una mirada de Jesús, que pasando por María terminó en Juan, aclara las palabras; una mirada de unos ojos nimbados en sangre daba el adiós del amor al amor. Los

ojos de Jesús se posaron entonces en Juan, a quien le dijo: "He ahí a tu Madre."

Con eso se había despojado Jesús de todas las cosas de este mundo.

Lentamente, cual preciosa resina, corría la sangre densa; sangre que, manando de las heridas y resbalando gota a gota sobre el tronco de la cruz hasta la tierra, cayó en todas las direcciones del mundo. Como de dos fuentes que tenían sus manantiales en el mismo cielo, goteaba la sangre de las heridas de las manos esparciéndose hasta la tierra. ¿Adónde había ido a parar la sangre de Cristo en pocas horas? Las piedras de la calle de Jerusalén la habían embebido; había quedado adherida a los cinturones de cuero y a las partes metálicas de las armaduras romanas; impresa había quedado como un horrible testimonio en las losas del lugar del suplicio, y había marcado el camino andado por Jesús, y la habían tocado las sandalias de cuero de los ricos y los desnudos pies de los mendigos.

La grisácea obscuridad circundante era sólo un débil reflejo de lo que entretanto había sucedido en el alma de Jesús.

Allí tuvo lugar en la forma más espantosa lo que constituye la verdadera amargura de la muerte, como es el quedar el moribundo desligado interiormente de lo que le abandona a él exteriormente. Desde el primer momento de su existencia había cumplido Jesús siempre la voluntad de su Padre, y el amor a! Padre había crecido con el sufrimiento no sólo de hora en hora, sino de segundo en segundo, sobre todo cuanto el entendimiento humano puede concebir. A través del chasquido de los azotes y de la violencia de los martillos; a través del fuego de los dolores, y a través de los escarnios de los hombres, Él había escuchado la dulce voz de su Padre, que lo suavizaba e impregnaba todo. Su canto de siempre había sido como el de un pajarillo que, aun estando prisionero en una jaula, canta jubiloso a los rayos del sol.

La voluntad, a pesar de todas las violencias exteriores, estaba mucho más libre que ninguna otra voluntad humana. Precisamente por esa misteriosa vida que tenía común con Dios, le habían condenado como blasfemo contra Dios.

En aquel instante sucedió lo que aun para Él mismo, en cuanto hombre, fué un misterio; misterio tan espantoso que no pudo comprenderlo. El sentimiento de la proximidad del Padre amoroso

desapareció en medio de una incertidumbre horriblemente torturadora. En lo más íntimo de su ser, allí donde los mayores dolores corporales no podían llegar, ardía vivo este dolor. ¡Dios se sentía desamparado de Dios!

Fué un dolor que hizo desaparecer misteriosamente todos los dolores corporales y al mismo tiempo los aumentó, y después de ese desamparo vinieron a ser como dolores nunca sufridos. En ese tormento todo desapareció para Él: los crueles soldados que lo custodiaban, los pontífices que lo escarnecían, los curiosos que estaban observando todos sus movimientos; aun su amada Madre y el discípulo fiel estaban como alejados. Jesús gritó: "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?"

Este grito produjo espanto en los buenos, y a Él le perjudicó ante sus enemigos más de lo que hubieran podido hacerlo todas las burlas. Ellos triunfaban. Ya ha perdido el valor y las mañas para fingir.

"*¡Eli, Eli, lamma sabakthani!*" Éstas fueron sus palabras. Los Evangelistas las refieren así, porque de otro modo no se hubiera entendido lo que sigue. La palabra "Eli" = "Dios mío", que Jesús pronunció dos veces, suena casi como "Elías". Elías desempeñaba un gran papel en la fe popular, no sólo como precursor del Mesías, sino también como defensor en todas las necesidades. Se comprueba todavía que la fiesta de San Elías reúne en el Monte Carmelo a todas las confesiones.

Después exclamó Jesús: "Tengo sed."

La sed de Jesús debió de tomar proporciones extremas a consecuencia de la pérdida de sangre en la flagelación y en la crucifixión, y por estar pendiente en la cruz con todas las heridas abiertas. Morir de sed atormenta más que morir de hambre. En la lengua y en el paladar se forman pústulas, se apodera del hombre un espantoso desasosiego, porque en el cuerpo queda entorpecida la circulación de los jugos.

Los soldados oyeron la voz de Jesús. Entonces era muy corriente tomar algo de bebida para el tiempo de la vela. Nada raro que también la hubieran llevado los soldados. El vinagre era una bebida preferida y barata, y no sólo para los soldados romanos, como lo demuestran muchos textos, sino aun para los mismos judíos. Un ceramión de vinagre costaba, según documentos egipcios, cuatro veces menos que la misma cantidad de vino. Un soldado acu-

dió (pues sin duda se habían sentado lejos del lugar en que go-teaba la sangre y corría por tierra), empapó en el vinagre una esponja que tal vez servía de tapón, la sujetó a una caña o alguna asta de lanza y la llevó a la boca de Jesús. No fueron, pues, sino un chiste grosero aquellas palabras: "Dejad. Veamos si viene Elías a librarle."

Poco después dijo Jesús: "Todo está consumado." Esta palabra sonó de muy diferente manera que los gritos anteriores. En un temor que parecía había durado muchas eternidades se había sentido Cristo desamparado de su Padre; ahora reconocía que el Padre nunca había estado tan cerca de Él como en aquellos momentos. Conforme al decreto del Padre, había sufrido en su alma, en cuanto era posible al Hijo de Dios, el estado interior del pecador, es decir, el estado de separación de Dios.

Una vez más daba testimonio de que había tomado sobre sí libérrimamente todos los sufrimientos. Pero el suplicio había sido tan amargo, que ahora que todo había pasado no podía vivir más tiempo. La misteriosa separación del Padre le había dado la muerte interiormente. Lo que después siguió fué como un suave arrebol vespertino después de una tempestad, fué como la víspera de una fiesta y como la vuelta al hogar materno.

"Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu."

Cuando se creyó desamparado, no se atrevió Jesús, por decirlo así, a llamar a Dios Padre. Ahora vuelve otra vez esta palabra a sus labios, que era como el principio del volverse a ver. Con voz potente exclamó: "En tus manos encomiendo mi espíritu." La palabra que se traduce ordinariamente por "encomendar" está tomada propiamente del lenguaje jurídico y significa "entregar algo en custodia", con derecho a recibir después exactamente lo mismo y no simplemente algo equivalente. En torno de estas palabras centellea un como primer destello de la futura resurrección.

Después de esta última invocación al Padre, llena de confianza, inclinó Jesús dulcemente la cabeza y expiró. Aun al morir fué en Él una acción ejecutada libérrimamente.

Milagros y testimonios a la muerte de Jesús

Y el velo del templo se rasgó de arriba abajo en dos partes, y tembló la tierra y se rompieron las piedras; se abrieron los sepulcros y muchos cuerpos de santos que habían muerto resucitaron, y salieron de los sepulcros después de su resurrección, vinieron a la ciudad santa y aparecieron a muchos. Mas el centurión y los que con él estaban guardando a Jesús, visto el terremoto y las cosas que pasaban, tuvieron miedo y decían: "Verdaderamente, Hijo de Dios era Éste." Y todo el gentío que presenciaba el espectáculo y veía lo que pasaba, se volvía dándose golpes en el pecho. (Mat., XXVII, 51-56; Marcos, XV, 38-41; Luc., XXIII, 47-49; Juan, XIX, 31-37.)

La obra estaba consumada; el velo del Antiguo Testamento, había desaparecido. El Padre lo notificó con milagros que servían para los judíos y para los gentiles.

El velo del templo se rasgó. Había un velo interior entre el sancta y el sanctasanctórum y otro exterior entre el atrio y el sancta. Como lo que Dios quería era dar una señal para el pueblo de Israel, en cuanto sociedad religiosa, debió de ser el velo interior el que se rasgó. El sanctasanctórum del templo quedaba con eso convertido en un lugar sin significado religioso. En el momento en que el alma de Jesús dejó el templo de su cuerpo, Dios se retiró del templo de Jerusalén.

La tierra tembló; el terremoto despertó grande desasosiego interior en todos los que estaban enterados de la ejecución que se acababa de realizar. En medio de aquellas conmociones se partieron las piedras. Las losas de los sepulcros se levantaron y dejaron libre la entrada. Así hay que entender sin duda la frase: "Los sepulcros se abrieron." Estos fenómenos de la naturaleza fueron como una voz de Dios que despertó los cuerpos de los justos que habían muerto ya. Entonces o después de la resurrección vinieron a la ciudad y se aparecieron a muchos.

Estos sucesos produjeron una excitación grande en los que se hallaban reunidos junto a la cruz. La significación de las tinieblas se revelaba por sí sola; luego siguió el terremoto, que debió de hacerse sentir de un modo especial sobre la colina rocosa. El sombrío signo de la cruz se balanceaba en el cielo.

La vigilancia del cumplimiento de la crucifixión estaba confiada, según el reglamento, a un centurión. Éste, como oficial, no se había mezclado con los soldados. Toda su atención se concentraba en lo que oía y veía. Sentía también, como Pilatos, que detrás de aquel odio de los judíos hacían presión fuerzas sobrehumanas. Jesús, en cambio, aparecía a sus ojos como uno que acepta la muerte por propia voluntad. En aquellos fenómenos de la naturaleza se manifestaban fuerzas celestiales. De seguro que hubo momentos en que se apoderó de este oficial aquel terror que había embargado a Pilatos cuando oyó que Jesús se declaraba Hijo de Dios. Pero este centurión pasó adelante valeroso venciendo los temores y llegó a la región de la fe: "Verdaderamente este hombre era Hijo de Dios."

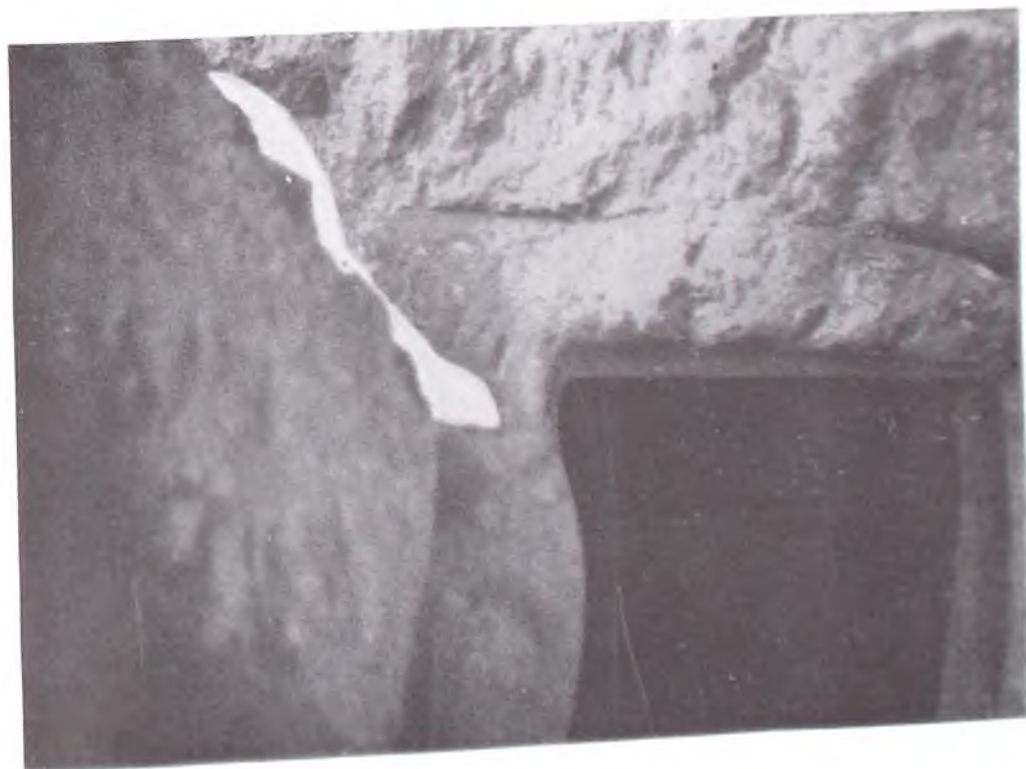
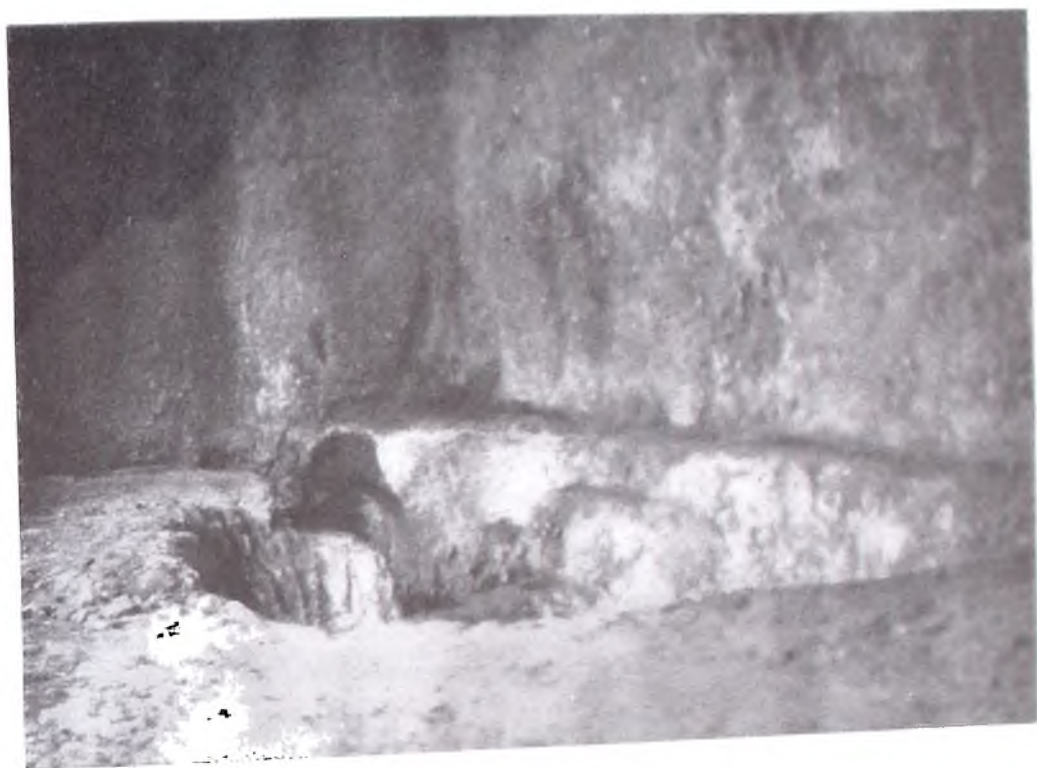
Los espectadores que se habían quedado junto a la cruz fueron enmudeciendo poco a poco. Cada vez se apoderaba de ellos más irresistiblemente la idea de que aquel muerto en cruz era la causa de todos aquellos espantosos fenómenos de la naturaleza. Se dieron golpes de pecho, lo cual era una especie de afirmación de que por su parte reprobaban la ejecución. Después se apresuraron a ir a la ciudad, como se huye a casa cuando estalla una violenta tempestad.

El miedo y el espanto que se apoderó allí de todos permitió plena libertad de acción a los fieles que habían acompañado a Jesús hasta el lugar del suplicio. No sólo su Madre y Juan, sino también otros conocidos, a quienes no habían dejado contemplarle más que de lejos, podían ahora acercarse a la cruz sin dificultad. Así se explica bien cómo los tres primeros Evangelistas dicen que contemplaban de lejos a Jesús, mientras San Juan dice que estaban cerca de la cruz.

SEPULCROS DE TIEMPOS ANTIGUOS

Vista tomada desde la antecámara del sepulcro con la entrada y la cámara sepulcral propiamente dicha, a la que se bajaba por unas gradas

Fotografía tomada desde las gradas del sepulcro que están inmediatamente delante de la entrada. Aquí se ve avanzar la "piedra de cierre" por una hendidura abierta en la roca viva. Entre el muro y la piedra de cierre hay un paño. Cuando se entra del sol a la sombra de la antecámara, le parece a uno tan oscura que cree imposible poder sacar una fotografía. Para distinguir bien la roca viva y la piedra giratoria creímos conveniente poner entre ambas un paño blanco en el momento de la fotografía; pero no hubiera sido necesario ponerlo. Claramente se ve la ranura que se ha ido produciendo poco a poco con el rodar de la piedra. Desde aquí, estando en pie ante la puerta, se puede examinar la cámara sepulcral como lo hizo Juan en la mañana de Pascua



Sepelio de Jesús

Como era la víspera de la fiesta, para que no quedasen los cuerpos en la cruz el sábado, rogaron los judíos a Pilatos que les quebrasen las piernas y que fuesen quitados de las cruces. (Juan, XIX, 31-42; Mat., XXVII, 57-61; Lucas, XXIII, 50-56; Marc., XV, 42-47.)

Según costumbre de los judíos, los ajusticiados tenían que ser enterrados inmediatamente. Como Jesús había sido crucificado en la tarde anterior a la fiesta de la Pascua (la cual comenzaba no a media noche, sino con la puesta del sol), parecía más necesario observar en este caso aquella costumbre.

Además, prescindiendo de eso, los fariseos tenían sumo interés en hacer desaparecer lo antes posible las últimas huellas de aquel Jesús, y así compareció una comisión ante Pilatos, rogándole que se retiraran los cadáveres. En Palestina, tal vez por consideración a los sentimientos religiosos de los judíos, se había introducido la costumbre de acelerar la muerte de los crucificados quebrándoles las piernas, pues de lo contrario algunos vivían dos o tres días. Los soldados recibieron la orden de matar en la cruz a los tres crucificados. Quebraron a los dos ladrones las piernas y se presentaron luego delante de Jesús. La calma absoluta de Jesús no permitía deducir su muerte; pero con una observación más detenida comprobaron que había muerto. Mas la orden era orden. Para estar completamente seguros se presenta un soldado y mete la punta de la lanza por el lado derecho hasta el corazón y "salió luego sangre y agua", dice San Juan. Si Jesús hubiese muerto por la lanzada, los efectos del golpe hubieran sido otros. San Juan añade expresamente que él mismo fué testigo de eso. Juan no abandonó, pues, la cruz hasta que Jesús fué bajado de ella.

Casi a la misma hora en que los soldados recibieron la orden de quebrar las piernas de los crucificados debió de hablar con Pilatos José de Arimatea, que era miembro del Gran Consejo y pertenecía, como se diría en nuestros Parlamentos, a la representación de los grandes capitalistas. Hasta entonces, por miedo a sus compañeros de partido, no había confesado públicamente la fe en Jesús. Ahora habló con Pilatos para pedirle el cadáver del Salva-

dor. El tiempo urgía. Retirados ya los soldados, se solían arrojar los cuerpos en alguna fosa, que luego llenaban de tierra hasta cubrirlos.

Pilatos tenía el derecho de entregar el cadáver de Jesús a quien quisiera. José de Arimatea halló al gobernador en un estado de alma favorable para satisfacer una demanda en favor del que había sido crucificado sin culpa. También en su palacio había obscurecido, y había crujido el suelo, sin duda, por las sacudidas del terremoto.

José de Arimatea había hablado con Pilatos después de dada la orden a los soldados y antes de la noticia de la muerte de Jesús. Pilatos se maravilló cuando oyó que Jesús había muerto. Debíó de renovarse en él otra vez aquel horror de la mañana. A ese hombre le había preguntado aquel mismo día: “¿De dónde eres?” ¿Había vuelto, por fin, al lugar de donde había venido? Pilatos debía saber lo que había sucedido en la muerte de Jesús, pues el centurión mismo tenía el deber de informarle.

Pilatos hizo a José el “presente” del cadáver de Jesús. Pilatos, que pudo haber pedido una suma elevada por el rescate, no exigió nada, a pesar de que estos funcionarios, procedentes de familias recién encumbradas, sabían muy bien hacer dinero aprovechando casos semejantes.

Los hombres que, dentro de su partido, se atreven a sostener una opinión personal, se desahogan mutuamente en ciertas ocasiones especiales. Así se agregó a José de Arimatea un segundo miembro del Gran Consejo, Nicodemus, que en otro tiempo, una noche, había tenido una conversación con Jesús. José había hecho excavar en su huerto, fuera de la ciudad, un sepulcro. Era propio de todos los pueblos antiguos del Oriente preocuparse casi más del sepulcro, su morada después de la muerte, que de su casa, morada durante la vida. Aun hoy día hay orientales que se hacen preparar el sepulcro de antemano.

Este sepulcro lo cedió José a Jesús, pues se hallaba cerca del lugar del suplicio, y así era aún posible sepultar a Cristo antes de la puesta del sol, sin quedar expuesto al peligro de que los fariseos prohibieran el sepelio, apelando a que había comenzado el día de la fiesta.

Como José había prestado el sepulcro, Nicodemus quiso proporcionar en rica medida todo lo que correspondía a un digno sepelio.

Sus criados trajeron las 100 libras (30 kilogramos de ungüentos, mezcla de mirra y áloe. Así, pues, bajaron de la cruz el cuerpo de Cristo, lo pusieron en el seno de su santísima Madre y lo llevaron al sepulcro.

El sol estaba ya muy bajo, y se acercaba al horizonte de las alturas que se extendían al oeste de la ciudad. Las mujeres hacían el duelo a Jesús; el acto del entierro corría a cargo de los hombres. Las costumbres todavía en uso durante los entierros nos dan luz para entender las palabras que tal vez nos producen cierta sorpresa. "Las mujeres estaban sentadas enfrente del sepulcro." Porque no es corriente que las mujeres contemplen el sepelio; se quedan atrás, en algún sitio fuera del cementerio y esperan hasta que los hombres vuelven. Esto no excluye que antes del sepelio vieran detenidamente la cámara sepulcral y se pusieran de acuerdo para completar y perfeccionar de su parte la obra de los hombres. después de la Pascua, con nueva cantidad de bálsamos.

Los enemigos sellan el sepulcro de Jesús

Al día siguiente, después de la Pascua, los príncipes de los sacerdotes y los fariseos acudieron juntos a Pilatos y le dijeron: "Señor, nos acordamos que aquel impostor, cuando todavía estaba en vida, dijo: "Después de tres días resucitaré." (Mat., XXVII, 62-65.)

Los príncipes de los sacerdotes y los fariseos se habían enterado de lo que había sucedido después de la crucifixión: José de Arimatea y Nicodemus, dos hombres del Gran Consejo, habían dado sepultura a Jesús. El sepulcro estaba en el huerto de José; no era, pues, accesible a la gente.

Ahora descubren ellos de repente otro sentido de las palabras de Jesús: "destruir y reedificar el templo"; y saben que con ellas profetizó Jesús su resurrección. Verdad es que no lo creen; pero temen que los discípulos preparen un nuevo engaño detrás de las tapias del huerto.

Y volvieron a presentarse a Pilatos. Esta vez se presentaron como gente a quien por la precipitación de los sucesos se les ha pasado alguna cosa por alto: "Señor, nos acordamos que aquel impostor, cuando todavía estaba en vida, dijo: Después de tres días

resucitaré. Manda, pues, que se custodie el sepulcro hasta el tercer día, no sea que vengan los discípulos y hurten el cuerpo y digan a la plebe: Resucitó de entre los muertos; y será el postrer error, peor que el primero.”

Los fariseos habían llegado a temer hasta a un crucificado muerto. A Pilatos le era, sin duda, indiferente que se pusieran en ridículo. Lacónica, como de boca de romano, fué su respuesta: “Guardas tenéis; id y custodiadlo como sabéis.”

Y acaso reprimió la risa, murmurando: ¡Qué raros son estos orientales!

Los príncipes de los sacerdotes y los fariseos, en virtud del permiso oficial, lograron libre acceso al sepulcro de Jesús. Este proceder era al mismo tiempo un golpe contra José de Arimatea, que se había atrevido a ponerse tan abiertamente a favor del crucificado. Y de seguro que al dueño del huerto debió de molestarle no poco tener que soportar a los soldados romanos en su finca.

Los fariseos sellaron la piedra sin dificultad. El sepulcro, como se deduce de los relatos de la Resurrección, era semejante a las fosas que todavía se ven cerca de Jerusalén. Desde la antecámara se llegaba, por una entrada baja, a la verdadera cámara mortuoria. Delante de esta cámara se hacía rodar una piedra del tamaño de una rueda de molino, y de este modo se cerraba la entrada. Así que el objeto de los fariseos era evitar que descorrieran la piedra secretamente y sacaran el cadáver. Sellaron la piedra, pusieron cintas sobre la roca viva y la piedra movable, echaron encima la cera de sellar e imprimieron su sello oficial. Luego recibieron los soldados la orden de velar delante del sepulcro.

Entonces se sellaban más cosas y con más frecuencia que en nuestros tiempos. Se dice, por ejemplo, que hasta los sacos de mercancías se sellaban. El sello del Sumo Sacerdote era la insignia de su dignidad, como el cetro lo es del rey.

La resurrección de Jesús

El sepulcro sellado está vacío

Y hubo un terremoto grande. Porque un ángel del Señor bajó del Cielo y revolió la piedra y se sentó en ella. Su aspecto era como un relámpago y su vestidura como la nieve. Y de temor de él se asombraron los guardas y quedaron como muertos. (Mat., XXVIII, 2-4.)

Una mañana de Jerusalén: Los edificios empiezan a reflejar los colores del cielo. Parece como si del interior de las paredes emanaran resplandores, primero, de un color rojizo intenso, que después se va debilitando en las superficies planas hasta tomar un amarillo denso dorado y un blanco radiante. Los contrastes de luz y sombra en las esquinas y aristas se van acentuando cada vez más.

Al mismo tiempo los alrededores de la ciudad emergen de la penumbra crepuscular. Las tapias de los huertos se iluminan por el lado que mira a Oriente; detrás, como negros estandartes, se yerguen los cipreses hacia el cielo gris sonrosado, y los olivos, menos altos, parecen salir del suelo como nubes de color pálido de plata.

Así era también aquella mañana en que los guardas esperaban, impacientes, la hora de volver a los cuarteles. Nunca se les había ordenado un servicio más disparatado. Esto solamente podía ocurrir entre judíos. Las horas de vela, de seguro que no habían pasado sin quejas y críticas.

Entretanto volvió al sepulcro el alma de Jesús, después del descendimiento al Limbo, donde estaban los justos del Antiguo Testamento. Cuando un hombre, cercano a la muerte, queda sano de repente, contra toda esperanza, y despertando por la madrugada de un profundo sueño, siente en lo más íntimo de su ser la feliz transformación, no puede menos de experimentar una grande con-

moción y a la vez una paz tan agradable que no puede describir con palabras.

¿Cómo podrá la lengua humana expresar lo que sintió Jesús al salir del sepulcro como Hijo del Hombre?

Los Apóstoles son tan sobrios, que evitan las descripciones de cosas que no han visto. Empiezan a hablar de la Resurrección, aduciendo un hecho que también otros habían presenciado como testigos.

Los guardas estaban esperando que terminara la vela cuando empezó a temblar la tierra; una figura sobrehumana se acercó al sepulcro desde el cielo e hizo girar la piedra.

El aspecto del mensajero celestial era como el de un relámpago, y su vestidura brillaba como la nieve. Los guardas quedaron asombrados y comenzaron a temblar por el miedo, y perdieron la serenidad.

El Evangelista no dice más. De todos modos, los soldados, después que el ángel desapareció, obraron como suelen obrar los hombres en tales casos. Primero quisieron tomarlo todo como si hubiera sido una alucinación; pero allí estaba la piedra removida, y vieron que el cadáver no estaba en la sepultura, y éstos eran hechos reales y concretos.

Las mujeres van al sepulcro

Pasado el sábado, María Magdalena, y María la de Santiago, y Salomé compraron aromas para ir a embalsamar a Jesús. Y muy de mañana el primer día de la semana después del sábado vienen al sepulcro, salido ya el sol. Y decían entre sí: “¿Quién nos quitará la losa de la puerta del sepulcro?” (Marc., XVI, 1-8; Mat., XXVIII, 1-10; Luc., XXIV, 1-11; Juan, XX, 1-2.)

Los amigos de Jesús no solamente le habían desamparado, sino que además estaban dispersos. Nada extraño, pues se hallaban en una ciudad cuyos habitantes les eran enemigos. El salir fuera de casa era ya un riesgo, pues en los estrechos barrios de las ciudades orientales todo el que no pertenece al barrio es vigilado por innumerables ojos.

En tal estado de ánimo no se podía tomar una resolución entre

los Apóstoles. Es muy significativo, considerado desde el punto de vista humano, que las mujeres, movidas simplemente por sus sentimientos hacia el Maestro muerto, llegaran a constituir un grupo compacto antes que los hombres. El Viernes Santo, por la tarde, las mujeres no habían tenido tiempo para prestar al Señor los servicios que les sugería su amor. Pero se propusieron realizarlos el domingo, después del descanso legal. Algunas compraron aromas el mismo sábado después de la puesta del sol, ya fueran resinas balsámicas en polvo, ya ungüentos aromáticos. El domingo, pues, primer día de la semana, según la cuenta de entonces, fueron muy de mañanita al sepulcro.

El sol sale en abril hacia las seis por el monte de los Olivos. A estas horas presenta la ciudad una fisionomía especial. En las calles se siente todavía el frío relente de la noche. Los primeros borriquillos, con pellejos llenos de agua, llegan despacio de las fuentes de fuera de la ciudad; el polvo se va levantando, las voces de los arrieros suenan frescas y limpias; las mujeres, con canastos llenos de legumbres en la cabeza, vienen detrás de los animales de carga.

Aquella mañana, después del día de descanso, el tráfico es mayor que de ordinario. Se abren las tiendas y los bazares, se exponen otra vez los géneros y los comestibles, se enciende la lumbre y los perros se retiran.

Algunas de las mujeres, de camino para el sepulcro, entraron en unas tiendas y compraron aromas y ungüentos.

María Magdalena fué la primera en llegar al sepulcro. Partió con las otras; pero siguió sin detenerse hasta las afueras de la ciudad; como amaba al Señor más que las otras, suspiraba por poder estar un momento sola junto al cadáver.

Las mujeres no sabían que se hubiera puesto guardia delante del sepulcro. Yendo por las calles con sus aromas, solamente tenían una preocupación: "¿Quién nos quitará la piedra del sepulcro?" Pues aún no se veía por allí ningún ocioso que estuviera dispuesto a hacerlo por una propina.

La puerta de entrada al huerto, por donde habían escapado los soldados, estaba abierta; acercándose más, vieron que la piedra estaba quitada.

Por el temor que les daba verse rodeadas de enemigos, se habían apresurado a ir al sepulcro como a un lugar de refugio; pero

ahora ven que ni al Maestro mismo lo han dejado en paz ni en la sepultura.

Cuando llegaron las demás mujeres, hacía ya largo rato que María Magdalena estaba en el sepulcro; por eso es la primera a quien se le ocurre que inmediatamente hay que comunicarlo a los Apóstoles. Volvió apresuradamente a la ciudad, llevando la nueva a Pedro y a Juan. Según ella, había sucedido lo peor que podía suceder: "Han quitado al Señor del sepulcro y no sabemos en dónde le han puesto."

Las demás mujeres que llegaron después se detuvieron allí más tiempo. Dejaron en el suelo sus cántaros llenos de aceites aromáticos y sus recipientes de preciosos polvos resinosos; inclináronse y entraron desde la antecámara hasta la cámara sepulcral propiamente dicha. Entonces se apoderó de ellas un nuevo terror. De repente, preséntanse ante ellas dos varones con vestiduras resplandecientes. La aparición en la estrecha cámara sepulcral, de gruesas paredes de roca, produjo un efecto distinto del que hubiera producido al aire libre. Las mujeres se espantaron y bajaron los ojos al ver aquellas blancas figuras.

Pero de la boca de un ángel resonó esta voz: "No tengáis miedo, vosotras, porque sé que buscáis a Jesús Nazareno, el que fué crucificado. Ha resucitado; no está aquí. Ved aquí el lugar en donde lo pusieron. Acordaos de lo que os dijo estando aún en Galilea: "Es menester que el Hijo del Hombre sea entregado en manos de los pecadores, y que sea crucificado y resucite al tercer día. Mas id luego y decid a sus discípulos, y a Pedro, que Él les precederá en Galilea. Allí le veréis, como os dijo."

Las mujeres abandonaron la cámara sepulcral como fugitivas; estaban fuera de sí, temblaban y se estremecían. No tenían más que ir a buscar a los discípulos y decirles que habían encontrado el sepulcro vacío. No se dan más pormenores sobre el encuentro con los discípulos.

Se explica muy bien, dada la complicada red de calles y callejuelas de una ciudad oriental, que además no era la suya, que al regresar no encontraran a Pedro y a Juan. Éstos se habían dirigido entretanto al sepulcro al saber la noticia por medio de la Magdalena. Es muy posible que las otras mujeres hallaran primero a los otros discípulos y no a Pedro y a Juan. En el estilo de los relatos

de la resurrección se siente vibrar todavía la conmoción de aquella mañana. Pues sólo se refieren algunas escenas que no se llegan a distinguir entre sí claramente.

Los Apóstoles y los discípulos no dieron crédito a las mujeres, que llegaron a ellos extraordinariamente excitadas.

Pedro y Juan en el sepulcro

Salió, pues, Pedro y aquel otro discípulo, y fueron al sepulcro. Y corrían los dos a la par; mas el otro discípulo se adelantó corriendo más aprisa que Pedro, y llegó primero al sepulcro. E inclinándose vió los lienzos puestos allí, mas no entró dentro. En tanto, llegó Simón Pedro. (Juan, XX, 3-10; Luc., XIV, 12.)

María Magdalena había traído esta noticia: "Se han llevado al Señor." Tal vez habló solamente con Pedro y Juan. Estos dos se pusieron al punto en camino hacia el sepulcro. En lo más hondo de su alma sintieron renacer una nueva vida, y dirigieronse presurosos al sepulcro sin decir palabra. Juan llegó el primero. Es altamente humano y muy propio del reposado temperamento de Juan que entrara solamente en la antecámara y se contentara con inclinarse hacia la verdadera cámara sepulcral. Aquí ha ocurrido algo, debió de decirse. Por lo visto no se atreve a admitir el hecho sin un testigo.

Pedro, que llega después, es más vivo y decidido, y ambos entran en la cámara sepulcral. Lo examinan atentamente todo, tanto más cautamente cuanto más les va en ello. Las vendas de lino yacen allí delante de ellos, tal y como las habían arrollado alrededor de los miembros, sólo que ya nada aprietan entre sus círculos, y el sudario que había tenido Jesús en la cabeza no estaba con los lienzos, sino plegado en un lugar aparte. Esto es lo que quiere expresar San Juan con las palabras *joris entetyligmenon* ("separadamente plegado"). Todo aquello daba una impresión como si el cadáver de Jesús se hubiera evaporado; así el cuerpo al ser informado de nuevo por el alma había tomado la vida de un estado glorioso no sujeto a las leyes del espacio.

Y el relato no dice más; se miran el uno al otro y con la mirada se entienden.

Entonces se obró en su alma una como resurrección a nueva vida; la fe, que estaba como dormida, se avivó, y aquel nuevo elemento vital que los había atraído al sepulcro se hizo sentir, y por su medio conocieron que Jesús había resucitado, y ese conocimiento fué para ellos como un sol naciente, que hizo aparecer bajo una nueva luz toda la vida pasada al lado de Jesús; sus milagros, sus conversaciones sobre la pasión, la muerte y la resurrección, y las palabras del Maestro de cómo habían de abandonarle.

La transformación que comenzó a obrarse en este momento en las almas de los Apóstoles y que continuó entre fluctuantes y varios sentimientos, hasta la venida del Espíritu Santo, no podremos nunca comprenderla totalmente. Lo que la aparición del Cristianismo fué después para las almas que buscan la verdad, fué para ellos algo experimentalmente sentido en su interior y observado con sus sentidos corporales. Aquel que había vivido entre ellos, como un hombre entre hombres, se revelaba ahora desde el otro mundo como Hijo de Dios y Señor del Universo.

En la vida del hombre hay días que equivalen a años enteros; días como éstos habían vivido los Apóstoles desde la entrada triunfal en Jerusalén, y aún les aguardaban otros parecidos.

Jesús aparece a María Magdalena

María estaba fuera llorando junto al sepulcro. Y estando así llorando, se inclinó y miró hacia el sepulcro. Y vió dos ángeles vestidos de blanco, sentados el uno a la cabecera y el otro a los pies, donde había sido puesto el cuerpo de Jesús. Y le dijeron: "Mujer, ¿por qué lloras?" Y les dice ella: "Porque se han llevado a mi Señor y no sé dónde lo han puesto." En cuanto hubo dicho esto, se volvió a mirar atrás, y vió a Jesús, que estaba en pie, y Ella no sabía que era Jesús." (Juan, XX, 11-18.)

María Magdalena estaba otra vez sola en el huerto junto al sepulcro. Entretanto había subido bastante el sol e iluminaba todos los recodos del huerto, que, como esa clase de fincas, estaba plantado de árboles y de arbustos de hoja perenne. Hallábase en ese

estado en que suelen caer fácilmente las mujeres, en virtud del cual todo lo que les viene del exterior pierde su valor y su importancia mientras no está en relación con su dolor.

Así estaba delante del sepulcro y lloraba. Pléñese, por ejemplo, en una madre que se halla en el lugar de un incendio bajo cuyas cenizas yace sepultado su hijo. Aquella su mirada fija y sin objeto y aquel llanto revelan un amor que llega hasta el arrobamiento. Las personas que se hallan en ese estado permanecen inmóviles en el lugar de la desgracia. El asomarse al sepulcro es más bien efecto de un desasosiego producido por el dolor que un acto premeditado de la voluntad. Allí dentro ve dos ángeles: el uno está a la cabecera del banco sepulcral, algo elevado probablemente por esta parte; el otro, a los pies.

Los ángeles le preguntan: "Mujer, ¿por qué lloras?"

Magdalena no ve ya el mundo más que a través de sus lágrimas y no tiene ya más que un lamento: "Se han llevado a mi Señor y no sé dónde le han puesto."

¿Qué les importa eso a estos dos, que ni siquiera saben por qué llora así? Sin mirar bien hacia ellos, se retira para examinar bien el huerto. Y vió una persona que estaba en pie delante de ella; pero, como una mujer para quien la vida es llorar, no levantó la vista. En eso una voz le pregunta: "Mujer, ¿por qué lloras?, ¿a quién buscas?"

"¿A quién buscas?" Esa pregunta le llega al alma y la reanima. Aquel hombre, a quien ni siquiera ha mirado aún bien para saber quién es y que no se adelanta hacia ella, cree ella que es seguramente el hortelano. Pero en el acto se apodera de María una idea que le hace sospechar de ese hombre. ¿Le habrá parecido el sepelio del Crucificado, en el sepulcro de su dueño, una especie de profanación y por eso habrá quitado de allí el cadáver? Esa sospecha es más verosímil de lo que parece. Tales hortelanos obran en las fincas que les están encomendadas como dueños y no consienten intromisiones en su dominio. Magdalena habla al presunto hortelano con cierto apremio: "Señor, si tú lo has llevado de aquí, dime en dónde lo has puesto y yo lo buscaré."

Este desconocido que está delante de ella es el que en realidad "ha quitado el cuerpo", porque es Jesús mismo, que se le va a revelar ahora para convencerla de su resurrección.

"¡María!"

Es como una amonestación: **Mírame mejor. Porque, a la manera del que llora desconsoladamente, se había apartado otra vez de Él...**

Esta palabra, dicha en un tono que despierta un eco en lo más hondo del corazón, es ya bastante. Se vuelve y le dice sólo esta palabra: **"Rabboni"** (que significa Maestro).

Después la saluda como lo había hecho antes de su Pasión y muerte. Lleno de amor, le hace notar Jesús que han pasado ya los días en que Él moraba entre ellos como hombre, y cómo pronto se cambiaría su estado actual por otro. **"No me toques, porque aún no he subido a mi Padre; mas ve a mis hermanos y diles: Subo a mi Padre y vuestro Padre; a mi Dios y vuestro Dios."**

Por segunda vez va Magdalena a los discípulos, esta vez no menos excitada, pero de muy distinta manera que la primera, diciendo: **"He visto al Señor."**

Y empezó a relatar la aparición.

Se intenta por primera vez negar la resurrección de Jesús

Mientras las mujeres se alejaban, he ahí que algunos de los guardas fueron a la ciudad y dieron aviso a los príncipes de los sacerdotes de todo lo que había pasado. Estos, habiéndose juntado con los ancianos y tomado consejo, dieron gran cantidad de dinero a los soldados. (Mateo, XXVIII, 11-15.)

Repuestos los soldados de su espanto, huyeron del huerto. Se les había puesto como guardas, y el cadáver que debían haber custodiado había desaparecido mientras ellos lo velaban. Conforme al reglamento de servicio, se habían de hacer investigaciones; por eso les pareció lo mejor proponer ellos mismos que había intervenido una fuerza superior. Los príncipes de los sacerdotes debieron de tener sus sospechas de que aquel muerto no era como los demás, pues de no ser así jamás se les hubiera ocurrido hacer velar el cadáver de un crucificado.

Ahora lo que debían hacer los enemigos de Jesús era apagar pronto esta chispa peligrosa. Así como los sacerdotes antes de la Pasión habían comprado con dinero a un traidor, así ahora com-

praban con dinero una calumnia en contra de la resurrección; sólo que ahora tenían que tener a punto más de treinta monedas de plata al hacer a los soldados esta propuesta: “Decid que vinieron de noche sus discípulos y lo hurtaron mientras vosotros estábais durmiendo. Si llegase esto a oídos del gobernador, nosotros se lo haremos creer y os defenderemos.”

Ésta fué la primera explicación “natural” que se inventó de la resurrección de Cristo. Por lo demás, pensaban que dentro de pocas semanas nadie se acordaría ya de Jesús en Jerusalén. Si la venida del Espíritu Santo no hubiera destrozado el tejido de mentiras que se urdió contra Cristo, y si una acción sobrenatural, haciendo sentir siempre su eficacia en la Iglesia, no hubiera seguido destrozándolo a través de la Historia, tiempo ha que Jesús hubiera sido ya para siempre sepultado bajo la mentira.

Camino de Emaús

Aquel mismo día iban dos discípulos de Jesús a una aldea llamada Emaús, distante sesenta estadios de Jerusalén. Iban conversando entre sí de todas estas cosas que habían acaecido. Y como fuesen hablando y razonando entre sí, se llegó a ellos el mismo Jesús y caminaba en su compañía. Pero sus ojos de ellos estaban como vendados para que no le conociesen. (Luc., XXIV, 13-38; Marc., XVI, 12-13.)

El Evangelista San Lucas nos transmite un hermoso relato que nos permite conocer la disposición interna de los discípulos de Jesús después de la Pasión. Aunque hay que decir que no se trata de dos Apóstoles, sino sólo de dos discípulos, en el sentido lato de la palabra. La narración es de tal viveza, que a través de las palabras de San Lucas se oye resonar el mismo relato original.

Estos dos discípulos salieron de la ciudad de Jerusalén el día de la resurrección y se dirigieron a Emaús. Caminaban bajo un cielo azul brillante, y en su derredor se extendía una región de bloques roqueños y hondonadas cultivadas. Pero nada de eso les llamaba la atención; su pensamiento estaba en los acontecimientos de los últimos días. Una cosa les parecía cierta, a saber: que era un contrasentido esperar más tiempo en Jerusalén un último y desesperado cambio en la suerte de Jesús. Pero también veían con igual

evidencia que no estaba todo claro. Por el camino hablaban de todas esas cosas y se esforzaban por dar una explicación satisfactoria a los sucesos de Jerusalén.

Entretanto les alcanzó Jesús en el camino. Ellos no le reconocieron, pues para ellos era uno de los innumerables peregrinos que por aquellos días volvían a casa por los estrechos y blancos senderos de montaña y por los anchos caminos de herradura. La urbanidad oriental prohibía rechazar su compañía. Pero no lograron hacer desaparecer de sus rostros la expresión de tristeza, que delataban el desaliento de hombres hondamente afligidos. El desconocido empezó preguntando: “¿De qué ibais hablando por el camino?”

El desconocido, con su manera de preguntar, les había ya ganado la confianza, y eso les hizo comunicativos.

Cleofás empezó con una exclamación de admiración, y le dijo: “¿Tú sólo eres forastero en Jerusalén, y no sabes lo que allí ha pasado estos días?”

Jesús quiso oír de su propia boca lo que pensaban de Él, y les dijo: “¿Qué cosa?”

A esta pregunta siguió el primer relato de la “Vida de Jesús”.

Esta narración tiene una verdad psicológica maravillosa y nos da la idea exacta que entonces tenían de Jesús los discípulos. Aman aún a Jesús; pero han perdido toda esperanza de que fuera el Mesías. En la dolorosa defección causada por la desilusión en lo relativo al Mesías, están dispuestos a atribuirse a sí mismos la culpa de aquel gran desencanto antes que culpar en nada a Jesús.

Y ellos dijeron: “De Jesús Nazareno, que fué un varón profeta, poderoso en obras y en palabras delante de Dios y de todo el pueblo. Y cómo le entregaron los príncipes de los sacerdotes y nuestros magistrados a la pena de muerte y le crucificaron. Nosotros esperábamos que Él era el que había de redimir a Israel; pero hoy es el tercer día desde que han acontecido estas cosas. Aunque es verdad que unas mujeres nos han sorprendido, pues antes de amanecer fueron al sepulcro, y, no habiendo hallado su cuerpo, volvieron diciendo que habían visto allí una visión de ángeles, los cuales les dijeron que Él vive. Y algunos de los nuestros fueron al sepulcro y lo hallaron así como las mujeres lo habían referido, pero a Él no le vieron.”

La manera de hablar de Cleofás tiene cierto parecido con la

relación de una Comisión investigadora, que, aunque no puede aclararlo todo, está convencida de que ha hecho todo lo humanamente posible.

“Algunas mujeres” —esta palabra, en boca de unos orientales, delata la sospecha que tienen de los testimonios—. Pero, al menos, se ha comprobado que es verdadera alguna cosa de las que afirmaban: “el cadáver había desaparecido”. El relato empezó con datos muy concretos; pero se acaba sin final propiamente dicho, y las preguntas podrían empezar precisamente donde los discípulos terminan.

“¿Eres tú el único forastero en Jerusalén?”, dijo Cleofás al peregrino, seguramente con gestos orientales y quizá parándose. Y Jesús empieza igualmente con una exclamación de asombro:

“¡Oh, necios y tardos de corazón para creer lo que los profetas han dicho! ¿Pues qué, no fué menester que el Cristo padeciese estas cosas y que entrara así en su gloria?”

El forastero se muestra muy versado en la Escritura. Comenzando desde Moisés y de todos los profetas, les indica aquellos pasajes que habían anunciado al Mesías como varón de dolores.

En lo más íntimo del corazón de los oyentes encléndese la esperanza. Al fin se han equivocado en la interpretación de los hechos. Jesús derrama en ellos como un torrente de felicidad. Pero demasiado pronto llegaron a un lugar en que debían desviarse del camino por un sendero, y Jesús hizo como que quería seguir adelante. ¿Qué otra cosa pudiera hacer? A ellos les correspondía invitarle, y Él aceptando la invitación les seguiría.

Los discípulos le tomaron por un doctor de la Ley, no tan célebre como otros ni tan arrogante como muchos; pero, por lo mismo, les parecía más extraordinario. Con frases genuinamente orientales le hacen la invitación: “Quédate con nosotros, porque se hace tarde y el día declina.”

Son las mismas palabras que se emplean hoy día. Ya en cuanto cede el calor, es decir, hacia las tres, se suele decir que el día declina; lo cual se dice, sobre todo, cuando hay que invitar a un huésped, pues en esas ocasiones cae bien, por urbanidad, una ligera exageración.

El forastero accede. En la casa misma o tal vez delante de ella se sentaron; se prepara la cena y el huésped ocupa el sitio de honor.

VISTA DE LA REGIÓN DE BELÉN TOMADA DESDE LA CUMBRE DEL MONTE DE LOS OLIVOS

El monte que está en el horizonte es la antigua fortaleza Herodium, sepulcro de Herodes. El cadáver fué conducido allí en una manifestación aparatosa nunca oída. Jesús, en su ascensión al cielo, volvió a ver otra vez el lugar de su nacimiento



Jesús toma el pan en sus manos, lo bendice, lo parte y lo distribuye. Hay que suponer que no se trata de una repetición de la última cena, pues los discípulos no estuvieron en el Cenáculo.

En ese momento reconocen al Mesías; pero pronto se dan cuenta de que la nueva vida del Maestro está bajo otras leyes, pues desapareció de sus ojos.

Jesús empieza a reunir a su alrededor a los discípulos dispersos. Este hecho, aunque se suele pasar por alto, es uno de los efectos que intentaba Jesús con sus repetidas apariciones.

Los dos discípulos salieron, probablemente, de Jerusalén bastante temprano, y solamente conocían los primeros acontecimientos de aquel día: la ida de las mujeres al sepulcro y el examen del sepulcro realizado por Pedro y Juan. En seguida se apresuran a volver a Jerusalén. La alegría les hizo olvidar todo el cansancio.

Era ya muy tarde cuando llegaron a la ciudad. Allí encontraron reunidos a todos los fieles. Abrieronles con precaución la puerta y les saludaron con el grito de júbilo: "Ha resucitado el Señor verdaderamente, y ha aparecido a Simón." Y así los dos de Emaús no pudieron adelantárseles a comunicarles la noticia que traían.

Después empiezan los dos a contar lo que les había sucedido. También ellos habían tenido la misma dicha que los Apóstoles. Todos escuchan el relato; se trasladan con ellos en espíritu al camino y miran llenos de envidia sus ojos radiantes de gozo, y los dos discípulos son el centro de la reunión.

Aparición en la tarde de Pascua

Mientras los discípulos (de Emaús) estaban aún hablando, apareció Jesús, poniéndose en medio de ellos, y les dijo: "La paz sea con vosotros." Pero ellos, azorados y espantados, pensaban que veían un espíritu. (Luc., XXIV, 36-43; Juan, XX, 19-23.)

Mientras estaban contando los discípulos lo que les había sucedido, mostróse Jesús a los que se hallaban reunidos en una forma que les permitió reconocer clarísimamente su nueva existencia, pues se presentó estando las puertas cerradas. De repente, pues, se hizo visible en el espacio.

Esta aparición hizo un efecto distinto del que produjo, por ejemplo, la primera aparición a Magdalena. Se espantaron, creyendo que veían un espíritu. Jesús procuró tranquilizarles e inculcarles la idea de que estaba ahora entre ellos con el mismo cuerpo que había sido puesto en el sepulcro.

“¿Por qué estáis turbados y se levantan esos pensamientos en vuestros corazones?”

Se adelanta a ellos, mientras le miran de lejos con ojos espantados, extiende las manos y dice: “Ved mis manos y mis pies, que soy yo mismo. Palpad y ved; que el espíritu no tiene carne ni huesos como veis que yo tengo.”

Los discípulos comprendieron plenamente la importancia que tenía aquel hecho, si era realidad. Toda otra realidad de este mundo parecía desvanecerse a sus ojos. Un temor especial puede hacer al hombre en extremo desconfiado contra lo que ve con sus propios sentidos cuando de repente se le muestran los nuevos caminos que ha de seguir en su vida, inundados en una nueva luz. Jesús les dice: Miradme. Ved las heridas de las manos y de los pies. Tocadme. Un espíritu nunca se puede tocar.”

Por último, les pregunta: “¿Tenéis algo de comer?”

Y le dieron parte de un pez asado. Prueba de que antes habían comido pescado. Debió de ser éste un espectáculo conmovedor. Aquellos hombres, que habían sido pescadores toda su vida, hallándose ahora congregados en Jerusalén, ciudad extraña para ellos, habían comprado pescado para comer, que tomaron sin duda con cierta añoranza de su patria.

Poco a poco fué desapareciendo el miedo, y entonces les saludó Jesús con toda solemnidad y les dió a entender que en lo sucesivo seguirían siendo sus Apóstoles.

“La paz sea con vosotros.”

En Palestina se oyen estas palabras en la estación y en el auto y por los caminos. Pero cuando las pronunció Jesús en aquella ocasión recibieron un sentido más elevado, porque Él podía dar verdaderamente lo que los demás no podían hacer más que desearse los unos y los otros. Y como Él no debía detenerse más tiempo en la tierra, encargó a los Apóstoles que llevaran su paz al mundo. Toda falta de paz procedía del pecado, y a todos aquellos que sintieran el pecado como una carga, ellos podrían quitarles ese peso en su nombre. Jesús sopló sobre ellos y les dijo:

“Como el Padre me envió, así también yo os envío. Recibid el Espíritu Santo. A los que perdonareis los pecados, perdonados les son, y a los que se los retuviereis, les son retenidos.”

Jesús, omnisciente, sabía ya de antemano qué hombres se arrepentirían sinceramente de los pecados y se harían de ese modo dignos de la paz celestial. Los Apóstoles, en cambio, debían primero formarse un juicio claro de las conciencias, lo cual era imposible si cada uno no se la manifestaba antes a ellos. Esto es precisamente lo que se realiza en el sacramento de la Confesión.

Tomás el escéptico

Tomás, uno de los doce, llamado Dídimo, no estaba con ellos cuando vino Jesús. Decíanle, pues, los otros discípulos: “Hemos visto al Señor.” Pero él les dijo: “Mientras no viere en sus manos la hendidura de los clavos y no metiere mi dedo en el lugar de los clavos y no metiere mi mano en su costado, no lo creeré.” (Juan, XX, 24-30.)

Tomás, llamado también Didimo, no había estado en la aparición del día de Pascua.

El simple hecho de dar a Tomás dos nombres en las últimas páginas de los Evangelios es otro testimonio de la autenticidad histórica de los relatos. Los documentos griegos de Egipto no sólo demuestran que entonces se tenía predilección por los nombres duplicados, sino que además se citan en ellos esos nombres como en este lugar, y aun aparece varias veces el mismo nombre de Dídimo.

Los discípulos anuncian a Tomás, llenos de alegría: “¡Hemos visto al Señor!” Pero Tomás no se deja arrastrar por el júbilo de los Apóstoles, sino que dice, lleno de voluntad propia, algo ruda: “Si no veo en sus manos la hendidura de los clavos, y no meto mis dedos en el lugar de los clavos, y no meto mi mano en la llaga del costado, no creeré.”

Cuando se comparan estas pretensiones de Tomás y, en general, toda su conducta después de la Resurrección con las demás indicaciones, escasas, que de él se nos conservan, hay que conceder que o bien estos pescadores eran simplemente geniales en la pintura

de los caracteres, o que llegan a la verdad viva, porque, en realidad de verdad, refieren algo vivido por ellos mismos. Tomás se manifiesta otra vez como un pensador independiente, propenso en su independencia al aferramiento a su propio juicio. Ya no espera que Jesús resucite, y por eso piensa que, al fin de cuentas, si Jesús no está en la tierra, ellos, sus discípulos, no forman ya sociedad. Tal vez por esta razón no estaba presente en la primera aparición de Jesús.

Y ahora, al encontrarse otra vez con los demás discípulos, vuelve a manifestar su manera de ser. “Estos hombres han creído demasiado pronto” —se decía—. Lo hemos visto. “No basta ver —respondería— cuando se trata de decir si se está delante de un espíritu o de un hombre real.” Ellos debieron contarle que Jesús les había mostrado las llagas en las manos y en los pies. Las palabras que responde Tomás son de un realismo adusto, como el que suelen usar los hombres obstinados cuando expresan su parecer. ¡Los dedos en los agujeros de los clavos, como los dedos de hierro atravesaron las manos —la mano en la ancha llaga del costado aún la agrandó más.

Esta clase de hombres no ha desaparecido aún. Los partidarios del “realismo moderno” pueden honrar en este Apóstol a su Patrono. Si quieren librarse de sus embrollos, necesitan, como Tomás, una gracia especial de Dios acomodada a su índole, con la que quede todo patente a sus ojos casi con la claridad que necesitan los niños.

Si Jesús quería, por una gracia especial, dar realización a esas condiciones, Él era quien fijaba el tiempo oportuno, y Tomás, entretanto, tenía que hacerse digno de tal gracia volviendo a juntarse con sus compañeros los Apóstoles.

A los ocho días volvió a aparecerse el Señor a los discípulos, estando presente Tomás. Eran los días en que los últimos peregrinos de la fiesta de la Pascua regresaban a sus pueblos. Es posible que los Apóstoles se hubiesen reunido para deliberar sobre la vuelta a la patria. En la aparición siguiente se hallan los discípulos en Galilea y, por lo visto, cada uno iba ya por su lado.

¡Ocho días! Fácilmente se pasan por alto las conmociones y ansias de espíritu que encierran. En el fondo del corazón de los discípulos todo alcanzaba grandes lejanías; no sólo aparecían bajo otra luz los acontecimientos de la última semana, sino que toda palabra y todo suceso de los días anteriores iban adquiriendo un

relieve especial. Estaban embargados de gozo y tenían miedo. Sentíanse unidos otra vez con Jesús y, al mismo tiempo, desamparados de Él. De tiempo en tiempo renacía en ellos la impresión de que todo lo que habían convivido con el Maestro había sido mucho más sublime de lo que pensaban; pero simultáneamente les acongojaba el amargo pesar de no haberle correspondido.

Así estaban sentados juntos, escuchaban con ansia cuando la gente pasaba por la calle en conversación animada y se sentían aligerados cuando se alejaban. Las puertas seguían cerradas. De pronto se aparece el Señor.

“La paz sea con vosotros”, dijo, como de costumbre, y se dirigió a Tomás: “Mete aquí tu dedo y mira mis manos. Trae tu mano y ponla en mi costado, y no seas incrédulo, sino fiel.”

Tomás siguió siendo un lógico, aunque entregado ya a la gracia. De su propia debilidad nació ahora su fuerza. Y debió de pensar entonces que, después de todo, él iba a ser el primero en tributar honores divinos al Maestro transfigurado. Y así lo hizo con esta sublime confesión de fe, exclamando: “¡Señor mío y Dios mío!”

Jesús, lleno de bondad, le amonesta que no sea exigente en poner condiciones personales a la gracia. “Tomás, porque me has visto has creído. Bienaventurados los que no vieron y creyeron.”

Las representaciones pictóricas nos inducen con frecuencia a representarnos como escena final a Tomás tocando la llaga del costado de Jesús. Tomás había sido víctima de la incredulidad, como lo demuestran sus palabras algo duras. Ahora Jesús había revelado su omnisciencia con la alusión a las palabras, demasiado exigentes, del escéptico. Hubiera sido ya terquedad de incrédulo empedernido si Tomás se hubiera atrevido a acercarse a Jesús y hubiera tocado sus llagas como examinando con las manos. En el fondo de las palabras: “Señor mío y Dios mío” se encierra el mismo sentimiento que en las palabras del centurión: “Señor, yo no soy digno.” También las palabras que dijo Jesús después de la confesión de Santo Tomás prueban que el Apóstol miró las llagas, pero no las tocó. Y si, no obstante esto, Tomás tocó las llagas, ese acto significaría, junto con las palabras “Señor mío y Dios mío”, no ya la realización de una prueba en el sentido en que la había exigido Tomás, sino una adoración del cuerpo transfigurado del Redentor.

El comparar entre sí los relatos sobre las apariciones de Jesús realizadas después de la Resurrección aclara muchas cosas. Con esta comparación nos confirmamos en el convencimiento de que se trata de acontecimientos históricos. Notemos aquí solamente este pormenor: Jesús dice a María Magdalena, cuando desea tocarle: "No me toques." En cambio, a Tomás le invita el Señor a que ponga la mano en su costado.

Aparición a la orilla del lago Tiberíades

Después se mostró Jesús otra vez a los discípulos, junto al lago de Tiberíades. Y ocurrió de esta manera: Estaban juntos Simón Pedro, Tomás, llamado Dídimo; Natanael, que era de Caná de Galilea, y los hijos de Zebedeo y otros dos discípulos. Y les dijo Simón: "Voy a pescar." Le dicen los demás: "Nosotros vamos contigo." (Juan, XXI, 1-23.)

Un ambiente característico flota sobre esta aparición de Jesús junto al lago. Todo se realiza de una manera distinta que en Jerusalén. Comienza de nuevo la vida de pescadores que habían llevado los Apóstoles antes de su primera vocación; estos días son una especie de vacaciones antes de dispersarse por todas las naciones del Imperio romano.

Todos sus conciudadanos debieron de señalarles con el dedo, cuando volvieron después de la crucifixión de Jesús, como aventureros que habían abandonado una profesión dura, pero noble, embaucados por otro aventurero mayor. Habían querido subir demasiado alto, y en pago de eso habían encontrado el castigo merecido.

Pero, en realidad, los Apóstoles estaban animados de muy diversos sentimientos de lo que las gentes sospechaban. Cuando iban navegando por el lago en las antiguas barcas velan con más claridad que en otras ocasiones que jamás volverían a ser los pescadores que fueron antes. La manera antigua de ganarse la vida en silenciosa colaboración con hombres que estaban ya hechos a vivir juntos volvía de nuevo; pero sus almas, precisamente por esa facilidad en el trabajo, eran más libres, y los recuerdos del tiempo en que también Jesús había navegado con ellos por el lago en la misma barca volvían con más viveza. Su patria les parecía que

La resurrección de Jesús

había cambiado, era de otra manera; se había convertido a un país que les recordaba, no su propia vida, sino solamente a Jesús. Aquí está el sitio de la pesca milagrosa; allí, el de la multiplicación de los panes; más allá, la cuesta en que pronunció el "sermón de la montaña", y por allí, el lugar de su vocación. Eran tratados ahora de cabezas demasiado ligeras y crédulas, pero su corazón ardía de arrepentimiento de no haber creído aún más. Habían ya sentido una vida más sencilla, más independiente de medios y condiciones externas; pero, al mismo tiempo, más valiosa que la que ofrece la mezquina pesca del lago. Ya no podrían lanzarse mar adentro con las modestas pretensiones de antes, ni volver del lago dominados por el desaliento o por la alegría, según hubiera sido la pesca.

Una tarde dijo Pedro a los discípulos, que moraban en su casa: "Voy a pescar." Pronto le dijeron los otros: "Nosotros vamos contigo."

Eran una media docena de hombres, los justos para dos barcas con redes colgantes. A fines de abril o principios de mayo, que era el tiempo en que esto sucedía, empieza ya el verano en la zona donada del lago. El agua alcanza a veces ya en ese tiempo temperatura de cerca de treinta grados; el aire, aun pasado, sigue siendo sofocante.

En aquel mismo lago caminó una vez Jesús sobre las aguas: había acallado la tempestad; ahora estaban solos.

Cruzaban el lago en diversos sentidos; buscaban este y aquel sitio de antaño donde en otro tiempo habían encontrado pesca abundante; pero parecía como si ya no fueran prácticos en el oficio. Al apuntar el alba, se dirigieron a la orilla rendidos y con la barca vacía.

En la orilla vieron un hombre. En Oriente hay siempre espectadores para todo. Jesús se expresa como quien tiene gran interés por ellos y les habla en tono animado: "Buena gente, ¿habéis cogido algo?" El término griego es *paidia* (muchachos). En otras circunstancias se podría traducir la palabra por "pequeñuelos". Pescadores y cazadores que no han cogido nada tienen pocas ganas de hablar. Así, pues, sin entablar conversación, los discípulos responden secamente: "No". Aun para los orientales hay ocasiones en que ni su natural locuacidad basta para hacerles hablar.

Pero el forastero no por eso los desatiende: "Echad la red a la derecha de la barca y hallaréis."

El desconocido parece que entiende algo de pesca. ¡Y el consejo les parece tan concreto!

Echaron, pues, la red y maniobraron. Las franjas de lino de que pendían las redes se agitaron. Cuando quisieron sacarlas, no podían levantarlas, como solían hacer, ni echarlas a la barca.

Juan fué el primero a quien se le ocurrió que el forastero, por fuerza, tenía que ser el Señor.

"El Señor es", dijo a Pedro, quien, conforme a su carácter, había ya puesto manos a la obra. Como ya hemos dicho, en el lago de Genesaret el agua y el aire se conservan calientes en aquella estación del año aun durante la noche. Los pescadores suelen quitarse los vestidos ordinarios y echarse encima una especie de túnica ligera de pescador sin ceñírsela con el cingulo; de ese modo, en caso de necesidad, están dispuestos para echarse a nadar. (Véase la fotografía "Pescadores en el lago".)

Estos mismos orientales, que no tienen dificultad en dejar los vestidos ordinarios durante las faenas, evitan comparecer en traje de trabajo delante de los que no son iguales a ellos. Pedro estaba "desnudo", es decir, no completamente vestido, cuando Juan le dijo: "El Señor es." No sólo para nadar con más seguridad, sino también por cierto sentimiento de decencia, antes de echarse al agua se ciñó Pedro la túnica con el cingulo (esto es, sin duda, lo que quiere decir San Juan). Los discípulos siguieron con la barca, que estaba a unos cien codos de tierra. De ordinario llevaban la red en el bote, pero ahora iban tirando de ella cargada de peces.

En cuanto salieron de la barca vieron junto a Jesús unas brasas en el suelo, y sobre las brasas, pez, y al lado, pan. Los palestinos gustaban de asar los peces en la orilla del lago. Jesús no se dió a conocer, como para dar una lección a los discípulos para lo futuro, enseñándoles que lo tenían cerca, aunque no pudieran hablar con Él como con un igual. Jesús se portó como si fuera un forastero amigo.

Estando de pie cerca del fuego, les dijo: "Traed de los peces que habéis cogido."

Tan pronto como el Señor dió órdenes, Pedro, que les había abandonado en el apuro, tomó otra vez la dirección, y subió a la barca; con ayuda de los otros, levantó la red y trajeron los peces

a la orilla, dejándolos nadar en el agua mientras fué posible. Los discípulos quedaron ahora con la aparición más tranquilos que en la sala de Jerusalén, pues Jesús se les apareció como un forastero. Sobre toda esta narración flota un encanto maravilloso. Todo está ya olvidado, como si ninguno de ellos supiera ya nada de la muerte y de la crucifixión, como si ignoraran que aquel hombre de la playa era un hombre del otro mundo. Parece que otra vez han vuelto los antiguos tiempos.

Por eso no se preocupan de tomar los peces necesarios para asarlos, sino que vacian la red y los cuentan.

Han cogido ciento cincuenta y tres peces muy grandes. San Juan observa expresamente que, a pesar de ser tantos, no se rompió la red; y lo dice uno del oficio: las redes eran viejas; tal vez durante la ausencia de los Apóstoles no habían sido usadas y así se habían deteriorado.

Después sentáronse a comer. Jesús mismo, por ser el huésped, les repartió los peces y el pan.

Pedro es constituído cabeza suprema de la Iglesia

Después de comer preguntó Jesús a Simón Pedro: "Simón, hijo de Juan, ¿me amas más que éstos?" Pedro le responde: "Sí, Señor; tú sabes que te amo." Jesús le dice: "Apacienta mis corderos." (Juan, XXI, 15-17.)

Después de comer quedaron un tiempo de sobremesa. Tal vez esperarían los discípulos que Jesús ya no les abandonaría más. Entonces preguntó Jesús a Pedro: "Simón, hijo de Juan, ¿me amas más que éstos?"

Esta pregunta cayó sobre Pedro inesperadamente. ¡Cuánto le hubiera alegrado a él en otro tiempo estas mismas palabras! Y con qué rapidez hubiera contestado con un enérgico sí! Pero no había olvidado la negación. Tal vez ya no podía ver ningún fuego sin pensar en aquella noche pasada en el patio interior del palacio junto al fuego.

Así, pues, se limitó a contestar sincera, pero modestamente: "Sí, Señor; Tú sabes que te amo." Y evita comparar su amor con el de los demás.

Jesús le dice: "Apacienta mis corderos."

Jesús se ha llamado Pastor a sí mismo; ahora entrega a Pedro "sus corderos". Así, pues, lo constituye jefe supremo de la nueva Iglesia. Al mismo tiempo eso indica que el Maestro desaparecerá para siempre dentro de poco.

Jesús le pregunta otra vez: "Simón, hijo de Juan; ¿me amas?"

¿Qué dirá Pedro? Ya la primera respuesta le ha costado esfuerzos. Él, que negó al Señor, tiene que declarar ante todos que le ama. Y dice, con mayor modestia aún:

"Sí, Señor; Tú sabes que te amo."

"Apacienta mis corderos."

Jesús pregunta por tercera vez:

"Simón, hijo de Juan; ¿me amas?"

¿Qué se propone el Maestro con estas repeticiones de la misma pregunta? ¿No cree a Pedro? ¿Qué pensarán los otros discípulos? Pedro se muestra aún menos confiado de sí mismo: "Señor, Tú sabes todas las cosas; Tú sabes que te amo."

"Apacienta mis ovejas."

Pedro estaba pensando de seguro en sus negaciones y Jesús le promete que vendrá un tiempo en que reparará aquella falta suya.

Ha pasado para siempre aquella vida que ellos llevaron allí como pescadores, vida de sufrimientos y alegrías, en lucha con los elementos. Vendrá un tiempo en que por amor a Jesús deberán soportar cosas mucho más difíciles para un hombre como Pedro. Días vendrán en que tendrá que extender las manos como su Maestro para ser atadas y padecer muerte semejante a la de Cristo.

"En verdad, en verdad te digo que cuando eras mozo te ceñías e ibas adonde querías; mas cuando seas viejo extenderás tus manos y te ceñirá otro y te llevará adonde tú no quieras."

Aun para su Vicario será Jesús invisible e inaccesible materialmente. Desde ahora se lo anuncia.

Durante esta conversación iba Jesús caminando por la playa. Pedro miró a Juan que venía detrás de ellos. ¿Por qué le constituiría Jesús a él tan solamente pastor supremo de todo el ganado? A pesar de que ¡él lo había negado! Para tal dignidad, ¿no era Juan el más indicado, porque no había negado al Señor?

Pedro, intrigado, le dice: "Señor, y éste, ¿qué?"

Jesús le dió una respuesta, que en parte satisface a la pregunta y en parte es una negativa de explicación. De nada sirve ocuparse de la vocación de otros en vez de preocuparse de la propia.

“Si yo quiero que él quede hasta que yo venga, ¿qué te va a ti? Tú sígueme.” Es decir: tú me seguirás en la muerte de cruz y él morirá de muerte natural.

En la narración de esta aparición junto al lago nada dice San Juan de la desaparición repentina de Jesús. Parece como si se hubiera apartado de ellos, como en tiempos atrás, cuando se retiraba a la soledad a hacer oración. Estas apariciones en Galilea fueron para Jesús mismo como los últimos días vividos en su patria, antes de la ascensión a los cielos.

Misión de los Apóstoles por todo el mundo

Los once discípulos fueron a Galilea, al monte, adonde Jesús los había mandado. Y cuando le vieron, le adoraron; mas algunos dudaron. Y llegando Jesús, les habló diciendo: “Toda potestad me ha sido dada en el cielo y en la tierra.” (Mat., XXVIII, 16-20.)

Hasta aquí todas las apariciones habían tenido de común que los discípulos habían sido como sorprendidos por Jesús. Esta vez la aparición se parece al encuentro de dos hombres que se han dado cita. No sabemos qué monte les indicó Jesús. La palabra “monte” tiene en las lenguas orientales un significado más indeterminado que en otras lenguas. Mientras en las demás ocasiones esperaba Jesús invisible el momento en que quería aparecérselos, esta vez fueron los discípulos los que le esperaron en la montaña. De pronto se les presentó Jesús. Nunca se apareció Jesús como uno que baja del cielo, sino siempre como quien vive en la tierra, aunque sin ser siempre visible. Entre los presentes había algunos que “dudaban aún”. Vemos, pues, que también los hombres de entonces se rebelaban, por decirlo así, contra lo sobrenatural, y que no lo admitían todo como real sin un motivo verdadero.

Jesús se presentó con tanta majestad, que revelaba que el Hijo del Hombre era señor del mundo. Esta vez no hubo ya conversaciones confidenciales, pues se había pasado ya el tiempo de eso y los fieles tampoco las necesitaban. En diversas apariciones quiso Jesús afianzar el convencimiento de que Él estaba siempre con ellos, viéranle o no le vieran. Y ahora anunciaba solemnemente que los Apóstoles estaban llamados para dar testimonio en todo el mundo

de Él, de su vida, de su doctrina, de su pasión, de su muerte y de su resurrección. El Padre le había dado todas las cosas y Él los nombraba a su vez mensajeros suyos ante todas las gentes de todos los tiempos.

“Se me ha dado toda potestad en el cielo y en la tierra. Id, pues, y enseñad a todas las gentes, bautizándolas en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo; enseñándolas a observar todas las cosas que os he mandado. Y he aquí que Yo estoy con vosotros todos los días hasta la consumación de los siglos.”

Era este un lenguaje nuevo. A Mí se me ha dado toda potestad en el cielo y en la tierra. Después de su pasión y muerte tenía derecho a que todas las gentes se le rindieran a sus pies. Ya no había un pueblo escogido, sino solamente una comunidad de naciones, redimidas por el Hijo del Hombre: La Humanidad, que había sido una en el pecado original y otra vez fué una por la Redención... —Enseñad a todas las gentes.

Los pueblos que acogían la nueva del Reino estaban obligados a incorporarse a él. Bautizadlos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. Después del bautismo había que mantener a los ya incorporados en una nueva vida, en una vida que se conformara con la doctrina de Jesús. “Enseñadles a observar todas las cosas que os he mandado.”

Esta fué la misión más atrevida que jamás se confió a persona alguna sobre la tierra. Hay allí, en el monte, un grupo insignificante de galileos. Al Oeste se ve o se adivina el ancho mar, y detrás de aquel mar la metrópoli y las provincias del omnipotente Imperio romano. Al Este se ven las montañas, que van palideciendo según se alejan, y luego empieza el desierto. De allí vienen las caravanas; los peregrinos son gente ruda y enjuta por el calor y vienen recubiertos por la menudísima arena, y los jefes cuentan muchas cosas de las regiones de allende el desierto. Por la falda de aquellas montañas se va al viejo Egipto, país de fábulas y encantamientos. Todos estos países están llenos de dioses y de diosas; por todas partes son sus templos los edificios más magníficos y los sacerdotes de aquellos templos los hombres más cultos y más influyentes.

Pues bien; aquellos pescadores galileos que estaban en el monte recibieron esta orden: Id a todos esos países. Presentaos delante de las gentes y decidles: Vuestros dioses son ensueños de vuestra

fantasía; pero nosotros os anunciamos al Hijo de Dios, que realmente ha vivido. Y ha sido clavado en una cruz por los hombres.

Jesús sabía lo que decía, lo sabía mejor que todos los que habían de leer sus palabras reveladas. Probablemente, los Apóstoles, ante un mandato tan formidable, quedaron más espantados de lo que quedamos ahora nosotros después que lo vemos realizado. Las palabras con que el Señor puso fin a su conversación encerraban una respuesta a las miradas interrogadoras y desconfiadas de los presentes y una solemne promesa de su asistencia a través de los siglos: "Y mirad que Yo estoy con vosotros todos los días hasta la consumación de los siglos."

La última aparición de Jesús en Jerusalén.

La ascensión a los cielos

Después de su Pasión, Jesús se mostró a los Apóstoles vivo con muchas pruebas, apareciéndoseles por espacio de cuarenta días y hablándoles del Reino de Dios. Y estando comiendo con ellos, les mandó que no se fuesen de Jerusalén, sino que esperasen la promesa del Padre que oísteis, dijo, de mi boca. Después les sacó fuera hasta Betania, y alzando sus manos les bendijo, y aconteció que mientras los bendecía se separó de ellos y era llevado al cielo. (Lucas, XXIV, 44-51; Hech. de los Apóst., I, 2-8.)

Llegó un día en que los pescadores arrastraron por última vez a tierra la barca y llevaron a casa las redes para siempre. Era antes de Pentecostés, por los días en que empiezan ya los ardores del verano en las montañas de Judea y están ya segadas las últimas mieses. Entonces se dirigieron otra vez a Jerusalén.

Jerusalén, la gran ciudad de entonces, había ya olvidado el "caso" de Jesús Nazareno. Nadie reparaba en el pequeño grupo de galileos que entraba por las puertas de la ciudad. Tal vez algunos conocidos los miraron con cierta conmiseración. Aquellos hombres bonachones eran los que por más tiempo habían perseverado al lado del Profeta de Nazaret.

Por última vez se les apareció Jesús en la sala en que había instituido el Sacramento del Amor. Sus palabras son una mirada retrospectiva sobre la historia del mundo, tal como se desarrolla

a los ojos de Dios. —“Cuando yo estaba aún con vosotros —¡qué efecto tan peculiar debieron de hacer entonces estas palabras!— os dije que era necesario que se cumpliese todo lo que está escrito de Mi en la Ley de Moisés y en los Profetas y en los Salmos.”

Las profecías sobre la vida de Cristo estaban cumplidas. Estaba por cumplir la realización de las profecías sobre la transformación del mundo por su muerte propiciatoria.

“En mi nombre, empezando por Jerusalén, se ha de predicar penitencia y remisión de los pecados a todas las naciones. Vosotros sois testigos de estas cosas. Mirad que Yo mismo os envío al Prometido por mi Padre; permaneced, pues, en la ciudad hasta que seáis revestidos de la virtud de lo alto.”

Nosotros nos imaginamos algunas veces que a los Apóstoles les sería relativamente fácil soportar la soledad en que Jesús los dejaba, porque antes habían contemplado a Jesús con sus propios ojos. Pero, en realidad, aquel apartamiento de Jesús era para ellos algo extraordinariamente doloroso; la virtud del Espíritu Santo tuvo que fortalecerlos para poderlo sobrellevar.



Era el cuadragésimo día después de la Resurrección cuando el Hijo del Hombre se despidió de la tierra. Jesús se encaminó desde el Cenáculo al monte de los Olivos. Anduvo, pues, por última vez el camino que había recorrido la noche antes de su Pasión. De nuevo bajaron por las gradas de las calles y llegaron a las gargantas del valle Cedrón. Jesús vió el huerto de las Olivas, y pasando cerca de él subieron a la cumbre. Los días que preceden y siguen a Pentecostés se asemejan mucho los unos a los otros. Brilla el sol en un cielo sin nubes, las mieses están ya recogidas y los campos se ven cubiertos de una vegetación tardía de cardos y zarzas. Los árboles frutales son como manchas oscuras en un mar de luz y esplendor. El amplio recinto del templo flamea con intensa claridad.

Jesús bendijo por última vez a la multitud de los fieles y después vieron éstos cómo a sus ojos se elevaba por el aire, por su propia virtud.

Desde el monte de los Olivos veía Jesús a lo lejos, a su alre-

dedor, los parajes que su existencia terrena había santificado desde el nacimiento hasta la muerte. Por el Oriente se extendía sobre la planicie, en tonos grises pálidos, el desierto de Judá y detrás veía el cauce del Jordán; por el Occidente veía delante los muros de la ciudad; en las afueras, el monte Calvario; al Sur, la campiña de Belén.

Este panorama iba ensanchándose a medida que Él ascendía. Veía a sus pies las innumerables cordilleras de Judea, semejantes a un mar cristalizado; ciudades y aldeas resplandecían en sus laderas y en las hondonadas; después llegó a ver el lago de Genesaret, con su corona de casas alrededor del agua azul; miró a Nazaret, elevada sobre la llanura de Jezrael. Todos los parajes donde Él había vivido iban quedando cada vez más abajo, mientras Él más subía, y de todo vino a hacerse, en cierto modo, una cosa homogénea: la tierra de Israel, la tierra del Redentor.

Los discípulos habían olvidado todo lo que los rodeaba. Aguzando la vista procuraban divisar aún algún tenue resplandor del Maestro. Dos mensajeros venidos del cielo tuvieron que volverlos al mundo real.

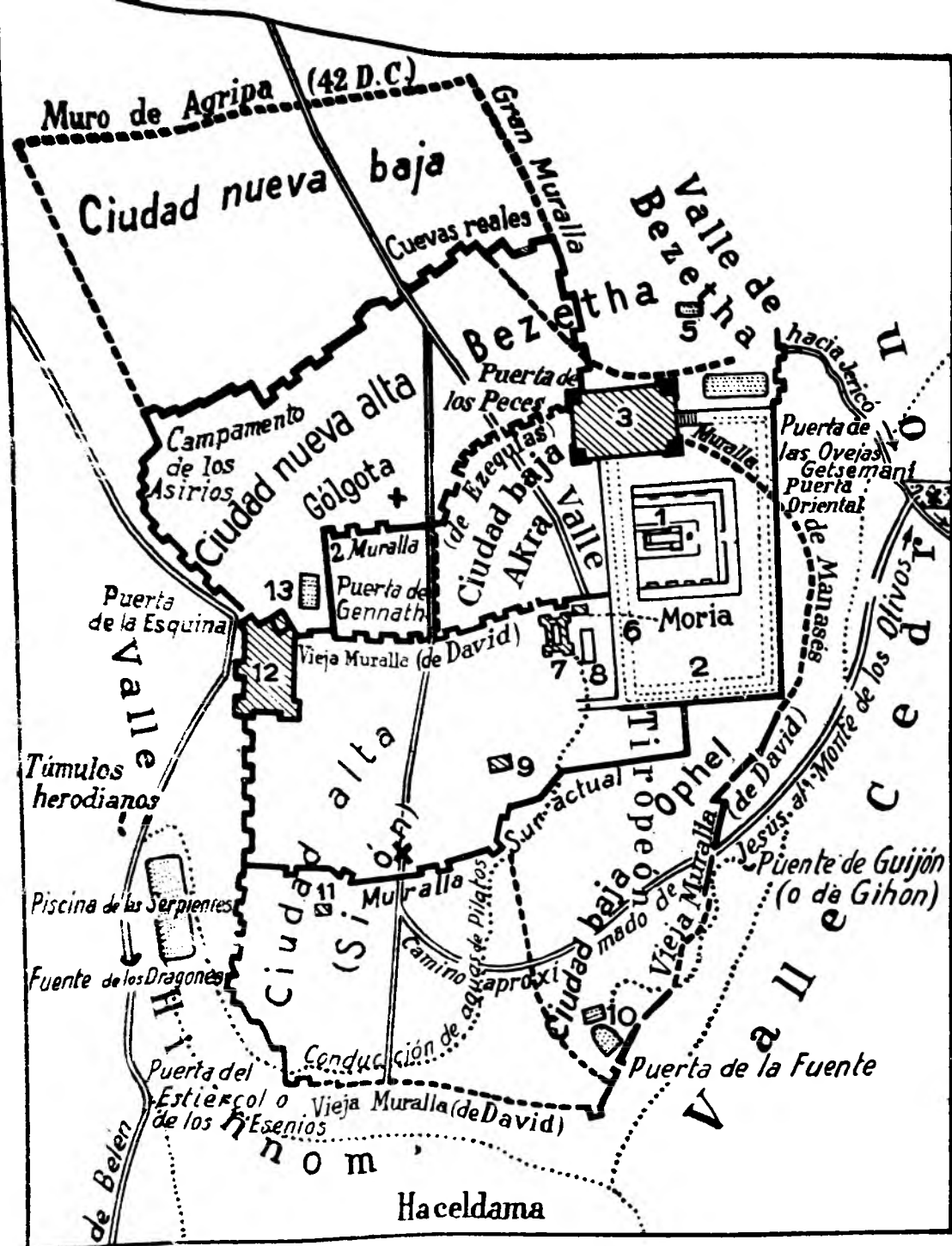
“Varones de Galilea, ¿qué estáis mirando al cielo? Este Jesús, que a vuestra vista se ha subido al cielo, vendrá así como le habéis visto subir.”

Los Apóstoles volvieron entonces a Jerusalén, llenos de alegría. Habían aprendido bien la última lección del Maestro y sabían que Jesús, aunque no le viesan, seguía viviendo con ellos hasta la consumación de los siglos.

ÍNDICE DE LÁMINAS

	<u>Páginas</u>
I. { Junto al palacio de Herodes.....	32
{ Grutas habitables.....	32
II. Belén visto desde el campo de los Pastores (1.ª foto).....	48
III. Belén visto desde el campo de los Pastores (2.ª foto).....	56
IV. Vista de Belén desde la iglesia del Nacimiento en la pendiente opuesta.....	64
V. Calle del Nazaret antiguo.....	72
VI. Niño de unos doce años de edad.....	80
VII. { Vista de Jerusalén tomada desde el pináculo del templo hacia la parte más honda del valle Cedrón.....	104
{ Lavatorio ritual antes de la oración.....	104
VIII. Galilea. Vista de la llanura de Jezrael.....	144
IX. { Labrador arando.....	152
{ La trilla.....	152
X. Pescadores trabajando con la red de tiro.....	176
XI. Asnos con cestos de mano y con angarillas.....	272
XII. La meseta de Judea.....	296
XIII. { Un ciego junto al camino.....	320
{ La entrada de una casa edificada en el monte tomada a través del atrio.....	320
XIV. Pastor que vuelve al aprisco delante del rebaño.....	328
XV. Vista tomada desde la cumbre más alta del monte de los Olivos, con la región de Betfage y Betania.....	392
XVI. { El desfiladero de junto a Betfage.....	400
{ Higuera con fruto.....	400
XVII. Vista de la plaza del Templo y de la mezquita de Omar tomada desde el atrio del cuartel turco.....	408
XVIII. { Terraza de cultivo con atalaya.....	416
{ Vista de Jerusalén tomada desde la pendiente del monte de los Olivos.....	416
XIX. { En el camino del Cenáculo al valle Cedrón.....	432
{ Vista del valle Cedrón tomada desde la antigua calle en forma de escalera.....	432

	<u>Páginas</u>
XX. { Camino hacia el monte de los Olivos. Vista del valle Cedrón, tomada desde el puente bajo sobre la nueva iglesia del mon- te de los Olivos.....	464
{ En el huerto de los olivos.....	464
XXI. El valle Cedrón. Vista tomada desde el puente superior del Cedrón, valle abajo.....	472
XXII. En la calle de la Amargura.....	504
XXIII. Sepulcros de tiempos antiguos.....	520
XXIV. Vista de la región de Belén tomada desde la cumbre del mon- te de los Olivos.....	536



Jerusalén en la época de la destrucción (70 d. C.)

1. Templo. — 2. Palacio de Salomón. — 3. Fortaleza Antonia. — 4. Piscina de las Tribus. — 5. Piscina de Betesda. — 6. Puente. — 7. Palacio de los Asmoneos. — 8. Sítio. — 9. Palacio de David. — 10. Piscina de Siloé. — 11. Casa de Caifás. — 12. Palacio de Herodes. — 13. Piscina de Amigdalón.